

Alexis J. Regnat

EL TRAIADOR

Serie Amor y guerra I



ALEXIS J. REGNAT

El Traidor

amor y guerra N°1

Amazon

Sinopsis

Henry Daylight Strieber, capitán del ejército británico, maldijo durante años aquella mañana de mil novecientos treinta y cinco, cuando fue llamado al despacho de su superior. Aceptar aquella misión como informador, y ser prácticamente arrojado al centro de Alemania, donde permaneció aislado y sin recibir nuevas órdenes, fue todo uno. Al principio, sin experiencia, no sospechó que algo extraño ocurría. Pero el tiempo pasó, la guerra estalló y se vio envuelto en el conflicto, con un uniforme que no era el suyo, y en contra de su propio país.

Dafne Sevenstons tuvo que luchar mucho en la vida para salir adelante, ella y su hermana. Huérfanas muy jóvenes, Dafne consiguió trabajo como institutriz en el seno de una buena familia. Con el único inconveniente que viajaban por toda Europa por negocios. Atrapada en Alemania, en el mismo Berlín cuando estalla el conflicto, su vida va a cambiar insospechadamente, cuando se ve envuelta en un 'juego de espías', sólo por ayudar a un compatriota que encuentra herido.

Henry tendrá que tomar decisiones rápidas. Tiene que ayudar a los suyos, cuando en su patria es considerado prácticamente un traidor. Y en todo el caos que envuelve su vida, cae en sus manos una joven inglesa, a la que tendrá que proteger. Sin pretenderlo, ambos están unidos por un mismo destino.

©2014, Regnat, Alexis J.

Editorial: Amazon

ISBN: ac642ee8-6599-45d2-b610-d415a10f8ff6

Generado con: QualityEbook v0.75

EL TRAIADOR

SERIE AMOR Y GUERRA VOL. 1

Alexis J. Regnat

SINOPSIS

Henry Daylight Strieber, capitán del ejército británico, maldijo durante años aquella mañana de mil novecientos treinta y cinco, cuando fue llamado al despacho de su superior. Aceptar aquella misión como informador, y ser prácticamente arrojado al centro de Alemania, donde permaneció aislado y sin recibir nuevas órdenes, fue todo uno. Al principio, sin experiencia, no sospechó que algo extraño ocurría. Pero el tiempo pasó, la guerra estalló y se vio envuelto en el conflicto, con un uniforme que no era el suyo, y en contra de su propio país.

Dafne Sevenstons tuvo que luchar mucho en la vida para salir adelante, ella y su hermana. Huérfanas muy jóvenes, Dafne consiguió trabajo como institutriz en el seno de una buena familia. Con el único inconveniente que viajaban por toda Europa por negocios. Atrapada en Alemania, en el mismo Berlín cuando estalla el conflicto, su vida va a cambiar inesperadamente,

cuando se ve envuelta en un "juego de espías", sólo por ayudar a un compatriota que encuentra herido.

Henry tendrá que tomar decisiones rápidas. Tiene que ayudar a los suyos, cuando en su patria es considerado prácticamente un traidor. Y en todo el caos que envuelve su vida, cae en sus manos una joven inglesa, a la que tendrá que proteger. Sin pretenderlo, ambos están unidos por un mismo destino.

Segunda edición mayo 2014

Editora: Laura del Peón

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Dedicatoria:

Sólo tres palabras:

Para mis lobas.

Agradecimientos:

A cada una de las personas que ha confiado en mi, que ha adquirido este libro. Que ha sido valiente para confiar en esta segunda edición mejorada de EL TRAIADOR, Serie Amor y Guerra, Volumen 1.

A mi editora ortográfica, que ha corregido las imperfecciones cometidas con gran acierto, Laura del Peón, mexicana, una persona maravillosa.

A mis madrinas en este "salto al vacío", escritoras ambas. Atane Sanz y D.w. Nichols. Las dos empezaron también siendo "autopublicadas". Os quiero chicas.

A mi marido y mi familia, que soporta mis "neuras pseudoartísticas.

Y, a mí misma, qué demonios, que un día me dije ¿por qué no?

GRACIAS.

PRÓLOGO:

EUROPA después de un período de relativa tranquilidad tras de la Gran Guerra (Primera Guerra Mundial, (1914/1919) afronta como puede el mazazo de una nueva crisis mundial, desencadenada por el CRACK de a Bolsa Estadounidense de mil novecientos veinte y nueve. Alemania ve peligrar todas sus estructuras, aquellas que salieron indemnes después de las restricciones impuestas por el bloque Aliado. Surgen nuevos movimientos políticos que amenazan con derrumbar la incierta paz mundial. El resto del continente tampoco está mucho mejor.

Cientos de informadores en la sombra, cada uno lanzado por sus respectivos países, se mueven en este caldo de cultivo, lo mismo vigilantes, que agitadores a una sociedad cada vez más convulsa y decepcionada. Eso no es nuevo, desde el principio de los tiempos, muchos fueron los que se infiltraron en territorios, amigos o enemigos. Nadie sabe como son escogidos. Nadie conoce sus vidas. Si se quedan aislados, nadie puede ayudarles. Ningún gobierno se arriesgará por uno sólo de estos hombres. Al contrario, intentarán por todos los medios que sean destruidos lo más limpiamente posible.

NOTA DE AUTOR: En esta historia, está recreada dentro de hechos históricos, (con algunas pequeñas modificaciones para adaptarlas a la acción de la novela) ningún personaje protagonista es real, ni los hechos narrados,

cualquier semejanza con la realidad es simple coincidencia.

CAPÍTULO 1

VERDADERAMENTE la vida es un compendio de fuerzas que, aunque tú no quieras te arrastran o te empujan, aún sin tu quererlo o pretenderlo. Y la de Henry Daylight Strieber, había sido demasiado tranquila y sencilla hasta ese ocho de octubre de mil novecientos treinta y cinco.

El joven capitán Daylight miró a través de las estrechas y altas ventanas, que dejaban pasar la luz al largo pasillo de la planta más alta del Cuartel General del Ejército Británico, donde prestaba sus servicios. Abajo, en el patio central, se hacía el cambio de guardia. Últimamente, había un extraño nerviosismo en las tropas. Después de unos tranquilos años de paz, desde la Gran Guerra, pequeños conflictos habían surgido, aquí y allá, pero sin las consecuencias nefastas de esta última.

Henry sabía poco del motivo de su llamada a aquel despacho. Únicamente había recibido una corta llamada, con la orden de acudir a las ocho de la mañana al despacho del General Durston. Se le había pedido igualmente total discreción. Eso era sumamente fácil para Henry Daylight. Vivía solo desde que su padre falleció, y su hermano menor Anthony, como "niño de buena cuna, estudiante por más señas" había decidido viajar por toda Europa.

Daban las ocho, un joven cabo interrumpió su espera, abriéndole la puerta del despacho del General Durston.

—¿Capitán Daylight?, pase por favor señor.

Henry con un gesto de asentimiento pasó junto al joven que se cuadraba, sosteniendo la puerta. Una vez dentro del despacho, cerró discretamente, dejando al soldado fuera. Oyó el ruido de sus botas alejarse por el largo pasillo.

Ante él, el General Durston, miraba al exterior, por la ventana de su despacho, con las manos enlazadas a su espalda, como algo ausente. Cuando al fin se volvió, Henry, se dio cuenta de inmediato que tenía un aire cansado, parecía algo envejecido y usaba gafas, cosa que él nunca había visto. El joven capitán se cuadró marcialmente enderezando aún más sus anchos hombros, ante su superior y amigo.

—¡General Durston!

Con un gesto leve de asentimiento, saliéndose de lo militar, el hombre, se dejó caer en su sillón verde de cuero.

—Descanse Henry.

Durston lo observaba, ahora, concentrándose, con detenimiento, mientras parecía pensar cómo abordar alguna cuestión difícil, le hizo un gesto amistoso para que Henry tomase asiento frente a él.

Observando bien a Henry Daylight, no era el típico joven británico. Su estatura media era más alta de lo habitual. Tenía el cabello dorado, muy corto. Su frente era altiva, con sus arcos superciliares algo sobresalientes, lo que le daba un aire de estar siempre concentrado. Sus pómulos bien marcados, sus ojos grises y penetrantes. El mentón fuerte, algo adelantado, como de persona obstinada. Todos estos rasgos, herencia de su madre, alemana de nacimiento. De su padre, inglés, tenía una elegancia británica, su aplomo y un sentido del deber más allá de lo cuestionable.

En estos segundos, Durston seguía pensando en cómo abordar el tema. Miró a Henry directamente a los ojos

—Henry, estas últimas semanas ha sido cuidadosamente investigado por este departamento. — El joven capitán, perdió por una fracción de segundo su habitual flema, alzando mínimamente una ceja, no con preocupación, sino con interés creciente —Lo ha sido, junto a varios de jóvenes de nuestro ejército, y le he seleccionado personalmente para una misión, como definiría, extraoficial.

—¿Señor? — Henry no se esperaba lo de "extraoficial", aquella palabra le sonó francamente extraña. Durston le conocía desde niño. Su padre y el general habían sido amigos y compañeros durante la Gran Guerra. Henry, pensó de sí mismo que, no tenía mucho que ocultar, salvo tres o cuatro pecadillos de la "carne", llevaba una década en el ejército. Desde cadete con apenas dieciocho años, y en breve había comenzado su ascenso. Era ambicioso, inteligente, tenía dotes para el mando, lo que había sido recompensado hacía poco con el grado de capitán del ejército de su majestad. Henry se concentró en cada palabra que salía de los labios del general Durston, sin hacer, todavía, ninguna pregunta.

—Le conozco de sobra, hijo. Pero aún así es mi deber, este asunto es de extrema importancia, y se necesita a una persona muy capacitada, para asumir el riesgo. —El viejo general sonrió para relajar la tensión del ambiente, abajo en el patio el ruido de medio centenar de botas, soldados haciendo algo de instrucción. — Lo único que ha salido a la luz es que sus hábitos son bastante tranquilos, su reputación como militar intachable desde que entró a servir en el ejército ¿hace cuánto?

—Diez años, señor.

—También está considerado como un estratega excelente. La más alta puntuación de su promoción, no como su hermano Anthony. — Soltó una risita baja — Bueno, eso es otro tema, aunque, ¿cómo está el chico?

—Bien supongo, viajando, por sus estudios o sus negocios, más bien no lo sé. Escribe poco y llama más de tarde en tarde aún.

—Todos conocemos a Tony, ¿no? Un buen chico, si, un buen chico. — Suspiró— volvemos al tema, aún tiene la doble nacionalidad, ¿cierto?

—Si señor, no he renunciado nunca a ella, más bien por respeto hacia mi madre, como bien sabe, alemana de nacimiento, cosa que hice constar en mi solicitud en el ejército.

—No se preocupe por eso Henry, sólo estaba confirmando un dato que tenemos. Bien muchacho, si acepta esta misión, su obligación inmediata será "relativamente sencilla". —Dejó escapar un pequeño respiro antes de seguir. —Sabemos que su madre vive en Alemania, precisamente en Berlín, que goza de una excelente posición social, además, tiene usted parientes muy cercanos en el ejército alemán, en altos cargos. Así que, volviendo a su misión, sería renunciar al ejército y a su nacionalidad británica, instalarse en Berlín e intentar por todos los medios a su alcance su "acercamiento" al ejército alemán.

Si una roca de diez toneladas hubiese caído sobre Henry en ese mismo momento, hubiese hecho el mismo gesto, un mínimo alzamiento de ceja y una contracción en un músculo de su mandíbula. Era increíble lo que le estaba proponiendo Durston. Aun así luchó internamente por mantener su compostura.

Sin embargo, tras unos segundos se levantó de su asiento como tuviese un resorte.

—¡Señor!

—Vamos Henry, siéntese.— El joven suspiró y volvió a su asiento, mirando al general con su mirada de halcón, asimilando la propuesta, o aun sin creerlo. —Hijo, no le estamos "echando", déjeme terminar. Algo se fragua en Alemania. Hay extraños movimientos hechos por el Reich, cambios en el partido, purga en el ejército, en fin, algo se cuece y queremos estar al tanto de todo.

Durston se recostó un poco más en su sillón.

—Usted será uno de nuestros infiltrados. Queremos saber qué se trama, simplemente, no quiero heroicidades. Su deber será mantener los ojos abiertos, relacionarse, con la intercesión de su madre, con su familia que está situada en el ejército. Deberá tener los oídos bien atentos. Cualquier cosa puede ser vital, no queremos otra Gran Guerra, ¿no? Para un soldado de vocación, eso puede ser su vida. Pero para la población en general, no puede ser más caótica una situación así. Están aún muy reciente las heridas para abrirlas de nuevo.

Durston observaba a Henry, durante sus últimas palabras, el joven volvía a tener el rostro concentrado, no veía ninguna emoción en él, ni a favor ni en contra de su propuesta.

—Henry, durante los primeros meses de su llegada a Berlín, todo serán precauciones, nadie se pondrá en contacto con usted. Nadie le enviará ningún mensaje desde Inglaterra. Esta situación podría alargarse hasta un año, incluso dieciocho meses, si no hay movimiento que, a nuestro entender, que haya que desentrañar. En este tiempo, suponemos que será igual de exhaustivamente investigado, por ser de ascendencia inglesa. Aunque no haya pertenecido nunca a facción política alguna, es capitán del ejército británico. Pero cuando las aguas vuelvan a su cauce, un correo "especial" se pondrá inmediatamente en contacto con usted, y periódicamente, le visitará para recibir noticias o transmitirle sus órdenes. —Todo estaba dicho de un tirón. —Sé, Henry, que puede ser un asunto con conflicto de intereses. Así que he decidido darle una semana de permiso. Tendrá tres días para pensar, y el resto, si acepta esta misión, para arreglar sus asuntos privados aquí en Londres. Como máximo en siete u ocho días, Henry, si acepta, tomará el primer barco que salga en ese plazo para el continente.

Durston abrió un cajón de la derecha, miró en el interior, y sacó documentación.

—Dentro hay los billetes necesarios, más el efectivo que calculamos

necesita para su primer año de misión. Esto corre por cuenta del ejército. Alargó el sobre hasta la posición de Henry, al otro lado de la mesa. — Antes de zarpar enviará dos cartas de su puño y letra, una, renunciando al ejército, y otra a su nacionalidad. Tras esto último, no tendrás que ponerte más en contacto conmigo ni con nadie. Sólo marchar, instalarse, iniciar maniobras de acercamiento y esperar.

Durston miraba frente a frente al joven capitán, éste parecía mantenerse tranquilo.

—Así que joven, decida lo que decida, esta conversación "nunca" ha existido.

—Comprendo, señor.

—Muy bien, Capitán Daylight, puede retirarse. —Se levantó y volvió a cuadrarse ante el general, éste le imitó y le dio fuertemente la mano. —Ah, no se olvide de esto. —le alargó el sobre con los billetes y el efectivo. Henry lo guardó en un bolsillo de su pulcra guerrera. Durston se había vuelto rodeando la mesa hacia él, y dándole una palmada en el hombro, le acompañaba hacia la puerta, —Y, Henry, salude a Tony de mi parte.

Durston sonreía con esa frase, pero apenas un segundo después volvió a ser el general, más que el amigo.

—Decida lo que decida, repito, estaré siempre de su parte, Henry. En una semana, quiero, o la carta de su renuncia sobre la mesa, o el sobre que acabo de darle, para buscar a otro soldado que se encargue de esta misión

—Gracias mi General, en siete días tendrá mi respuesta. —saliendo por la puerta escuchó de nuevo la voz, divertida de Durston, era inexplicable como este hombre cambiaba de humor.

—Ah, le reitero, ¡salude a su joven hermano de mi parte!

Durston se sentó en su sillón y dio la conversación por terminada,

mientras anotaba en su diario en breves palabras lo acontecido.

Henry se volvió de nuevo y antes de volver a recorrer el pasillo hasta la salida, se cuadró ante el general, esta vez sonrió brevemente.

—¡De su parte, General!

Pero Durston parecía más enfrascado en su diario de tapas de cuero envejecido marrón, que en su marcial despedida, hizo un gesto con la mano y ni siquiera levantó la cabeza de lo que estuviese escribiendo.

Henry tenía apenas tres días para pensarlo todo, eximido de sus obligaciones durante este tiempo. Bajó con rapidez los trece escalones que le restaban para llegar hasta el patio del cuartel. Saludó casi imperceptiblemente a los soldados de guardia en la puerta, esquivó con agilidad al grupo de jóvenes reclutas que hacía instrucción en el patio, e igualmente saludó a los dos soldados que custodiaban la puerta del patio. Agradeció casi en el alma de no cruzarse con ningún conocido, no tenía ganas de responder preguntas, ni de ver a nadie en ese instante.

Saliendo con la máxima celeridad, saltó dentro de su *Rolls Phantom (1)*. Un coche que los soldados de la puerta admiraron con cierta envidia. Un automóvil así no era habitual en un joven capitán, el sueldo del ejército no daba para excentricidades, pero Henry tenía su fortuna, herencia de los negocios de su padre, que sabiamente supo llevar, y también atendía, además de sus obligaciones para con el ejército.

Quizás ese capricho de auto era lo más especial que tenía la vida de Henry, y lo único que echaría de menos, si al fin decidía cumplir con la misión ofrecida por Durston.

Bordeó la ciudad, no le apetecía introducirse en el tráfico de del centro. Esquivar carros, faetones, caballerías, gente a pie y en bicicleta, mas los automóviles, lo que fuera a ahorrar de espacio recorrido, lo invertiría en tiempo. Tampoco había prisa, nadie le esperaba aparte del servicio.

Se limitó a conducir, relajadamente, a disfrutar del ruido del motor, y del viento en su rostro. Por suerte no era un día excesivamente frío para ser Octubre, a pesar de la ligera neblina con que había abierto el amanecer, ahora, cerca de las diez de la mañana, el sol disipaba jirones de bruma, en la campiña. Extraño otoño de aquel año, no llovía en demasía, tampoco la niebla inundaba las calles toda la noche, en fin, todo lo que ocurría por aquellos días no era lo habitual. Como un presagio sobre lo que acontecía en el mundo, las cosas cambiaban, nada era predecible.

Volvió a sumergirse en la propuesta de Durston. La misión estaba cortada a su medida. Tenía más familia en Berlín que en toda Inglaterra, pensó. A nadie le extrañaría un viaje hasta allí, quitando el hecho de pertenecer al ejército, y estando tenso el ambiente político de Europa. Si viajara sin renunciar a su posición en el estamento militar, quizás, en la parte alemana sería peor recibido. Si a eso aunaba el renunciar a su nacionalidad británica, le haría ganar muchos votos de confianza en su nueva situación.

Y luego estaba Katherine, su madre, que vivía desde hace más de veinte años en Berlín, el matrimonio con su padre, nunca llegó a ser realmente feliz. Ambos se conocieron antes de la Gran Guerra. Ella era una concertista de piano excepcional, una artista que paseaba su talento durante la primavera de mil novecientos cuatro. En uno de los más lujosos hoteles balnearios de Niza. Daba conciertos en la ciudad y coincidieron en el mismo hotel.

Raymond Daylight, su padre, se quedó prendado de la alta chica de cabellos color oro, que curvaba delicadamente su cuello mientras acariciaba las teclas de un piano de cola color marfil. Raymond Daylight, joven caballero inglés de buena familia aunque sin título nobiliario, viajaba entonces por Europa, después de terminar sus estudios, antes de ingresar en el ejército, como era su vocación. Ingresaría poco después cuando ya contaba con los veintitrés años, un poco tarde, pero le había prometido a sus padres tener una buena formación, además de desarrollar una carrera en el ejército.

En encuentro entre dos personas tan diferentes pero con una atracción mutua tan fuerte dio como fruto un embarazo antes de tiempo.

Raymond se hizo cargo de la situación y le pidió matrimonio a Katherine. Ésta, completamente enamorada, aceptó, aunque para ello se puso en contra a toda su familia, incluso en peor medida que cuando les avisó, ya con la maleta hecha, que ese verano aceptaría una pequeña gira como concertista.

Prácticamente huyó con Raymond hasta Inglaterra y se casaron en una pequeña iglesia nada más tocar tierra.

Seis años después, en un matrimonio que, acabada la fogosidad del primer momento, empezó a tener primero diminutas brechas, llegó Anthony. Quizás como remedio para salvar las últimamente continuas discusiones en el matrimonio. La pasión que les había unido una vez, se enfriaba a pasos agigantados. Desde que se casaron, vivían instalados en Londres, Raymond no cejó en su empeño de servir en el ejército, a pesar de contar con fortuna, tenía verdadera vocación.

Los acontecimientos que se iban desarrollando en Europa y en el mundo antes que unirlos, los estaban separando. La educación de ambos había sido muy diferente, eran férreos defensores de sus creencias, de su forma de vida ancestral y de sus respectivas familias y países. Aunque a ratos venciera el amor por sus hijos, en otros momentos el abismo que los separaba se hizo más y más grande.

Hasta que un día, Anthony aún no cumplía el segundo año de vida, su madre marchó hacia su Alemania natal. Corría mil novecientos catorce. Ella partió en primavera, después de la última discusión con su padre.

En Julio de ese mismo año, estalló la Gran Guerra (2).

Ella se quedó en su país, incluso acabado el conflicto. Henry, testigo involuntario de la última discusión de sus padres antes de la marcha de Katherine, creció desde entonces de prisa. Siempre fue muy inteligente. Aprendió a leer y escribir antes que ningún crío, incluso en el idioma de su madre, alentado por ella, incluso trabajó sus dotes de pianista. Tuvo siempre verdadera hambre de conocimientos. Y eso continuó toda su infancia y

juventud. Por suerte, su padre volvió sano y salvo de la guerra, pero no volvió a ser el mismo.

Raymond renqueaba en los negocios, y él, después de pasar por *Eton College*(3), empezó a hacerse cargo, junto a su progenitor, de los negocios familiares. Y aún así, en vez de iniciar estudios universitarios, se decantó por la misma profesión de su padre.

Y eso le dejaba ahora en ese mismo punto. Diez años después de una buena carrera en el ejército. Con veintiocho años ya cumplidos, le ofrecían una misión bastante lejos de lo que él hubiese imaginado para su vida.

¿Cómo lo recibiría Katherine? Desde su marcha hacia el continente, la había visto en persona sólo dos veces, cuando cumplió dieciocho, aquel verano, terminados sus estudios, y decidido a entrar en el ejército, habló seriamente con su padre y viajó hasta Niza, donde su madre estaba pasando la temporada estival. Durante estos años, en el colegio, Henry recibía mensualmente una larga carta de Katherine, a la que el respondía siempre. Su madre, en la distancia preguntaba por su hermano, por sus estudios, y se preocupaba de que no podía estar con ellos. Katherine no había rehecho su vida, al igual que tampoco Raymond.

Ella no volvió a embarcarse en ninguna relación, en el fondo seguía enamorada de su marido. Henry no la volvió a ver en persona después de casi diez años, y ni entonces siquiera le comentó que él había sido testigo de la última de sus discusiones. Para qué. A pesar de la distancia, nunca perdió el contacto con ella. Él no solía juzgar a la gente, no juzgaba a ninguno de sus progenitores. Éstos habían tomado su decisión, equivocada o no. Era su vida.

Así que seguramente Katherine estaría encantada. Su relación había sido siempre fluida, correcta, normal aún en la lejanía. Henry jamás dejó que, la distancia física con su madre, le influyese, ni se dejó a si mismo sentir pena ni echar la culpa a nadie. Nunca tuvo arrebatos de nostalgia, la vida era así, y él aceptaba. Su madre, en Berlín, le recibiría con sus brazos abiertos. ¿Estaba pensando en aceptar?

La segunda y última vez que vio a su madre fue la misma semana en que murió su padre. Ella no pudo llegar a tiempo para el funeral de su esposo, nunca llegaron a divorciarse. Ni siquiera se quedó en la casa donde vivían. Fue directamente desde el tren hasta el pequeño cementerio. Fue una visita breve, ambos la vieron derramar lágrimas verdaderas ante la lápida de Raymond. Ella dejó un ramo de rosas blancas. Estaban allí los tres juntos, ella acarició el pelo dorado y ensortijado de Tony, que permaneció particularmente callado.

Aunque su hermano menor no rechazó el gesto, Henry, conociéndolo, lo sintió incómodo. Tony había sido el pequeño de su padre, su consuelo, nunca escribió a su madre, y verdaderamente la echó en falta. Ella también le escribía puntualmente, nunca tuvo una relación con ella, como la de Henry, al menos hasta donde él sabía o intuía.

Después de este episodio, Katherine volvió a desaparecer, engullida por su adorado Berlín.

CAPÍTULO 2

CON estas cavilaciones y recuerdos en mente llegó a casa, entró por el amplio camino de gravilla hasta la cubierta preparada para el coche, bajó de un salto y recogió su gorra militar. Si no fuera por el pequeño servicio que atendía la casa y que vivía en una casita a la espalda de la propiedad, hubiera parecido, con aquellas altas columnas de granito negro sosteniendo un porche neo-clásico a la entrada, un mausoleo.

Tony pasaba poco o nada por casa, siempre viajando, e incluso cuando estaba de vuelta, prefería irse al cotagge(4) que compró su padre durante la Gran Guerra, para que sus hijos estuviesen sanos y salvos en una propiedad en el campo, y que había quedado casi para su uso.

Abrió la puerta, nunca hubo mayordomo en esta casa. Entrando, escuchó el típico trasteo matutino en la cocina, Margaret ya estaba sumida en su trabajo de cocinera, muy buena por cierto, e imaginó que su hija andaría por cualquier habitación de la gran casa limpiando y recogiendo. La casa daba trabajo, pero no demasiado, además, él era un hombre solo, y de gustos espartanos, así que poco dejaba por el medio, salvo libros, periódicos, y sus libros de cuentas en su pequeño despacho del segundo piso.

El estruendo que producía la gran puerta al cerrarse, no pareció ser escuchado por nadie, Margaret estaba cada día más sorda. Su hija estaría en el último rincón. Si no fuese por la discreta vigilancia del viejo jardinero y la pesada verja, cualquiera se plantaría en la entrada sin ser advertido.

Sonrió mientras caminaba hacia el pasillo que llevaba a la cocina. La puerta estaba entreabierta, Margaret se afanaba y trasteaba con inusitada rapidez para los sesenta años que tenía, llevaba toda la vida en casa, y ya, esa cocina no sería la misma si algún día dejara de estar allí. Golpeó con fuerza con los nudillos sobre la madera de la puerta, un poco sobresaltada se volvió mientras probaba alguno de sus guisos.

—¡Esta mañana se fue sin desayunar!— riñó la anciana cocinera.

—Aún estoy a tiempo, ¿no? Apenas son la diez de la mañana. —Sonrió con cariño. — No te enfades conmigo.

Margaret siempre había estado allí, desde niños, desde que su padre era joven, prácticamente los había criado a él y a su hermano, y ahora pensaba que quizás, había sido como una madre para ellos. Tenía la buena mujer, más que edad para retirarse, Henry había cuidado de tenerle preparado un estipendio para su vejez, para que el tiempo que tuviera por vivir, lo hiciese cómodamente y sin estrecheces. Peor la mujer, se negaba a retirarse, hasta que él no estuviese “debidamente casado”. Y seguramente, después de esto, no querría dejarlo hasta que conociese sus hijos.

Estos buenos deseos que tenía Margaret para con él, se temía Henry que iba a tardar más que mucho en cumplir. Sobre todo después de la experiencia del matrimonio de sus padres. Después de una infancia observando disgustos y discusiones entre ellos, no tenía, por el momento, muchas ganas de repetir la historia.

Ella prosiguió con su regañina.

—Tenías que haberme llamado Henry, ahora, se bueno, y vete al comedor, hay allí una sorpresa muy especial para ti.

En ocasiones, Margaret, le hablaba cómo si aún tuviese diez años. No con el respeto debido a todo un capitán del ejército británico, pero vamos, tampoco le importaba. Sonrió de medio lado.

—¿Una sorpresa?

—Vete al comedor, anda. — Margaret sonreía divertida, habría que hacerle caso.

Henry se encogió de hombros, y caminó hacia el comedor de diario, poco más allá de la cocina. Puso ambas manos sobre los pomos de las puertas correderas y las abrió de golpe.

—¿No acostumbras a llamar nunca a las puertas, hermano? Creí que la “sargento Finch” te había enseñado mejor.

Ante la mirada casi asombrada de Henry, Tony se levantó de uno de los sillones orejeros que estaban al lado de la chimenea, y caminó directamente hacia él. Ambos hermanos se abrazaron unos instantes.

Henry parecía haberse quedado de piedra, demasiadas sorpresas para un día, vamos, para una mañana.

Tony estaba allí, sonriendo, despreocupadamente, con su semblante juvenil. Su cabello, como siempre un poco largo y con sus rizos como era habitual en él medio despeinados.

—¡Vamos Henry! ¿No me riñes?

—Estoy demasiado asombrado. ¿Désde cuando estás en Londres?

—Desembarqué anoche, llevo muchas horas de viaje solo para verte, y llego hoy, para que Margaret me diga que acababas de marcharte.

—¿Se puede saber dónde diablos has estado todo este tiempo?, ni un telegrama, ni una carta, ni una llamada, con un “estoy bien”. Nada de nada.

—Me extrañaba que no te enfadases. He recorrido muchos sitios estos últimos tres meses, Bélgica, Polonia, ha sido un viaje de lo más instructivo, pero el correo funciona fatal desde allí, seguro que yo llegaba antes que mis

cartas.

Henry lo miró bien. Tony no había cambiado mucho en el último año, quizás parecía mas desarrollado, mas “hombre”, sonrió. Nunca podía estar realmente enfadado con su hermano menor. El cabello lo llevaba algo descuidado. Pero sus ojos azules seguían teniendo su misma expresión infantil, a pesar de sus ya veintidós años, y todo lo que había vivido y viajado estos dos últimos años. Justo el tiempo que había echado su solicitud en el ejército y fue rechazado, por alguna razón que Henry nunca supo, y que Tony tampoco quiso nunca revelar.

—Veo que sigues muy a gusto en el ejército. ¿Eh? y has ascendido ya a ¿capitán?— Se le cuadró marcialmente, aunque con un gesto algo cómico.

—Fue hace poco, no pude darte la noticia, no sabía dónde andabas.

—No te preocupes, lo supe incluso antes que tú. Y, hoy, hermano mayor, tenemos mucho de qué hablar. —cuando Tony le llamaba “hermano mayor”, la cosa no era una broma.

Unos suaves golpecitos en la puerta hicieron a Tony callar. Margaret llegaba con una bandeja, llena de un desayuno para ambos. Tony, la ayudó a poner todo sobre la mesa, a pesar de las protestas de la buena mujer, a la vez que le reñía cariñosamente por no mandar noticias a menudo. Mientras tanto Henry digería las últimas palabras de Tony “*lo supe antes que tú*”.

Al fin, Margaret los dejó solos, por supuesto después de instarles a acabarse todo el desayuno y de pellizcar las mejillas de Tony, cerrando la puerta tras ella con discreción. La escucharon alejarse unos segundos por el pasillo en dirección a la zona de servicio.

—¿Qué fue lo último que dijiste? —Henry estaba intrigado por el cariz que había empezado a tomar la conversación.

—Sé mucho más de lo que puedas imaginar, Henry —dijo enigmáticamente, señaló a la silla con un gesto, —sentémonos, el desayuno

se enfriía.

Henry suspiró hondamente, si había alguien capaz de sacarle de su habitual flema, con intrigas y con estratagemas ese era su hermano Tony. A la espera de la explicación, tomó asiento frente a su hermano, haciendo caso omiso a la silla de la cabecera de la mesa, donde por derecho tendría que sentarse.

—Creo que esta mañana Durston te dio recuerdos para mí.

Henry dejó a medio camino una tostada untada en mantequilla.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi inmediato superior, hermanito.

—¿Tu q-qué?

—Nadie nos oye aquí, ¿verdad? No hay criados nuevos en la casa.

—Sólo Margaret y está sorda. Y su hija, estará por la parte de arriba limpiando, como de costumbre.

Tony tomó aire y se reclinó cómodamente en su silla.

—Hace ya dos años, cuando me "rechazó el ejército", bueno, rechazo oficial, pero, desde entonces, extraoficialmente, trabajo para tus mismos jefes, pero a otro nivel.

Si el día había comenzado bien para Henry, tenía visos de seguir sorprendiéndole.

—¿Eres espía?

Tony reía, parecía divertirse con aquello.

—¡No seas melodramático! Más bien trabajo de informador, a veces hago

de correo. Tengo un disfraz muy bueno, el de niño rico viajando despreocupadamente por Europa. Me muevo en círculos estudiantiles y políticos, recopilo la información que pueda conseguir, y el gobierno hace buen uso de ella.

A Henry casi se le cayó la tostada que aún tenía a medio camino de su boca. De veras que el día no podía continuar mejor.

—Eso es demasiado peligroso, Tony, debiste haber consultado conmigo.

—Te conozco demasiado bien, habrías puesto toda clase de impedimentos, para que no lo hiciese. Además era, es “información reservada”.

—Alguien tiene que preocuparse por ti.

—Pero, ya no soy un crío. Sé lo que me hago, y también sé lo que a ti te han propuesto.

—Lo sabes todo, por lo que veo.

—Mucho antes que tú, —sonrió con una mueca de suficiencia, —en fin, ¿Qué piensas de todo esto? —su rostro se tornó serio.

—Es difícil para mí, es una renuncia de toda mi vida aquí.

—No tienes esposa, ni novia, ni nada por estilo. ¿Verdad? Vives exclusivamente para y por el ejército. No tienes más familia que yo. Y en realidad, nada más que los recuerdos te pueden atar a esta casa. Bueno, eso y nuestra Margaret, que ya tiene más que edad para descansar. Además te han propuesto algo que será más útil que tenerte sentado en un despacho mientras asciendes. Ahora, sobre todo, nuestro país te necesita.

—¿Qué país?

—¿Tienes dudas? ¿Ahora?

—Soy Inglés, nací aquí. Pero conocí mucho más que tú a nuestra madre. Ella tenía sus propias ideas, y no dudaba en discutir las con nuestro padre. Ella es acérrima defensora de los valores a su patria, lo sabes.

—Con más razón, estará feliz de que vayas a vivir con ella a Berlín.

—No quisiera tener que mentirle, ya sabes. Por lo que deduzco, mis órdenes son ingresar lo antes posible en las filas del ejército alemán. Eso la hará creer que acepto y comulgo con sus ideales.

—¿Y?

—Para mí es un dilema, mucho más difícil de lo que tu supones.

—Sé que harás lo correcto.

—¿Y qué se supone que es lo correcto?

—Mira en tu conciencia. Si ves que no puedes hacerlo, por tu moral, por tus creencias, por lo que sea. Sigue aquí, con tu vida, solitaria, ordenada, perfecta.

—La vida que me proponen, puede ser aún más solitaria.

—¿Miedo a la soledad? No lo creo, si fuese así te habrías casado hace años y esta casa estaría llena con mis sobrinos.

Henry solo pudo lucir media sonrisa.

—Luego está todo lo que envuelve a Alemania en estos momentos, seré allí un extraño.

—Alemania te recibirá con los brazos abiertos. Sabes muy bien que madre tiene inmejorables contactos, y tío Rudolf, ha hecho carrera en el ejército.

Henry negó dubitativamente con la cabeza. Hacía rato que su tostada

estaba fría sobre el plato de loza. Jugueteeó con la cucharilla del té. Tony mientras tanto atacaba su desayuno con la despreocupación habitual. Volvía a servirse otra taza, junto a tres terrones de azúcar, y apenas un poco de leche.

Henry miró al vacío largo rato. Su semblante serio, sus ojos grises perdidos e inexpresivos. Pensaba, sólo pensaba.

* * *

El día pasó lentamente, Tony salió media hora después del desayuno, se llevó el Phanton de Henry, y éste ni le dijo que cuidase de no arañar su flamante carrocería. Tony no volvió hasta bien entrada la tarde.

Henry, sumido en sus pensamientos, paseaba arriba y abajo por toda la casa, en silencio. Era un cambio demasiado espectacular en su vida, hasta ahora casi insípida. Nunca había sido un héroe, reconoció. Entró en el ejército, casi por inercia, porque le gustaba la disciplina. Su padre y su abuelo habían servido en él, ambos militares de profesión. En realidad el ejército le proporcionaba todo lo que su vida necesitaba, orden y disciplina.

La propuesta de romper todo esto por llevar una vida de mentiras, aunque fuese por su país, era casi una obligación moral. Pero esa misma moral le hacía dudar de engañar a su madre, traicionando su confianza. Katherine, aún en la lejanía siempre había sido su madre. Y no se merecía sus embustes.

Durante la cena, Tony habló de todos los temas posibles, menos del que copaba los sombríos pensamientos de Henry. Verdaderamente su hermano menor disfrutaba de esa vida, viviendo casi en la frontera del peligro. Sin lugar a dudas, era feliz así. Pero a Henry casi le resultaba incomprensible.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó al fin a su hermano menor.

Tony miró a su hermano a través del diáfano cristal de una copa de brandy. Después de la cena, habían ido al salón. Tony se había arrellanado en

un viejo sillón de orejas de cuero, gastado, pero cómodo y amplio. Henry, se apoyaba en la chimenea, mirando el chisporroteo de un fuego bajo. Fuera, por fin, llovía finamente.

—Mañana mismo. ¿Decidiste algo?

—Aún no. Pero, llámame tonto sentimental, o como te dé la real gana, quiero que aceptes esto. —se acercó a Tony y deslizó en su mano algo liviano que sacó de su bolsillo superior del chaleco.

Tony lo recibió en su mano y la abrió. Lo miro casi sorprendido.

—¿Una cruz? —la pequeña joya era una cruz latina, justo en el centro una pequeña gema, azul turquesa, pendiendo de una fina cadena de eslabones redondos. —es un poco, bueno, algo femenina.

—Pertenece a nuestra madre, y a su familia, por años, creo. Madre me la dejó antes de irse para que nos cuidara a ambos. Yo la he conservado hasta hoy. Te repito, llámame tonto si quieres, ya sé que este comportamiento no pega conmigo, pero tengo el convencimiento que te protegerá.

—Si esto te hace feliz. Espero que nadie de los chicos me la vea, —sonrió. —o pensarán cosas raras. —se la puso alrededor del cuello, y la ocultó bajo su camisa.

—Si alguna vez me necesitas, si estás en un lío, esto será nuestra contraseña. Que esta cruz existe y lo que significa, sólo lo sabemos tú y yo. Y creo que esta vez tardaremos en vernos más de lo habitual, y nuestras circunstancias, serán muy distintas.

Henry, había tomado una decisión. Tony elevó hacia su hermano su copa con mudo brindis, y terminó su contenido.

* * *

Tony desapareció sin rumbo conocido al amanecer del día siguiente. Tomó su maleta y se despidió sin grandes palabras, sólo con un abrazo firme. Henry vio como se alejaba en un taxi, desde la puerta de la casa, entre las columnas de granito negro. La niebla había vuelto a Londres.

A Henry le quedaban muchas largas horas solitarias para pensar en su futuro.

* * *

Paseó por popa, hasta que el puerto fue un simple punto informe en el horizonte azul. Sabía que tardaría muchísimo tiempo en volver a Gran Bretaña.

Los asuntos pendientes, los liquidó en un par de días. Mucho antes de lo previsto, adelantó incluso el billete de ida hacia el continente. La anciana Margaret, lo sintió hondamente. Henry se ocupó, de que a la mujer no le faltase de nada mientras viviese. Dejó los demás asuntos a un administrador de confianza. Cuando Tony o él volviesen a Inglaterra, tendrían siempre a su disposición la antigua casona. E igualmente, la casa de veraneo en la campiña, perfectamente cuidado.

Al fin, había optado por el deber. Su vida, de aquí en adelante sería muy distinta. Había escrito a su madre un escueto telegrama, anunciándole su llegada, pero nada aún de su renuncia a Inglaterra.

Las explicaciones, cuando estuviese junto a ella, pensó. Habría de pensar unas buenas excusas para este repentino cambio de rumbo en su vida. Excusas plausibles y convincentes, tanto para su madre, como para el resto de sus parientes en Alemania. En realidad, no estaban en guerra, Europa estaba algo convulsa, tensa, y a veces parecía que la chispa podría saltar en cualquier instante, pero el que un hombre viajara hacia el país de su madre, tampoco podría ser mal visto. Después de todo, sus raíces eran tanto alemanas como británicas. Una vez que pisase suelo Alemán, comenzaría “su

mentira”.

CAPÍTULO 3

—**M**E has hecho tan feliz Heinrich. —Katherine volvió por enésima vez a abrazar a su hijo. —Siempre te creí tan conservador como tu padre. Pero veo que como te dejé a sus expensas desde tan pequeño, nunca pude realmente llegar a conocerte. Eras tan pequeños cuando me fui. —Su voz sonaba con sincero arrepentimiento. —Tenía que haberos traído conmigo. Pero al ser yo la que abandonaba mi hogar, y siendo mujer, y extranjera. La ley nunca estaría de mi parte. Y tan solo tú tenías la doble nacionalidad, en realidad solo tú podrías haberme acompañado.

—Sé que no querías separarnos a *Anton(5)* y a mí. Pero ya no te preocupes más, ahora estamos juntos.

—Al saber que venías, tío Rudolf... ¿Te acuerdas de él? Mi hermano, nos visitó en Inglaterra, poco antes de yo volver aquí.

—Casi no me acuerdo de su cara.

—No importa, al saber que vivirías conmigo se interesó enseguida por ti. Sabe que eres militar de profesión. Tío Rudolf es Coronel, tiene muchísima influencia, si el ejército es tu vida, él te ayudará a entrar en nuestras filas.

Demasiado bueno y fácil para ser cierto, pensó Henry. Sonrió a su madre y besó la punta de sus delicados dedos, que no dejaban de acariciar las grandes manos de su hijo mayor.

—Es mi vocación, pero me temo que el ser medio británico me impedirá progresar. Igual que me impedía seguir adelante en Inglaterra. —una mentira más.

Su madre negó con la cabeza. Pero sonrió.

—No, tío Rudolf te ayudará. Y también veo que tienes tu alemán casi olvidado. Tienes un acento desastroso. ¿Has olvidado todo lo que te enseñé?

—No todo, es que no he podido practicar nada. Tampoco he olvidado tus lecciones de piano, aunque, no he tenido mucho tiempo de acariciar las teclas en años. Pero si, necesito volver a recuperar tu acento, vamos, el mío, madre.

—No habrá problemas en esto. Yo hablo a todas horas. Y tú hablarás de nuevo tan bien como aprendiste de niño. —reía con una risa suave y argentina, que le recordó lejanos días tranquilos de la infancia. Cuando aún eran una familia.

—Naturalmente, madre, hablaremos horas, días enteros, llevamos demasiado tiempo sin vernos, tenemos muchas cosas que contarnos.

—Casi media vida, Heinrich. Procura acentuar mejor, más fuerte, —le corrigió— ¡Tenemos tanto que decirnos! —Volvió a abrazarle.

Henry se sintió muy culpable.

Katherine lo contemplaba con feroz orgullo. Era su hijo primogénito. Era tan fuerte, tal alto, tan guapo a sus ojos. Por suerte, pensó, no había en él muchos rasgos que le recordasen a su difunto marido. Heinrich, afortunadamente, salía a su parte de la familia. Tenía mucho de su hermano Rudolf. Sin embargo, su pequeño, Anton, era el vivo retrato de su padre.

* * *

En su nueva habitación, Heinrich contempló un pequeño cuadro de un ángel pintado al óleo. Era un diminuto ser con carita redondeada en forma de corazón, ondulantes cabellos castaño-dorados, blandos y casi largos. Sus rasgos eran suaves, casi femeninos, sobre su cuerpecito una túnica color oro. Nunca había sabido si el ángel era chico o chica. El ángel parecía contemplar la cama a la cual estaba a la cabecera, con sus manitas unidas en oración perpetua. Ese mismo cuadro había estado colgado en su dormitorio en Inglaterra, en ese mismo marco labrado recamado en pan de oro.

Cuando Katherine se fue, la pintura también desapareció. No preguntó, supuso, que cómo había sido pintado por su madre cuando muy joven, le traería recuerdos no gratos. Igualmente pensó que el pequeño cuadro había sido arrojado al sótano junto al resto de pertenencias que había dejado su madre atrás. Y en vez de estar oculto en algún rincón oscuro y polvoriento, lo encontró aquí, sobre la cabecera de la enorme cama que iba a ser suya en la casa de su madre.

Aun contemplaba el objeto algo atónito, igualmente pensando que era un poco extraño esa pintura en la cabecera de un dormitorio para un hombre adulto. Negó con la cabeza y sonrió ligeramente. Para su madre aun sería siempre un niño, aunque ahora superase el metro noventa.

Su madre entraba en la habitación, llevando entre sus brazos otro edredón de pluma.

—Heinrich, te lo dejaré dentro del arcón, puede ser que tengas frío de noche. —se dio cuenta de que su hijo había estado contemplando el pequeño cuadro. — Ah, veo que lo recuerdas.

—Siempre me pregunté que había sido de él.

—Me lo traje conmigo, imaginando que era una pequeña parte de vosotros. Lo pinté mientras estaba embarazada de ti. Me aconsejaron reposo, y pasé días enteros practicando piano y realicé varios pequeños lienzos. Éste lo colgué en esta habitación, pensando que te agradaría, y que te cuidaría en

tu nueva vida.

—Estoy algo mayorcito para que me cuide el ángel de la guarda, madre.
—sonrió.

—Los hijos, —afirmó Katherine con seriedad. —siempre sois niños a nuestros ojos. Por favor, déjame que te mime un poco. ¿Te gusta tu habitación?

—Es hermosa, ¿no será la tuya?

—No, yo duermo donde lo hice siempre, desde niña, en la habitación que da al jardín. Cuando tus abuelos, bueno, se fueron, hice remodelar las habitaciones principales. Pero yo me quedé en la mía. Estas, están pensadas para el señor y la señora de la casa. —Katherine despejó su frente de un mechón de pelo imaginario, como de una idea triste. Volvió a mirar a su hijo sonriente, por unos instantes sus ojos habían estado desenfocados, como mirando al vacío. — Por esa puerta, —señaló a una puerta doble color nogal oscuro — se pasa a otra gemela a esta.

Henry caminó algo curioso hacia la puerta señalada, giró la llave y abrió.

Prendió la luz.

Era exactamente igual a su dormitorio en tamaño y forma. Sólo que esta estaba decorada con muebles color miel y tapices celestes, en vez del nogal y rojo burdeos de la suya. Esta parecía parte de un cielo imaginario.

—Creo que el ángel estaría aquí más a gusto.

Katherine lo había seguido un paso por detrás.

—Es la habitación perfecta para una esposa, querido. Dime, no has dejado atrás ninguna mujer, en Inglaterra. ¿Verdad?

—El ejército no dejaba mucho tiempo libre para amoríos. Además, nunca

he pensado que el matrimonio sea necesario. No es un estado perfecto.

—¿Y qué lo es? No debes pensar eso. Aquí empezarás una nueva vida. Todo ha cambiado. Y aunque no te lo creas, soy bastante mayor, yo no estaré aquí para cuidarte siempre. Pronto necesitarás una mujer que te acompañe, te mime, te cuide. Y además, quiero muchos nietos, con esos preciosos ojos grises que tú tienes. Necesito alegría, alboroto a mí alrededor. Tú necesitas a una mujer joven a tu lado. Necesitas una familia propia, necesitas a tus hijos.

Henry puso su mano en la cintura de su madre, instándola a salir de la habitación celeste. Apagó la luz y cerró la puerta con un doble giro de llave tras de sí. Una esposa. Otro ser más al que mentir y engañar. Pero no quiso, de momento, desilusionar a su madre. La dejaría seguir soñando un poco más.

—Todo se verá madre, el tiempo dirá. —Se puso una mano en el corazón, como una solemne promesa. — Te juro, que cuando encuentre un bello ángel como el que pintaste para mí en ese cuadro, un ángel bueno y sincero, y con cuerpo de mujer, te juro, solemnemente que la haré muy feliz, y la haré madre de muchos nietos para ti.

—¿Un ángel? —Su madre lo miró, soñadora desde el otro lado de la cama, donde estaba ahuecando unos cojines de pesado terciopelo.

—Un ángel — reafirmó Henry.

* * *

Henry sostenía con desgana entre sus dedos una copa de vino. Miró alrededor. Se vio rodeado por decenas de desconocidos, en el gran salón de la casa de su tío Rudolf. Un extraño más entre extraños.

Una de las prioridades de su madre, además de volver a enseñarle a leer y escribir correctamente en alemán, fue presentarlo a una legión de parientes, y

de personajes más o menos influyentes que conocía. Katherine era de muy buena familia, en alta estima por toda la sociedad. Junto con su hermano Rudolf era heredera de una sólida fortuna, y de algún que otro negocio del que ella recibía los intereses. Su tío Rudolf, se encargó del resto, de darle a conocer a personajes de la vida militar y política. Algunos de los cuales estaba hoy en el gran salón tapizado en rojo Pompeya y oro viejo. Algo recargado y decadente, pero espectacular para una fiesta de sociedad.

Observándolo bien, Heinrich, tenía algo más que simple semejanza con su tío Rudolf. Su juventud y el ser unos diez centímetros más alto, y con un rostro más anguloso y delgado era lo que distaba más a ambos hombres. Pudieran decir que era casi su hijo, si Rudolf no hubiese tenido con su esposa solamente hijas.

Su tío no le dejó ni un solo instante, fue como una sombra protectora. El grupo en el que se encontraba en este instante inmerso, se componía de media docena de hombres, de edades similares a las de Rudolf. Todos ellos con distintos grados de influencia. Algunos de ellos ostentaban orgullosos las insignias de la SS.

—Ya somos más de medio millón.—Aquel hombre delgado, fibroso y rubio casi plateado de canas, de unos cincuenta y pocos, acarició reverente la insignia que le señalaba como militante del partido Nazi (6). —Rudolf, tu sobrino debería ingresar, ya, en nuestras filas. Sería un buen bagaje para su vida aquí.

—Ya se lo he propuesto, no creo que haya ningún problema, ¿Verdad Heinrich? —Miró a su sobrino con poco disimulado orgullo. Heinrich bebió un sorbo de la copa y se obligó a empujarlo garganta abajo. Luego asintió.

Su tío se había alegrado sobremanera cuando supo que había renunciado a su nacionalidad inglesa, igual que a su nombre inglés, ahora era Heinrich Strieber, usando ambos el mismo apellido de su notable familia. Heinrich era el hijo que nunca pudo tener con su esposa Gertrud.

—Por lo que sé, joven Strieber, —éste último que se dirigía a él, llevaba el uniforme de general, —tenía graduación en el ejército británico.

—Eso es pasado. —Rudolf cortó de raíz. —Ahora mi sobrino es alemán, como siempre tuvo que haber sido, ha abrazado nuestras creencias, nuestra política, y ha renunciado a toda esa bazofia inglesa.

El general no pareció molesto, al contrario, sonrió amablemente, alzando como en un brindis su copa. —No quise ofender amigo mío, sólo estaba dando pie para sugerirle al joven que debería unirse a nuestras filas. Una vez integrado en el partido, claro está. Siempre hay puestos para jóvenes audaces y arrojados, nuestro ejército, últimamente, ya no es lo que era.

—El año pasado ya hubo una buena purga, todo aquel que se oponía a las ideas progresistas de nuestro Führer.

—Hitler no acostumbra a dejar cabo suelto. Aquí, entre amigos y caballeros, hay quien no ven con buenos ojos que haya suprimido los Parlamentos Provinciales.

—Creo que la pretensión es la centralización total de todos los órganos de gobierno del Estado. —Hablaba de nuevo el rubio ceniza que sacaba frecuentemente brillo a su enseña. —Hace muy bien. Toda voz discrepante puede agitar al pueblo. Y ahora no es tiempo de revueltas, no se puede desperdiciar ni una sola gota de buena sangre aria. Lo que Alemania necesita es que todos nos dediquemos a levantar el país.

—También cuentan que, los ministros han sido exhortados a jurar obediencia y fidelidad al Führer.

—Tanto como obligados. ¡Exageraciones!

Alguien quiso llevar la conversación hacia otros derroteros, menos políticos, volviéndose a mirar fijamente a Heinrich.

—Y volviendo a nuestro joven amigo. Tenemos noticias de que Inglaterra

intenta mejorar sus defensas antiaéreas, mediante un nuevo invento. ¿El radar? ¿Es cierto joven Strieber?

—Creo que he oído casi tanto como usted, Señor— Heinrich no tenía muchas ganas de entrar en este juego. Desde otro punto alguien retomó el hilo de la conversación.

—Lo que hay son demasiadas “agrupaciones para-oficiales”. Si todos se reuniesen bajo una única y sólida bandera.

—Se intentará y se conseguirá, nuestro gobierno tiene un departamento dedicado en exclusiva a ello.

Justo enfrente de él, al otro lado del salón, hizo aparición un ser que cautivó su atención, haciéndole perder lastimosamente el hilo de la conversación. La recién llegada era una mujer, extremadamente atractiva. Acababa de dejar su abrigo y se dirigía a saludar a un grupo apretado de damas, entre las que se encontraba Katherine, su madre, y su tía Gertrud.

La conversación de los hombres seguía por derroteros políticos. Heinrich volvía a beber de su ya casi apurada copa. Necesitaba una excusa y alejarse por unos momentos de aquel asfixiante grupo.

No se dio casi ni cuenta, pero la había estado mirando descaradamente. Era alta, mucho, casi tanto como él, y él pasaba del metro noventa. Era delgada, pero con curvas sugerentes, que podían hacer perder el sentido a cualquier hombre. Vestía un sobrio traje largo, negro, bastante escotado, su cuello se adornaba con una cinta de seda igualmente negra, de la que pendía, orgullosa, una cruz gamada de oro. Oro como sus lacios cabellos, que rozaban apenas sus desnudos hombros.

Heinrich solo se dio cuenta de su indiscreción al mirarla, cuando ella volvió hacia él su oscura mirada. Sólo entonces, intentó, volver, a la desesperada a la conversación de los hombres.

—Creo que ya se debería hacer algo con los judíos, esos capitalistas,

tienen ya demasiados trozos de nuestra amada Alemania en sus manos.

—Vamos, estoy más que seguro de que nuestro Führer... bueno que se propone hacer algo al respecto, pero creo que esperará algunos meses. Luego a buen seguro que se libraré de todo obstáculo.

Algunos de los presentes en el pequeño y cerrado círculo de hombres, intentaron sacarle algo más. Sabía más. Estaban seguros. Pero a buen seguro tenía órdenes de permanecer callado. Quizás no debería de habérsela escapado unas palabras así, pero en la intimidad de la camaradería y con un par de copas de buen vino.

—Vamos señores, les ruego tranquilidad. Nuestro amado Führer decidirá, como y cuando.

Ella lo había estado observando. Aquel guapo hombre en el círculo de conversadores masculinos, le era desconocido. Pensó apenas tres segundos. Claro está, el hijo de Katherine. El que había llegado desde Inglaterra. Atractivo. Muy atractivo. Había sentido su mirada gris acero y se había estremecido. Sonrió. Se acercó caminando lánguidamente, cada vez más cerca del grupo de hombres.

Estaba ya junto a ellos, con una copa de vino entre sus dedos largos y una sonrisa seductora. Por lo visto casi todos eran conocidos en algún que otro grado. Dejaron prontamente de discutir ante su deliciosa presencia. Ella reía coqueta.

—Vamos, vamos caballeros. ¿No saben hablar más que de política?

Un general besó su mano con reverencia teatral, más centrado en su escote que le llegaba a los ojos que en su hermosa cara. A ella no pareció molestarle su apreciativa mirada.

—Ah, mi querida Helga, ¿De qué podemos hablar si no?

Ella no disimuló, miraba directamente a Heinrich. Rudolf, viejo ya en

estas lides, se había dado cuenta que su sobrino estaba algo abrumado con la conversación que habían mantenido. Aprovechó la ocasión tomando el brazo de la recién llegada con elegancia.

—Somos viejos lobos ya para cambiar de tema, Frao Helga. Sin embargo, puedo presentare a un joven que podrá entretenerla mejor que estos ancianos. —algunos rieron cómplices, por lo bajo —Él es Herr Heinrich Strieber, mi sobrino.

Helga le dio voluptuosamente una mano, que él alzó hasta sus labios y apenas los rozó, en un saludo formal con una ligera inclinación de su orgullosa cabeza.

Helga no medió palabra, se agarró a su brazo y lo sacó en tres segundos del círculo masculino. Algunos de los nombres se miraron divertidos, otros apuraron sus copas, y pronto volvieron a sus discusiones. Heinrich agradeció sinceramente en el alma con una mirada silenciosa a su tío Rudolf, que casi imperceptiblemente alzo un segundo una copa como si le brindase, y la apuró hasta el fondo.

Liberado al fin de la torturadora conversación, se dejó llevar por su rubia acompañante por el salón, hacia uno de los balcones.

Solo ella hablaba, de qué, no le importaba, se perdía en sus ojos oscuros como el carbón, y en sus labios perfilados de un rojo cereza intenso.

—Es usted un hombre callado Herr Strieber, ¿o acaso no le agrada mi compañía?

—Frau Helga, yo... —ella cortó con un solo gesto, poniendo un dedo largo con uñas pintadas del mismo color de su boca sobre los labios rectos y bien marcados de Heinrich

—Ssst, todos me llaman Helga.

—De acuerdo, Helga. —ella bajó el dedo que aún tenía sobre los labios

de Heinrich renuientemente, dibujando apenas, rozando su barbilla y su mandíbula, perdiéndose en algún punto del cuello de su camisa blanca inmaculada.

—Bien. —Ella sonrió como gatita satisfecha, Heinrich creyó hasta escuchar su ronroneo

—Me permitirá llamarle Heinrich, ¿verdad?

—Pensaba sugerírselo.

Ahora ella reía, mostrando sus pequeños dientes blancos bajo sus labios rojos hechiceros. Sus profundos ojos eran oscuros pozos, parecían absorber la luz, y contrastaban mucho con su delicada piel blanca y su dorado cabello.

Helga era una compañía diestra en la conversación, hablaba de todo un poco. De mil temas distintos, sin profundizar en nada, sabía llevar como nadie una charla social. No le hizo preguntas excesivamente íntimas o personales. Con ella pudo relajarse, y olvidarse por unos instantes, en el embrollo, que estaba ahora hecha su, hasta ahora, ordenada vida.

Katherine les echó un par de miradas. Helga era un excelente partido. Rica de nacimiento, casada y viuda de un condecorado militar mucho mayor que ella. No tan joven, pero hermosa, libre y con influencias. Quizás en otro momento o lugar, hubiese preferido para su hijo alguna candorosa doncella. Pero en aquellos momentos, lo que necesitaba Heinrich era la mejor influencia que pudiese lograr, y en ello Helga era una excelente pieza.

* * *

Heinrich despertó en una cama desconocida. A su lado, Helga, desnuda, aún dormida. Heinrich miró al techo mientras suspiraba hondamente. Al final, ella había ganado la partida. Aunque él se lo dejó bien claro, “nada de compromiso”, “nada de matrimonio”, ni ahora, ni nunca.

A todo esto ella sonrió ladina. Le sacó del brazo de una de tantas fiestas que últimamente habían coincidido, o asistido juntos en los dos últimos meses y le llevó, conduciendo ella misma en un oscuro Mercedes-Benz, a una velocidad endiablada por las calles vacías de Berlín. A su mismo centro. Allí, en el balcón de su lujoso piso, recibió el frío año nuevo, besando sus labios escarlatas. Luego, dentro ya, después de cerrar la alta puerta del balcón, a media luz, la despojó con ansia de su ajustado traje adornado con diminutas lentejuelas doradas, y había acabado lo que ella comenzó el primer día que se conocieron.

—Feliz año nuevo. —Ella no estaba dormida, se volvió en la cama, sonriéndose con una mezcla de placer y de triunfo femenino. No demostró ni el más mínimo pudor de su desnudez. Ni siquiera intentó tapar con la sábana sus blancos senos. Era una mujer con mucha experiencia. “*Mucha más que yo*” admitió Heinrich para sí mismo.

—¿Has dormido bien? —Ella le acarició con las uñas es suave vello rubio del pecho. — ¿Extrañaste la cama?

—Un poco. —Se levantó. Si ella no tenía pudor por mostrar su desnudez, él tampoco iba a hacerlo. Recogió su ropa aquí y allá esparcidas. Mientras caminaba hacia el baño. No tenía demasiadas ganas de charla esa mañana. Apenas amanecía, y había en su interior una extraña sensación de vacío y derrota.

En apenas cinco minutos tomó una liberadora ducha. Se secó y se vistió con presteza. Apenas terminaba de ajustarse la camisa, y dejaba su corbata colgar de su cuello, cuando ella apareció en la puerta del baño. Seguía desnuda. Eva en el Paraíso, pura tentación.

—No eres muy comunicativo por las mañanas.

—Tampoco acostumbro a compartir cama toda la noche.

—¿Debería considerarme afortunada? —ronroneó mientras pasaba tras él,

directa hacia la ducha. Su voz se perdió bajo el chorro de agua.

Heinrich no contestó. Terminó por calzarse en el dormitorio y cogió su abrigo. Caminó hacia la puerta del baño.

—¿Helga?, me voy.

—¿No te quedas a desayunar conmigo? —Su voz sonó teatral, falsa, impersonal.

—Otro día. —Pensó, "*nunca*", pero no lo dijo en voz alta.

No quería que Helga se ilusionase de cualquier modo. En realidad era la primera mujer con la que había pasado una noche desde que llegó a Alemania, y desde bastante tiempo antes. Helga bien se había aprovechado de su “debilidad” momentánea. Pero aquello no era nada más. Nada de sentimientos, nada de cariño, nada de arraigo. Tenía una misión que cumplir, y esto era solo un “placentero interludio”. Si era posible, algo así no volvería a ocurrir entre ellos dos.

Nada más entrar mil novecientos treinta y seis, finalizando ya el invierno, Heinrich Strieber, bajo el apadrinamiento de su tío y la protección de sus amigos influyentes, entró a formar parte del partido Nacional-Socialista.

Ya llevaba casi cuatro meses, sin noticias de su jefe directo, el General Durston. Tampoco supo nada de Tony. Pero eso era más normal, Su hermano sabía cuidarse solo, y seguramente estaba jugando fuerte, y no podría relacionarse con él.

Aunque la falta de noticias, tampoco le supo tan extraño. Sus órdenes eran éstas, asentarse en el país, conseguir aceptación y un puesto en el ejército. Él cumplía a rajatabla. Lo más cierto es que no fuese seguro que nadie se pusiese en contacto con él, debido a que estaría bien vigilado, hasta que no demostrase ampliamente su devoción por el régimen, y por el Führer. Cualquier movimiento en falso, y adiós tapadera. Podría resultar demasiado peligroso.

CAPÍTULO 4

SUNSET, INGLATERRA, principio de marzo, 1936.

—Oh, Dafne, te marchas tan lejos. No te vayas. Ya nos las arreglaremos. — Allison Sevenstons secaba el río de lágrimas que salían de sus ojos color verde.

Dafne Sevenstons, daba un abrazo apretado a su hermana pequeña, consolándola. Aunque apenas se llevaban tres años, Dafne parecía muchísimo más madura. A sus veintiún años, la vida la había hecho crecer rápido.

—No te preocupes más, Allison. Aquí no estarás sola, este colegio, recuerda que lo dirige una amiga de mamá, la señora Francine. Estudiarás y tendrás personas que te cuiden. Yo ya no puedo permanecer más tiempo mano sobre mano. Los ahorros que nos dejaron nuestros padres están casi agotados. Además los Colber también son conocidos de siempre de nuestra madre y de la señora Francine. Han sido muy amables de ofrecerme el trabajo de institutriz de su hijo. Es un trabajo muy grato y estaré perfectamente cuidada, como tú, Podré ahorrar algo, además de pagar facturas y este colegio.

—Pero irte a Francia, tan cerca del conflicto español(7), si al menos te quedaras en Inglaterra. Pero te vas al continente.

—Será temporal, los Colber viajan mucho. El señor tiene que atender sus negocios y éstos están por gran parte de Europa. ¿Quién te dice que en un par de meses no volveré a Inglaterra?

Allison no estaba muy conforme con todo lo planeado por su hermana, pero al final no tuvo más remedio que aceptar. Amparada por la sombra amable de Francine Ballister, la directora del colegio, le dijo adiós.

Dafne montó en el taxi, que la llevaba de vuelta a la casa de los Colber, suspiró agitando la mano. Era tan niña, no, no lo era, apenas se llevaban tres años. Se dio una sacudida mental. Ella tenía esa edad cuando murieron sus padres. Tenía dieciocho cuando los había enterrado, administrando la poca herencia que tenían con muchísima sensatez. Consiguió que permaneciesen juntas y pagado las facturas. Ahora que sus estudios habían terminado, tenía que empezar a trabajar. ¿Y qué mejor oportunidad que aquella?

Y aunque después de la desgracia sufrida, pudieron mantenerse durante estos años con la pequeña renta, y la venta de algunas posesiones materiales con no mucho valor. Y gracias a Dios, su abuela, el único pariente que las aceptó, había estado en éste mundo, el tiempo suficiente para que Dafne terminara sus estudios, y no quedaran ambas, desamparadas y menores de edad. Ahora ella era mayor de edad, podía tomar decisiones, y tenía bajo su amparo a su única hermana.

Con estudios suficientes para ser institutriz, desde hacía dos meses después del fallecimiento de su abuela, buscó desesperadamente trabajo. Al carecer de experiencia, y contar con apenas sus veintiún años, nadie le había ofrecido oportunidad. Y el dinero se estaba acabando. Había conseguido llevar a Allison en un buen colegio de internas, dirigido por la antigua amiga de su madre. Y dejó la casa que había rentado con su abuela últimos años. Igualmente sus últimos muebles en propiedad habían sido vendidos.

Desde que se quedó sola, malvivía en una pequeñísima habitación de una pensión no lejana del colegio. El sitio era decente y limpio. Pero no quitaba que fuese una reducida pieza de apenas nueve metros cuadrados, con una

cama, un ropero, una mesa y una silla desvencijada. Y apenas una ventana estrecha para que entrase luz. Y encima un cuarto de baño compartido por las seis habitaciones del piso. Y aunque en aquella pensión solo se admitiesen señoras con buena reputación, era ciertamente incómodo.

Los Colber, muy a tiempo, y gracias a la intervención de la señora Francine, le ofrecieron una oportunidad de trabajo. Sus nuevos jefes, además de ser personas muy respetadas, eran casi conocidos de ella. Había habido lazos de amistad entre su familia y la de ellos, en tiempos mejores, desde mucho antes de la Gran Guerra. El único inconveniente es que sus jefes viajaban muchísimo. También eso afectaba a que las niñeras ya mayores y las institutrices entradas en años rechazasen este trabajo.

Pero para Dafne Sevenstons, no era una opción. Era una necesidad apremiante. Además, había conocido a su nuevo pupilo, el pequeño Hans Colber, era un crío maravilloso. Solo tendría que ocuparse de él en exclusiva. Ser un poco su niñera, su institutriz, su maestra. Los constantes viajes de los Colber impedían al niño asistir a una escuela con asiduidad.

Y Dafne era lo que ellos necesitaban. Una joven educada, proveniente de buena familia, aunque ahora venida a menos, con nociones más que satisfactorias de varios idiomas, además del natal, se defendía en francés, alemán y algo de italiano. tenía una apariencia dulce, tranquila y discreta, aunque en su interior se había forjado una personalidad fuerte y tenaz, con una férrea voluntad y un carácter decidido, que ella ocultaba sabiamente bajo sus cálidos ojos color miel, y un poco de timidez natural.

En apenas veinticuatro horas, Dafne se embarcó en la primera aventura de su vida.

Cruzar el Canal de la Mancha hasta Francia, y desembarcando allí, directos a París. La primavera estaba encima, pero aún hacía frío. Al anochecer, en su camarote, cuando dejó dormido al pequeño Hans, buscó relajarse un poco paseando en cubierta. Se puso su abrigo para dar un corto paseo.

Era la primera vez que salía de Sunset, y más aún de Inglaterra. Y ahora viviría en París por una buena temporada, todo resultaría nuevo, y emocionante. Agradeció a los cielos en no sentir el más mínimo mareo en su primera experiencia en un barco. Aunque el tiempo era muy tranquilo, apenas hacía viento y la travesía parecía que iba a ser cómoda. Eso le permitiría disfrutar del viaje. Pensó que, en cuanto arribara a costas francesas, enviaría una larga carta a Allison, contándole todo, sus impresiones, los lugares, el barco, así seguramente la tranquilizaría.

Los Colber paseaban por cubierta, después de la cena en el comedor principal. Volvían hacía su camarote, que estaba justo al lado del que ocupaba ella con el pequeño Hans. Era primera clase.

Se les veía tan felices. No era un matrimonio sólo de apariencia, como otros que había conocido Dafne. Ivette Colber, dejaba caer con dulzura su pelirroja cabeza en el hombro de su marido. Reían por algo. Si, eran felices, tanto cómo lo fueron alguna vez papá y mamá. Tal y cómo ella los recordaba. Sintió algo de pena por esos recuerdos, tan lejanos hoy en el tiempo. Unas lágrimas traicioneras, quisieron asomarse a sus ojos. No quiso que la viesen en ese momento, seguramente sus párpados estarían enrojeciendo por el esfuerzo de no derramar ni una gota. Se ocultó diestramente en el hueco de la escalera metálica que ascendía a un nivel superior. La pareja pasó, sin darse cuenta que Dafne se ocultaba entre las sombras. Suspiró. Cuando sus pasos se perdieron, salió de su escondrijo.

Corrió de nuevo hacia su camarote, olvidándose de su paseo. Tampoco quería dejar demasiado tiempo solo al niño en un dormitorio desconocido para él. Aunque por los pocos días que el crío llevaba a su cuidado, Dafne había comprobado que, una vez, dormida, la criatura no abría sus ojos hasta el alba. Lo que no quería decir, que precisamente esta noche, si extrañaba en algo su cama, pudiese despertar en cualquier instante y sentirse perdido.

Abrió con delicadeza la puerta. Había dejado una lámpara encendida sobre un pequeño escritorio. Cerró con la misma suavidad y comprobó aliviada, que Hans estaba en un pacífico sueño.

Aún no le apetecía acostarse. Quedaba también un día y medio de viaje, si llevaban ese buen ritmo y no se presentase ningún cambio climático que los retrasase. Se acordó de la carta para Allison. Se sentó ante el escritorio, tomó papel y tinta, y subió apenas un poco la llama de la lámpara. Comprobando que la luz no molestase al niño, escribió.

Como si fuese un diario, relató todas y cada una de sus experiencias en ese cortó espacio de tiempo vivido lejos de su hermana. Casi al acabar, comprobó que había rellenado casi cuatro hojas con su escritura redonda y apretada.

Después de firmar, añadió una posdata para la señora Francine Ballister, agradeciéndole de nuevo que cuidase a Allison, y que la guiase y la protegiese, en nombre de la madre que ambas habían perdido.

Después dobló cuidadosamente los folios de buen gramaje y los introdujo en un sobre color marfil. Escribió puntualmente con claridad las señas. Detrás sólo pudo poner su propio nombre, Cuando llegaran a puerto preguntaría antes de enviarla, las señas de su nueva casa a los Colber por si el correo se perdía, o se la reenviaban, y también para que su hermana supiese dónde poder escribirla sucesivamente.

Apagó la luz y se dirigió a su cama, después de cambiarse y ponerse un camisón de suave franela, se acostó. Al contrario de lo que pensó, no tardó en dormirse, mecida suavemente por la cadencia del barco al navegar a favor de la brisa. Su último pensamiento fue rogar que su buena suerte continuase, y pudiese algún día volver a reunirse con su querida hermana.

* * *

Para Heinrich, el ingreso en el ejército fue casi inmediato a su integración al partido. Sabía que, proviniendo como él, del ejército inglés, estaría largo tiempo bajo sospecha, y que no podría acceder a un puesto medianamente

relevante, o que estuviese de algún modo relacionado con estrategia o secretos militares.

Tanto fue así, que la misma anexión del territorio de Rumania, el mismo día siete de marzo de mil novecientos treinta y seis, le cogió tan de sorpresa como a otros tantos millones de civiles. Claro que apenas llevaba cinco días en su nuevo puesto. Gracias a las buenas conexiones de su tío Rudolf, entró directamente con el grado de teniente en un pequeño cuartel a las afueras de Berlín, a cargo inmediato de un superior, amigo íntimo de su Tío Rudolf. Este hecho complació de veras a su madre y sobre todo a Helga.

Lo suyo con Helga, los meses siguientes, fue el cuento de nunca acabar.

Heinrich, se prometía, una y otra vez, que no volvería a su cama. Sabía a ciencia cierta que no era suya en exclusiva. Había más conocidos que compartían con ella algo más que una copa y un baile. Más de uno eran los amantes que ella llevaba a su céntrico y lujoso apartamento. Ella nunca se molestó en ocultárselo. Pero al fin y al cabo, era una de las pocas mujeres hermosas que no exigían un anillo de bodas.

Rápidamente, acabo la primavera, y Berlín hirvió en preparativos para los Juegos Olímpicos de 1936. Ese año, la sede sería la capital. Ese principio de Agosto le llegó la orden que sería escolta de los ministros del tercer Reich. Una de las razones era su noción de idiomas. Y otra, seguro, era ponerle definitivamente a prueba.

En esos días, estuvo a menos de cinco metros del mismísimo Führer.

O ya confiaban en él, o la influencia de su tío Rudolf le había elevado a tamaña posición. Estaba ya a un paso de la confianza total. Sólo le quedaba esperar las órdenes desde Inglaterra, para comenzar su tarea. Seguramente, estaría vigilado también desde la parte británica. Y su progreso, le traería también las nuevas órdenes que le exigirían en su nueva posición.

* * *

Cuartel General del Ejército Británico. Diez de la mañana. Mes de octubre, 1936.

Tony Daylight, no pasaba por su Inglaterra natal hacía por lo menos un año. Hoy volvía de la frontera entre Grecia y Rusia, tras casi cuatro días de agotador viaje. La primera noticia que recibió cuando pisó el cuartel y se presentó ante su superior, le dejó estupefacto.

Aún sin salir de su asombro, cumplió primero con su obligación de hacer un informe detallado de su recién acabada misión. Una vez finalizado, permaneció unos segundos en silencio ante su nuevo superior.

—¿Alguna cosa más, Daylight? —La voz y la actitud del general Bossfield era cortante, áspera. Nada comparable con el amistoso general Durston.

—Discúlpeme, mi general, pero ¿Qué le ha ocurrido al general Durston?

—Lamento informarle, señor Daylight, que el general falleció hace ya un año prácticamente. Creo que poco después de su marcha para esta última misión. Yo fui inmediatamente elegido para sustituirle en el cargo. ¿Algo más?

—Pues sí, mi general, mi hermano, el capitán Henry Daylight... — Bossfield alzó una mano y no le dejó terminar.

—Ah, sí. Hubo mucho revuelo por su culpa. Eso de que un capitán, proveniente de tan notable familia para nuestro ejército, desertase así de la noche a la mañana, y renunciase hasta a su país, sin razón alguna. — Bossfield negó con la cabeza. —Tengo que decirle que hubo voces en nuestro gabinete de que ya no se fiaban ni siquiera de usted. Pero veo que sigue siendo fiel a la corona.

—Pero Henry, Henry no ha desertado. El día anterior a mi marcha estuve

con él. Hablamos de que el General Durston, le había propuesto ser informador, justo en Alemania, aprovechado su doble nacionalidad.

—Aquí no hay constancia de eso. No hay ningún documento en el despacho ni en los ficheros pertenecientes al general referente a lo que usted me dice. Me temo que usted también fue víctima de su engaño. Lo mismo que nos tenía engañados a todos.

—No puede ser, yo mismo hablé con el General sobre este tema.

—Le repito Sr. Daylight, que eso no nos consta. A nuestros ojos, su hermano es un desertor, y probablemente traidor a su patria. Y tenga usted cuidado. —Su voz sonó casi amenazante. —Le tendremos bien controlado. No necesitamos más sobresaltos.

—Pero...

—Retírese, Daylight. Su hermano ya es tema antiguo y olvidado. Maldita sea, si fue reconocido durante la retransmisión de los juegos olímpicos de Alemania, ¡justo de escolta del mismo Führer! Si sólo apareciese por aquí sería inmediatamente arrestado, y usted ya sabe lo que sería lo siguiente. Procure seguir con su trabajo. Buenos días. Retírese.

Tony, al no pertenecer al ejército como oficial, no tuvo que cuadrarse ante el general. Sólo asintió con un gesto cortés. Se dio media vuelta y salió rápidamente del despacho, y acto seguido hasta la calle.

No podía ser. Henry no había desertado. Tenía que investigar cómo había llegado a ocurrir todo aquello. Sus últimas órdenes eran viajar hasta la frontera pirenaica, entre Francia y España. Eso le iba a dejar bastante lejos de Alemania. Pero él tenía amigos. Buenos amigos, pero no tanto como el viejo General. Dejó un ramo de flores blancas sobre la lápida. Limpió con la mano las hojas caídas, acumuladas sobre ella. Y leyó la fecha, doce de octubre, mil novecientos treinta y cinco.

Doce de octubre. Apenas unos tres o cuatro días después de que Henry se entrevistase con Durston. Y de que el General propusiese a su hermano el trabajar como informador en Alemania.

Recordó como si fuese ayer la última conversación que mantuvo con él, y aquella frase que siempre decía el hombre con media sonrisa socarrona “esta conversación nunca ha existido”. Durston no había comunicado nada sobre su hermano a las demás instancias de su grupo de inteligencia. Era una maldita mala suerte. Pero Henry había aceptado el trabajo, lo sabía, estaba decidido cuando él le dejó aquella mañana para volver a su “trabajo”. Al viejo general, no le habría dado tiempo a comunicarlo debidamente a su gabinete, el nombre del nuevo agente en Berlín.

Ahora, para todo el mundo, su hermano sólo era un traidor. Estaría solo, olvidado. Quizás ya sospechase algo. Si nadie se había puesto en contacto con él en un año para darle órdenes. O quizás no, no sospechase nada. Había que tener en cuenta que era su primer trabajo de esa índole. No sabría a qué atenerse. Tenía que hacer algo. Se repitió eso una y otra vez. Bajo el sol de octubre, paseó por el solitario cementerio. Era muy preocupante si, a Henry, se le ocurría volver por sus propios medios a Inglaterra. Sería inmediatamente detenido, juzgado en un consejo de guerra, y quién sabe si ejecutado.

Ahora le tocaba a él actuar, tenía que intentar comunicar con algún otro informante en Berlín, de esa manera podría quizás contactar con Henry, y ponerle al corriente de su peligrosa situación.

* * *

El treinta y siete llegó demasiado rápido, y se llevó del lado de Heinrich, al único ser al que odió mentir.

Katherine estaba tan feliz, su hijo había ascendido a Capitán, apenas unas semanas antes. Con los debidos respaldos, quien sabe hasta dónde podría

llegar en el escalafón.

Aquella tarde, mientras estaba en su despacho, a punto de recibir órdenes que estaban llegando al cuartel, habían llamado del servicio de su casa. Katherine llevaba días algo enferma, pero aquella tarde parecía agravarse por instantes. Rápidamente, se puso en contacto con su tío Rudolf, el cual lo envió de inmediato a casa, él se encargaría de dar las debidas excusas por su ausencia. El resto de la tarde y de la noche no se separó de su cama. Había llegado justo a tiempo antes que el doctor marchase de su visita a la enferma.

—Entonces Herr Koreander, ¿No puede hacer nada por ella?

—Sólo aliviar su dolor con calmantes. No hay ningún remedio, ni lo hubo antes. Ella se puso tan feliz de que viniese, que me hizo jurar, que no le diría a usted nada de su enfermedad.

—Pero parecía tan fuerte. —suspiró. —tan llena de vida, que no...

—No era posible darse cuenta, si se era completamente ajeno. Antes de usted llegar, ya habíamos hablado de esto, ella tenía constancia que apenas le quedaban unos seis meses de vida. Pero su llegada Herr Capitán, le ha hecho vivir por más de un año. Usted le dio ilusión. Y, ahora, lo único que puede hacer, es sonreír y sostener sus manos hasta que se vaya.

Una vez que despidió al doctor, volvió a su lado.

—Heinrich. —la voz de su madre sonaba tan débil, la morfina inyectada por el doctor en su sistema para aplacar su sufrimiento, pronto la haría dormir. Y esta vez, no sabía si despertaría.

—Estoy aquí mamá. —se sentó en el borde de la cama, tomando las manos delgadas de su madre y las besó.

—Perdóname hijo, por dejaros, a ti y a Tony.

—Eso no tiene importancia, ambos somos mayores y te queremos.

—Yo quería traeros conmigo, pero, sólo tú tenías la doble nacionalidad, y tu padre se negó a dejarnos viajar conmigo. —respiraba agitada. Heinrich pasó una mano por su frente sudorosa.

—No te canses mamá, sólo duérmete.

—No, sé que esta vez no despertaré. Escúchame,—Heinrich siguió acariciándola suavemente, viéndola apagarse ante sus ojos, si poder hacer nada más que estar a su lado. —Ese día discutí con tu padre. Muy fuerte. Al final nos dijimos cosas que no debimos habernos dicho. Yo me fui, enfadada, jurándole que no volvería, y él...

—Él no te lo impidió, lo sé. Yo tenía ocho años y estaba ese día en la biblioteca, donde discutisteis. Sentado en el sillón de orejas ante la ventana. Estaba de espaldas, tapado por el respaldar, y ni os fijasteis en mí.

—Entonces, lo recuerdas.

—Demasiado bien. No te preocupes, no te culpo, ni le culpé a él de nada. Nunca.

Katherine cerró los ojos no sabía si aliviada o por el dolor. —Hijo, no cometas nuestros mismos errores.

—No lo haré, madre.

—No me has entendido, cuando encuentres a esa mujer especial, no la dejes marchar. Quédate con ella sobre vientos y tempestades, si es ella tu verdadero amor. Mi único amor fue tu padre. Me he arrepentido tanto después de todo.

Heinrich quiso decirle que su padre tampoco volvió a ser el mismo, pero Katherine cerraba los ojos, después de mirarle con infinita ternura.

En ese momento, Heinrich le pidió perdón en silencio por su “mentira”.

Ella murió mientras dormía, poco después. Protegida en el círculo de los fuertes brazos de su hijo.

Y Heinrich se quedó solo.

* * *

Heinrich, agradeció, en el alma, muy poco después la suerte de que el destino había decidido arrebatarse a Katherine justo a esa hora.

Había estado a punto de recibir unas órdenes que, si las hubiese cumplido, se hubiese odiado a sí mismo por toda la eternidad.

Mientras él y su tío Rudolf, y una docena de parientes había velado a Katherine, esa fría noche de noviembre, casi todo el ejército aposentado en Berlín recibió órdenes.

Órdenes de entrar a saco en uno de los barrios en que pocos meses antes los berlineses de origen judío habían sido hacinados. Todos fueron obligados a salir con lo puesto de sus pobres casas. Trenes de transporte estaban a punto en las estaciones para ser deportados de inmediato hacia campos de concentración recién terminados, pero también hubo muchos esa noche que murieron.

Al amanecer, después de que todos aquellos infelices habían sido metidos como ganado en camiones y en vagones de trenes hacia su fatal destino, el ejército, acompañado de perros, registró todo el gueto. A fondo, vivienda por vivienda, de los cimientos hasta el ático, cada sótano, cada hueco. Buscaban posibles escondites, trampillas, falsos techos, refugios que pudiesen albergar a tan sólo uno de aquellos seres condenados.

Todos los que fueron hallados ocultos, todo aquel hombre, mujer o niño, fueron acribillados, ejecutados sin darle la menor oportunidad, ni de huir, ni de defenderse.

Mucho tiempo después, alguien, en algún lugar, bautizó poéticamente esas horas de horror del nueve de noviembre como "*La noche de los vidrios rotos*". Esa fecha, ya nunca se borraría de la mente de Heinrich.

CAPÍTULO 5

APENAS dos semanas después de aquel fatídico nueve de noviembre, cuya noticia no salió en ningún rotativo, Dafne cruzaba la frontera de Bélgica, junto a los Colber. Ya, en el mismo corazón de Berlín, se instalaron en una preciosa zona residencial, Una casona alquilada, con un jardín delantero y un hermoso patio trasero con columpios.

Ella seguía felizmente con su trabajo de institutriz, encariñada por completo de Hans. Este cumpliría ya en diciembre los siete años. Para esa misma fecha, esperaba La señora Ivette Colber. a su segundo hijo.

El cambio fue algo duro para Dafne. En la capital se vivía con una extraña sensación de desasosiego. La ciudad parecía vivir una guerra civil encubierta. Se rumoreaba que nada bueno le ocurría al que no fuese completamente adepto al Régimen del Tercer Reich. Y si por mala suerte, eras judío o sospechaban que lo fueses...

El Señor Colber., suizo de origen, no pareció notarlo. Se dedicaba a sus múltiples negocios, al mismo ritmo que siempre lo había hecho. Pero Ivette apenas salía ya de casa. Ella era francesa, y no conocía a nadie en la capital. Además, en su avanzado estado de gestación, le hacía sentirse torpe e incómoda, poco más que para pasear por el jardín o el patio.

Al final, Dafne la cuidaba cómo lo hacía con Hans, y la consentía como a una niña mimada. Colber. permanecía a veces varios días de viaje. Se

acercaba a menudo hasta Colonia, o hasta Frankfurt. Incluso pasó la frontera con Austria en alguna ocasión.

Pero por suerte para Dafne, el Herr Colber., se quedó el tiempo suficiente en casa, para que Ivette diera a luz a su segundo hijo, una niña, con rizos rojizos igual que su madre. Fue llamada Ninette. Así que Dafne tuvo pronto entre sus brazos a una segunda pupila. Se quedó entonces prendada de su mirada azul. El volver a Inglaterra en esos momentos había quedado completamente descartado.

Escribió una larga carta a Allison En otras anteriores, le había planteado dudas sobre quedarse con los Colber, en Berlín. Había empezado a pensarse seriamente en volver a Inglaterra y empezar a buscar trabajo allí. Ahora tenía más experiencia y era más mayor, pronto alcanzaría los veinticuatro años.

Pero a día de hoy, a pesar de sentirse extraña en Berlín, se sentía a gusto, trabajando para una familia que la respetaba y la trataba bien. Además, se había encariñado muchísimo con los pequeños.

Para su sorpresa, a la vuelta de correo, la carta de Allison que contestaba a la suya, venía llena de palabras de comprensión y de buenas noticias.

En el próximo Enero, año nuevo del treinta y ocho, Allison cumplía los veinte años, y le comunicaba, pomposamente, su inminente matrimonio, después de un corto noviazgo, (que Dafne no conocía), con un joven caballero que ejercía la abogacía en Londres. Dafne respiró tranquila, cuando leyó el nombre el afortunado elegido. Andrew Ballister. Conocía bastante bien este nombre. Era el único hijo de la señora Francine Ballister, a cuyo cuidado había dejado a su hermana pequeña poco más de dos años atrás.

En el mismo sobre venía una carta de la Señora Ballister, comunicando a su modo, la feliz noticia. Dafne se sintió como, si en este momento le estuviesen pidiendo a ella la mano de su hermana.

Después de horas intentándolo, consiguió conferencia con las Islas. En

realidad, la señora Ballister era casi la instigadora del corto noviazgo de los dos jóvenes. Había sido por años amiga de la familia Sevenstons, y consideraba casi como una hija a Allison. La menor de las niñas Sevenstons, fue siempre dulce. Y de carácter tranquilo. No cómo Dafne, que siempre había mostrado un punto de rebeldía innata, que con el tiempo había conseguido ella misma domar, bajo una máscara de apacible sensatez, y a veces casi de timidez.

Así que Allison, había encontrado al amor de su vida, y ella había estado demasiado lejos para escuchar sus secretos y sus primeras ilusiones.

Dafne, ahora más que nunca, decidió quedarse al servicio de los Colber. Aunque podría volver a Inglaterra. Era lista y cuidadosa en sus finanzas. Tenía guardado suficiente en un banco británico al que los Colber. le facilitaban la transferencia para vivir con dignidad al menos un año, ya no tendría que hacerse cargo de la escuela ni de facturas, ni gastos de Allison. Su hermana comenzaría una nueva vida en Londres, aunque a ella no le alcanzaría con sus ahorros para permitirse algo en la capital. Allí todo era más caro. De todas maneras si volviera, tendría que mantenerse en algún pueblo de la periferia, seguiría estando lejos de su hermana. No quiso pensar más. Se hizo cargo de ambos niños, y retornó a su vida de trabajo y de seguridad.

* * *

Heinrich como todo ciudadano Alemán, leyó aquella mañana calurosa de mediados de agosto, la “casi” sorpresiva noticia. Hitler se entrevistaba con el Primer Ministro Británico Chamberlain. El Führer, rodeado, como siempre, de su guardia pretoriana, marchó hacia Beachtenten, en Baviera.

Fue un día largo, seco y caluroso, algunas voces se alzaron discrepantes ante esta reunión. Aquella tarde Heinrich, paseó a última hora por las calles más céntricas de Berlín. Nadie, hasta el día de hoy, se había puesto en

contacto con él. ¿Qué diablos estaba ocurriendo? ¿Temerían aún desde Inglaterra que él estuviese siendo aún vigilado? Por todos los cielos, pronto llevaría tres largos años en Alemania. ¿Con quién y cómo comunicarse? Sus órdenes habían sido esperar. Y ya se le había acabado la paciencia.

Sabía que algo iba a ocurrir y pronto, tenía información de ello de primera mano. Ya el tres de marzo anterior, las tropas habían entrado en Austria, sin lucha. Viena había recibido a un Hitler triunfante, entre vítores y aplausos. Heinrich había estado allí. Pero de nuevo había sido destinado al mismo centro de Berlín. ¿Por qué?

Temiendo cualquier clase de trampa, decidió que esperaría a finales de año. Intentaría entonces viajar hasta Inglaterra, aunque tuviese que rodear toda la maldita Rusia, y dejar así, detrás aquella mentira improductiva.

Lamentablemente, justo antes de las Navidades, recibió órdenes de nuevo destino junto a cientos de compañeros, hacia el frente de Checoslovaquia. Allí, bajó órdenes directas y precisas del Führer, formó parte de los mandos del ejército de la frontera, durante varios meses.

Justo el quince de marzo, Alemania se anexó Checoslovaquia, después de invadirla sorpresivamente. Le siguió Bohemia y Moravia, que pasaron directamente a ser Protectorado del Tercer Reich. Heinrich había quedado entonces en esta última región. Ahora no podía huir. Vivía en un constante estado militar de alerta. Sin escapatoria. El primer día de septiembre, marchó junto a su facción hasta la misma Polonia.

Tan pronto cómo se inició el ataque a la débil e indefensa Polonia, Francia e Inglaterra, comunicaron al mundo una contundente declaración de guerra a Alemania.

Pero ya Polonia estaba perdida. Apenas un mes después, se rendía a las tropas alemanas, muy superiores en número y armamento. La Unión soviética tampoco perdió el tiempo, temiendo que éste, que era el último país que les separaba del frente de Alemania, fuese el puente para una futura invasión de

su territorio, inició por su parte su particular invasión por el este. Esa era la manera más viable de cubrirse las espaldas, y demostrar, además, que también contaba con potencial más que suficiente, lo mismo para atacar, que para defenderse.

Hundido en la vorágine de la guerra, Heinrich fue ilocalizable para cualquier agente británico que pudiera estar intentando ponerse en contacto con él. Cambiaba de destino cada semana. Apenas unos días en cada sitio. Por sus méritos en campaña, fue muy pronto ascendido a gabinetes estrategas. Ya si antes le era difícil escapar, ahora se había vuelto imposible. Su maldita suerte aun le había dado el no tener que combatir contra su misma patria, Inglaterra. Esto era lo que más temía.

Estaba ahora solo, aislado, y temía también que odiado por cada uno de sus conocidos en Gran Bretaña.

Las siguientes órdenes lo enviaron casi al otro lado del mundo, al mismo continente africano. Allí empezó a servir bajo las mismas órdenes del General Rommel. Era ya el cuarenta y uno, y él no había podido escapar, ni siquiera al temido enfrentamiento en contra de las tropas inglesas.

Cuando volvió a pisar Berlín, habían pasado dos años de su partida. Su maldito destino le había arrojado de nuevo al mismísimo centro de Alemania, después de casi morir cuando el coche en el que viajaba por los polvorientos caminos del desierto africano había pisado una mina, él había recibido una buena cantidad de metralla en su cuerpo. Y ahora viajaba hasta su “hogar”. Casi había perdido cualquier esperanza de huir. Si volvía a su país, a Inglaterra, sería considerado como criminal de guerra. Aunque no hubiese disparado ni una sola bala en contra de su país natal, ni entrado en combate ni una sola vez en África, estando encargado sólo de apoyo de suministro material y táctico a las tropas de avanzadilla.

Sin embargo, en Berlín fue recibido como héroe de guerra. Tenía ya unas cuantas medallas en su pecho, además de cicatrices, y el cargo de Coronel del Ejército del Tercer Reich.

* * *

—Esta noche me quedaré contigo. —la voz de Helga, melosa, sensual. La había encontrado casi por casualidad. Él paseaba por el centro de la Capital. Aún estaba de baja, convaleciente, pero hastiado de estar encerrado en su gran casa, había dirigido sus pasos hasta las calles más céntricas en un tranquilo paseo. Ella conducía un automóvil blanco biplaza. Un precioso y caro Wolkswagen seguramente regalo de algún cariñoso “amigo”. Ella se había ofrecido a llevarle de vuelta a su casa. Aun así pasaron un rato en el auto. Era casi el anochecer, cuando Helga aparcó su flamante vehículo en la misma puerta de la casa de Heinrich.

—¿Qué dirían de ti en mi casa?, viven tres criados aquí. No estoy sólo Helga. —En realidad no quería compartir su cama. Sus encuentros íntimos siempre habían sido en el lujoso apartamento de ella en el centro. El dejarla pasar una noche en su casa, no era de su agrado.

—¿Qué me importa lo que hablen de mí? ¿Temes por mi reputación? Yo soy libre, y no creo hacer daño a nadie. Llevo dos años sin ti, te deseo. —acompañó sus palabras besando sus labios y con una caricia incitante sobre su pecho.

Heinrich, con cierto esfuerzo, consiguió separarse de sus devoradores labios. Sonrió débilmente como disculpa, y acarició con el dedo pulgar los rojos labios de Helga.

—Aún estoy convaleciente, querida, y te conozco, eres demasiado exigente en la cama. No me gustaría volver al hospital a que me cosiesen las heridas de nuevo.

—Maldita África, ¿no podrían haber mandado a otro? —hizo un mohín de niña consentida, que ya no le sentaba bien a sus maduros cuarenta y tantos.

—Gracias a ese incidente conseguí estas vacaciones que tanto necesitaba. Claro que también fue obra y gracia de una mina enemiga.

—Me habían hablado de tu manía de irte siempre hasta primera línea. Pero no creí nunca que llegarías a exponerte tanto con tu cargo.

—Pero esta vez no fue en primera línea, querida, sólo era una misión de apoyo. Ante todo soy un soldado, Helga.

—No querido, eres todo un coronel, y, me excita tanto este uniforme. —acarició con sus uñas su mandíbula tensa, e intentó de nuevo besarle.

—Esta noche no, Helga. No te enfades. Eres la mujer más deliciosa que pueda imaginar. Pero no estoy en forma. Y tú necesitas a un hombre que te de todo lo que necesitas.

—Mmm. —ella suspiró— Está bien, pero no escaparás de mí. Te dejaré recuperarte unos días, pero cuando el doctor te dé el alta, me resarciré, y con creces, de todo el tiempo que me he visto obligada a estar sin ti.

Heinrich, con alivio, la miró marcharse, arrancando despiadadamente el motor de su Volkswagen. El tubo de escape emitió una suave humareda de vapor blanco, y la gravilla salió despedida por la fricción de las ruedas traseras.

Si ella hubiese insistido una sola vez más, seguramente no habría resistido la tentación. Pero sabía muy bien que Helga era peligrosa. Tan venenosa como bella. No podría contradecirla muy a menudo. En apenas tres días que llevaba ya en Berlín desde su vuelta de África, ha habido rumores sobre ella. Se decía que un amante que la había contrariado en exceso, un banquero con bastantes años a sus espaldas, había sido denunciado por ser un judío encubierto. Ni se supo más de él ni de su familia. Hubo serias sospechas que ella había sido la instigadora de ese asunto sucio.

De nuevo, en la soledad de su dormitorio, su mente voló hacia Inglaterra. Algo había ocurrido, y ya era evidente. ¿En qué había estado pensando

Durston cuando le mandó hasta allí? ¿Cuánto tiempo tendría que estar aislado? Mentalmente volvió a contar el tiempo transcurrido desde su partida aquel octubre del treinta y cinco. ¡Por todos los demonios, llevaba casi seis años atrapado!

El nuevo puesto que le habían asignado y del que tomaría posesión en unos días, quizás le diese esa oportunidad que necesitaba. Mientras se terminaba de recuperar, y volviera al frente. Su obligación se reducía a comandar en una pequeño oficina, dependiendo de la SS, desde donde se controlaban pasaportes, y entradas y salidas de ciudadanos del país. Un cargo aburrido, pero por el cual pasaba muchísima información, acceso a documentación y pasaportes, visados. Todo eso, bien mirado, podría serle de mucha ayuda si pensaba escapar.

Sin embargo, otra idea no se iba de su cabeza. Podría pedir un destino lo más cerca de Inglaterra posible, a Francia, por ejemplo. Con los debidos documentos que pronto tendría en mano, el salto a las Islas podría ser incluso factible.

Se dio media vuelta en su cama. Escuchó como el reloj del salón daba las tres. También el sonido de algún campanario lejano. Su mente estaba demasiado ocupada en problemas, y su cuerpo demasiado descansado estos días para dormir.

Su principal problema, volver a casa, pero, ¿qué habría pasado? ¿Cómo habían llegado a olvidarse de él de esta manera? Y a partir de poder huir. ¿Cómo explicar una doble deserción? Los únicos en que podía confiar eran su hermano Tony y en el viejo General. ¿Por qué Tony no se había puesto en contacto con él de alguna manera? Miró de nuevo al techo. Había estado en el frente dos años, en ese tiempo casi ilocalizable. ¿Podría la casualidad haber impedido el recibir sus órdenes?

Pero otra duda se instaló en su mente. Estaban en Guerra. ¿Les habría ocurrido algo a Tony o al general que él ignoraba? Dios no lo quisiera. Entonces sí que se encontraría perdido.

* * *

—Vamos Geüser, no creo que sea imposible, sobre todo para ti, eres el mejor.

Geüser se sentaba en una silla de pino, ante la mesa, bebía algo de vino en un viejo vaso de cristal verde. En la mesa, otro vaso y una botella medio llena.

—Te repito que llevo intentándolo más de dos años. Tu amigo, ha estado fuera de Berlín todo este tiempo. No lo he visto ni siquiera una sola vez. Y no creas que no lo he intentado.

—Tengo que localizarlo a como dé lugar. Él no sabe en la clase de peligro que se encuentra. Si decidiese poner un pie en Inglaterra, lo único que le espera es un consejo de guerra. Tengo que impedir esto a toda costa.

—¿Qué demonios te une a este hombre, Tony?

—Es mi único hermano.

Geüser se quedó mudo unos instantes. Meditaba. Tony, que momentos antes había paseado nervioso por el pequeño apartamento abuhardillado de suelos de madera pelada, y cuatro muebles desvencijados, se asomó a la pequeña ventana. Parecía que jamás hubiesen limpiado el cristal. Lo frotó con la mano en círculos, para poder alcanzar a ver el resplandor de las farolas sobre el húmedo suelo de adoquines de la calle.

Había conseguido llegar hasta el mismísimo Berlín. Al fin obtuvo la misión que tanto tiempo había buscado, en el centro neurálgico y más peligroso de la guerra. Su misión era sacar de allí a un capitán inglés, un tal Camellero.

No era nadie que estuviese en posesión de ningún secreto importante, pero su familia era demasiado influyente. Tanto que habían movido los hilos

para conseguir alguien del servicio especial que trajese de vuelta al imbécil que se había hecho capturar en extrañas circunstancias.

Aunque en otras circunstancias no hubiese dado un penique por un idiota como le contaba que era el tal Camellero. Se ofreció voluntario para esta misión, porque le llevaba directamente a Berlín, el corazón del imperio. Desde allí encontraría la manera de comunicarse con Henry.

—Bien —al fin Geüser pareció terminar sus meditaciones, y sumido también en sus propias cavilaciones, la voz de su compañero le pareció en principio como un eco lejano. —me haré cargo de todo esto. Responde una cosa. ¿Quién puñetas es ese tal Cromwell. que te han movilizado hasta aquí?

—Su padre es General, ha hecho lo imposible para que hagamos esta excepción.

—Hay cientos de ingleses en campos de detención, junto a franceses, belgas, americanos. Y pasándolas putas. ¿Qué importa un idiota que llevó a su pelotón a una encerrona? Y además de perder a todos y cada uno de sus hombres, tuvo la poca elegancia, de dejarse capturar vivo. Sea hijo de quien sea, no merece tal despliegue de medios. —Después de suspirar hondamente, continuó—Tienes la suerte de que yo tuviese asignado a la vigilancia las oficinas del cuartel donde lo han trasladado esta noche. Temo que este aquí poco tiempo, sólo para el interrogatorio, y después lo envíen hacia cualquier campo. De allí sería imposible sacarle.

—¿Qué podría hacer mientras tanto?

—¿Conoces algo de Berlín?

—Más bien poco. Hace años estuve aquí para una de mis primeras misiones, esto ha cambiado demasiado.

—Tengo aquí algún buen mapa. Haz un estudio de las diferentes rutas de llegada y escape. A lo mejor tenemos suerte, y podemos también ponernos en contacto con tu hermano.

—Sé dónde vive. Pero no me atrevo ni a enviarle una nota. Podría estar vigilado.

—Podríamos intentar con algún anónimo, indicándole un lugar de encuentro, fácil de acceder y escapar. Una hora, una fecha. Yo haría que le llegase. Pero aunque me pese, Cromwell. es nuestra prioridad.

—Bien, lo pensaré, déjame ahora el mapa.

Geüser le sonrió, le proporcionó lo que necesitaba y ocupó una de las camas para descansar esta noche.

* * *

—Me apetece tanto pasar unos días a solas con Alfred. Sería algo así como una segunda Luna de Miel. ¿Qué te parece Dafne?

—Maravilloso Madame Ivette. Usted sabe que no tiene por qué preocuparse por Hans ni por Ninette.

Ivette Colber suspiró soñadora.

—Sólo son unos días, ni siquiera una semana. Después cuando todo esté preparado en nuestra nueva residencia, vendrás con los niños.

—Los cuidaré bien, no debe preocuparse.

—Me da cierto reparo dejaros solos. Pero voy a estar tan ocupada con los preparativos, y sé que tú los proteges muy bien. Gracias a Dios que he convencido a Alfred de salir de Berlín. ¡Este ambiente de guerra, y estando en la misma capital del conflicto! No hay ningún lugar seguro en el mundo pero... Siempre que Suiza permanezca neutral, eso es importante. —Miró a Dafne— Ah, Dafne, ¿tienes tus visados en regla?

—Tengo que renovarlo, aprovecharé cualquier instante para acercarme a la oficina a arreglarlo.

—Hazlo pronto, no puedo pasar sin ti, querida. Eres la única que consigue que mi pequeña Ninette, se tome cada comida. —Ivette llevaba largo rato intentando alimentar a su hija, pero ésta atendía a todo menos a la cuchara que afanosamente intentaba meter su madre en su boquita rosa.

Dafne sonrió, y tomó la cuchara ella misma. Se sentó junto a Ninette y le habló al oído quedamente. La pequeña pelirroja sonrió, y terminó todo el plato sin rechistar.

Asombrada, Ivette Colber, contemplaba el pequeño milagro. Cuando Dafne retiró el plato vacío, la siguió por el pasillo, mientras la niña corría a jugar en la alfombra con alguna muñeca despeinada, ya lejos de los oídos de la pequeña, se atrevió a preguntar.

—¿Qué le has dicho Dafne?

—Secreto profesional, Madame Ivette. Si usted averiguase mis métodos, no me necesitaría, y me quedaría sin trabajo.

Ambas mujeres rieron juntas, Ivette juró una y cien veces, que aunque conociese cada uno de sus secretos para sobrellevar a los niños, jamás se podría deshacer de su compañía.

CAPÍTULO 6

—¿UN inglés?

—Si, mi coronel. —Contestó el sargento—tenemos en el calabozo a un inglés, él único que pudieron coger vivo. Se tiene orden de sacarle toda la información posible antes de enviarlo al campo de detención. Pero se resiste a pesar de que le han dado bien.

—Sargento, eso no es competencia de estas oficinas. Aquí nuestro trabajo es revisar entradas y salidas de Berlín, pasaportes y visados.

—Mi coronel, no había más espacio en La Central. Lo trajimos anoche mismo, pero usted ya se había retirado.

Heinrich suspiró. No le apetecía nada estar en medio de este problema. Ante él. Aquel sargento permanecía derecho cómo una lanza.

—¿Y aún no ha dicho nada el prisionero?

—Sólo repite nombre y regimiento. Pero aquí ninguno entendemos mucho, no hay nadie de nosotros que hable inglés, sólo usted, mi Coronel, al menos eso nos ha comunicado el Coronel Dietrich, que es el que ha dado las órdenes.

—Bien, bajaré ahora mismo.

Dejó los documentos que estaba revisando. Era el maldito quinto día que estaba a cargo de la oficina. Y donde creía que no habría más que papeleo, se encontraba con un problema así, como el de tratar con un prisionero, por obra y gracia de su amigo el Coronel Dietrich.

Mentalmente habló consigo mismo: *Gracias Dietrich, por meterme en este embrollo, me lo tendrás que agradecer y no con un barril de esa cerveza negra que tanto te gusta, si no mejor, con una caja de coñac francés, que es más difícil de encontrar.*

El sargento se cuadró ante él y pidió permiso para retirarse. Heinrich se lo dio, mientras acomodaba las últimas carpetas. Se levantó del sillón y se estiró el uniforme, tomó su gorra bajo el brazo y se dirigió con paso firme, por el pasillo hasta el sótano. Sólo quedaba un calabozo, los demás habían sido habilitados como almacén de documentación. Sus pasos resonaron sobre la baldosas verdosas apagada del sótano. El pasillo abovedado hacía de caja de resonancia. Las paredes estaban pintadas también de un gris sucio, verdaderamente deprimente. Y aquellas bombillas colgantes de cables a la vista. Se notaba a la legua que el edificio era verdaderamente antiguo. La electricidad no existía cuando se construyó. A lo largo de los años se había rehabilitado y remozado, pero el sótano había sido arreglado más bien de forma chapucera.

En la misma puerta le estaba esperando el sargento, volvió a cuadrarse.

—Sabemos que no es su obligación Herr Coronel, pero...

—Terminemos de una vez. ¿Ha dicho cómo se llama?

—Sólo repite Cromwell, capitán Cromwell, y su número de identificación del ejército.

El sargento abrió la puerta de hierro y le dejó pasar en primer lugar. Una vez dentro en la desnuda sala mal iluminada, sólo una silla y un herrumbroso camastro de hierro con un colchón forrado con sarga a rallas grisáceas. Un

W.C. y un pequeñísimo lavabo a la vista en la pared más lejana. Ninguna ventana que permitiese luz o aire fresco exterior.

El espectáculo fue impactante para Heinrich.

Conocía a Cromwell. Habían coincidido en la misma academia, no es que fueran amigos, pero... Era un poco más joven que él de una graduación o dos después de la suya.

El hombre estaba atado con las manos a la espalda, dejado caer en la silla. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía sin sentido. Había sangre y saliva manchando toda la pechera de su camisa color café del uniforme. Estaba rota por algunos sitios. Había una herida rasgando su ceja derecha. Sus cabellos rubio cenizo estaban pegados al cráneo, mezcla de sangre, sudor y suciedad.

Un par de sargentos estaban allí, “interrogando” al prisionero.

Seguramente eran los causantes del lamentable estado de Cromwell.

Ambos se habían cuadrado y saludado cuando Heinrich puso un pie dentro de la celda. Él apenas les dio un gesto y ambos hombres volvieron a su posición de descanso.

Uno de los hombres que estaba a la derecha de la silla, el que parecía con más experiencia en estos asuntos por edad, cogió de un puñado los cabellos de Cromwell para que alzase la cabeza.

La herida en su frente era sólo el comienzo. El ojo derecho también lo tenía amoratado. Apenas podía abrirlo. Goteaba un hilillo de sangre por su nariz, y también parecía tener reventado su labio inferior. Desde luego, se habían ensañado con él. Heinrich, siempre había combatido de igual a igual. Eso de ver a alguien indefenso y maltratado de esa manera, le produjo náuseas. Apenas había reconocido al James Cromwell debajo de aquel sin sentido.

Con voz nasal Cromwell volvió a repetir lo único que había conseguido decir durante horas, supuso.

—Señor, mi coronel, esto es lo único que dice. Tampoco podemos interrogarlo más, no sabemos su idioma.

—¿Ninguno de vosotros sargento? —Heinrich pensó por un segundo, que todo aquello podría ser una trampa.

—Ninguno señor, sentimos hacerle bajar, Herr Coronel. —Repitió el soldado.

El sargento soltó de improviso el cabello de Cromwell, éste estabilizó su cabeza y abrió su único ojo sano. Parpadeó varias veces, cómo acostumbrándose a la luz, cómo si saliese de un sueño. Ante él, la alta figura de Heinrich. ¿Lo reconocería? Una de las cosas que temía Heinrich se volvía realidad. Cromwell se fijó en él. Su mirada se intensificó.

¡Maldición! Parecía reconocerle.

Cromwell tomó aire, y con un impulso se alzó de improviso, lanzándose, a pesar de tener las manos bien atadas a su espalda, de cabeza hacia Heinrich.

—¡Maldito traidor! Hijo de...

Heinrich lo silencio de un medido y certero puñetazo en la mandíbula.

Cromwell frenó en seco, y cayó ante él de rodillas, deslizándose hasta el suelo, misericordiosamente perdiendo la consciencia.

Los dos sargentos tardaron tres segundos en reaccionar. Si lo hubiesen hecho a tiempo, Cromwell hubiese acabado con un tiro en la espalda o en la nuca.

Inmediatamente lo alzaron de vuelta hacia la silla, pero ahora no se podía mantener en ella.

—Lo sentimos, Herr Coronel—uno de ellos comprobó que efectivamente, el inglés estaba desmayado. —No creímos que el prisionero tuviese fuerzas.

—Dejadlo dormir un rato. —Se sacudió los nudillos, Cromwell tenía una mandíbula de acero—Esta tarde cuando termine mis obligaciones, bajaré a interrogarle. Tampoco hará falta que se informe de este incidente, —sonrió de medio lado a los dos sargentos. Éstos se cuadraron de nuevo ante él, visiblemente agradecidos. Otro alto mando cualquiera, les hubiese mandado degradar, nada más por no haber controlado debidamente al prisionero.

Heinrich salió tranquilamente de la celda. Comprobó que los hombres salían después de arrastrar y echar a Cromwell sobre el jergón. Cerraron con doble vuelta de llave la cerradura. Y al salir la entregaban a un único guardián, que se aposentaba a mitad del pasillo sentado ante una pequeña mesa. El soldado guardó la llave en un cajón de la mesa y se cuadró ante su coronel.

—Descanse soldado. —caminaron por el pasillo. Ambos sargentos lo seguían a tres pasos. Justo antes de iniciar el ascenso Heinrich se volvió hacia ellos. —Bien muchachos, no creo que se despierte hasta entrada la tarde, y recordad, es mío.

Mientras Heinrich subía pausadamente los escalones hacia su despacho, repasaba en su mente cada detalle del recinto del sótano que hacía las veces de calabozo improvisado. Los escalones que le llevaban al primer piso donde estaba ahora su pequeño despacho, eran más anchos y cómodos. La luz que penetraba por los ventanales alargados que iluminaban la escalera era gris y lechosa en un día nublado. Tenía que pensar deprisa que diablos hacer con Cromwell. Podía ser peligroso para él, y no podía adivinar hasta qué punto.

Estuvo todo el día sumergido en los quehaceres de su oficina. Apenas escapó media hora a comer algo en un sitio cercano, y volvió. Ese día anocheció demasiado pronto, el sol, velado por las nubes, traspasaría pronto los tejados grises de Berlín. Mirando desde la ventana, no parecía haber ninguna guerra. Las calles, aunque bien vigiladas, parecían tranquilas. La

gente paseaba, volvía con a sus hijos del parque, hombres iban y venían de sus trabajos y quehaceres. Todos con una impresionante calma.

Mientras miraba ceñudo hacia la calle, deseó no haber visto de esa manera tan deplorable a James Cromwell. Podría ser un cabrón inepto, pero nadie merecía la soberana paliza que le estaban dando, sin siquiera molestarse en preguntarle en su propio idioma. Se concentró en el problema que tenía entre manos. Había que pensar algo, y deprisa. Miró de nuevo a la gente que cruzaba ajena a su dilema la calle tranquilamente.

Si, allí estaba otra vez. El alto individuo de cabello ralo, de color ceniciento. Es muy tarde para vender prensa, muchacho, el disfraz se te cae a pedazos. Sí, le había visto antes, es más, todos los días de esa dichosa semana que llevaba destinado en ese despacho. Todas las tardes, vendiendo hasta demasiado entrada la oscuridad, periódicos en la misma esquina. Nunca cruzaba palabra con nadie. Si alguien le compraba algún ejemplar, tomaba el dinero y daba las vueltas con rapidez, si abrir la boca.

Su vendedor de periódicos miraba demasiado atento a las puertas de sus oficinas.

El edificio estaba siendo vigilado, ¿para qué? Quizás porque allí se guardaba documentación y sellos para hacer pasaportes y visados. Eso para los disidentes era un buen material para robar y luego hacer sus falsificaciones más realistas para salir del país.

Aunque ahora también tenían un prisionero en sus sótanos. Podría ser que estuvieran vigilando por una o por ambas cuestiones.

A él, nunca se le despistaba una cara. Lo observó durante largos minutos. Miró su reloj. Hora de tomar una decisión. Tomando su abrigo de doble botonadura, bajo de dos en dos los escalones hacia la calle. Pasó a los dos soldados que custodiaban la puerta, que se cuadraron ante él, y él apenas respondió al saludo. Siendo la máxima autoridad en aquel pequeño distrito, nadie iba a cuestionar que saliese o entrase cuando le viniese en gana.

Una vez fuera, miró directamente hacia el individuo sospechoso. Éste recogía el pequeño fardo de diarios que aún le quedaban, atados con un cordel, y al parecer se dispuso a marcharse por una de las callejas adyacentes. Las farolas comenzaban a encenderse con su habitual luz anaranjada y tibia.

Heinrich caminó, como el que va a la calle de al lado a tomar un café en cualquier lugar cercano. No podía levantar sospecha en los soldados que custodiaban el cuartel. Estos aunque fuera por mero aburrimiento seguro que tenían clavados sus ojos en su espalda.

Tomó la calle perpendicular a la suya, y, luego, caminó con presteza, una vez que ya sabía que nadie de su oficina lo observaba o estaba en las inmediaciones, rodeó la misma manzana para interceptar al individuo. Rogó mentalmente para no equivocarse, y que el hombre no callejeara de inmediato y le perdiese la pista. Haberse colado por el mismo callejón hubiese sido más fácil, pero sospechoso para cualquiera que lo estuviese mirando.

La noche se había echado encima casi de golpe, Una vez escondido el sol tras los techos Berlineses, ésta solía caer como una manta pesada y oscura. Aun no bien encendidas las farolas, en ciertos callejones, reinaba más bien la oscuridad.

Sí, no se había equivocado, el vendedor de periódicos, seguía tranquilamente por el mismo camino recto que había tomado de principio, Suerte. Lo siguió, acortando distancia con prudencia. Intentando que su pesado calzado militar hiciese el menor sonido posible. El hombre torció por la siguiente calleja, sumergiéndose más en aquel barrio, ya de clase más baja, algo descuidado y ciertamente cada vez más laberíntico.

Por un instante, Heinrich temió estar siendo guiado a una trampa. Aquel hombre, paró bajo la tenue luz de una vieja farola y hurgó por un instante en sus bolsillos. Aquellas calles estaban desiertas. Las casas, algunas deshabitadas, y otras cerradas a cal y canto.

Heinrich no aminoró el paso. Se quitó la gorra militar y la dispuso bajo su

brazo, se subió los altos cuellos del abrigo gris y le adelantó. El hombre en ese instante sólo estaba encendiendo un cigarrillo con una cerilla con bastante tranquilidad. Ni siquiera pareció reparar en Heinrich. Con suma rapidez siguió por el camino y por suerte el siguiente callejón que cruzaba el camino aún estaba más en sombra. Se ocultó en él, a la espera de su presa.

Geüser acabó de encender el cigarrillo. Hubo de probar tres cerillas, la humedad las estropeaba con rapidez. Aspiró profundamente una bocanada y se relajó unos instantes. Había averiguado bastantes datos. Aunque normalmente era su zona de actuación, y vigilaba el encuadre habitualmente, esta vez, sabiendo que Cromwell había sido trasladado a última hora del día anterior, hizo especial hincapié en anotar cada uno de los horarios, entradas y salidas de soldados, administración y mandos. Aquel pequeño antiguo cuartel no era demasiado importante en sí. No guardaba nada más que eventualmente algún prisionero. En sus oficinas sólo se expedían visados y pasaportes. Si él vigilaba la zona con regularidad era por eso. Se estaba planeando entrar allí y coger documentación en blanco, fácilmente falsificables, puesto que en realidad sería documentos oficiales a falta de fotos, firmas y sello.

El que Cromwell hubiese terminado allí, era un premio extra.

Con toda seguridad estaría en los sótanos. Tendría que buscar la manera de entrar allí. Él, o algún compañero, que con cualquier excusa de preguntar por el arreglo de documentación, pudiese echar un vistazo más a fondo del lugar. Por lo demás, el sitio era guardado por pocos soldados, que se cambiaban en turnos de ocho horas. No se quedaban allí, si no que una vez terminado su guardia, se iban hasta su cuartel. Dos siempre estaban en la puerta en horarios de oficina. Después dos hacían guardia igualmente en el interior cuando se cerraban las puertas al público. Arriba en los despachos, una docena de personal militar administrativo.

Y desde hacía una semana, un pez gordo, un Coronel joven, seguramente con este tranquilo destino, descansando de alguna campaña o del mismo frente. Normalmente no había nadie con tanta graduación, sólo en contables ocasiones que hubiese algún movimiento extraño. Pero estos iban y venían

casi en el día, entraban y salían acompañados de soldados y llevando o trayendo documentación.

Lo cierto es que Cromwell estaba dentro, y él aun no tenía claro el plan de actuación. Y probablemente el inglés permanecería sólo dos o tres días máxime, hasta que decidieran si habían sacado bastante información de él y lo enviasen a cualquier campo más o menos lejano, pero imposible ya de rescatar. El inglés había tenido los huevos de llegar con un mísero pelotón hasta las mismas puertas de Berlín, pero el muy imbécil se había dejado atrapar. De todas maneras, ¿qué pensaría hacer el cabeza hueca con cinco o seis hombres contra el ejército que custodiaba la capital?

Geüser suspiró, y empezó de nuevo a caminar por la misma calleja.

Heinrich fue muy rápido. Lo escuchó volver a moverse, y tal y como se imaginó, en la misma dirección que llevaba antes de pararse a por su cigarrillo. Aprovechando la sorpresa y su superior corpulencia, tiró del individuo sin la menor delicadeza, arrojándolo de cara contra la pared de tosco ladrillo del oscuro callejón. Acto seguido, lo tenía encañonado con su pistola bien presionada en la espalda del flaco vendedor de periódicos. El pequeño fardo se escurrió de manos del hombre y cayó con casi ningún ruido al suelo.

Heinrich sin mediar aún palabra lo cacheó con presteza. Iba desarmado. A no ser que ocultara un cuchillo en sus zapatos gastados, no parecía llevar ningún arma encima. ¿Se había equivocado y era un vulgar vendedor de periódicos? Pero tenía que arriesgarse lo suficiente, e intentar a la vez que no le reconociese.

Presionó más fuerte el arma contra el hombre, y lo empujó con la otra mano sobre su nuca contra la pared, para que no pudiese mirarle.

—¡Silencio! —ordenó secamente—sé quién eres muchacho. —era un mero farol, pero podía funcionar.

—Señor, yo no... —balbuceó Geüser. Aunque su voz sonó asustada y lastimosa, el individuo no temblaba lo más mínimo.

—Calla y escucha. —Respiró hondo, jugando a una sola carta. —Si quieres sacar al inglés, aprovecha después del último cambio de guardia del anochecer. Sobre las doce todo estará en calma. A esas horas no habrá nadie en la calle. Los soldados estarán muy relajados, porque no es horario de trabajo de la oficina y suelen dormir en la garita. Acercaros tranquilamente a los de la puerta y golpeadles fuerte. Procurad que no haya disparos. Eso atraería curiosos. Si sois listos y acabáis así con los dos centinelas, los tres que habrá dentro serán fáciles de reducir, porque andarán ya dormidos. Dos estarán en una pequeña habitación recién entrados a la derecha. Una vez dentro y sin impedimentos, seguid el pasillo hacia la izquierda, bajad los escalones del sótano. El pasillo es corto, hay una mesa al fondo con un solo guardia. Deshaceos de él como veáis oportuno. Abajo los muros son gruesos. En el cajón de la mesa están las llaves de la única celda. Sacadle de allí, y procurad tener a mano el transporte, porque el inglés está bastante golpeado. Una vez fuera, desapareced.

—¿Quién es usted?—preguntó Geüser. No tartamudeo, su voz fue firme.

—Daylight.

El hombre no dijo nada. Ni un sólo gesto. Tampoco podría hacerlo, Heinrich le sujetaba bien por la nuca contra la pared.

—Di mi nombre a tus jefes. —Suavemente quitó la mano de la cabeza del rubio, y separó el cañón de su pistola de su columna vertebral. —Vamos, muchacho, sal de aquí, corre y no mires atrás.

Geüser obedeció de inmediato. Ni siquiera hizo ademán de recoger el pequeño fardo de periódicos sobrantes del día. Escuchó alejarse al hombre casi a la carrera del oscuro callejón. Heinrich permaneció pegado a la pared, en completa oscuridad y aún con el seguro de su pistola quitado durante unos minutos. Hasta que el último de los pasos de Geüser se perdió en la noche, y

comprobó que nadie más pasaba por la zona. Luego guardó el arma, recogió la gorra que había dejado en el suelo y sin bajarse los cuellos de su abrigo de buen paño gris, salió tranquilamente del callejón de vuelta al cuartel.

Ahora, que casi terminaba su hora de trabajo tendría que bajar al sótano a ver cómo andaba Cromwell. Esperaba que aún anduviese inconsciente. Emplazaría a los soldados para la mañana siguiente a primera hora para el interrogatorio. Si todo iba bien, le rescatarían antes de tener que volver a enfrentarle.

* * *

La suerte volvió a estar de su parte. Cromwell seguía inmóvil sobre el camastro. El puñetazo que le había propinado, sumado al resto de sus heridas, más los seguramente cuatro o cinco días que llevaría sin dormir, hicieron el resto. Despidió a los dos sargentos que lo habían llevado hasta allí, para seguir allí con el interrogatorio por la mañana. Estos obedecieron sin rechistar. Y Heinrich los vio marcharse minutos después desde la ventana de su despacho mientras recogía un par de cosas antes de volver a su casa aquella noche.

* * *

—Aquello no es un cuartel al uso. Es más bien un edificio administrativo custodiado. —

Aclaró Geüser a los hombres allí reunidos. —No se guardan documentos secretos, solo se expiden pasaportes, se controla a los ciudadanos extranjeros en Berlín y poco más. En el sótano hubo una vez más celdas, pero ahora se utilizan de archivo, por lo visto queda alguna en uso, y es donde está Cromwell. Y solo por poco tiempo, lo normal es permanecer en la central hasta que te interroguen. Y nuestro amigo Cromwell tampoco está considerado muy peligroso, porque a la espera de mandarlo a un campo,

apenas hay cinco soldados que lo custodian.

Geüser siguió enumerando detalles, repasando dos y tres veces el plan, apenas había tenido dos horas para convocar a aquellos hombres y preparar el plan indicado por Daylight. Tony estaba entre esos hombres. Seguía la disertación de Geüser, con su mente dividida entre los planes de rescate, y el nombre que les había dado el misterioso hombre que había acorralado a su amigo alemán. Daylight.

Sí, no podía ser otro, seguía allí, en Berlín. Solo, olvidado de Inglaterra, pero aún alerta y decidido a ayudar. La descripción que le había hecho Geüser era más bien escasa. Sólo que superaba el metro noventa, que parecía bastante fuerte y ágil, y que vestía abrigo militar, que ocultaba todo su uniforme y le impidió ver su graduación. Ni siquiera difería su acento de cualquier Berlinés de clase alta. No pudo discernir nada de su rostro, y la única palabra en inglés que dijo, Daylight. Daylight, el apellido que los unía. No, aquello no era una trampa, al principio Geüser lo creyó así, pero Tony le convenció de lo contrario. De seguir al pie de la letra las indicaciones, y sacar a Cromwell esa misma noche.

Geüser terminó de aclarar las dudas de sus nombres. Estos empezaron a moverse. Dos de ellos salieron inmediatamente. Otros tres esperarían aun unos cuantos minutos para bajar a la calle. El tal Klaus, “el loco”, se había puesto de inmediato a hacer un café de achicoria en el hornillo para los que quedaban.

—Inglés... —Geüser caminó cansinamente hacia Tony, que seguía contemplando los tejados verdinegros de la ciudad—...por nuestro bien, espero que esto no sea una trampa.

—No lo es. Te lo aseguro. Henry Daylight es mi único hermano. Lo conozco demasiado bien. Nunca nos traicionaría.

—Pero ha pasado mucho tiempo desde que lo viste por última vez. Y si está metido en el ejército...

* * *

Tony, Geüser y otro de los suyos, Klaus, un extraño individuo con cara de loco y un extraño tic nervioso, caminaban por la ahora solitaria calle. Apenas rozaban las doce de la noche. Se sujetaban mutuamente, y Geüser cantaba a media voz una burda cancioncilla de borrachos, se tambaleaban casi al unísono entre risas etílicos.

Los guardias los casi ignoraron. No parecieron sospechar de tres hombres borrachos, dos de los cuales parecían soldados de permiso, celebrando la suerte de seguir aún en el mundo. Ellos mismos hacían algún que otro exceso en aquellos días, en que no podías contar con estar vivo a la semana siguiente, si siquiera las próximas veinticuatro horas.

Ambos guardianes siguieron inmutables, sosteniendo por el cañón sus armas, que descansaban por la culata en el frío y húmedo suelo. Ni siquiera se tomaban la molestia de dejarlas descansar sobre una bota para que no se mojasen.

Los tres alegres borrachos se acercaban a ambos soldados. Estos se miraron cómplices por unos segundos. Quizás emplazándose a sus próximos días libres, cogerla así o más fuerte. Ya sobre ambos vigías, Geüser tropezó teatralmente, y salió despedido de la sujeción de sus compañeros de juerga hacia el impecable uniforme del soldado de guardia. Se agarró a las solapas del pulcro abrigo y el fusil cayó, como acto reflejo para sujetarle.

—¡Maldito borracho! —espetó el otro soldado, e hizo ademán de tirar de su fusil para encañonar a Geüser. Tony fue más rápido, le echó el brazo sobre el hombro mientras le sonreía con el descaro de un hombre bebido, y acto seguido le quitó el casco, arrojándolo de cabeza contra la pared. El cráneo del soldado golpeó con un ruido sordo. El soldado al que Geüser sujetaba por las solapas, fue reducido en ese mismo instante por el tercer compañero de parecida manera.

Miraron los tres a derecha e izquierda, una camioneta pequeña del ejército se acercaba doblando la esquina. Se paró justo donde estaban ellos y saltaron dos hombres más, vestidos de soldados que tomaron las armas y cascos tirados al suelo y se pusieron en posición de guardia, Tony, Geüser, y el tercer compañero abrían las puertas con la llave que llevaba colgada en el cinto en un aro uno de los soldados.

Arrastraron sigilosamente a sus víctimas inconscientes al interior del edificio, dejándolas caer en completo silencio tras la puerta de doble hoja. Con el mismo cuidado, miraron en la habitación de la derecha.

Como Daylight les había dicho, había dos soldados más, tendidos en sendos bancos, con las armas apostadas sobre la mesa, cerca, pero no a mano. Profundamente dormidos. Se hicieron mutuamente un gesto de silencio con un dedo sobre los labios. El amigo de Geüser se quedó apostado en esa puerta, por si había el más mínimo movimiento en esos hombres. Tony y su compañero enfilaron calladamente el pasillo.

Cautelosamente bajaron los escalones que les separaban del sótano. Allí justo al final roncaba un joven soldado, dejando caer su cabeza entre los brazos cruzados. Si siquiera tenía su arma desenfundada ni a mano. Novato idiota. Apenas a dos pasos del, el chico pareció escuchar algo y espabilarse un poco levantando lentamente la mirada somnolienta. Ni siquiera supo de donde le había venido el golpe. El chico se deslizó de nuevo en su sueño. Tony sacudió los nudillos, mientras procuraba que el soldado no cayese de la silla. Geüser registró de inmediato el cajón de la mesita. Exultante sacó la llave y sonriendo la blandió ante Tony.

—Solo falta —susurró Geüser— que ese imbécil de Cromwell no haga ruido cuando nos vea entrar. Klaus está arriba sólo ante cuatro soldados, no quiero que ninguno se despierte, empiece un puto tiroteo y despertemos a toda la calle.

—No te preocupes— sonrió Tony— al más leve intento de gritar, lo dejo K.O. Me importa una mierda. No pondré en peligro a nadie por ese idiota.

Con cuidado Geüser metió la llave en la cerradura y la giró despacio. Luego abrió la puerta con el mayor de los sigilos, por si los goznes chirriaban lo más mínimo.

La suerte les continuó sonriendo. Cromwell yacía de costado en un jergón completamente inconsciente. Seguramente debido a horas de falta de sueño, a falta de comida, y a una paliza monumental que le habrían dado para sacarle información.

Arrastraron entre ambos al capitán, importándoles poco si se golpeaba con los escalones al subir, un poco más. Toda aquella operación duró menos de cinco minutos.

Llegar, golpear, coger la pieza, y huir. Faltaban aún horas para el cambio de guardia, pero no sabían justo las horas de las patrullas por el barrio. Estas hacían itinerarios aleatorios por las calles transitables.

Una vez en la puerta aún fueron más rápidos, salieron los tres a escape arrastrando al inconsciente Cromwell y saltaron hasta la camioneta pintada como las del ejército, metiéndole a empujones en la trasera y ocultándose los cuatro bajo la lona gris.

Los dos compañeros que había tomado el lugar de vigías, comprobaron que la puerta estaba cerrada de nuevo y arrojaron la llave en una rejilla del suelo para que cayese en la alcantarilla, igualmente de raudos saltaron a la cabina de la pequeña camioneta, arrancando para intentar alejarse lo más rápido posible del lugar.

—Aun nos queda pasar por el control para salir de la capital—suspiró Geüser—No sé hasta qué punto los papeles con órdenes que llevan los chicos ahí delante son creíbles. Y si hacen por registrar esto...

Cromwell estaba siendo empujado por Tony al fondo de la camioneta, pegado a la cabina.

—Habrá que tener las armas preparadas, si hacen falta. —Sugirió Klaus, acariciando su pistola con expresión extraña. —  Verdad que quieres a papi, preciosa?  Qui n es la niña de papá?

Ge user rodó los ojos mientras contemplaba las excentricidades de Klaus —Los chicos de delante tienen la orden de arrancar, acelerar y partir la barrera si es necesario, nosotros tendríamos que cubrir la huida.

—Además—sonrió Klaus, tenemos apostados unos amigos a las afueras de la barrera, a unas malas sólo tenemos que llegar a ellos, y nos darán cobertura de huida. —Señaló con el pulgar hacia Cromwell, —  ese cabroncete es importante!, si nos han dado todo ese apoyo, por fuerza, tiene que serlo.

—Lo principal es llegar aunque sea a la barrera y saltarla, si nos detienen antes... — Ge user calló de pronto, he hizo una señal a los otros dos para que estuviesen atentos. La camioneta parecía aminorar la velocidad, y aún estaban a dos o tres calles del control. En la oscuridad bajo la lona prepararon sus armas.

La camioneta frenó del todo, el ruido se mezcló con otro motor más potente. Otra patrulla en un cam n pesado, les había dado el alto antes de llegar a la salida de Berlín. Tony apenas pudo ver donde se encontraban por un agujero de la lona. Las afueras, s , unas calles con algunas mansiones, rodeadas de altas verjas. Pocos lugares donde esconderse para disparar.

Hasta sus oídos llegó las voces de los soldados recién llegados interrogando a los compañeros que conducían en la cabina de la camioneta. Les instaban a darles las órdenes que les hacían estar conduciendo por esa zona a esas horas.

Escucharon la respuesta de los chicos, pero algo no parecía convencer a los soldados que les interrogaban. La cosa parecía demasiado tensa adelante. Tony comenzó a sudar a pesar de que apenas pasarían de los cuatro grados aquella noche y agarró aun con más fuerza su pistola, casi hasta que se le

pusieron los nudillos blancos. Adelante, los soldados del pelotón que los habían parado comenzaron a ordenar que se bajaran, a los de la cabina. Estos repetían que tenían órdenes. Las voces subieron de tono, y entre ellas el chasquido de las armas del pelotón levantándose contra ellos.

A la desesperada, el compañero que conducía metió marcha atrás, la fuerza del motor les hizo deslizarse a los que iban detrás, apretujándose contra la cabina, el pequeño camión bajo las hábiles manos de su conductor viró en redondo dejando con un palmo de narices al pelotón de cuatro soldados que les apuntaban, y que tardaron aún cinco segundos en rehacerse y empezar a dispararles, Geüser fue el primero en devolver los disparos. Cosa casi inútil alejándose y con el traqueteo, además que el alcance de sus pistolas, no era comparable a los fusiles que manejaban los que los habían interceptado.

Las balas silbaron a su alrededor, los tres hombres de la trasera se aprestaron a seguir disparando, el camión que empezó a seguirlos segundos después, una vez que montaron los soldados era muy superior a la camioneta que habían preparado pintándola del marrón verdoso de los vehículos del ejército alemán.

Algunas balas se incrustaron en el bajo portalón que les servía de parapeto para responder al fuego enemigo. Tuvieron que agarrarse fuerte a éste además de disparar. Otras silbaron sobre sus cabezas.

Klaus gritaba incoherencias y reía mientras disparaba como un poseso. Geüser estaba a su derecha, callado y calmo apuntando, disparando y recargando. Tony miró hacia Klaus que parecía volverse aún más loco por momentos, y se levantaba dos palmos más para obtener un mejor ángulo de tiro. Tony le gritó que se parapetase, y se levantó aún más para tirar de él hacia abajo, y no se expusiese tanto.

La camioneta giró en la siguiente intersección Viró con tanta rapidez que Tony en tres segundos, de elevarse para agarrar a Klaus y tirar de él hacia el suelo de la camioneta, notó una calor en su costado y luego perdió

completamente algún asidero, cayendo por el lateral de camión a la velocidad que este tomó la curva.

La caída fue dura. Se protegió la cabeza con los brazos y rodó. Aún así sintió el suelo con todo su costado quedándose casi sin respiración.

Si apenas pensárselo, aprovechando los matorrales que había justo al lado donde cayó, gateó entre ellos y se quedó mortalmente quieto en la oscuridad. Poco después el camión que les iba persiguiendo cruzó de largo sin verle, aún disparando hacia sus compañeros de escapada.

Él había quedado abandonado a su maldita suerte.

Mimetizado casi con la oscuridad de la noche, se arrastró aún más profundamente entre los matorrales. Aquello parecía un parque boscoso. No estaba muy bien cuidado. Las espinas le arañaron, el costado le quemó. Se llevó la mano allí y sintió la humedad. Le habían herido. Intento recordar el mapa. Pero era muy confuso todo, la noche, la veloz carrera de la camioneta, el golpe de la caída, todo había pasado demasiado rápido y ahora se encontraba lastimosamente perdido en la zona Residencial Sur de Berlín, justo casi a las puertas de la salida. Lo cierto era que estaba herido, solo, sin apenas documentación, y unos pocos marcos en el bolsillo de su chaquetón.

Lo único que podía hacer es buscar un rincón tranquilo donde descansar en ese parque boscoso. Se arrastró, más allá de los caminos de piedra que cruzaban todo el lugar. Alejándose de la luz de las farolas, consiguió encontrar un sitio bien oculto entre matorral espeso. Se dejó caer, débil y agotado entre las hojas muertas.

CAPÍTULO 7

—¡HANS! POR favor, sujeta bien a Flabby. —Suspiró Dafne, —Vamos Ninette, no te quedes atrás. Madre mía. Deberíamos haber cogido un taxi.

—¡Pero entonces no habríamos podido despedirnos de Flabby en la estación! —rezongó Hans, se estaba volviendo muy testarudo últimamente.

Dafne sonrió al rubio Hans que sostenía al díscolo perrito con una delicada cadenita, nada propicia para los tirones que daba el cachorrito juguetonamente. Suspiró. ¿No podían haberle regalado a los niños, una mascota menos ruidosa? De acuerdo, le gustaban los animales, pero precisamente aquel diminuto perrito faldero, la sacaba de sus casillas. Ninette, con sus impecables tirabuzones rojizos bajo el sombrerito azul marino y su abrigo largo a juego con doble botonadura dorada lloriqueaba, ya no quería andar el resto del camino.

—Frau Dafne, estoy cansada.

Dafne la miró y sucumbió a sus ojitos azules, la tomó en brazos y caminó lo más aprisa que pudo. Los tacones de sus botines marrones repiquetearon por la acera. Por suerte, todo el equipaje de los niños había sido facturado un par de días antes, en dirección a Suiza. Estupendo, en cuanto dejase a los dos pequeños en el tren junto a su madre, tendría unos días de descanso mientras terminaba de arreglar su documentación y su visado.

Quizás había sido una suerte no haber tenido ni un minuto libre para acudir a arreglar todos aquellos papeles en esas dos semanas, los críos habían estado algo resfriados y ella no había podido atender esos asuntos. No podía olvidar que era inglesa, y, aunque llevase años al servicio de un matrimonio como los Colber, parecía que todo aquel país la empezaba a considerar como “enemiga”.

Resopló, Ninette pesaba ya lo suyo, cerca ya de los tres años y medio, no era precisamente ligera como una pluma. Y encima se movía constantemente, siguiendo las evoluciones de su hermano Hans, intentando dominar al cachorrito.

Si, seguramente tardarían aun una semana más en revisar toda su documentación, buscando fallos o no sabía qué.

Debido a sus pequeños problemas burocráticos, la señora Colber, había tomado de madrugada el tren desde Suiza hasta Berlín, para recoger a sus hijos. Calculó Dafne, que ya debería de haber llegado a la estación. Tomarían en apenas una hora el tren de vuelta hacia su nuevo hogar.

Hans tiraba del pequeño Flabby. Este con sus cortas patitas, parecía negarse a seguir el ritmo impuesto. Dafne decidió cortar camino por el parque *Templehorfër* hacia la estación.

Apenas llevaban unos minutos cruzando por los senderos de piedra desgastada, cuando algo llamó la atención de la mascota. Olisqueaba el aire y empezó a dar tirones hacia la zona más boscosa. Poco después se negó a continuar, clavando sus patitas en tierra y lanzando agudos ladridos. Hans, desesperó por no poder seguir el ritmo de Dafne, y temiendo quedarse atrás, tiró con más fuerza de la cadenita que sujetaba al perrito y ésta no tardó en romperse.

La circunstancia la aprovechó el animalito sin pensárselo. Salió cómo alma que lleva el diablo en dirección a los matorrales. Dafne se volvió en ese momento,

—Por favor ¡Flabby! —Dafne se dio media vuelta antes de que Hans siguiera el camino del perrito, le entregó a su cuidado a su hermanita, que al poner pie en tierra lloriqueó de nuevo

—Son casi las cinco y aún nos queda cruzar medio parque y dos manzanas para llegar a la estación!

—Lo siento Frau Dafne, correré a buscarlo.

—No, Hans, quédate aquí mismo y cuida de tu hermana. No necesito que os perdáis entre los arbustos. Yo iré a cogerlo.

Dafne caminó lo más rápido que pudo hacia donde había desaparecido el perro. Lo escuchó ladrar entre los arbustos con su gruñido corto y chillón. Había dejado el sólido camino de piedra y los tacones de sus botines se hundían en tierra húmeda y rica. Apartó un poco los matorrales de aquella zona bastante descuidada, hasta que lo encontró.

Aquella cosita pequeña y peluda color blanco como una ovejita, estaba ladrando valientemente a un hombre acurrucado en el suelo. Dafne dio tres pasos más, cogiendo en brazos a la molesta criatura, que no cesó de ladrar. El hombre no tenía tipo de vagabundo, además un mendigo en Berlín era cosa inimaginable, los soldados se encargaban con eficacia de cualquiera que merodeara por sus pulcras calles. Además, el chaquetón gris que llevaba era de buena lana, al igual que las botas que usaba eran también de calidad y muy nuevas. El cabello era rubio trigo, y a pesar de estar dándole la espalda, parecía alguien bastante joven y fuerte.

—¿Señor? Señor, ¿se encuentra bien? —Sin darse cuenta, Dafne pronunció esas sencillas palabras en su idioma natal, no en alemán. El hombre levantó un poco la cabeza y trabajosamente la giró para mirarla. Era joven, con ojos claros, la miró como intentando concentrarse. Dafne dio un paso atrás abrazando al cachorro, éste aulló lastimero.

El joven se incorporó trabajosamente, volviéndose hacia ella. Tenía

algunas magulladuras y raspones en la cara. Se intentaba levantar. La chaqueta se abrió y vio cómo su jersey de color gris claro se oscurecía en su costado, parecía empapado en su sangre.

Dafne sintió pánico en ese instante, quiso correr en busca de ayuda, en busca de alguien, hacer algo. El desconocido pareció leerle el pensamiento.

—¡No! Por favor señorita, no se vaya.

—Necesito ir por ayuda, señor. —su propia voz le sonó chillona.

Dafne escuchó las voces en alemán de Hans y de Ninette. En ese mismo instante se dio cuenta, de que aquel hombre le había hablado correctamente en su idioma natal, incluso diría más, reconoció el acento londinense en sus eses.

—Señor, ¿es inglés?

—Sí señorita, y le suplico, si usted también lo es, que no me delate, estoy herido, y solo espero a la noche para poder salir y buscar refugio seguro.

Dafne pensó rápido. Su vida siempre había dependido de tomar ágiles decisiones.

—Escúcheme señor, soy también inglesa y trabajo de institutriz. Tengo dos niños a mi cuidado. He de dejarlos en la estación de tren. Pronto anochecerá. Volveré entonces, por favor, no se mueva de aquí, prometo ayudarle.

Tony la vio alejarse a paso rápido y sin esperar respuesta. Perdiéndola de vista entre el matorral. Era una inglesa en medio de Berlín. Maldijo y bendijo a la vez su suerte. Joder, tampoco podía ir muy lejos por ahora. Ni siquiera le había dicho su nombre, y él ni le había dado las gracias. “*No se mueva de aquí*” casi riendo, agarrado a su costado. Ni sabía ahora mismo donde ir, ni siquiera si habría alguien en el piso franco, aunque pudiese llegar a él, para ayudarle. Esa joven era su única opción. Se aferró a esa esperanza, a que era

una compatriota, y que no correría a delatarle. En unos instantes volvió a sumirse en un sopor causado tanto por la pérdida de sangre, como el cansancio y la falta de sueño de los pasados días. Su último pensamiento fue que, si no llegase a despertar, Henry seguiría “perdido”, y considerado un traidor, y él, no habría conseguido hacer nada.

Dafne le entregó el perro a Hans y tomó de nuevo en brazos a la niña.

—No le sueltes Hans. ¡Démonos prisa niños!

Cruzaron el parque lo más aprisa que pudieron, A Hans apenas le daba tiempo a correr y a respirar. Así no consiguió acribillar a preguntas a Dafne de que había estado haciendo cuando encontró al perrito. Por fin, tras rodear la segunda manzana y cruzar la calle, apareció la estación dónde esperaba la Señora Colber . Ahora hacia el andén cuatro.

Ivette Colber, casi desesperaba, miraba repetidamente su fino reloj de plata. Bajo el número cuatro del andén, miraba hacia la puerta de entrada, y sus hijos no aparecían.

Para su alivio consiguió vislumbrar entre el gentío a Dafne, con su niña en brazos, y a su lado, Hans corriendo con la bolita peluda de Flabby firmemente abrazado. Suspiró aliviada.

—¡Oh niños! —Cogió en brazos a Ninette mientras Hans se pegaba a ella sonriendo de oreja a oreja sin soltar al cachorro. —Creí que no llegabais a tiempo, Dafne, ¿qué os ha pasado?

Dafne intentaba recuperar un poco el aliento tras la desenfrenada carrera. Hans se le adelantó en las explicaciones.

—Flabby se me escapó en el parque —puso ese gesto entre compungido y esperanzado tan suyo—Dafne corrió a buscarle. Flabby no quiere que le dejemos aquí. ¡Quiere venirse con nosotros!

La señora Colber suspiró, no quería ya perder tiempo en discusiones,

cogió el monedero de su bolso y puso unos billetes en las manos de Dafne.

—En la calle de al lado, saliendo a la derecha hay una tienda grande, consigue una cesta con tapadera y cierre, y unas salchichas. Éste animal tendrá que comer. Te esperamos aquí mismo.

Dafne no perdió ni un segundo, corrió entre la gente sin importarle que eso no lo hacía una institutriz con estudios y con clase. Fue en busca de lo que la señora Ivette le había pedido. Todo con tal de liberarse de la pequeña y ruidosa mascota, la cual habían previsto que se quedase en Berlín con ella hasta que arreglase su pasaporte. Si los críos se llevaban con ellos la bolita peluda, tendría un estupendo y tranquilo viaje a Suiza apenas una semana después, sin tener que preocuparse por Flabby.

Un problema menos, si tenía que ayudar al inglés que había dejado atrás en el parque. Para su alivio, vio partir el tren con todos sus ocupantes a bordo. Hans y Ninette agitaban sus pequeñas manitas desde una de las ventanillas. Tras ellos la cara de circunstancias de la Señora Colber mientras sujetaba la cesta de junquillo marrón donde estaba encerrado el cachorro.

—Vendrás pronto, ¿verdad Frau Dafne? —gritaba Hans.

Dafne asintió y les envió un beso soplando sus dedos con una sonrisa en los labios.

—¡Te echaremos de menos! —gritaron los pequeños.

Ivette Colber seguramente la echaría de menos más aún, sonrió con algo de malicia. Después se dio una regañina mental por pensar así. La señora Colber era más una amiga, que una jefa y le pagaban muy bien su trabajo, además de apreciarla y ser como su familia.

Se entretuvo en la estación hasta que oscureció. Disimuló tomando un café bastante malo. El sol se había puesto cuando fue de nuevo hacia el parque. Le dieron escalofríos cuando volvía sobre sus pasos por el camino de piedra. Miraba hacia todos los lados, por si veía soldados o policía por algún

sitio. Pero estaba desierto a esas horas. Además por lo descuidado de la zona, no parecía que fuese muy transitado en aquella época, aun húmeda y fría. Llegó hasta el sitio donde Flabby escapó. Sí, incluso se habían dibujado en el suelo de tierra sus tacones. Oh, cielos, eso era peligroso. Llegó hasta los altos matorrales y por enésima vez miró a ver si había alguien por la zona observándola. Nadie. En unos instantes estuvo otra vez frente a su compatriota, que apenas había cambiado de posición. Se inclinó junto al hombre y suavemente posó una mano en su hombro.

—Señor, —le habló en su idioma natal. —por favor despierte.

Tony abrió los ojos ante la suplicante llamada, y alzó la cabeza y la mirada hacia ella. Sí, tal y como la recordaba, vestida con el abrigo marrón tabaco. Unos ojos color miel tremendos, y una boquita pequeña, carnosa, y ese cabello cortado a la moda con pequeñas ondas hechas seguramente con tenacillas calientes. Su presencia fue casi balsámica.

—Ha vuelto.

—¡Por supuesto que he vuelto! —pareció unos segundos casi ofendida por la muestra de falta de fe de Tony. —Solo estaba esperando a que oscureciese lo suficiente. ¿Podrá levantarse? —ella mientras tanto, con el pañuelo, limpió su rostro de suciedad.

Tony asintió, y ella le ayudó a incorporarse poco a poco. El dolor distorsionó sus rasgos atractivos. Con esfuerzo, consiguió ponerse completamente erguido, le sobrepasaba al menos quince centímetros en altura.

—Apóyese en mí, señor. Tendremos que caminar hasta llegar a la casa. Por favor, no se desmaye, no podría con usted.

Tony se apoyó en los hombros de la joven y ella le rodeó la cintura con un brazo. Con la otra mano Tony cerró bien su chaquetón para que no se viese la sangre.

—Intentaré no perder el conocimiento señorita. —Se apretó bien el costado izquierdo, y se apoyó con cuidado en la joven.

—Por favor, no hable señor, concéntrese en seguir despierto y en andar. Acérquese bien a mí, pareceremos una pareja más de paseantes.

De amantes, pensó Tony. La envolvió aún más con su brazo y sintió en su costado todo el contorno de la muchacha. Era joven, quizás unos veinticinco años, alta, mediría casi el metro setenta, y a pesar de ser delgada, tenía formas ocultas bajo su abrigo anodino y era mucho más fuerte físicamente de lo que aparentaba.

Las calles que les separaban de la casa de los Colber le parecieron eternamente largas. Dafne rogaba en silencio que aquel hombre no se cayese redondo al suelo. En ese caso sólo podría huir y dejarle atrás, si no quería verse ella misma detenida en cualquier comisaría de Berlín. O en los mismos cuarteles de las SS.

Le escuchaba respirar afanosamente y ella por momentos intentaba sonreír para darle ánimos. Se abrazaba con firmeza a su cintura. Nunca había paseado así con ningún hombre, en contacto tan íntimo. Cualquiera que se cruzara con ellos tendría que parecer una simple pareja más paseando de vuelta a casa.

Sólo la vista del jardín trasero de los Colber le dio algo de alivio. Por la hora, el matrimonio que trabajaba en el servicio de la casa ya se habría ido a su hogar. Sobre todo en esa semana que Dafne se iba a quedar sola en la casa. Sin los dueños, Dafne les había dicho que no hacía falta que viniesen a diario, se tomarían unos días de descanso. La despensa estaba surtida para esos días y puesto que la casa iba a estar una buena temporada vacía. Los Colber habían dejado órdenes precisas que se ocupasen de Dafne, pero ésta había declinado, con que se pasaran para mantenimiento una o dos veces por semana cuando estuviese ya sin ocupantes sería más que suficiente.

—Estamos llegando, señor, sólo un esfuerzo más, se lo ruego. —Tony

hizo todo el trayecto callado y concentrado en caminar y en no revelar ni una mueca de dolor. No se habían cruzado con demasiadas personas, Y por suerte tampoco con policía, ni ninguna patrulla del ejército.

Dafne paró ante una pequeña reja de entrada, y Tony se apoyó en el muro de ladrillo que rodeaba la finca. Ella abrió la cerradura con rapidez. Se volvió hacia él y de nuevo abrazó a su cintura y Tony cojeó un poco entrando en el patio trasero. Un jardín bien cuidado, un par de columpios, una caseta de herramientas, y la puerta trasera de la pequeña mansión que le pareció a la vez tan cerca y tan lejos.

Sin soltarle, llegó a la puerta de la cocina y la abrió con la llave. Caminaron dentro y encendió de paso la luz de la cocina, mientras con el tacón cerró la puerta. En ese momento apenas cinco pasos más, Tony cayó sobre el pulcro suelo de loza de la cocina. Había perdido el conocimiento.

Dafne casi fue arrastrada por el peso del hombre. Ella intentó que no se golpeará al caer la cabeza. Hizo lo posible para que quedase bocarriba. Tendría que hacer una primera cura en esa precaria posición, luego intentar despertarlo y llevarle a algún cuarto vacío de los de servicio de esa misma planta.

No perdió más tiempo en lamentaciones. Corrió, deshaciéndose de su abrigo en busca del botiquín de primeros auxilios. Este estaba más que bien surtido. Gracias a la pequeña manía hipocondríaca de la señora Colber, tenía incluso algo de penicilina en casa, (de contrabando claro) Tomó además un montón de viejas toallas y sábanas que estaban en el bajo del mueble del pasillo.

Llegó con la caja hasta el hombre caído en la cocina. Tomó un pequeño cojín de una silla baja, donde cosía y remendaba la cocinera, en sus ratos libres . Lo puso bajo la cabeza del joven con delicadeza.

Ahora venía lo peor, ver qué clase de herida tenía que enfrentarse. Sacó con mucho trabajo la manga del abrigo corto del hombre y levantó el jersey

empapado de sangre. Tras ella cortó hacia arriba la camisa con las tijeras del botiquín y tras ella la camiseta toda húmeda.

Suspiró. No era el estómago. Era el músculo del costado. Tenía orificio de entrada, pero no de salida. El proyectil estaría todavía dentro. Alargó la mano hacia las toallas e intentó ponerlas de modo que empaparan bien la sangre que seguía manando. Se alzó y buscó una palangana con agua limpia. No tenía tiempo ni de calentarla. Limpió bien los alrededores y tomó unas pinzas. Contuvo el aliento.

Minutos después el proyectil estaba fuera, la herida limpia y libre de posibles esquirlas y con presteza enhebró una aguja con hilo estéril e inició la sutura.

No pensar, no pensar, sólo actuar. Limpiar, coser, volver a limpiar.

Cuando terminó de vendar la herida suspiró. ¡Bendito libro de primeros auxilios que la señora Colber le había hecho aprenderse casi de memoria! y bendita la práctica en coser le al jardinero aquella herida en el brazo cuando se cayó sobre las herramientas y cada una de las caídas de sus críos. Si no, no sabía si hubiese tenido el valor suficiente para afrontar esta situación.

Tony se removió y abrió los ojos e instintivamente se intentó llevar la mano hacia la herida. Dafne lo refrenó.

—No, por favor, ya está limpia y cosida. Le he vendado. Ahora tenemos que ir a buscar un sitio donde descansar, no puede quedarse en el suelo de la cocina toda la noche.

Tony pensó que si le traía una manta no le importaría no moverse en una semana al menos.

Dafne se levantó y le apartó el botiquín y las toallas empapadas.

—No se mueva. Le preparo la cama, e intentamos llegar hasta allí. ¿De acuerdo?

Tony asintió. Esa jovencita era toda una institutriz dando órdenes a su pupilo. Sonrió, ¿cómo le había dicho que se llamaba? Joder, ella no le dijo su nombre y él aun no le había dado las gracias.

Se hundió de nuevo en el sopor. Mientras tanto Dafne preparó una habitación que no se usaba, pensada para el servicio interno. Una cama estrecha, una mesilla de cerezo algo carcomida, a los pies un ropero de cedro, y en el rincón una mesa redonda de palisandro antiquísima con dos sillas disparejas con cojines de color indefinible. Estaba ordenada, pero de no haberse usado en años con olor a cerrado. Sólo una ventana con vidrios gruesos y opacos bastante alta a los pies de la cama. Palmeó el colchón. Extrajo sabanas del ropero, olían a naftalina pero estaban prístinas. También dos mantas gruesas de color gris. Preparó con presteza la cama y ahueco rápidamente la almohada. Ahora lo difícil, traer al inglés hasta allí.

—Señor, por favor, un esfuerzo más. —Tony escuchó otra vez la suave pero firme voz. Ah, su institutriz inglesa. Esa era, seguro. Apostaba la paga de un año a que era una rígida institutriz, con unos estudios completísimos y una soberana experiencia, a pesar de su juventud. Sí, la escuchabas, y sentías la obligación casi devota de obedecerla.

Abrió los ojos y los enfocó en la mirada color miel de la chica. Sí, ella era. Se había deshecho del abrigo pardo mientras había estado inconsciente y ahora llevaba un vestido camisero en un tono gris neutro con un lazo complicado, pero medio deshecho. Seguramente por el esfuerzo de haberle curado. Las mangas ligeramente abullonadas en sus hombros, estaban vueltas y recogidas en sus codos. Ni la más mínima joya adornaba ni sus dedos, ni sus finas muñecas. Esas manos delicadas se merecían una joya de adorno al menos.

Tony sonrió y le hizo caso. Se levantó despacio ayudado por ella, se apoyó en el respaldo de la silla, luego en la mesa, en un mueble, en el marco de la puerta, en el mueble del pasillo. Pasó a paso, guiado por ella hasta una pequeña habitación pintada de color beige, algo destartado pero ordenada.

Se dejó caer con cuidado en la cama que olía a limpio y a naftalina, ella le susurraba algo, le hablaba, pero él cerraba los ojos. Se dejó arropar como un bebé y volvió a sumirse en el sueño reparador después de apenas beber un trago de agua y un par de pastillas que ella empujó en su boca. Su último pensamiento, no le había dado las gracias, ni preguntado su nombre.

Dafne con los brazos en jarras y casi sudando por el esfuerzo comprobó que él inglés seguía firmemente vendado, y terminó de arroparle. Esta noche bajaría un par de mantas desde su habitación y arrastraría una de las mecedoras viejas desde la cocina. Se traería algún libro además y una lamparilla pequeña para no molestar el sueño del herido. Al menos las primeras veinticuatro horas tendría que pasarlas allí. Hasta que no despertara completamente consciente y no viese mejoría en su estado.

Recogido el estropicio de la cocina y una vez arrellanada con comodidad en la mecedora, con unos cojines, una manta gruesa, una taza de té con bizcochos, y con el libro entre las manos, estudió el perfil del herido. Era muy clásico, bien pronunciado. Un hombre de poco menos de treinta años. Atractivo, con el cabello ondulado algo largo y dorado como el trigo maduro.

Parecía respirar con tranquilidad después de la cura y del par de pastillas que había conseguido que se tomara. En cuanto amaneciera tendría que intentar que se despertase y que tomase algo de leche, o de caldo caliente. Y por todo lo más sagrado, que se recuperase pronto, apenas tenía una semana para estar allí sin levantar alguna sospecha de sus jefes.

A más de media noche se adormiló un poco. Se despertó cuando él hombre se quejó quedamente, intentando cambiar de postura. Se levantó rauda y tocó su frente, no parecía tener fiebre, eso era bueno, si no había infección más rápido sanaría. Acarició su cabello para tranquilizarle, tal y como hacía con Hans cuando se encontraba enfermo. Le susurró casi las mismas frases medio sin sentido, que hacían que los niños volviesen prontamente a dormirse.

Mientras volvía a su asiento pensó que mejor que no muriese, en ese caso

tendría que enterrarlo en el jardín. Oh por todos los cielos, Dafne, se riñó a sí misma mentalmente, no puedes estar pensando en serio estas cosas. Él no va a morir, en un par de días podrá moverse, y en cuatro o cinco días podrá irse en busca de sus amigos, o en busca de quién demonios le estuviese dando cobijo hasta que cayó herido.

* * *

Empujó al fondo de su mente los miedos que tenía de no haber hecho bien, de no curarlo correctamente, de que hubiese perdido demasiada sangre. Había actuado con toda la rapidez y eficacia que había podido. Ahora sólo quedaba esperar. Dormitó y veló a ratos, levantándose para darle agua, a tocar su frente y a acariciar su cabello para tranquilizar su sueño agitado.

Su ceño fruncido le hacía entrever que, a pesar de estar dormido, el dolor estaba ahí. En cuanto amaneciera le daría algún calmante y leche caliente. La que tenía en la despensa era en polvo. Llevaban un par de semanas que había algunas restricciones, y no llegaba de todo lo necesario hasta la capital. Pero tendría que valer. También había caldo de pollo que preparó el último día la cocinera. Eso también ayudaría a su recuperación. Hasta que no pudiese incorporarse y comer algo más sólido.

Entrando las primeras luces del alba por el alto ventanuco, Dafne dejó al lado el libro al que había abrazado casi media noche y se dispuso a ir a la cocina. Se haría un poco de té, y calentaría leche para darle el calmante al inglés. Esperaba estar haciéndolo bien. No podía recurrir a ningún médico. Tan pronto como viese la herida de bala, estaría informando a las autoridades y ambos acabarían en un calabozo o camino hacia uno de los campos de cuyas noticias, vagamente llegaban a los oídos de los residentes civiles de Berlín. Un último vistazo al joven, que respiraba bien y estaba más relajado. Gracias a los cielos, su temperatura era normal, salió de cuarto camino a la cocina.

Tony abrió los ojos. Miró al techo de vigas vistas pero pintadas en color crema. Se iluminaba aun pobremente por el alba incierta que entraba por la alta ventana y por una pequeña lámpara en la mesa redonda del rincón, donde había una mecedora con una manta arrugada y unos cojines que habían caído al suelo. Volvió la cabeza hacia la puerta, que estaba cerrada, intentando recordar cómo había llegado hasta allí.

Recordaba el tiroteo, recordaba la destartalada camioneta, de cómo le había cogido desprevenido aquella rápida curva, y cayó desde el costado, rodando por el suelo hasta esconderse en los matorrales. Recordó su alivio al escuchar como pasaba de largo el pelotón que los perseguía. Pero también lo desamparado que había quedado, herido. Se palpó con cuidado el costado, estaba bien vendado. Le habían quitado la chaqueta, y el jersey, incluso la camisa y la camiseta habían desaparecido. Tampoco notó las botas en sus pies. Sólo los pantalones le cubrían. Le habían curado, y estaba en un sitio seguro y cómodo. Y recordó a la joven institutriz de ojos grandes. Que estuviese atendido, y en aquella cama era obra suya. Y ni siquiera le había dado las gracias. Aunque sus recuerdos iban y venían confusos, recordó hasta contar los pasos que le había separado del jardín hasta el suelo de la cocina, y de nuevo hasta aquella cama.

Dafne abrió la puerta en ese momento con una pequeña bandeja con dos tazas, y algunas galletas. Tony se sobresaltó, apenas había vuelto a cerrar los ojos unos instantes. Intentó incorporarse al verla.

—No, por favor, tranquilo, soy yo, estese quieto. Estamos en sitio seguro.
—ella avanzó hacia la mesita de noche y dejó allí la bandeja

—¿No ha llamado a ningún médico, verdad? —preguntó, los recuerdos eran confusos en las últimas horas de la noche.

Dafne acercaba una de las sillas a la cama.

—Por supuesto que no. Yo me he encargado de todo. Espero haberlo hecho bien. Al menos han pasado más de diez horas y no tiene usted fiebre,

aún. —se sentó en la silla y tomó su temperatura llevando la mano a la frente del herido y luego a su cuello para tomar su pulso. Lo hizo con total confianza, entrecerrando sus ojos grandes.

Tony la miró embelesado. Si, parecía muy profesional aquella jovencita. Ella sonrió brevemente. Antes de abrir de nuevo del todo sus ojos miel y mirarle.

—Ahora se va a incorporar con mucho cuidado, y a tomar este tazón de leche, estas galletas y algo para el dolor. Luego, imagino que necesitará ir al baño. Por suerte esta casa tiene uno de servicio justo en la puerta de al lado.

—Veo que lo tiene todo calculado Señorita.

—Todo calculado menos su nombre, señor. —Tony sonrió mientras ella le ayudaba a incorporarse poniendo un par de cojines del pie de la cama hasta su espalda.

—Culpa mía señorita, me presento, soy Anthony Daylight, Inglés, a sus pies y muy agradecido por su ayuda. —extendió una mano hacia ella. Y pensó que le había dado su nombre real sin pensárselo siquiera.

Ella la tomó y sonrió —Dafne Sevenstons, inglesa, institutriz, y agradecida igualmente de que este despierto y vivo, Señor Daylight

—Tony, llámeme por mi nombre, después de todo lo que ha hecho por mí, y con los tiempos que corren, tanto formalismo ahora nos sobra.

—De acuerdo Tony, llámeme Dafne si lo desea, pero ahora, calle y desayune, las pastillas tiene que tomárselas y asearse un poco. Creo que si va con cuidado y reposa un par de días, esa herida es más escandalosa que profunda. Pronto estará en pie.

Tony obedeció sin rechistar, a esta joven institutriz estaba tan en su papel de cuidarlo, que le hablaba cómo uno de sus pupilos, en vez de a un informador aguerrido con años de experiencia en su trabajo.

Ella cuidó de que no derramara ni una gota, con eficacia le dio un par de pastillas más y no bien se las estaba tragando cuando ella abrió esa boquita y le sorprendió.

—Tony, ¿es usted espía? —todo en un tono tranquilo formal y nada forzado.

A Tony se le atragantaron las dos pastillas, tosió y la herida le estiró dolorosamente.

—¿Lee mucha novela negra verdad?

—Oh, no tengo tiempo, sólo cuentos de hadas, princesas, príncipes y ranas, enanos del bosque y alguna que otra bruja malvada. Soy institutriz con dos niños revoltosos de los que estoy al cargo casi veinticuatro horas al día. O es espía, o un delincuente. Y la verdad, preferiría seriamente que fuese usted lo primero, estando cómo estamos solos en esta casa. —La chica tenía aplomo, pensó Tony divertido.

La respiración de Tony se estabilizó así como el dolor del costado, se volvió poco a poco un resquemor.

—Soy “informador”. Espía suena tan novelesco. —hizo un gesto algo teatral con una mano mientras rodaba los ojos.

Dafne suspiró aliviada a medias. Señalando con una cucharilla que aun sostenía en su mano hacia el costado herido.

—Pues parece una ocupación tan peligrosa como “espía” o “delincuente”.

—Ah, “gajes del oficio”. Me permitirá no contarle más, por su propia seguridad Dafne, claro está.

Ella asintió dejando la cucharilla y tomando su taza de té que seguro estaría ya casi fría.

—Claro está. —le dijo antes de llevarse la taza a los labios.

—Me permite preguntarle, señorita, ¿qué hace una institutriz inglesa en medio de Berlín?

—Oh, sencillo, trabajo aquí. —Dejó la taza y se levantó de la silla. — Llevo siete años a servicio de los Colber, mucho antes que empezase esta guerra. Me contrataron en Inglaterra. Ellos son conocidos de mi familia, La señora es franco-inglesa y el señor Colber suizo. Ya estaba dentro de este país cuando empezó todo. Mis jefes son bastante bien considerados aquí y nadie ha puesto nunca reparos en mí. Sólo cuando han decidió mudarse a Suiza por una temporada, me han puesto impedimentos con mis visados. Por eso ellos están ya en su nueva casa y yo aquí. En cuanto arregle mi documentación, espero que en menos de una semana, cogeré el tren para reincorporarme en mi puesto. Y espero que usted esté ya bien para entonces.

—Gracias a usted lo estaré, Dafne. Corre mucho riesgo prestándome ayuda y ocultándome.

—Cielos, estaba herido, ¿qué quería que hiciese? ¿Abandonarle? —Ella le miró a conciencia. —y ahora señor mío, ¿necesita ir al aseo?

Tony asintió. Era una chica muy valiente, bajo esa máscara de institutriz inglesa. Y muy práctica también.

CAPÍTULO 8

GEÜSER por enésima vez recorrió la pequeña buhardilla que les había servido a él y a Tony los últimos días como refugio. Donde planearon el rescate de Cromwell. Sabía que era peligroso estar allí, pero el chico, después de caer del camión y quedar atrás, no había dado señales de vida.

Tampoco habían llegado rumores de ningún informador detenido en Berlín esos últimos días. Si lo hubiesen hecho, la propaganda del ejército lo habría anunciado a bombo y platillo como una hazaña para el régimen del Führer.

Quizás eso fuese buena señal, aunque también podían haberse callado al respecto y estar ya en alguna fosa común con un tiro en la nuca.

Después de todo lo ocurrido habían tenido inmensa suerte de escapar en aquella cafetera que habían pretendido hacer pasar por una camioneta militar más. Consiguieron llegar hasta el control de salida de la zona sur, el loco de Klaus se arriesgó demasiado, pero consiguió dar al motor del camión que los perseguía, mientras los chicos que conducían hacían caso omiso a las señales de alto del control y con un revuelo tremendo se lo saltaron.

Luego alguien más los cubrió desde el otro lado del control a balazo limpio. En media hora se vieron en las afueras de Berlín, abandonando el maltratado vehículo y desperdigándose, dejando a Cromwell al cuidado de dos simpatizantes más, que se lo llevaron, con más miramientos que habían

tenido ellos. Seguramente ocultarían al inglés un periodo de tiempo, tanto para que se serenasen ánimos, y dejaran de buscarlo, como para se recuperase de las heridas recibidas en los interrogatorios.

A la mañana siguiente Geüser había vuelto a Berlín en la camioneta de un lechero, disfrazado como ayudante. Esa camioneta entraba y salía todos los días por el mismo sitio, ni siquiera le echaron un vistazo y les dejaron adentrarse en las calles de la capital.

Después de eso se ocultó en la casa de unos compañeros, pero hoy llegó hasta la buhardilla, por si había señales de Tony por algún sitio, un mensaje, algo. Pensó en el alemán que les había facilitado la tarea de sacar a Cromwell de su encierro. ¿Acudiría Tony a ese hombre en busca de ayuda? ¿Sería su hermano, tal y como creía? Geüser sacudió la cabeza negativamente, oscurecía, y tenía que volver a esconderse. Mañana volvería por unos minutos a ver si había alguna novedad. No podía hacer otra cosa por el inglés.

* * *

Su “invitado” había dormitado todo el sábado y parte del domingo, se levantó unas cuantas veces para ir al aseo, solo, y había tomado sin rechistar el caldo y el alimento que le dio Dafne. Igualmente la medicación. Ese segundo día notó que tenía algunas décimas más de fiebre, pero no llegaba a ser preocupante. Limpió su herida, que no supuraba, y la vendó con rapidez y eficiencia. No sintió el más mínimo atisbo de vergüenza al tocar la piel desnuda de Tony. Se lo estaba tomando como cuando cuidaba a uno de sus niños cuando estaba enfermo. Y la verdad es que cuando lo observaba, esa era la cara del joven, la de un crío guapo dormido.

Aunque la verdad, cómo enfermo, era más obediente que sus pupilos. No daba ningún problema, al contrario, estaba agradecido hasta el infinito. Lo único que quería era mejorar para poder irse y que ella no corriese más

peligro.

Hablaron a ratos. Dafne estaba empeñada en que él descansase, y el sueño era más curativo que cualquier medicina.

* * *

El lunes por la mañana Dafne se encontraba más descansada, la noche anterior Tony se negó a que ella pasara la noche en la mecedora y la instó a que se fuese a dormir a su cama. Él se encontraba, dentro de lo que cabía, mucho mejor.

Bajó fresca, descansada y arreglada para salir. Antes de ir a despertar a su paciente entró en la cocina y puso a calentar el té y la leche. Cortó algo de pan y lo preparó para tostar. Tendría que salir a por algo más. Las provisiones de pan, leche y galletas se acababan. Intentaría encontrar leche fresca, en vez de aquel sucedáneo en polvo que tomaron esos últimos días.

Escuchó pasos por el pasillo y se giró sorprendida. Tony apareció en la puerta, descalzo, con la manta que había usado ella para dormir noches atrás sobre los hombros para cubrirse. Traía el cabello húmedo de haberse duchado. Ella había desechado su ropa, y lo único que le había dejado eran los pantalones para cubrirse.

—Buenos días. —él sonrió desde la puerta. Tenía un buen color. Ella se sonrojó al no haberse dado cuenta que necesitaba ropa para moverse por casa.

—Buenos días, Tony, Espere un segundo y le vuelvo a vendar la herida, y le busco algo de ropa del señor Colber . Tiene un arcón arriba donde está la que no usa ya. Habrá camisas y jersey que le valgan.

Ella apartó del fuego la leche y salió de la cocina escaleras arriba, Tony se dejó caer en una silla. Recordaba de refilón la cocina. Pero desde otro ángulo. Vamos, desde el mismo suelo. Donde ella había tenido que curarle.

El pan tostado olía muy bien. Tenía hambre. Eso es buena señal, pensó sonriendo, quien come no se muere.

Minutos después Dafne bajaba con prendas, después de volver a vendarle, que solícitamente se empeñó en ayudarlo a vestir personalmente. Ella lo trataba como a un niño. Hacía tanto tiempo que no le mimaban, que hasta se dejó hacer con gusto.

Una vez vestido con una camisa de franela de tono beige y un jersey marrón chocolate algo gastado pero en buen uso y casi de su talla, se sintió cómodo. El haberse aseado minutos antes, y salvo que le encantaría cambiarse también los pantalones, poco más podría hacer por sentirse mejor. Ella volvió de una pequeña habitación adyacente a la cocina con sus botas toda lustrada, se arrodilló ante él y poniéndole unos calcetines gruesos le calzó.

—Dafne, no tienes que hacerlo. Yo... —se sintió incómodo ante la situación de tenerla a sus pies.

—Ni una palabra más, los movimientos como ponerse los zapatos pueden abrirle esa herida, y no podemos arriesgarnos a eso. —Ella elevó sus ojos grandes hacia él, mientras ataba sin mirar con lazo doble los cordones. — Ahora a portarse bien y a comer todo el desayuno. —Dafne se levantó al fin y se sacudió las manos en el delantal que guardaba su traje verde oliva camisero. —Y mientras desayunamos me va a decir a quien puedo avisar para que le preste ayuda. Por qué a alguien tendrá. ¿No? Algún “compañero” de profesión supongo.

Mientras Tony cavilaba unos instantes, ella sirvió las dos tazas de té con leche, el azúcar moreno, y el plato de tostadas. Tenía un sucedáneo de mantequilla y algo de confitura de manzana, traída por el señor Colber, seguramente del mercado negro.

Una vez que ella se sentó a la mesa de la cocina justo enfrente de él y tomó un sorbo de té, levantó su mirada hacia él directamente.

—¿Y bien? ¿A quién puedo avisar?

—Mis compañeros estarán bien ocultos en este momento. Mi contacto, el primero. Después de, bueno, del incidente del que usted me rescató, yo tendría que estar fuera de Berlín. Esto ha roto todo mis planes. Fui un maldito descuidado en esto. He cometido un error de principiante. Pero tenía demasiadas cosas en la cabeza. —una de ellas el localizar a Henry, pensó. Y eso le había robado gran capacidad de raciocinio.

—¿Nadie? ¿Está seguro? —Dafne estaba untándole un trozo de pan con la mantequilla y la jalea y se lo puso en las manos.— ¡Coma! Y piense, seguro que conocerá a alguien.

Tony suspiró y dio un bocado al panecillo tostado. Era fácil acostumbrarse a eso, una cocina calentita, una mujer, un desayuno informal, una pareja, una vida en común con otra persona, confianza, tranquilidad, paz. En cuanto terminase esta maldita guerra se buscaría un puesto tranquilo, quizás retomase junto a Henry los negocios familiares, y se buscaría una esposa y un pequeño piso soleado en una zona tranquila de Londres.

Pero, ante todo tenía que sacar a Henry de allí, si quería algún día tener esa clase de paz.

—Hay alguien que ya me ha ayudado antes, pero...

—¿Pero qué? Puedo ponerme en contacto con él esta misma mañana, tengo que salir, voy ir a ver cómo va lo de mi documentación, me acercaré a la central de visados. A la vuelta puedo tomar un taxi y que me lleve hasta esa persona y dejarle un mensaje de su parte.

Demonios, la oficina de visados, Henry estaría allí este mismo lunes. Pero ¿cómo hacer para darle un mensaje sin que se levantaran sospechas? Ella no tendría que ir muy lejos. Al contrario, su destino la llevaba al mismo sitio donde trabajaba ahora su hermano.

—¿Tendría usted el valor de hacerle llegar un mensaje a un oficial del ejército alemán Dafne?

Dafne, dejó caer casi la taza en el platillo de porcelana.

—¿Su contacto es un oficial del ejército alemán? —sus ojos se abrieron cómo platos.

—Si, un Coronel, por más señas. Y está precisamente en las oficinas a las que usted va esta mañana.

—Si tengo que hacerlo, lo haré, pero cómo... No creo que me vayan a dejar subir a su despacho, yo, sólo tengo que entrar en la zona al público para ver cómo va mi visado.

—Una nota dentro de un sobre, —Puede dejarla junto al correo. Hacer cómo que ha encontrado el sobre en el suelo, allí en la entrada, o algo así.

—Pero, si abren la nota.

—La nota no dirá nada comprometedor. —Suspiró, —él lo entenderá, y acudirá a una cita. Entonces yo podré hablar con él directamente.

—Llevaré la nota, pero, yo hablaré con él en su lugar. Usted no puede moverse aun libremente. Se cree encontrar bien, pero sólo ha caminado diez pasos por un pasillo.

—Dafne esto es peligroso.

—Para usted lo es más, está débil aun, aunque no quiera admitirlo, y yo, la verdad, mi alemán es seguramente infinitamente mejor que el suyo, y paso más desapercibida que un hombre de su altura y su físico. —Tony fue a decir algo, y ella lo cortó con un gesto y vertiendo más té en su taza. —No admito discusión.

Tony sacudió la cabeza, bendiciendo y maldiciendo a cada institutriz

inglesa, desde la vieja sargento Finch, que le cuidó a él y a Henry de pequeño, hasta la señorita Dafne Sevenstons, heredera de una tradición de Institutrices sargentos, marimandonas, y que hiciesen lo que hiciesen, era por el bien de sus protegidos.

—¿Papel y tinta, señorita sargento?— capituló.

—¡Por supuesto! En diez minutos salgo, así que...

Dafne caminó hacia las oficinas dónde preguntaría por su visado y tendría que usar su habilidad, para dejar el sobre con el mensaje que había escrito Tony.

Una vez ante la mesa de información, preguntó por su documentación y recibió la noticia que aún no se resolvió nada, y que se pasase a mitad de la semana de nuevo. Dafne sonrió, agradeció al oficial, que la miraba de arriba abajo atentamente y con interés, no quiso hacerse notar más pero tenía que llevar a cabo la segunda parte del plan. Hizo ademán de irse, y frenó en seco, haciendo cómo que se le caía su bolso y se agachaba a cogerlo, acto seguido se incorporó con el sobre en la mano.

—Oh, discúlpeme, este sobre estaba a los pies de su mesa.

El administrativo extendió la mano para recoger el sobre que le ofreció. Murmuró un adiós, y se volvió saliendo velozmente y, sobre todo, para que no le hiciesen ninguna pregunta.

Minutos después, la misiva fue llevada a la oficina del Coronel Heinrich Strieber, puesto que iba dirigido a su nombre, y con un remitente ilegible. Lo dejaron encima de varias cartas dirigidas a su nombre o a la atención del dirigente actual de la oficina.

Mientras revisaba documentos, Heinrich empezó a abrirla. Primero miró el adverso, con aquella caligrafía ligeramente picuda, casi que le resultó conocida. Miró detrás pero no pudo leer el remitente. No tenía sello ni franqueo, la habrían entregado en mano. Rasgó el papel, y sacó una cuartilla

en papel de gran gramaje. Escrito en él, unas estrofas de una canción muy conocida en aquellos días, Lili Marleen, interpretada por varios artistas en alemán, en inglés y hasta en ruso y francés.

Aunque la más famosa últimamente era la versión cantada por Marlene Dietrich en su idioma natal, alemán. Esta canción había unido a cuatro naciones en guerra, con una misma música. Recordó que la había escuchado por primera vez en la radio, cuando sirvió con los África-Korps.

Vor der Kaserne / En el cuartel Vor dem großen Tor / Delante del gran portón

Stand eine Laterne / Había una farola

Und steht sie noch davor / Y aún sigue ahí

So woll'n wir uns wieder seh'n / Allí nos veremos de nuevo

Bei der Laterne / Bajo la farola

*woll'n wir steh'n / Nos volveremos a encontrar Wie einst Lili Marleen. /
Como antaño Lili Marleen.*

Mein tagesticht, Lili Marleen. Como antaño Lili Marleen.

Und an diesem Abend, / Y este anochecer,

Wir werden da sein / Nos veremos allí.

Sie folgen meine Shiritte / Tú seguirás mis pasos,

Und ich werde ihnen sagen. / Y yo te hablaré.

Unos simples versos de una canción extremadamente popular Una letra sencilla, escrita con trazos simples, extrañamente conocidos. No podía ser, ¿la letra de Tony?

Respiró hondo varias veces, se levantó y la luz del día que entraba por la ventana dio de lleno en el papel. ¿Le estarían engañando sus ojos? ¿Sus ganas de tener respuestas? ¿Habrían acabado esos seis años de aislamiento?

El mensaje era sencillo, cualquiera que viese ese papel, sólo era las primeras estrofa de una canción que cualquiera conocía y se cantaba a todas horas en las emisoras de radio. La segunda estrofa no era la correcta, pero vamos cualquiera añadía cosas de su cosecha a una canción tan popular e interpretada por tantos cantantes esos días.

Rimaba apenas, le llamó la atención que en vez de la habitual estrofa “*mi luz de fe*” la hubiesen cambiado por, “*mi luz del día*”. Su apellido ingles era precisamente ese, Daylight. Y los compases de la segunda, emplazándole en ese lugar, al anochecer, para hablar.

Por unos instantes su corazón empezó a latir con extremada fuerza, incluso se llevó el papel al pecho para acallar el desbocado órgano. Luego respiró hondamente varias veces, inspirando y expirando, Pausando así, poco a poco, el frenético latido.

¿Esa era la forma de ponerse en contacto con él? La verdad es que no perdía nada si observaba aquella farola frente a su cuartel, o más bien su oficina. Nadie se arriesgaría aun contacto a plena luz, seguramente esperarían al anochecer, cuando se encendieran las luces de la ciudad.

"*Cuando se enciendan las farolas*" cómo decía esa canción. No importaba el tiempo, estaría mirándola desde hoy y todos los días que hiciesen falta. Tampoco tenía nada que perder.

CAPÍTULO 9

—**P**OR favor, no discutamos más, iré yo. —Dafne, terminaba de ponerse el abrigo color marrón tabaco y se ajustaba el sombrerito.

Tony con la mano en el costado había intentado descansar, como ella le había "ordenado" que hiciese, mientras dejaba la carta en las oficinas donde estaba su hermano Henry. Este dato, el parentesco que les unía, no se lo había revelado a Dafne. Mientras menos supiese de ambos, mucho mejor. Para ella, el Coronel Heinrich Strieber era el hombre que podía ayudar a Tony a salir de Berlín, proporcionándole la documentación necesaria desde su misma oficina. Además de cobertura económica para salir del país, hacia Suiza, que, por el momento, permanecía neutral a la guerra. Desde allí el salto a las islas británicas o hacia cualquier lugar del continente era más fácil.

Había repasado con ella lo que tenía que decirle a Herr Strieber. Lo había memorizado todo, y ahora, apenas temblaba bajo el abrigo pardo. Procuraba respirar relajadamente. Aun así, el corazón se le desbocaba a cada instante. El cuartel estaba a cuatro o cinco manzanas. Apenas iba anocheciendo. Tendría el tiempo justo para llegar hasta allí, a la misma hora que el Coronel solía salir de su trabajo. Ella se quedaría, como decía las sencillas estrofas de la canción "*Lili Marleen*", esperando bajo la farola, a que él bajase y la siguiese.

Una vez que el coronel se le acercara, se internaría un poco en las calles adyacentes al cuartel. A un sitio tranquilo donde nadie los pudiese oír. Llevaba bien memorizado el mensaje que iba a darle, y sólo esperaría su

respuesta, volviendo a casa con rapidez. No podría entrañar peligro, por supuesto, si Strieber era simpatizante.

Pero en el caso de que estuviese Tony equivocado... No, eso no, su compatriota confiaba al cien por cien de ese coronel. Incluso le comentó que los había ayudado a alguna misión anterior, de la que no podía darle datos, por su seguridad. Estaba empezando a hartarse de la palabra “seguridad”.

—Lo que no me gusta es dejarla sola. —Suspiró y le cerró las solapas imitación visón de del abrigo cómo quien abrigaba a una niña. —No temo a Strieber, sino a que camine desprotegida por ahí de noche. Podría encontrarse con cualquier cosa.

Dafne sonrió. —Sí, cualquier cosa, incluyendo ingleses atravesados a balazos escondidos tras cada arbusto del camino.

—Ah, no, no creo que seamos tantos. Y tampoco puede ir recogiendo hombres heridos como quien recoge cachorritos perdidos. —le sonreía. — Esta vez ha tenido suerte y soy un tipo caballeroso y legal.

—Si—sonrió—No creo que fuese bueno para mi salud. Definitivamente no. —Se reía ahora con ganas, así pareció evaporarse un poco de su tensión. —Prometo que será usted el único cachorrito que recoja en los pocos días que me restan en Berlín.

—Espere —Dafne estaba a punto de salir por la puerta trasera el jardín cuando Tony se tanteó en el bolsillo del pantalón y sacó su cartera, de ella un diminuto paquete de papel marrón vulgar. De él sacó una finísima cadenita y una pequeña cruz latina con una pequeña turquesa oval en su centro — Póngase esto. Strieber lo conoce. Será como su salvoconducto.

Dafne se dejó poner la pequeña joya y ésta cayó sobre su pecho, apenas visible en el pequeño escote de pico de su vestido azul marino. Ante la cercanía del hombre con su sonrisa de niño, sorprendentemente besó su mejilla. Se dio media vuelta, camino a su cita. Tony se quedó, con una mano sobre

donde había quedado el calor de su corto beso, y una media sonrisa, mientras la veía desaparecer tras la valla del jardín trasero.

Veinte minutos después, el manto de la oscuridad cubría Berlín, y un cielo sin nubes, con algo de niebla, que, seguramente, en el avanzar de la noche, se iría haciendo más espesa. Los últimos días del invierno, estaban siendo demasiado húmedos y fríos.

Se envolvió un poco más en su abrigo. Estaba llegando a la calle. Enfilaba la acera frente a las oficinas en las que había estado esta mañana. Dos soldados hacían guardia con cara de hastío. Bien pertrechados con armas y sus abrigos abotonados hasta el cuello. Algún personal salía por las puertas con rapidez y se dirigía seguramente a sus hogares. Caminó ahora más tranquilamente, o al menos lo intentó, hasta llegar justo a la farola frente al portón.

Allí se paró, abrió su bolso y buscó su espejo. Hizo ver como si aguardase a alguien, mientras se retocaba la barra de labios. Y esperó.

Heinrich la vio llegar. Era una mujer joven y alta. Cabello oscuro, rizado y corto, a la moda. Abrigo pardo, con cuellos de piel ocultando sus formas. Llevaba botines de tacón. Su apariencia era sencilla. Se paró justo bajo la farola a la misma hora que el personal salía de trabajar.

Y allí se quedó, como si esperase a alguien. "*Sí, pequeña, me esperas a mí*", pensó. "*Suerte la mía*".

Velozmente tomó su abrigo. Apenas un par de minutos que había despedido a su secretario, un soldado algo obeso, con gafas redondas, pelirrojo, con pecas, apenas un crío. Tomó su gorra militar y se la caló. Bajó casi de dos en dos los escalones y cruzó el pasillo hasta la salida. Ambos soldados que custodiaban la puerta estaban esperando a que él saliese para cerrar. Ambos se cuadraron dando un fuerte taconazo con sus botas militares. Él apenas asintió. Y se dispuso a cruzar la desierta calle, hacia la farola. Hasta "Lili Marleen".

Ella le vio acercarse, no conocía muy bien los uniformes, pero a todas luces el alto hombre rubio y con semblante serio que se dirigía hacia ella era un oficial. El porte era marcial, su paso seguro, decidido, y sus ojos grises se fijaban directamente en ella.

Se sobresaltó un poco, dio un paso atrás, volviéndose en el acto, e internándose en el callejón que tenía a su espalda. Con esperanza que él la siguiese a un lugar más tranquilo, fuera de las miradas de los soldados que, ahora precisamente estaban entretenidos echando el cierre al gran portón que guardaba las oficinas.

Dafne apenas caminó cinco metros cuando una mano poderosa se hizo la dueña de su brazo. El alto oficial, se puso a su lado y la instó a seguir caminando sin decir una palabra, tomando la iniciativa, y llevándola hacia la oscuridad.

El corazón empezó a saltar en su pecho. Ella no se imaginó que ese hombre la cogiese con tanta familiaridad y fuese el que tomase la batuta en todo aquello. Ella había pensado pararse cinco metros más allá, darle el mensaje, escuchar respuesta y correr a casa. Pero ahora estaba comprobando, en su propia sensible carne de su brazo, que aquello no iba a ser precisamente una merienda campestre.

El Coronel Heinrich Strieber parecía tener otro plan en mente. Internándose en otro callejón más oscuro y sin ventanas o puertas, se vio empujada casi contra la pared desconchada. Se negó a sentir pánico. Controló su respiración como una profesional. Alzó orgullosa su cabeza, intentando ver en la oscuridad algo más que la brillante mirada del coronel. Éste le sobrepasaba en unos veinte centímetros. Sus espaldas bloquearon al fin cualquier luz, pegándose a ella, sujetando sus muñecas, primero con las dos manos y luego elevándolas sobre su cabeza contra la pared y uniéndolas bajo el acero de sus dedos. Con la mano que dejó libre desabotonó con demasiada destreza su abrigo y metió las manos bajo él.

Estuvo a punto de abrir la boca pero el siseó —Silencio—ordenó—tengo

que comprobar que no lleva armas escondidas fräulein. —Su voz era ronca y el acento alemán, Berlínés, perfecto.

Sus manos rápidamente recorrieron su contorno y su espalda incluso, empujándola contra sí mismo, sin ningún recato. Satisfecho con que la única arma que llevase fuese el pequeño bolso que ahora había caído al suelo, dejó aún la mano bloqueando su cadera y la otra sobre su cabeza reteniendo sus muñecas.

—¿Quién es usted, fräulein? —era una pregunta y una orden a responder.

—Dafne, Dafne Sevenstons, soy inglesa, Daylight me envía. Tony Daylight necesita su ayuda para llegar a Suiza.

Heinrich, resopló, ayuda, Tony estaba en Berlín, y le necesitaba a él. ¡A él! Que llevaba seis años infiltrado en territorio enemigo y estaba perdiendo toda esperanza de escapar de aquella mentira. Demonios, ¿en que lío estaba metido Tony para que necesitara de alguien que estaba tan perdido cómo él?

Descendió su mirada desde los rizos delicadamente naturales de la señorita inglesa, que, era otra pieza más del rompecabezas, pasando por sus grandes ojos. En la oscuridad no pudo ver qué color tenían. Bajando por la nariz, fina y recta, por una boquita pequeña y que dibujaba una “o” casi perfecta al respirar asustada. Siguiendo por la barbilla firme y ligeramente obstinada, y por su cuello donde empezaba el recatado vestido, y se encontraba una pequeña cruz latina de oro, con una gema turquesa, que reconoció en el instante.

Soltó despacio las manos de la señorita Sevenstons, y éstas descendieron suavemente. Pero no retiró la mano que se afianzaba en su cadera, bajo su cálido abrigo.

—Empiece por el principio, fräulein.

Dafne habló rápido, quien era ella, como encontró a Tony, que lo había curado, todo. Heinrich asentía en la oscuridad, atando cabos. Tony habría

seguramente estado involucrado en el asalto a los calabozos de su oficina, y por ese motivo o de alguna manera, había terminado herido y fuera de combate, a pesar de que el oficial Cromwell había tenido éxito en su huida.

—Daylight necesita documentación, y usted se la puede proporcionar, y también necesita algo de dinero para salir hacia Suiza.

—¿En cuántos días estará preparado para moverse? La herida, ¿es grave?
—su voz sonó sinceramente preocupada.

—Está casi cerrada. Creo que este mismo miércoles o jueves, dos o tres días, podrá moverse sin esfuerzo. —La mano del Coronel se había vuelto casi una caricia bajo su abrigo. Subía apenas cinco o siete centímetros y volvía a bajar sobre la curva de su cadera, mientras parecía cavilar.

Ella no dijo nada, la sensación era agradable. Ya no la sujetaba como al principio, ahora se limitaba a acariciar cadenciosamente, al compás de sus pensamientos. A la débil contraluz, aunque sus ojos ya se estaban acostumbrando apenas vislumbraba los rasgos de Strieber, aparte del brillo acero de sus ojos, unos pómulos altos y unos labios marcados y firmes, y unas manos grandes fuertes que a pesar de estar en tan íntimo contacto con su cuerpo sin conocerla, le transmitieron seguridad. Seguridad de que podía confiar en él.

—Bien fräulein, y ¿dónde encaja usted en esto? ¿Qué gana a cambio?

En ese instante se sintió ofendida. Sacó fuerzas y arrojo de dentro, agarró con ambas manos la fuerte mano del Coronel que rozaba su cadera y se la sacó de encima.

—¿Está satisfecho con su registro de mi persona, Herr Strieber?

Una risa baja y sugerente, surgió de los duros labios del Coronel alemán.

—No sabe usted lo satisfecho, fräulein. Mucho.

—Yo sólo estoy ayudando a un compatriota. Así que déjese de rodeos y dígame si va a hacer algo por él, o tenemos que buscarnos nosotros solos la manera de salir de Berlín.

Heinrich se estaba ahora divirtiendo. Puso cada uno de sus brazos a cada lado de los hombros de la chica, apoyándose con firmeza sobre las palmas de las manos contra el muro de ladrillo. Acorralándola. Acercándose casi imperceptiblemente un poco más a ella. Aspiró profundamente, intentando discernir el perfume que usaba la señorita inglesa. Jabón, ropa almidonada y mujer. Pensó divertirse un poco más con ella, una diversión por otro lado inocente. ¿Quería jugar a "espías"? Iba a darle gusto.

—Veinticuatro horas, fräulein., Deuchther Café, a dos calles de aquí, esta misma hora. Allí la estaré esperando, entre usted por la puerta principal, recorra hasta la puerta secundaria, y salga sin detenerse.

—¿Por qué no quedamos directamente en el cruce?

—Ah fräulein., aquí doy yo las órdenes. —sonrió de medio lado en la oscuridad, dándole un aspecto malvado a sus ojos acero. —No me voy a quedar con las ganas de saber qué color tienen esos ojos de gacela. —Soltó una risa baja— Es pequeño el pago que pido por el favor que voy a hacerle a Daylight.

—El color de mis ojos puedo decírselo aquí y ahora. —él no la dejó seguir, puso un largo dedo índice sobre sus labios suaves, haciéndola callar.

—Ah, no, sin pago no habrá documentación, fräulein. —Se despegó de ella despacio, como sin ganas. —Ahora camine por donde hemos venido, pero tuerza a la derecha antes de llegar a la calle del cuartel. Saldrá por una adyacente. Lejos de las miradas indiscretas de mis soldados. Una vez que salga de estas callejas, camine rápido y no mire jamás hacia atrás.

—¿Me convertiré en estatua de sal(8) si lo hago? —Él volvió a hacerla callar con el mismo gesto sobre sus labios.

—Yo doy las órdenes fräulein. O es usted muy indisciplinada, o está demasiado acostumbrada a mandar y a no tener que rendir cuentas por ello. ¡Camine!

Dafne recogió el bolso que el Coronel, en apenas un segundo, tomó del suelo y lo engancho en sus manos. Salió andando lo más rápido que le permitían sus botines de tacón de aquel callejón. Siguió las órdenes al pie de la letra, y apenas veinte minutos después estaba en las primeras casas con cercas de ladrillo gris musgo del barrio residencial donde vivían los Colber . Respiró más tranquila, pero no aminoró su paso.

Aunque aún había gente paseando por la calle, la niebla se levantaba cada vez más espesa, dándole un aspecto casi fantasmagórico incluso a las calles más conocidas. Hizo caso omiso al dolor punzante en el costado, fruto por su rápido caminar y su respiración irregular. El Coronel alemán le había dejado muy clara sus órdenes, La quería ver en veinticuatro horas, y, *¡calle y camine!*, y por todos los cielos, que había obedecido.

Cruzar la verja del jardín de la casa y cerrarla con dos vueltas de llave fue un supremo alivio, descansó unos segundos, controlando la respiración. Apenas le separaban veinticinco metros de la puerta de la cocina. Ésta se abrió, y recortado en el marco de la puerta, la silueta alta y delgada de Tony. Agarrado al pomo con una mano y la otra en su costado.

—¡Dafne! —su voz, sonó sinceramente preocupada. — ¿Se encuentra bien?

Dafne hizo un gesto apaciguador con las manos y enfiló el sendero de ladrillos del jardín que le llevaba hasta la puerta. Respiró hondo a la vez que él se hacía a un lado para que pasase. Mientras Tony cerró la puerta y dio vuelta al cerrojo, ella se dejó caer en una de las sillas, sin ninguna gracia. Prácticamente se derrumbó. El bolso cayó al suelo, a su lado.

—¡Dafne!, —Tony se acercó. Inclinandose hacia ella, la tomó de los hombros. Dafne cerró los ojos un instante para rehacerse. Luego elevó su

mirada a los azules y preocupados ojos de su “protegido”. — ¿qué le ha ocurrido?

—Su Coronel Alemán es un maldito déspota. No bien me alejé de debajo de la farola enfrente al cuartel, en vez de seguirme unos pasos y escucharme... —tomó aliento.

—¿Qué demonios le hizo?—Tony empezaba a alterarse, incluso la sacudió un poco de los hombros. ¿No habría sido Henry con quien se había encontrado?

—Me arrastró prácticamente a un callejón, me dijo que callase y me registró. ¡Muy concienzudamente! ¡Demasiado concienzudamente diría yo!

—Ah... —Tony casi reía por el estupor de la joven, al ser registrada por Heinrich, desde luego era algo que debía haber supuesto que su hermano hiciera lo primero. Él también, en su lugar y en esas circunstancias, hubiera hecho exactamente lo mismo.

—Vamos Dafne, es lo normal, él no sabe quién es usted, una nota, una persona desconocida, podría ser cualquiera, una trampa, no se...

—¡Demasiado concienzudamente! le repito. Si se hubiese limitado a advertirme, pero no, él siguió sujetándome luego de comprobar que no llevaba armas. Y lo hizo, ¡con placer!—resopló.

Tony la soltó y dio media vuelta en busca de una silla, y ocultando la risa que le estaba entrando por lo ofendida que se encontraba por el registro. O por el placer que había obtenido Heinrich haciéndolo. Claro que sí, él también obtendría el mismo gusto en su lugar. Dafne era una mujer preciosa, oculta bajo unas vestimentas sosas de rígida institutriz.

Tomó una silla y se sentó en la esquina de la mesa, tomó las manos de la joven con suavidad, para tranquilizarla. El asunto no dejaba de tener su gracia, no se había asustado ni de la oscuridad, ni de encontrarse con un desconocido, sin saberle amigo o enemigo. Ni siquiera por su bastante

peligrosa tesitura, ocultando a un inglés en suelo alemán. Ella se ofendía por un simple registro a su persona. Mujeres...

—Ya pasó Dafne, tranquilícese. —Él le dio palmadas en sus manos pequeñas y frías. — ¿Qué le dijo al oír su mensaje?

Dafne se envaró, e imitando la voz gutural del Coronel Strieber miró a Tony—*Veinticuatro horas, fräulein., Deuchther Café,* —tomó aire— *¡Calle y camine! ¡Aquí doy yo las órdenes!*— bufó de una manera para nada elegante para una señorita institutriz.

Tony no pudo aguantar más la risa por la soberana imitación que hizo del coronel. Se rió aguantándose el costado. Se rehízo ante la mirada reprobadora de Dafne.

—Está bien, está bien, mañana, allí estaré. No se preocupe Dafne, todo ha pasado ya.

—Todo no, yo soy la que tengo que ir a Deuchther Café. Me ha emplazado a mí, por lo visto, es el pago por darme documentación y lo que necesitamos para que salga del país. —resopló de nuevo. —lo ha ordenado Herr Coronel .Vamos, por favor. ¡Y Herr Coronel se ha atrevido a llamarme indisciplinada!

Esta vez Tony hizo el esfuerzo supremo de no reírse de los pensamientos de Dafne, aunque le resultara gracioso.

* * *

Vaya, ¿allí era dónde se ocultaba Tony? Heinrich sonrió. Había seguido a la joven hasta la misma puerta de la casa. La puso tan nerviosa con su actuación y con su severo tono, que ella no había hecho otra cosa que correr como una gacela. Y ni siquiera había mirado una vez hacia atrás, por si alguien la seguía. Una “informadora” le hubiera despistado a las primeras de cambio,

habría sido más eficiente, vigilando a su espalda y dando varios rodeos antes de llegar a su “refugio”.

Entonces era cierto lo que le había dicho. La había escoltado por lo mismo, no se fiaba de la situación. Pues estaba claro que era una institutriz inglesa, atrapada en medio de Berlín por su trabajo, o por la guerra. Una joven institutriz con enormes ojos de gacela.

Y a Heinrich le apasionaba la caza mayor.

Se volvió sobre sus pasos cuando la dejó a buen recaudo, tras la verja del jardín y dos vueltas de llave. Inició tranquilamente el regreso a casa. Estaba ahora bastante lejos, pero le gustaba caminar.

Cuando más de una hora después entraba por las puertas de su casa, el servicio tomó el abrigo que llevaba y su gorra militar, mientras le preguntaba si deseaba la cena, ya. Heinrich ordenó al Glöckmer, su mayordomo, que le subiesen una bandeja con algo frío, y que se retirasen ya. Vivía solo y tampoco tenía grandes formalidades allí, como cuando aún estaba su madre que, llevaba la etiqueta a todos los quehaceres diarios de la casa.

No bien subió y se despojaba de la guerrera, llamó el criado a la puerta y pasó, dejando una bandeja con cena fría, pan, algo más oculto en un guarda platos. No se fijó demasiado. Le dio las buenas noches, y salió discretamente cerrando la puerta tras de sí.

Una vez que había arrojado las botas fuera, se terminó de quitar la ropa y se puso un batín de terciopelo azul marino. Puso la bandeja sobre la mesita de noche, y se dejó caer en la cama, con la espalda sobre los almohadones. Buscó una emisora de radio local con música en su antigua Volksempfänger chapada en madera de pino oscurecido. Abajo tenía una moderna radio Telefunken, pero ésta perteneció durante años a su madre. Ahora acompañaba las horas solitarias de su dormitorio. Como siempre, música ligera, y entre ésta, anuncios de propaganda del Führer, arengas al pueblo y a las tropas.

Sonaban los primeros compases de Lili Marleen. Aunque en alguna ocasión se había incluso intentado prohibir la emisión de la canción por considerar que podía influir negativamente en la moral de la tropa, por petición popular e incluso, por protestas del mismo ejército, volvía a sonar una y otra vez en los receptores. Incluso era la música de cierre habitual de Radio Belgrado.

Heinrich cruzó los brazos tras la cabeza mientras escuchaba las estrofas en la voz de Lale Andersen cantadas casi como un himno militar.

Mentalmente volvió a la imagen de su inglesa bajo la farola, y al momento en que la sorprendió arrastrándola hacia la oscuridad. Morbosamente rememoró sus manos registrando el cuerpo femenino oculto bajo el abrigo. La calidez que traspasaba el feo vestido gris. Y la pequeña cruz que brillaba en su cuello. Era la de Tony. La misma que él, seis años antes había dejado en sus manos como protección. Ahora protegía el delicado cuello de la jovencita inglesa, ¿de quién? ¿de él? Quizás solo era una forma de indicar que venía de su parte sin palabras. ¿O aquella mujer había conquistado el corazón de su díscolo hermano?

¿En un par de días? ¿O ambos se conocían ya de antes? Demasiadas preguntas sin respuesta.

Y ante todo él debía de sacar a Tony de Berlín. Por la documentación no habría problema, él era la máxima autoridad para ello por ahora, y su firma en los documentos eran ley. Dinero, tampoco. Incluso incluiría un billete de tren para esta misma semana, el jueves o el viernes a lo sumo, estaría en un vagón con destino a Suiza.

Pero su mente volvió otra vez a su institutriz inglesa, esa curva de la cadera, deliciosa. Esos ojos grandes, ojos de gacela, se sintió excitado nada más que rememorando el calor que emitía al sostenerla contra aquella vieja pared en la oscuridad. Su respiración trabajosa, por el miedo, el aroma suave de mujer bajo otros olores mundanos como el jabón o el apresto de la ropa al acercarse aún más, acorralándola entre sus brazos.

Mañana noche la vería de nuevo, quizás jugase un poco con su miedo. Un juego inocente, nada más. Acorralarla otra vez, llevarla en volandas tras el Deuchther café, en los callejones. Apretarse un poco contra ese cuerpo curvilíneo tan bien oculto bajo aquella capa de rígida señorita inglesa.

Solo, minutos más tarde, bajo el chorro caliente de la ducha, acabó por poner fin a la excitación de su traicionero cuerpo. Demasiado tiempo sin una mujer, después de lo de África. Y esa jovencita le había despertado instintos largo tiempo dormidos.

CAPÍTULO 10

—**T**ENDRÍA, cuanto antes, que salir de Berlín, Dafne. —insistió Tony— Debería haberle pedido a Strieber su documentación. También está siendo retenida en su oficina. Podríamos haber viajado juntos a Suiza, yo me quedaría más tranquilo dejándola con sus patronos, o incluso, sacándola de Europa y mandarla hasta Inglaterra.

—Inglaterra es igual de peligrosa en estos momentos, Tony. La propaganda de régimen se encarga diariamente de hacer llegar a los civiles los partes de bombardeos sobre Londres y las ciudades más importantes de Inglaterra. Y los aliados aún no han conseguido llegar a Berlín. Ni una mísera propaganda lanzada por algún avión aliado ha llegado. Ni tenemos toque de queda, y las restricciones son mínimas aún. —le mostró y brindó con la taza hasta el borde de té con leche fresca recién comprada esa mañana en su misma puerta.

—Pero en Las Islas, puede trasladarse a algún tranquilo pueblo de las afueras. Incluso, bueno, podría facilitarle la estancia en un antiguo cotagge de mi familia que mantenemos en la campiña. Mi hermano y yo vivimos allí durante un largo periodo de pequeños, cuando la última Gran Guerra. Mi padre estaba en el frente. Estaría feliz de ofrecerle hospitalidad, a cambio de todo lo que ha hecho por mí en los últimos tres días.

—No es necesario. —Dafne bebió con gusto de nuevo de su taza. —En Suiza y con los Colber estaré bien. Y no creo que mis documentos se

demoren más allá del jueves. Si es así tomaré el primer tren a Suiza en el que haya pasaje.

—Esta noche puede pedirle que acelere su documentación al Coronel.

—¡De ninguna manera! —El tono de Dafne no admitió discusión. Lo que hubiese hecho o lo que hubiese dicho Henry al registrarla no lo sabía, pero ella se mostraba ofendida con su trato. Y seguro que no iba a pedirle otro favor. Aunque Tony sabía que si supiese el problema de la chica, también incluiría su documentación junto a la de él. Si conocía bien a su hermano, aún pasando estos años de guerra aislado y en el bando contrario, sabía que su sentido del honor y del deber, no se habían quebrado ni lo más mínimo.

—Está bien, Dafne, pero prométame salir lo más pronto de Berlín una vez que tenga encima su documentación. Tenga preparado el equipaje y no se demore. — Tony negó con la cabeza, no podía decirle más, sin comprometer su situación ni la de ella.

Debido a su peculiar “trabajo” sabía que se estaba forjando un gigantesco ataque a toda Alemania, y que los aliados, intentarían llegar en breve al mismísimo centro de Berlín. No quería que ella estuviese allí en esos momentos. La ciudad iba a ser arrasada, hasta los cimientos, si se conseguía llegar hasta ella. Pero a pesar de todo, no podía revelar a la chica uno de los secretos mejor guardados. Solo instarla a que saliese a toda prisa de allí.

—Cuando todo esto acabe, —Dafne suspiró. —porque todo esto acabará algún día... ni siquiera puedo comunicarme con mi hermana en Inglaterra para saber cómo están.

—Esto acabará, pronto o tarde. —Sonrió y tomó la mano de la joven. — Y entonces me gustaría volver a encontrarme con usted, Dafne, quizás en otro momento, en otra circunstancia. Ahora no puedo prometer nada, pero, me gustaría volverla a ver.

Dafne miraba sus manos unidas, Tony Daylight era un hombre joven,

agradable, atractivo, con sentido del honor, un soldado en la sombra, un “espía”. Quizás en otro momento y en otro lugar, el sentimiento de amistad y protección hacia él, que le inspiraba, no lo sabía...

—Sí, cuando esta guerra termine. ¿Quién sabe?

Aquella noche volvió a prepararse, esta vez apenas se escondió el sol salió en dirección a Deuchther Café. Tony la había hecho prometer que sería cuidadosa. Pero sin que ella se diese cuenta, apenas un par de minutos después se colocó su chaquetón gris, que ella consiguió limpiar de manchas de sangre y reparar, salió detrás. Cerró la puerta con el juego de llaves que había en la caja tras la puerta de la cocina, para el uso de los criados.

Pensaba seguirla todo el camino hasta llegar hasta Heinrich. Y si era posible, contactar personalmente con él, por supuesto, si no había alguna clase de peligro, y comprobaba que Dafne estaba de vuelta para la casa sin novedad. De ninguna manera, sintiéndose con fuerzas ya, iba a permanecer sentado, mientras ella se arriesgaba por conseguirle la documentación y el dinero para salir del país.

Casi oculto por la niebla que volvía a levantarse en las calles, esta vez incluso más temprano que la noche anterior, Tony la siguió a unos buenos veinte metros.

Se quedó oculto en un callejón adyacente, donde controlaba la calle del Deuchther Café. Mientras ella, bajaba los cuellos de su abrigo, los alisaba y entraba en el local, del cual salía el ruido de música, y risas.

Dafne colocó mejor las solapas del abrigo marrón, mientras pasaba al interior del Deuchther Café. Entró como convino con el Coronel Strieber, por la doble puerta principal. Miró hacia un lado y hacia otro en su interior. Era un local con decorado añejo, que tomaba todo el bajo del edificio. Una barra en esquina al fondo, con sus estanterías bien provistas de alcohol. En las mesas, y en la barra se mezclaban lo mismo soldados que oficiales alemanes. Entre ellos, damas de dudosa reputación, se aunaban increíblemente con

señoritas de buena familia intentando una aventura, y con jóvenes y mayores de todas clases sociales. Pocos o nadie prestó atención a la mujer del abrigo marrón. Pasó entre las mesas envarada, en dirección a la otra puerta del Café.

Ella entre las risas, la música y la humareda de tabaco, y al número de gente que se concentraba en el lugar, no pudo encontrar señal de Strieber. Esperaba que estuviese allí, que no se hubiese olvidado, que...

Se obligó a terminar de recorrer el café más despacio, por si él andaba oculto en alguno de los rincones y no la viese. Pero nada, ningún movimiento fuera de lo común en un bar de ambiente nocturno. Salió por la puerta de la derecha. Si el Coronel no estaba esperándola. ¿Qué iba a hacer?

Allí estaba ella, entrando cuan reina, entre la morralla que llenaba el lugar. Sus andares ligeros, su frente altiva, sus ojos buscándole. Sus ojos de gacela eran color miel. La vio caminar con presteza, aunque los últimos metros fue deliberadamente más despacio. No le vio, oculto tras un grupo de ruidosos soldados, bien cerca de la segunda puerta. Tal como le había indicado, ella salió del Café en dirección al cruce. No esperó más, caminó detrás, apenas a cuatro o cinco metros de distancia.

Entre la gente que entraba y salía de ese café y de los bares adyacentes, podría perderla fácilmente. El cruce, al final de la calle se veía más tranquilo. Desierto más bien, la zona se volvía allí más deprimida, más lejos del bullicio. Ella caminaba derecha, sin mirar a nadie. Sintió el placer de perseguir a la pieza.

Ella llegaba al cruce, él camino más rápido. Aquella zona estaba casi en silencio. Sus botas se hicieron eco unos instantes, ella pareció que iba a girarse, pero Heinrich fue mucho más audaz. Se lanzó hacia ella y la tomó de la cintura, arrastrándola a un pequeño callejón en sombras, mientras le tapaba la boca con la mano. ¡Ah! El placer de cobrar la caza, un juego inocente, pero que hizo que su sangre corriera viva por sus venas cómo hacía años que no sentía.

El corazón de Dafne estuvo a punto de pararse en su pecho, No había aún llegado al cruce, que estaba para su gusto demasiado a oscuras, cuando sintió los pasos de un calzado militar. Ni siquiera pudo volverse para comprobar si era o no el Coronel. Sorprendida, se vio cogida en volandas por la cintura y su boca tapada por una mano grande de largos dedos, con aroma cáustico a tinta de periódico y a colonia de hombre.

Arrastrada a la oscuridad de un callejón, el miedo primario la hizo querer luchar y golpear a su captor, no sabía quién la estaba secuestrando de esa manera tan brutal. Estaba indefensa ante una fuerza muy superior, en esos momentos rogó por que fuera Strieber, y su extraño sentido del humor.

Acorralada de cara contra la pared y el hombre a su espalda, presionándola cada centímetro, estuvo a punto de colapsar. Pero una voz conocida, en tono suave, gutural y susurrante llegó a sus oídos. Su aliento cálido cosquilleó su corto cabello a apenas tres centímetros del lóbulo de su oreja.

—Mmm, fräulein, es usted una pieza demasiado fácil de cobrar. —luego se retiró un poco, no demasiado, la dio la vuelta en sus brazos, dejándola contra su pecho. Ella lo único que veía en esos momentos era el hueco de su mentón bien pronunciado. Olió de nuevo su colonia cara, y sintió el calor de su cuerpo en cada centímetro de su piel.

—¿Es, todo esto necesario, Coronel Strieber? ¿Es una forma, de demostrarme su poder?

Él empezó a reír bajito y bajó su cabeza hasta que sus frentes se tocaron y solo pudieron respirar el aroma del otro.

—Mmm, pequeña desafiante, no. Sólo quería comprobar que no va armada. —Las manos del hombre volvieron a acercarse a la botonadura de su abrigo, abriéndolo con presteza, las manos se introdujeron bajo él, directamente a su cintura. Sus pulgares rozaron el bajo de sus senos. Ella soltó un leve chillido y empujó el pecho masculino con toda la fuerza que fue

capaz, aunque no lo consiguió mover ni un milímetro. Él cejó en su empeño de seguir con su registro y le quitó las manos de encima.

—¡Ni se le ocurra repetir su número de ayer, Herr Coronel! No estoy aquí para jugar con usted a espías. ¡Sólo quiero la documentación, e irme por donde he venido!

Heinrich al fin se separó un palmo de ella. Tenía en sus labios esa media sonrisa malvada, y sus ojos brillaban con diversión. Se metió una mano en el interior de su chaquetón, y sacó un abultado sobre. Se lo alargó a ella, de inmediato Dafne lo agarró para esconderlo en su propio abrigo, pero él no lo soltaba.

—Aquí va todo, son documentos verdaderos, nadie pondrá impedimentos. Que se estudie bien el nombre que le he dado y sus datos. Es para hacerle pasar por un comerciante suizo en viaje de negocios. Lleva además el billete de tren para dentro de un par de días. Además de efectivo necesario, tiene que adquirirle algo de ropa para hacerse pasar por viajante. También búsquele una maleta pequeña para dar más la sensación de veracidad. Lo dejo en sus manos fräulein.

Él al fin soltó el sobre y ella lo ocultó rápidamente en un bolsillo interior del abrigo y se lo abotonó. El Coronel seguía mirándola como un lobo, apenas a veinte centímetros de distancia de su presa.

Cuando estuvo lista intentó zafarse de él, pero una de sus manos volvió a agarrarla por el brazo pero con delicadeza y a acercarse más a su oído.

—¿Cómo está Daylight?—Esta vez su voz era de sincera preocupación.

Dafne suspiró. —Mucho mejor. En dos días no tendrá ningún problema para subirse al tren.

Él sonrió ahora sin malicia, la miró incluso con cierta calidez mientras soltaba despacio su brazo.

—Muchas gracias fräulein. Ahora váyase a casa, y tenga mucho cuidado, no vuelva a meterse en líos.

—¿Es una orden Herr Coronel?

El asintió y ella murmuró un buenas noches mientras salía del callejón como una exhalación.

Heinrich negó para si con la cabeza, se abotonó su abrigo, se metió las manos en los bolsillos, y pensó que haría como la noche anterior, escoltarla sin que ella se diese cuenta, hasta la verja de su casa.

Salió de la oscuridad. Ella era muy rápida, si no se andaba listo, esta vez, Ojos de Gacela, lo despistaría entre la multitud que caminaba por la calle de los cafés.

Tony continuó escondido y casi sin atreverse a respirar. La vio entrar en Deuchther Café, pero no salir, la otra puerta daba a la esquina y no le era visible. Pero después de unos largos minutos ella volvió. Sobre sus pasos, giró en la esquina y zigzagueó entre la gente, hasta llegar a donde él estaba oculto. Tony salió de la oscuridad ante los sobresaltados ojos de Dafne. La tomó del brazo y la instó a seguir andando camino a su casa.

—Me has asustado Tony. — Dijo al fin cuando se alejaron de la bulliciosa calle. — ¿Qué haces siguiéndome?

—No estaba tranquilo. ¿Todo bien?

—Todo bien, pero no tenías que haberte movido de casa. ¡Sólo han pasado tres días!

—Me encuentro perfectamente.

—Correcto que te encuentres bien, pero no es para corretear por ahí de noche, jugando a, jugando a...

Tony rió con ella, susurró. — ¿Jugando a los espías?

—Oh, por favor, no me lo recuerdes. El Coronel Strieber se toma muy en serio este juego también, otra vez quería... —Tony tiró de su brazo y miró hacia atrás.

—Ssst, nos siguen Dafne. Camina, vamos.

Por la larga calle solitaria que enfilaban, solo se escuchaba el retumbar de un calzado militar que les parecía seguir a escasa distancia.

—Corre. A casa.

—Pero... — tiró más de ella, antes de soltar su brazo y darle un ligero empujón al torcer la esquina.

—Mujer, ahora yo doy las órdenes. ¡Corre!

Ella obedeció, maldiciendo a los hombres y a sus mandatos indiscutibles. Corrió todo lo que pudo con sus botines de tacón. Aún estaba a varias manzanas de la seguridad de su verja. Rogó al cielo que fuera sólo otro transeúnte en su misma dirección, y que Tony no corriera ningún peligro. Maldijo de nuevo a todos los hombres déspotas y a la guerra que los reunió.

Le faltaba el aire cuando al fin llegó a la verja trasera de la casa. Se le cayó el manajo de llaves mientras intentaba abrir y mirar a su espalda, por si Tony o alguien más la seguía. Nadie, silencio. Consiguió meter la llave en la cerradura, abrir, traspasar la entrada y cerrar de nuevo tras de sí. Luego cayó de rodillas junto al muro, palpando su abrigo para comprobar que la documentación seguía ahí, rogando que Tony regresara sano y salvo.

CAPÍTULO 11

SI alguien les seguía a ellos o llevaba su mismo camino, no lo sabía.

También podría ser Henry. Solo pensó poner a salvo a Dafne, y esperar a que aquel individuo pasase. No tenía ningún arma. Una vez que cayó hace tres días del camión y se quedó aislado, perdió en algún momento su pistola. Ahora solo tenía sus manos desnudas para enfrentarse a lo que fuese. Estaba entrenado para ello. Más de una vez había tenido que defender de esa manera su vida. Pero el no tener nada con lo que atacar en su poder, le daba franca desventaja.

Error de principiante. Otra vez. Debía haber cogido aunque fuese un cuchillo de cocina, maldita sea. El problema que tenía encima, tener que huir de Berlín, dejar a Henry atrás. Su hermano que, a la vez le estaba facilitando todo los medios para escapar.

Se quedó sin ocultarse, bajo la luz de la farola, ni siquiera llevaba cigarrillos para disimular encendiéndolos. Sea como fuere, era tarde para urdir un plan. Se enfrentaría ahora mismo a lo que fuese. Se dejó caer con un hombro en la farola y cruzó los brazos sobre el pecho. Miró directamente al hombre que se acercaba. Alto, ancho de hombros, vestimenta militar gris y gorra, su graduación estaba oculta. Bajo el abrigo se notaba también la forma de la funda de un arma. La luz de la siguiente farola arrojó destellos dorados de su cabello bajo la gorra, cortado al mínimo.

Diez metros más cerca, la siguiente luz, dio a sus rasgos la luz suficiente para reconocerlo.

Henry.

Mientras se iba acercando Heinrich receló. Pero paso a paso se fue acortando distancias hasta la alta figura echada desgarbada, contra la farola. Parecía esperarle con los brazos a la vista y cruzados sobre un fuerte pecho. Por unos instantes dudó si recurrir al arma que llevaba en su funda bajo el abrigo, pero, ese cabello rizado y algo largo, color de trigo maduro, esos rasgos insolentes, esa sonrisa, sólo podía pertenecer a su hermano.

Tony.

Quedaron frente a frente, separados por escasos tres metros. Henry se había quedado parado, mirándole de hito en hito.

—Seis años. —dijo al fin Tony.

—Seis años, hermano. —ambos hombres cortaron el poco trecho que los separaba fundiéndose en un abrazo fraternal. Y despegándose para mirarse bien a la cara.

—Estás mayor, Henry.

—Tú ya tampoco eres el crío que dejé largarse hacia ninguna parte hace años.

Ambos rieron con cierta amargura, caminaron de nuevo en dirección hacia la cual huyó Dafne.

—Veo que estás ya en forma. —Dijo Henry mientras miraba hacia lo lejos, a donde había escapado supuestamente la joven inglesa.

—No fue tan grave. ¿Nos seguías?

—Quería comprobar que ella llegaba sana y salva a casa. Ayer también lo hice. —Tony le miraba de vez en cuando y asentía. —Debía saber si era quien decía ser, aunque que llevase la cruz que te dejé hace años.

—Sabía que la reconocerías. — Sonrió— Por eso se la di.

—Y ahora, ¿qué? —Preguntó Henry

—Ahora gracias a ti volveré y me pondré en contacto con mis jefes. Tengo, tengo malas noticias, no sé cómo decírtelo suavemente. Durston murió antes de comunicar que tú habías emprendido la misión. Los que tomaron su puesto solo vieron tu renuncia al ejército y que te habías largado de Inglaterra. Creo que el único que sabe tu verdad soy yo. Durston no tuvo tiempo de comunicar a su gabinete sobre ti.

Henry apretó los puños. Debería haberlo adivinado, seis años sin que nadie se pusiese en contacto con él. Eran demasiados.

—Ahora soy un traidor, ¿no?

—Eres una víctima de las circunstancias Henry, yo hablaré con quien haga falta. Tengo testigos que gracias a ti liberamos a Cromwell con mínimo esfuerzo. Además de conseguirme la documentación para salir de aquí.

—Pero tú habrás hablado con tus superiores de esto ya, o me equivoco.

—Sí.

—¿Y?

—Para Inglaterra, ahora... — no encontraba modo suave de decírselo.

—Soy un maldito traidor, no puedo salir de aquí, y si consiguiera, aunque fuese sin ayuda, sería también traidor a Alemania. Me lo están poniendo muy difícil.

—Haré todo lo que esté en mi mano, removeré el cielo y el infierno si hace falta.

—Tengo que volver al frente Tony. Allí esperaré un tiro inmisericorde. En los África-Korps casi lo conseguí. Pero me sacaron de allí y me dejaron con el trasero a salvo en Berlín. Cosas de Tío Rudolf. Ahora mi muerte es mi única salvación.

—¡No hablarás en serio! —ambos hombres se pararon en la entrada al barrio residencial donde estaba la casa de Dafne.

—¿Qué me queda? Ya ni mi honor.

—Resiste, hermano. —Tony le puso una mano en el hombro, sintió su soledad y su derrota, aplastado por las circunstancias, por la guerra. — Volveré a por ti, te sacaré de ésta.

—Si lo crees así. —Henry se encogió de hombros, y luego volvió a alzar su orgullosa cabeza y a mirar hacia la calle. —Vete ya Tony, tu chica debe estar esperándote.

—¿Mi qué? Ah Dafne, la señorita Dafne Sevenstons. —sonrió, —No es mi chica, es mi ángel de la guarda, es más dura aún que la sargento Finch. — Por unos instantes ambos sonrieron, recordando su niñez y a aquella vieja institutriz que los hacía casi desfilar a golpe de palmeta. —Me ha cuidado muy bien, y, tiene un problema.

—¿Cuál? ¿Que se ha enamorado locamente de mi hermanito pequeño? — le sonrió de medio lado.

Tony casi rió y negó con la cabeza. —Tiene su documentación retenida en tu misma oficina. Trabaja para un suizo, un tal Colber, pero ha estado viviendo aquí estos últimos dos años, y ahora que tenía que pasar la frontera, no ha podido hacerlo, y se encuentra sola en Berlín .

Henry asintió. —Me ocuparé que la documentación esté lista mañana

mismo si es posible, como muy tarde el jueves. Que tenga la maleta preparada, saldrá de Berlín poco después que tú.

—Gracias, —se acercó de nuevo a su hermano y le dio un breve pero fuerte abrazo. — prométeme resistir, mantén tu cabeza fría.

—Lo intentaré.

—Si pudieses coger destino en Francia, y hacérmelo saber de alguna manera.

—No hay forma alguna hermano. —Suspiró. —Nadie en los aliados va a fiarse de un Coronel alemán.

—Haré todo lo que...

Henry empujó su hombro en dirección a la casa.

—Vamos, vuelve con la chica y la tranquilizas.

Tony asintió. Parte de sí mismo se desgarraba, mientras caminaba hacia la seguridad de su refugio. No quiso volverse. Sabía que Henry le estaba observando mientras caminaba. Que sólo se iría en el momento que considerase que estaba a buen recaudo.

—Suerte hermano. —susurró para sí, cuando estaba a punto de acceder a la casa, y escuchó vagamente pasos alejándose.

No pudo ni meter la llave en la cerradura, la verja se abrió sorpresivamente ante él. Allí estaba Dafne, con esos ojos grandes extremadamente abiertos y esos labios temblorosos. Con el ruedo de su abrigo manchado de tierra como si hubiese estado arrodillada en el suelo frío.

Ella tiró de él hacia dentro del jardín, echándole los brazos a cuello y le abrazó temblando. Con cuidado y gratamente sorprendido, Tony empujó con el talón la puerta del Jardín para que cerrase.

En apenas unos segundos ella pareció avergonzarse y se apartó despacio. Tony la tomó de los hombros.

—¿Estás bien? ¿Te has caído? Tienes sucio el bajo de tu chaquetón.

Ella miró su ropa sucia de hojas y tierra húmeda.

—No, no, estoy bien. ¿Qué pasó? ¿sabes quién nos seguía?

—Strieber. — Dijo Tony volviéndose para cerrar con llave la verja del jardín y tomando del brazo a Dafne para llevarla al interior de la casa. — Tendrías que haber esperado en casa, hace demasiada humedad aquí. Vamos adentro.

Caminaron hacia la puerta de la cocina, mientras Tony la abría con la llave, Dafne se pasó una mano por los ojos. Entraron y cerraron tras ellos.

—No estaría llorando por mí, ¿no señorita?

—No. —mentía descaradamente, se secó con la manga de nuevo el rostro.

Tony se acercó al fogón para poner a fuego agua en la tetera. —Un poco de té nos vendrá bien.

Ella se quitó el abrigo y lo dejó en un perchero. Se sentó en la silla más cercana.

—¿Qué quería Strieber?

—Saber que llegabas a salvo a casa.

—¿Nada más? —sorprendida, más bien gratamente de que aquel oficial se preocupase por ella. Aunque luego pensó que no le hacía demasiada gracia que ese hombre supiese dónde vivía

—Solo eso. No es tan mal tipo. —Le sonrió mientras se sentaba, el agua

tardaría en hervir unos minutos. — ¿Tienes mis instrucciones?

—Sí. — alargó el brazo sin levantarse de la silla y con algo de esfuerzo sacó el sobre del bolsillo, entregandoselo a Tony. Éste comprobó su contenido. —Debe de estar tu pasaporte, visado, también tiene que haber dinero y un billete de tren.

—Para el jueves a las cinco de la tarde. —lo revisó por delante y por detrás. El fajo de billetes quedó en medio de los dos al caer del sobre.

—El Coronel me dio “órdenes” precisas.

—¿Aparte de intentar registrarte? —preguntó sonriendo.

Ella levantó las manos. —Ah, no me lo recuerdes—prosiguió—mañana tengo orden expresa de salir y de buscarte ropa apropiada eres, —ella tomó el visado, —Konrad Müller, comerciante de ¿menaje de cocina?—rió por lo bajo. — ¿Qué clase de ropa usa un viajante de comercio de cacharros de cocina?

Tony rió con ella. — Algo formal pero no muy estirado supongo.

—Además tengo que comprarte una maleta. Mmm, y pediré algún catálogo de útiles de cocina que tengan en la tienda, seguro que me pueden regalar alguno, para que lo llesves a mano.

—Vaya, señorita Sevenstons, se está volviendo toda una experta en este “oficio”. — Ambos rieron, el agua de la tetera silbó anunciando que ya hervía.

* * *

Dafne se agarraba del brazo de Tony mientras caminaban por la estación Central de Ferrocarril. Quedaba aún media hora para la salida del tren, pero

preferieron llegar con tiempo de sobra. El día anterior, Dafne se encargó de hacer las compras necesarias para el equipaje de Tony, junto a una maleta de piel marrón sencilla. Ahora llevaba un abrigo tres cuartos de color gris medio, bajo él, unos pantalones de lana de calidad media de color gris oscuro, sus botas bien lustradas negras, le habían servido. Bajo el abrigo una chaqueta de tweed de corte clásico, con un jersey azul y una camisa blanca.

También le consiguió una corbata lisa azul marino a bastante buen precio. Le había traído artículos de aseo, un par de mudas de ropa interior de caballero, cosa que la hizo ponerse roja como una amapola mientras la pedía en la tienda. Al igual que otra camisa sencilla pero arreglada, todo ello iba dentro de la maleta. De un bolsillo exterior de ésta sobresalía un catálogo de artículos de menaje de cocina que pidió en una de las tiendas que visitó. Por supuesto, un sombrero bastante a la moda de caballero en tono oscuro, completaban su disfraz.

Ella se puso un abrigo de color marino, que utilizaba en las grandes ocasiones, como pasear los domingos. Había dejado brillantes sus zapatos de tacón negros con hebilla plateada, y consiguió que sus medias de nailon estuviesen impecablemente puestas, con su costura bien derecha, no como cuando se estaba arreglando y a la vez llevando y trayendo a Hans y a Ninette.

Tony tanteaba de vez en cuando su documentación, que llevaba en el bolsillo interior de su nuevo abrigo.

Dafne estaba algo nerviosa, miraba a un lado y a otro, Tony se dio cuenta y apretó la mano de ella que llevaba sobre su brazo.

—Relájate Dafne, ya queda poco, una vez en el tren, y cruzar la frontera es una misma cosa. Además, mi documentación no puede ser más “legal”. — sonrió con complicidad

Siguieron paseando un poco más sobre el andén, se pararon bajo el número de vía, se quedaron frente a frente, Dafne sujetaba con ambas manos

el corto asa de su bolso negro, y miraba la punta de sus pies.

Tony dejó en el suelo, entre ambos su nueva maleta de piel marrón, y se cruzó de brazos.

—Prométeme que recogerás tu documentación mañana a primera hora. Hoy debías de haberla recogido, en vez de andar nerviosa por la casa.

—Lo prometo.

—Y en cuanto la tengas compra el billete de tren. Y llama a tus jefes que te esperen en la estación, y cuando estés allí...

—En cuanto esté allí, escribiré una nota y la enviaré a la dirección del apartado de correo que me has dado, no te preocupes.

—Estupendo, me la harán llegar, esté donde esté, sabré que estás bien.

—No me gustan las despedidas. —dijo ella, aún no había levantado la cabeza, y continuaba con la mirada clavada en la punta lustrosa de sus zapatos de tacón. Quizás en las brillantes hebillas de éstos. Ese gesto lo hacía cada vez que estaba nerviosa.

—A mí tampoco. —Continuaba sujetando sus hombros. —Digámonos solo “hasta luego”, finjamos que mañana, pasado o, el otro, volveremos a vernos, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Y, Dafne, prométeme otra cosa, — ella alzó su mirada color miel hacia él, y le escuchó atentamente con los labios sonrosados ligeramente entreabiertos, labios tan deseables, pensó Tony mientras sacudió un poco la cabeza— prométeme que de vuelta a casa, ni camino a recoger tu documentación, ni al tren, vas a recoger más cachorritos heridos.

Ella entonces rió, llevándose la mano al cuello, aún llevaba allí la

pequeña cruz.

—Prometido. —Hizo ademán de buscar el cierre. —Ay, Tony, la cruz, tengo que devolvértela.

El paró sus manos sujetándolas entre las suyas, y llevándoselas a los labios, deposito pequeños besos en la punta de sus dedos.

—No, guárdala, te protegerá, ya me la devolverás cuando nos veamos de nuevo. Contigo está más segura que conmigo. Yo cualquier día podría perderla, y sé que tú la cuidarás muy bien. ¿Prometido de nuevo?

—Prometido. —dijo mientras asentía nerviosamente con la cabeza, Tony no soltaba sus manos, aunque ya había dejado de besarle los dedos. Por unos instantes se sintió azorada y volvió su vista hacia el otro lado del andén, donde parecía haber algo de revuelo.

La gente que esperaba allí su tren se movía, abriendo paso a un pequeño pelotón de soldados, que empezaron a pararse ante los viajeros de forma aleatoria. Un par de ellos se dirigían justo hacia donde ellos se estaban despidiendo. Por un segundo rogó que pasaran de largo. Pero no. Caminaron directamente hacia ellos, fusil con bayoneta calada al hombro.

Uno de los soldados se paró ante ellos, y habló secamente a Tony.

—¡Documentación!

Tony, con cierta parsimonia, sonrió a Dafne tranquilizador. Con lentitud abrió bien a la vista del soldado su abrigo, acto seguido igual de meticuloso y delicado tomó sus papeles del interior del bolsillo y se los alargó. El segundo soldado en todo momento había sostenido entre sus manos el fusil, en guardia ante cualquier movimiento extraño de Tony.

El primer soldado abrió el pasaporte y pareció estudiarlo.

—Konrad Müller, ¿dónde nació?

—Nací en Lucerna, el diecinueve de agosto de mil novecientos veinte.

—¿Profesión?

—Viajante de comercio.

—Va o vuelve a su país, Herr Müller

—Vuelvo a casa. —respiró hondo, rogando internamente que no pidiesen la documentación a Dafne. Sabía que ésta no tenía consigo más que la cédula de identidad. Tenía que haber insistido en que ella se quedara en casa y él haber llegado sólo a la estación. — ¿Hay algún problema?

—No lo sé, sus documentos son demasiado recientes.

—Viajo mucho. Los había perdido y solicité una copia nueva. ¿Es algo tan extraño?

Dafne había comenzado a ponerse pálida y a temblar casi imperceptiblemente. Estaba pensando lo mismo que él. Si aquellos soldados le pedían sus permisos, apenas llevaba encima su identificación.

Alguien se acercaba a su espalda, debía de ser de rango, puesto que ambos soldados inmediatamente se cuadraron. Una voz profunda y conocida sonó a espaldas de Dafne y Tony.

—¿Algún problema, soldados?

—¡Herr Coronel!, a sus órdenes. No estamos seguros de esta documentación.

Si fuera posible Dafne juraría que aquello no era un milagro, pero le faltaba poco. Strieber estaba a un paso de ellos, con las manos a la espalda, con semblante serio pero parecía relajado, incluso dibujaba una pequeña media sonrisa en su rostro adusto y atractivo. Era la primera vez que Dafne lo veía con luz natural. Tony pegó a Dafne a su costado y Heinrich dio un paso

más cerca de los soldados, rodeándolos a ambos.

Strieber ni les miró, alargó la mano hacia el soldado y éste le entregó el pasaporte, por unos instantes la observó con detenimiento.

—Soldado, no veo ninguna irregularidad.

—Son demasiado nuevos.

—Por supuesto que son nuevos, y en ellos veo el sello de mi oficina y mi propia firma. — Dobló los documentos y se los entregó a Tony. —Creo recordar que Herr Müller se pasó hace un par de días por mi despacho, perdió parte de su documentación en su viaje a Berlín, y una vez hecha las debidas comprobaciones, yo mismo extendí y firmé el visado de salida. No hay problema. Soldados, sigan con su trabajo. —el tono del Coronel Strieber no admitía réplica. Ambos soldados se cuadraron y se dieron media vuelta en busca de otro pasajero al que solicitar la documentación.

El Coronel se tocó el ala de su gorro militar con cierta familiaridad tras el gesto marcial, miró a los ojos de Tony unos segundos y luego se llevó la mano al pecho mientras inclinaba apenas un segundo su orgullosa cabeza hacia Dafne, que lo miraba con los ojos muy abiertos.

Preciosos Ojos de Gacela. A la luz del día parecían aun mas dorados, pensó Heinrich. Se dio media vuelta y se dirigió satisfecho de sí mismo hacia la salida de la estación.

Dafne sintió la acerada mirada del Coronel alemán traspasando hasta sus huesos. No era normal como la miraban aquellos ojos grises y tormentosos. Ella suspiró quedamente mientras lo veía alejarse entre la multitud. Tenía un porte regio, la gente le abría paso nada más sentir su presencia. En la oscuridad las dos veces anteriores apenas vislumbró sus facciones, pero ahora las había bebido con fruición. Tenía el rostro tallado como en piedra. Anguloso, fuerte, atractivo, parecía quizás frío en su expresión, pero sus ojos grises claros decían otra cosa. Ocultaban la fuerza de una tempestad. Y ella

había sentido parte de esa electricidad cuando dos noches atrás la tuvo presa entre sus brazos, jugando con ella, y había recorrido con sus manos calientes su cuerpo bajo el abrigo. Registrándole o acariciándola.

Dafne sacudió la cabeza alejándose de donde iban sus propios pensamientos, y miró a Tony a los ojos.

—Todo ha pasado, pequeña. El tren va a partir. Tengo ya que subir.

Dafne se abrazó a su cuello y besó suavemente su mejilla. Tony devolvió cariñosamente el gesto.

Desde la lejanía, Strieber no pudo discernir si ese beso era en los labios o no. Apretó fuerte los puños, y se obligó a seguir su camino saliendo de la Estación Central. Unos metros más allá se paró. Observando el ir y venir de la gente.

Minutos después volvió a pasar por su lado. Sus grandes ojos color miel, Ojos de Gacela. Sus andares de pasitos cortos y rápidos, con aquellos zapatos de tacón y esas medias con costura trasera que dibujaban tan hermosos sus tobillos y el inicio de sus pantorrillas bien formadas. Ocultándose bajo el abrigo azul marino. ¿Qué habría entre ella y Tony? ¿Qué más secretos tendría la señorita Sevenstons?

Durante el camino de vuelta a casa, Dafne acariciaba la pequeña cruz de su cuello. Había despedido desde el andén a Tony, sonriendo. Cuando el tren no fue más que un punto en el horizonte entre las vías, ella había salido rápido. Quería llegar a casa antes que anocheciera, llevaba demasiados sobresaltos los últimos días. Esa noche dejaría la maleta preparada a los pies de su cama. Mañana recogería su documentación, y compraría el billete, si tenía suerte, ese mismo día podría irse a Suiza, como mucho tardar, al día siguiente el primer tren que partiera hacia ese destino.

Iba tan ensimismada que ni siquiera se dio cuenta que el Coronel Strieber estaba a pocos metros observándola. Pasó a su lado sin percatarse. En su

camino hacia Governer Garden. Seguramente el matrimonio que cuidaba la casa de los Colber estaría allí en esos instantes. Ella misma les había telefonado diciéndoles que seguramente se iría al día siguiente, y que tenía que dejarles las llaves y las instrucciones finales. Esa noche el anciano matrimonio se quedaría a dormir, para hacerse cargo de todo por la mañana, si ella tenía que irse temprano.

* * *

El Coronel Strieber aún no había vuelto de su reunión. Sin embargo, las órdenes desde la Central habían llegado precisas, una lista de nombres, de los cuales, había que buscar los expedientes, y los datos precisos de su localización en Berlín, distrito, calle, número...

El joven pelirrojo Frieber bajó de inmediato a los archivos a buscar todo lo que le habían solicitado. En apenas una hora iban a pasar a buscar la información, y él no quería fallarle al Coronel Strieber. Ser su secretario era un buen trabajo para un chico como él, que siempre, debido a su físico aniñado y algo obeso, era el centro de burlas de compañeros y en ocasiones hasta de sus jefes. Sin embargo Strieber lo trataba con respeto, le daba órdenes precisas, y le hacía trabajar lo suyo, sí, pero lo hacía bien a gusto. Hubiese caminado por las brasas del infierno si su Coronel se lo ordenase. En apenas semana y media había recibido mejor trato por parte de este jefe, que en el año que llevaba sirviendo allí cómo secretario.

Una vez buscada la información, subió de nuevo al despacho de la primera planta. Las cinco, y el Coronel aún no habían vuelto. Pero las órdenes eran sencillas. Buscar expedientes, pasar a máquina nombres y direcciones y entregarlos a quien viniese a buscarlo sobre las cinco y media.

Llamó al despacho del Coronel, por si éste había llegado, aún con las carpetas bajo el brazo. Abrió la puerta y no, no estaba. En esos mismos instantes, sonó el teléfono directo del despacho, se acercó a la mesa del

Coronel Strieber y dejó allí las carpetas mientras atendía el teléfono.

Una vez que colgó tomó las carpetas, una de ellas se había deslizado del montón, la cogió y la añadió a las restantes. Se las llevó a su mesa para pasar a máquina la lista de veinticinco o veintiséis personas que le habían pedido. La lista escrita a lápiz, había quedado casi ininteligible arrugada en su bolsillo. Bueno, fue meticoloso y puso una cruz en cada nombre cada vez que sacaba una carpeta del archivo.

Apenas veinte minutos después metía en una carpeta la lista hecha con los nombres perfecta y limpiamente escritos en un folio a doble espacio y por triplicado, usando papel carbón, y los entregaba al oficial que enviaron desde la Central de Detenciones a buscarlo.

Satisfecho por el trabajo rápido y bien hecho, Frieber se relajó en su silla. Apenas pudo dos minutos seguidos, puesto que el Coronel abrió la puerta sorpresivamente, y Frieber casi cae su silla levantándose rápido para cuadrarse ante él.

—Descanse cabo. — Pasó a su lado mientras el chico bajaba la mano del saludo, puso una mano en el pomo de la puerta de su despacho. — ¿Alguna novedad mientras estaba ausente?

—Señor, sí señor, Una orden de la Central de detenciones pidiendo datos de una lista de personas. Yo me he encargado de bajar por los expedientes y pasarlo a máquina.

Strieber sin abrir aún la puerta agachó la cabeza con aire de cansado. El Centro de detenciones. Sabía muy bien lo que esto significaba, esa misma noche todos y cada uno de los que estuviesen en esa lista serían sacados de sus camas hacia un destino, bastante incierto.

—¿Dónde está la lista? —preguntó alzando la cabeza con un mal presentimiento.

—Señor, acaban de venir a buscarla de la central. Pero he hecho copia por

triplicado, como usted siempre pide, para quedarnos con una.

El Coronel asintió, el chico a pesar de su porte desaliñado, era eficaz, y sólo había que darle instrucciones una vez. Seguía al pie de la letra la más mínima de sus indicaciones, como si fuesen dichas por la boca del mismísimo Führer. —Tráemela. —Ordenó, mientras entraba en su despacho, dejando la puerta abierta para que pasase su secretario sin tener que llamar.

Cansado, se acercó a su mesa. Aquel día fue movido. Mantuvo una reunión junto a su tío Rudolf, general ya, en la reserva, pero con mucho peso en el ejército, que había sido a las doce de la mañana. Y ese día temiendo cualquier problema para Tony, también necesitaba estar en la estación antes de las cinco. Como al final había ocurrido, su llegada había sido providencial para que no molestasen a su hermano y pudiese tomar ese bendito tren. La reunión parecía que no iba a terminar nunca, y cuando dieron las cuatro y todo el mundo se levantó de la silla, apenas se despidió de nadie y aduciendo mucho trabajo en la oficina, corrió escaleras abajo hacia un taxi que lo acercase a la estación de trenes.

Tanto fue así, que ni había recordado bajar al archivo la documentación de los Colber, entre las cuales había estado buscando algún dato más de la inglesa. Miró por su mesa, y no encontró la carpeta amarilla. De nuevo el tirón en las tripas, el mal presentimiento. Miró por el suelo.

—¡Frieber! —rugió. El chico recién entraba por las puertas y casi salta del susto al no esperarlo.

Se rehízo y tironeó de su camisa y su corbata, que ahora le parecían demasiado ajustada al cuello al joven soldado. —Se... Señor.

—Aquí había una carpeta, ¿dónde está? —Por momentos su voz sonó baja y amenazante.

—Se-señor no recuerdo. —oh, ahora si recordaba. Había entrado a comprobar si su superior estaba, y entonces sonó el teléfono. Una carpeta

pareció caída del montón. Por momentos estaba enrojeciendo más, si eso era posible. Volvió a tironear del cuello de su camisa, clavado a un paso de la puerta.

—Frieber, inténtelo. —consiguió que esta vez su voz sonara más tranquila, poner nervioso al chico no iba a hacer que recordara mejor.

—Señor, discúlpeme, pero yo, —Se acercó dos pasos más con la lista apretada en sus manos. —entré en su despacho para comprobar si usted estaba, entonces sonó el teléfono y lo atendí desde aquí, mientras tanto, — otra pausa para coger aire que necesitabas para no infartarse—dejé las carpetas subidas del archivo, en su mesa, luego, me las lleve todas.

—Deme la lista Frieber, ¡rápido!

El pelirrojo casi tropezó y estuvo a punto de caer de rodillas a los pies de Heinrich que cogió casi al vuelo la lista, y la leyó ávidamente.

Maldita sea, al final del todo, allí estaba Colber, Distrito Governer Garden, calle...

Sin decir media palabra cogió su abrigo y su gorra y dejó a Frieber a medio camino de un ataque al corazón.

Directamente a la Estación Central de Detenciones.

CAPÍTULO 12

TOMÓ casi al asalto el primer taxi que vio al salir de sus oficinas. Por suerte estaba libre, si no, habría sido capaz de sacar a sus ocupantes a patadas si hubiera hecho falta. Casi le ladró al taxista la dirección del Centro de Detenciones, y el hombre arrancó rápidamente exhortado por Heinrich a que se diese prisa.

Aún así tuvieron que sortear bastante tráfico y tardaron más de media hora en llegar a su destino. Ordenó al taxista que esperase mientras el corría de nuevo atravesando las puertas y dejando atónitos a los soldados de guardia de la puerta.

Sin embargo, nada más entrar aquello le pareció demasiado tranquilo a Heinrich. Subió directamente al despacho del Mayor Kinner, tuvo que esperar que el hombre terminase una llamada de teléfono bastante larga, mientras paseaba nervioso de punta a punta del despacho de la oficial secretaria del Mayor.

Cuando al fin pudo hablar con él y explicarle el problema, éste le informó que, aunque la documentación había pasado por sus manos, la SS se había hecho cargo de todo en esos momentos. Ellos sólo se habían encargado de buscar los expedientes de sospechosos o de denuncias. Seguramente la SS se encargaría esa misma noche de las detenciones. En la Estación Central puede ser que recibieran algún detenido, pero no todos.

Heinrich agradeció la información, y salió corriendo de nuevo hacia la salida, donde le esperaba, con cara de asustado, el viejo taxista.

Una vez dentro le indicó la dirección de la central de las SS, y rogó que pudiese encontrar a Dietrich. La noche avanzaba demasiado rápido y esa tarde de jueves parecía haber puesto a todo el mundo de acuerdo para entorpecer el tráfico, debería cruzar toda la ciudad.

El taxista hacía todo lo que podía mientras Heinrich se agarraba al asiento casi con los nudillos en blanco. No bien aparcó el coche el taxista, le tiró un puñado bien grande de billetes al hombre en el asiento de al lado.

—Espere media hora, si no he salido puede marcharse, Si no, tendremos otra carrera que hacer. —El hombre apenas asintió mientras lo veía adentrarse en el Cuartel. Esta vez no pudo entrar igual que en la estación Central, dos guardias armados le impidieron la entrada.

—¡Coronel!—saludaron los soldados, cuadrándose.—Discúlpenos, no podemos dejarle pasar si no es con una orden.

—Necesito hablar con el Coronel Dietrich.

Tras los soldados había muchísima actividad en el patio al menos una docena de jeeps y varios camiones cubiertos estaban siendo puestos en marcha, y subían a ellos soldados y oficiales, por suerte para él, Dietrich estaba dando órdenes en el patio. Al ver el extraño movimiento en la puerta y que otro oficial superior intentaba entrar en sus dominios, se acercó a comprobar que sucedía.

—Strieber ¿Qué haces aquí?

Heinrich apretó los ojos, los soldados le dejaron paso abierto mientras Dietrich se acercaba adelantando la mano para dársela.

—¿A dónde os dirigís?

Kurt Dietrich rió y levantó ambas manos—Ah, Strieber, es secreto.

—Coronel, somos amigos, y si te hago esta pregunta es por algo grave.

Dietrich le hizo pasar y le pasó un brazo sobre los hombros, era un poco más alto que Heinrich, tenía el cabello oscuro, unas facciones algo grandes, atractivas. Pero una cicatriz antigua que le cruzaba desde el mentón hasta bajo su ojo izquierdo sin rozarle le daba un aire muy viril. Le apartó de los oídos de los soldados que custodiaban la puerta.

—Tenemos una lista de personas que esta noche estarán siendo interrogadas entre aquí y la Central. No puedo decirte más. Trabajo rutinario.

—Sí, pero en mi oficina ha sucedido un error. No estaba yo presente cuando llegaron las órdenes de buscar los datos que se necesitaban de estos individuos. Por lo visto una carpeta que no estaba en la lista, se mezcló con las que se habían solicitado. Mi secretario me explicó el problema a mi llegada.

—¿Qué nombre?

—Colber .

Dietrich hizo una señal a uno de los soldados que estaba ya montado en el jeep, éste bajó y trajo una carpeta en sus manos, Se cuadró ante ambos. Dietrich tomó la lista y la leyó.

—Si no tienen nada que ocultar. Sólo se trata de un registro y una comprobación de documentación, si hay algún fallo o algún indicio, seguramente pasará la noche o un par de días siendo interrogado. Poco más, si no hay ninguna sospecha, saldrá de ésta.

—Colber no está ahora en Berlín, es Suizo y está en su país. Pero mi preocupación es por una persona que trabaja en esa casa.

—¿Una chica? Dietrich palmeó el hombro de su amigo con sorna. —

Vaya, vaya, me lo tenías escondido.

—Es inglesa.

—Mala cosa, —admitió Dietrich—después de la fuga de ese inglés hace menos de una semana... que esa es otra, he recibido un rapapolvo por ello. En vez de trasladarlo a aquel calabozo de tu oficina, ¡tendría que haberlo mandado a fusilar antes! Solo por falta de espacio y que no había nadie con conocimiento de idiomas, en fin. —suspiró contrariado. —Tenemos órdenes de detener cualquier inglés en territorio alemán o que resulte sospechoso, o de investigar quién puede estar dando cobertura a acciones así. Me temo que tu “novia” acabe en un calabozo, y por más tiempo de un par de días.

—¿Qué puedo hacer?

—Las órdenes no van a ser cambiadas, el registro hay que hacerlo. Pero si Colber no está, no lo van a detener. —Dietrich miraba alrededor, buscando a alguien. — ¡Teniente Bauer!

Bauer era un joven delgado y alto, teniente recién ascendido a las órdenes de Dietrich desde hacía pocos días. Se cuadró ante ellos— ¡Señor!

—Bauer, creo que es su primera misión de registro y detención.

—Si señor. ¡Pero aprendo rápido, Señor!

—Te encargas del pelotón seis. Registraréis la casa de Colber en el Distrito Gover... —releyó—Government.

El joven hinchó su pecho orgulloso.— ¡Si, Señor!

—El Coronel Strieber te acompañará en calidad de observador, pero estás a sus órdenes.

El pecho de Bauer se desinfló un poco. —Sí Señor.

—Vaya a su jeep y espere allí, comuníquese a sus compañeros. Ah, aparte de nosotros que no trascienda Bauer. Confió plenamente en usted. — Bauer sonrió orgulloso. —Se volvió a cuadrar antes de volver hacia su jeep.

—Heinrich, esta noche mi misión es supervisar, no saldré de este cuartel. Lo único que puedo hacer por ti, ya lo he hecho. Deja que los chicos hagan el registro, y vigila a la chica por si tiene problemas. De todas maneras a quien tienen que detener es a Colber, ni siquiera recordaran el nombre ni su cara mañana por la mañana. Ah, y toma esto, —se sacó su brazalete de las SS y se lo pasó a su amigo. Heinrich procedió a ajustárselo rápidamente en su brazo. —Pasarás inadvertido y no te harán preguntas.

—Gracias Dietrich, no olvidaré esto.

—Agradécelo con un par de jarras de cerveza negra. Vete ya y “rescata a la dama”, seguro que este gesto te hará ganar muchos puntos en la cama de la chica. —Dietrich palmeó la espalda de Heinrich y se alejó riéndose a carcajadas de su ocurrencia.

Heinrich saltó al jeep, y apenas hizo un gesto a los cuatro hombres que lo ocupaban, le habían dejado libre el asiento del copiloto, seguramente le saludaron todos marcialmente, pero Heinrich apenas les hizo caso, solo ordenó que arrancasen de inmediato. Aún no se atrevía a respirar tranquilo. Por todos los infiernos, ya eran casi las nueve de la noche. Llevaba tres horas de un lado a otro y ni se había percatado de como pasaba el tiempo. Un pequeño camión los siguió, con otro par de hombres montados.

Ahora le tocaba decidir qué hacer con la inglesa, cuando la tuviese bajo su custodia. Porque allí, no podía dejarla, una vez que se diesen cuenta de la ubicación de una persona de su nacionalidad, un día u otro, volverían a por ella. Seguramente más pronto que tarde.

Heinrich dejó hacer al teniente su trabajo. Él tampoco estaba habituado a esos menesteres. El joven Bauer, dio las órdenes con voz algo insegura, queriendo ante todo parecer profesional y curtido.

—Vamos, llamen para que les abran. —ordenó el teniente a dos de sus hombres.

Heinrich pensó que estando sola en casa, el susto que le iban a dar a la joven iba a ser mayúsculo, ojalá pudiese ahorrárselo. Había creído que podía impedir el registro de alguna manera horas antes. Si hubiera sabido que eso no podría ser, y que el asalto iba a llevarse a cabo de todas maneras, hubiese ido a sacarla en persona aunque fuese a la fuerza, Cuando llegasen a buscar algo o a alguien, ya hubiese estado a buen recaudo

Ahora a esperar a que la joven bajase o aquellos soldados tirarían seguramente la puerta abajo. El pelotón de seis soldados con el joven teniente Bauer al frente golpeaba y gritaban en la puerta en nombre de las SS y Heinrich con los brazos cruzados observó en su retaguardia.

Como sorpresa para Heinrich, una pareja de ancianos ya en camisón les abría la puerta, casi fueron empujados al interior mientras los soldados preguntaban a gritos por Alfred Colber . Entraron todos en tropel con las armas cortas preparadas. Heinrich suspiró, abrumado por tanta inútil violencia, y les siguió adentrándose en la casa.

El joven teniente gritaba a apenas dos palmos de la cara del abrumado matrimonio que apenas balbuceaba quedamente que los Colber no se encontraban en ese momento en Berlín.

—¿Quién más hay en la casa?

La anciana, agarrada al brazo de su marido, casi tartamudeó al responder.

—Sólo estamos nosotros y una institutriz.

Bauer siguió ladrando órdenes. Dos soldados habían subido directamente al primer piso, dos estaban de guardia junto a la puerta y otros dos habían iniciado el registro de la planta baja, en la que estaban ahora.

—Quédense aquí. Terminaremos el registro y nos iremos. Si volviesen

los Colber tienen la obligación de avisar a la policía. Si por cualquier motivo, encontramos en el registro a Colber en esta casa, los detendremos también a ustedes por encubrirlos. —ambos ancianos asintieron nerviosos y asustados.

Heinrich miró hacia el piso de arriba, en cualquier momento aparecerían los soldados custodiando a la joven, entonces él se haría cargo de ella. Se acercó al matrimonio mayor.

—¿Un teléfono?

El anciano le indicó el despacho que estaba a pocos metros de vestíbulo. Heinrich se dirigió allí. Entró, lo tomó y marcó el número de su casa. El chófer tendría que traerle el coche para llevarse a la señorita Sevenstons a su casa.

Además de darle a Glöckmer instrucciones para atender a su “invitada”.

* * *

—Despierta Bella Durmiente.

Dafne apenas sintió chirriar la puerta de su dormitorio, pero abrió los ojos cuando ésta golpeó la pared con fuerza, fue como si le dieran la indicación de que algo no iba bien.

Segundos después alguien la cegó con una potente linterna, y un peso hundió la cama a su costado.

Dafne quiso gritar, pero la voz se le atascó en la garganta, como en un mal sueño. Alguien la estaba apuntando con aquella luz, y le tironeaba de las ropas de su cama, arrojándolas por los pies del colchón. Dos voces masculinas desconocidas, con acento de los barrios bajos.

—Muy guapa, ¿a ti que te parece?

—Quítale el camisón y te doy mi opinión. —rió groseramente.

—Enciende la luz estúpido. —El otro alcanzó la llave de la luz en ese instante. Sus asaltantes, ahora tuvieron el rostro de dos soldados rasos.

—Debía de vigilar. —dijo el más lejano, el que había encendido la luz.

—Ni te molestes, los jefes nunca suben a ensuciarse las manos, ven aquí y sujétala.

Dafne intentó de nuevo gritar pero el soldado más cercano apretó una mano sudorosa contra su boca, impidiéndole ni hablar y casi ni respirar. Se debatió, pero otra mano de hierro la empujaba contra el colchón. Pronto fueron cuatro las manos sobre su cuerpo, arrancándole a jirones el camisón que llevaba.

Cómo en una pesadilla de la que no podía huir, Dafne se sintió indefensa y sus ojos se llenaron de lágrimas de impotencia. A ambos hombres les rodeaba una nube de alcohol barato.

—Démonos prisa. —El más audaz ya estaba sobre ella, entre sus piernas desnudas, arrancándole las braguitas, arrojando el cinturón con su pistolera. Se desabotonaba el pantalón con torpeza. —Amigo hemos tenido suerte, es una preciosidad.

Dafne atrapada, cerró con fuera los ojos, se repetía para sí, “*no es real, es una pesadilla*”, su mente lo repetía como una letanía. El golpe de un casco al rodar desde la cama al suelo, la devolvió a la realidad.

Se retorció, queriendo cerrar las piernas, intento con todas sus fuerzas zafarse, pero el segundo soldado sujetaba sus manos y la impedía gritar.

Aún así intentaba incorporarse y patalear, lo único que consiguió fue que él que estaba entre sus muslos la golpeará con saña con el puño cerrado en el estómago, que se quedó sin respiración por segundos, pero no tuvo la suerte de perder la consciencia.

Alguien más apareció en la puerta del dormitorio. El soldado que sujetaba las manos y la boca de Dafne la soltó para incorporarse y cuadrarse ante el recién llegado.

El otro siguió sujetándola de las caderas contra la cama. Respiraba agitadamente mientras tironeaba de su propia ropa interior para desnudarse.

La voz grave de Heinrich resonó en toda la habitación.

—¡Soldados, salgan inmediatamente de aquí, y formen abajo! —La cara de Heinrich era una máscara de piedra, su mano se fue directamente a el arma que llevaba en su funda del cinturón, apartando en un gesto rápido su abrigo largo.

El soldado. Excitado, no hizo el menor caso, apretando el seno desnudo de Dafne dolorosamente— Vamos Coronel, únase a la fiesta. No es más que una zorra cualquiera.

—¡Obedezca soldado, no lo repetiré más! —Heinrich desenfundó su arma y apuntó directamente al insubordinado.

Éste, a regañadientes se bajó de la cama, abotonándose sus pantalones grises a toda prisa. Dafne libre de su peso, tironeó de las sábanas para cubrir su desnudez.

Heinrich no bajó la guardia, siguió apuntándole. El segundo soldado continuaba en posición de firme, si querer excitar más la ira del Coronel. Le hizo a este un gesto con la cabeza para que se alejase de la cama. El otro seguía arreglándose el uniforme. Se agachó a recoger su casco, su pistola había caído junto a él. De improviso, desde su posición, alzó la vista hacia el Coronel.

Heinrich no tuvo tiempo ni de pensar.

El soldado se volvió de pronto, apuntando con su arma entre los ojos de

Dafne.

—! Usted tampoco podrá disfru...

Un corto ruido de detonación, seguido por el olor acre de la pólvora. El soldado cayó como un peso inerte al lado de la cama, la pistola que segundo antes sostenía, se deslizó sobre las piernas desnudas de Dafne, tan fría como su dueño. Luego volvió a resbalar al suelo cuando ella saltó asustada.

En ese momento Dafne con los ojos abiertos como platos, quiso gritar, llorar, hacer algo. Solo podía intentar respirar, le faltaba el aire. El corazón le latía vertiginosamente, y la habitación parecía darle vueltas.

Miró al hombre que yacía muerto bocabajo sobre la alfombra de su dormitorio, sobre un cada vez mayor charco de sangre, luego alzó los ojos al recién llegado que la había salvado. En ese momento le reconoció. El Coronel Strieber.

Algunos soldados más aparecieron tras él en la puerta, Strieber, con tranquilidad guardó su arma en la funda.

Bauer al frente se quedó parado ante la escena. Completamente anonadado

—¡Mi Coronel! ¿Qué ha pasado?

Strieber tiró de su abrigo como si no hubiese pasado nada y se lo ajustó con toda tranquilidad.

—Este soldado no acató mis órdenes y llegó a sacar su arma, amenazándome. —dos soldados le rodearon y comprobaron que estaba efectivamente, muerto. Nadie hizo más caso de Dafne, que seguía temblando bajo la sábana. —Sáquenlo de aquí. Llame inmediatamente al Coronel Dietrich y cuénteles el incidente. Si necesita un informe, que se ponga en contacto conmigo. —Luego miró al soldado que había sido cómplice del intento de violación. —Este soldado es testigo, él intentó desarmarlo. Es un

héroe. —Mintió como un bellaco, pero el otro hombre se puso en posición de firmes, asintiendo imperceptiblemente hacia el Coronel Strieber. Así se aseguraba la colaboración, por esa pequeña mentira, seguramente, aquel inútil, conseguiría un maldito ascenso. Y por su parte una recomendación para que lo enviaran a primera línea en el frente.

Heinrich observó cómo sacaban al muerto entre dos cabos. El compañero les siguió a paso marcial, llevando el arma y el casco del caído.

—Salga, teniente Bauer, por favor llame al cuartel y hable directamente con el Coronel Dietrich. Yo me encargaré de la mujer.

El teniente le saludó, y salió sin mediar palabra Heinrich cerró la puerta tras ellos y esperó un poco a que se alejasen. Evaluó los daños con una mirada. Ella agarraba con fuerza las sábanas que apenas ocultaban la desnudez de sus curvas femeninas. Tenía sus grandes ojos cómo a punto de desbordar un torrente de lágrimas. El cabello rizado y corto se alborotaba alrededor de su cara cómo un halo. Sus labios parecían aun temblorosos.

—¿Necesita un médico?

Ella negó con la cabeza, el color volvía a su cara, tanto que estaba poniéndose poco a poco roja de la vergüenza.

Heinrich, volviéndose de espaldas, se quedó mirando a la puerta cerrada, no quiso hacerla sentir mas avergonzada, sabía que estaba desnuda bajo la sábana. Apenas había podido vislumbrar su cuerpo suave y pleno cuando entró, y vio a aquel cabrón montado en la cama y sobre ella y a punto de... No. Había llegado a tiempo, gracias a los cielos, y a su buen oído. Enlazó sus manos a la espalda.

—Fräulein, le ruego me disculpe, por la indisciplina de mis hombres. Vístase de inmediato, y recoja su equipaje. En breve mandaré a una persona que la escoltará personalmente a un sitio seguro.

Luego, llevó la mano al pomo de la puerta para salir. Sintió como el

colchón gimió cuando ella cambió de posición, inquieta, su voz sonó firme, a pesar de las circunstancias.

—Disculpe... —Heinrich agarró el pomo de la puerta con fuerza, escuchándola, pero no abrió aun. Tampoco hizo por volverse a mirarla. —Por favor, ¿dónde dice que me llevan?

—Fräulein, a sitio seguro. No necesita saber nada más, y dése prisa.

No tenía ganas de darle ahora explicaciones, aún no sabía las consecuencias que le aportaría haber disparado y matado a uno de los soldados. Aunque el otro recluta estuviese de su parte. Tendría que dar más de una explicación por todo lo ocurrido. Aunque no tuviese la culpa, la insubordinación y el intento de ataque a una mujer indefensa era un delito grave, él estaba en una posición que no debía de haber asumido esa noche. Ya tendría tiempo de hablar con ella mañana.

—Pero señor... —ella parecía recuperar, completamente y rápido sus facultades pensantes, por lo visto.

Heinrich ya no se paró abrió la puerta con fuerza.

—Fräulein, aquí yo doy las órdenes. Rápido. Vístase y prepárese. —Salió y cerró tras él, dejándola sola en su habitación. Luego bajó rápido los escalones, los soldados habían terminado el registro del edificio, y ya estaban fuera de él. Bauer estaba abajo de las escaleras, esperándole, bastante rígido e incómodo.

—¿Teniente?

—Mi Coronel, acabo de usar el teléfono para comunicarme con el Coronel Dietrich. Le he dado mi versión de lo sucedido, que es muy vaga. El Coronel Dietrich está aún al aparato, quiere hablar con usted.

—Está bien, Teniente Bauer, ha hecho lo correcto, salga afuera y tranquilice a los soldados. Espere unos minutos, no sé si tendré que ir con

ustedes, o... Bien, Salga ya.

Bauer se cuadró y se fue en dirección a la puerta. Heinrich echó un vistazo al recibidor. Bajo el arco de la escalera estaban sentados el anciano matrimonio, el hombre acomodaba la toquilla que cubría el camión de la anciana. Ésta parecía bastante afectada, después de lo ocurrido. Seguramente escucharon el disparo, y visto bajar el cadáver del soldado, y estaban preguntándose por la institutriz.

—Señores, —ambos ancianos casi dieron un salto, no se esperaban que un Coronel se dirigiese a ellos. —la señorita se encuentra bien. En breve vendrá mi chófer a recogerla, les ruego le indiquen su dormitorio.

Sin más dilación se dirigió al estudio donde estaba el aparato de teléfono, cerró la puerta tras de sí y tomó el receptor, respiró hondo.

—¿Dietrich?, aquí Strieber.

—Joder, Heinrich, ¿qué coño ha pasado? He tenido a Bauer balbuceando no sé qué de una insubordinación, uno de sus soldados muertos, y que tú, le habías disparado porque ¿te había intentado atacar?

—Culpa mía. Le dije que te informara. Tendría que ser yo el primero que te diese la noticia. —respiró hondo. Al otro lado del teléfono Kurt se removió inquieto y expectante.

—Se hizo todo de rutina Dietrich, se llamó a la puerta, nos abrieron y se distribuyeron los soldados en pareja, dos a la planta baja y dos a la alta, quedando dos en la puerta de guardia, y Bauer dio correctamente las órdenes. Cometí el error de no subir en persona a buscar a la chica. No quería intervenir tampoco, ni meterme en el trabajo de Bauer que estaba con el procedimiento rutinario. Pensé que los soldados que subieron arriba, bajarían con la chica en unos minutos para unirla a los otros dos criados que nos abrieron la puerta. —Tomó de nuevo aire. —Pedí el teléfono y mientras tanto llamé a mi chófer para que se acercara a recoger a Dafne. Le di la dirección y

las instrucciones. Salí de nuevo esperando que ella ya estaría abajo, pero no. Escuché un ruido extraño arriba y subí corriendo las escaleras. Cuando llegué uno de los soldados estaba intentando violarla. Le ordené que parase y bajase abajo. Me obedeció a medias, se bajó de la cama y cogió su pistola, apuntándola a ella gritando incoherencias. El compañero intentó detenerlo, pero yo me adelanté y disparé a la frente del imbécil. Ahora tienes un soldado muerto en el camión.

Dietrich suspiró, seguramente a diario se encontraría con problemas similares o peores. Éste era otro más para él, un informe, que seguramente ni miraría el estrato superior, sobre todo porque era un simple soldado raso, un don nadie, venido de los bajos fondos. Y el que había disparado un Coronel condecorado en batalla.

—¿Cómo está tu chica, Heinrich?

—Bien, llegue a tiempo, solo le habían quitado el camisón, está asustada, pero perfectamente.

—Bueno, te necesito esta noche aquí en mi cuartel, haré el papeleo mientras llegas. Tendrás que firmar los informes que yo emita.

—Correcto, Coronel. Allí me tendrás en breve.

—Bien Heinrich, cuelgo y me pongo a ello.

—Hasta luego.

Heinrich colgó el aparato y abriendo la puerta salió del estudio. Sacó sus guantes de piel del abrigo y se los puso. Sentía la frialdad que siempre le quedaba cuando tenía que quitar la vida a otra persona, antes habían sido anónimos. En batalla, cuando aún no tenía tan alta graduación. Luego, al ir ganando galones, lo habían alejado más y más del frente mismo. Ahora él daba las órdenes, y los soldados obedecían y se movían como piezas de ajedrez en el gran tablero de la guerra.

Llevaba demasiado tiempo sin disparar. Y a menos de cinco metros. Mirando fijamente a los ojos del otro. Solo le eximía algo de culpa que era por salvar a una persona inocente, que había quedado en medio, desarmada e indefensa. Había actuado en nombre de la víctima. Quizás, le debió disparar a una pierna, o al brazo. Pero aun así, el soldado también habría podido apretar el gatillo de su pistola, llevándose por delante la vida de la chica. Tenía el arma apuntando apenas a dos centímetros entre sus ojos hermosos y asustados. Y la frente del soldado, era el único tiro certero y de muerte inmediata, que le impediría apretar el gatillo en su último segundo y asesinar a la joven.

Heinrich vio cómo su chófer bajaba la escalera, con un par de maletas, y detrás de él a su joven inglesa. Se había puesto su abrigo azul marino. Había conseguido en breve tiempo estar más que presentable. Incluso con sus zapatos de tacón y su sombrero a juego. Cómo el día anterior, que la contempló en la estación, abrazando y besando a Tony.

Su chófer le hizo un saludo breve con la cabeza, Heinrich asintió. El hombre enfiló hacia la puerta con su carga. Dafne apenas hizo un gesto de despedida a los dos criados. Estos no hicieron ademán alguno. Ella siguió a su empleado. Heinrich salió tras ambos. Cerró la puerta de la pequeña mansión detrás de él. El conductor metió las maletas en el vehículo Volkswagen. Seguidamente le abrió la puerta para que montase. Le cerraron la portezuela y los grandes ojos de Dafne se clavaron interminables segundos en Heinrich. Una mirada llena de interrogantes. Una mano pequeña y demasiado blanca se agarraba a la puerta. Heinrich la miró hasta que el coche desapareció calle abajo.

Ahora al cuartel a terminar el asunto de aquella larga noche, con Dietrich.

Ah, señorita Sevenstons, en qué problemas me meterás ahora, pensó.

CAPÍTULO 13

DAFNE se dejó caer en los asientos de piel negra que tapizaba el coche y se frotó las sienes. Indecisa si preguntar algo o no, al chófer, que silencioso, continuaba su camino. Éste simplemente había subido minutos antes a su habitación, llamó a la puerta, y la había pedido, amablemente, con su gorra de plato puesta en su brazo, que la acompañase hasta el coche que la estaba esperando. El hombre a pesar de ser bastante mayor, y cojeaba un poco, era bastante fornido, tomó ambas maletas de Dafne e inició la bajada por las escaleras. Dafne agarró su bolso y lo siguió.

Abajo, el Coronel Heinrich Strieber no apartó de ella su mirada acerada mientras bajaba. Su semblante no emitía emoción alguna. No sabía si estaba serio, disgustado, o simplemente contemplaba que sus órdenes estaban siendo seguidas al pie de la letra.

Miró hacia los criados antes de salir por la puerta, pero ni Marta ni Carles Sokem hicieron ningún gesto hacia ella. Parecían lastimosamente aterrados. Salió en silencio por la puerta principal, hacía un destino incierto. Aunque no estuviese siendo introducida en un vehículo militar, era buena señal, supuso. Guardaron su equipaje y le abrieron con ceremonia la puerta. Y con sus ojos grises clavados en ella todo el tiempo, el Coronel Strieber. No le apartó su mirada hasta que el coche viró y ella le perdió de vista.

Pero el no saber hacía donde la llevaban la estaba matando. Tomó una inspiración y miró al chófer a través del espejo retrovisor.

—Discúlpeme, señor. ¿Hacia dónde nos dirigimos? —rogó que el hombre fuera amable y no siguiese las estrictas normas de silencio y “haz lo que te ordeno” de Strieber.

—Charlottenburg. Fräulein, Schatten Way, número siete.

—Si no le importa, ¿qué hay en Schatten Way, siete?

—El domicilio particular del Coronel Heinrich Strieber, Fräulein.

Dafne se hundió un poco más en el mullido asiento. ¿A qué demonios venía eso de sacarla de su casa a media noche? ¿No habían terminado el registro? ¿Que se hubieran marchado y dejado en paz! Se hubiese dado una ducha, hubiese arreglado su habitación, y al menos al día siguiente por la mañana habría ido a escape por su documentación. ¡Su documentación! Strieber estaba a cargo de los visados. ¿Habría algún impedimento en su documentación y por eso se la había llevado en custodia? ¿Pero a su domicilio particular? ¿Por qué no a la policía hasta que aclarase todo? El proceder del Coronel no era normal. Ah, pero por lo visto, él no volvería hasta pasadas unas horas a su casa, había quedado junto a los soldados.

¿Qué pretendería que hiciese ella hasta que llegase? ¿La dejaría sentada en una silla, bien derecha, esperando su siguiente orden? Arregló su falda, alisándola con desespero. El no saber nada era lo peor. Si al menos le hubiese dado la más mínima explicación. Pero no, *¡Yo doy las órdenes aquí!* Y todo el mundo a callar y a obedecer.

Dos columnas estilo neo-clásico de mármol blanco vetado en gris franqueaban las puertas del hogar del Coronel Heinrich Strieber. Poco antes había traspasado unas verjas de hierro forjado negro, y un alto muro de piedra blanca tallada cómo ladrillos desiguales, encajados. Había una delicada pendiente de entrada hasta la misma puerta principal. Allí, no bien hubo parado el motor, y el chófer saltaba del coche y le abría la portezuela, con una leve reverencia para que descendiese del coche.

De las puertas dobles se abrieron una de las hojas y en ellas otro criado, supuso, completamente uniformado estaba ya esperándola. Ella subió tres perfectos anchos escalones de mármol jaspeado. El criado, que ella supuso que hacía las funciones de mayordomo, se inclinó igualmente con una corta y elegante reverencia, dejándola pasar al interior. Tras ella, el conductor cargaba con las maletas.

—Fräulein Sevenstons, soy Glöckmer. Si es tan amable de seguirme, por orden de Herr Strieber le hemos preparado su habitación.

Dafne asintió, al fin de todo, el coronel Strieber no la iba a dejar esperando sentada en la silla más dura de su casa. Y que casa, era una antigua mansión, con muebles clásicos y caros, bien cuidados, suelos gris jaspeado. El recibidor era enorme. Hacia la derecha parecía abrirse más, cómo hacia la zona noble de día. A la izquierda se cerraba en un par de puertas, que daba el aspecto de pertenecer a la zona de servicio. Ante ella una escalera ancha con pasamanos de madera lustrosa y oscura, igualmente con escalones en el mismo gris claro jaspeado. Subió por ella tras Glöckmer.

Directamente terminaba la escalera en un arco franqueado por dos columnas iguales que las de la entrada, solo que de menor tamaño, que daban acceso a un pasillo tan ancho como la escalera. Al fondo un tremendo ventanal que de día daría la luz necesaria, y una escalera de caracol de forja que ascendía a lo que supuso el desván. En la pared pequeñas lámparas de apliques de color bronce. Las paredes enteladas en color gris neutro. En el pasillo cuatro únicas puertas. Llegaron a la segunda de la derecha. Glöckmer la abrió ceremoniosamente y le hizo un gesto para que pasara.

Las luces estaban encendidas. La habitación tenía dos tonos destacados, la madera color miel, y los tapizados en tono celeste cremoso. Una amplia cama con respaldar muy labrado. Dos ventanas, altas, una a cada lado de la cama. Dio unos pasos dentro. Su equipaje fue dejado ordenado en un banco de madera largo e igualmente tapizado. El chófer murmuró las buenas noches y desapareció. Glöckmer carraspeó.

—Las dos puertas de la izquierda dan a un baño completo y a un vestidor. La puerta de su derecha—señaló a una doble toda esculpida en bajorrelieve con hojas de castaño en color igualmente miel. —da al dormitorio principal. Esta permanecerá cerrada.

Dafne lo contemplaba todo con los ojos muy abiertos. ¿Dormitorio principal? ¿No había en aquella casa un discreto dormitorio de invitados?

—Si no necesita nada de mí, Fräulein Sevenstons la dejaré descansar y me retiraré. Si lo desea, la avisaremos a las siete y media de la mañana, el desayuno lo toma Herr Strieber a las ocho.

Dafne asintió como una autómatas algo abrumada por la información y sin saber qué y cómo preguntar al adusto criado. Éste, con otra reverencia, se retiró. Cerrando tras él la maciza puerta. Se quedó un rato sopesando su suerte. Por lo visto Herr Strieber no era un simple Coronel más. Debía de provenir de familia adinerada. Aquella mansión lo gritaba a cada palmo. Y eso que apenas había visto la entrada, las escaleras y ese magnífico dormitorio que le habían asignado. Recorrió la estancia respirando hondo y profundamente.

¿Estaba a salvo? ¿Debería estar tranquila y al día siguiente preguntar directamente al Coronel que es lo que pasaba allí? ¿Por qué demonios no le habían dado cualquier habitación de invitados en vez de una de las principales? ¿Qué pretendía aquel hombre? Dafne se sentó en la cómoda cama y tres segundos después se dejó caer hacia atrás abriendo los brazos.

Hasta esa misma noche no supo lo fuerte que era ella misma. No tanto física, sino ante las desgracias. Tenía imágenes en la cabeza de lo que le había estado a punto de ocurrir. Incluso la sangre en el suelo de su habitación no se teñía color rojo en su memoria era color gris. Todo había sido gris durante unos minutos. Hasta después de haber bajado aquellas escaleras siguiendo al chófer con sus maletas. Todo gris(9). Aunque lo único que sabía que era realmente gris eran los ojos de Strieber.

Quizás debía hacer uso del baño y darse una ducha. Sí, eso, necesitaba limpiar su piel del recuerdo de las manos de los dos soldados. Y después, ¿qué? ¿Vestirse y esperar la llegada al Coronel? ¿Esperar a la hora del desayuno?

El único contacto tenido con ese hombre noches atrás. Había sido de lo más desesperante. Negó con la cabeza, no sabía cómo pudiese reaccionar Strieber si no se atenían sus órdenes. Y por lo visto eran quedarse dentro de esa habitación toda la noche y bajar a desayunar a las ocho.

La ducha la relajó algo, quizás estuvo bajo ella media hora o incluso más. Se secó en una esponjosa y enorme toalla, que la envolvía casi de la cabeza a los pies. El cuarto de baño todo era de mármol blanco, salvo una delicada cenefa de loza tallada, formando arabesco en tono celeste. Igualmente en ese tono era el marco del espejo, las cortinas de baño y la de la pequeña ventana alargada y estrecha con cristal opaco. Estaba provisto con lo básico, gel, champú, pasta de dientes, cepillos para el cabello, cepillo de dientes. Todo nuevo, dentro de sus paquetes de papel brillante y con el nombre del fabricante. Ella tenía sus propios cepillos y aparte del gel, dejó todo lo demás dentro de un cajón de un mueble de puerta de espejo. Tomó su propio neceser y arregló su cabello. Tendría que esperar a que secase antes de dormir.

No había podido resistir la tentación de meter la cabeza bajo la ducha. Necesitaba una limpieza completa y exhaustiva. Toda su piel estaba enrojecida del calor y de lo fuerte que se frotó con la esponja. Por un momento notó su extraño comportamiento, y ella misma se obligó a parar. Demasiado le había ocurrido en pocas horas, como para no volverse momentáneamente loca.

Envuelta en la toalla salió a buscar que ponerse, aún estaba indecisa entre el camisón o vestirse formalmente para hablar con el Coronel en cuanto llegase. El sonido de una puerta al cerrarse la hizo decidirse. Escuchó voces quedas en el vestíbulo. Si no se equivocaba Strieber había llegado.

Rápidamente arrojó la toalla al lavamanos del cuarto de baño y se puso a escape la ropa interior, no encontraba la combinación, y no le daba tiempo a calzarse unas medias, pero se abrochó con rapidez una blusa blanca, a la que dejó sin hacer el lazo que la cerraba y se puso la primera falda que sacó de la maleta, una azul larga y de tubo. No bien se la puso cuando tomó los zapatos que había dejado caer al lado de la cama y los tomó en la mano.

Tenía que hablar con él antes que subiese a dormir. Aun se oía las voces en el vestíbulo cuando abrió suavemente la puerta de su dormitorio y se deslizó descalza por el pasillo.

Se asomó a lo alto de la escalera, justo cuando Glöckmer hacía su pequeña reverencia con la cabeza y se iba dando la vuelta para salir por el lado del vestíbulo que ella antes supuso la zona de servicio.

Strieber no subió. Caminó directamente hacia el lado contrario del criado. Ella bajó, aún descalza, y alcanzó el final de la escalera con los zapatos en la mano. A tiempo de ver como el Coronel abría una de las puertas. El pisar el último escalón y que uno de sus zapatos se deslizase de sus dedos fue una sola cosa.

Heinrich se volvió hacia el sonido sordo de un objeto al caer. Para su sorpresa, su inglesa, sin calzar y con el cabello húmedo, aunque vestida con cierta formalidad con una camisa que no había terminado de abrochar y una sugerente falda azul larga que abrazaba hasta la última curva, estaba allí, mirándole con sus ojos de gacela. Aunque su rostro apenas movió un músculo se sintió demasiado gratamente sorprendido ante la imagen informal, fijándose hasta el último detalle que sus pies estaban desnudos, y no llevaba puesta medias en ese instante. La tentación descalza, vestida con dos piezas de ropa en su oscuro vestíbulo.

—Tendría que estar ya en su cama. ¿Qué hace aquí?

En ese momento ante el sonido cortante de la voz ronca del Coronel se oyó como cuando ella reñía a uno de sus pupilos cogidos en una travesura. Se

agachó a recoger sus zapatos, y a ponérselos. No le miró cuando le contestó. No se atrevía. Vestido con su uniforme, y en su propio territorio le hizo sentir ciertamente intimidada.

—Necesito hablar con usted Herr Coronel. —su voz salió queda, y suplicante.

Heinrich suspiró, No había tenido aún bastante esa noche. Su cupo de trabajo no estaba completo. Después de una hora completando informes y firmando papeles con Dietrich, pensó que llegar a casa y tomarse una copa de coñac y relajarse un rato en un sillón, iba a ser todo lo que le quedaría para cerrar el día. Pero no, ahí estaba su inglesa, haciendo de las suyas. ¿Esa mujer no sabía obedecer ni la más simple orden de irse a la cama y dormir?

Entró en el salón y no la esperó, simplemente se fue quitando la guerrera y dejándola caer en una silla, luego deshizo el nudo de la corbata y ésta cayó al suelo mientras el caminaba hacia el mueble bar. No la miró, pero sabía que ella había llegado a la puerta por el repiqueteo de sus tacones. ¿Se atrevería a entrar tras él?

Vamos que si se atrevió, cuando se volvió con una copa de coñac en la mano ella cerraba la puerta y caminaba por el suelo alfombrado, se agachó un instante a recoger su corbata del suelo y la alisó, dejándola sobre la guerrera de Heinrich. El cabello húmedo y natural le quedaba incluso mejor que cuando lo peinaba para que estuviese más a la moda. Cortos pero preciosos rizos rebotaron alrededor de su cara cuando se incorporaba.

—¿Una copa Fräulein Sevenstons?

—No acostumbro a beber Herr Strieber. —Ella acariciaba aún el tejido de la fina corbata, para quitarle una mínima arruga imaginaria. Sobre todo para evitar su penetrante mirada color de acero.

—Yo tampoco, pero esta noche todo me empuja a ello.

Ella no habló se quedó allí parada, de pie ante la silla, acariciando la

corbata. ¿A la señorita institutriz sabelotodo no le salían las palabras? Interesante. Tres pasos más, y Heinrich se arrellanó en el sillón más cercano.

—¿Qué más necesita de mi persona esta noche, Fräulein?

Dafne intentó ignorar el sarcasmo de las palabras del coronel. Había vuelto a sonreír de medio lado, su sonrisa malvada. Lo supo casi sin mirarle a la cara. Tenía que preguntárselo. Ahora mismo.

—¿Por qué estoy en su casa, Herr coronel?

Heinrich por un instante acarició la gran copa en la que había dejado caer apenas un dedo de coñac, lo mareó, girándolo un poco para que tomase calidez en sus manos. Estas, de la frialdad de horas antes, se volvieron, esos últimos minutos, demasiado cálidas.

—Heinrich —dijo él, luego la contempló levantar algo confusa su mirada, a través del diáfano cristal de su copa— deje a un lado el tratamiento. En mi casa y para mis invitados, soy Heinrich. Ni Coronel. Ni Strieber. Ni Señor. —bajó la copa y dejó descansar sus manos en los reposa-brazos del sillón.

Ella callaba. Indecisa de como seguir. Él señaló el sofá.

—Siéntese Dafne, ya que tenemos que hablar, tan buena es esta hora, como otra, puestos a ello.

Dafne cruzó la sala y se sentó con las piernas muy juntas, la espalda bien recta y las manos sobre el regazo. Unas manos que no estaban relajadas, A su pesar se retorcían tensas.

—Dafne, míreme. —ella tardó unos cuatro o cinco segundos en obedecer. Parecía obstinada en mirarse la punta de sus zapatos de tacón como si ellos fueran la cosa más interesante del universo.

Al fin alzó la vista. Eran un cúmulo de emociones. Eran dos ventanas enormes abiertas a su alma. Ahora lo supo. Por eso no le miraba

directamente, porque, de alguna manera, ella sabía que se podría leer en sus ojos.

Y él vio miedo. Y él vio soledad. Y él vio, además, esperanza,

Con sus dos primeras emociones estaba demasiado familiarizado. El miedo y la soledad habían sido sus compañeros perpetuos desde hacía años, la soledad, incluso antes de llegar a aceptar aquella absurda misión que le había arrojado directamente, a una noche interminable.

Pero con la esperanza no sabía lidiar. Él no sabía ya que era eso.

—No tiene nada que temer, Dafne. —suspiró. —Usted apenas me conoce. Pero le prometo que no soy ningún desalmado. Aquí nadie va a hacerle daño. Que estos pasados días “jugase” un instante con usted, no es motivo para que esté así de tensa. No sabía quién era usted en ese momento. Ahora lo sé, aunque no sepa quién soy yo. —Ni él mismo últimamente sabía quién era. —Pero aquí es usted mi invitada y está segura.

Ella asintió. En los tormentosos ojos del coronel, al fondo vio sinceridad. Detrás de otras emociones como la desesperanza. Quizás esa era la mirada de un soldado, de un hombre que había visto la muerte demasiado de cerca, y que, él mismo había sido el vehículo para la muerte de otros. No retiró ni bajó más su mirada. Se la sostuvo valientemente. Por instantes algo desconcertada, pero luego más tranquila, sintiéndose extrañamente segura, a pesar de la máscara de frialdad de ese atractivo rostro.

—Y, —dijo valientemente. — ¿Qué debo esperar de usted exactamente, Heinrich?

Ella deliberadamente había pronunciado despacio su nombre, como si lo paladease, y lo degustase. Sostuvo valientemente su mirada. Era tozuda e insistente. Heinrich sonrió interiormente. Si, así era ella, una formal y recatada institutriz por fuera, y una mujer valiente y obstinada por dentro.

Ah, cuanto trabajo le debía de costar a esa mujer mantener su verdadero y

valiente yo, bajo la careta de anodina timidez en su día a día.

Las circunstancias de su vida seguramente la habían obligado a esconder esa vena terca y ese carácter fuerte y decidido, y ciertamente audaz, para ser más agradable a sus potenciales jefes. Una institutriz, debía de parecer recta y juiciosa, tener una pátina de solemnidad y cierta elegancia. Tener dotes de mando frente a sus pupilos, pero para sus contratantes debía ser otra criada más, ser sumisa a sus órdenes. Y seguro que eso es lo que llevaba peor, esa pequeña valiente a tantos kilómetros de su tierra natal, y tan sola como él.

Esta vez la sonrió abiertamente. Hacía demasiado tiempo que no sonreía de verdad ante otro semejante.

—Aparte de lo que usted conoce, poco más le puedo contar, Dafne, por su seguridad. — Suspiró—Lo comprende, ¿verdad?

Era verdaderamente guapo cuando sonreía. —Por mi seguridad, claro está. —Esas mismas palabras que usaba Tony para no contarle nada de nada.

—Aquí, en este inmenso tablero de ajedrez que es la guerra, todos tenemos un papel asignado, unos son peones, otros alfiles.

—Torres, caballos, reina, rey, etcétera, si, lo imagino.

—Además de que, aunque no lo parezca, yo soy un simple peón de juego.

—Si usted, con sus galones, es un simple peón, no sé dónde me dejarán a mí. —dijo con cierta sorna.

—Ah—rió un poco por lo bajo—Usted no tendría que estar en el tablero, Dafne. Está aquí por accidente. Me encantaría ser caballeroso y decirle que usted es la “reina” de la partida, pero...

—No seré nada, pero creo que he sabido proteger uno de los peones del juego unas cuantas noches atrás. —enderezó aún más sus hombros y, elevó, altiva su mentón.

—Si, hizo las funciones de la reina, protegió a una pieza de las más importantes, pero ahora he de sacarla del juego.

—¿Cómo? —su voz tembló un poco.

—Tendré su documentación a punto, si no la tengo ya en estos momentos. Conseguiré un pasaje en tren e iré a Suiza, si es posible en veinticuatro horas. Yo mismo la montaré en el tren, le daré una palmada en la espalda, y le diré adiós con mi pañuelo.

La imagen mental del adusto Heinrich con todos sus galones, despidiéndole a pie de andén, agitando el pañuelo le hizo arrancar una risita corta primero, que se fue alargando hasta volverse una carcajada histérica de la cual no podía parar, casi se dejó caer en el sofá, sin poder parar de reír. Con la imagen de Heinrich apenado, moviendo arriba y abajo el pañuelo. Se llevó las manos a los ojos riendo, de estos salieron lágrimas de risa primero, pero de pronto sonó una especie de “clic” en el cerebro que le trocó la risa en llanto, haciéndola encogerse sobre sí misma, y temblar violentamente.

Ahora no pudo parar de llorar. Eran demasiadas cosas en demasiadas pocas horas. Por fin se había roto todas sus emociones y habían fluido como una cascada de lágrimas calientes por sus ojos. Su cuerpo se agitaba con temblores horribles, y pasaba del frío al calor en segundos.

Heinrich reconoció los síntomas de un shock. Había visto hombres como castillos derrumbarse de igual manera después de pasar una situación de combate. Saltó de su sillón apenas dejando, la ya vacía copa, caer al suelo sin romperse sobre la alfombra y cruzó los pasos que le separaban de ella para sentarse a su lado y tomarla en sus brazos, y ofrecerle consuelo y seguridad.

—Ssst, Dafne, ya ha pasado todo, no tiene que preocuparse de nada. Está a mi cargo, bajo mi protección, yo me encargo de todo a partir de ahora. — ella no se apartó de sus brazos, si no que se agarró a la pechera de su camisa con fuerza. Tanto que salto algún botón y cayó rodando por su falda azul hasta el suelo.

A los hombres que caían en este estado, se les dejaba solos, después de hacer que tragan una buena cantidad de algo alcohólico bien fuerte. Pero la imagen de darle un trago de coñac a Dafne no le pareció lo más correcto. Lo natural era abrazarla, y besar sus rizos perfumados, y quizás acariciar su espalda grácil. Consolarla con palabras bonitas, suaves, hasta que se relajase, hasta que se calmase, hasta que dejase de correr lágrimas por sus hermosos ojos, ahora enrojecidos. Y luego llevarla a la cama, y hacerla gemir de placer toda la noche.

Y Heinrich se quedó allí quieto, con la imagen mental de ella entregada y desnuda en su cama, martirizándolo. Pero, caballerosamente, continuó envolviéndola con sus brazos protectores. Aunque no besó su cabello, ni se atrevió a acariciar su grácil espalda.

Tampoco le dijo otra palabra de consuelo. Ni siquiera se atrevía a respirar por no molestarla, no quería que el más mínimo roce la hiciese creer que él buscaba algo más que consolarla como un amigo. Después de lo pasado esta noche con aquel imbécil soldado, que luego confesó el otro cómplice que los dos habían estado bebiendo a escondidas para infundirse valor, él no iba a tocarla de forma carnal por nada del mundo.

En pocos minutos las lágrimas fueron remitiendo, igual que los temblores. Se fue quedando muy quieta, hipando un poco de vez en cuando, cómo cuando un niño llora largo rato. Él, poco a poco se decidió a bajar sus brazos e ir separándose con movimientos lentos.

—¿Mejor, Dafne?

Ella volvía a estar avergonzada. Miraba de nuevo la punta de sus zapatos. Esos zapatos negros con una diminuta hebilla plateada. Asintió con la cabeza.

Él se levantó y le alargó la mano con medida elegancia.

—No tiene que avergonzarse de nada. Ha sufrido mucho en estas horas. Ahora, va a obedecer, y va a subir a su dormitorio. Se meterá en la cama y

dormiré tranquila. Aquí nada le ocurrirá.

Ella aceptó al fin su mano y él la ayudó a levantarse. La tomó del codo, guiándola hasta la puerta, apagando la luz al salir. Igualmente la acompañó escaleras arriba hasta la misma puerta de su dormitorio.

Caballerosamente, tal y como le había enseñado a hacer ante una dama, le abrió la puerta, y se retiró dos pasos para que ella entrase. Ella balbuceó un buenas noches. Asintiendo también hizo lo mismo y cerró la puerta. Luego caminó los veinte pasos que le separaban de la puerta siguiente, que era la de su dormitorio. Abrió, entró y cerró. Luego se dejó caer con la espalda sobre la madera y la cabeza se hundió en su pecho.

Tenía que sacarla lo más pronto posible de su casa y de Alemania si era posible. Tony la estaría esperando en algún lugar de Suiza, o del mundo. Estaría esperando quizás una carta de ella. Una carta de, ¿amigos?, ¿de enamorados? ¿de amantes?

Haría lo que era su deber, y volvería a sumirse en su gris vida. Buscaría un puesto en el frente, y rogaría por una bala o una mina liberadora, pusiese fin a toda su angustia.

CAPÍTULO 14

DAFNE despertó bien entrada la mañana. Después de acostarse tan agotada, y realmente sintiéndose segura en aquel dormitorio, en aquella casa, consiguió dormir. Nadie subió a las siete y media, como ella supuso que harían, para que bajase a desayunar en compañía del coronel. De Heinrich, como él le había dicho que lo llamase. Era su invitada. Y por lo visto sus invitados estaban exentos, al menos la primera mañana, de desayunar con su anfitrión.

Se levantó despacio. Le dolía el cuerpo. A la luz del día se coló a raudales por su ventana cuando la abrió, notó un moretón en su muñeca. Caminó hacia el baño y se quitó el camisón ante el espejo. Tenía algunos arañazos en los brazos, nada profundos, un par de moretones más por los antebrazos, y entre sus muslos. Los apretó con aprehensión. Si no hubiese sido por la intervención de Strieber, de Heinrich...

Se quedó parada unos instantes, se apoyó en el lavabo, dejando hundir unos segundos su cabeza sobre el pecho, y luego alzando la vista para ver sus propios ojos en el espejo devolverle una mirada interrogante. ¿Qué hacía el Coronel Heinrich Strieber en un registro? ¿No era un oficial en un puesto de documentación?

¿Qué pasaba allí?

* * *

Heinrich terminaba de recibir otro abultado montón de correspondencia y se disponía a ir abriéndolos, cuando el teléfono sonó, sacándolo de sus sombríos pensamientos. Escuchó como Frieber contestaba, y acto seguido apenas tres segundos después sonaba él de su mesa.

Lo cogió con cierta inquietud, temiendo que Dafne hubiese hecho algo así cómo intentar marcharse de su casa. Dejó claras órdenes al respecto. Que se le dejase dormir tanto como quisiese. Y cuando bajase, dependiendo de la hora y a su gusto, le sirviesen desayuno, almuerzo o cena. Y sobre todo, que todas las puertas y ventanas sobre todo del primer piso, así como la verja exterior estuviesen vigiladas o cerradas con llave. Glöckmer no hizo comentario al respecto, se limitó a asentir y a garantizar que se seguirían sus órdenes al pie de la letra. También dejó dicho que si la joven se encontraba mal o suponía algún problema por querer salir de la casa, él fuese inmediatamente informado.

El teléfono había dado su tercer "ring" cuando lo levantó.

—Aquí Strieber.

Para su alivio, la voz de Dietrich fue la que sonó al otro lado del hilo telefónico.

—¿Heinrich? Aquí Kurt—su voz sonó divertida— ¿Cómo ha despertado la palomita que sacaste del nido anoche? ¿Feliz y satisfecha entre tus sábanas?—Dietrich rió fuerte— ¡Espero que tú también lo estés!, y que su agradecimiento haya sido el culpable de que tu voz suene así esta mañana.

Heinrich puso los ojos en blanco.

—Más o menos. Pero no por lo que tú crees. Sufrió una crisis de pánico cuando llegué a casa.

—Pero para consolarla, luego la llevarías a la cama, y... —rió de nuevo.

—Por supuesto, por supuesto, terminó en la cama. —pero en la habitación de al lado, a escasos metros de distancia, maldito fuera su sentido del honor. —Venga Dietrich, ya está bien de reírte a mi costa. ¿Hay algún problema con lo del soldado?

—No, llamaba para tranquilizarte. Una insubordinación no es tolerada. Si no le hubieses disparado, de todas formas se hubiese enfrentado a un pelotón de fusilamiento. Tú sólo ahorraste tiempo, juicio, y unas cuantas balas.

—Está bien, muchas gracias. — No se sentía especialmente orgulloso de ello, pero...

—Ah, ¿recibiste ya las últimas órdenes?

Heinrich contempló el voluminoso sobre marrón que estaba a punto de abrir. Con sus sellos oficiales y su lacre.

—Las tengo en las manos, pero aún no las he leído

—Pues repásalas atentamente que a tu despacho le afectan directamente. Ningún visado por ahora. Acabamos de cerrar las fronteras. Debe de estar cociéndose algo, o los últimos incidentes, como el del puñetero inglés que se desapareció la semana pasada, quien sabe. Los de arriba han hecho lo correcto. Cierre completo de fronteras hasta nueva orden.

—Ya. —su voz sonó lejana, mientras apoyaba el auricular entre su oído y el hombro y abría rápidamente el sobre con las órdenes. Las repasó por encima, Dietrich estaba en lo cierto. Fronteras cerradas. Toque de queda a partir de las diez. —Sí, las estoy leyendo.

—Eh, Strieber, pareces muy perdido, ¿ocurre algo?

—No nada, nada. — ¿Nada? ¿Cómo iba a sacarla del país, como le prometió anoche? Estas órdenes cambiaban todos sus planes de meter en un tren, camino de Suiza a un problema llamado Dafne Sevenstons.

—Aún me debes un par de jarras de cerveza. —Continuó Dietrich. — Pero imagino que tu palomita te tendrá muy ocupado con su arrullo, ahora que lo tienes en casa.

—Si, si muy ocupado. —otra vez su voz sonó como a kilómetros de distancia.

—Eh, amigo, ¿qué te pasa?, oye, ¿nos vemos en unas tres horas y comemos?

Heinrich recuperó el hilo de la conversación, dándose una sacudida mental. —Por supuesto, ¿dónde?

—Paso a por ti, venga cuelgo y nos vemos después.

—De acuerdo, bien, hasta ahora.

Heinrich dejó caer un segundo el auricular, luego llamó a casa. Glöckmer le dijo que ella aún no había bajado. Heinrich reiteró la orden de que fuese bien atendida, y que si había algún problema le llamasen. Volvió a releer las órdenes que habían quedado sobre la mesa encima del sobre rasgado.

* * *

—¿Está mi sobrino en la oficina?

Tras la puerta de su despacho, la voz inconfundible de Rudolf Strieber atronó como una tempestad del mar del norte. Ni siquiera escuchó a su secretario contestar. El pobre chico seguramente se habría caído de su asiento del susto, o iría camino de su segundo infarto en dos días. Heinrich negó con la cabeza. Si tío Rudolf se presentaba así en su despacho, es que se avecinaba algo peor que una tormenta.

Se levantó rápido, para no darle tiempo a seguir apabullando a su infeliz

secretario, y no bien giró el pomo y lo abrió para sí, la corpulenta figura de Rudolf Strieber se dibujaba ya en el marco.

En los últimos años Rudolf no había ganado en arrugas, pero sí en peso, su ascensión a general pero de inteligencia, y una vida más que sedentaria, habían hecho engordar al hombre.

—Mi General. —saludó, cuadrándose ante su tío. Rudolf le puso una mano en el hombro y le empujó levemente hacia atrás para que le dejase entrar.

Una vez dentro, le hizo un gesto hacia la puerta y Heinrich la cerró.

—¿Qué demonio de incidente ha llegado esta misma mañana a mis oídos, protagonizado por ti, un soldado que acabó muerto, y una chica desconocida?

Heinrich señaló su propio sillón ofreciéndolo al general.

—¿No quiere tomar asiento, señor?

—¡Déjate de formalismos y contesta muchacho! —Tío Rudolf seguía hablándole como a un jovencuelo, a pesar de tener treinta y cinco años, y casi tantas medallas como el anciano. —Me sentaré aquí mismo. —Se dejó caer en una de las dos sillas que estaban ante su mesa de despacho. Heinrich se metió las manos en los bolsillos y caminó hacia la única ventana. Se sentó en el alféizar y se cruzó de brazos.

—¿Y bien? —el viejo se impacienta, pensó Heinrich.

—Tío, fue un problema de esta oficina. Cuando pidieron la documentación necesaria para ciertos registros que iban a llevar a cabo desde el centro de detenciones, yo no estaba aquí. Mi secretario se encargó de buscar los datos. Pero por accidente, unió a ese grupo el nombre de un civil que no estaba entre los sospechosos.

—¿Y bien? ¿Informaste a la Central, no? ¿A qué personarte tú en el

registro?

Tendría que decirle la verdad. Al menos parte de ella.

—Conozco a la mujer que también se vio involucrada. Trabaja allí.

—¿Y qué? Si el registro no iba a su nombre, no tenías por qué estar allí, por mucho que conocieses a esa criada.

—No es una criada, es institutriz, y, —preparado para soltar la bomba en tres, dos, uno, suspiro largo. —es inglesa.

Rudolf se quedó mirando fijamente de cabeza a pies a su sobrino.

—¿Inglesa? ¿Estás enredado con una institutriz inglesa?

—Bueno, — ¿enredado? tendría que adornar un poco aquello para que resultase creíble. —la conocí cuando arreglaba sus documentación, una cosa llevó a la otra, y...

—Está bien, está bien, —Rudolf alzó las manos en señal de paz. — Comprendo que eres joven, y si la chica es guapa, y está sola, pues nada, eres libre. Hasta pase que es inglesa, uno no puede controlar hasta ese extremo sus apetitos por las hembras para desecharlas por nacionalidades, supongo. ¡Pero aún no me explico lo del soldado muerto!

—A eso iba. La explicación es sencilla. Dafne no tenía consigo su documentación, si se la pedían iba a acabar en un calabozo, y eso sería por mi culpa doblemente, por no haber controlado la lista a tiempo por no estar aquí, y en segundo lugar, tenía su documentación preparada, pero como quería dársela personalmente... —hizo una pausa y sonrió de medio lado a su tío,— ya me entiendes, ¿no?—Rudolf asintió. —Ella estaba indocumentada también por mi culpa.

—Ya de acuerdo, no quisiste que ella pasara un mal rato. ¿Y el soldado?

—El soldado era uno de los del registro. Puesto que yo no acostumbro a hacer ese trabajo, dejé al pelotón al que acompañaba trabajar. Suponía que la pondrían junto a los demás criados de la casa, mientras terminaban las pesquisas. Llamé mientras tanto al chófer para que se acercase a recogernos, y por lo visto los soldados que subieron arriba, la encontraron en la cama. Y estaban lo suficientemente borrachos para intentar montarse una fiesta con ella. Escuché algo raro, subí, el soldado se me encaró por interrumpirle, y acabó con un tiro en la cabeza, y Dafne camino de mi casa, puesto que no quería que pasase más disgustos aquella noche.

Rudolf meditó unos momentos, palmeó la mesa del despacho.

—Está bien sobrino, entiendo. Comprendo que viste a la chica en apuros, incluso que castigases una insubordinación, pero, —Ah, sí, preparados, vienen los peros, pensó Heinrich—sobrino, tengo grandes expectativas para ti. Se habla mucho en las altas esferas de que algunos de los que están en mi gabinete, bueno, ya no están siendo útiles al Reich, unos por vejez, otros porque sus ideas no comulgan bien con las del Führer... —Rudolf se levantó de la silla, esta crujió como agradecimiento. —Tu nombre al ser recientemente ascendido, estaba siendo barajado para un puesto en la cumbre.

Heinrich no mostró emoción alguna, siguió en la misma postura mientras su tío se acercaba a ponerle su ancha mano sobre el hombro.

—Sobrino, sabes que eres como un hijo para mí, he estado luchando por conseguirte este ascenso durante meses. Cuando estabas en el frente y llegaron las noticias de que estabas herido, el mundo cayó a mis pies. Quiero tenerte en un buen puesto, a salvo, quiero que uses esa mente estratega desde el mismo corazón de tu país.

—Tío yo, yo no sirvo para un despacho, apenas llevo aquí una semana y estoy...

—Esto es sólo temporal, deberías estar aún de baja, pero como insististe en un puesto, en fin mis amigos te metieron aquí. En espera por supuesto de

tu próximo nombramiento, o eso esperaba yo, hasta que me has contado lo de esa mujer.

Ah aquí vamos, la tormenta solo se estaba formando, ahora vendría los truenos, los relámpagos y el aguacero final.

—No puedes tener a una inglesa como amante. Y dentro de tu casa menos. Ella es de un país enemigo de nuestro pueblo, estamos en guerra con ellos.

—Oh vamos, qué demonios importa con quien me acuesto.

—Demasiado, sobrino, —resopló. — ¿No sabes que los mayores secretos siempre se han revelado en una cama y con una mujer por medio? Cuando un hombre está satisfecho, tiende a hablar demasiado.

Rudolf se alejó unos pasos, dejando a su sobrino unos momentos para meditar.

—No me desharé de ella. —Se irguió en toda su altura ante la ventana. La anchura de sus hombros tapó la luz que entraba por ella. Rudolf apenas pudo distinguir a contraluz los rasgos pétreos de su sobrino.

—¿Es tu última palabra?

—Lo es.—y se cruzó de brazos.

—Bien. Entonces, — pareció pensar unos instantes. —quiero conocerla.

—¿Qué? —Sorprendido por el giro, Heinrich se apartó unos pasos de la ventana. La luz volvió a entrar a raudales por los vidrios.

—Ya me has oído. Quiero conocer a la clase de mujer que hace que mi sobrino rompa todos sus esquemas, deje a un lado una brillante carrera político-militar, y pretenda enfrentarse incluso a su único familiar, con tal de estar con ella. ¡Será magnífica!

Heinrich dudó que la palabra magnífica fuera acorde con Dafne Sevenstons. Ella era joven, atractiva, valiente, aunque algo tímida. Seguro que dulce como la miel en la intimidad de las sábanas de una cama. Pero magnífica, no supo contestar.

—Te enviaré a casa un par de entradas para un concierto, Wagner creo, no recuerdo. Pensaba enviarte sólo una, pero ya que hay una paloma en el nido.

Aquel día su “nido” tenía exceso de “palomas”. Pensó Heinrich.

Rudolf atusó su uniforme y extendió una mano a su sobrino—Creo que son para la semana que viene. Sábado. Ah, otra cosa sobrino. ¿Qué sabes de Helga últimamente?

—La vi al poco de volver de África.

—Aléjate de ella si puedes, y si no, ten cuidado. Se mueve por círculos peligrosos. Tiene varios amigos y protectores que harían cualquier cosa por ella. Hasta destruir lo más mínimo que le moleste.

Heinrich aceptó el apretón de manos fuerte de su tío asintiendo y éste pareció satisfecho, saliendo de la oficina con una calma pasmosa. Heinrich cerró la puerta y cayó pesadamente en su sillón. Al final la tormenta no había sido la que esperaba, pero...

Otro problema más. Parecía que últimamente los coleccionaba.

Ahora a decirle a Dafne que no podría sacarla del país, al menos en una temporada, y que, su tío Rudolf quería conocerla.

Y sobre todo, que oficialmente, eran “amantes”.

* * *

Dafne dio más de cien vueltas por el dormitorio. Se había aseado, se puso uno de sus sencillos trajes camiseros. Hizo la cama, recogió todo. El calor de abril por fin estaba llegando al corazón húmedo de Berlín. Se colocó unos zapatos de tacón bajo, de color marrón. Y ahora decidía si bajar o no bajar. Ni siquiera sabía si el coronel Strieber iría a la hora del almuerzo, o qué haría en su rutina diaria.

Quería y temía que llegase. Anoche había estado demasiado aturdida derrumbándose entre los brazos del hombre, para darse cuenta de muchos detalles que no encajaban.

Entre ellos que demonios hacía el coronel Heinrich Strieber en un registro al hogar de los Colber, si ese no era su trabajo.

Y por qué la había traído a su casa. Una vez acabado todo podría haberle dicho, “*adiós, encantado de haber salvado su vida, y de paso su virtud, Fräulein*”, y haberla dejado donde la encontró.

Pero aquello no iba a ser posible hasta que volviese a verle. Cuando al fin se decidió a bajar. Muy amablemente Glöckmer, la condujo a un pequeño comedor de diario, procedió a servirle el almuerzo, y a contestar a sus preguntas.

Heinrich Strieber no volvería hasta bien pasadas las seis. Eso, si no tenía algún otro quehacer, reunión o cena.

Tras el almuerzo, el criado le mostró parte de la casa, y acabó en una pequeña biblioteca bien surtida, incluso había periódicos, aunque comprobó que no estaba el del día de hoy, y un aparato de radio que Glöckmer puso en funcionamiento y le dejó en una emisora local con música ligera y arengas grabadas a cada hora a los civiles, para que mantuviesen alta la moral en guerra, abrazasen con denuedo los mandatos del Reich, y los partes habituales de batallas y bombardeos, repetidos hasta la saciedad, de días anteriores. Sonaban lejanos, y que siempre ganaban las tropas en nombre del amado Führer.

Dafne soportó las interrupciones propagandísticas bajando el volumen mientras tanto, porque la música que ponían era más que aceptable, y tampoco tenía gran cosa que hacer hasta que volviese su anfitrión a casa.

En atención a su nacionalidad, supuso Dafne, a las cinco en punto aquel serio criado le llevó una bandeja con té de buena calidad, leche, miel, y pastas. Luego procedió a retirarse con su habitual reverencia. Dafne le dio las gracias con una sonrisa, y se dispuso a esperar la hora que quedaba y poco más para la vuelta de Heinrich.

* * *

Ni la hora que pasó con Dietrich, cuando fue a buscarle para comer algo en un lugar cercano, le relajó lo más mínimo. A pesar de las continuas bromas y chanzas de su mejor amigo.

Sus planes estaban siendo alterados cada momento en los últimos siete días. Desde conocer que, para su Inglaterra natal, ahora, debido a la desaparición de Durston sin dejar nada aclarado, era un “traidor”, hasta el encuentro con su hermano Tony, que le prometió sacarlo de aquel destino incierto. Y cuya probabilidad, cada vez veía Heinrich más remota.

Entre medias estaba aquella mujer, puesta a su cuidado, por las circunstancias que había acompañado a su reencuentro con su hermano.

Y para rematar el asunto, fronteras cerradas, su tío Rudolf presionándolo, y tendría que enfrentarse después del salir del trabajo con ella.

Y contarle la verdad. No toda su verdad. Sólo la parte que la incumbía en esos momentos. Que no podría salir del país, y que, bueno, sin pretenderlo, se había convertido en la amante de un Coronel del tercer Reich.

Aunque esto quizás pudiera darle un giro a toda su vida. Dieron las seis. Hacía horas que volvió de su almuerzo, y había pasado, pese a todo, una tarde

relativamente tranquila en el trabajo, dándole tiempo para pensar.

Se dispuso a marcharse. Aquella mañana no había llevado ya su abrigo, El verano se acercaba a aquellas latitudes y ya, el aire estaba suave y cálido por las noches. La borrasca que había hecho que pareciese volver el invierno se había marchado y los últimos coletazos de la primavera eran agradables.

Llamó para que viniese su chófer a buscarle. Le informaron que su invitada había pasado una pacífica tarde escuchando la radio y leyendo en la biblioteca. Mejor así. No había hecho intento alguno de escapar. Chica inteligente.

El coche le estaba esperando abajo, junto a la acera de enfrente. Bajo la farola. Donde había visto por primera vez a la señorita Sevenstons, muy en su papel de Mata-Hari, eso sí, al recatado estilo inglés.

Ahora tendría que hablar con ella seriamente. En las últimas dos horas, su mente estratega había estado en funcionamiento sin parar.

Si el tener una “amante” bajo su techo, ya hacía alzar más de una ceja, si esa amante era una mujer de origen inglés, sería una bomba. Si lo que pretendía es volver al frente, los planes de Tío Rudolf de introducirlo en las altas esferas del poder político-militar, tendrían que ser, de alguna manera, truncados.

Eso sí, sin disgustar mucho al viejo. Al fin y al cabo, le había recibido con los brazos abiertos y era el único pariente vivo que tenía en el país. Si su tío quería conocer a Dafne, la conocería. Era una mujer atractiva, no a la moda ni tan aria como Helga, pero tenía la corazonada que ella conquistaría el corazón del viejo romántico que era en el fondo el anciano general.

Así, si conseguía que eliminasen su nombre en ese juego, podría pedir un destino, cerca del frente, y si era posible, en la misma frontera. Escapar a partir de ahí le sería más fácil. Incluso viajar a algún país que no estuviese actualmente entre los aliados, él que fuera. Y allí ponerse en contacto con

Tony.

A la vez tendría que encontrar la manera de sacar a Dafne del país, sin usar los medios habituales. Y en eso podría ayudarle cierto personaje. El falso vendedor de periódicos. De alguna manera le localizaría y tendría que pedirle eso mismo, que buscase la manera de llevarla hasta Suiza. Si habían sacado a Cromwell, también podrían sacarla a ella. Y si era por dinero, ningún problema.

Y mientras tanto, convencer a su invitada y hacer un trato con ella. Que se hiciese pasar por su amante, en tanto y en cuanto los planes de huída de ambos avanzaban.

Echó un último vistazo a la esquina donde solía ponerse el enjuto vendedor de periódicos. Pero desde el asunto de Cromwell, no había aparecido.

Quizás un poco de paciencia, y mantener los ojos abiertos. Seguramente seguiría buscando información, y el papel de vendedor le había funcionado, ciertamente lo usaría de nuevo tarde o temprano. Y él, estaría al acecho.

CAPÍTULO 15

EL sonido de la puerta de la calle al abrirse, y el ruido de las pesadas botas militares de Heinrich la sacaron de la lectura del periódico de hacía dos días. En la radio sonaba una cancioncilla popular sobre una lechera de los Alpes, quien daba calabazas al chico que cantaba. Curiosa canción entre los últimos vítores a un discurso del Führer, y el parte de guerra.

No le dio tiempo casi ni a levantarse ni a alisar su vestido camisero color beige opaco. En ese momento sonaron apenas un par de golpes en la puerta y Heinrich aparecía bajo el dintel.

—Dafne. —correcto y formal, hizo una leve inclinación de cabeza, y pasó la puerta cerrándola.

—Heinrich. —correspondió con igual cortesía.

—Espero que haya descansado bien hoy. —añadió avanzando y quitándose la guerrera, dejándola al descuido sobre el respaldar de la silla. La corbata le siguió, como parecía ser su costumbre, arrugándose un poco mientras resbalaba, esta vez, hacia el asiento tapizado.

Dafne tuvo la imperiosa necesidad de ir hasta la prenda y colocarla con el debido cuidado, quitar las leves arrugas de la guerrera que se hubiesen podido hacer por la manera informal de Heinrich de arrojarla en la silla. Igualmente poner sobre ella, bien alisada la corbata. Reprimió el impulso, él se acercaba

más y más, hacia donde ella había estado acomodada toda la tarde. Tomó el periódico, echándole un vistazo mientras hablaba, comprobó la fecha. Sí, era del día anterior.

—Si, gracias, Heinrich, su servicio ha sido muy solícito y considerado conmigo.

—Me alegro. Esta es una casa de hombres, como habrá comprobado. Tenemos una cocinera que aparece unas horas y deja todo lo del día preparado, y luego el mismo Glöckmer se encarga de calentar y servir. Y alguien se pasa un par de veces por semana para una limpieza general. Ahora que está usted entre nosotros, Dafne, quizás amplíe el servicio, para su comodidad.

—No me importa hacerme la cama yo misma, Heinrich. Yo, la hice esta mañana, en previsión de no cargar con más trabajo a su criado.

—Es muy considerada, pero la verdad es que se sentirá más acompañada, aunque sea con una mujer en casa en el área de servicio.

—Para el poco tiempo que voy a estar aquí, no debe molestarse.

Heinrich sonrió apenas. Poco tiempo, eso era discutible.

—Me temo, que va a ser más tiempo del previsto. —La miró directamente, aunque no pudo evitar fijarse que aquel vestido aburrido no hacía justicia a su cara, ni a su cuerpo. Era una pieza hecha para trabajar, no para lucir.

Ella le miró seriamente, sus manos estaban crispadas. ¿Tanto le disgustaba su compañía? Creía estar comportándose las últimas veinticuatro horas como el más perfecto de los caballeros.

—Yo también me temo que no puedo aceptar su hospitalidad más tiempo “del previsto”. Si no le importa, déme mi documentación, yo misma iré a comprar un billete de tren, y estará usted libre de su responsabilidad hacia mí.

—Veo que el periódico no es del día. Y, ¿qué está escuchando en la radio? ¿No es Radio Belgrado? —Se acercó a la mesita y comprobó el dial.

—No, una pequeña emisora local con algo de música, y creo que los partes y discursos son grabados, no en directo.

—Eso me temía, Dafne, si no, hubiera sabido ya, que, las fronteras están cerradas hasta próximo aviso. —observó las diversas emociones que se cruzaban por el rostro delicado de la joven. —Ni tren, ni nada, no se permite entrar o salir del país hasta nueva orden. También se ha instaurado un toque de queda, desde las diez de la noche a las cinco de la mañana.

Ella tuvo que sentarse en ese momento. Estaba atrapada en esa casa, con ese hombre que, a pesar de no tener ninguna queja sobre él con respecto a como se había comportado hasta el momento, muchas preguntas y dudas rondaban su mente desde la mañana. Y ahora con las noticias que estaba recibiendo.

—Dafne, no se preocupe, le reitero que conmigo no tiene nada que temer. Está bajo mi protección. —vio como ella asentía levemente una y otra vez, asimilando la idea de estar atrapada en el país, sin visos cercanos de salir.

Quizás debía de dejar el resto la conversación pendiente para después de la cena.

En ese momento Glöckmer llamó, y Heinrich se dirigió a la puerta, Dafne supo que hablaban no sé qué de la cena. Luego la puerta volvió a cerrarse, mientras ella contemplaba la punta de sus zapatos marrones, algo gastados. Junto a ella a apenas dos palmos, vio las botas militares de Heinrich. Sus pies parecieron verdaderamente diminutos en comparación.

—La cena estará en poco menos de media hora Dafne. Subiré a cambiarme.

—Si es por mí, no se moleste, yo, —se alisó el vestido—temo no tener

nada apropiado que ponerme.

Heinrich suspiró y cerró un instante los ojos, la estaba avergonzando con tanta etiqueta. Ella era una simple institutriz y seguramente comería a diario con los niños en la cocina. Solo tendría media docena de vestidos anodinos como el que llevaba puesto ahora, y poco más que la falda azul y la camisa blanca como ropa más especial para los domingos.

Rápidamente pensó que decir, para que ella no se sintiese incómoda.

—No es necesario Dafne, sé que no puede traer en esas maletas un vestuario completo. —ella levantó la cabeza al fin. Pero no lo suficiente como para mirarle a la cara. Sus ojos quedaron a la altura de la hebilla del cinturón de Heinrich. Él sinceramente, esperaba que no más abajo, Sería un poco incómodo con aquellos pantalones que se ajustaban en cierto sitio. — Yo simplemente quiero quitarme el olor a tinta y a humo de tabaco de la oficina, refrescarme para estar cómodo. Aquí vivo sólo, no me pongo un frac para cenar. —dejó caer una pequeña sonrisa. —Si desea esperarme un momento para que me asee, vendré por usted y tendremos una tranquila cena de amigos en el comedor informal, ¿de acuerdo?

Ella asintió y Heinrich se dirigió hasta la puerta. Una vez fuera de la biblioteca, subió de dos en dos los escalones para darse una ducha en cinco minutos y coger ropa civil. Un pantalón gris oscuro, una camisa blanca, la más sencilla, dejando desabotonado incluso un par de botones del cuello. Se puso unos zapatos negros, y pasó una mano por su corto cabello con algo de colonia.

En quince minutos estaba de nuevo en la puerta dando un par de suaves golpes. Ella salió, él le ofreció su brazo, y juntos se dirigieron al pequeño comedor de diario.

* * *

—Tenemos que terminar con nuestra conversación, Dafne. —Heinrich dejó a un lado la servilleta, mientras se levantaba de a silla. Luego se acercó a la de ella para retirársela mientras se ponía de pie.

Dafne asintió y él la condujo hasta la salita en que habían hablado la noche anterior, y ella se había terminado derrumbando, cerrando la puerta. Con un gesto Heinrich le indicó que tomara asiento y lo hizo en el sofá, rígidamente. Aunque la cena había sido más relajada, hablando de temas intrascendentes, mientras Glöckmer salía y entraba haciendo sus múltiples funciones, ahora estaban de nuevo solos.

—Tendrá preguntas que hacerme, supongo. Antes, la llamada para cenar interrumpió nuestra conversación. —Quería dejar que ella se relajase hablando de sus dudas, antes de atacarla con su propuesta.

Estrategia, pura y simple. Le daba seguridad. La había alimentado, se había portado como el más galante y educado de los anfitriones durante la cena. La acompañó cómo todo un caballero hacia el salón, una pieza que ella conocía bien. Y donde la noche anterior había podido ser ella misma y desahogarse llorando entre sus brazos. La luz era suave. Glöckmer había trasladado minutos antes su pequeña radio telefunken hasta la mesita redonda y baja que estaba entre el sofá y el sillón de piel del que él siempre se acomodaba. Incluso se había despojado del uniforme, que seguramente le hacía parecer más intimidatorio.

Mientras él mismo tomaba asiento en su sitio habitual, encendió el aparato y puso radio Belgrado, pero a muy bajo volumen. Sonaba música de baile lento, y relajante. Buen punto, ahora a dejar que ella se abra. A que esté confiada. Y entonces, atacarla con su propuesta.

Conquistar la voluntad y la confianza de esta mujer, era una batalla crucial para sus planes. Antes había iniciado el “cerco”, ahora el “sitio”.

Ella jugueteó con sus propios dedos finos, de uñas redondeadas y pulidas, no demasiado largas. Dedos frágiles, sin ninguna joya. Esos dedos se

merecían algo más pensó Heinrich. Esperaba que si Tony se había enamorado de ella, hiciese lo correcto, y pusiese un anillo de boda en aquellas blancas manos.

Ella volvía a mirar la punta de aquellos feos zapatos marrones. Los negros que llevaba la noche anterior, los de tacón, con la pequeña hebilla plateada le hacían más justicia que éstos.

—Vamos, Dafne, que quiere preguntarme.

Ella tomó aire y levantó la mirada. Directa al grano.

—¿Qué hacía usted en el registro de mi casa?, supongo que ese no es su trabajo. —Ya está ya lo había dicho. —Y, ¿por qué estoy yo, aquí, y ahora?

Heinrich esperaba tarde o temprano estas preguntas. Sabía que era inteligente de más y que sumaría dos y dos. Y demasiado estaba tardando en unir otros cabos, pero esos mejor que no los tantease siquiera.

—Es cierto. Pero hay una explicación sencilla. Debido a nuestros últimos encuentros, con Herr Konrad Müller, —Usó el nombre falso que él mismo había buscado para la documentación de Tony. —Me interesé de saber quién era usted. Además de saber, por Herr Müller, que usted estaba arreglando su visado para salir del país también. La documentación de los Colber, por un infortunado incidente se mezcló con otra de personal “non grato “para el país. Cuando me di cuenta, no pude parar el registro. Lo único que pude hacer es, si usted se veía envuelta en algo, sin su documentación encima, estar allí para sacarla del trance.

Ella pareció considerar unos instante su explicación. Negó con la cabeza mientras su mirada se perdía un poco entre el mobiliario del salón.

—Eso no responde toda mi pregunta. ¿Qué hago en su casa, Heinrich?

—Ser mi invitada.

—Muy amable por su hospitalidad. Gracias. Pero preferiría estar en casa de los Colber.

—Usted no puede volver allí.

—¿No? ¿Se ha derruido la casa? —sonó sarcástica.

—Por supuesto que no. Pero con las circunstancias actuales en un peligro para una mujer de su nacionalidad estar tan sola y tan expuesta. No podrá viajar hasta Suiza, hasta no se sabe cuándo. Recuerde, las fronteras.

—Si, si, las fronteras, pero las fronteras anoche no estaban cerradas, usted ha sabido esa noticia esta mañana, ¿o me equivoco?

—Esta mañana. Si, se ha publicado en un rotativo especial para todo el pueblo a las diez de la mañana. Solo una hora antes lo supe por la valija de órdenes.

—Y entonces, por que no, anoche, una vez que comprobó que estaba bien, no me dejó en aquella casa.

Heinrich se arrellanó más en el sillón, cruzó los dedos, y se miró las manos.

—A partir de anoche, y lo ocurrido con ese soldado, bien, — continuó después de tomar un poco de aire, quería ser delicado en todo lo relacionado con los sucesos de la noche anterior para con ella. —Está usted, marcada, señalada. Si la hubiese dejado sin protección, quizás hoy mismo la hubieran llevado a declarar. Debido a su nacionalidad, sobre todo, y al incidente al que ha estado expuesta, y ya una vez en manos de la policía del estado, yo no hubiese podido hacer nada.

—Pero, —ella negó con la cabeza de nuevo mientras elevaba su mirada inteligente y escrutadora, no pararía hasta tener la última respuesta. — Porque, Heinrich, a que protegerme, ¿qué le importo? Ni siquiera soy un peón en su magnífico juego. —abrió sus manos desnudas y las mostró

abiertamente. —Aunque me hubiesen interrogado., oh!— Ahora cayó en ello. —Si me hubiesen interrogado...

—Si, no sé si hubiese sido un interrogatorio común, u otra clase. Una vez que se traspasan la puerta de la central, hay muchas mentes mal-pensantes entre sus muros. No sé hasta dónde hubiera usted resistido un interrogatorio, a fondo. Ellos tienen sus métodos para quebrar voluntades, sé que usted es una persona fuerte. Pero ellos, conocen, muy bien, cómo infringir dolor.

Ya está, la tenía donde quería. “*Sitiada*” y “*minadas sus defensas*”. Ella se estaba sintiendo como que pondría en peligro “a su salvador” y al de Tony si se quedaba sola, y sin protección en Berlín. A merced de la policía político-militar. Un pequeño empujón más. “*Cayendo defensas, una tras otra*”. Estaba siendo un jodido manipulador con la chica.

Los pensamientos de Dafne giraron vertiginosamente. Ella le debía demasiado a este hombre como para que acabase encerrado, o peor, aun, fusilado, por ayudarles a ambos. Si ella lo delatase... Oh Cielos, no quería ni pensarlo. Este hombre estaba poniéndose en riesgo cada día. Ella no sabía a cuantas personas habría ayudado ya a salir del país, y a los que podría ayudar aún. No iba a ser tan estrecha de miras. Desde luego, se estaba portando correctamente con ella. La estaba ayudando, y si no fuera por el cierre de fronteras, ahora no dudó que en dos o tres días la hubiese sacado del país.

Estaba actuando como una desagradecida. Y eso no podía ser. Si él le ofrecía su protección, no debía ni podía rechazarla ahora. Estaba en una difícil situación, ambos. Tendría que colaborar con él, por el bien de los dos. Él ya se lo había dicho, era un peón de un juego muy importante, y ella si no podía, por ahora salir del tablero, tendría que adaptarse a las circunstancias. Y con una sonrisa.

Ella sonreía, bien. Había conseguido que bajase todas y cada una de sus defensas. Ahora la negociación de la rendición. Y las “condiciones”, por supuesto. Nadie entrega una “fortaleza sitiada”, al menos con una pequeña lista de condiciones, tanto por el atacante, cómo por el sitiado.

—Veo por su expresión que me comprende, ¿verdad?

—Por supuesto. —ella cruzó sus manos delicadamente sobre su regazo, y dejó caer un poco su estirada espalda en el respaldar suave y mullido del sofá. No demasiado, pero, era otro avance. — ¿Tiene usted idea de hasta cuándo?

—Es imposible saberlo, por ahora. Dependiendo como se desarrolle la situación militar y política.

—Bien, entonces acepto su hospitalidad, pero no es necesario que contrate a nadie, yo misma me encargaré de las cosas que haya que hacerse en casa diariamente. Estoy acostumbrada al trabajo. Y seguro que es más duro estar al cien por cien con dos pequeños, que hacer las rutinas de un hogar.

—En eso no estoy de acuerdo, Dafne. Contrataré lo que necesite. Además, queda otra cosa que no le he contado. —usó ese tono de “aquí se hará lo que yo ordene” aunque estaba tan acostumbrado a usarlo con su tropa, que no se dio ni cuenta. Ella se envaró un poco, levantando su espalda de la comodidad del respaldo. Se removió. Inquieta.

—Discúlpeme Dafne, no quiero incomodarla, pero, lo que tengo que contarle ahora es “delicado”.

—Oh por favor, dígalo de una vez.

—Dafne, le comunico que somos amantes. —Preparados para la explosión, todos a cubierto, pensó Heinrich.

—¿Qué? —Ella se levantó de golpe, él por su parte siguió cómodamente sentado. Ella no supo a donde ir. Él la tenía donde quería, completamente desconcertada. Ahora a suavizar la noticia.

—Tranquilícese, para sacarla del atolladero, tuve que contar una pequeña mentira a cierto compañero que me hizo el favor de permitirme estar en el registro. Nadie mete en su casa a una mujer desconocida, sin embargo a una

“amiga”. Pues es más creíble.

Dafne se paseó alrededor del sofá y quedó tras el respaldo, dejó caer ambas manos en el mueble. Heinrich curvo sus labios en media sonrisa.

—Bueno, pero eso solo lo sabrá entonces su amigo.

—Me temo que no. Esta misma mañana después del almuerzo, se presentó mi tío en mi despacho, es General, está en las altas esferas, ya me entiende, poder político y militar. Muy cerca del Führer. —Continuó tamborileando entre sí, sus largos dedos mientras la observaba pasar del rosa al rojo alternativamente en sus mejillas. —en fin, había llegado a oídos de mi tío el incidente y que bueno, usted estaba aquí.

Ella no decía nada, miraba al infinito y apretaba sus labios, que se convertía a ratos en una línea blanquecina, a ratos en una fresa roja y madura.

—Bueno, tuve que darle mi versión de los hechos. Le dije que sí, que vive aquí y que somos amantes.

—¿Y cómo se tomó la noticia? Yo de veras aún no la asimilo. ¡Y por qué no se le ocurrió decir otra cosa! —Aquí hay pocos niños que cuidar para que yo meta en casa una institutriz. —sonrió. Ahora las andanadas finales. —También, bueno, me venía muy bien una cosa así. Yo quiero volver al frente. Pero mi tío el general, está empeñado en meterme en su misma línea de juego. Yo por mi parte soy estratega, disfruto en batalla no en una oficina. Si mi reputación no es completamente “limpia”, o sea, que tengo en casa una mujer, inglesa, como “querida”, mi posibilidad de entrar en el su círculo se acaban y se amplían las de volver al frente. Me hubiera poder haberlo consultado con usted—si un poco de azúcar para suavizar el trago. —Pero creo que me hubiese comprendido.

—Ya, entiendo, aunque no alcance a comprender bien sus razonamientos.

—Dafne, ya le dije que soy un simple peón.

—Ay sí, no hace falta que me lo repita más, tendrá sus razones y yo las respeto. —Ella paseó un poco tras del sofá. —Tampoco pasa nada, aquí nadie me conoce, e Inglaterra donde está mi hermana, no van a llegar noticias como esta. Vamos, no creo que Radio Belgrado vaya a emitir un boletín especial con ello, ¿no?

Sentido del humor, perfecto. Ella estaba en el sitio correcto, parecía tomarlo bien. Ahora a soltar las ultimas andanadas. La rendición sería sin condiciones al final, bueno, puede que una o dos, seguro que entre ellas, nada de compartir cama. Ella continuó paseando.

Hasta que se paró en un giro, se volvió a mirarle directamente y se tapó la boca con una de sus manos, haciendo cómo un micrófono imaginario.

—Estimados radioyentes, ciudadanos Berlineses, se comunica que el Coronel Herr Heinrich Strieber, ha llevado a su casa a Miss Dafne Sevenstons, desde esta fecha son “oficialmente” amantes. Bip bip biiiiip.

Los ojos de ellas reían. Heinrich se sintió extrañamente feliz y contagiado con aquella explosión de humor de su inglesa.

—Vamos, Herr Coronel, ríase un poco. Mis niños siempre se tiran al suelo de risa cuando imito a los locutores de radio, tan serios, con cualquier anuncio inesperado. —Ella volvió a usar el micrófono imaginario, — Estimados radioyentes, se comunica que los pequeños Hans y Ninette han de tomar ahora su baño, su cena e irse a dormir temprano, porque mañana es fiesta y ¡saldremos a pasear y haremos un picnic por el parque!

Pero él seguía con el semblante serio. Cielos, a este hombre le habían tallado el rostro en una roca o... había algo más que él se estaba callando. De nuevo rodeo el sofá y se sentó recatadamente.

—Suéltelo, por todos los cielos, ¿hay algo más?

—No sería creíble nuestra relación, sin que nos vieran juntos por algún evento o fiesta, además—ahora el premio final—mi tío quiere conocerla, y

me enviará un par de entradas para el concierto de Wagner, de este sábado.

—Oh, oh... no puedo, no podré hacerlo, no sabré cómo, una cosa es que lo comenten por ahí, que nadie me conoce, y otra es tener que interpretar un papel. Yo no soy muy buena actriz.

Heinrich al fin se levantó y caminó hacia donde ella estaba, luego se sentó a su lado.

—Me ha parecido una locutora de radio muy locuaz. —luego alargó su mano y las puso sobre las de ella, ella hizo ademán de retirarlas, pero él se las cogió. —lo que me lleva a esto. Nadie nos creerá, si con el más simple gesto de tocarle una mano, da usted un salto hacia atrás y me mira como si fuese un lobo a punto de saltar sobre su cuello. —ella relajó las manos.

—Tiene razón, yo, bueno, no he tenido mucho tiempo para salir con jóvenes. —sus manos eran suaves y cálidas, él aprovecho para deslizar otra mano por el respaldo, sobre sus hombros, primero con un leve roce, luego dejando caer su mano al lado del hombro femenino. —No estoy acostumbrada a, bueno, esto que está ahora usted haciendo.

—¿Qué estoy haciendo? —preguntó Heinrich, quiso poner cara inocente, pero no supo si la hubo conseguido.

—Bueno, cogerme la mano, rodear mis hombros...

—Relájese Dafne, no es tan malo, incluso puede resultarle agradable.

Ella obedeció y se recostó un poco sobre el respaldo, el brazo que la rodeaba quedó más apretado, ella le miraba a los ojos. Heinrich, sin soltar, ni dejar de acariciarla suave, con dos dedos de su mano del brazo que la rodeaba por la espalda, lo pasó por la curva de la mandíbula femenina, de la barbilla redondeada hasta el carnoso lóbulo que llevaba apenas una pequeña gema brillante, y de nuevo de vuelta. Ella suspiró quedamente y cerró los ojos. Rendición. Estupendo. ¿Podría empujarla un poco más a ver qué ocurría? ¿Y si la besase? ¿Se asustaría? ¿Le abofetearía con esas manos blancas y

gráciles, o simplemente huiría? ¿Respondería con pasión?

Se acercó poco a poco a su rostro, sin dejar de acariciarla. Pero en ese momento se acordó de su hermano. ¿Existía algo entre ella y Tony? En el último segundo desvió su boca, de los labios carnosos de ella, hasta su frente. Los dejó allí unos segundos. Ella no hizo ademán de separarse. No supo si ella dejó los ojos abiertos o cerrados.

Dafne había cerrado los ojos. A pesar de la aparente frialdad de Heinrich, sus manos eran una deliberada y deliciosa caricia. Nadie la había tocado nunca con semejante delicadeza. Cuando él había empezado a acercarse su cara, deseó irremediamente el beso que supo que iba a llegar. Y la verdad es que se sintió algo decepcionada cuando los labios rectos y bien dibujados del hombre sólo se posaron en su frente.

Aún tenía los ojos cerrados cuando se separó de ella y soltó sus manos y la dejó de rodear con su brazo.

—Lo ha hecho muy bien Dafne. —Él se levantó y comenzó a alejarse. Ella sintió frío, y soledad. —Será mejor que nos retiremos. Ya está terminando la programación de la radio, deben de ser más de las diez. Y usted necesita descansar, demasiadas cosas en estos días.

Ella asintió algo azorada. Para él había sido simplemente una prueba de cómo debían de comportarse en público, de que ella aceptase su presencia y su cercanía. Para ella era la primera caricia sensual de su vida.

Con los últimos acordes de Lili Marleen, como se despedía siempre Radio Belgrado, Heinrich apagó el receptor. Luego, con su siempre elegante cortesía, la acompañó escaleras arriba, apagando tras de sí las luces, la llevó hasta la puerta de su dormitorio.

—Gracias Dafne, por su comprensión. Usted no se lo cree, pero este favor que usted me hace, no sabe todo lo que supone para mí.

Ella le miraba con esos ojos grandes de gacela. Y vio en ellos muchas

emociones encontradas. De pronto ella alzó sus manos, tomó su rostro y tiró un poco de él, a la vez que se ponía de puntillas, y le daba un corto beso, apenas un roce en los labios. Tan pronto se lo dio, como le soltó. Se dio la vuelta, abrió la puerta y entró en su dormitorio apresuradamente, murmurando algo así como, “*esto es una prueba*”, y un “*buenas noches.*”

Cerró la puerta, y él se quedó allí, mirando el artesonado dibujo de la madera, alzando apenas una ceja, y con un pequeño tic en el músculo de su mentón. Completamente desconcertado.

—Buenas noches Dafne. —Dijo al fin, antes de caminar hacia la soledad de su propio dormitorio. Esta mujer no dejaría nunca de sorprenderle. Esa pícara inocencia podría llevar a un hombre al manicomio.

CAPÍTULO 16

DAFNE no estaba ahora muy segura, pero podría jurar que en su familia no eran propensos a la locura.

Y era lo único que habría podido explicar lo ocurrido en la puerta de su dormitorio la noche anterior.

Hundió de nuevo la cabeza en las almohadas completamente avergonzada.

No supo que demonios le había pasado para besar al Coronel de esa manera. Quizás era el verlo desprovisto de ese uniforme que le hacía parecer tan frío y lejano. Aquella camisa blanca sencilla, con esos dos botones abiertos, dejando entrever el fino vello dorado de su pecho, tan informal. El haberse sentido cercana a sus problemas, al peligro que envolvía la vida de ese hombre. Todo le hizo parecer más humano y más, atractivo. Luego su suave caricia, mientras le hablaba de interpretar su papel de amante.

Ella nunca había sido propensa a esos estallidos emocionales. Debía de ser todos aquellos días de constante tensión. Desde que los señores Colber se habían marchado a Suiza, para ultimar los detalles de su hogar allí, dejándola sola con la responsabilidad de sus niños, pasando por el problema de su documentación, hasta el encontrar a su compatriota herido y todo lo que hizo por conseguir que saliese sano y salvo del país. Y ahora su situación actual. Todo bajo el marco de aquella guerra que, dentro del gris Berlín, hasta ahora,

embutida en la rutina de la familia Colber, le había parecido siempre tan lejana.

Heinrich Strieber, a pesar de haber comenzado relativamente “mal” con ella cuando le conoció, luego se había mostrado como el más correcto de los caballeros con ella. Atento, educado. Ella nunca había sentido esa aura de protección a su alrededor. De muy joven fue ella la que tuvo que proveer y cuidar de los demás, sobre todo con su trabajo. El que, por unos instantes, ella fuese el objeto del cuidado y de protección, era algo novedoso, y de lo más agradable.

Eso era, se sentía simplemente agradecida con la actitud del hombre. Y con aquella situación, en que tendría que hacerse pasar por su amante. Unido a las caricias tranquilizadoras de él para que se acostumbrase a su papel.

Por que era eso, solo una actuación que tendrían que hacer en público. Tonta, más que tonta. Él no está conquistando tu corazoncito. Él quiere que hagas a la perfección un papel. ¡Y eso es todo!

Con esa regañina mental se levantó, se arregló y se dispuso a bajar a desayunar. Eran ya más de las ocho de la mañana. Iba a ser una persona consecuente, se iba a dejar de romanticismo insensato. Llevaría una conversación totalmente normal con su anfitrión durante lo que restara de desayuno, luego se despediría de él hasta la tarde. Y durante el día procuraría entretenerse recogiendo su dormitorio, leyendo y escuchando la radio.

Bajó con presteza la escalera y se dirigió al pequeño comedor que habían utilizado el día anterior. Por supuesto, el Coronel estaba ya allí, llevando su uniforme, aunque la guerrera estaba sobre el respaldo de una de las sillas. Él, tan formal y correcto como siempre, se levantó de inmediato.

—Buenos días, —sonrió Dafne

—Buenos días. No tiene por qué levantarse tan pronto. Debería tomarse un tiempo de descanso para usted, ahora que puede hacerlo.

—Es muy amable, pero, estoy acostumbrada a levantarme a esta hora, y puesto que pasaré todo el día sola... — El asintió.

—He dado instrucciones a Glöckmer para contratar a alguien que se encargará de la casa a diario. Como le dije, un poco de compañía femenina le hará bien a esta casa.

—Pero le dije que no era necesario.

—Lo es. —Le indicó, con un gesto, que se sirviera ella misma lo que deseara tomar. — Glöckmer acaba de salir para hacer esas gestiones. Hoy en la casa solo estará el guarda, que hace las veces de jardinero. El chófer saldrá conmigo esta mañana, por lo que le ruego que, estando sola, mantenga la puerta cerrada y no salga de la casa. Cuando ya esté aquí todo el personal, podrá hacer uso del jardín para pasear, para leer, en fin. Pero no quiero que salga nunca sin compañía de esta propiedad. Su seguridad es mi máxima preocupación.

Ella simplemente asintió. Cuando vestía ese uniforme y empezaba a dar órdenes a diestro y siniestro. No podía ni sabía hacer otra cosa.

—Y otra cuestión, Dafne, puesto que tenemos que asistir al concierto el sábado, tomaré una mañana libre y la llevaré a comprar lo que necesite.

Ella abrió la boca para decir algo, cosa que él cortó con un gesto.

—No admito un no por respuesta. No se lo he preguntado. Estoy constatando un hecho. Saldremos temprano, compraré lo que haga falta, y usted se lo pondrá. Sin discusiones. Va a representar un papel importante, y no va a ir vestida de institutriz. No es por agraviarla. Pero de una mujer mundana se espera una imagen. Una que yo le voy proporcionar. —Ella volvía a intentar decir algo, él le puso una mano encima de la suya. — Tranquila, lo hará bien. —le dio dos palmadas cortas y la soltó. El único gesto humano de Herr Heinrich Strieber en los cinco minutos que llevaba en su marcial presencia.

Luego dejó su taza de café, y se levantó de su asiento, y sin dejar de mirarla con esos ojos gris acero continuó.

—Por ahora descanse, mañana ya tendremos aquí más personal de servicio. Puesto que yo estoy fuera todo el día, le ruego se encargue de darles las órdenes pertinentes, organizar limpieza, cocina, menús. Glöckmer le proporcionará la ayuda que necesite. Desde mañana tomará las riendas de esta casa. Si quería algo que hacer, eso le entretendrá las mañanas pero sin agotarla. Mientras esté aquí, ese será su cometido. Hacer que mi hogar funcione debidamente. ¿De acuerdo? Luego tendrá todo el tiempo libre para leer, escuchar música, y, si vuelvo pronto conversaremos relajadamente. Buenos días Dafne.

Y ajustándose la guerrera y los corrajes, salió del comedor con paso marcial.

Vaya, sí que le gustaba a este hombre dar órdenes, y por lo visto no estaba nada acostumbrado a que alguien las desobedeciese.

Se quedó mirando su taza de té más de veinte segundos. Luego los panecillos bien dispuestos como soldados de color beige, en una bandeja caliente-plateados, la lechera, la mantequillera. Todo en el más perfecto orden. Acababa de entrar en un universo paralelo, donde todo se hacía a golpe de orden cuartelaria.

¡Y ella teniendo pensamientos románticos hacía este endemoniado hombre!

Atractivo, mientras más lo había mirado más se lo parecía. Y encima, lo único que había podido hacer era mirarle y asentir. Tuvo tiempo de sobra para admirar desde la pureza de líneas de su frente altiva, hasta el pequeño hoyuelo del mentón duro y firme. Pasando por el ángulo de la mandíbula, la nariz recta y equilibrada, y esos ojos grises como nube de tormenta.

—”Aquí yo doy las órdenes, y usted, a callar y obedecer.”—dijo imitando

el acento marcado y gutural e Heinrich, en un momento de humor extraño y retorcido. Luego llevó su mano derecha a la frente, cuadrándose. — ¡A sus órdenes mi coronel! —Sin saber por qué, empezó a reírse de todo, de la situación y de sí misma, mientras untaba un panecillo en mantequilla derretida.

* * *

Se había comportado como un déspota. Ni siquiera había comenzado a desayunar cuando ella había hecho su aparición en la puerta. Ojos grandes, suave sonrisa en unos labios jugosos y sonrosados. Quizás algo ruborosa. A lo mejor porque su pensamiento, también estaba en el corto beso de buenas noches. Los cabellos naturales y rizados alrededor de su rostro aniñado. La viva imagen de la pureza, y bajo ella, lo intuía, no, lo sabía, un alma fogosa deseosa de salir a flote.

Y recordó la noche anterior, el juego y la estrategia que había usado, para llevarla a su terreno. Y ella fue la que rompió el cerco, disparó sus armas, con la torpeza de una principiante, pero dieron justo en el blanco. Y por obra y gracia de la inocencia, con solo alzarse de puntillas y rozarle los labios, consiguió entibiar su habitual frialdad.

Y por ello había reaccionado así, sin dejarla ni hablar, lanzando órdenes a diestro y siniestro. Erigiendo una férrea defensa.

Esa mujer no era para él. No se la merecía. Ella necesitaba alguien cómo su hermano. Con grandes proyectos, alegre, locuaz, cariñoso. Joven, y libre, alguien capaz de inundarla en rosas perfumadas y de largos paseos bajo la luna. Su hermano tenía futuro. Él no. Él era, “el traidor”, sin patria, ni arraigo. Sin nada. Y si algo tenía seguro, era una bala con su nombre grabado.

Ni Heinrich Strieber, ni Henry Daylight se merecían a un ángel terrenal como Dafne Sevenstons.

Y ni aún así, repitiéndose esto como una letanía, conseguía quitarse de la cabeza esas curvas deliciosas que noches atrás había “cacheado” en los callejones. Y ese calor que trepó por sus manos, entibiándose hasta el mismo centro de su alma.

* * *

Un par de horas después, tras despachar las cuestiones más urgentes, se decidió llamar a Dietrich, en busca de consejo, sobre mujeres, o sobre como y donde vestirlas. Aunque seguro que Kurt era más experto en lo contrario. Pero también frecuentaba sitios que él, en su vida casi monacal de los últimos dos años, no se movía.

Le localizó en su cuartel. Tardaron algunos minutos en pasar la comunicación con su despacho. Pero al final su voz siempre alegre, sonó al otro lado del teléfono.

—¿Heinrich? Que tal, ¿problemas con la palomita? Si quiere volar de tu nido, me ofrezco a acogerla en el mío. —se rió en la distancia. A Heinrich esa idea le hizo un nudo las tripas.

—No, Dietrich, por ahora está bien donde está. Buenos días tengas tu también.

—Si, si buenos días, ¿qué te ocurre? Últimamente cuando escucho a mi secretario decir que me llamas, no sé si echarme a temblar. —Volvió a reírse —Dime, ¿en qué lío te encuentras ahora?

Heinrich emitió un sonido como si pretendiera reírse también, aunque apenas duró dos segundos y seguro que sonó más como un gruñido, que como algo de risa.

—Dafne y yo tenemos que ir a un concierto, y, me gustaría poder llevarla

a más sitios. Necesito saber dónde puedo encontrar todo lo que necesita una mujer, ropas, zapatos. Chucherías, pero quiero un sitio con clase.

—Déjame pensar. Puerta de Brathemburgo, Hacia el Este, la misma calle, ¿me sigues?

—Si, por supuesto.

—Hay buenas tiendas allí, pero sé de una en especial, bueno allí sabrán equipar a tu palomita. Se llama Madame Merveilleux. Yo mismo llamo ahora y le digo que vais. ¿Cuándo?

—El jueves, a eso de las diez de la mañana.

—Déjalo en mis manos.

Después Dietrich le cambió un par de veces de tema, pero de vez en cuando le hacía preguntas muy personales sobre Dafne. Él le dio evasivas, pero no pudo evitar quedar con él justo tras del Concierto del sábado. Dos pruebas para Dafne, y el mismo día. Su tío durante el concierto y, Dietrich y unos cuantos camaradas con ganas de divertirse después.

Tendría que preparar a Dafne para ello. Volver a tocarla, a envolverla en sus brazos para que se habituara a él. Infernal placer. Y luego cuando llegase la noche, dejarla ir sola a su propio dormitorio. Apenas una hora más tarde le avisaron de que tenía una cena-reunión con Rudolf y su gabinete de amigos, políticos y oficiales. Esta noche no llegaría a tiempo para verla, suspiró.

* * *

Dafne pasó un día tranquilo. Glöckmer, llegó una hora antes del almuerzo. Ella había recogido el desayuno, estuvo en la cocina, que hasta ahora no había pisado. Lavó las tazas del desayuno, ordenó un poco por allí y luego subió hacia su propia habitación, dejándola arreglada.

Cuando mucho más tarde Glöckmer llamó a la puerta de la biblioteca, con periódicos del día en la mano, ella le dio, sonriente, los buenos días. El hombre hizo otra de sus reverencias, y le comunicó que mañana dispondrían de servicio completo. La cocinera estaría desde la mañana hasta después del mediodía. Habían contratado una doncella para las labores básicas, aunque dos veces por semana seguiría viniendo el personal habitual para la limpieza más a fondo. Aunque los contratados dormirían en sus respectivas casas, pasarían parte del día allí.

También le comunicó que si alguno no eran de su gusto, cuando pasaran el periodo de prueba normal, serían sustituidos. Y que, por supuesto, todos, incluidos él acatarían sus deseos, en relación al buen orden y funcionamiento de la casa.

Dafne se sintió abrumada por tomar el papel de “señora” de esa casa. La actitud del criado no le hacía entrever si estaba a favor o en contra de los cambios. Simplemente, el hombre hizo una exposición concisa de los hechos, y de lo que se esperaba de ella.

Y ella, asintió, y agradeció su trabajo, Glöckmer le indicó que la avisarían para el almuerzo, y se retiró hacia la zona de servicio.

Aquella noche cenó sola, y subió a su dormitorio con un libro. El Coronel había telefoneado, avisando que no le esperara, que tenía una reunión y le llevaría hasta tarde. Quizás un día entre medias, de no verle, le vendría bien para apaciguar el rubor que le subía cada vez que se acordaba de lo tonta que había sido dándole ese beso.

Y el día siguiente fue divertido, y eso siendo solo medianamente sarcástica. ¿Qué demonios pensarían de ella en esa casa? Lo acontecido ese mismo día le dio la respuesta

Que ahora ella era “la amante”, y que no daba la talla para ello.

Después del desayuno, cuando ella había estado a punto de subir para

hacer su cama, Glöckmer la avisó que el nuevo servicio contratado estaba esperándola en el recibidor. Dafne dejó a un lado la servilleta y suspiró. Heinrich también había salido muy de mañana, apenas un “buenos días”, cuando ella bajaba la escalera, y él salía ya, imponentemente uniformado por la puerta principal.

Tendría que enfrentarse a esta circunstancia sola.

Miró su falda gris, no estaba tan nueva cómo la azul, pero era más que apropiada, supuso, para esas cuestiones. Su camisa celeste pálida y su bolero gris del mismo paño de la falda fueron alisados. Caminó hasta la puerta.

Al lado de Glöckmer había cuatro mujeres. A Dafne se le cayó en mundo encima, ¿cómo demonios había contratado a tanto personal solo por ella?

Glöckmer con su habitual tono melifluo, las presentó.

Primero a Gudrun, era la cocinera habitual, solo que ahora estaría más horas a disposición de la casa. Esta mujer era excesivamente enjuta, con unos cincuenta años largos, con un apretado moño de cabello gris, rostro anguloso y serio. Con un uniforme igualmente gris, pero con un pulcro delantal blanco. Toda su estampa era la de una mujer que sabía hacer su trabajo, y mantenerse en su sitio con bastante disciplina. Una vez que ella la saludó por su nombre, Gudrun le respondió con un sobrio “*señora*”, y dio un paso atrás.

También le fueron presentadas Trude y Katia, ambas llevaban ya un tiempo trabajando en la casa, viniendo un par de veces por semana, uno para la limpieza general, y otro día más entre medias para hacerse cargo de la colada. Eran hermanas, de unos treinta y pico, se les notaba a la legua el aire de familia, ese cabello rubio rojizo recogido en una trenza gruesa alrededor de la cabeza y esa nariz chata. Ambas muy compenetradas, igualmente hicieron una pequeña reverencia y un “*señora*” perfectamente sincronizado. Ambas usaban delantales blancos y amplios, sobre simple ropa de diario. Ellas continuarían viniendo un par de veces por semana, aunque estaría algo más de tiempo, si era necesario, explicó Glöckmer.

La última era la más jovencita. Apenas cumpliría dieciocho, calculó Dafne. También era rubia rojiza, con dos trenzas bajas y muy gruesas, pero además en su cara, redonda y blanca, había multitud de pecas repartidas. Glöckmer la presentó como la doncella que iba a quedarse todo el día en la casa. Se llamaba Inga, y por lo visto era además hermana de las otras dos criadas. A Dafne le recordó la cancioncilla de la “lechera *de los Alpes*”, sobre todo por el amplio busto que lucía la delgada jovencita. Ésta, hizo una reverencia más torpe, y dijo un “*señora*” excesivamente alto y con cierto retintín, que no se le escapó a Dafne.

Tras de las presentaciones, Glöckmer indicó a las mujeres que siguieran con sus quehaceres, y que mostraran a la más joven, las tareas básicas del día a día. “*Eso si la señora no dispone de otra cosa*”. Dafne se apresuró a decir que no, que siguieran con su rutina habitual, si todo había marchado bien hasta ahora, no había inconveniente.

Todas desaparecieron rápidamente, la cocinera por la puerta lateral de servicio, y las otras tres mujeres, escaleras arriba.

Dafne se quedó unos instantes parada donde estaba.

—¿Desea algo mas fräulein? —le preguntó un ceremonioso Glöckmer.

—No, no, puede volver a sus quehaceres, yo estaré en la biblioteca. Prepararé algunos menús y los comentaré con la cocinera más tarde.

—Por supuesto fräulein, iré a decírselo a Gudrun.

—Gracias, Glöckmer es usted muy amable.

Luego desapareció igualmente por la puerta de servicio, después de su corta y formal reverencia. Seguía sin saber que podría pensar ese hombre de ella. Era tan metódico y poco propenso a dejar entrever alguna emoción como el dueño de la casa. Quizás por eso llevaba tantos años a su servicio, imaginó.

Algo más de una hora después Dafne llegó hasta las cocinas con unas

cuantas cuartillas con los menús diarios. A pesar de haberle parecido el aspecto de la cocinera excesivamente seco, a solas con ella, se mostró cordial. Dafne le pidió opiniones de como mejorar sus ideas, y la mujer ofreció opciones acordes con los alimentos de temporada, máxime teniendo en cuenta las restricciones habituales por la guerra.

Dafne quedó bastante satisfecha del encuentro. Se despidió de ella, quedando en hacer todos los días un té para ambas y discutir unos minutos cuestiones sobre el día a día de la cocina y la compra. Más envalentonada por lo bien que le había salido su encuentro con Gudrun, se decidió a ver que estaban haciendo las tres mujeres arriba. Por si necesitaban algo o querían hacer alguna pregunta, que ella dudó poder contestar, pero al menos, conocerlas un poco mejor.

CAPÍTULO 17

—**V**AMOS INGA, no seas así.—Las otras dos se reían de algo que había dicho la jovencita.

—Vamos que no pensáis lo mismo, ¿de dónde ha sacado esa paloma gris Herr Coronel? Con lo guapo que es el hombre, se merece algo mejor que esa inglesa. Y encima tener que decirle “señora”. —otra vez el retintín.

—Inga, lo que hagan los señores de una casa no es de nuestra incumbencia. A nosotras nos viene bien que nos haya contratado por más horas, y a ti un trabajo diario y bien remunerado.

—Bueno, a lo mejor me convendría el dormir aquí, tendría sus ventajas. ¿No os parece hermanas?

—Inga... — La voz de otra hermana sonó reprobatoria.

—Oh vamos, cuando me vea a mí, y a mis atributos, Herr Coronel va a mandar bien lejos a la "inglesita". ¡Yo soy el doble de mujer que ella!

—Y eres una niña estúpida, Inga, continúa con lo que estás haciendo y déjate de cháchara, la señora podría subir.

—¿A qué?— rió otra vez cruelmente— Se le nota a la legua que el papel de “señora”, le viene grande.

Dafne dio tres pasos hacia atrás procurando no hacer ruido, y terriblemente avergonzada, tanto por haber escuchado la conversación a escondidas, entre las tres hermanas, como de su propia situación. Cuando llegó a la escalera, bajó igualmente con sigilo y presteza, y sin hacer sonido alguno cerró la puerta de la biblioteca. Se quedó encerrada allí, salvo salir para comer más bien poco, con pena por Gudrun que se había hecho su labor excelentemente. Luego corrió de nuevo a refugiarse en la pequeña biblioteca, para no tener que ver otra vez a las tres chismosas.

Horas después cuando llegó Heinrich, la casa estaba muy callada. Preguntó por Dafne y le dijeron que estaba arriba en su dormitorio.

Subió al suyo y aprovechó para ducharse y dejar el uniforme, cambiándolo por ropa informal. Parecía que verlo sin él, hacía que Dafne estuviese más tranquila. Aunque no le convenía por su salud mental, demasiada cercanía con su invitada, también debían seguir ensayando un poco su actitud junto a él, para su “debut” este sábado, y la verdad es que quedaban apenas tres días para ello.

Salió de su dormitorio mientras peinaba con sus manos su corto cabello aun húmedo y llamó a la puerta del dormitorio de la joven. Apenas escuchó un murmullo desde su interior.

—Dafne, ¿se encuentra bien?

—Váyase Heinrich ¡no me apetece ver a nadie! —Sonó su voz ahora, mezcla de, ¿enfado y azoramiento? ¿Tan brusco fue con ella esta mañana para hacerla esconderse en su habitación? Bueno quizás no, apenas le dijo buenos días, pero el día anterior, seguro que había sido un auténtico ogro, dándole ordenes todo el rato. Suspiró e intentó que su voz sonara cordial, y tranquilizadora.

—Dafne, es la hora de la cena. Si no se encuentra enferma, vamos a bajar ahora mismo, y luego conversaremos tranquilamente sobre lo que sea que le ocurre.

Quedó callado esperando una respuesta, creyó oír algo así, como, “*váyase al diablo*”.

—Abra la puerta Dafne, no sea chiquilla. —El pomo no giraba, Ella habría dado vuelta a la llave.

Escucho pasos suaves detrás de la puerta, luego el doble clic de la cerradura, y ella abrió el dormitorio. Tenía el cabello alborotado, de haber estado pasándose los dedos por ellos, y los ojos rojos, al igual que la nariz. Ella con un pañuelo apenas se tocó la punta. Respiraba algo entrecortada. Había estado llorando, y al parecer muchísimo rato. El la miró con seriedad y sincera preocupación.

—Dafne, ¿qué le ocurre?

Ella callaba y se miraba la punta de sus pies, descalzos. No llevaba medias. Dicho conocimiento tan tonto hizo que a Heinrich se le entibiasen las entrañas.

—Dafne...

Su tono resonó como él de un padre ante la travesura de un crío.

—Nunca me he sentido tan humillada. —ella hipó.

—¿Qué le he hecho ahora?

—Usted nada, mucho ha hecho por mí, gracias. ¡Demasiado! Podría haber dejado las cosas cómo estaban. Yo me habría hecho cargo de las cosas que hiciesen falta de la casa, y de mi propia persona a la perfección. Pero no...

—¿El servicio no es del gusto de la señora? —Quizás Heinrich hizo esa pregunta sin la más mínima intención ofensiva, en la palabra señora. Pero ella agradeció no tener nada duro a mano con que golpear aquella orgullosa cabeza de hombre.

—¡Arg!—Dafne le miró con ojos iracundos, dio un paso atrás y le cerró la puerta en las narices.

Heinrich alzó la ceja. Algo había ocurrido que le había hecho ponerse como una pequeña arpía. ¿Glöckmer podría darle una respuesta?

Cuando bajó al piso inferior, se dirigió directamente al comedor. Allí estaba Glöckmer dando instrucciones de como se debía de poner la cubertería en la mesa para una cena de diario a una muchacha.

Heinrich ignoró completamente a la nueva criada, he hizo que Glöckmer le acompañara hasta la biblioteca.

—Glöckmer, ¿ha pasado algo con fräulein Sevenstons esta mañana?

—Señor, después del desayuno, le presenté al servicio. Cuando cada una de las empleadas se fue a sus quehaceres, fräulein me indicó que hablaría en un rato con Gudrun, la cocinera. Más tarde se reunió con ella para comentar los menús. Luego subió arriba, pero bajó enseguida y se encerró en la biblioteca. Salió para el almuerzo pero no comió apenas. Y después se fue al dormitorio. No ha bajado el resto del día. Envié a Inga con la bandeja de té, y la rechazó. Poco más puedo decirle.

—¿Inga?

—Inga, señor la nueva doncella, estaba ahora en el comedor ayudándome con la mesa.

—Ya. —Heinrich pensó por unos instantes. — ¿Le ha comentado algo Gudrun de cuando habló con Fräulein esta mañana?

—Pues sí señor, que Fräulein era una persona muy agradable y que le gustaría trabajar en casa para ella. Por lo visto fräulein ha conquistado a nuestra cocinera. A la hora del almuerzo de veras se lució, se quedó muy desilusionada cuando la comida casi volvió sin tocar a la cocina. Fräulein se excusó con ella a través de mí diciendo que estaba inapetente. Poco más

puedo contarle Herr Coronel.

Bueno, no parecía haber ocurrido gran cosa, y lo que fuera fue entre la charla con la cocinera y la subida de Dafne al piso superior. ¿Las criadas? ¿Alguna le había faltado al respeto de alguna manera? Posiblemente. Era plausible. Por lo visto, Dafne no iba a bajar a cenar. La vena terca de su inglesa. Pero él no podía dejarla sin comer toda la noche, por lo visto desde la mañana poco había tomado. Y tenía que hablar con ella, para que le contase que demonios había ocurrido y poner remedio. Miró a su serio criado.

—Prepare una bandeja con la cena para mí y para Fräulein Sevenstons. No hace falta mucha etiqueta, Glöckmer. Yo mismo la subiré. Cuando me la traiga, ordene al servicio recoger y retirarse, ya no vamos a necesitarles más esta noche.

—Por supuesto, señor. —Glöckmer salió de la biblioteca a cumplir sus órdenes. Heinrich planeó seriamente la estrategia a seguir. Si, con Dafne se podía esperar cualquier cosa. Ya se estaba dando cuenta de ello, y lo malo de todo esto, es, que en los pocos días que la conocía, había aportado más calor y diversión a su vida, que en sus últimos diez años de existencia. Vivir para ver.

Minutos después, dejó la bandeja en un pequeño mueble que adornaba el amplio pasillo, empujando hacia el lado contrario un jarrón con flores secas, que ni siquiera recordaba haber visto alguna vez allí. Diablos, ¡ni siquiera se acordaba que allí había un mueble y un par de sillas!

—Dafne, abra, he traído la cena.

Escucho murmullos al otro lado, quizás el crujir del somier de la cama.

—Dafne. Voy a entrar. Si es necesario romperé la cerradura. Mañana llamará Glöckmer al cerrajero, y eso hará que suba varios grados el posible cotilleo del servicio.

Un salto al otro lado, unos pasos ligeros. Heinrich sonrió, había dado en

el blanco. Ella abrió la puerta, aún despeinada y con su pequeña nariz roja. La camisa celeste que llevaba estaba arrugada, y con el lazo del cuello deshecho, igual que su falda estaba algo estropeada.

—¿Me permite pasar? He traído una cena informal para los dos. — Heinrich le mostró la bandeja bien cargada.

Dafne se hizo a un lado y le hizo una floritura con la mano dándole paso.

—Pase, que más da ya. —Luego se retiró y se sentó en los pies de la cama, con ambas manos en el regazo.

Heinrich se hizo cargo de la situación en un vistazo. La cama estaba algo revuelta aunque aún sin deshacer. Seguramente había estado tirada sobre la colcha llorando. Las almohadas eran las que parecían en peor forma. Estaban golpeada, y juraría que húmedas por las lágrimas.

Dejó la bandeja sobre la peinadora y tomó una mesita redonda de un rincón. Quitó el florero y la caja de cerámica que había sobre ella. Y la llevó en volandas hasta donde estaba ella sentada. Luego tomó la silla de la peinadora y la puso enfrente de ella. Después llevó la bandeja a la mesita, dejándola entre los dos. Levantó las tapaderas de los platos. La cocinera había preparado una cena fría, pastel de carne cortado a rebanadas. Algo de verdura guisada. Ensalada de patatas. Un plato con pasteles de fruta. Dos copas, una botella pequeña de vino. Algo de pan de cereales., el aroma era casi irresistible. Desde luego que Gudrun había estado hoy haciendo un estupendo trabajo.

Él se sentó al frente y deshizo la servilleta, puso una en su regazo y le ofreció la otra a ella. Sirvió dos copas de vino por la mitad, y se la acercó.

—¿Un día duro? —Ella aceptó la copa, y desde luego, tenía que haberlo sido. La apuró de un trago y la dejó sobre la bandeja.

Heinrich sirvió una porción de carne y verdura en los dos platos, poniéndolo ante ella primero. No hizo ni el ademán por comer.

—¿Tendré que alimentarla yo, como si fuese una niña malhumorada?

Ella tomó el tenedor y empezó a comer pequeños trocitos, despacio primero y luego con más apetito. Heinrich sonrió para sí. Cuando a una fortaleza sitiada, se le ofrecía comida... Podían suceder dos cosas, que se volviese más fuerte para seguir el sitio, o que se pusiese de parte de los sitiadores.

Dejó que comiera a gusto, e hizo lo mismo. Si comenzaba ahora a hablar, ella dejaría inmediatamente de comer. Y eso no era lo que quería. Un estómago satisfecho, la tranquilizaría, aunque podría darle más fuerza para presentar batalla. Él se sirvió vino otra vez, a ella apenas dos dedos. Ella volvió a apurar la copa de golpe.

Después de esto no le llenaría más la copa. Ni la suya.

Ella dejó al lado el tenedor, había terminado poco antes que él. Heinrich dejó también su plato terminado y cogió los platos de postre, los puso encima y repartió los pasteles de fruta. Ella se había quedado allí quieta, no supo si mirando a su plato, o al infinito. Tomó un trozo de pastel en un tenedorcillo y lo acercó a los labios de la mujer.

—A ver, pruebe, creo que Gudrun no los hacía desde que mi madre... — le rozó casi el labio inferior con la fruta, incitándola. —Están deliciosos, mañana tendrás que felicitar a la cocinera de mi parte. A ver, abra esa boca.

Ella le miró enojada.—No soy una cría para que me dé de comer así.

—Se está comportando como tal. —Dejó el trozo de pastel pinchado en el tenedorcillo sobre el plato de Dafne. —Pruebe, vamos. —Ordenó, aunque con voz suave. No admitía más discusión.

Ella tomó a regañadientes el tenedor y mordió el trozo de pastel. Con él dentro de su boca, cerró los ojos con una expresión deliciosa. Si, nadie decía que no al pastel de frutas de Gudrun. Atacó el dulce manjar por su cuenta,

con un quedo gemido de satisfacción. Al poco tiempo no quedaban ni las migas.

Heinrich divertido, le ofreció el suyo con un gesto galante. Ella lo miró, golosa, pero negó con la cabeza. Chica orgullosa. Heinrich tomó la mitad de su pastel y lo puso en el plato de ella.

—Coma Dafne, me han dicho que no lo ha hecho en todo el día.

Ella obedeció. El pastel de Gudrun entraba dentro de los alimentos milagrosos y curativos. Debía agradecerlo debidamente a la buena cocinera.

Heinrich también terminó su parte y tomó entonces la servilleta, y la llevó a los labios de ella. Una miguita había quedado atrapada allí, entre sus labios sonrosados. Ella se puso roja de inmediato. casi le arrebató la servilleta de las manos para limpiarse ella misma. Heinrich se relajó sobre la silla. Estiró la espalda y la miró directamente a los ojos.

—¿Qué ha pasado hoy Dafne? Hable.

Ella soltó la servilleta con un suspiro.

—¿Sinceramente? Cuando acepté hacerme pasar por su “amante”, no, bueno, no creí verme tan afectada. Pensé que todo sería de cara a la galería. Cuando estuviésemos fuera de casa, en el concierto del sábado, en algún paseo, en alguna fiesta, no sé, pero... —Ella retorció sus manos y se miraba la punta de sus pies. Encantadoramente descalza.

—Siga. —apremió Heinrich. Sin querer dejar a su mente divagar por el conjunto de bellos atributos femeninos que tenía ante sí.

—Bueno, está mañana subí para ver si podía conocer un poco más a las criadas que estaban entonces recogiendo las habitaciones. Entonces las escuché.

—Dafne...

—Sí, sé que no es correcto y no es propio de alguien con educación ponerse a oír a escondidas conversaciones ajenas. Pero ellas, sobre todo la “*lechera de los Alpes*” hablaban de mí.

Heinrich alzó una ceja dorada.

—¿La “*lechera de los Alpes*”?

—Si, la nueva doncella, es muy jovencita, no sé si usted la habrá visto, parece, parece, bueno, muy blanca, pelirroja, muy abundante—e hizo un gracioso gesto con las manos indicando los amplios atributos pectorales de Inga— bueno...

—¿*La lechera de los Alpes*?— volvió a repetir Heinrich, él no se acordaba de ningún atributo especial de la chica que estaba antes en el comedor con Glöckmer, ni se había dado cuenta que fuese pelirroja.

Entonces Dafne canturreo.

Die Milch aus den Alpen / La lecherita de los Alpes

Er sgt, er mag mich nicht / dice que no me quiere dass Soldaten / que los soldados tenemos Wie Matrosen / igual que los marineros Liebe in jedem Hafen / un amor en cada puerto so will ich nicht / por eso no me quiere Und heute bin ich / Y hoy le he llevado ein Zweig der edelweiss / un ramito de edelweiss aber die Liebe eines Soldaten / Pero amor de soldado sie nicht haben wollen. / ella no lo quiere tener. Die Milch hat rote Haare / La lecherita tiene el cabello rojo und Feuer ist sein Herz / y de fuego es su corazón sein Mund ist auch rot / roja su boca es también und ihre Haut ist milchig weiß/ y su piel es blanca como la leche

Heinrich aún estaba ahora más confuso.

—Oh, vamos, no me diga que no ha escuchado nunca esa cancioncilla en la radio. — continuó Dafne.

—Claro que la he escuchado, pero ¿qué tiene que ver con todo esto?

—Pues no sé, pero la doncella me recuerda a la lechera de los Alpes. — divagaba.

—¿Y eso le disgusta? — "*mujeres*", pensó para sus adentros Heinrich.

—¡Oh, Heinrich! —Otra vez decía su nombre como si paladease alguna fruta madura y exótica. Cómo le agradaba escuchar su nombre en esa boquita pequeña y carnosa. Y aún le hubiese gustado más escucharlo gritar en pleno éxtasis. Mientras le hiciese el amor. Heinrich sacudió la cabeza, a ambos se le estaba yendo el asunto por las ramas.

—Dafne, sin rodeos, ¿escuchó algo que la molestó de su persona en boca de esas mujeres?

—Oh si, y si eso lo dicen las personas que voy a tener que ver casi o cada día. ¿Qué dirán de mí el resto de sus amistades?

—Pero, Dafne, ¡estamos muy lejos de su hogar! Esto sólo es temporal, he prometido hacer todo lo posible para sacarla de aquí y devolverla, o a Suiza o a su patria si puedo. Esto es un trato que hemos hecho para el mutuo beneficio, yo consigo mi puesto en el frente y usted...

—¡Pero soy tan poca cosa, que no es creíble, Heinrich! —Ya está, ya lo había dicho.

Heinrich comprendió el problema. Ella se sentía inferior. Miro su ropa, aunque algo arrugada, estaba limpia y era de corte sencillo, pero no hacia justicia a una mujer. Gritaba a las claras una vida de trabajo. Una mujer de mundo, una amante, tendría que usar ropas bonitas, elegantes, hasta para estar en casa. Decidido, además de los vestidos para salir de fiesta que había pensado comprarle, renovarían su vestuario. Nadie la haría sentir inferior

nunca más.

Se levantó y hizo a un lado la silla, y la mesa con la bandeja volvió a ponerla en su sitio. Se acercó, y se acuclilló ante ella. Con un dedo le elevó la barbilla para que le mirase a los ojos directamente.

—Dafne, no tiene que avergonzarse de ser una mujer que ha trabajado toda su vida. Por lo poco que me ha contado, puedo ver que ha sido muy valiente y decidida. Ha hecho todo lo posible y se ha sacrificado por los suyos, incluso gastando lo mínimo en su persona. —Tomó aliento. —Por eso, mañana vamos a ir a una buena tienda, y me va a permitir comprarle lo que necesite. Y no me va a discutir por ello. Soy un hombre sin apenas caprichos, déme al menos la satisfacción de verla, el tiempo que esté a mi cuidado, feliz y bonita. ¿De acuerdo?

Levantó una mano y acarició uno de los rizos de la joven que caía sobre su cara con forma de tirabuzón. Ella pareció de nuevo al borde de las lágrimas. Era una mujer muy emocional. Y todas salían por esos ojos grandes de gacela en cascada. Él que no estaba acostumbrado a revelar sus propios sentimientos, se sintió agradecido de poder ver todas aquellas emociones en ella. Le daban una agradable sensación de viveza y de calor, que llevaba largo tiempo sin sentir, casi desde que era un niño.

—¿De acuerdo Dafne? —ella asintió dos o tres veces tragándose lágrimas que pugnaban por salir. Nunca se había comportado de esa manera. La situación, o aquel hombre la hacían ser un cúmulo de emociones encontradas, y dos de cada tres veces, ya de pena, de agradecimiento o de simple reconocimiento de sus propias limitaciones, la hacían verter lágrimas. Pero él no era el culpable, era ella que, últimamente era un manojo de nervios.

Él se incorporó y se irguió en toda su altura. Dafne levantó la mirada. Y él sonrió. Eran contadas sus sonrisas. Quizás debía comenzar a atesorarlas. Era un buen hombre, debajo de toda aquella coraza que cubría sus emociones.

—Ahora descanse Dafne. Lávese esas lágrimas y duerma bien. Mañana me he tomado el día libre y nos acercaremos a hacer las compras.

El caminó tranquilamente hasta la puerta y la abrió.

—Buenas noches. — y cerró la puerta tras de sí.

Dafne se dejó caer hacia atrás en la cama, abriendo los brazos. En su cabeza, el guapo rostro de Heinrich, aún más magnífico con aquella sonrisa en sus labios. ¿Podría dormir aquella noche después de ello?

Heinrich deshaciéndose de la ropa se tendió sobre la cama con las manos cruzadas bajo la cabeza, después de apagar la luz. Dejó las contraventanas abiertas. Vio una luna redonda y plena surcando el cielo nocturno.

Y en su mente los ojos grandes de Dafne, y su mentón tembloroso, y su boca pequeña, con labios jugosos y rojos. Fruta deliciosa, pero prohibida.

Tendría que idear un plan de sacarla de Berlín, si en el plazo de una semana o dos, el amigo de Tony, el falso vendedor de periódicos no aparecía de nuevo por las cercanías de su lugar de trabajo.

Ella debía de estar a salvo, era demasiado suave y valiosa, demasiado dulce e ingenua para el papel que iba que representar. Tendría que permanecer a su lado, siempre en guardia.

Y mientras antes estuviese lejos de él, mejor, su alma pura no debía de ensuciarse con la suya propia, la de un traidor sin nombre y sin patria. Pero con el recuerdo del roce apenas de sus dedos por el tembloroso mentón de su inglesita, y la caricia de su suave cabello rizado ¿podría dormir esa noche?

CAPÍTULO 18

EL coche recorrió toda la avenida de la Puerta de Brathemburgo. Dafne miraba hacia un lado y a otro, algo nerviosa. Se había intentado poner lo mejor que tenía, su traje de chaqueta azul marino, con su camisa blanca con el lazo que cerraba su cuello y diminutas perlitas como botones. Esa zona de la ciudad, donde las tiendas lujosas, no la había pisado más de dos veces. Siempre para recoger alguna cosa que había comprado Madame Ivette. Pero nunca había entrado a la tienda a la que ahora la estaban llevando.

Heinrich igualmente buscaba con la mirada el letrero o el escaparate de la tienda que le había indicado su amigo. Pero antes de encontrarla, vio al mismísimo Dietrich haciéndole señas desde la acera con una sonrisa pícara.

Heinrich agarró la mano de Dafne que reposaba sobre la piel del asiento, y le dio un suave apretón. Ella miró hacia la ventanilla de Heinrich, y vio un hombre alto, sonriente y atractivo de la misma edad de Heinrich o poco mayor, con uniforme negro de oficial de las SS.

—Dafne, creo que vas a pasar tu primera prueba antes de lo previsto. Lo siento, pero mi amigo Dietrich nos está esperando.

—Y cómo... Cómo sabía que...

—Le pedí consejo de donde llevarte para comprar todo lo necesario. Por lo visto su curiosidad sobre ti ha podido más que sus deberes para hoy. Por

favor, no olvides que debemos tutearnos.

El coche aparcó suavemente al lado del alegre Dietrich que, sin pensárselo dos veces saltó de la acera y se fue hacia la parte donde estaba sentada Dafne. Antes que el chófer se pudiese bajar a abrir, él mismo hizo los honores. Sonriente se inclinó y tendió una mano ancha y enguantada.

—¿Fräulein Dafne? Un placer conocerla al fin. Kurt Dietrich a sus pies.

Dafne pensó que tan buena era esta hora como otra para comenzar a interpretar su papel. Ella delicadamente deslizó su mano sobre la del hombre y se dejó ayudar a salir, igualmente con una sonrisa seductora. Al menos ella creyó que era una sonrisa así.

—Coronel Dietrich, y también he oído “cosas” de usted.

—No todas malas, supongo.

Ella ya estaba sobre sus pies, y Dietrich colocó la mano de la joven en su propio antebrazo, acompañándola con galantería hasta la acera junto a un serio Heinrich. El aspecto de Kurt Dietrich era bastante opuesto a Henry, de cabello castaño oscuro y facciones fuertes pero muy masculinas. Tenía incluso una cicatriz cruzando su mentón bien afeitado. Era aquella clase de hombres que sabía hacer de su sonrisa un arma muy peligrosa.

—Oh, solo unas pocas malas, la mayoría, peores. —y entonces ella rió. —y Dietrich prácticamente se derritió a sus pies. Le dio palmadas suaves sobre la mano que descansaba sobre su uniforme negro de paseo, mientras la contemplaba embobado.

Heinrich desde la acera los veía acercarse sin el más mínimo gesto de aprobación ni de lo contrario. Cuando ambos hombres estuvieron frente a frente, Dafne comprobó que Dietrich sobrepasaba unos centímetros a Heinrich, Ambos se tocaron el ala de la gorra militar que llevaban y se dieron la mano con amistoso gesto.

—Que callado te lo tenías, viejo bribón. Es una señorita encantadora. ¡Y esos ojos dulces como la miel! Alumbrarían la vida del más taciturno de los hombres— Dietrich pasó al lado de Heinrich llevándola consigo y dando un codazo jocosos a su amigo. —No me extraña que la tuvieras oculta de los demás lobos.

Dafne rió con las lisonjas y se dejó llevar hasta la tienda.

—No sea malvado Coronel Dietrich, yo soy una chica muy normal, y no estoy acostumbrada a tantos piropos.

—¿Qué Strieber no calienta esos lindos oídos con palabras de alabanza a su preciosa persona?— Kurt volvió su cabeza hacia Heinrich que los seguía con cara bastante más seria ahora. —Tsk tsk, amigo., eso no podemos consentirlo. Una joven dama así merece algo más que tu cara de lobo solitario y mal encarado, Coronel.

Heinrich se encogió levemente de hombros mientras se quitaba su gorra antes de entrar en la tienda de Madame *Merevilleux*. Dietrich volvió a mirar a Dafne, colocándose la gorra igualmente, del brazo del cual Dafne se sujetaba con coquetería recién estrenada.

Apenas traspasó la puerta de Madame *Merevilleux*, Dafne se sintió totalmente fuera de lugar. En primer lugar, todo aquel derroche de brocado de terciopelo burdeos tapizando las paredes, formando paneles, y entre ellos columnas y filigranas pintadas de oro viejo. Todo ello, del suelo al techo. Incluso éste estaba pintado con unas escenas campestres de pastores, damas, faunos y alguna que otra sílfide bailando casi desnuda. El suelo era de grandes losas en "damero" de cerámica en burdeos y ocre dorado perfectamente pulido. Aquí y allá deliciosos maniqués ataviados muy a la moda. Estantes en hornacinas de la pared, estaban llenos con toda clase de complementos para una dama. Una música suave de cuarteto de cuerda se escuchaba desde un gramófono colocado en una esquina.

El fondo de la tienda con un tremendo mostrador, de madera oscura, muy

tallado e igualmente con detalles pintados en oro viejo. Tras él, piezas y piezas de telas bien ordenadas por clases y colores. A cada lado de la enorme estantería, dos puertas con cortinajes igualmente burdeos de pesado terciopelo de algodón.

Más parecía un teatro de *varietés*(10), que una tienda de ropa femenina.

En un rincón de la tienda cercano al escaparate, un par de sillones estilo Luis XV, igualmente tapizados y recamados de pan de oro.

Una de las dependientas que estaba tras el mostrador corrió a avisar a Madame *Merevilleux*, mientras otra que estaba arreglando los maniqués les sonrió dándoles la bienvenida a la tienda.

Dietrich soltó galantemente su brazo y la dejó allí en medio.

Por unos instantes se sintió verdaderamente pequeña ante las circunstancias. Heinrich la tomó de la mano de inmediato y se la besó, mientras la miraba intensamente, dándole la fuerza que ahora le faltaba. Esos ojos tormentosos la traspasaron dándole el aplomo que le faltaba. Murmuró apenas para ella, cerquita de su oído.

—Hasta ahora lo estás haciendo muy bien. — Le sonrió de medio lado, con esa sonrisa que le daba ese aspecto malvado tan atrayente. —Demasiado bien, tienes a Dietrich comiendo prácticamente de la palma de tu mano.

Ella no supo si sonreír, la última frase, se la dijo con aire sombrío. Ella no había sido consciente de su poder sobre un hombre hasta ese momento.

Se miró por un momento en uno de los paneles que eran de espejo y se vio a sí misma y a Heinrich. Ambos estaban de perfil. Él, imponente, como siempre, con su uniforme perfectamente planchado color gris verdoso, y ella, con aquel traje de chaqueta azul marino de corte sencillo, y su camisa blanca nívea. Con su sombrerito pequeño puesto coqueto de medio lado.

Sus mejillas ruborizadas, sus labios apetitosos entreabiertos. Y se impactó. Ambos hacían una bella pareja. Él, alto, de cabello corto y rubio, galantemente sosteniendo su mano pequeña sobre la suya, amplia y fuerte. Solo y exclusivamente pendiente de ella, una mujer de cabello rizado corto, peinado con ondas al agua. Una mujer que gracias a él, ahora parecía brillar con otra luz. Ya no era la gris institutriz de estos años atrás. Ahora era una mujer joven, atractiva y deseable. Nunca se había sentido de esta manera.

Y todo era por obra, gracia y culpa de Heinrich Strieber.

Segundos después hizo una aparición teatral Madame *Merevilleux*, surgió como un huracán seguida de otra joven. Vestida imponentemente con un delicioso traje color lavanda con detalles en gris platinado, peinada en un elaborado moño adornado con un broche su cabello leonado. Unos ojos negros grandes y con pequeñas arrugas de expresión en sus esquinas. Era apenas diez centímetros más baja que Dafne pero lo compensaba con tacones vertiginosos. Se acercaría a los cincuenta. Aún así tenía esa belleza clásica que perduraría en el tiempo.

Dietrich se dirigió a besar su mano. Ella le sonrió como a un viejo amigo.

—Herr Coronel, gusto en verlo, como siempre. —El acento francés auténtico floreció tras el gutural alemán.

—No madame, el placer siempre será mío.

—¿Me presenta a sus amigos Coronel?— ella había llevado pronto su atención hasta la pareja que permanecía estática en el centro de la tienda aun vacía tan temprano. Heinrich todavía no soltaba los dedos de Dafne y ella seguía aún notando como los colores llenaban su rostro.

—Por supuesto madame. Son mi buen amigo el Coronel Heinrich Strieber, y su deliciosa acompañante, fräulein Sevenstons.

Madame *Merevilleux* dio dos pasos hacia la pareja, y solo entonces

Heinrich soltó la mano de Dafne, para hacer una leve inclinación de cabeza ante la dama, y tomar su mano con un beso cortés que quedó apenas a dos centímetros del anillo corazón con una piedra imponente que llevaba la elegante mujer.

Luego Madame se acercó con andares de gata elegante hasta Dafne, ésta se encogió apenas imperceptiblemente, pero Madame sonrió y le besó efusivamente ambas mejillas. La sonreía con verdadero interés. Si previo aviso Madame le abrió la chaqueta y estudió a fondo su cuerpo unos instantes.

—A ver, *ma fille*, gire... —hizo el gesto de que girara con su dedo índice, cuando, por unos segundos, Dafne no pareció entender. —Gire para mí, *fräulein*, quiero estudiar su figura.

Dafne se sintió algo torpe dando una vuelta sobre sí misma para quedar de nuevo frente a frente ante Madame.

—*Délicieux*. Si, tienes un potencial oculto. ¡Y *moi* voy a sacarlo!

Heinrich fue a decir algo pero Dietrich se adelantó.

—Querida, ante todo queremos que siga pareciendo una dama.

—Oh vamos Coronel Dietrich, *ces't une dame*, y ¡nunca dejará de serlo!
—Madame se puso a su lado y cogió su mano como antes había hecho Dietrich, poniéndola en su antebrazo. —Se nota en su rostro, en su ademán, ¡en su postura! Ella no es como cualquiera que hayas traído aquí antes, Coronel, ¡ambos nos conocemos!

Dietrich sonrió ante la regañina. Luego Madame miró directamente a Heinrich.

—Bueno, Herr Coronel, ¿qué desea para la dama?

Heinrich se aclaró un momento la voz. Algo incómodo. Madame se

adelantó de nuevo.

—Algo de diario, y algo de paseo, seguro, su ropa es de corte demasiado sencillo, y no le hace justicia,—miró luego a Dafne— No se ofenda *cheré...* — y le dio ligeras palmadas en el dorso de la mano. —Algo de fiesta, no querrá ocultar *cette beauté* al mundo solo para usted, *je suppose*.

Heinrich tosió de nuevo para aclararse la garganta. Dietrich se estaba echando a reír a sus espaldas. Heinrich le fulminó con la mirada y luego se alzó ante el huracán *Merevilleux*.

—Y todo lo que necesite, por dentro.

—Ah, por supuesto, ¡eso también *est très important!* No nos olvidaremos de los complementos necesarios para vestir el interior y el exterior de *mon petit*.

—Y el calzado apropiado.

—*Évidemment*, esas *belles jambes* tienen que usar calzado a su altura.

—Y medias de seda. —Ya estaba dicho. —Fräulein está bajo mi protección y ha perdido todo su equipaje. Necesita un guardarropa completo.

Dafne fue a protestar, pero Heinrich, lo mismo que la había animado minutos antes con una mirada, ahora, con otra, ligeramente sesgada, la impidió abrir la boca.

—Por supuesto, por supuesto, se *gastará une petite fortune*, pero le prometo que valdrá la pena. —dicho esto tiró de ella hacia el pasillo tapizado igualmente de burdeos con pequeñas *lámparas* en aplique color dorado y globos de exquisito cristal tallado, tras el mostrador.

—Caballeros tardaremos al menos tres horas.

A sus espaldas escuchó la voz divertida de Dietrich.

—Estaremos en la cafetería de enfrente Señoras. Allí esperaremos a Fräulein Sevenstons. —Luego la diminuta campana de la puerta repiqueteó anunciando la salida de ambos hombres.

Se había quedado sola, en manos de Madame *Merevilleux*.

—No te preocupes *cheré*, el coronel Dietrich nunca ha tenido gusto para las mujeres. Pero por lo que veo su amigo sí lo tiene.

Dafne no supo que decir, sólo se dejó llevar por aquel torbellino de mujer.

—Relájate, estás en *mein mains expertes, cheré*.

Avanzaron por el pasillo hasta el fondo, se abrió al final una sala semicircular, con una escalera al fondo que hacía de marco al semicírculo. Estaba rodeada por paneles en tonos cremas alternados por espejos. En la parte de atrás, a los lados de la única puerta, mas estanterías cargadas de telas. Puestos en innumerables perchas decenas de vestidos, faldas, chaquetas, blusas. También en otra estantería cajas de cartón decorado de diversos colores de tamaños variados. Algunos cajones, que seguramente ocultarían más maravillas y, en el centro de la habitación una especie de tarima redonda de madera oscura, a la que se subía por unos diminutos escalones.

La sala se iluminaba con luz natural desde redondas claraboyas, alternadas por lámparas costosas.

Dos jóvenes vestidas de uniforme azulón y delantales celestes, estaban allí, a los lados de la plataforma.

—Anna, Claire, os traigo a fräulein Sevenstons. —Ambas muchachas sonrieron haciendo una reverencia sacada de otro siglo. —Bien, ante todo tomar medidas exactas, y ver si tenemos todo lo necesario, que hay que llevar al *atelier*, y que hay que hacer a su medida.

Dafne se vio arrastrada, a una vorágine de una hora de intenso

movimiento a su alrededor. En primer lugar le sacaron la chaqueta, la falda y su única camisa de domingo, y la pusieron a un lado sobre una percha. La dejaron con su ropa interior y agradeció que no le quitaran su combinación, aunque allí no hacía el más mínimo frío, parecía que con ella conservaba algo de pudor.

Madame acercaba a su rostro muestras de tela, sacaba perchas que después, o apartaba vestidos y una de las chicas volvía a poner en su sitio, o se acumulaban en un montón en las mesas de alrededor y en las perchas de la pared. Hablaba rápido con sus empleadas, y estas se movían aún más deprisa. Trajeron zapatos, se los probaron, se los quitaron. Parecía una muñeca a tamaño natural vestida y desvestida por manos expertas.

Luego llegó el momento de la ropa interior, Madame escogió varias piezas y ella temió que le hiciesen probarse allí, ante las tres mujeres desconocidas todo el surtido. Pero no fue así, la acompañaron hasta un probador cuya puerta le había parecido hasta ahora un simple panel beige, y dejaron sobre una pequeña mesita un surtido de tallas y formas para que escogiera los que más se adaptaban a su forma.

Cuando volvió a salir con los que le quedaban mejor en una mano, una de los jóvenes aprendices las recogió y Madame volvió a su andanada de órdenes. Otra de las jóvenes le puso una bata que parecía de seda pesada en color crema sobre sus hombros. E igualmente unas chinelas en sus pies descalzos adornadas con plumas de marabú. Madame antes de meterla en el probador le había dicho que se quitase las medias que llevaba. Cuando la acompañó escaleras arriba, supo el porqué.

En el piso alto había una especie de salón de belleza no muy grande, allí les esperaba otra mujer. La sentaron en un sillón y entre ambas discutieron que clase de colores de maquillaje, sombras y lápices de labios le vendrían mejor.

La maquillaron, explicándole el proceso y las diferencias para el día y la noche. Arreglaron su cabello dándole un pequeño corte más redondeado un

poco más, resaltando el rizo natural. Pintaron sus uñas de las manos y de los pies. Madame sonreía cuando Dafne se sorprendió cuando le tomaron los pies para poner un cremoso color beige en sus uñas.

—Oh, *cheré* así estarán perfectos, creo notar que Herr Coronel tiene una atracción por sus pies, —se rió un poco—es uno de los pocos hombres que se han dado cuenta que las mujeres usamos zapatos, y ¡ha insistido en que use medias de seda!

Mientras el esmalte se secaba, Madame hizo apenas un imperceptible gesto para que la mujer que había llevado a cabo todo el maquillaje saliese de allí.

Después tomó asiento enfrente de Dafne. Su rostro pareció por instantes volverse más serio.

—*Chéré*, ¿cuál es su historia?

Por unos momentos Dafne, que había estado las dos últimas horas sumergida en una vorágine de telas, medidas, pruebas, ponte esto y quítate aquello, se quedó callada. ¿Qué podía contarle a esta mujer desconocida? ¡Ella no tenía ninguna historia!

—Oh, vamos mon petite. Estoy aquí no solo para vestirle, sino también para aconsejarla. Son muchas las jóvenes que han pasado por aquí del brazo de un oficial o *d'un homme riche*. Todas tenemos una historia detrás. —viendo que Dafne se ponía aún más roja por momentos, Madame optó por abrir ella misma la conversación con algún trazo de la suya propia.

—*Chéré*, cuando empezó la primera Gran Guerra, yo estaba en Francia, *dans un village* perdido en medio de parras y sembradíos. No tenía ni diecinueve años. Mi familia trabajaba en los cultivos de un *chateau* que daba trabajo a la mitad del pueblo. Pero *ma mère*, al ser *la fille unique*, nunca me mandó a las labores del campo, me hizo aprender a coser, y yo pronto empecé, no sólo a vestir a mi familia, sino a trabajar haciendo vestidos para

las *madames* del village. Hasta que llegó al pueblo un oficial de ejército, con su esposa. Ella recurrió a mis servicios, y el oficial se fijó pronto en mí. Con excusas, me llevaba siempre en coche a *ma petite maison* después de trabajar la mañana en hacer y arreglar vestidos para su esposa, entre ellas que llevaba labor de vuelta a casa y que no quería que se estropearan los paños. — Madame pareció estar ahora muy lejos, suspiró ostensiblemente, y dejó pasar unos segundos.

—Caí en sus redes, era un hombre mayor me llevaba casi veinte años, pero *tan attrayant...* Nunca había sido tratada con esa *exquisé* educación, y me convertí en su amante. Él hizo que su esposa, que sólo pensaba en ropas y joyas, que él sabiamente le proporcionaba a cambio de su apellido y de dos hijos que tenían en común, convenciera a mi madre que yo estaría mejor en la ciudad, cerca de ellos, cuando se mudaran a París. Ellos me protegerían allí, y que me darían la oportunidad de trabajar como *couturière* en *le petite ateliere* que pertenecía a unos amigos, y que así podría mandar dinero a casa para ayudarles.

Dafne se encontraba mirando fijamente a Madame *Merevilleux*, que por un segundo sacó un pañuelo con encajes y se secó una inoportuna lágrima.

—Y si, fui a París, y empecé a trabajar aprendiendo desde abajo como cortar, como coser, y como diseñar... En eso debo estar agradecida a *mon bien-aimé Carles*. —suspiró. —Si las circunstancias hubiesen sido otras, él juraba que hubiese dejado a su esposa sólo por vivir *avec moi*.

Pronto me vi dueña de mi misma. Carles fue siempre muy cuidadoso, y no quedé embarazada como otras jóvenes en mi situación. Cuando murió al final de la Gran Guerra, yo lo pasé mal, como todo el mundo, pero tenía una profesión y destacaba en ella. —Otro suspiro, y una sonrisa cruzó la cara de la mujer. —Luego vinieron otros *hommes*. Yo progresé, Más tarde siguiendo a uno de ellos, del que me enamoré, me trasladé hasta Berlín. Aquí él me instaló. Él tenía negocios, dinero y poder, era soltero, pero no podía casarse con una *couturière*.

—Pero hasta que se casó fuimos felices. Me ayudó, y yo abrí esta tienda, y *mi atelier*, y ésta forma de tratar a mis clientes. Él también me dio acceso, y aún me da, a una lista de clientes que sabe lo que busca, y yo les doy la discreción, y no me meto en las vidas de ellos. Sin embargo, siempre procuro ayudar a las jóvenes que llegan a mis manos. —La miró directamente a los ojos. —Y ahora *mon petit*, ¿cuál es su historia?

Dafne estaba atrapada, tenía que pensar rápido y que no se alejase demasiado de la verdad. La mentira, si se salpicaba de verdades, era más creíble.

—Yo, bueno, trabajo para una pareja de antiguos amigos de mi familia. Me quedé sola muy joven y a cargo de una hermana menor que yo. Pero tuve la suerte de ir tirando unos años estirando la poca herencia de mis padres. Utilicé el dinero para conseguirme estudios para ser institutriz. Por suerte esta pareja me contrató porque viaja muchísimo, y ninguna mujer de más edad quiere una vida tan movida. He estado con esta familia criando a sus hijos durante los cinco, casi seis, últimos años. La guerra me ha cogido en Berlín. Mis señores tenían que salir de Alemania de nuevo por los negocios. Y, bueno, mis visados y documentación no estaban en orden, en la oficina de registros estaba al cargo Herr Coronel. Bueno, nos conocimos, nos vimos un par de veces, mientras mi documentación estaba en sus oficinas. Luego mis señores y sus hijos viajaron a Suiza, pero yo que tenía previsto viajar dos días o tres después, bueno, cerraron las fronteras, y me vi sola. Herr Strieber me ha dado protección, y se está portando muy bien conmigo. No sé si se habrá percatado, pero soy inglesa, y aquí sin protección...

—Comprendo *cheré*... —le tomo una mano—Pero hay algo más que no me dice, lo sé, soy vieja en estos asuntos, *petit*. Él se ve enamorado, apenas he estado un par de minutos contempládoos, y él la mira como Pigmalión a Galatea(11).

Dafne se sintió azorada, ¿de veras Heinrich la miraba de esa manera?

No, no era posible, era sólo un trato entre ambos, no había

enamoramamiento posible. Ella al final marcharía a Suiza o hasta la mismísima Inglaterra, y él hacia el frente de batalla. Donde podría perder la vida, sintió un nudo en su estómago ante tal pensamiento.

Por un momento ambas mujeres quedaron calladas. Dafne luchado por no soltar una lágrima que pugnaba por salir. Y Madame *Merevilleux*, respetando su silencio, unos minutos.

—Bien *cheré*, pero, si necesita ayuda, no dude en venir hasta mí, ¿de acuerdo?—giró un dedo alrededor. —Muchas chicas que están aquí de aprendizes y en mi *atelier*, han pasado por lo mismo que nosotras, pero quedaron embarazadas, y ahora crían solas a sus hijos.

Dafne asintió agradecida por esa bondad en una extraña, últimamente estaba demasiado sola, y ese trato la emocionaba infinitamente.

—Bueno *petit...* ¿sabe cómo evitar un embarazo?

Dafne abrió mucho los ojos sin saber que decir.

—Querida, Pigmalión ¿aún no ha tomado a Galatea?

Ojos aún más abiertos, y luego empezó a negar con la cabeza.

—¡Ah *Mon Dieux!* ¡Y encima será virgen! Inaudito.

Dafne asintió, despacito, a que mentir ya.

—Pero sabrá lo que ocurre entre un *homme* y una *femme*. —Dafne asintió a medias, Tras ello Madame *Merevilleux* se lanzó en una educativa clase, en la que ella callaba, asentía, abría aún más los ojos, y volvía a asentir.

—Entendido todo, ¿verdad *petite*? —Madame asentía con la cabeza mientras se levantaba, y le hacía una seña para que hiciese lo mismo y la siguiese al piso de abajo. — Lo que me extraña es que un hombre soltero como Herr coronel, no haga de usted una mujer decente, *vous marierec*.

Aunque su nacionalidad sea británica, a eso se puede firmar y renunciar.

Ambas bajaron la escalera, Dafne al fin pudo ponerse unas medias, pero las que le dieron eran de seda color negro y con costura trasera terminada en el borde superior del talón con un aplique bordado de un fingido lazo.

Las aprendices la ayudaron a vestirse. Mientras ella había estado arriba, su traje de chaqueta había sufrido un par de modificaciones. La falda había sido acortada y ahora una linda raja se abría sobre su pierna izquierda.

La camisa no tenía el lazo y habían puesto en su lugar un delicioso encaje de Marsella, muy rizado y hacia arriba, lo habían dejado caer por toda la tapeta. Las perlititas infantiles habían sido sustituidas por botones más grandes y de nácar, y el cuello dejaba abierto dos botones que no cerraban, dejando un escote pequeño pero insinuante. La chaqueta había sido entallada, y acortada, con la tela habían hecho unos bolsillos fingidos de tapeta, y en el superior, sobre su pecho se veía el velillo de un pañuelo con el encaje a la vista.

Incluso su sombrerito había sido retocado con un lazo nuevo y un aplique discreto y elegante de puntas de plumas de pavo real.

Madame la llevó ante uno de los espejos de cuerpo entero. El cambio había sido ostensible, pero no excesivamente drástico. Maquillaron apenas su rostro, habían dado énfasis a sus ojos, dado algo de color más subido al rosado de sus labios, y ahora a una señal madame, una de las aprendizas colocó por los hombros de Dafne una estola de piel de imitación en tonos grises claros. Que terminaba en puntas redondeadas, del cual colgaba sujeto por sendos broches plateados, diminutas colas, peludas y suaves.

La mujer joven elegante y segura de sí misma que la miraba desde el espejo era y no era ella, pero no podía negar que el nombre de Madame *Merevilleux*, le venía por algo a la tienda, no sólo por el supuesto nombre de su dueña. Su simple atuendo había sido cambiado en el transcurso de una hora que ella había estado arriba, y la verdad que ahora en vez de un sencillo traje

de domingo, era un elegante atuendo para lucir en cualquier ocasión.

Con media docena de consejos más e instándola a que volviese cuando lo necesitase, y confirmarle que parte del vestuario necesitaba poco arreglo y cuál iba a ser hecho a medida en el atelier, le sería servido en plazo muy breve, Madame la acompañó hasta la salida. Justo antes de abrir la puerta, Madame tomó su rostro y la miró fijamente.

—Es una joven muy especial, hágalo *ver a ese hombre*. Su exterior puede parecer tan duro y frío como el acero. Pero a la vez guarda demasiado en su interior. Podéis tener un *affaire* precioso, o una vida juntos aún más bella, *mon petite*. Creo que en sus manos está el destino de este hombre. Lo que haga, lo que decida, hará de la vida de Herr Coronel, *cielo ou en enfer*. Es una de las pocas personas que intuyo, tiene ese poder. Sáquelo. Luche por lo que quiere. *¿Vous me comprenez?*

Dafne comprendió a medias, pero asintió. Madame besó ambas mejillas y la despidió con la mano. Dafne se encontró con los pies sobre las aceras de Berlín. Dos hombres que pasaron le dieron una mirada apreciativa. Ella tomó aire y se dispuso a cruzar entre el tráfico, hasta la cafetería de justo enfrente, donde debería estar esperándola Heinrich junto con su amigo.

Más miradas se cruzaron con ella en los escasos metros que la separaban de la acera de enfrente. Algunas de admiración, incluso otras de celos. Ella que nunca había sido otra cosa que una muchacha instruida, pero una trabajadora al fin, desde muy joven, se sintió extraña al captar una atención que nunca había sentido sobre su persona.

Una vez en la puerta de la cafetería, tres oficiales que iban saliendo, le ofrecieron el paso con miradas intensas, e incluso un piropo por parte del más mayor de los tres.

Apenas dio dos pasos en su interior cuando vio a Heinrich ante una mesa y a Dietrich a espaldas de ella. Él estaba de pie, y ella puso una sonrisa en su rostro y caminó tal y como había visto hacer a Madame, tomándose su

tiempo, y un paso detrás de otro dejando fluir el movimiento natural de su cadera.

La mirada gris de Heinrich estaba completamente hipnotizada con ella. Tanto era así que Dietrich le dijo algo, y él no le oyó. Todos sus sentidos estaban en la mujer que había cruzado la puerta a instancias de tres hombres que la habían mirado, piropeado, y alguno de ellos rozado descaradamente. Ella no parecía haberlo notado, pero él sí. Le había levantado de un salto presto a correr hasta ella y alejarla de esos hombres, si hubiese sido necesario. Pero ella se había comportado como una reina, y ni los había mirado. Le miraba a él, únicamente a él.

Y caminó como si se deslizara etérea. Su rostro era perfecto. Porcelana con deliciosa pincelada de coral en sus labios rellenos. Esos ojos aún más enfatizados con khol, era ella, pero sobrevestida con un aura de elegancia natural, que madame *Merevilleux* parecía haber tejido como magia a su alrededor.

Pronto estuvo junto a él. Perdido cada uno en los ojos del otro. Dietrich también se había levantado en su presencia. Aunque envuelto también en su hechizo, no parecía tan afectado como Heinrich. Carraspeó.

—Fräulein, me permíte ser el primero en reverenciar su belleza y su elegancia. —tomó la mano laxa de Dafne que no podía dejar de mirar a los ojos de Heinrich, y la besó reverente. Con el leve contacto Dafne pareció salir de la burbuja mágica que la rodeaba y sonrió a Dietrich.

—Herr coronel, usted siempre tan galante.

Heinrich se apresuró a tomar también su mano y suavemente depósito en su dorso un delicado beso. Pero su beso fue intenso, un roce sensual e intencionado sobre sus nudillos, que la hicieron sentir escalofríos de placer. No apartó sus ojos tormentosos de ella ni un segundo.

—Estás preciosa. —Luego pareció corregir sus pensamientos. —eres

preciosa.

Dietrich se rió un poco. Mientras sacaba un par de billetes y los dejaba en el plato de la cuenta.

—Bueno, ya que he hecho mi papel me despido de ustedes. Strieber quedamos después del concierto, ya sabes dónde.

—De acuerdo Dietrich, allí estaremos, los dos. —No dejaba de mirarla.

—Creo que sobro. —Su sonrisa fue pícara y sabia—Fräulein Dafne, un placer.— Le hizo una corta reverencia, con la mano abierta sobre el corazón, Ella asintió y sonrió. Dietrich enfiló rápido hacia la puerta sacudiendo la cabeza. Su amigo haría mejor en dejarse de tonterías y poner un anillo de boda en la mano de esa mujer, antes de que otro se la birlara. Y si no se daba prisa, él mismo se apuntaría el tanto.

Heinrich tomó de la mano a Dafne y se la puso en el antebrazo, luego la llevo hasta la salida.

—Tengo el resto del día libre Dafne, que te parece, ya que estás así vestida, que volvamos a casa dando un paseo. Podemos comer en algún restaurante pequeño y elegante, mientras caminamos de vuelta.

Y Dafne se dejó llevar.

* * *

—Si, una inglesa jovencita, no más de veintitrés o veinticuatro años. — Madame escuchó atentamente lo que le decían desde el otro lado de la línea telefónica. —No, por supuesto que no venía sola, la acompañaba un par de coroneles, un tal Strieber. Alto, cabello rubio. Muy condecorado. Si, ése es su protector. —Siguió escuchando— *Bien sûr*. Pensé en ti cuando salió de la tienda. —Calló y volvió a escuchar a su interlocutor, asintiendo con

vehemencia. — *Conformémen, cher ami.* Te mantendré informado. *Adieux.*

CAPÍTULO 19

—**Q**UE tarde más hermosa, ¿verdad? —Y ella le sonrió, y se paralizó el mundo. Le seguía tuteando y parecía confiarse.

Dafne y Heinrich pasearon de vuelta a casa después del almuerzo en un pequeño restaurante muy concurrido.

La comida había sido buena, el vino excelente y la conversación amena. Dafne había contado a Heinrich un poco más sobre su vida, sobre sus estudios, sobre Allison, que ahora estaba recién casada. Su hermana a la que ella había cuidado, mantenido y amado siempre, y que a pesar de que la otra jovencita, nunca había tenido que trabajar y conseguido un matrimonio feliz y ventajoso, Dafne no pareció guardarle ningún rencor por ello. Al contrario, estaba deseando poder volver un día a su patria y poder abrazarla, y si tenía suerte, se trasladaría a vivir cerca de ella. Para eso tendría que trabajar duro, y conseguir ahorrar para llevar una vejez tranquila aunque discreta.

Parecía que ni matrimonio, ni hijos se había pasado por la cabeza de aquella jovencita. Cuando todas las de su edad estaban ya casadas o a punto, ella ni siquiera pensaba en un hipotético marido. Solo en seguir con su buen trabajo y unos ahorros para su comodidad futura.

Heinrich la admiró por ello. Por llevar con entereza su soledad. Por su sentido del humor y por su dulce sonrisa. Ella, que vivía más precariamente que él, que tenía su puesto en el ejército del que recibía su sueldo, además de

estar respaldado por fortuna propia, era un ser desgraciado a su lado. Incluso, pensó, antes de meterse en ese maldito juego de “espías”. Su vida había sido, mucho pensar y poco actuar. Si no hubiese sido por el eventual lío en que estaba metido, y a todas claras, iba a acabar perdido en él, arrastraría a esta mujer al juzgado más próximo y se casaría con ella. Incluso ya, pensó, ignorando adrede que Tony estuviese enamorado de ella.

Pero no, él no tenía derecho a llevar a esta preciosa chica a su vida de autodestrucción. Ella no se lo merecía.

Y volvió a perderse en esa sonrisa cautivadora, y se quedó colgado, como un adolescente ante su primer amor. Sin saber que decir o que hacer. Solo aferrarse a ella y pasear en aquella cálida tarde de primavera. Quizás esos momentos de furtiva paz y tranquilidad juntos era a lo único que podía aspirar. Y pensaba, en serio, disfrutarlos, atesorarlos, y en sus solitarias futuras noches, y en su último aliento, evocarlos.

Si no estuviese metido en ese lío. Si las cosas hubiesen pasado de otra manera, si él hubiese seguido en su puesto en el ejército británico. Si la hubiese conocido entonces... demasiados “y si”.

Lo correcto sería intentar a toda costa y lo más pronto posible localizar al amigo de Tony, y hacer todo lo posible por sacarla de allí. Y luego intentar olvidarse de ella en alguna trinchera húmeda del frente.

—Hermosa, si cada vez anochece más tarde. —hablar del tiempo Heinrich, que manido. Se auto flageló. Estás con ella, disfrútala, no hables de tonterías, aprende más cosas de ella.

—Dafne, y, ¿nunca tuviste novio?

Dafne se echó a reír algo nerviosa ante la pregunta íntima.

—No, nunca tuve tiempo. De la escuela al trabajo, sin escalas, en ningún puerto. —se sonrojó tímidamente ante lo que esto implicaba.

—Ya, pero, ¿Herr Müller? —Heinrich utilizó el nombre falso de Tony, a ver cómo ella reaccionaba. —Cuando estuve en la estación, la tarde que él marchó a Suiza, los vi, muy unidos. —Dafne callaba y él continuó, tenía que saberlo, debía saberlo. —Los creí dos enamorados.

—El tiempo y la guerra juega en contra de los simples mortales, Heinrich. Ni siquiera creo poder volver a encontrarle. Su “trabajo” no es muy común, y el mío me lleva de una parte a otra demasiado seguido.

—¿Te gustaría reunirse con él? Yo, bueno, sabes que haré todo lo posible para dejarte en Suiza, pero si quieres, te enviaré donde me pidas, y él pueda esperarte.

Dafne miraba hacia adelante y negaba con la cabeza.

—No hará falta que te molestes Heinrich, Herr Müller y yo, bueno, sólo somos amigos, unidos por las circunstancias. —luego le miró a él. Solo a él. Fijamente. Con un extraño anhelo en su interior, que salía por el espejo de miel de sus ojos. Y Heinrich vio que decía la verdad. Para ella Tony era un instante, un fugaz amigo. Quizás un beso en el andén de la estación fue el único roce carnal entre ellos dos.

—Bueno, entonces no me sentiré tan culpable de llevarte luciendo del brazo por todo Berlín, Ningún novio celoso y posesivo vendrá, y "me retará a duelo por vos, mi bella dama".

Y ella rió. — ¡Que anticuado!

Y a él le hizo tan feliz su risa.

Se acercaban al *Zentrale Garten*, pero el hermoso lugar, en cada una de sus entradas tenía un ominoso cartel bien visible.

“ZUGRIFF VERBOTEN JÜDISCHE” (12)

Dafne desvió con disgusto la mirada. Heinrich se dio de inmediato cuenta

y apretó su mano.

—Es el cartel, ¿verdad? —le preguntó.

Ella asintió levemente, sin querer hacerse notar, apenas susurró.

—Es tan inhumano.

—Alejémonos de aquí. —Heinrich se sentía mal por todo aquello. Él no era partidario, pero, por ahora, y a los ojos de todos, pertenecía a aquella nación, y llevaba su uniforme.

La llevó por la amplia avenida de vuelta ya a casa. Era despejada, la acera estaba salpicada de parejas cómo ellos, apreciando la calidez de la tarde, dando un paseo.

—¿Mejor? —Ella parecía aun triste. Y él no quería eso, se alimentaba con su risa y de su alegría.

—Aunque no lo vea...

—Yo, de veras, lo siento.

—No tienes la culpa. No estoy disgustada contigo Heinrich. Sólo eres un soldado, un oficial que tiene que servir a su patria. Si fueses francés o británico tendrías que servir igualmente. Sean cuales fueren tus ideas propias.

—Pensemos en otra cosa Dafne. Sígueme contando cosas tuyas.

Heinrich hábilmente llevó la conversación a que le contase de su infancia. Los ojos de ella volvieron a ser espejos dorados y brillantes.

—...Y entonces, para que no se diera cuenta mi madre, solo se me ocurrió pegar la jarrita lechera con pegamento que me había comprado dos días antes para los trabajos manuales de la escuela. Tendrías que haber visto la cara de mi madre y la risa de mi padre al día siguiente cuando llenós la lechera y

parecía una fuente, fluyendo por todos lados. Claro, era tan llena de color la porcelana, fea por cierto, que ella la cogió del estante y simplemente el lleno con leche del cazo caliente.

Rieron juntos. El llevaba rato acariciando esa mano que llevaba sobre su antebrazo. Y por unos instantes se miraron a los ojos. Pareció que estaban solos, sobre la faz de la tierra.

Y luego estalló el caos. Una estridente sirena aulló a metros de donde ellos paseaban. La alarma antiaérea.

Por primera vez sonaba sobre Berlín. Era el anuncio que el último bastión había sido roto.

—¡Nos bombardean! —agarró la cintura de Dafne y tiró de ella, y corrieron. Dafne no acertó ni a sujetar su pequeño sombrerito.

Si la alarma había sonado no tendrían ni cinco minutos para buscar refugio. La gente comenzó a correr por la gran avenida. Heinrich la pegó más a su cuerpo para no perderla entre la multitud aterrorizada.

—No nos dará tiempo llegar al refugio Dafne, y menos a casa. Y los sótanos pueden ser la peor trampa mortal, si se derrumba el edificio sobre su entrada.

En contra de la dirección que empezaba a tomar todo el mundo, Heinrich llevó a Dafne hacia el parque que habían dejado atrás. Recordó su valla de sólida piedra. En la lejanía sonó el ruido de los motores de los biplanos. También la caída de los primeros proyectiles. El objetivo parecía ser justo el Centro de Berlín, y ellos estaban malditamente cerca.

Otro proyectil cayó, éste sonó a sus espaldas, justo en la misma avenida que minutos antes cruzaban paseando.

—¡Por todos los cielos, aún había gente por allí!—gritó Dafne.

Pero Heinrich no la escuchó, y si lo hizo no la entendió con el ruido sobre sus cabezas. Él hizo que corriese aún más. Entraron en el parque y él la arrastró hacia una de las esquinas de piedra granítica. Ella cayó justo allí, de rodillas sobre la hierba, temblando, Heinrich se arrodilló junto a ella, abrazándola contra la fría piedra, haciendo de escudo con su propio cuerpo. Ella en segundos solo vio la guerrera de Heinrich, y se aferró a él temblando horriblemente. Solo respiró su esencia tranquilizadora, a ropa limpia, su colonia masculina, y el aroma personal de su cuerpo cálido.

Para Dafne era la primera vez que veía la guerra de cerca. Para Heinrich era un ataque más, la diferencia que esta vez estaban en el centro neurálgico de Alemania, donde el Führer se había envanecido de que jamás llegaría el fuego aéreo aliado.

Y ahora una docena de biplanos rusos sobrevolaban Berlín. Aunque habían escuchado por la radio que hacía un par de días una escuadrilla de bimotores había bombardeado la zona de Colonia, nunca se imaginaron que el ataque a Berlín estuviera ya encima.

Heinrich la envolvía con sus brazos y le susurraba al oído palabras tranquilizadoras.

—No dejaré que te ocurra nada. —Y ella, por Dios, que le creía. Él continuó protegiéndola hasta que estuvo muy lejos el sonido de los motores y se apagó la última alarma.

Escuchó durante unos minutos. Las sirenas que ahora oía eran la de ambulancias, policía, las campanas de coches de bomberos. Escuchaba gritos en la lejanía. El aire se iba despejando de olor a polvo y cemento en suspensión. La levantó del suelo junto a él, Seguía abrazado a ella.

—¿Te encuentras bien? —Ella tenía los ojos cerrados muy apretados y su frente pegada a su guerrera, asintió contra su pecho, y luego levantó la vista. No había llorado. Aún sus ojos continuaban con el trazo perfecto de khol. — Esta es mi chica valiente. Vayámonos a casa, te dejaré allí y telefonaré, a ver

si hay suerte con las líneas, y pediré ordenes, si no, tendré que acudir a la central.

Empezaron a caminar despacio. El humo y el polvo de cemento en suspensión parecía como niebla matutina

—Has perdido tu sombrero. —le dijo Heinrich, sacudiéndola el cabello.

—No me he dado cuenta.

—No te preocupes. Tendrás otros más bonitos mañana mismo. Vayámonos de aquí.

Por la zona que antes habían paseado habían caído varios proyectiles Un par de grandes socavones, algunos heridos. Otro había impactado sobre la esquina de un edificio, y este aunque roto seguía en pie. Tuvieron que dar un rodeo por calles más secundarias. El esquema del bombardeo estaba bastante claro. Habían querido que los objetivos fuesen edificios designados por el poder político y militar. Lo malo, es que éstos estaban en medio de otros de oficinas, y viviendas, que habían sufrido igualmente o peor los daños.

Cuando por fin estuvieron en la verja de entrada de la casa de Heinrich, estuvieron aliviados que la zona no había sufrido daños. Aunque relativamente cerca de la Puerta de Brathemburgo, era toda de viviendas aisladas y con jardines la mayoría de densa arboleda que ocultaban en ocasiones las casas, era un barrio residencial, sin ningún valor estratégico.

Glöckmer, se apresuró a abrirles la puerta de casa.

—Señor estábamos preocupados por ustedes.

—Paseábamos por el centro pero conseguimos mantenernos a cubierto. Por aquí ningún daño, por lo que veo.

—No señor, al oír las sirenas, insté al personal a bajar al refugio. Escuchamos pasar volando los aeroplanos. Pero aquí no sentimos más nada

que las vibraciones y el eco de las sirenas.

Dafne se dejó caer agotada en una de las sillas del recibidor.

—¿Se encuentra bien Fräulein? ¿Le preparo una infusión tranquilizante?

—Gracias, Glöckmer una simple taza de té, me irá bien.

Heinrich se había encaminado hacia el teléfono. Se encontraba hablando con alguien al otro lado. Poco después colgó, y se acercó a Dafne.

—No te quedes aquí, entra en el salón, y descansa, yo tengo que irme. He hablado con mi tío Rudolf, y tengo una reunión en menos de una hora. El chófer me llevará. Si suena de nuevo la alarma, baja enseguida, Glöckmer te llevará hasta el refugio. No sé a qué hora volveré.

Dafne se levantó de la silla y quedó de pie frente al hombre. Le miró a los ojos.

—Ten cuidado.

—No te preocupes Dafne. Cena a tu hora y vete a dormir. Glöckmer estará pendiente de todo hasta mi llegada.

Dafne asintió. Pero se resistían ambos a dejar el contacto. Al fin Heinrich se decidió y se inclinó y besó su frente con dulzura.

—Descansa. —Luego dio media vuelta y se alejó hacia la puerta. En la entrada le esperaba ya el coche.

* * *

Heinrich no había vuelto a casa cuando se metió en la cama. No tenía sueño, o no podía dormir. No supo qué hora era, pero entre duermevela, escuchó la puerta del dormitorio de al lado. Heinrich había llegado. Sólo entonces se

rindió y al fin durmió tranquila.

Al día siguiente no despertó hasta bien entrada la mañana. Ella nunca había dormido tanto. Seguramente eran más de las cinco de la madrugada cuando él volvió y ella consiguió al fin su sueño reparador.

En menos de veinte minutos se aseó y se puso uno de sus sencillos trajes, y bajó hasta las cocinas sin tropezarse con Glöckmer. Se encontró con Gudrun bastante atareada. Pero no quiso que dejase sus quehaceres, ella misma se preparó algo para desayunar y se sentó a la mesa de la cocina conversando con la mujer sobre los estragos del bombardeo.

Glöckmer apareció por las puertas de la cocina, si se extrañó de verla sentada allí tomando un café no dijo nada. Simplemente saludó y le informó que acababa de ordenar a Inga que subiese a su dormitorio a limpiar y luego subiese las cajas que acababan de llegar de parte del *Atelier(13)* Madame Merevilleux y estaban sobre las sillas del recibidor.

A Dafne no le apetecía cruzarse con la “lechera *de los Alpes*” pero al final se terminó la taza, y decidió empezar a subir ella alguna caja.

Se encontró con la pelirroja por las escaleras, ésta corrió solícita a tomar la caja que llevaba entre las manos.

—Buenos días, señora. La ayudo enseguida. —Hoy parecía mucho más sumisa. ¿Le habrían dado un rapapolvo? Se sintió culpable, la pobre chica. Si había sido Glöckmer con su cara taciturna. La verdad que una regañina de este hombre daría pavor.

—No Inga, éstas ya las subo yo, ayúdame con las que aún están abajo, gracias. —Y pasó al lado de ella con el aplomo de una reina.

Escuchó los pasos ligeros de la chica por las escaleras. No bien ella había dejado los primeros paquetes sobre la cama cuando apareció Inga, con las

manos llenas de cajas y paquetes. Aún tuvo que subir y bajar un par de veces para llevarlo todo a la habitación de Dafne.

Dafne apenas le echó cuentas, abrió la primera caja y apareció un traje de chaqueta bien doblado y envuelto en papel de seda, era color malva subido, con ribetes de otro tono aún más oscuro, La camisa en rosa pálido, a juego tenía un bello escote en "V" y ribeteado igualmente con cordoncillos, haciendo volutas.

Varias cajas con otras camisas, y faldas aparecieron. Dos chaquetillas más, una, en verde agua, precioso y con la cadera cortada en capa, que formaría un volante acentuando su cintura y resaltando la cadera.

Luego varias cajas con zapatos de diferentes colores.

La sorpresa para ella y para Inga, que había quedado completamente pasmada, surgió de las cajas pequeñas y doradas. Sujetadores, braguitas de encajes, medias de seda, algún liguero provocativo. Combinaciones con remates de encaje finísimo, camisones transparentes.

Mientras Dafne se ponía roja como una amapola, Inga lo miraba todo con ojos arrobados y golosos.

—Oh señora, que buen gusto, ya decía yo que una dama como usted no podía tener unas ropas tan poco apropiadas, perdió su equipaje, ¿verdad? ¡Y el señor se lo ha repuesto!

—Algo así, Inga, anda, ayúdame y guardemos todo esto en su sitio.

—Si señora... — La jovencita fue eficiente esta vez, la ayudo a ordenar y a recoger.

Por último guardo un traje de fiesta de color melocotón. Con un bolso diminuto a juego. Era el que Madame había elegido para el concierto del sábado noche. Su debut. Y estaría preparada para ello.

Atrás había quedado un cofre, cuando al fin lo abrió descubrió barras de labios, khol, mascara de pestañas... y todo lo necesario para acicalarse, dentro de una mágica caja forrada de roja seda china con bordados de flores y pájaros exóticos bellamente coloreados.

Dafne se pasó media mañana acariciando los objetos recibidos. Ni en sus más locos sueños había recibido tanto de golpe. Se debatía entre la emoción y la vergüenza. Verdaderamente Heinrich se había gastado una pequeña fortuna con ella.

Y sin pedir nada a cambio, más que representar de cara a la galería el papel de su amante.

Pero en privado, lo máximo que había hecho era abrazarla cuando estaba llorando o en peligro y besar su frente como un hermano. Y nunca, jamás había dejado entrever sus emociones, sólo a veces una sonrisa, o una caricia sobre su mano. ¿A qué debía atenerse con él? Heinrich era un misterio.

Llegó la hora de la cena. Él tampoco llegó a tiempo esta noche. Aburrida y sola, subió pronto a la cama, tenía un libro en su dormitorio y pensó leer hasta que le entrase el sueño.

* * *

—Dafne. ¡Dafne! Despierte por favor. —Alguien había entrado en su dormitorio y la agitaba para despertarla con una mano en su hombro. Por unos segundos revivió el ataque sufrido días atrás en la casa de los Colber en su propia cama. De su garganta surgió un grito ahogado.

Pero la voz de Heinrich se hizo paso entre las nieblas del sueño y los recuerdos

—Dafne, la sirena, es la alarma antiaérea, tenemos que bajar al refugio.

Dafne reaccionó al fin, el tiró de ella para que se levantara y puso una manta sobre sus hombros, se inclinó a sus pies y le metió las chinelas.

—Vamos, no podemos encender la luz, yo la guiaré.

Heinrich la llevó de la cintura por el pasillo, ella temía tropezar a cada paso, no bien hubo bajado la escalera cuando se volvió a escuchar en el silencio de la noche el ruido potente de aviones.

Heinrich seguía llevándola por la puerta de servicio, al cruzar la cocina se dio cuenta que ella había perdido las zapatillas. La cogió en brazos y corrió con ella bajando las escaleras del sótano tenuemente iluminadas por una única bombilla. Glöckmer subió los escalones y cerró la puerta del refugio.

Dafne fue depositada en un banco ancho como de un metro, con un fino colchón encima, en un nicho de la pared del fondo. Todo estaba forrado de piedra y ladrillo. El sótano había sido modificado y reforzado con arcos de medio punto sobre amplios pilares cuadrangulares. Tenía otra entrada además de la que daba a la casa, supuso que daba a la trasera del jardín por su ubicación. También seis troneras por las que se filtraba el aire fresco de la noche.

En otros dos bancos estaba el chófer envolviéndose en una gruesa manta, aún con su uniforme y Glöckmer se sentó en el otro, igualmente echando sobre sus hombros un edredón. El jardinero, como siempre, se había negado a abandonar su pequeña casita del jardín.

Heinrich aseguró la segunda puerta del fondo y volvió hasta ella.

—Volvíamos en coche y apenas llegamos, escuchamos los primeros avisos. —Dafne envuelta en la manta temblaba un poco. —Te he asustado entrando en tu dormitorio, así, sin avisar, pero lo siento, no teníamos tiempo. No tienen por qué bombardear esta zona, pero es mejor refugiarse.

Glöckmer, y el chófer se acomodaban para dormir cada uno en su banco en la otra esquina del sótano.

Heinrich bajó a un susurro su voz y se puso en cuclillas delante de ella. Sólo llevaba la camisa puesta. La guerrera había quedado olvidada en algún sitio, sin embargo los correajes y su arma estaban colgadas de un clavo grueso que servía de percha al lado del amplio banco.

—Dafne, tiéndete y descansa. Aquí no pasará nada— otra explosión muy en la lejanía. — Tenemos dispuesto armamento antiaéreo, en apenas unos días Berlín estará blindada. Llegarán, sí, pero tendrán que irse bien pronto.

—¿Y tú?

—Yo ¿qué?

—No hay más bancos donde descansar, si yo me quedo con éste.

—Me sentaré aquí a tu lado, en el suelo. No te preocupes.

—Pero hace demasiada humedad, comparte el banco y la manta conmigo. —Ella se sentiría mal si él se quedaba allí el resto de la noche a merced del frío que se colaba de las troneras, y de la humedad que se filtraba del suelo y las paredes. — Me acostaré y podrás tenderse tras de mí. Ninguno de los dos pasaremos frío, ¿bien?—Ella se volvió para la pared, sin esperar respuesta, y extendió la manta para cubrir a ambos. Heinrich suspiró y la hizo caso. Se acomodó, compartiendo el mínimo espacio sin tener más remedio que quedar completamente pegado a ella, y a sus tentadoras curvas.

Heinrich suspiró mientras se tapaba con la manta.

—¿Te encuentras cómodo?—susurró ella. Él estaba a medio camino entre el cielo, aspirando muy de cerca el perfume de su cuerpo, y el infierno, dominando apenas sus instintos. Acomodó un brazo bajo la cabeza y el otro a lo largo de su costado.

—Estoy bien, duerme. —ella se removi6 apenas, lo suficiente para que su trasero le rozara más íntimamente y Heinrich reprimiera un gemido de placer.

Como ella se moviese así un par de veces más...

Continuó despierto escuchando en el silencio nocturno detonaciones lejanas y ruidos de motores. Luego todo quedó quieto. Solo se rompía la quietud por la sirena de fin de ataque aéreo, y los ocasionados por las ambulancias y demás ayuda. La zona había estado a salvo, igual que dos días antes.

Pero temiendo un segundo ataque, Todos se quedaron a dormir ya en el refugio. Dafne hacía rato que acunada por su calor, se había quedado dormida. Él puso una mano sobre la cintura femenina. Y luego se dejó llevar también por el sueño.

* * *

Tres horas después amanecía. Glöckmer y Stagss, se habían levantado sin hacer ruido y subieron en silencio hasta la casa. Heinrich apenas había escuchado el cierre de la puerta cuando se habían quedado solos.

Sobre el minúsculo camastro, Dafne se había dado la vuelta hacia él mientras dormía, Su cabeza de rizos alborotados, descansaba ahora en el hombro de Heinrich y su mano, abierta sobre el estómago del hombre. Él igualmente abrazaba su cintura, y las piernas de ambos se habían enredado en el pequeño espacio. El camisón de Dafne se arremolinaba entre sus muslos, y entre ellos notaba el material áspero del pantalón del uniforme.

Él despertó al fin, y se quedó mudo largo rato mientras contemplaba tan de cerca el rostro de la mujer, que podría contar diminutas pecas que había en su nariz. Lentamente sus pestañas temblaron y sus ojos de gacela se abrieron lánguidamente.

—Buenos días Dafne. —él no hizo ningún movimiento. Ella tampoco, no retiró ni siquiera la mano que tenía sobre él, más bien la subió hasta el pecho del hombre. Y ella sonrió. E iluminó el oscuro sótano con su sonrisa.

—Buenos días. — rio un poco— al final nos dormimos.

—Estábamos muy cansados.

—Si.

Heinrich suspiró, tenía que romper el abrazo, aunque ella estuviese tan cómoda junto a él.

—Deben ser casi las ocho.

—Es sábado.

—Es verdad, no tengo que ir al trabajo, aunque he de llamar, por si, después de lo de anoche se me requiere para algo.

Ella asintió, pero no hizo nada por moverse.

—Esta noche es el concierto Dafne.

—Lo recuerdo.

—Tranquila, no pasará nada. Escucharemos buena música, te presentaré a mi tío, el general, y a mi tía Gertrud, su esposa. No le hagas caso, si dicen algún inconveniente. Y luego Dietrich nos ha invitado a una fiesta privada. Pasaremos un rato. No demasiado.

—Bien.

—Tenemos que levantarnos.

—Tú primero Heinrich, yo estoy atrapada contra la pared.

Heinrich asintió y se despegó de ella despacio, con cuidado. Se sentó en el borde del camastro y se puso sus botas. Se levantó al fin ajustándose con disimulo el pantalón. Por suerte se había puesto los de montar del uniforme

antes de salir la noche anterior. Lo usaba en campaña por ser más amplios, y cómodos. Y ahora agradecía el extra de espacio y la tela gruesa.

—Te bajaré tus chinelas.

—De acuerdo.

Heinrich subió las escaleras y se encontró las zapatillas dispuestas al lado de la puerta seguramente llevadas hasta allí por el eficiente Glöckmer. Bajó de nuevo las escaleras del sótano. Ella se había incorporado y sus pies descalzos apenas rozaban el suelo. Sus uñas estaban pintadas de tono cremoso, él se arrodilló ante ella y se las puso. Dafne rió.

—Parezco "Cenicienta". Ayer la ropa, y hoy, los zapatos.

—Y yo que soy, ¿el príncipe, el hada madrina o la bruja del cuento?

La risa fue más fuerte.

—Un poco de cada. —Heinrich sonrió de medio lado, su sonrisa pícaro y malvada.

Ambos subieron y salieron del refugio. Cada uno fue a su propio dormitorio y un buen rato después compartieron el desayuno en perfecta armonía.

Heinrich pensó que podría acostumbrarse a ver el rostro de esa mujer y a las pequeñas rutinas diarias con ella. Si no fuese por la losa que pesaba sobre él...

Dafne mordió la segunda tostada sonriendo. Él se concentraba en su café. Había dormido tan bien entre sus brazos. Cuando se despertó y ambos estaban tan enlazados, no sintió la más mínima vergüenza o pudor. Parecía que ese era el lugar a que siempre había pertenecido. Entre los brazos de Heinrich.

—Perfecta.

Heinrich hinchó su pecho orgulloso mientras veía bajar a la mujer perfectamente ataviada con un traje color melocotón, largo hasta los tobillos, ajustado sin ser obsceno, con un escote cuadrado que resaltaba su piel blanca y limpia. Al cuello una simple cinta crema con un colgante de bisutería del tono del vestido. Una capa corta beige ribeteada en terciopelo del mismo tono descansaba en su brazo izquierdo junto al diminuto bolso a juego.

Cada vez que bajaba un escalón la deliciosa raja que se abría sobre su pierna derecha hasta poco más arriba de su rodilla dejaba entrever el brillo de seda de sus medias. Los zapatos estaban forrados de color del vestido. El que ella bajara despacio y sonriendo algo tensa, era por los imposibles tacones de aguja. Cuando llegó hasta él, que le esperaba con un impecable traje militar, pero en esta ocasión, de gala, no tuvo otra opción que agarrarse a su brazo para estabilizarse.

—Los tacones. —Se disculpó—Tengo que habituarme ¡prácticamente he tenido que escalar para ponérmelos!— rió.

—¿Estás más relajada?

—Si, lo estoy. — *"soy valiente, él me necesita para esto, y yo voy a corresponderle como merece"*, se repetía una y otra vez en su cabeza.

Tal cómo le aconsejó madame, se había dado algo de khol en los párpados y un poco de máscara de pestañas. Luego usó la barra de labios melocotón intenso. No se puso rubor, sólo unos polvos sueltos, bastante le quedaba que ruborizarse durante el resto de la noche, a buen seguro.

Ahora ambos se tuteaban con naturalidad. Habían dejado el formalismo sin darse ni cuenta. Seguramente el haber pasado media noche durmiendo

juntos apretadamente y bajo fuego aéreo unía bastante.

Heinrich la ayudó con la capa y ambos partieron en coche hacia su primera salida oficial como “amantes”.

CAPÍTULO 20

EL *Schauspielhaus Berlín*(14) estaba profusamente iluminado. De los dinteles entre columnas de estilo neo-clásico colgaban banderas rojas del Führer con la esvástica negra sobre círculo blanco. Talladas en estuco en la misma fachada, por la que habían accedido desde la plaza *Gendarmenmark*, reconoció varias esculturas. Una escena entre Eros y Psique, y una estatua de Apolo, magníficamente representadas.

En la fachada Sur, mientras lo rodeaban en coche había podido contemplar a Orfeo y Eurídice, saliendo del inframundo. Y mientras subían ya por las escalinatas en dirección a la *Kleiner Saal*(15), reconoció la estatua en bronce de *Bacchus auf den phanter* (16).

Deliberadamente, Heinrich había hecho que llegaran tarde. Con el tiempo justo de entrar y sentarse junto a su Tío Rudolf y a su tía Gertrud. Gertrud era una matrona a la altura de la corpulencia de Rudolf. De facciones marcadas, pero femeninas. Con el cabello dorado entrecano, solía peinarse con moños ahuecados, que la hacían parecer más alta de lo que ya era. Siempre vestía de tonos azules. No la recordaba haber visto de ningún otro color. Ella se empeñaba en que era el que mejor favorecía a sus ojos. Y puede que fuese verdad. Los tenía intensos y hermosos, a pesar ya de las arrugas de la edad.

Cuando llegaron casi a punto de comenzar, Heinrich se sentó tras su tío en el palco dejando a Dafne al exterior, tras su tía. Quizás no fuese tan galante, pero quería dejar respirar a la joven después de la cortas

presentaciones a su llegada. Gertrud y Rudolf, que al igual que Heinrich llevaba uniforme de Gala, habían dado una mirada apreciativa a una tímida Dafne que apareció deliciosamente ruborizada. Y no habían hecho ningún gesto de desagrado. La habían tratado con corrección absoluta, por los breves instantes antes que sonara el empuje de la música.

Luego Heinrich había cogido su mano fría y la había dejado sobre su propio muslo. Dafne la dejó allí, sobre la tela suave del pantalón del hombre, sintiendo el calor y la dureza de sus músculos, y la caricia deliberada de los dedos de la mano de Heinrich en el dorso de su propia mano. Él le había retirado el guante hacia los dedos y estaba piel con piel. Lo miró de reojo mientras se intentaba concentrar en la música. Y su rostro no dejaba ver ninguna emoción. Sin embargo la seguía acariciando con suma delicadeza.

En el primer descanso, fue cuando llovieron preguntas sobre Dafne.

Sobre todo sobre como se conocieron. Gertrud parecía vivamente interesada en saber qué tipo de relación les unía, aparte de lo que sabía ya por lo que le había dicho su esposo. Incluso le hizo guiños femeninos y cómplices mientras alababa y reñía a su sobrino a partes iguales.

Rudolf hablaba con Heinrich de algún tema político, pero aún así parecía tener un oído en la conversación de ambas mujeres.

El aviso de la segunda parte llegó demasiado pronto para Gertrud, que estaba muy interesada con respecto a la joven que su sobrino había metido en su propia casa. No le dio importancia al hecho que fuese inglesa. Era quizás un defecto menor. El padre de Heinrich era inglés y su sobrino era todo un ejemplo de pura raza aria. Los rasgos suaves y clásicos de Dafne, su piel blanca y su cabello castaño claro en ondas naturales no la disgustaron. Al final de la noche, mentalmente dio el visto bueno a la joven. Solo que no se podía imaginar como una muchacha con una educación tan buena, y tan amplia cultura, tal como lo había comprobado mientras hablaban de la arquitectura del Teatro y de sus autores musicales clásicos favoritos, aunque estuviese trabajando como institutriz, se había dejado arrastrar a la cama de

su sobrino sin un anillo de bodas.

Su sobrino era un hombre muy atractivo. Y ella una joven hermosa, discreta y con muy buena educación. Allí había algo que no le entraba en la cabeza. Quizás aquellos malos tiempos de guerra, hacía que los jóvenes tomaran decisiones alocadas influidas por la sensación de irrealidad que rodeaba a todo conflicto.

Aunque amablemente Rudolf y Gertrud les invitaron a tomar algo en su compañía, Heinrich declinó, diciéndoles que anteriormente ya tenía un compromiso con el Coronel Dietrich de asistir a una pequeña fiesta de amigos y conocidos.

Y Dafne para su asombro recibió una cálida despedida por parte de Gertrud y un gesto aprobatorio al besar su mano enguantada por parte del viejo General Rudolf Strieber. Al final Heinrich iba a tener razón. Aquella pareja era una incurable romántica.

La segunda parte de su noche estaba a punto de comenzar. Una vez dentro del coche, Heinrich le dijo que Rudolf no parecía tan disgustado como al principio de enterarse de “su relación”. Incluso le había dicho que “el pequeño defecto sobre su nacionalidad” era algo que podía curarse. Con una simple firma en un papel. Dafne no quiso preguntar a que clase de papel se referiría el General. Heinrich tampoco siguió con el tema.

Heinrich enlazó su cintura una vez que pasaron al interior de “*Lie Mond-Licht Club*”(17).

El Club era una sala de fiestas privada, en las afueras de Berlín, en un barrio cercano a la zona de fábricas. El edificio había sido concebido como eso mismo, una antigua fábrica textil, pero alguien tuvo la genuina idea de hacerlo un Club para fiestas privadas para alquilarlo. Decorado con paneles de espejo, columnas clásicas pintadas en plata, y decenas de mesas con sillas forradas en azul con flores de sil en plata. Al fondo una inmensa barra para bebidas. En una de las esquinas una tarima escalonada dónde tocaba una

orquesta mediocre con una insinuante morena, que cantaba peticiones del público. En el centro de todo, un par de escalones más bajo que las mesas, una pista redonda de baile con cuatro bajadas. El resto de su circunferencia, adornada con una balaustrada de columnas, igualmente pintada en color plata.

Desde una de las mesas vio a Dietrich haciéndoles señas. Heinrich sin dejar de abrazar su cintura la llevó hasta allí.

—¿Una pequeña fiesta entre amigos, Dietrich? —preguntó con sorna.

—Psst, Coronel, —se encogió de hombros mirando a la multitud que llenaba la sala — creo que tengo demasiados amigos, ¿champán? —hizo una seña a un camarero y en un momento ambos tuvieron copas aflautadas llenas de espumoso vino. Dietrich hizo que Dafne se sentara en una silla a su lado, mientras besaba su mano enguantada. —Sinceramente querida, está bellísima —arrastraba un poco las sílabas, el champán, seguramente.

—Me permite decirle que no sé que hace una mujer como usted con un tipo como éste. —soltó una carcajada, mientras Dafne lo miraba confusa. El hombre no soltaba su mano, y Heinrich estaba saludando a otros oficiales en la mesa, otros más atrás comenzaron a hablarle, y no se daba cuenta de su aprieto.

—Creo que le está haciendo efecto demasiado champán, Herr coronel. —tiró un poco de su mano, apurada, pero Dietrich no la soltaba.

—Ah, sí, solo un poco. ¿Quiere bailar? Strieber no sabe, o por lo menos no le he visto nunca. Venga conmigo. —Tiró de ella hacia la pista, desamparada se vio llevada hasta el mismo centro. Heinrich se había puesto a conversar con alguien de dos mesas más atrás y no la había visto ser prácticamente “secuestrada” por Dietrich.

Dietrich la tomó con firmeza por la cintura y la mano, y mantuvo la distancia correcta, a pesar de que estaba algo achispado.

—Es usted, querida mía, lo más bonito de la fiesta. —Dafne miró a su alrededor, decenas de hermosas mujeres se movían al compás de la música junto a sus compañeros de baile. Por supuesto que ella no era “la más hermosa de allí”, el alcohol hablaba por labios de Dietrich.

En el siguiente giro Dafne vio como Heinrich se había vuelto hacia donde creía que la había dejado, y ahora parecía buscarla, completamente descolocado, mirando a su alrededor, intentando localizarla. Por un momento su máscara de frialdad se tornó en un gesto de profunda preocupación. Alguien de la mesa le hizo un gesto señalando hacia la pista de baile.

Y entonces la vio. Bailaba con Dietrich.

Estaba preciosa. Destacaba entre las otras parejas que giraban y bailaban. La miró embelesado. Y un poco celoso, admitió. Aunque sabía que Dietrich, aunque había notado que andaba con un par de copas de más, nunca se propasaría con ella, se sintió protector. Avanzó entre la gente que paseaba entre las mesas para ir a por ella, pero un par de veces lo detuvieron para saludarle. Se prodigaba tan poco, desde que volvió de África, que antiguos amigos y conocidos le cortaron en paso para saludarle.

Apenas pudo avanzar un par de metros cuando una mano en su pecho, una voz de mujer, unos ojos negros y una sonrisa melosa lo detuvo. Helga estaba ante él, hermosa e intrigante, cómo siempre.

—Heinrich, querido, ¿ya estás recuperado?

—Hola, Helga, si, lo estoy.

Ella arañó con una uña pintada en rojo escarlata el pecho uniformado del Coronel, miró su propia obra y luego de nuevo levantó los ojos hacia él. Heinrich sintió tensarse los músculos de su mandíbula.

—Has sido malo conmigo. No me llamaste, y me lo prometiste.

—No prometí nada Helga, entre nosotros nunca ha habido promesas.

Ella rió. Y siguió la mirada de Heinrich que estaba en todo momento en Dafne. Ella aún bailaba. Dietrich debía de decirle algo gracioso, porque ella ahora reía.

—Mmm veo que has venido acompañado. —Miró con descaro hacia Dafne y la midió fríamente. —No es tu tipo Heinrich.

—No te concierne.

—No, pero te conviene tenerme contenta. —Ella sonrió ladina—Tengo muchísimos amigos, mis contactos llegan a bastantes sitios importantes de Berlín.

—No tengo nada que perder Helga. Que me manden al frente. Lo estoy deseando. — Luego se arrepintió de decirlo. Helga haría siempre lo contrario que él dijese.

—Ven, hablemos un poco en privado. —Bajó su mano desde el pecho de Heinrich, donde descansaban sus condecoraciones, hasta el codo y después a su mano. Tiró de él hacia la zona reservada.

Heinrich miró de nuevo hasta Dafne. Dietrich no la dejaría sola. Podía confiar en él. Éste le había mirado ahora mientras Helga intentaba llevárselo, y le hizo un gesto de asentimiento. Mejor ir con Helga ahora, e intentar averiguar que tramaba esa mujer, a ignorarla y darle más motivos de enfado. Ya le advirtió el viejo general.

La siguió hasta el pasillo donde había varios reservados. Cerrados apenas por celosías y con cortinas pesadas. Unos permanecían abiertos y se escuchaba algarabía, risas y entrechocar de copas. En otros las cortinas cerradas, y se escuchaban palabras más íntimas, e incluso gemidos de placer.

Ella le guió a uno. Pequeño, casi a la entrada que vio vacío. Hizo además de cerrar las cortinas. Un largo diván tomaba todo el fondo, ante él una mesa baja.

Heinrich sujetó su mano. —No tengo tiempo Helga, ¿qué quieres?

Ella se volvió y le echó los brazos alrededor del cuello, pegándose a su cuerpo mientras le sonreía.

—Si quieres público, no me importa, me encantan las perversiones.

Heinrich llevó sus manos con brusquedad hasta los hombros de Helga y la apartó. No con demasiada fuerza, sólo lo suficiente para alejarse de ella.

—No seas bruto, amor, sabes que soy muy sensible. —ronroneó, a medias ofendida, a medias excitada por la reacción dominante del hombre.

—Ya me basta de juegos Helga. —Se cruzó de brazos intentando poner distancia sin retroceder un paso.

—Tú me lo prometiste, ¿recuerdas? Acababas de volver de África. Prometiste, hacerme un poquito feliz. —sonrió encantadoramente. —Mmm y veo que estás en forma, mi coronel. —alzo una ceja delicada. —Lo demuestra lo tuyo con “la inglesita”. ¿O ella no te exige tanto como yo?

¿Todo el mundo conocía ya lo suyo con Dafne? Heinrich suspiró, visiblemente contrariado.

—Helga, no hay nada entre tú y yo. No tienes derecho a reclamarme con quién esté o deje de estar.

—¿Qué ves en ella? —Se alejó de él un par de pasos, para darle mejor vista de su cuerpo, mientras se acariciaba desde los senos voluptuosos y casi desbordantes de su escotado vestido negro de lentejuelas, hasta la curva de su cadera. —Mmm soy mucho más mujer que ella. Y sé muy bien lo que a ti te gusta, sé muy bien cómo complacerte. —Miró con descaro la entrepierna de Heinrich, dando un paso hacia él. —Hace un momento, cuando te abracé, noté tu respuesta sobre mi vientre.

Heinrich incómodo, pensó que Helga había notado simplemente el estado

en que se encontraba desde hacía más de una semana. Y no por obra de ella precisamente.

—Ahora estoy con ella.

—No me importa, tú sabes lo que yo quiero de ti, o, ¿es que te has enamorado? —Rió a carcajadas mientras le acariciaba las solapas de la guerrera. — ¿El frío Heinrich Strieber? ¿Corazón de hielo Strieber? Enamorado de esa, esa...

—No permito insultos, Helga. Ella es...

—¿Una señorita respetable? Vamos, coronel, vivís juntos. Se te ha entregado igual que cualquier mujerzuela, y seguro que no tuviste que rogar demasiado. Estaría loca por meterse en tu cama. ¿Ves? En eso no la critico, yo también lo estoy ahora mismo.

Heinrich sostuvo la mano de Helga y la despegó de su pecho.

—Me voy...

—Espera...— Puso mirada lastimosa—por favor, perdona, estoy celosa. No puedo evitarlo. — De nuevo se pegó a él— Solo un beso, un beso de despedida, y te dejaré en paz.

—Conozco tus juegos, Helga.

—¿Si? — alzó su ceja, pérfida. — ¿Y también estás al tanto del “poder” que tengo? Muchos hombres muy influyentes, a una palabra mía...

—¿Ahora me amenazas?

—No, solo te digo que me olvidaré de todo, a cambio de un beso. —Con sonrisa seductora rodeó el cuello de Heinrich y se frotó descaradamente contra él. Ella se acercó más y más a sus labios.

Heinrich permaneció impasible. No quería desdeñarla, a menos demasiado. Quizás estaba solo jugando con él. El precio por que le dejase en paz era bajo. Sabía de antemano como se las gastaba Helga. Tenía conocidos, amigos, y amantes en todo el alto mando. Si ella lo quería y movía los hilos adecuados, podría encontrarse con una orden de arresto para Dafne en menos de veinticuatro horas. Y de allí a un campo de detención, o vete a saber donde, y posiblemente acusada de espionaje. Y él no podría hacer nada.

Helga tomó su silencio como una claudicación y una invitación a continuar su asalto. Y entonces le besó.

Heinrich cerró los ojos, y a su pesar abrió su boca y se hizo partícipe de aquel beso, que sabía a champán y a decadencia. Las manos de Helga no estuvieron quietas, bajaron y subieron por su pecho, y por su espalda, apretándose en su contra. Ella quería romper su indiferencia, a su creer, fingida, pues volvía a notar como él se excitaba con su roce. Su mano bajó hasta allí mismo acariciando su miembro hinchado.

Heinrich se reprochó a si mismo llevar demasiado tiempo de celibato, junto a una semana durmiendo pared con pared con una preciosa pero inocente jovencita. Y anoche en aquel estrecho banco, tan pegado a ella, cuando solo llevaba un camisón de algodón, Su cuerpo había respondido demasiado rápido a las expertas caricias de Helga teniendo en su mente a Dafne.

Agarró con fuerza las muñecas de la mujer. Y las hizo pegarse a su costado. Ella separó sus labios de él, indignada.

—¿No te agrada?

—Un beso, y ya lo tienes.

—Sólo un poco más. —intentó volver a capturarle con sus labios.

—Tenemos un trato.

—No puedes impedirme que te desee. — ronroneó. — y tú también lo deseas.

—Me lo habías prometido. —No iba a retroceder ni un milímetro.

Ella puso gesto hastiado. Pasó una uña esmaltada en rojo por su mentón casi arañando, mientras pasaba a su lado en dirección a la puerta del reservado.

—Disfruta de “la inglesita”. —"*mientras puedas*", añadió ella para sí. Luego se fue, retocándose su peinado. —No te digo que me acompañes de nuevo hasta la fiesta. No puedes presentarte “así” en público.

Heinrich respiró hondo, No sabía si había hecho bien o mal, Helga era imprevisible completamente. Pero la verdad es que tenía razón, en unos minutos tendría que permanecer allí para tranquilizarse. La tela de su uniforme de gala era demasiado fina, y se notaba a la legua lo excitado que estaba ahora mismo. Se miró en uno de los espejos, borrando con su mano los restos de lápiz labial rojo que habían quedado sobre su boca.

Dafne había fingido no darse cuenta, pero vio a Heinrich irse en dirección a aquel pasillo en que entraban algunos clientes y unos pocos camareros, acompañados por una “diosa” alta y rubia vestida con un llamativo traje de lentejuelas negro.

Dietrich la había estado entreteniendo, y ahora la llevaba de vuelta a la mesa. Ella se excusó y le preguntó discretamente por el tocador. Dietrich le señaló la puerta justo al lado del pasillo donde desapareció Heinrich hacía ya bastantes minutos.

No quiso alarmarse, pero dentro la recorcomía una extraña sensación de desasosiego. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué la había llevado a Heinrich a un lugar privado? ¿Para qué? Para qué, "no seas tonta Dafne", se dijo. Seguramente para lo que cualquier hombre se llevaría a un sitio tranquilo y oscuro a una mujer.

El baño estaba vacío. Tres lavamanos pequeños independientes. Con grifos de bronce y un espejo con un complicado marco de volutas cogía toda la pared donde descansaban. Aparte, tres puertas mas donde estaban los W.C. Completamente sola, Dafne se apoyó en uno de los lavamanos y miró su reflejo.

La puerta se abrió de nuevo y volvió a cerrarse. Por unos instantes no hizo caso a quién entró. Pero se sintió observada segundos después a través del espejo. Levantó la cabeza y se encontró con la hermosa rubia, con sus ojos negros intensamente clavados en ella y con una patente sonrisa de superioridad.

—Oh, pero que tenemos aquí, la inglesita. — avanzó otro paso más y se puso una cadenciosa mano sobre la cadera. Dafne se dio la vuelta, para mirarla cara a cara.

—Y usted es...

—Helga Von Richthofen, soy “muy” amiga del Coronel Strieber, nos conocemos hace “mucho” tiempo. — en las palabras “muy” y “mucho” Helga puso mirada muy significativa.

—Me alegro por usted, ahora si me disculpa. —Iba a irse sin más, no tenía ganas de enfrentarse a la “diosa”. Sobre todo después de haber estado con Heinrich en lo que supuso, los reservados del Club. Fue a pasarla de largo, rodeándola. Pero Helga le impidió el paso. Le sobrepasaba más de quince centímetros. Parecía tan alta como Heinrich. La “diosa” atusó su cabello de oro.

—Mmm... No creí que a Heinrich le fueran las niñas. Sobre todo después de haber estado con una mujer cómo yo. Es usted, como diría, demasiado, no sé cómo definiría...

—No todas podemos ser tan bellas como usted Frau Von Richthofen. — La “diosa” quizás halagada, levantó una rubia ceja.

—Y, ¿cómo se siente siendo el centro de atención de medio Berlín, Fräulein?—rió falsamente, y puso tono cómplice. —La noticia de “su romántico rescate” por parte del Coronel, ha corrido como un reguero de pólvora. Y después, haberla instalado en su propia casa.

—Nadie se habrá fijado en mí, habiendo estado usted en la fiesta, en eso no se preocupe.

—No sea modesta, Fräulein, es usted la amante de un Coronel tan condecorado, un héroe de nuestra nación. Si, la verdad es que es un honor para las mujeres como usted, haberse metido en su cama.

Dafne hizo un esfuerzo por sonreír por un insulto disfrazado de lisonja. — ¿Mujeres como yo?

—Oh, no quise ofender—La rubia era una actriz consumada, ahora la “diosa”, parecía verdaderamente compungida. —He oído que usted trabajaba de criada o institutriz para una familia aquí en Berlín, ¿no? y, ahora que estamos en una guerra, ¿qué pensarán de usted en su país? ¿Quizás es usted una traidora a su patria?, o algo peor.

—Yo, no... —En esos momentos Helga le pareció verdaderamente una gigante, había tocado un tema sensible. En realidad lo único que temía, que en su tierra natal, se supiese su situación, aunque fuese una farsa, ella no saldría bien parada. Helga continuó.

—Claro, claro, el “amor” no entiende de nacionalidades, supongo, aunque, solo pueda llegar a ser el capricho temporal de un hombre como el Coronel Strieber, es sumamente placentero, y créame que sé exactamente a lo que me refiero.

Por si Dafne tenía alguna duda en la relación que tenían o habían tenido ambos. Con aquella frase, la “diosa” rubia ponía las cartas bocarriba. La cercó, rodeándola centímetro a centímetro.

—Y además, para una mujercita así, ser la “amiga” de un hombre tan

generoso como Heinrich. —acarició la tela del traje de Dafne, a la altura de los hombros mientras pasaba a su espalda de largo hacia la salida. —Mmm bonito vestido, como le decía, además de placentero, su “trabajo” puede ser muy bien remunerado, por un hombre como él.

Dicho esto rió por lo bajo y contoneándose como una zorra satisfecha, salió del baño, dejando a Dafne con la boca abierta.

Acababan de llamarla prostituta en su misma cara. Muy delicadamente, con mucha elegancia, pero prostituta al fin y al cabo. Sintió enrojecerse hasta las orejas. ¿De veras todo el que la viera con Heinrich pensaría de aquel modo de ella? Necesitaba aire, salir de aquel lugar, del Club, de la vida de Heinrich. Escapar de todo, ¡ahora mismo!

Salió rápidamente, casi sin mirar, del baño. Una mano fuerte sujetó su brazo, impidiéndole avanzar. Dafne miró airada al dueño de esa mano, para darle una bofetada, si hacía falta. Pero era Heinrich él que la tenía agarrada.

—¿Qué te ha dicho Helga? —acababa de verla salir del baño. Dietrich le había advertido que ambas mujeres estaban dentro del mismo, cuando volvió a la mesa y preguntó por ella.

—Lo más suave que me ha dicho tu “amiga” es que soy poca cosa para un hombre como tú. —Encima de llamarla “puta”, pero ese detalle lo omitió.

—Helga simplemente está celosa. En su momento no quise una relación seria con ella. —dijo sin inmutarse.

Ella no supo si creerle, después de haberle visto pasar a los reservados junto a ella—Necesito salir de aquí.

Heinrich la miró, verdaderamente parecía al borde de un ataque de ansiedad. Respiraba rápido y superficial, y a pesar de estar ruborizada, el contacto de sus manos era frío mientras las acariciaba. La tomó por la cintura asintiendo.

—Si, ya hemos hecho acto de presencia. — Miró hacia Dietrich, que, a lo lejos parecía sumamente interesado. Heinrich le hizo un gesto, de que le llamaría por teléfono, y se la llevó hacia la puerta del Club.

—Vayámonos, aunque quiero que sepas, que si te has enfrentado a Helga, y has resistido, nada de lo que pase a partir de ahora, te podrá afectar. Ella es a quien más temía que te acercaras, y no te lo había advertido. —Ella le miró, no sabía si con ganas de estrangularle, por no haberla puesto en sobre aviso.

—Pero no sabía que la íbamos a encontrar tan pronto. Dietrich sólo me dijo que era una fiesta entre amigos, pero creo que se le ha escapado de las manos.

Salieron por fin del club. Heinrich la llevó hacia el coche. Allí ella se había dejado su capa. Una vez dentro él la ayudó a envolverse en ella y dejó la mano alrededor de sus hombros. Acarició el mentón de la joven y sonrió de medio lado.

—No me extrañan los celos de Helga, verdaderamente estás preciosa.

Dafne agachó la cabeza negando.

—Tienes algo muy especial Dafne.

Dafne quedó callada, miró hacia la oscuridad de la noche iluminada por las farolas cada bastantes metros por aquella zona algo apartada. El coche discurría como un fantasma entre las calles berlinesas. Y ella solo era consciente del calor que emanaba de Heinrich, que traspasaba a tela de su capa forrada.

—¿Que te ocurre, Dafne?

—No estoy acostumbrada a todo esto. Ni a los insultos de mujeres como Frau Von Richthofen, ni a halagos de hombres como tú. Solo soy una simple institutriz, con una vida ordenada y tranquila, aparte de los sobresaltos de mis niños, y de considerar día de fiesta, cuando consigo recibir noticias de mi

hermana.

—No Dafne, ¿cuándo te darás cuenta que eres una mujer preciosa bajo esa fachada de humildad que has llevado hasta ahora? Y no lo digo por un vestido o un peinado. Creo que tu problema es que has estado demasiado tiempo protegida del mundo. Eres tan pura e inocente.

Dafne le miró sin saber que pensar de él y se removió incómoda. Heinrich suspiro, retiró sus atenciones sobre ella y por su parte desvió la mirada también hacia su ventanilla.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio. Cada uno con sus pensamientos.

Heinrich cavilando, en donde tendría la cabeza el día que se enredó con Helga. Y que fuese lo que le fuese lo que hablaron ambas mujeres, eso había hecho que Dafne se alejase de él. A lo mejor debía hasta de agradecersele. Y también mantener las distancias.

Dafne contempló su propio reflejo en el cristal de la ventanilla del coche, con el fondo de los grises edificios. Gris, ella era así, gris. No era nada más que una molestia para ese hombre. Deseó estar muy lejos de allí en ese momento, en la seguridad de su cuarto en la casa de los Colber, levantándose sólo si escuchaba ruiditos en el cuarto de los niños, llevando su vida de antes. Ni las intrigas, ni las fiestas, ni los vestidos bonitos, ni siquiera ese hombre que hace un momento la había acariciado y ahora volvía a ser tan indiferente a su compañía, eran para ella.

CAPÍTULO 21

APENAS habían terminado el desayuno que se sirvió, por ser domingo ya entradas las nueve, Dafne dio una excusa y subió casi a esconderse en su dormitorio, al menos por un rato. Sabía que él no tendría que ir a ningún lado ese día. Poco después se escapó al jardín con una manta pequeña y un cojín. Se escondió entre las pérgolas que había en los jardines de atrás de la casa, y se acomodó en un banco de piedra, sobre la manta, y se dejó caer en el cojín. Se quitó los zapatos y dejó que el sol le acariciase las piernas desnudas hasta la rodilla. Tomó el libro y pidió mentalmente que Heinrich se ocupase de sus asuntos y la dejase disfrutar del día en paz.

Heinrich la había visto desaparecer casi a hurtadillas, cargada con la manta y el cojín, en dirección al jardín trasero desde la ventana de la biblioteca. Había pensado en seguirla, y ver que hacía, pero se resistió. Encendió la radio para escuchar noticias, e intentó leer el periódico. Dafne había hablado muy poco durante el desayuno estaba demasiado esquiva.

Siguió con sus ojos puestos en la lectura, un mero intento, puesto que no se podía concentrar en otra cosa que en ella. Llevaba más de una semana a su cuidado, y todavía no había podido tejer un plan para sacarla de Berlín ni de Alemania.

Tampoco sabía si su plan de hacerse ver con ella, tendría o no el resultado deseado. En primer lugar, su propio tío, al que creyó que se iba a oponer con todas sus fuerzas y argumento en contra de su “relación” con Dafne, parecía

haberle dado la noche anterior poco menos que su bendición.

Después estaba Helga, esa mujer podría llegar a ser verdaderamente artera en sus tretas. Pero no creía que sus tentáculos fueran a por él. Al contrario, temió que fuesen directamente a por Dafne. La muy arpía ya había conseguido quedarse a solas con ella, y a saber que habrían hablado ambas mujeres. Después del encuentro, Dafne parecía encerrarse en sí misma, y, aunque, después de todo, quizás fuese lo mejor para ambos, tampoco quería que dejase de confiar en él. Necesitaba su cercanía, aunque supiese que no debía aspirar a más nada que mantenerla a salvo. Por Tony, que seguramente la estaría esperando al otro lado de la frontera. Aunque ella lo negase, no se le quitaba de la mente haber visto a ambos besándose y despidiéndose en la estación de tren hacía ya nueve días.

Casi una hora después de intentar leer el periódico, pero de no enterarse de nada de lo que leía, se quedó mirando al vacío, hacia la ventana del jardín, justo por la esquina que la había visto desaparecer. ¿Qué estaría haciendo? Con su equipaje había seguramente buscado un sitio donde ocultarse de él y ponerse a leer. Había estado muy esquiva desde primera hora. Por mucho que le pesase, echó de menos su risa.

Dos días o tres atrás ella se había mostrado tan cercana y natural a su lado. Lloró sobre su hombro, y también rió con él. Durmieron juntos sobre el estrecho banco del sótano dos noches atrás, y había sido una experiencia que no olvidaría nunca.

Al menos mientras viviese.

Miró de nuevo el reloj. Las doce de la mañana. Aún quedaba más de una hora para el almuerzo, se levantó y tomó uno de los libros de la estantería. La Ilíada. Miró buscando alrededor. Ella seguramente había tomado La Odisea. Tenía un ejemplar de ese libro con hermosas ilustraciones. Contaba tanto como una traducción literal al alemán de los versos originales, tanto como una versión ampliada y novelada de los hechos de esta clásica y trágica epopeya. Este ejemplar estaría seguramente en sus manos, admirado,

acariciado por ella. Acunado por ella.

Tomó la epopeya y comenzó a leerla. Era de la misma editorial y similar al planteamiento del libro que ahora leía Dafne. Dejó a un lado los poemas originales y comenzó la parte novelada y basada en el poema relatado por Homero. Los pasajes se los sabía casi de memoria. Años y años que los había leído y releído. Siempre le causaban placer tomar cualquiera de esas tres obras, y ahora necesitaba sosegar un poco y pensar. La lectura de estas obras siempre lo ayudaba en ese sentido.

Pero poco más tarde, cerró el libro y se lo llevó a la frente. Se dio dos o tres toques contra la piel que lo cubría y aspiró el aroma a cuero, tan conocido y tan relajante. Pero hoy no había manera de encontrar su paz.

Se levantó, pensando en quizás dar una vuelta por los jardines. Y ver dónde estaba ella. Quizás era mala idea, pero de todas maneras no se podía concentrar en nada aquella mañana. No bien se hubo levantado cuando sonó el teléfono. Escuchó los pasos rápidos de Glöckmer y poco después su criado llamó a la puerta de la biblioteca, anunciando que tenía una llamada de Ludwick Rankin.

Heinrich dio las gracias, y dejó el libro sobre la mesita mientras apagaba la radio, Luego se dirigió hacia la salita, donde estaba el teléfono.

—¿Ludwick?

* * *

Allí estaba, bajo la pérgola, sobre el banco de piedra. Lo había cubierto con la pequeña manta, puso en el reposa-brazos el cojín, y allí descansaba su espalda. Las piernas se estiraban sobre el asiento apenas flexionadas. Estaba descalza y el sol acariciaba su piel hasta más arriba de las rodillas, donde la falda, al dormirse, se había arremolinado. Su cabeza descansaba en ángulo sobre el respaldo, dejada caer al descuido sobre su brazo doblado. En su

pecho, acunado, el ejemplar de La Odisea dormía abrazado a ella.

Se sentó en el hueco que aún quedaba libre en el banco. Ella ni se movió. No se dio cuenta del largo rato que Heinrich bebió de su tierna imagen dormida. Heinrich se relajó sobre el respaldo y dejó caer sobre él, uno de sus brazos. Cerró los ojos mientras alzó su cabeza al sol primaveral. Se escuchaban trinos de pájaros. Susurraba el viento entre las hojas de los árboles que rodeaban la propiedad. Allí, en ese mismo instante, no había guerra. Era como si una burbuja los protegiese. Y todo como conjurándose para que ella descansase. Para que ella durmiese acariciada por el sol y los ojos de Heinrich.

Una suave brisa movió uno de sus rizos y éste hizo cosquillas a su nariz. Se removió un poco y estiró sus piernas. Éstas tropezaron con los muslos de Heinrich, Quizás eso también hizo que ella abriese los ojos. Él se había sentado a su lado. Sus pies descalzos le rozaban, o quizás había sentido su cercanía.

Él tenía la cabeza echada hacia atrás, reposando. Los ojos cerrados. Dafne repasó su perfil duro y a la vez hermoso. Su piel era más dorada y su cabello extremadamente corto brillaba como el oro con los rayos del sol. Quizás su propio y hondo suspiro hizo que él abriese los ojos y la mirase.

—Se está muy bien aquí. —le dijo sin cambiar su relajada postura. Ella tampoco se movió. —Tendría que haber salido antes y disfrutar un poco de este calor tan agradable.

Dafne no supo que decir, se dio cuenta que su vestido andaba subido y se veía el comenzar de sus muslos y un poco de las ligas que sujetaban sus medias. Pero no se la bajó. Al contrario se movió un poco, y rozó sus rodillas entre sí. La falda dejó ver algo más de sus muslos. Y le miró a los ojos. Le retó con la mirada. Se sintió poderosa por unos instantes. Levantó su cabeza e hizo que su cabello cayera hacia atrás mientras se estiraba.

Él la miraba, centímetro a centímetro. Supo que sus ojos se demoraron en

sus piernas, desde el comienzo de los muslos hasta los tobillos y los pies sólo cubiertos con las medias de color natural.

Luego él volvió a cerrar los ojos y a dejar caer la cabeza hacia atrás. O lo escuchó o eran imaginaciones, pareció que Heinrich había reprimido una mezcla de gemido y suspiro mientras estiraba sus propias y largas piernas, y luego las cruzaba.

—El almuerzo estará casi listo. —Dijo al fin. Seguía con la cabeza echada hacia atrás, como si disfrutara del sol.

—¿Ya? No me he dado cuenta que el tiempo pasaba esta mañana.

—Si. —Heinrich se rehizo, se incorporó y se sentó derecho y volvió a poner ambos pies en el suelo. —Me permites. —se inclinó y cogió uno de sus zapatos que había dejado en el suelo cuando se reclinó en el banco. —Esto de calzarte se está volviendo una costumbre. — sonriendo, hábilmente se los puso y cerró la pequeña hebilla de la pulsera que lo adornaba. Hizo lo mismo con su otro zapato. Para él siempre era un placer hacerlo.

Luego se levantó y le ofreció la mano para que ella se levantase. Le ayudó tomando el cojín y el libro y ella dobló la pequeña manta.

—Por cierto Dafne, me acaban de llamar. Estamos invitados a una fiesta esta noche.

—¿Tan pronto?

—De alguien que saludé de pasada en el concierto. Hace un par de años que no estaba por Berlín, y desde entonces no le he visto, es una persona con mucha influencia. Quizás gracias a él pueda sacarte de aquí con más rapidez.

—Si desea ir solo. —Ambos caminaban hacia la casa. Dafne pensó que allí podría estar también la “diosa-bruja”, y que, seguramente Heinrich preferiría mejor pasar el rato con la rubia, que con ella.

—Has vuelto a dejar de tutearme.

—Yo, yo lo siento.

—No quiero que te disculpes, lo que no quiero es que dejes de confiar en mí, y en que te ayudaré a volver con los tuyos. ¿De acuerdo?—Le abrió la puerta de la casa y la dejó pasar ante él con gesto galante.

—De acuerdo pero, Madame *Merevilleux*, solo me mandó un vestido.

—No te preocupes, acaba de salir el chófer para el taller de Madame. Volverá con lo que tenga ya listo. En una hora o poco más, lo tendrás aquí.

—Gracias. —Él la dejó un instante en el recibidor, mientras llevaba el libro a la biblioteca, y dejaba allí también el cojín y la manta. Luego la acompañó al comedor.

* * *

—¡Geüser cómo es que no me lo habéis comunicado antes!

Tony se mesó el cabello. Estaba en un teléfono público. No había dejado Suiza. Tenía permiso especial por estar aún convaleciente de la herida. Por fin había podido hablar con su contacto en Berlín.

—Y ¿me dices que está bien?

—Si, hombre, está bien, está con el Coronel que dices que es tu hermano.

—¿Estás seguro?

—Ese Coronel es inconfundible. Meré me confirma ahora que sigue con él. Acaba de enviar su chófer a que recoja el resto de un encargo de ropa que el hizo para ella. La inglesita parece haber perdido su equipaje completamente, aparte del tren —Geüser se rió al otro lado del teléfono. —

Por lo visto la señorita inglesa lo que no ha perdido ha sido el tiempo, estos diez días. Vive con el Coronel en su casa.

Tony no supo que pensar. ¿Dafne viviendo con su hermano? ¿Cómo había llegado a estar juntos? Allí había algo que se le escapaba.

—La inglesita, como la llamas debía de haber salido al día siguiente que yo, ¿sabes algo más de por qué no salió?

—Según Meré, sólo le ha contado que se había quedado sola en Berlín sin poder salir por el cierre de las fronteras y que él se había erigido como su “protector”, ya sabes. ¿No? A buen entendedor.

Eso no le cuadraba de Dafne. Era una chica bonita, agradable, simpática, dulce, pero no era de las que se lanzaba en brazos de nadie. Era una luchadora. Y estando en la casa de los Colber . No estaba desamparada aunque no pudiese salir de Berlín.

—Además, corre alguna que otra historia por aquí sobre el Coronel y su inglesita.

—¿Cuáles?

—No digo que sean ciertas, o no, pero según se dice, el Coronel rescató a la chica en un registro en donde vivía y trabajaba. Hubo un soldado muerto, y ella acabó en su casa aquella noche en vez de en la Central de detenciones. Poco más te puedo contar. Las señoras suspiran de romanticismo, y los militares que lo comentan se dan codazos de complicidad y palmadas en la espalda. Tienes un hermano muy famoso ahora por aquí.

La verdad que ser famoso o señalarse de esa manera dentro del ejército alemán no convenía de ninguna manera a un hombre en la posición de Henry en estos momentos.

—Tienes que hacerme un favor Geüser. Intenta contactar con ella, y si no puedes, con él.

Al otro lado del teléfono sonó un bufido.

—Me pides algo muy peligroso amigo.

—Heinrich no supone ningún peligro para ti, ni para los nuestros. Él nos ayudó, ¿recuerdas? A sacar al inglés.

—Si, si, de acuerdo. —suspiró. Y a su vez Tony también lo hizo, aliviado. — ¿Pero qué quieres exactamente que le diga si hablo con él?

—Quiero que averigües que les ha pasado realmente, y si necesitan ayuda y de que clase. Y también decirle que he hablado con mis superiores, y que están estudiando las pruebas que le he presentado. Sólo eso.

—Haré lo que esté en mi mano. Cuelgo. ¿La semana que viene a esta misma hora? Es el único día que Meré tiene su taller cerrado.

—De acuerdo, y gracias amigo.

—Me debes una Inglés.

—Te la debo.

CAPÍTULO 22

OTRA vez de su brazo, camino a no sé qué fiesta. Había recibido el resto de los encargos hechos en el *atelier* de Madame *Merevilleux*, y escogió para la ocasión el vestido color cereza. Éste era más ceñido e insinuante que el que se puso la noche anterior para ir al concierto. Se abrazaba a sus caderas y luego se abría en capas como una cola de sirena. Dejaba sus hombros y brazos al descubierto. Tenía como remate en el cuello una tira y desde allí hasta el comienzo de sus pechos se abría un escote en forma de lágrima que dejaba a entrever bastante de su piel. Sin embargo por detrás estaba del todo cubierto, el material la abrazaba y realzaba todas sus formas.

Traía unos broches que ella hábilmente prendió en su cabello estirándolo liso hacia la coronilla. Allí dejó que los rizos flotasen libres. Un par de tirabuzones mínimos y naturales se le escaparon de las sienes y cayeron sobre sus orejas. Quedaban bien. Esta vez pintó sus labios de cereza y enfatizó más que la noche anterior sus ojos con un trazo más grueso de khol, levantando el parpado hacia las sienes, dándole una mirada gatuna a sus ojos grandes. Se alzó sobre unos preciosos zapatos de tacón forrados igual que el vestido y tomó una capa negra que le cubría hasta abajo de la cadera. Se la colocó y hecho una de las alas sobre su hombro. No se descubriría hasta llegar a la fiesta.

Después de recordar y meditar el incidente con la “diosa-bruja” Helga Von-"yo no sé qué", decidió presentar batalla a su manera. No iba a dejar que aquella zorra, que se había pavoneado de tener a Heinrich en su cama cuando

le apeteciese, la hiciese de nuevo avergonzar.

Ahora Heinrich “le pertenecía” a ella, aunque no en el sentido bíblico. Vamos pero ella no iba a dejar que la humillase de nuevo. Y si tenía que ser aún más “zorra” que ella lo haría. Y sin inmutarse. De todas maneras, ¿no era ese el trato con Heinrich? ¿Hacerse pasar por su amante? Una amante defendía su puesto con uñas y dientes. Y ella lo haría.

Cómo la noche anterior, Heinrich llevaba su uniforme de gala, el coche les llevó ante la imponente casa de Ludwick Rankin.

Rankin, austríaco de origen, era bastante conocido en Berlín por apoyar al partido desde sus inicios. Sus generosas donaciones, y sus múltiples negocios en los que participaba fabricando desde coches hasta armamento, le daban un puesto relevante, sin ser político o militar, Rankin conocía a todos, y sabía qué hilos mover sabiamente para alcanzar sus fines. La noche anterior, Heinrich lo saludó de pasada mientras iba a buscar a Dafne cuando se fue al baño de damas.

Conocido por él y por Dietrich debido a que sus familias habían hecho más de unos negocios juntos, y la madre de Heinrich perteneció a la élite adinerada de Berlín, quizás podría encontrar un momento privado para hablar con Ludwick. Un empujón apropiado, y estaría camino de Francia, al frente, y Dafne de vuelta a su vida normal.

Dafne se alegró de haberse arreglado al máximo. Desde luego que las mujeres que allí asistían sabían vestir. Si no fuese por Madame *Merevilleux*, hubiera estado perdida y fuera de lugar. Una vez que entró por la doble puerta de la mansión, dejó su capa abrirse en un solo movimiento. Una criada, solícita se apresuró a llevársela al guardarropa.

Preciosa. Aquel vestido le hacía verdaderamente parecer un hermoso ángel, mitad terrenal, mirando su cuerpo, esos hombros al descubierto con diminutas pecas y ese escote sensual. Mitad inocente con aquella nuca despejada y esos ojos grandes. Sus labios eran la más bella de las frutas

aquella noche. La más hermosa y prohibida para Heinrich. La llevó orgulloso hacia el gran salón que se abría ante él, de su brazo.

Ella mantenía bien erguida su cabeza. Caminaba a paso suave y seguro, apoyándose en su brazo con delicadeza. Algunos conocidos le saludaron dándole una larga mirada a su acompañante, a lo que ella respondía con una sonrisa que derretiría el polo norte y con un suave asentimiento de cabeza con el porte de una reina.

Más adelante otros amigos se acercaron y él hizo las presentaciones. Algunos alzaron una ceja al saber que la joven que le acompañaba era inglesa. Pero nadie hizo comentarios al respecto. Poco más allá la amplia sonrisa de Dietrich los esperaba. Con un par de copas en la mano para ambos.

—Tarde como siempre, Strieber, lo tuyo son las entradas triunfales y con mucho público ¿no? Fräulein Dafne, a sus pies, me permite decirle que, si es posible aún, está más bella esta noche. Me tiene absolutamente rendido a sus plantas.

Dafne adelantó esta vez su mano para que Kurt la besase. Se sintió atrevida. Le dio un par de sorbos a la copa mientras Dietrich se inclinaba galantemente—Herr Coronel, ¿me saca a bailar?

Dietrich se quedó unos segundos parado, la miró alternativamente a ella y luego a Heinrich, pidiendo permiso. Strieber no hizo ni el más leve gesto. — Por supuesto Fräulein, si mi amigo no pone objeción.

—Oh, Heinrich tendrá multitud de amigos y conocidos que saludar esta noche. —Avanzó un paso más hacia Dietrich, dejando en la mano de Heinrich casi con descuido, la copa que apuró demasiado rápido. —Querido, me voy a bailar un rato. —Dijo sin mirarle siquiera, le regaló su sonrisa solo a Dietrich.

Dietrich se encogió de hombros mirando hacia Heinrich mientras la llevaba hacia la orquesta, y hasta la pista de baile.

Heinrich se quedó varios segundos algo descolocado por la salida de Dafne. Vio como se alejaba contoneándose como una gatita del brazo de Dietrich, y sintió una punzada de celos.

No le había pedido que bailase con ella. Se había lanzado directamente a bailar con su amigo. Incomprensible, pero cierto.

Alguien llamó su atención y se encontró con más conocidos que no veía desde que salió para servir en África. Quizás debía de concentrarse en encontrar a su anfitrión entre aquella marea de gente que bebía, reía y charlaba. Una conversación con él, y pulsaría el ambiente mejor que su propio tío Rudolf, que aunque bien relacionado, no llegaba hasta donde podría el mismo Ludwick Rankin.

* * *

Sí, allí estaba la inglesita. La había visto llegar del brazo de Heinrich, pero ahora bailaba con ese idiota de Kurt Dietrich. Si Heinrich la descuidaba de esa manera iba a ser demasiado fácil sembrar la discordia entre ellos. Tan sencillo que le daban ganas de reírse como una posesa. Helga se quedó en las sombras, casi escondida entre el gentío que abarrotaba ya el salón de Rankin. Aún no quería que se diesen cuenta que ella también había sido oportunamente invitada a la fiesta.

* * *

Ludwick saludó a Heinrich con verdadero placer. Conocía a su familia de siempre. Tenía en alta estima a Rudolf, como excelente amigo y persona, igualmente a su esposa Gertrud. Era algo más joven que la pareja, pero entraba bien ya en la cincuentena. Era viudo hacia un par de años. Igualmente los había invitado esa noche, pero Rudolf y Gertrud, se habían excusado aduciendo que ya estaban algo mayores para dos salidas seguidas. Le habían

contado lo del concierto y que Heinrich les había presentado a la joven inglesa. También él tenía cierta curiosidad por conocer a la chica. Después de los saludos de rigor, Rankin atacó.

—Bueno, joven Coronel, ¿dónde escondes a la inglesita?

—Dietrich está bailando con ella ahora mismo—dijo señalando con un gesto a la pista.

—Vaya, ¿la muñequita vestida de rojo? —La miró como el que aprecia una obra de arte. — Desde luego, tienes un gusto exquisito, es una jovencita muy hermosa. Y según me dicen tus tíos, con mucha clase.

Dietrich había visto como Heinrich saludaba al anfitrión y tomó del brazo a Dafne para acercarla a ambos hombres. Dafne fue a coger una copa pero Dietrich se lo impidió.

—Luego, querida, ahora te van a presentar a uno de los hombres más importantes de Berlín, y ¡hay que estar sobrios! —Sonrió. — ¡Después ambos nos beberemos una copa a la salud de todo este tinglado!

Pronto Dafne estuvo del brazo de Heinrich saludando debidamente al anfitrión, éste besó su mano enguantada, con un galante gesto. Luego igualmente saludó con un apretón de manos a Dietrich. Pero su atención se centraba en la joven.

—Fräulein, es un placer conocerla.

—Gracias, Herr Rankin, es un honor para mí haber sido invitada a esta fiesta.

—Me dice aquí mi amigo que es usted, inglesa, ¿no?

—Creo que eso ya lo sabrá todo Berlín, me temo. —sonrió con dulzura y algo de picardía.

—No pensaba usted hacerse tan famosa.

—Me temo que no. No creía que con los problemas que hay ahora en el mundo, la gente se interesara por que un hombre y una mujer se conozcan y se gusten, y quieran vivir su mutua atracción como les venga bien. Sobre todo, ahora, que no sabemos si habrá un mañana.

Ella inclinó y dejó caer su cabeza tiernamente en el hombro de Heinrich, mientras se agarraba a su brazo. Éste extrañamente conmovido por el inesperado gesto, besó su frente con devoción, delicadamente.

—¡Bien dicho fräulein! —Ludwick rió y dio unas palmadas en el hombro de Heinrich. — Pero ahora lo que yo quiero es que todos ustedes se diviertan, aunque antes me gustaría hablar un rato más con aquí mi joven amigo Strieber. Dietrich, si nos haces el favor de entretener un poco a la dama mientras nosotros atendemos unos negocios.

—¡Por supuesto!— sonrió Dietrich. —Para mí es un placer hacer de escolta. Y además nos debemos mutuamente un brindis, ¿verdad?

Ella asintió y tras despedirse de Ludwick paseó del brazo de Dietrich de nuevo hacia el bullicio de la fiesta.

* * *

—Toda una dama. —Asintió Ludwick, mientras llevaba a Heinrich por el pasillo hacia un despacho, lejos de los invitados. —Lo que me lleva a preguntarme, ¿qué es lo que haces con ella, bribón?

Entraron en la pieza, y Ludwick cerró con vuelta de llave.

Heinrich no había contestado al comentario, simplemente se quedó con las manos en los bolsillos admirando un par de pinturas que presidían el

frente del estudio.

—¿Coñac Heinrich?

—Por favor.

Ludwick sirvió dos copas y le pasó una a su amigo, haciéndole seña para que tomase asiento tal y como hacía él.

—Y ¿de qué necesitas que hablemos?

—Tengo que sacar a Dafne de Berlín, y si es posible de Alemania.

—¿Por qué? Está claro que la jovencita está muy encariñada contigo.

—Por eso mismo, yo, yo también la tengo aprecio, y no quiero que sufra ningún daño.

—Pero vamos ganando la guerra, Coronel. ¿O no?

—Eso nunca se sabe. Yo mismo quiero volver al frente en breve. Y ella aquí quedaría desprotegida. Tengo que hacer lo posible por devolverla a su país, donde están los suyos.

Ludwick negó con la cabeza dubitativamente.

—Las fronteras están cerradas a cal y canto. Y tú que trabajas por ahora en la oficina de visados, lo sabrás de primera mano. Incluso, no sé, estás en una buena posición para arreglarle la documentación necesaria. ¿Cierto? Digo, tienes el papel y el sello oficial.

—Ya se me pasó por la cabeza eso al principio. Pero nuestra historia es demasiado conocida, para nuestro propio mal. Y tengo a Frau Helga Von Richthofen pisándome los talones. Bueno, ella y yo tuvimos lo nuestro hace unos años, pero me considera aún de su “propiedad”.

—Helga tiene en su Harem a medio estado político-militar. Entre los

cuales, gracias al cielo, no me cuento. —sonrió—Pero es verdad, si esa mujer la considera enemiga, puede hacerle muchísimo daño.

—Por eso al recibir tu invitación, bueno, no soy amigo de pedir favores así como así. Pero...

—Sé que siempre tratas de solucionar tus problemas tú sólo y a tu manera, nos parecemos Heinrich, ¡más de lo que aparentamos! Yo tampoco era muy amigo de pedir favores, pero, a veces hay que recurrir a los amigos, y me alegra que me consideres como tal.

Heinrich asintió y dio un sorbo a la copa.

—Quizás la solución sea, hacer lo correcto con la dama.

Heinrich le miró fijamente sin entender.

—¿Lo correcto?

—Si, hablé esta mañana con tu tío el General, de lo mismo. Si, ella es extranjera, estamos en guerra, de acuerdo, pero si te casas con ella, automáticamente pasará a ser alemana y a poder usar tu apellido.

Heinrich no movió ni un músculo, no dejó revelar nada. Solo bajó un momento su mirada a la copa y bebió otro corto sorbo.

—Por eso mismo que estamos en guerra. Si a mí me pasara alguna desgracia. Ella quedaría igualmente expuesta, si se queda en Berlín. No, la quiero fuera de esto, libre para rehacer su vida y a salvo.

—Piénsalo bien, Heinrich. ¿Y si ella se quedase embarazada? ¿No estaría más protegida con tu apellido? Tú careces de fortuna, no le faltaría nada. Joder, la chica te gusta de verdad, si no, no la mirarías como lo haces, ni hubieras hecho la locura de arrastrarla a tu casa después de lo de aquel incidente del registro.

—Vaya. ¿Todo el mundo conoce hasta el más nimio detalle?

—Algunos pocos lo conocemos, no sé si todos, pero...

—Esta bien, gracias por el consejo, pero sigo pensando que lejos de aquí estaría más segura.

—Por el momento es lo único que se me ocurre, dentro de lo legalmente posible. Hay otras soluciones cómo sacarla a escondidas, pero para eso hay que tener contacto con, cierta clase de individuos, a los cuales, tú, específicamente, luciendo esos galones, nunca tendrás acceso.

Heinrich le miró con fijeza. —Ni usted tampoco, imagino.

Ludwick se encogió de hombros con semblante despreocupado y se dedicó unos instantes a su copa, antes de continuar la conversación por otros derroteros.

* * *

Dafne bebió hasta el final su champán. Dietrich intentaba entretenerla, pero ella miraba fijamente hacia el pasillo por donde desapareció Heinrich con bastante preocupación. Sabía que ir hasta allí, no solo era por la fiesta, sino porque Heinrich quería hablar con ese tipo importante de como sacarla del país. No sabía ya si sentirse halagada o molesta, lo primero, por intentar cumplir la promesa que le hizo el primer día que estuvo en su casa. Molesta porque parecía querer deshacerse de ella a cualquier precio, y sus atenciones tanto la atraían como la confundían.

Helga también había observado por dónde había desaparecido Heinrich, y estaba preparada para su plan. Sonrió para sí misma, iba a ser hasta fácil meter su propia cizaña en medio de la "feliz" pareja.

Dietrich pensó en sacarla a bailar de nuevo. Quería entretenerla, y distanciarse de algunos conocidos que los observaban curiosos. Ella parecía algo molesta. Al siguiente camarero que pasó, Dafne volvió a tomar otra copa. Y le dio un largo sorbo. Además, sería bueno alejarla del champán, se estaba tomando demasiadas copas, y no quería devolvérsela a Heinrich borracha como una cuba.

—Dafne, no sé si debo, pero, si no está acostumbrada al champán, debería parar.

—¿Por qué?—su voz le sonó a ella misma un poco pastosa, se rió tontamente. Ella no se reía nunca tan tontamente, pensó, y soltó otra risita antes de tomar otro trago.

—No está habituada a tanto alcohol, puede hacerle daño.

—No creo, apenas he bebido, —intentó contar mentalmente y vio que no pudo. —dos copas... tres... cuatro tal vez...

—Vayamos a bailar, o a dar una vuelta por el salón, mientras vuelve Strieber.

—Bailemos. — Ella dejó descuidadamente la copa en la bandeja de otro camarero que pasaba y el hombre tuvo que hacer equilibrio para que no se le cayera el fino cristal.

Dietrich enseguida se arrepintió de haberle ofrecido bailar. Ella se tambaleó ligeramente y él tuvo que sostenerla por el antebrazo fuertemente. Ella rió de nuevo.

—Mmm... Este suelo está algo resbaladizo.

Dietrich suspiró y la sujetó con firmeza para unirse al baile. No quería que perdiese pie y cayese, pero tampoco quería dar motivos a Heinrich para estar molesto con él, ni a la gente más chismes porque se acercara demasiado a la mujer que habían visto entrar del brazo de su amigo. Aunque

seguramente se llevase un par de puyas, por dejarla beberse tan deprisa esas dos últimas copas. Él podía ser un bromista empedernido, pero respetaba a Heinrich como un hermano.

Dafne perdió pie un par de veces, tanto que consiguió, antes de bajar a la pista, tropezarse con otro invitado, y quien sufriera, fuese la guerrera de Dietrich y parte de su impecable pantalón. Kurt maldijo su suerte entre dientes mirando su arruinada ropa, mojada de champán, de arriba a abajo.

Dafne se tapaba la boca conteniendo la risa. Dietrich suspiró mientras se disculpaba a la vez por su torpeza con el invitado que miraba con inusitada curiosidad a Dafne.

—Dafne, si la dejo sola un momento, no se moverá de aquí, ¿verdad?

El otro invitado implicado en el tropiezo sonrió.

—Usted no se preocupe Herr Coronel, yo me haré cargo de la dama, será un placer hacerle ese servicio, yo también tengo parte de culpa del tropiezo.

El desconocido era poco más alto que Dafne, cabello castaño oscuro, con algunas canas en las sienes, facciones agradables y masculinas. Algo delgado, se le marcaban bastante los pómulos que los tenía bien definidos, y los labios finos. Sonrió a Dafne, tomando su mano e inclinándose con elegancia.

—Permita que me presente, Fräulein, soy Ernest Von Wheltein, a su servicio.

—Dafne Sevenstons, Herr Von Wheltein. —Y le sonrió. Luego miró a Dietrich. —Por favor, no se preocupe, Herr Coronel, le esperaré a que se limpie el traje aquí mismo. No me deja sola, como ve.

Dietrich saludó con un movimiento de cabeza al otro invitado, y decidió que mejor darse prisa y volver lo antes posible.

Dafne volvió su atención a su nuevo conocido, que la miraba con

expresión arrobada. Dafne se sintió algo coqueta, agitó sus pestañas con un gesto que nunca había usado antes y esperaba estar haciéndolo medianamente bien. —Herr Von Wheltein, gracias por su amabilidad, y discúlpeme el tropiezo, creo que me he pasado un poco con el champán.

—No tiene por qué disculparse, en todo caso culparemos a nuestro anfitrión que ha servido un champán tan delicioso que no se da uno cuenta y bebe una copa tras otra. — Le sonrió dejando entrever unos dientes pequeños y bien cuidados, se veían muy blancos, aquel hombre era algo moreno, como si estuviese bastante tiempo al aire libre. Dafne se sintió valiente, para seguir con recién descubierta vena coqueta.

—¿Me permite preguntarle a que se dedica? Es usted uno de los pocos caballeros jóvenes que se ven que no lleva uniforme estos días— ella pensó que había sido un poco indiscreta. Intentó corregirlo con prontitud. — Discúlpeme si soy, mmm bueno, algo curiosa

—Mi estimada Fräulein, por supuesto que no. Ante todo, gracias por lo de "joven".Sufro una lesión desde la juventud, caí del caballo en una de mis fincas en el sur. Estuve años hasta rehabilitarme para poder levantarme y hacer una vida prácticamente normal. El ejército no quiere lisiados como yo, así que me dedico a negocios familiares.

—Oh por favor Herr Von Wheltein, no tiene usted planta de lisiado. Al contrario se le ve muy saludable. —ella sonrió, y él tomó la mano femenina y la puso sobre su brazo.

—En mi favor puedo decir que aún puedo bailar, si me permite invitarla.

Dafne se dejó llevar. Von Wheltein no parecía tan intimidante como Heinrich. Era de ademanes suaves, y su voz a pesar del natural acento gutural alemán tenía una cadencia casi mediterránea. Calculó que tendría unos cuarenta años más o menos.

Pronto se vio de nuevo en la pista, algo mareada aún, pero diestramente

llevada en una canción lenta, cantada en una voz femenina muy sensual. Su acompañante la sonreía y ella se sentía segura, no tenía el aire adusto de Heinrich y verdaderamente no sintió que fuese mínimamente peligroso. Quizás debería disfrutar un poco del baile, y ¡dejar de pensar en Heinrich un rato!

* * *

Tres pasos apenas dio Heinrich en dirección a la multitud que llenaba el salón de fiestas de Ludwick cuando dejó su compañía, cuando una mano enguantada en azul real, se posó en su pecho. La dueña, Helga, le frenó el avance poniéndose delante de él y contándole el paso.

—Coronel, nos volvemos a ver, dos veces en dos días. —le sonrió mientras quitaba una pelusa imaginaria del uniforme de Heinrich.

El hombre, ocultó su malestar por el encuentro, minutos antes había hablado de ella con Ludwick y éste le había advertido que también estaba en la reunión.

—Helga, un placer, como siempre, —quiso ser formal con ella y besó su mano, para quitarla de sobre su propio pecho, donde ella la había dejado con demasiada familiaridad. — Ahora si me permite, he de buscar a mis amigos.

Ella rió un poco y giró la cabeza a un lado y a otro. —Vaya, no les he visto, me encantaría saludarlos, ¿también has traído a tu “inglesita”?

—Mi “inglesita” tiene nombre Helga.

—Si, si, fräulein Dafne. —ella se colgó prácticamente de su brazo y se lo acarició suavemente. Él, solo notó frialdad en esas manos. — Mmm, tiene un nombre muy mitológico. ¿No fue Dafne, quien, para huir del dios Apolo se convirtió en laurel?

—Algo he oído de eso sí.—suspiró Heinrich mientras buscaba con la mirada a Dietrich y a Dafne, pero no les veía por ningún sitio.

—Es curioso, tu apellido inglés ¿no era Daylight? —ella reía otra vez— Daylight mmm..., luz del día....sol... ¿Apolo no es el Dios del sol?

—Divertido e inteligente juego de palabras Helga. Ahora si me permites, —intentó que ella soltase su brazo.

—Oh, te acompaño, yo también saludaré a tu ninfa huidiza.

Heinrich ya no tuvo más remedio que seguir andando con ella colgada de su brazo y pegada a su cuerpo con descaro.

* * *

En uno de los giros les había visto, entre la multitud no había tenido demasiado ángulo de visión. Pero la “diosa-bruja” de Frau Von-"no sé qué", estaba pegada a Heinrich y sostenía con él una animada conversación.

Se vio tentada a ir hacia ellos y arrancarle esa sonrisa de falsa de la cara a Frau Von-"no sé qué". El que en la próxima vuelta perdiese un poco el pie dio a su acompañante una excusa perfecta.

—¿Se encuentra mareada Fräulein Sevenstons?

—Un poco acalorada más bien, no se...

—La acompaño hasta las puertas que dan al jardín, allí la brisa nocturna le hará bien. — El hombre se mostró muy solícito, le ofreció su brazo, y Dafne se alejó en dirección contraria a donde estaba Heinrich con Helga bien pegada a él, y sin hacer ademán de estar mínimamente incómodo. Si se encontraba tan a gusto con la “diosa-bruja”, para él. Ella estaría mejor una vez que tomara aire fresco, y la verdad la compañía le resultaba muy

agradable.

Una vez a las puertas de la terraza, su acompañante dio unos pasos más hacia fuera, sacándola del salón donde estaban todos los invitados.

—Herr Rankin, nuestro anfitrión está muy orgulloso de los jardines de su casa, ¿no los ha visto? Tiene una colección magnífica de plantas perennes y muy resistentes a nuestro clima. Siempre está, según él, perfecto.

Ella le siguió hasta la balaustrada, de la cual, partía unas escaleras dobles todas de piedra oscura, que bajaban hasta los jardines. Estos estaban iluminados débilmente con fanales de diferentes colores. Desde allí se escuchaban algunos pasos y murmullos, había más gente paseando por allí.

—¿Le gustaría verlos? Han colocado unos preciosos farolillos de colores para indicar los caminos. —Von Wheltein siguió caminado hacia la escalera, Dafne se soltó de su brazo, pero él, dio dos pasos más hasta bajar el primer escalón. Alargó la mano hacia ella. —Un paseo por el jardín la terminará de despejar, Fräulein, además, creo que hay más invitados aquí abajo.

Valiente o inconsciente de quién era realmente el hombre que le ofrecía la mano, ella la tomó y empezó a descender al jardín con cuidado por sus altos zapatos de tacón. Von Wheltein sonrió, su sonrisa la ocultó la oscuridad de la noche.

Sí, había resultado demasiado fácil pensó Ernest. La jovencita en cuestión, que ahora se dejaba caer delicadamente con una mano enguantada sobre su brazo, no conocía nada sobre él. Helga había tenido razón. Era una muchacha tan inocente, tan poco conocedora de la sociedad berlinesa. Tanto que estaba a punto de caer en las garras del “lobo” Von-Wheltein, como si fuese una tierna "Caperucita Roja".

* * *

Dietrich se dio toda la prisa que fue posible, por suerte había optado por el uniforme negro, en vez de el que tenía la charretera blanca del uniforme que usaban en primavera o verano. Una vez medianamente seco y con algo de agua de colonia de limón que le había traído un criado, parecía casi indemne. Pero en cuanto dejase a Dafne Sevenstons en los brazos de su amigo, se iría de allí. Olía cómo un mal combinado. Se acercó hasta donde la había dejado en compañía de aquel caballero con el que había tropezado antes, Von Wheltein. Le sonaba de algo su nombre, pero no supo de qué.

No estaba allí. Tampoco la vio en la pista. ¿Dónde se habría metido esa muchacha? Quizás había vuelto ya Strieber y se había ido con él. No, su amigo no se hubiese marchado sin advertírselo. Siguió escudriñando la multitud, y le vio, con aquella perra de Helga tan colgada de él que parecía parte de su uniforme.

Heinrich avanzó lentamente entre la gente. Helga le impedía ir más deprisa conversando con él. No quería hacerle un desaire, pero empezaba a estar seriamente preocupado de no ver a Dafne por ningún sitio, ni a Dietrich. No es que fuese desconfiado de su amigo. Pero ella podría encontrarse mal, o a saber qué cosa, y necesitarle, y él estar allí medio retenido por aquella mujer, a la que tenía que a partes iguales, halagar y dejar claro que no quería nada con ella. Pero su cuerpo entró en alerta, y casi despegó, de un tirón que dio al avanzar más rápido cuando vio a Dietrich. Se acercaba a ellos. Solo. Y con cara de preocupación.

Una vez que estuvo al frente de Heinrich, Kurt día un profundo e incómodo suspiro. Y confesó.

—No encuentro a Dafne.

—¿Cómo te has separado de ella? —Tuvo el impulso de coger a Dietrich por las solapas de la chaqueta y zarandearle. Y eso que era más alto y en realidad más ancho que él. Pero se contuvo. — ¿Dónde la dejaste?

—Con otro invitado, charlando, a dos metros de la pista, y señaló en la

dirección con el pulgar a su espalda. Tropezamos con un caballero y se vertió una copa entera en mi uniforme. Pedimos disculpas ambos, y mientras yo he ido a limpiarme, aquel hombre se ofreció a acompañarla. Estaba vestido de frac, poco más alto que ella, delgado, moreno unos cuarenta años. Von Wheltein. Eso, Von Wheltein dijo que se llamaba.

Helga que había estado muy atenta allí justo en medio de los dos hombres, y se había vuelto a agarrar al brazo de Heinrich, rió ladinamente.

—Von Wheltein, ah, sí, Ernest. Mmm, tu inglesita está haciendo sobrados méritos para que todos sigan hablando de ella.

Von Wheltein, la mente de Heinrich pensó rápido, le sonaba demasiado ese nombre, aunque no le conociese. Helga seguía a su lado acariciándole el brazo con familiaridad.

—Oh, querido, lo siento, tu palomita ha caído en las garras del seductor más redomado de Berlín. —hizo un gesto de desdén. —No te preocupes, no se quedará con ella, la usará un rato, y te la devolverá, un poco, ¿cómo diría? ¿más sabia?

Heinrich lo vio todo rojo en un momento. Pensó rápido. En el salón no estaban. Pero él conocía aquella mansión bien. Si alguien quisiese un poco de intimidad, el jardín de la casa era el lugar más indicado.

—Sigue buscándola por el salón, y ve hacia los baños de damas. —Dijo a Dietrich, y éste asintió—Pregunta pero con discreción, a cualquiera que salga si la ha visto. Yo bajo al jardín.

Se arrancó del brazo de Helga, y ésta casi se tambaleó. Dietrich apenas alcanzó un segundo a cogerle un instante por la manga del uniforme y susurrarle—No vayas a hacer ninguna locura. Dafne ha bebido un poco de más, no la culpes. —Heinrich asintió y avanzó con rapidez entre la gente. Dietrich conocía bien esa mirada. Habían combatido juntos hombro con hombro en el ejército cuando empezó la guerra y ambos apenas tenían

graduación. Habían sido sitiados, y Heinrich se había lanzado a romper el cerco, aún a riesgo de su vida. Y ese día tenía esos mismos ojos.

Dietrich se fue hacia los baños ignorando completamente a Helga, que rió para ella.

Pronto la “inglesita” se largaría fuera de la vida de Heinrich. Y ella estaría más que bien dispuesta a consolar al Coronel. Si Von Wheltein estaba haciendo bien su trabajo, los sorprendería en alguna actitud íntima, lo suficiente para que Heinrich terminase con esa mujercita.

Dafne resopló. Aquel imbécil, toda galantería, y una vez en jardín se le había insinuado. Ella, sabiamente puso distancia entre ambos con uno de los bancos de jardín, fingiendo juguetona coquetería, y una vez que él quiso rodear para agarrarla, ella saltó para el otro lado, paró dos segundos para descalzarse y tomando sus finos zapatos en la mano, huyó hacia las escaleras por donde habían bajado, tan rápidamente como cuando jugaba con Hans y Ninette al pilla-pilla. Una vez que puso uno de sus descalzos pies en la escalera, tuvo ganas de gritar ¡casa!, como si fuese su inmunidad en el juego.

Miró hacia atrás mientras se afanaba por subir los escalones en la oscuridad, cuando se dio de golpe contra el pecho amplio de un hombre que bajaba también con prisa.

Él la agarró con fuerza por los antebrazos para que no cayese hacia atrás, la vio huir del jardín hasta la escalera y empezó a bajar rápidamente para ir a su encuentro, y en su defensa si estaba en apuros.

—D-disculpe caballero no le he visto. —Ella miró hacia arriba, pero a contraluz solo vio que la figura masculina era muy alta, de amplios hombros, llevaba uniforme, cabello cortado casi al mínimo, y olía a una colonia conocida. — ¿Heinrich?— El poco resto de alcohol que nublab a su mente, pareció despejarse de pronto.

—Subamos—era él. Su voz sonó fría. Tiró de ella hacia arriba y la obligó

a subir rápidamente llevándola con fuerte agarre, aunque sin hacerle daño.

Ella se limitó a subir con él. Los zapatos se balanceaban en su mano. Él miró alrededor en la terraza. Estaba vacía, por suerte. La sentó en uno de los bancos que se apoyaba en la balaustrada y se acuclilló a sus pies para ponerle los zapatos. Él no decía palabra. Luego la ayudó a ponerse en pie, y la miró de arriba a abajo. Su vestido no había sufrido ningún daño. Y su peinado seguía estando intacto. Igual que el color de sus labios.

Suspiró. La señorita institutriz, había andado lo suficientemente lista para alejarse de Von Wheltein, antes de que éste hubiese intentado algo. Ella respiraba aceleradamente. Aunque parecía más asustada de él, que de ese imbécil. No había tenido ese semblante cuando subía la escalera. En esos momentos había sido de complacencia con ella misma.

Dietrich apareció en ese momento por las puertas dobles del salón.

—¿Os encontráis bien?

—Perfectamente, Dafne decidió volver sola de su paseo con Von Wheltein, —remarcó cada sílaba— ¿No es así, querida?

Ella se apresuró a asentir.

Dietrich respiró aunque no supo en que andaban esos dos con tanto juego de palabras.

—Dietrich, por favor, ve hasta el guardarropa a por la capa de Dafne. Nosotros rodearemos la casa hasta la entrada donde dejamos el coche. No quiero dar más motivos para el chismorreo.

Tras que Dietrich marchara de nuevo por las puertas dobles, Heinrich la tomó del brazo y la llevó por el lateral de la casa. Una balaustrada de mármol la rodeaba totalmente y servía de zona de paseo. Aunque no se cruzaron con más gente, para el alivio de Dafne.

Una vez al lado del coche, Heinrich seguía sin soltar palabra. Dietrich llegó y quiso ponerle la capa a Dafne. Pero Heinrich la tomó con un casi ladrado “gracias”, para ponerla él mismo, y Dietrich se apresuró a despedirse y a marcharse igualmente. También había tenido bastantes emociones por hoy. Y su uniforme seguía oliendo como un mal cóctel de champán con limón.

El chófer arrancó rápidamente, Dafne se envolvió incómoda en su capa ante la actitud fría y casi hostil de Heinrich. Ella misma deseaba contarle lo que le había pasado, pero el muro que parecía erigir él entre ambos le hacía muy difícil sincerarse.

Al fin, una vez que perdieron de vista la gran mansión de Ludwick, la voz profunda de Heinrich la hizo casi sobresaltarse.

—Tenías orden de no moverte de la fiesta.

Dafne abrió la boca, la cerró con fuerza y se decidió a contraatacar después de unos cuantos segundos de torpeza mental.

—No soy uno de tus soldados para que andes dándome órdenes todo el día— ¿Él quería guerra? La tendría. Y le importaba un pimiento que el chófer estuviese a apenas a un metro de ambos.

—Las órdenes, como las llamas, son por tu seguridad.

—Las órdenes son para hacerme sentir "*su poder Herr Strieber*". Hasta ahora he sido una persona racional, y admito que debo de estarle muy agradecida por todo. Pero no puede estar dándome órdenes y pretender que salte o me pare, cuando a usted le dé su real gana, sobre todo cuando me ha dejado a cargo de otras personas para ir a divertirse con esa, esa... —no le salía la palabra o no quería decirla... —!Esa bruja de Frau Von-"no sé qué"!

—En casa hablamos, Dafne. — Él mantenía su actitud fría y cortante, ella se revolvió en el asiento como un pequeño áspid, le importaba un rábano todo esto. Quizás el champán la había envalentonado, o el acercamiento del Von

Wheltein, que había pretendido ser un cordero, y había resultado ser un lobo, algo torpe, pero lobo al fin. Y encima la zorra de Helga, como siempre, colgada prácticamente de él.

Demasiados actores en esta obra, pensó. Fue a gritarle que se fuese “a la mierda”, cosa que un par de semanas antes no se le hubiese pasado ni por la cabeza decirle a otra persona, cuando él se acercó, la tomó con fuerza de su nuca desnuda, y estampó un beso en sus labios. Un beso para nada fraternal. Con el otro brazo la rodeó de la cintura para pegarla a su cuerpo, y seguir el asalto a su boca. Dafne respiró un par de veces por la nariz, y luego se le olvidó todo. Él insistió acariciando sus labios con su lengua para que ella abriese la boca, y una vez que lo logró, él se lanzó a un despiadado saqueo. Su mano siguió manteniendo su nuca bien agarrada pero la otra subía y bajaba por su espalda, desde sus omóplatos, hasta justo su redondo trasero.

Y tan pronto como empezó a rendirse, Heinrich la soltó dejándola en el asiento, y cruzándose de brazos.

Dafne tenía muy abiertos los ojos, y se le había olvidado aquello que fuera a decirle antes del beso. Aun así no sabía si sentirse ofendida por el asalto o halagada.

—¿A qué estás jugando Heinrich? —susurró apenas

—A lo mismo que tú.

—Y que es si puede saberse.

—A volverte tan loca, como desquiciado me tienes, mujer. Ahora calla, y hablaremos en casa. —Señaló con la cabeza al frente donde permanecía impertérrito el chófer.

Dafne sintió como los colores subían una vez más a su rostro. Por mucho que el hombre se esforzara por ser discreto, seguramente había visto y escuchado todo lo que ocurría en el asiento trasero.

Emitió un quejido de enfado, e igualmente se cruzó de brazos como él, y miró por su ventanilla. Se quedó muy quieta en su parte del coche. No quería tentar más al demonio.

La realidad golpeó a Heinrich. Después de besar esa boca pequeña y dulce, no podía pensar en otra cosa que en desnudar ese cuerpo, y llevársela a su cama. Cruzó sus propios brazos sobre el pecho para no llegar más lejos en ese mismo instante. Mientras la tenía entre sus brazos le importaba poco o nada el resto del universo. Hasta que ella no emitió un suave gemido de placer, no se dio cuenta que estaban con audiencia. Entonces se había apartado, pensando que en casa tendrían que continuar lo empezado.

Porque, al fin, había tomado una decisión. Justo en los últimos diez segundos. La línea que separaban sus deseos de su deber, estaba a punto de romperse. Y aunque el futuro fuese lo más incierto para Heinrich, iba a tomar, el “aquí” y el “ahora” como única bandera.

Dafne continuó totalmente inmóvil durante el trayecto. Hasta procuraba respirar suavemente. Sabía que él no la estaba mirando. Aún sentía el cosquilleo en todo su cuerpo, el correr de su sangre. Solo por un beso dado con, ¿ira? ¿Pasión? ¿Posesividad? ¿Castigo? Se esforzó en no gemir de nuevo ni de quejarse.

CAPÍTULO 23

CUANDO el auto traspasó la verja de la casa de Heinrich, el sonido del hierro forjado al chocar contra sí mismo fue casi atronador en el silencio de la noche. Aún tuvo el auto que ascender la pequeña pendiente de gravilla, hasta llegar a la misma puerta de entrada.

Ella ni esperó a que le abriesen la puerta. Se deslizó del coche y salió andando rápido y pretendió subir la escalera y escapar de “la conversación pendiente”.

Aún así no pudo. Glöckmer tardó un poco en abrir la puerta principal. Y la mano de Heinrich se cerró sobre su antebrazo. Hizo que entrase a la casa y sin soltarla le pasó la capa al criado, diciéndole en tono bastante normal que se retirase hasta mañana. La puerta se cerró mientras él la conducía hasta la salita cercana.

Dafne resopló cuando se vio en medio de la sala mientras él se volvía un instante a cerrar la puerta. Se fue hacia el mueble bar y se sirvió una copa de coñac con total tranquilidad.

Su voz profunda casi la sobresaltó mientras se abrazaba a sí misma.

—No te ofrezco una copa porque creo que ya has tenido suficiente.

Ella no dijo nada. Se quedó de pie en medio de la sala. Heinrich la observaba, mientras bebía un sorbo y se dejaba caer sobre el mueble bar.

—¿Qué te ha pasado esta noche?

Dafne resopló. —Nada que sea de tu incumbencia. —estaba guerrera, alzó su barbilla desafiante y clavó en él sus ojos enojados.

—Lo preguntaré de otra forma, ¿qué te ha dado para ir bebiendo una copa tras otra, coquetear con todo el mundo y marcharte al jardín con un desconocido?

—Ah, ¡que yo “coqueteo”! Creí que ni te habías percatado de mi presencia esta noche. Te marchas con su amigo Ludwick, a lo que yo pensé seriamente que era discutir “negocios” y cuando te veo aparecer otra vez en la sala, vienes con esa Frau Helga colgada de tu brazo. Te vi tan entretenido que no creí que te acordaras ni que yo estaba allí. Me ofrecieron dar un paseo, y simplemente acepté.

—Dafne... —su voz sonaba como una advertencia mientras inspiraba aire con fuerza. Ella levantó su rostro retándole.

—Y puesto que para el público soy la “amante” de un oficial, me metí en mi papel de “mujer coqueta y casquivana”. Y, creo que lo logré a la perfección.

—Lograste ponerme en una mala situación. Cuando supe que, con quién te habías ido a “pasear”, era un calavera, estuve a punto de sacar mi arma para ir a buscarte. Dietrich me

hizo refrenarme. Si no te hubiese encontrado subiendo la escalera con expresión de gatita satisfecha...

—Ah soy una “gatita satisfecha”. Puede ser, le di esquinazo a Von Wheltein en un par de segundos. ¿Calavera? No llega ni a triste imitador de Don Juan.

—Pues tu “actuación” de esta noche, me ha puesto en ridículo, y

seguramente daremos más que hablar que hasta ahora. —Dejó la copa de golpe sobre el mueble y se irguió. —mi “amante” no puede largarse con el primer idiota que se le acerque. ¡Se supone que no coqueteas ni te vas con nadie que no sea yo!

—Ah, muy bien, yo quieta y bajo tu bota, y tú dejando que la bruja esa te toquetea por todos lados cada vez que te ve. ¡Vamos!.

Heinrich dio unos pasos hasta que quedó frente a ella a apenas dos palmos de distancia. Sonrió entonces de medio lado, dejando atónita a Dafne.

—¿Celosa?—ronroneó.

—Y una m... —él no dejó que soltase la palabrota que tenía en mente, la agarró por los antebrazos y la besó con rabia y con pasión. Por todos los cielos, ¡ella estaba celosa! Él también lo había estado cuando le dijeron que se había ido sola con ese hombre. Soltó solo sus brazos para estrecharla contra él, envolviendo y acariciando su espalda. Sujetó de nuevo su nuca para que ella no se alejase. Ella respondió tras unos segundos de indecisión. Sus manos se alzaron para aferrarse a su cintura y estrecharse voluntariamente contra su cuerpo.

Al fin se separaron sus labios. Ella que había cerrado fuertemente sus ojos, los abrió, parpadeando tres o cuatro veces seguidas.

—Eres un peligro Dafne. —Todavía la abrazaba. Ella intentó soltarse. La dejó ir. Ella le miró sorprendida. Luego apretó los labios y le dio un soberano empujón con ambas manos en el pecho. Pero fue ella la que se tambaleó ligeramente al echarse hacia atrás.

—No sé qué pretendes cerrándome la boca así, cada vez que estoy a punto de mandarte, ¡lejos!— Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, por ir más rápido estuvo a punto de doblarse un tobillo, mientras giraba el pomo, se quitó los zapatos, y con ellos en la mano escapó escaleras arriba.

Heinrich se rió para sí. Se estiró levantando sus brazos hacia arriba. Y se

dispuso a servirse otra copa, tranquilamente. Sabía donde estaba, no iba a ir demasiado lejos. Primero dejaría que se calmase. Después subiría y, esta vez, “hablaría” muy en serio con ella.

* * *

Subió con agilidad los escalones hasta su dormitorio, con los zapatos prendidos en su mano. Entró y cerró con dos vueltas de llave. Estaba harta de la situación. A ratos él se mostraba caballeroso, al rato distante, en otro momento fraternal, después frío. Al siguiente, apasionado, ¡ese hombre iba a acabar volviéndola loca! Miró alrededor pensando que hacer. Y de pronto se accionó un clic en su cerebro. Tenía que irse de esa casa. Estaba harta de esa situación que no le llevaba a ninguna parte.

Corrió hacia el vestidor y se deshizo del ajustado traje rojo por el camino. Se puso rápidamente su camisa blanca y su traje azul marino. Se metió los zapatos, mientras buscaba con la mirada las maletas que había traído. Cuando llegó la ropa nueva, Inga había guardado todo su antiguo vestuario allí.

Se lanzó hacia ellas. Tomó su bolso y lo abrió buscando su cédula de identidad, y el dinero que tenía encima. Contó los billetes que había en su cartera. Le darían para sobrevivir al menos un mes si encontraba una pensión barata donde la aceptaran.

En menos de cinco minutos bajaba la escalera con las dos pequeñas maletas.

Heinrich saliendo de la salita, la vio pasar como una exhalación hacía la puerta principal. Ella ni le miró, soltó una de las valijas el tiempo justo de girar la llave. Y luego la abrió con fuerza, y salió disparada con su carga a la calle.

Heinrich se quedó unos segundos completamente pasmado. Luego la siguió a través de la puerta. Ella le llevaba apenas diez metros de ventaja.

Bajaba la suave pendiente de gravilla con esfuerzo de no resbalar por los finos zapatos que usaba. Él negó con la cabeza mientras continuaba tras ella. No corrió. Sabía que el guarda cerraba la verja una vez que pasaba el coche, y se guardaba la llave.

Ella por fin llegó a la salida, las hojas de forja estaban cerradas. Soltó las maletas y se aferró a los barrotes y los agitó con rabia. Heinrich pronto estuvo a su espalda.

—¿A dónde se supone que vas?

—Donde sea menos aquí. Estoy harta de todo esto.

—Son más de la una de la mañana, y estamos bajo toque de queda. ¿Has perdido el juicio?

—Lo perdería del todo si me quedara un día más aquí. —Ella agitó la verja y pegó su frente a los fríos barrotes. —Déjame ir. —ella suplicó. —Por favor, estoy agotada, no quiero más fiestas, no quiero fingir quien no soy, quiero volver a mi vida.

Él se acercó tanto que sintió su calor en la espalda. Sus manos cayeron pesadamente sobre sus hombros. —Prometí protegerte.

—Te libero de tu promesa. Solo abre la reja.

—No puedo, no quiero. — El besó su cabeza. —No te vayas, quédate conmigo.

Ella se volvió y le miró a los ojos. La luna llena iluminó y llenó de luz su rostro mientras el de Heinrich permanecía en sombras. Él se aferró de nuevo a sus brazos.

—Volvamos a casa. ¿De acuerdo?

Ella no supo que contestar. A contraluz no podía ver su expresión.

La dejó libre tras largos segundos, solo para recoger sus maletas. Luego inició la vuelta a casa. Dafne le siguió, derrotada. Heinrich caminó en silencio, sin saber como dar el siguiente paso. Necesitaba que ella se calmase.

Esta noche era inútil irse, pensó Dafne. Con el toque de queda, no habría manera de llegar algún sitio sin el riesgo de ser detenida por alguna patrulla. Mañana, en cuanto él se fuera a su trabajo, se iría de allí.

La dejó pasar a la casa antes de entrar. Luego cerró la puerta y se guardó la llave, por si acaso. Ella subía más que envarada la escalera, dejando sus maletas atrás. Heinrich suspiró, no quería dejarlas a la vista. Puede ser que los criados no se hubiesen enterado de lo ocurrido, pero si veían el equipaje comenzarían los chismes que tanto molestaba a Dafne. Decidió subirlas.

Dafne entró en su dormitorio y volvió a cerrar con llave su puerta. Luego se dirigió al tocador y empezó a quitarse el maquillaje con demasiada fuerza con las manos. Luego se fue quitando la chaqueta y la falda mientras iba hacia el baño. Abrió el grifo del lavabo y se lavó todo resto de cosméticos.

Heinrich se paró delante de la puerta del dormitorio de ella.

Soltó las maletas e intentó girar el pomo. Cerrado.

—Dafne, abre, tenemos que hablar.

Ella no contestó. Aguzó el oído, y creyó escuchar los grifos del lavabo. Resopló. Tomó de nuevo las maletas, pero entró esta vez en su propio dormitorio. Las dejó sobre una silla, y se dirigió a la puerta que comunicaba su habitación con la de ella. La que siempre estaba cerrada. De la cual él tenía la llave en un cajón de la cómoda. La tomó, y la metió en la cerradura, mientras, respiró hondo. La giró, y abrió sin llamar.

Dafne salía del baño, vestida únicamente con su ropa interior mientras se soltaba el cabello. Al verlo los broches que se estaba quitando de sus rizos y sostenía en el hueco de su mano, cayeron sobre la alfombra sin hacer apenas ruido. La mirada de Heinrich se deslizó desde sus ojos grandes, hasta sus

labios entreabiertos, sin maquillaje pero aún rojos, bajando por su grácil cuello, la marca de su clavícula, y todo su cuerpo, solo cubierto por aquella deliciosa ropa interior que él mismo le había comprado y nunca había pensado llegar a ver. Sus pechos redondos parecieron, al inspirar querer salirse del delicado encaje. La “v” de sus muslos apretadamente juntos le incitó.

—Sal de aquí. —dijo ella al fin, en tono firme.

—No. —y caminó resuelto hacia ella. Pero ella no hizo ademán de huir. —Dafne— y la abrazó contra su pecho. —No quiero que te vayas ahora ni nunca. —la miró a los ojos. — quiero que entiendas que si no estuviéramos en guerra las cosas habrían sido muy diferentes. Te cortejaría como te mereces. Te hubiera dicho esas palabras de amor que necesitas. Te habría hecho promesas, y por mi vida, las cumpliría todas.

Ella callaba, le miraba con los ojos muy abiertos. Buscó dentro de ellos. Y la realidad le golpeó. Dafne no le tenía miedo. Dafne sentía algo por él, lo supo. Lo adivinó incluso antes que ella misma iniciara el acercamiento a sus labios con un beso tímido, del que él se hizo el dueño con auténtico desespero.

Heinrich mandó a paseo su sentido del deber en ese mismo instante. Ahora, lo único que quería es no dejarla de abrazar y de besar. Ella le daba la paz que no tenía desde hacía años, con sólo su mera presencia.

A Dafne también la golpeó la dura realidad. Amaba a este hombre. Toda esa fachada de frialdad, era eso, una mera pared que se resquebrajaba cuando ella lo tocaba. Él guardaba demasiado en su interior. Y si la única forma de decírselo, era demostrarlo físicamente, ella le daba la bienvenida. Se sentía preparada para ello, aquí y ahora.

Estaban en guerra. ¿Quién sabía si habría un mañana? Solo existía un hoy, sin promesas, sin juramentos de eternidad, pero tan bueno y tan válido como todos los compromisos del mundo.

Y se dejó llevar. ¿Después se arrepentiría de esto? No lo sabía. Ahora no quería pensarlo, solo sentir las manos de Heinrich sobre su cuerpo, esa boca exigente, que descendía desde la comisura de sus labios, por su barbilla, bajando suave por su cuello. Incitándola, adorándola, arrasándola.

—Dime que me pare y que me vaya. —Él murmuró contra su piel, justo antes de descender por su pecho. —Dímelo y me iré.

Ella no dijo nada, subió una de sus manos hasta la cabeza de él, sobre su cabello tan corto que casi le pinchó las palmas y le acarició, acercándole más a sus senos.

Heinrich no se sintió ya con más fuerzas para resistirse. Esos días conviviendo con ella, durmiendo pared con pared, justo atravesando la puerta que hoy había abierto. Dejó de besarle solo el tiempo suficiente para tomarla en brazos y llevarla a la cama. La dejó justo en medio. Se llevó la mano a la guerrera y casi se la arrancó, arrojándola al suelo. La corbata y al camisa le siguieron. Mientras se quitaba rozando uno contra otro sus zapatos.

Pronto estuvo sobre ella. Todavía no se quiso quitar el pantalón. Quería darle tiempo por si ella consideraba echarlo de su habitación. Pero Dafne solo alargó sus manos para acariciarle el pecho desnudo mientras lo miraba entrecerrando soñadora sus bonitos ojos.

El descendió sobre ella para besar esos labios rojos en profundidad. Ella murmuró contra su boca.

—No me hagas daño, Heinrich. Yo, no...

—Nunca— juró, y la besó de nuevo, suavemente, comprendiendo.

Dafne se relajó y se dejó llevar por él. Miró como de nuevo descendía sobre sus pechos, sacándolos de la copa del sujetador color burdeos que había llevado esa noche. Los dedos hábiles de Heinrich tantearon los corchetes a su espalda, y pronto la prenda bajó al suelo junto a las demás prendas. Él dedicó sus caricias a sus senos con delicadeza, hasta que sintió como se apretaban

dolorosamente sus pezones bajo su lengua. Supo que gimió, y él hizo un sonido similar con su garganta de pura satisfacción masculina, mientras su lengua seguía azotando y acariciando sus sensibles puntas rosadas.

Dafne se sintió arrastrada por el torbellino de sensaciones y echó la cabeza hacia atrás, mientras él, a pesar de dedicarle toda su atención a sus pechos, enganchaba sus pulgares en sus braguitas, y éstas sin apenas esfuerzo, en breve desaparecieron de su cuerpo.

Él levantó la cabeza unos segundos y la vio gemir suavemente, tenía los ojos fuertemente cerrados. Sonrió, mientras se arrodillaba entre sus muslos abriéndolos. Desabrochó los botones del pantalón, antes de tenderse de nuevo sobre ella. Se deshizo de ellos y de su ropa interior, mientras descendía por su vientre tembloroso. Dafne acariciaba lánguidamente sus hombros. Sentía el leve arañazo de sus uñas pulidas. Eso le excitaba aún más. Acarició sus muslos abiertos sobre las ligas de las medias. Se las dejaría puestas. Eran tan eróticas. Ella desnuda completamente, solo con las medias de seda. Dejó su mano deambular hasta su sexo. En cuanto ella sintió allí su mano, notó como daba un ligero sobresalto.

Heinrich sabía que él era el primero que acariciaba el centro de su cuerpo, y se llenó de posesividad. Era suya. Sólo suya. Con cuidado la tocó, la abrió con delicadeza, buscando su pequeño capullo de placer. Éste bajo sus caricias expertas floreció y se expandió.

Miró hacia arriba, ella aún con los ojos cerrados, movía de un lado a otro su cabeza, mientras sus pequeñas manos se aferraban ahora a las sábanas. Movié con habilidad sus dedos dentro de ella, mientras no dejaba de acariciarla. Estaba húmeda pero ceñida. Dejó caer un beso sobre su vientre, justo sobre donde empezaban sus rizos oscuros.

Deslizó un dedo en su mojado interior, despacio, expandiéndola, luego un segundo. Ella gimió, medio de sorpresa como de placer. Volvió a besar su vientre mientras pensaba que ya no podría aguantar mucho más. Aún así, cómo soldado bien disciplinado, dominó su propio cuerpo, solo para llevarla

un poco más allá. Sabiamente, descendió su boca sobre su sexo, tanteando con su lengua, bebiendo de su aroma a mujer, acariciando voluptuosamente su nudo de placer. Ella gemía. Una de sus pequeñas manos clavaba casi sus uñas sobre su cabeza. Él sonrió satisfecho de lo que provocaba en esta mujer.

Dafne estaba perdida en el mar de sensaciones que la envolvían gracias a las expertas caricias de Heinrich. Ella apenas era una novata en esto, apenas había recibido un par de besos carnales, y ahora, estaba entregándose a él sin ningún recato. Él sondeaba deliciosamente su apretada entrada, mientras no dejaba de acariciarla y subirla más arriba en las cotas del placer. Maravilloso, ni en sus más locos sueños se había sentido así de adorada, se escuchó a sí misma emitir un largo gemido. Tenía los ojos muy cerrados, pero sabía que él la estaba contemplando. Notaba hasta la caricia de su mirada sobre cada centímetro de su piel desnuda. No tuvo miedo. Él le estaba dando todo el tiempo que necesitaba para habituarse y para excitarse. Suspiró de nuevo hondo, sintiendo pequeños besos alrededor de su ombligo. Abrió los ojos sólo para él.

Subió de nuevo por su cuerpo sin que su mano dejara de acariciarla un segundo, ni que su boca dejara de saborear con diminutos besos su cálida piel. La miró intensamente a los ojos, en ellos vio una nueva emoción que hasta ahora no había visto, pasión. La besó intensamente en los labios, y ella se agitó deseosa bajo su cuerpo. —Heinrich, yo, te necesito.

—Me tienes. —tomó su miembro erecto en una mano y lo guió a su entrada húmeda, ceñida y deseosa. —Dafne, mírame. —ella apenas abrió de nuevo sus ojos. El descendió rápidamente besando su boca ardientemente, mientras se empujó en su interior de un sólo movimiento. Ella quedó muda unos instantes breves, luego se abrazó con desespero a su espalda. Y él supo que estaba en casa.

Dentro de ella. Ese era su hogar, por ella merecía la pena luchar. Desde ahora dejaría sus planes suicidas, y buscaría la solución para llegar ambos hasta Inglaterra. Aunque tuviese que presentarse ante un Consejo de Guerra. Él era inocente. Encontraría la manera de demostrarlo.

Mientras se movía contra ella, entrando y saliendo de su acogedor cuerpo, y escuchaba sus gemidos de placer, se repetía a sí mismo, no soy un traidor, solo soy un hombre, un hombre que lo único que quiere es un hogar, y acabo de encontrarlo. No abandonaré nunca mi hogar, esta mujer es mía.

Y de pronto notó como ella se agitaba bajo él. Notó como su estrecho pasaje se sacudía y lo apretaba en ondas suaves. Ella gritó presa de su clímax. Y ya no pensó más, se dejó ir. Y estalló en placer, inundando las entrañas de Dafne con su simiente.

Luego dejó caer despacio la cabeza sobre el hueco del cuello femenino y respiró profundamente, mientras se recuperaba unos instantes. Ella acarició su pelo y sus hombros. Heinrich tras unos momentos, se deslizó a su lado, tirando de ella para que su cabeza descansase entre su hombro su pecho. Luego la escuchó respirar suavemente.

Y supo exactamente en el segundo que se durmió.

Él no pudo. Aún deseaba de nuevo su contacto. Pero por esa noche se conformaría con abrazarla hasta el amanecer. Tenía que hacer planes. Y rápido.

CAPÍTULO 24

DAFNE abrió los ojos. El dormitorio estaba ya iluminado por los tenues rayos de luz de la mañana. Se despertó lánguidamente, sintiendo el roce del suave algodón sobre su piel desnuda. A su lado el hueco que había dejado el cuerpo de Heinrich.

Pero no estaba sola. Se volvió en la cama, sujetando contra sí las sábanas. Él estaba sentado en un sillón, a apenas metro y medio de ella. Apoyaba sus codos en las rodillas y enlazaba sus dedos bajo el mentón. Parecía mirar al vacío. Debía llevar ya largo rato despierto. Había abandonado la cama sin que ella se diese cuenta. Estaba vestido con su uniforme, recién afeitado, y parecía listo para marchar.

Dafne suspiró. No supo que decir al hombre con el que había tenido su primera experiencia sexual. Reunió fuerzas y se incorporó, sujetando fuerte contra sí, la ropa de cama. Debajo estaba totalmente desnuda, en algún momento de la noche, mientras dormía profundamente entre sus brazos. Heinrich la había despojado de sus medias de seda y ni siquiera se había percatado de ello hasta ahora.

Él levantó su mirada gris acero hacia ella. Su semblante, como siempre, forjado en el más frío de los metales. Se quedó callado, observándola. Hasta que ella se sintió incómoda, y reaccionó atacando.

—¡Qué ocurre!

—¿Estás bien?— su voz sonó a preocupada.

—¡Naturalmente!

—Bien, siento lo ocurrido Dafne. —De nuevo su voz usual, correcta o indiferente.

Dafne se quedó unos instantes algo descolocada. ¿Sentía lo ocurrido? ¿Todo? ¿O sólo lo referente a que acabaran haciendo el amor?

—¿Sientes lo ocurrido? —estaba pisando peligrosamente la línea del enfado.

—Anoche, bien, no debí de haberme comportado de esa manera.

Se sentía mal por ella, no le había dado más opción que rendirse, aunque le dijese que si ella quería, se marchaba, continuó asaltando sus sentidos, sin darle tiempo ni a pensar.

—Eres una mujer muy deseable, y cuando entré, estabas aquí, casi desnuda, y...

Dafne explotó.

—Y por supuesto ¡disponible! —Se levantó de un salto de la cama, arrastrando contra si la sábana, envolviendo su desnudez como pudo. Furiosa, salió disparada para el baño. Él la vio pasar como una de las fuerzas de la naturaleza mitológica, apenas envuelta en tela de algodón blanco. Sintió la punzada del deseo. Su instinto de cazador le impulsaba a correr a por ella. Devolverla a la cama, y besar esa boca hasta dejarla sin aliento y que su enfado se esfumara, impidiéndole pensar en otra cosa que en responder a sus caricias. Hundirse dentro de ella hasta que ambos perdieran hasta la noción del tiempo y el espacio. Pero ni le dio lugar a incorporarse. Ella ya gritaba desde el cuarto de baño, al que cerró el pestillo.

—¡A partir de este momento, déme por no disponible!— Emitió un

sonido de disgusto. —Búsquese una fulana berlinesa, o a la bruja de Helga para ¡para, para lo que sea!

Heinrich suspiró. Ella había malinterpretado su disculpa. Miró su reloj ya no tenía tiempo. Tenía que marcharse al trabajo. Caminó hasta la puerta del baño, y puso una mano sobre la madera tallada. Él solo quería disculparse por su brusquedad, no por lo ocurrido en sí.

—Dafne, abre la puerta. — Escuchó abrir el grifo de la ducha. —Dafne.

Miró de nuevo el reloj. Hoy tenía que hacer demasiado. Debía incluso que intentar hacer ciertas averiguaciones, para ponerse en contacto con quien pudiera ayudarle a sacarla del país.

—Dafne, hablamos a la noche. No puedes salir de la casa. No lo intentes. Los criados tendrán orden de no abrirte la puerta ni la verja. No los pongas en un aprieto queriéndote marchar. Hablaremos en cuanto te tranquilices y yo vuelva.

Dejó caer unos segundos su cabeza contra la puerta. Esta se sintió golpeada con algo pequeño y duro... ¿Ella había arrojado la pastilla de jabón u otro objeto en su dirección? Seguro, sonrió. Toda una fierecilla apasionada. “Su” fierecilla apasionada.

Estaba deseando volver para abrazarla, besarla y hacerle el amor de nuevo y esta vez con verdadera pasión. Se había contenido muchísimo aquella noche, sabiendo que para ella era su primera vez, y en honor a su virginidad. Pero antes de volver a hacerle el amor, tendría que apaciguar y hablar seriamente con ella. De futuros inciertos, de planes apenas sin trazar. Pero de que si en algo estaba ahora seguro, es que ella era su hogar, lo que había necesitado para salir de su espiral de autodestrucción.

Tomando fuerzas, se alejó de la puerta, y salió del dormitorio. Iban a ser ocho o nueve horas “muy” largas.

Dafne se metió bajo la ducha demasiado caliente y saltó casi, mientras la

bajaba de temperatura. Solo cuando el agua bajó por su cabello, mojándolo entero, solo entonces se permitió el lujo de llorar. Él no la quería. Simplemente estaba desnuda y “disponible”, en ese momento. Había sido un error. Solo eso. Se había entregado a él, lo había deseado tanto. Le dolió cada fibra de su ser, que la realidad la golpease de esa manera. Se enjabonó los restos de la pasión de Heinrich que aún estaban entre sus muslos con rabia.

Cuando salió diez minutos después del agua. Se envolvió en una toalla, y tras limpiar con la mano el cristal del espejo se contempló. Sus lágrimas se confundían aun con las gotas del agua.

Se miró con fijeza. No era nada. Lo único a destacar eran sus ojos, inmensos, color miel. Por lo demás se veía más bien corriente. Sus cabellos húmedos se empezaban a rizar tras secarlo con la toalla. Se los peinó con los dedos. Ella no se podía comparar con Helga. Esa mujer era altísima, hermosa, con ese cabello lacio y disciplinado como el oro, que seguramente no se movería de su sitio aunque le hicieran el amor salvajemente.

Por qué Heinrich seguramente le haría el amor así. Lujuriosamente, salvajemente. Anoche él se mantuvo todo el rato, suave y contenido, ella no tenía experiencia en esto, pero lo veía hasta en las gotas de sudor que perlaban su cuerpo en el rictus de sus labios apretados. Seguramente con Helga, todo sería puro instinto animal. Ella sin embargo, solo era una sustituta descafeinada y disponible en este momento.

Un suave golpeteo en la puerta del baño la sacó de sus cavilaciones. Al otro lado la voz preocupada de Inga, su lechera de los Alpes.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Dafne se sintió y se vio en el espejo enrojecer de vergüenza hasta lo indefinible. Inga seguramente había llamado al dormitorio, y como ella no contestaba, entró a ver si estaba bien. No sabía que órdenes habría dejado Heinrich con respecto a ella. Pero con seguridad, una de ellas debía ser ver como se encontraba en todo momento.

—Estoy bien, Inga, salgo de la ducha en un momento.

—Si, señora, le preparo su ropa, enseguida.

Dafne hundió más su cabeza sobre su pecho. Inga estaría preguntándose qué demonios habría ocurrido en esa cama para estar tan deshecha... Oh cielo santo, ella se había llevado al baño la sabana superior, estaba tirada allí al lado de la puerta. Y con seguridad, la sábana inferior estaría manchada de la sangre de su virginidad.

Avergonzada completamente, terminó de secarse rápido y abrió la puerta. Inga tenía preparado ya sobre el sillón que había ocupado Heinrich la ropa que ella se pondría. También había deshecho la cama y estaba cambiando las sábanas. La jovencita la miró seriamente apenada, lo notó en su rostro. Dafne suspiró e intentó dibujar una sonrisa en su rostro. ¿La chica estaba preocupada por ella?

Se acercó al sillón y tomó las prendas para vestirse. Solo entonces se dio cuenta que la puerta de comunicación de los dormitorios estaba abierta. Y desde ella se veía la cama de Heinrich sin deshacer. Otra oleada de vergüenza subió por su rostro. Inga terminaba de estirar la colcha y se encaminaba para el cuarto de baño, silenciosamente. Mientras se ajustaba sus medias, y se ponía los zapatos, la escuchaba trastear en el baño.

Cuando salió llevaba las toallas usadas y la sábana hecha un lío entre sus manos.

—Señora, —la jovencita parecía íntimamente conmovida. —yo, no sé, no sé cómo decirle, pero si necesita algo, de mí, o de mis hermanas que están casadas y tienen más experiencia.

Dafne negó con la cabeza y casi estuvo a punto de acariciar la carita redonda de la chica para apaciguar su intranquilidad por ella. No sabía hasta qué punto interpretaba o malinterpretaba los signos de lo que allí había ocurrido, pero seguramente, se estaba poniendo en lo peor.

—Tranquila Inga, no me ocurre nada. Estoy bien. ¿De acuerdo?, no hace falta que.

—Señora, no se preocupe, no saldrá nada de mis labios. Yo, lamento haberla juzgado mal cuando llegué a esta casa. Me riñeron con razón, y estoy muy agradecida de que no se me despidiese inmediatamente por calumniarla. —La niña parecía seriamente compungida. Tendría que acabar consolándola, cuando en realidad la que necesitaba el consuelo era ella. Dafne suspiró.

—Inga, no te preocupes, te repito. Sigue con tus quehaceres, que lo estás haciendo muy bien. Yo bajo a tomar el desayuno en un momento. Gracias.

Inga, asintió con una leve inclinación de cabeza y recogiendo el resto de ropa, salió del dormitorio con presteza.

Dafne metió su cara ente las manos. Totalmente avergonzada. ¿Qué pensaría esa chiquilla que había pasado allí esta noche? Mirando la cama perfecta, y todo recogido, parecía que todo lo que había ocurrido allí se había volatilizado en un plumazo. Solo quedaba en su recuerdo, una mezcla de satisfacción y de pudor, una punzada de miedo en su estómago y aún un suave resquemor a caballo entre el dolor y el placer, entre sus muslos. Y al final, no sabía realmente si de dicha o de esperanza. O quizás de desconsuelo.

* * *

Pensó en cuanto le dejara el coche en el trabajo, pediría a su ayudante, Frieber que le bajase a por un café bien cargado. No había querido irse hasta verla despierta esa mañana. Aunque, a lo peor había hecho más mal que bien, sinceramente, él no era muy bueno explicando sus emociones.

Siempre había sido, desde niño una persona muy controlada. No se acostumbraba a dejar llevar por arrebatos de ira, ni de posesión. El dejarse llevar por las emociones le resultaba desastroso. Y últimamente, en menos de quince días, se había dejado llevar tanto que estaba a punto de ahogarse en

sus propios sentimientos.

Y el culpable no era la guerra, ni la situación absurda que le había llevado hasta Berlín, ni siquiera el no saber si Tony podría o no ayudarlo a salir de ésta. El origen de todo ello tenía nombre de mujer. Se llamaba Dafne Sevenstons, y seguramente estaría ahora mismo enfadada hasta límites insospechados.

Todo porque él, no era un hombre de palabras bonitas. Suspiró. Él se estaba tambaleando hasta sus cimientos, y no sabía como decírselo.

El suave frenar del coche le sacó de sus pensamientos. Bajó, calándose la gorra de su uniforme y respirando hondo.

—¿Periódico, señor?

Heinrich miró hacia la derecha, junto a él, a menos de dos pasos estaba con una amplia sonrisa, el vendedor de periódicos que llevaba buscando hacía más de una semana. Alargaba hacia él un ejemplar doblado. El pelo rubio ceniza le caía algo sobre los ojos. Le miraba directamente. Él también le conocía, ese movimiento no era casual.

Heinrich sonrió de medio lado, sacando la cartera de uno de los bolsillos, para alargarle una moneda.

—¿Alguna noticia interesante, muchacho?

—Podría interesarle la que viene en la página ocho. —dijo cogiendo la moneda que le tendía.

—Espero que sean buenas noticias. —Cogió el periódico y miró la portada.

—Podieran llamarse así, —Se tocó la frente imitando a medias el tocarse el ala del sombrero y el saludo militar, y se alejó con su pila de periódicos bajo el brazo con una tranquilidad pasmosa.

Heinrich no cerró la puerta del coche. Abrió el periódico por la pagina ocho y escrito a lápiz en el borde una dirección, una hora, y “ropa de civil”.

Cerró la puerta del coche pero se dirigió a la ventanilla del chófer.

—Staggs, dígale a Glöckmer que me prepare una camisa y una chaqueta, con corbata, normal, una que sea discreta. Que incluya zapatos. Me lo trae a las seis cuando vuelva a buscarme. También que se le avise a fräulein Sevenstons que esta noche volveré tarde. — Staggs asintió. —Buenos días. Puede marcharse.

Heinrich vio alejarse el coche. Se puso el periódico bajo el brazo y se dispuso a cruzar la calle para entrar en el edificio donde estaban sus oficinas. ¿Suerte? ¿O su conversación con Ludwick había tenido un mejor resultado de lo que preveía? Los dos soldados de la puerta le saludaron y se cuadraron en su presencia, él apenas hizo un asentimiento y subió con energías renovadas a su despacho. Pidió a Frieber que bajase a por un café, y se metió en su oficina a revisar órdenes y correos.

Una vez que tuvo un buen café en su mesa, le dio un sorbo relajadamente. Ordenó a su secretario que no se le molestara si no era estrictamente necesario. Necesitaba pensar un poco. En breves instantes le asaltaron ciertas dudas. Fiarse totalmente del vendedor de periódicos, no, definitivamente no podía. Aunque no iba a ir desarmado, si dejase su uniforme en el coche. Aquel encuentro podría acarrear ciertos riesgos. No iba a ser tan tonto de lanzarse en esa dirección, sin cubrir al menos sus espaldas.

Dejaría órdenes a su chófer al respecto.

* * *

Dietrich apareció en la puerta de su oficina sorpresivamente apenas tres minutos antes de la hora del almuerzo.

—¿Ocupado Strieber? —Se había colado hasta su misma puerta. Frieber no había sido capaz de detenerle ni un segundo. Pobre chico. Ante tanto sobresalto acabaría cardíaco antes de los cuarenta.

—Lo suficiente, pero dejaré que me invites a almorzar.

—Muy considerado por tu parte. Estás de buen humor, por lo que veo.

—¿Esperabas lo contrario?

—Anoche., —sonrió mientras Heinrich se levantaba de su silla y se acercaba a coger su gorra mientras se ajustaba el correa. —Dejaste de ser “Romeo” para convertirte en “Otelo” ante mis inocentes ojos.

—¿De veras? —sonrió de medio lado primero, pero después su sonrisa fue verdaderamente completa.

—¿Está viva aun Desdémona?

—Esta mañana lo estaba. —La sonrisa no se borraba de su rostro así como así. Estaba rememorando en ese instante la tentadora curva de sus pechos, y esas suaves piernas enfundadas en medias de seda, envueltas a su alrededor, mientras le hacía el amor por primera vez.

Heinrich se acercó hasta la puerta y la traspasó, su amigo le dio un par de palmadas en la espalda.

—No te pediré que me cuentes nada. —Se rió Dietrich —Pero porque esa sonrisa me lo explica todo.

* * *

Cuando salió aquella noche del despacho y bajó las escaleras, esperó que se hubiesen seguido sus instrucciones al pie de la letra.

Él había tenido tiempo de arreglar unos asuntos pendientes, tomar una firme decisión, y hacer una llamada a su tío Rudolf para acercarse a su casa a la hora de la cena.

Por supuesto, el chófer le esperaba como siempre, aparcado en la acera de enfrente. Esa calle era de dirección única. Cruzó rápidamente. Aún quedaba más de una hora para el encuentro con el vendedor de periódicos, o con algún socio, si éste solo fuese el mensajero. Dio orden a Staggs que callejase hacia el Central Garden. Le indicó un par de calles de muy poco tráfico. Hacia la dirección que le habían dado.

Cambiarse de ropa en un coche era de lo más incómodo. Dejó sus pantalones del uniforme. Al ser grises, y no tener ninguna marca distintiva no le hacían sospechosos. Cambió sin embargo su calzado. La camisa y se puso una chaqueta sencilla. Anudó su corbata con presteza en un nudo sencillo. Sus manos volaron en un primer momento iniciando un nudo windsor, al que estaba acostumbrado en su país natal. A pesar del tiempo, muchas veces, tenía que frenarse, y rehacerlo hacia el nudo simple. Mientras lo hacía llegaron a la dirección.

—Staggs, tengo un sobre con instrucciones para ti. Tengo que reunirme con alguien en unos minutos. No creo que tarde más de una hora. Pero si en ese tiempo no vuelvo, ábrelo. —le alargó uno amarillo sin membrete ni dirección. — Sigue al pie de la letra las instrucciones.

—Si, señor, a sus órdenes. — el hombre carraspeó un poco. Parecía que quería añadir algo.

—Que ocurre Staggs.

—Señor, este barrio no es muy recomendable.

—Llevo mi arma.

—Pero sin su uniforme... —el hombre volvió a carraspear. —los civiles tienen mucho más respeto a un hombre uniformado.

—No se preocupe. Es una reunión informal. Como siempre, confío en su total discreción.

—Por supuesto señor.

Heinrich asintió, a través del retrovisor vio la mirada de preocupación del hombre.

—Staggs, mantente en movimiento. No te quedes en el barrio, da la vuelta por el *Central Garden* despacio para hacer tiempo. Controla estar aquí dentro de una hora. Y si no estoy...

—Abriré el sobre y leeré sus instrucciones, señor.

Heinrich abría la puerta, y salía, colocándose un sombrero, y alisándose las posibles arrugas de la chaqueta gris oscura que llevaba. Staggs arrancó de nuevo, nada más cerrar la portezuela del coche. Heinrich lo miró alejarse unos segundos antes de comprobar el reloj. Estaba apenas a dos calles del punto de encuentro. Se dirigió en la dirección correcta, mientras palpaba con disimulo su arma. Se cruzó con poca gente. Algunos le miraron de soslayo.

Seguramente más por su altura y complexión que por resultar sospechoso de algo, pensó mientras torcía la esquina. O que no era conocido en aquella zona tan deprimida de la ciudad. Pasó de largo otro edificio, a éste le había caído uno de los proyectiles del bombardeo anteriores. Por suerte llevaban un par de días tranquilos al respecto. Se había duplicado las baterías antiaéreas. Y por ahora no se habían vuelto a aventurar más bimotores sobre Berlín. Aunque quizás solo fuese cuestión de días. O de horas.

Por eso, sacar a Dafne de allí era la prioridad.

Se paró al fin ante la dirección. Era un duplicado. La puerta estaba entreabierta, y lo único que vio, iluminado por una bombilla de escasos vatios y llena de telarañas fue una escalera estrecha de escalones altos.

Comenzó a subir los escalones. Algunos crujían bajo su peso. El primer rellano una sola puerta. Las escaleras seguían. Tenía que subir hasta el último piso.

A buen ritmo llegó hasta la puerta del abuhardillado. En el rellano una ventana redonda como ojo de buey. No había bombilla allí. Estaba miserablemente rota, hasta en su casquillo. La puerta entreabierta. Instintivamente Heinrich llevó la mano hacia la trasera del pantalón, donde había metido su pistola. Del interior salió una voz.

—Adelante, coronel, está en “su casa”. —No estaba muy seguro de que fuera el vendedor de periódicos, la voz sonó más gutural, cómo ensombrecida.

Heinrich sin dejar de palpar su arma, empujó un poco la puerta y ésta se abrió con un tenue chirrido. El lugar era verdaderamente deprimente. Era una pieza abuhardillada, con el piso de madera gastado, y un par de ventanas por las cuales entraba la poca luz reflejada de las farolas de la calle que estaban a varios metros por debajo de ellos. En una esquina un aplique de pared con una bombilla que apenas iluminaba.

Enfrente a la puerta una mesa, y sentado ante ella, con una botella de vino y dos vasos, estaba el vendedor de periódicos. Parecía relajado. Le saludó elevando el vaso y dando un trago de lo que estuviese bebiendo. Hasta el momento, el hombre no parecía peligroso. Pero Heinrich no se confió, siguió su inspección por la habitación. Aparte de la mesa y las dos sillas, había otro par más aquí y allá. Un par de camastros contra dos laterales de la pared. Y una puerta a la que Heinrich miró con sospecha.

El vendedor se dio cuenta de su exhaustiva inspección.

—Pase, coronel. Estamos solos, cierre, si es tan amable. —Un segundo sorbo. El hombre podría tener oculta igual un arma, pero tenía sus dos manos a la vista, sobre la mesa.

—¿Que hay tras esa puerta? —Dijo Heinrich levantando su barbilla en la dirección, mientras cerraba con el tacón del zapato la puerta.

—El baño, pero si mal está esto que ve usted, ni le aconsejo entrar. —Se rió por lo bajo. Aún así, sin dejar de bajar la guardia Heinrich dio cuatro largos pasos y comprobó que estaba también vacía la diminuta pieza, con un mínimo lavabo, una ducha amarillenta y un W.C. en deplorables condiciones.

Heinrich se volvió hacia el hombre, este le hizo un gesto para que se sentase, y levantó la botella para llenar el otro vaso. Caminó hasta él y se sentó, aceptando la bebida, aunque al principio se limitó a agarrar suavemente el cristal, mientras el hombre se servía otra vez a sí mismo, y se tomaba un buen trago.

—Y bien coronel, ¿qué le parece mi hogar? —sonrió mientras dejaba el vaso de nuevo sobre la mesa. El vendedor de periódicos no era tan mayor como Heinrich creyó al principio. Aunque tenía profundas arrugas de preocupación, surcando su delgado rostro, no era mal parecido. Calculó que podría tener unos pocos años menos que él.

—¿Me ha invitado para una “charla social”?

Geüser rió por lo bajo, negando con la cabeza con lentitud. —No mi coronel. Un amigo suyo, o más de uno, están muy interesados en que yo le transmitiese un mensaje.

—Démelo.

—Tsk, tsk, un poco de “elegancia social”, mi coronel. —sonrió fríamente.
— ¿Cómo está la joven Fräulein inglesa?

—Perfectamente.

—Es usted muy escueto.

—No sé a qué me ha citado, señor.

—Soy Geüser.

—Muy bien, Geüser, ¿a qué se me ha citado aquí?

Geüser, se dejó de rodeos. Estaba intentando poner a posta nervioso a ese hombre. Pero su frío semblante no parecía inmutarse por nada.

—Tengo un mensaje de Daylight. —En ese momento, fue el único en que el coronel, levantó mínimamente una ceja. —dice, sencillamente, que ha entregado las pruebas a sus superiores, y que todo está en marcha.

—Bien, —Heinrich entonces levantó el vaso y bebió apenas un sorbo de vino. No era malo. —Gracias.

—No hay de qué, es mi trabajo.

—Pero eso pudo habérmelo dicho en tres palabras esta mañana.

—Siempre pueden haber oídos indiscretos. Además, quería saber si tiene usted "huevos" mi coronel. Fuera de su uniforme, su ambiente y de la protección de sus soldados.

Heinrich sonrió de medio lado. Mientras miraba de hito en hito al hombre que tenía enfrente.

—Espero haber pasado la prueba, y ya que estoy aquí, me gustaría hacerle un “encargo”.

Geüser lo miró intrigado, el tiempo suficiente para dejar a medio camino el vaso de sus labios y hablar.

—¿Qué clase de “encargo”?

—Quiero sacar una persona de Berlín, mejor dicho, de Alemania.

—Las fronteras están cerradas. Usted mejor que nadie debe de saberlo.

—Correcto. Yo por mi parte, puedo sacarla de la capital. Pero necesito un refugio de confianza para ella, y por supuesto, si existiese la más mínima posibilidad de que se la sacase sana y salva de Alemania, por las vías, digamos, no usuales, estaría más que dispuesto a pagar un buen precio.

—¿Quién es esa persona?, si se me permite preguntar.

—¿Acepta el trato? —bebió de un trago el resto del vino.

—Dígame a quien he de sacar, y le diré que puedo hacer al respecto.

—Quiero sacar a Dafne Sevenstons. Al menos lejos de Berlín, y de los bombardeos, en primer lugar. A un sitio seguro y de confianza, que yo mismo visitaré con ella, antes de dejarla. Y después, si es posible, —Heinrich rechazó que Geüser volviese a llenar su vaso. —la quiero fuera de Alemania, y con su familia.

—Y esa familia está...

—En Inglaterra. Pagaré un buen precio por su seguridad.

Geüser resopló y meneó la cabeza asertivo.

—Me está pidiendo algo difícil.

—Pero supongo que no es imposible.

—Nada es imposible, con los contactos adecuados, Herr Coronel. Pero no creo que quieran trabajar para usted.

—No trabajarán para mí, trabajarán para salvar a una mujer inglesa en territorio enemigo. Yo puedo protegerla hasta un punto. Pero si algún día mi buena suerte se acabara, y me mandan al frente, ella estará a merced del sistema. —respiró con fuerza. —No quiero que termine en un calabozo o en un campo de detenciones.

Geüser había dejado de beber completamente. Pareció pensar. Por momentos su mirada se volvió vacía. Heinrich miró con dificultad su reloj. Le quedaba poco tiempo, antes de que su chófer volviese, y si no le encontrase donde le dejó... —Tengo poco tiempo Geüser.

—Imagino que dejó a alguien pendiente de su vuelta.

—Si no vuelvo, vendrán a buscarme. —Sonrió de medio lado—soy un hombre precavido.

—Hace bien. No puedo darle respuesta ahora. Pero puedo prometer que haré todo lo posible para ayudarle. Tony me dijo que usted es su hermano.

Tony verdaderamente tenía que confiar en ese hombre para darle ese dato.

—Lo soy. —afirmó.

—Me ha contado por encima su historia coronel. No me gustaría estar en su pellejo, aunque el mío no sea el más recomendable.

—Las cosas han ocurrido así y se acabó. Ante todo quiero sacar a... —en ese momento se sorprendió a sí mismo, iba a decir “mi mujer”—a Dafne de todo este lío. No soy la compañía más segura para ella.

—Está bien. Espere noticias. Una mañana de éstas le volveré a acercar el periódico.

—Le estaré muy agradecido Geüser— Heinrich se levantó, y le tendió amistosamente la mano al vendedor de periódicos. Este también se levantó y le dio un firme apretón.

—Espere noticias. Buenas o malas, se las haré llegar.

—Lo dicho. Yo podría sacarla de Berlín por la misma puerta y sin levantar sospechas. El resto ya, tendría que estar en sus manos.

Geüser se preguntó como, pero no dijo nada, sacarla con documentos falsos, seguro, sonrió. — De acuerdo. Primero buscarle lugar seguro. Y si es posible...

Heinrich asintió, dio media vuelta y salió de la buhardilla, bajando con presteza los escalones hasta la calle. Tuvo bastante prisa en llegar al punto de encuentro. Si no estaba allí a la hora, Staggs abriría el sobre. Dentro, el número de Dietrich. Y una simple explicación con la cual su amigo se presentaría con un pelotón de treinta soldados en la miserable buhardilla del vendedor de periódicos.

El coche frenó a su lado extremadamente puntual. Heinrich entró y se deslizó en el asiento. Miró su reloj. Casi las ocho.

Había quedado en acercarse a cenar solo a casa de sus tíos. Estos le insistieron en que trajese a Dafne, pero, él declinó en su nombre. Tenía que discutir asuntos “familiares”. Rudolf, no dijo nada más y le emplazó a la hora de la cena. Heinrich se recostó en el asiento tras decirle a donde iban ahora. Decidió cambiarse con rapidez mientras iban de camino, más explicaciones no necesitaba darle a su familia.

Cuando se detuvo frente a la casa familiar de su tío, llevaba de nuevo su uniforme. Le dio orden a Staggs, que aparcase en la parte de atrás, y fuese a las cocinas a cenar con los criados y él llamo a la puerta principal. Ahora a dar noticia de la decisión que había tomado pocas horas antes.

CAPÍTULO 25

DAFNE pasó un día extraño. Relativamente tranquilo. Todo pasó alrededor como si ella estuviese ajena al resto del mundo, y metida en una burbuja transparente, en el que los sonidos llegaban como amortiguados y el tiempo era una cadencia suave, en vez del inexorable tic tac del reloj. En la radio sonaban noticias, mensajes, canciones, pero ella seguía ensimismada. Comió a sus horas, y ya cerca de la cena dejó el libro que había tenido en las manos prácticamente todo el día y que apenas había pasado tres hojas.

La joven Inga había revoloteado preocupada a su alrededor a todas horas. Por fin le había dicho que por esta noche ya podía retirarse a su casa, en vez de quedarse. La joven estaba agradecida, pero parecía resistirse a dejar sola a Dafne. Aunque insistió hasta que la chica cogió su chaquetilla y su sombrero y se marchó a casa de sus padres.

Mientras tomó su solitaria cena, suspiró extrañamente anhelante de la compañía de Heinrich. Éste había enviado mensaje por la mañana que tendría asuntos que atender y que no se le esperase en todo el día. La comida quedó a medio tocar, y tras decirle a Glöckmer que se retiraba a su dormitorio, subió la escalera pausadamente.

Una vez en su dormitorio abrió el cajón donde guardaba su ropa de dormir, junto a un par de camisones de algodón estaban los que había añadido Madame *Merevilleux* a su nuevo guardarropa. Eran preciosos, uno de ellos color champan, era de una tela suave y transparente como la gasa. Lo

acarició unos instantes, y luego tiró de él, hacia fuera, lo desplegó al trasluz de la lámpara. Era una prenda delicada de finos tirantes con delicioso encaje en el frontal, y un lazo de raso para ajustar el contorno bajo pecho. Se lo puso por encima de la ropa. Apenas le llegaría a las rodillas. El remate del dobladillo era igual que el escote, un bello encaje de *chantilly*.

¿Se atrevería a usarlo? Se alejó un poco de la cómoda, a mirarse en el espejo que había encima. ¿Por qué no probárselo? Hurgó un poco más en el cajón y encontró unas diminutas braguitas a juego. Sonrió para sí.

Cerró el cajón con un movimiento de cadera, y saltó hacia el baño. Allí se desvistió y se metió en la ducha para relajarse con agua muy calentita. Luego salió, se secó a fondo el cuerpo y el cabello lo peino y ahuecó un buen rato, para que se secase rápidamente al aire. Sus rizos castaños dorados brillaron bajo la lámpara. Estaba algo ruborizada. Sus ojos se veían brillantes y soñadores. Y sus labios aún se sentían deliciosamente magullados e hinchados por el roce de la apenas incipiente barba de Heinrich. Además, le dolían músculos que ni sabían que existían, aunque era una sensación agradable.

Él dijo que quería hablar con ella esta noche. Aunque luego hubiese mandado recado que no llegaría para la cena y que volvería tarde. ¿Entraría en su cuarto? ¿Usaría la puerta que separaba ambos dormitorios? Nadie había echado la llave. Aunque ella tampoco la había cerrado a la suya que daba al pasillo.

Dejó la toalla sobre las barras una vez que sintió el pelo casi seco. Tomó las braguitas y se las puso. Perfectas. Luego el camisón. Cielos, que transparente. Había una bata de encaje en alguna parte del cajón, recordó. Aún así, quedaría un conjunto de lo más, indecente, y sensual, y atrevido. Muérete de envidia Frau Helga. Anoche él estuvo en mi cama. ¡No en la tuya! Se rió mientras se daba una vuelta ante el espejo del baño. Tampoco estaba tan mal, pensó. Estaba correctamente proporcionada, ni mucho ni poco. ¡Había carne en los lugares que una mujer debería de tenerlos!

Salió del baño, si, esta noche disfrutaría al menos de esa sensual prenda. De la caricia de la seda y el encaje sobre su cuerpo. Pasase lo que pasase, de aquí en adelante, al menos había compartido su primera vez con él. Aunque él no la amase. Esa única noche fue solo suyo. Había dormido toda la noche junto a ella. Podría haber acabado y marcharse a su propia habitación. Pero no, durmió en su cama. Las pocas veces que se medio despertó, él había estado tocándola o abrazándola de alguna manera, hasta dormido.

A pesar de que por la mañana él había sido bastante torpe con sus palabras. “*Siento lo ocurrido...*” Bien ¡pues ella no lo sentía! No era ninguna mojigata, nunca lo había sido. Había tenido que esconder su carácter por su propio bien y el de su hermana. Había luchado como una fiera por salir adelante. Nunca se había permitido caprichos innecesarios, nunca se había salido del camino recto.

A día de hoy, su principal preocupación, en la vida, que había sido Allison, estaba casada y con un hombre de su elección y con una hija en el mundo.

Ahora le tocaba a ella vivir un poco. Eso no quería decir lanzarse a los brazos de cualquiera. No. Los únicos brazos a los que se lanzaría ahora sin pensar y, esperaba que él no los abriera y se pegara el golpe, eran los de Heinrich. Aunque no hubiese amor en medio. Anoche había habido algo, llámalo atracción, deseo, o lo que fuese. Pero ambos lo sintieron, y ella por su parte, disfrutado.

Una vez fuera de Alemania nadie tendría que saber nada de lo que esos días ocurriese. Volvería a su trabajo. Esperaba, desde luego seguir conservándolo. A unas malas buscaría un nuevo empleo, pidiéndole oportunas referencias a los Colber . Y volvería a ser la educada y sensata señorita Sevenstons, institutriz, con unas buenas referencia, unos estudios excelentes, y con el aplomo necesario para plantar cara al mundo.

Con estos pensamientos se fue relajando poco a poco dentro de su cama. Apagó la luz y se sintió poderosa. Algo había cambiado en las últimas horas.

A pesar de haber estado como dentro de un capullo protector, como una ninfa de mariposa, se sentía capaz ya de extender sus alas, y casi de volar. Con la caricia del suave hilo y el aroma de las sábanas recién cambiadas, fue cerrando los ojos hasta que se durmió con una sonrisa.

* * *

Heinrich llegó a casa poco antes del toque de queda impuesto por las autoridades. Abrió con su llave. Horas antes había llamado para que el servicio se retirase y no le esperase. Se sentía contento de los últimos acontecimientos. Aunque todavía no tenía ningún tema aclarado o zanjado, todos los mecanismos se habían puesto satisfactoriamente en marcha.

Subió los escalones intentando no hacer ruido con sus pesadas botas. Llevaba del brazo un bulto con las ropas usadas para contactar con el tal Geüser. No parecía mal tipo. Un poco histriónico, al principio. Pero había prometido darle noticias, y supo que las tendría. Las de Tony no eran ni buenas ni malas, simplemente sus superiores tendrían otra versión más de los hechos. Aún así, no veía nada claro en su situación. Aunque escapar de Alemania se le antojaba cada vez mejor idea. Una vez que ella estuviese a salvo.

Entró en su cuarto. Dejó en la silla las ropas. Se dirigió a las puertas que separaban su habitación de la de Dafne. Tentativamente y a conciencia había dejado aquella mañana la puerta abierta, y la llave en la cerradura. Si ella hubiese querido, solo tendría que haber tomado dicha llave y cerrar la puerta por su lado. Para entrar, él tendría que haberla forzado. Pero no. La llave estaba por su parte. Tanteó el pomo. Este giró, con suavidad, sin ruido. Respiró profundamente y abrió lentamente la puerta. Todo estaba a oscuras. La ventana estaba con las cortinas descorridas. Tras unos segundos de habituarse sus ojos, la vio sobre la gran cama. Dormía.

Mientras se quitaba el nudo de la corbata cerró de nuevo la puerta. Luego deshaciéndose de cada una de las prendas del uniforme, se dirigió a por una ducha.

* * *

Él había llegado. Aunque se notaba que no quiso hacer ruido, le fue casi imposible. Poco antes se había despertado al oír los cuartos antes de las doce en el reloj de pared de la salita. En el silencio nocturno, a veces parecía un sonido atronador. Poco después le pareció oír el clic de la puerta de entrada, el ruido de pasos de los escalones, y el sonido ya conocido de la puerta de separación de sus dormitorios. Él apenas la había abierto para comprobar si ella estaba o no despierta. Se había quedado muy quieta. Con una mezcla de desasosiego y anhelo. Sin embargo tras unos cuantos segundos, volvió a cerrar la puerta y ahora escuchaba el sonido de la ducha amortiguado por las paredes del baño. Suspiró. Era demasiado tarde. Ella dormiría de nuevo sola.

Heinrich se secó con la toalla el pelo con fuerza. En apenas dos minutos, estando tan corto apenas tendría el menor atisbo de humedad. Aún estaba dentro del agua cuando tomó la decisión que, esta noche no dormiría sólo. Quería despertarse mañana envuelto alrededor de ella. La despertaría temprano, a lo mejor la besaría hasta dejarla sin aliento, y le daría la noticia que traía para ella. No sabía si se lo tomaría mejor o peor. Pero él estaba más que decidido a ello.

Dafne Sevenstons, pronto sería Frau Dafne Strieber.

Una vez arreglado esto, y tal como estaban haciendo algunos militares y personas con posibles en aquellos tiempos, la sacaría de Berlín con la excusa de que los bombardeos eran peligrosos, y que una casa de campo o en una pequeña aldea era más seguras para ella. La alejaría de Helga, de sus maquinaciones, de las posibles represalias. Tal y como le había contado

Rudolf en una conversación privada entre ambos, después de la cena, su destino estaba a punto de ser decidido. La noticia de su boda con la inglesa, seguramente lo aceleraría. Los altos mandos querrían probar si aún era fiel a los mandatos del Führer, y lo enviarían a primera línea. Pero Rudolf le daría todo su apoyo en aquella tesitura.

Heinrich sonrió. Era lo que esperaba. Ya dependiendo a que zona del mapa de guerra, decidiría su próximo paso. Pero antes de todo, sacaría a Dafne de Berlín, alejándola del peligro, y lamentablemente de él mismo.

El tiempo que les quedaba juntos, pensaba disfrutarlo a su lado. Siempre había sido un hombre comedido, quizás hasta demasiado espartano. Pero ahora se le antojaba llenar a esa mujer de caprichos, de mimarla, hacerle el amor durante horas y de hacer que lo que pudiera brindarle en días, le bastase por toda una vida.

Así de incierto era el futuro.

Sacudió la cabeza alejando lúgubres pensamientos. Se había prometido el aquí y el ahora, y eso haría. Tomó la ropa interior y unos pantalones holgados de pijama, pero la camisa la dejó caer en su hombro, mientras apagaba sus luces y se dirigía a la puerta de comunicación de los dormitorios.

* * *

La puerta volvió a abrirse. Un par de pasos. Él estaba descalzo. El suave aroma de jabón y de su colonia pronto llegó a su olfato. El leve chirriar de la puerta al cerrar. Más pasos. La cama se hundió un poco por el lado contrario. Las sábanas fueron retiradas despacio. Dafne casi tembló de expectación. Apretó los ojos. Él estaba allí, se estaba acostando a su lado. Pronto le sintió moverse muy cerca, a su espalda. Ella que estaba hecha un ovillo, no se movió. El pasó un brazo sobre la almohada de ella, rozando sus rizos. Notó brevemente su respiración suave contra su nuca. Una pesada mano cayó, acariciando un poco su cadera hasta encontrar su cintura. Luego se quedó allí.

Quieta. Su espalda rozaba ya el pecho masculino, y lo sentía brevemente subir y bajar con la respiración. Los muslos duros fuertes de él se pegaron a sus suyos carnosos y suaves.

Él suspiró. Simplemente quería oírla respirar y dormirse así, acunándola. Había tiempo, tenía que haberlo. De alguna manera lo arañaría, lo traería despedazado, y lo pondría como ofrenda a sus pies. Todo el tiempo que pudiese abarcar, todo para estar con ella, aunque fuera de esta manera. Porque ella, era su hogar.

Dafne no hizo nada por varios minutos, Nada más que controlar su respiración e intentarlo con su corazón. Él se había limitado a envolverla en sus brazos fuertes. Luego se había relajado contra ella. No sabía si estaba dormido. La única manera era o esperar a que cambiase su pausada respiración, o volverse y averiguarlo.

Y últimamente, Dafne se estaba volviendo demasiado atrevida, para su pesar.

Se dio la vuelta en el círculo de sus brazos. La tenía frente a frente. Tenía los ojos cerrados, pero sabía que ella no. Su respiración no había cambiado desde que entró en la habitación. Diablilla. Todo el tiempo había estado despierta. Quiso sonreír, pero eso lo habría delatado. Quiso dejarla hacer libremente. Quiso saber cuál sería el próximo paso que ella daría. ¿Se quedaría quieta? ¿Se acomodaría y se dormiría? ¿Se bajaría de la cama? Pensando esto último, involuntariamente tensó la mano que ahora descansaba sobre la cadera femenina. Ella pareció cambiar un poco la respiración, como sobresaltada. Luego puso una de sus manos pequeñas abierta sobre su pecho, justo en su corazón.

—¿Heinrich?— susurró quedamente.

—¿Mmm?

—¿Qué haces aquí?

—Dormir. Si hiciera otra cosa te darías cuenta. —sonó divertido, pícaro y sarcástico, ella resopló.

Dafne calló. Él abrió los ojos. Estaba tan cerca de sus labios tentadores. La sonrió de medio lado.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Tendría que estarlo.

—No te he dado motivos, creo

Ella no contestó, refunfuñó algo y se volvió con presteza para el otro lado. Movimiento que aprovechó Heinrich para traerla más contra sí. Deliciosa tortura, pensó. Ella tampoco hizo por alejarse.

—Me dijiste que hablaríamos a tu vuelta.

—Ajá... — su voz sonó somnolienta

—¿De qué querías hablar?

—¿Podemos dejarlo para mañana?— dijo renuientemente.

—Para eso deberías de haberte quedado a dormir en tu propia cama.

Heinrich rió socarronamente, acercó una mano a la cara de la jovencita valiente y la acarició.

—¿Después de lo de anoche?

—Sobre todo después de lo de anoche.

Estaba demasiado cerca de ella, sus buenas intenciones de hablarle de aclararlo todo y de darle noticias, se estaban yendo al garete. Tiró de ella hasta ponerla bocarriba, luego se puso sobre ella, haciéndose hueco entre sus muslos con una rodilla y apoyándose en sus codos para no aplastarla. Las

manos de ella se alzaron hasta su pecho.

Heinrich pasó suavemente los labios por el suave mentón, buscando los labios de ella.

—Eres tentadora.

—Mentiroso, te metes en mi cama porque Helga estará muy ocupada.

—Helga es un pasado que quiero olvidar. Y que a ti no debe preocuparte. —acariciaba su nariz con los labios, ella se removía algo inquieta bajo su peso.

—Me meto en tu cama porque llevo deseándolo desde el instante que puse mis manos en tu cuerpecito, en ese callejón oscuro.

Ella resopló y el rió bajito. Luego la besó suavemente en los labios, y se sintió correspondido fieramente. Él, sorprendido la siguió. Durante varios minutos no cesaron de besarse ni de acariciarse. Por fin Heinrich recuperó un poco de cordura, y levantó la cabeza, poniendo fin a los besos y a las caricias.

—Pequeña, en realidad, tenemos que hablar.

—¡Pues quítate de encima de mí! —Ella se removió queriendo tirarle. Él se reía y ella empujaba más. — ¡Bájate!

Heinrich bien despacio se acostó a su lado, y la atrajo hacia sí para seguir abrazándola.

—Hace siglos que no reía con nadie, como contigo. —le acarició el pelo. —Me has devuelto la vida.

Dafne sopló un mechón de rizos que le caía por la frente hasta hacerle cosquillas en los ojos y la nariz. El solícito se lo retiró.

—¿Y bien? ¿Qué noticia traes?

—He hablado con una persona que está dispuesta a ayudarme a sacarte del país.

—¿Cuándo?— la voz de ella sonó como una mezcla de esperanza y decepción.

—Estoy a la espera de noticias. Él tiene amigos a los que consultar. Primero tenemos que ver cuán peligroso es. Estudiar bien lo que podemos hacer, y, por supuesto, no vas irte por las vías habituales.

—Amigo de Tony, supongo.

—Si, él mismo se ha preocupado cuando no has llegado a Suiza. Esa persona se ha puesto en contacto conmigo para darme su mensaje. Yo les he dicho que tienen que sacarte de aquí cuanto antes.

Dafne hundió su cabeza en su pecho. Emociones contradictorias llenaban su cabeza. Él le hablaba de que estaba haciendo lo posible por devolverla fuera del país. Era en realidad el plan original. No debía de extrañarse tanto. Pero, ¿a qué venía ahora meterse en su cama? Lo de anoche fue algo sin pensar. Algo que tenía que ocurrir tarde o temprano ente ellos dos. Pero alargar esta relación en el tiempo, volviendo a ella, sabiendo que tenía que marcharse. Dolía.

—¿Qué te pasa?

—Nada, hay cosas que no entiendo.

—Dímelas.

—No te entiendo a ti.

—A veces ni yo mismo lo hago. Así que no te preocupes. —besó sus rizos.

—Algún día me iré, pronto, y...

—Es lo que querías. —suspiró—Y es lo que yo quiero, ponerte a salvo.

—Pero, ¿qué haces entonces aquí, conmigo?

—Abrazarte, besarte, desearte tanto que me duele.

—Y me vas a dejar marchar.

—No nos queda otro remedio. Aquí estarás en peligro si yo me voy al frente y no tendrás nadie que te proteja. Incluso mi protección puede estar ahora mismo sobrestimada.

—Yo, y si yo no quiero irme.

—Ni yo querría te fueras. Pero créeme, es lo mejor, por el momento. Y el día que esto acabe. Si aún estoy vivo, iré a buscarte, allá donde te encuentres.

—¿Es una promesa?—Él asintió. —Hazme el amor.—Dijo ella valientemente. Y él obedeció de todo corazón.

Tomó casi al asalto sus labios entreabiertos. Acarició centímetro a centímetro su piel. Besó desde sus labios hasta su pecho, bajando torturador por la garganta. Lamió sus senos, y ella se estremeció, mientras trataba de agarrarse a sus hombros, acariciarle su pecho, arañando con suavidad su espalda. Heinrich se estremecía bajo sus caricias inocentes y tentativas.

La hizo poner bocarriba y se puso de rodillas entre sus muslos abiertos. Bajó con presteza su ropa mientras la contemplaba. El camisón estaba arrugado debajo de su pecho, y subido hasta su ombligo. Las braguitas habían desaparecido mientras la acariciaba en su centro.

Heinrich tomó de nuevo aliento y descendió sobre ella, que se esperaba ansiosa, húmeda y le miraba con sus ojos grandes, con sus labios entreabiertos, tomando aire con desespero. Pareció encogerse en el momento que la penetró con fuerza.

—Ya no habrá dolor Dafne. —ella suspiró y se relajó.

—No lo sabía.—él sonrió ante su inocencia y empujo suavemente, su canal aunque aún estrecho estaba tan mojado que le admitió enseguida.

—Ves... —ella asintió varias veces y soltó el aire que retenía temerosa en sus pulmones.

—Ya no duele. —admitió ella.

Él empujó más y más profundo, hasta quedar enterrado en ella. Se quedó quieto, su mente le estaba diciendo, estás en casa muchacho. Dejó caer la cabeza en el hombro de ella y lo besó. Ella intentó elevar su pelvis para incitarle a moverse, aprendía rápido, y él se rió.

—Impaciente.

—¡Muévete!, lo necesito. —Gimió Dafne. Y él fue el hombre más feliz del mundo al obedecerla. —y cuando momentos después, la oyó gritar su nombre se creyó el maldito dueño del universo.

Tiempo después, cuando sus cuerpos saciados se relajaron uno junto al otro, Heinrich besaba los dedos de ella mientras ella casi dormitaba.

—Heinrich. —ella sonó preocupada. —No hemos tomado precauciones.

Heinrich suspiró, no, no había tomado ninguna. Y lo había hecho conscientemente. No pensaba tomarlas. Egoísta, lo había pensado así. Y no era por el placer de sentirla piel con piel, dentro de ella. No era por el gusto de eyacular su semilla profundamente, sin tener que estar atento a retirarse.

Era por un extraño anhelo de eternidad. Si cuando ella se fuese de su lado, estuviese embarazada de su hijo, él se sentiría vivir a través de el fruto de ambos. Lo dejaría todo bien atado con Tony. Una vez en Inglaterra, ella recibiría lo que necesitase para vivir sin trabajar ni un día más en su vida. Si quedase encinta y tuviese a su hijo, éste heredaría su parte de la fortuna

familiar. No eran inmensamente ricos, pero bien administrado, tendrían ambos una vida feliz y sin estrecheces.

Y aunque no lo estuviese, aunque no llevase a su hijo en su vientre, ya la habría marcado como suya. Y eso le llenaba de emoción. Aunque en Inglaterra, ella, gracias a su dinero, pudiese rehacer su vida, él siempre estaría en su mente. Él iba a ser el primer hombre que la poseyera, y en los días que les quedaban juntos, pensaba hacerla tan feliz como le fuese posible.

Y si después de todos sus esfuerzos, él saliese de ésta, necesitaba saber que lo tendría tan dentro de ella, que lo esperase el tiempo necesario para volver a estar en sus brazos.

Y si no, si moría en el frente, o, quien sabe... Tenía que regalarle bellos recuerdos, y noches de pasión suficientes para toda una vida.

—Heinrich... te has quedado callado. —Ella temió que se enfadase, a lo mejor esperaba que ella fuese más precavida, o que, no sabía. Ella no tenía los medios a su alcance, más que los que le había contado Madame *Merevilleux*, y eso de las duchas vaginales con vinagre, como que no le entraba en la cabeza.

El sintió su zozobra, la hizo que le mirase a los ojos.

—Aún no hemos terminado de hablar, Dafne. —ella asintió. —Ellos te sacarán del país, pero yo he de ser quien te saque de Berlín. He hablado con Ludwick y con mi tío. Y ambos me han aconsejado lo mismo.

—¿Y qué es?

—Casarnos.

El aire le faltó a Dafne por unos instantes, tomo dos o tres bocanadas seguidas para tranquilizarse. ¿Estaba loco o qué? ¡Si apenas se conocían de unos días! Y ella tenía que marcharse de allí ¡él mismo se lo había confirmado antes de hacerle el amor!

—¿Estás hablando en serio?—él asintió. — ¡Estás hablando en serio!
Pero yo, nosotros, yo me tengo que ir, y...

—Para sacarte de esta ciudad por alguno de sus controles, no podrás hacerlo con tu documentación ni pasaporte inglés.

—Falsifiquemos mi nombre, seré... ¡Cualquier nombre alemán de chica me vale!

—No es tan fácil. Me conocen, saben lo nuestro. No sé si hay orden específica de no dejarte salir. Lo desconozco. Pero como Frau Strieber, ninguna esposa testifica contra su marido, al menos eso se supone.

—Pero...

—Te sacaré de Berlín como tantos otros están llevándose a sus familias, a un pueblecito tranquilo o a una granja donde no lleguen los bombardeos. Todos los que pueden, han empezado a evacuar a los suyos. Si yo lo hago no será tan extraño. Además, para mis planes para que me devuelvan al frente. Querrán probar que sigo siendo fiel al régimen.

—Y si te ocurriese algo...

—De eso no tendrás que preocuparte. Si me ocurriese, tu heredarías mi patrimonio, allí donde estuvieses, no tendrías que ocuparte de nada más en la vida que de ser feliz. Y si algún día esta pesadilla acaba y sigo con vida...

—Me buscarías, o...

—Entonces tu decidirás si me quieres en tu vida o no. Yo, no me importa seguir manteniéndote mientras viva.

—No puedo aceptar eso.

—Puedes y lo harás, y es una orden.

Dafne se dejó caer en su hombro. Tenía demasiadas cosas en que pensar, y sin embargo el sueño la reclamaba. "*Es una orden*", el coronel Strieber había tomado otra vez el mando, su amante Heinrich, había desaparecido por ahora. Él la apretó contra sí unos segundos y luego se fue relajando.

El reloj de pared del salón volvió a sonar. Dafne no distinguió la última campanada. Estaba ya profundamente dormida.

CAPÍTULO 26

LOS siguientes días fueron como un compás de espera. Heinrich se levantaba a su hora, desayunaban juntos, él se iba a trabajar. Dafne quedaba al mando de la casa, cuando llegaba la hora del almuerzo él se acostumbró a llamarla y hablar unos minutos, que se quitaba de su propio tiempo de la comida, pero le llenaba más oírle que el mas delicioso de los manjares.

Ella leía por la tarde, escuchaba música, mientras esperaba su vuelta. Cenaban juntos, acaso se relajaban un rato en el salón, hasta que empezaban a besarse en el sofá, y acababan subiendo con presteza y en medio de caricias y más besos la escalera al dormitorio de Dafne.

Heinrich no volvió a dormir en el suyo. Prefería el “cielo”, como llamaba a la alcoba de ella, por su tono celeste y por la presencia de la mujer que necesitaba a todas horas, en vez de volver a la suya, decorada en tonos rojos burdeos, o “el infierno”. Porque el día que ella se fuese y cerrase aquella puerta, allí es donde quedaría a su pesar.

Ahora sólo querían tenerse mutuamente en sus brazos, besarse hasta quedar sin aire y hacerse el amor con paciencia, o con desespero.

* * *

—Firme aquí, Frau Strieber. —El alto y delgado funcionario había leído el

contrato matrimonial, y ambos había aceptado de palabra. Ahora plasmaban en el documento sus firmas. Como testigos, su tío Rudolf, tía Gertrud, y un exultante Dietrich, que sonreía de oreja a oreja. Y su amigo Ludwick Rankin. Todos dieron la enhorabuena, besaron y dieron la mano a la flamante pareja de recién casados.

Dafne se había puesto un elegante traje de chaqueta malva con pasamanerías en otro tono más oscuro del mismo color. La camisa con un lazo complicado y elegante era de un pálido malva. Llevaba un ramito de lilas y rosas blancas, las primeras del año. Y Heinrich su uniforme de gala.

Ludwick les había invitado luego a su propia casa. Había previsto un almuerzo para ellos, y más tarde una pequeña recepción con las amistades más allegadas. Estratégicamente todo preparado, para que la boda de Heinrich con la “inglesita” corriera de boca en boca.

Cuando horas más tarde Heinrich pudo escapar casi arrastrando a Dafne de la fiesta, y por fin la metió en el coche, sonreía de oreja a oreja. Dafne buscaba por todos sitios al estirado y taciturno coronel Strieber, que había conocido al principio. Ahora este hombre que la besaba y abrazaba, seguía siendo el mismo, pero significativamente, sonreía más a menudo, bromeaba con ella. Y la envolvía siempre que tenía ocasión en el fuerte círculo de sus brazos. Suspiró hondo, y se dejó arrebatar por otro beso más, mientras el coche aceleraba de camino hacia su hogar. ¿Cuánto tiempo podría estar junto a él? ¿Cuándo la llevaría fuera de Berlín? ¿Esperaría las órdenes de su nuevo puesto para hacerlo?

Las manos de Heinrich en su espalda y moldeando su trasero la hicieron perder poco a poco el hilo de sus tristes pensamientos.

* * *

—¡Oh, vamos cariño! ¡No voy armada! y, soy íntima amiga del Coronel Strieber.

El pelirrojo Frieber no parecía muy convencido que la hermosa rubia no fuese “peligrosa”. Helga se presentó de improviso en las oficinas donde trabajaba Heinrich. Había pasado entre los soldados y subido al piso superior, con tanto aplomo y audacia, que nadie se atrevió a preguntarle a donde se dirigía. Abriendo la puerta de las oficinas principales, se había topado con el joven cabo que hacía las funciones de Secretario para el Coronel.

El muchacho estaba muy reacio a dejarla pasar. Helga se había apoyado en la mesa del chico unos segundos antes. Ahora se irguió y abrió su chaquetilla negra, mostrando su camisa ceñida y cada curva de su cuerpo abrazado por una falda de tubo hasta el bajo de las rodillas pero con una abertura incitante en el lateral. Tomó deliberadamente aire para destacar su generoso pecho, y paseó incitadora, sus propias manos por sus caderas.

—Puedes registrarme, si quieres, querido. — rió ladinamente.

Ese comentario hizo que el muchacho se pusiese aún más rojo, si eso era posible.

—¡No! no, Frau, yo...

—¡Está bien! Si no quieres anunciarme... —Pasó a su lado, este intentó bloquear la puerta, levantándose de su asiento, pero ella fue rápida. —Entraré sin llamar. —Abrió de golpe la puerta del despacho.

Heinrich levantó la cabeza distraídamente. Estaba bastante centrado en arreglar su trabajo prontamente para irse lo más rápido posible aquella tarde junto a su recién estrenada esposa, tanto que no había escuchado la discusión en la misma puerta. Se sintió sorprendido que ante él, en vez de su desdichado secretario, se encontró con la figura de Helga.

—Hola, Heinrich. — ronroneó.

Heinrich se levantó, formalmente, como ante cualquier visita.

—Hola Helga, ¿qué haceS aquí?

—¿No te alegras de verme? —ella sonrió dulcemente o al menos imitó una sonrisa almibarada, —He venido a felicitarte, por tu boda con ¿Dafne?

—Gracias, Helga, pero no deberías estar aquí. No puedo recibir a nadie que no esté citado, o tenga que ver con mi trabajo.

Helga sonrió mientras hurgaba en su bolso, sacó su documentación. —Tengo pensado salir unos días de Berlín, a Colonia tal vez, vengo a poner al día mis visados. ¿Eso forma parte de “tu trabajo”?

—Abajo, en información, te indicarán a que mesa dirigirte. Ellos se encargan, yo sólo doy el visto bueno. —Volvió a sentarse, pero no le ofreció a ella que tomase asiento.

—Mmm, gracias querido, pero la verdad, también me apetecía verte. —Heinrich miró hacia la puerta, pero Frieber había salido cerrando el despacho. Helga se sacó la chaqueta y la dejó caer con descuido junto a su bolso sobre una de las sillas. Rodeó la mesa y le alargó el pequeño librito, mientras se sentaba en el borde del escritorio. Cruzó sus largas piernas enfundadas en unas medias negras transparentes, y dejó que la falda se abriera hasta casi medio muslo. —Puedes revisarlo tú, ¿verdad? Es un favor que te pido. Quiero irme de inmediato, y abajo empezarán a ponerme pegas.

Heinrich suspirando tomó el documento y lo revisó con rapidez. Estaba todo correcto.

—Pareces agotado amor, —acarició con una uña esmaltada en rojo el mentón de Heinrich, éste se retiró unos centímetros al sentirlo. — ¿No descansas lo suficiente?— y rió.

—Lo necesario.— Alargó el documento a Helga. —Está todo correcto.

Ella lo tomó con casi desprecio y lo arrojó sobre la mesa. Inclinandose luego sobre él y rodeando su cuello con los brazos con sorpresiva rapidez.

—Todavía me debes algo Heinrich.

La tomó de las muñecas e intentó no ser brusco mientras se las retiraba de su cuello y se levantaba del asiento para poner algo de distancia.

—Estoy trabajando. Te ruego que, ya que todo está en orden, salgas de mi despacho.

Aunque puso unos pasos de distancia entre ambos, ella se levantó del borde de la mesa y le siguió con sus andares felinos.

—Solo te pido un ratito. —Volvió a estar a centímetros de él. En el instinto de Heinrich no estaba retroceder. —Te estoy dando una nueva oportunidad querido, la de volver a mi cama. Te amo.

Heinrich se cruzó de brazos y le dedicó media sonrisa sarcástica.

—Helga, tú no amas a nadie, más que a ti misma.

Ella tomó el que se quedara completamente estático, aún cuando cruzó los brazos, como una invitación. Se lamió sus maquillados labios.

—Un día te hartarás de tu “pequeña esposa”, y volverás a mí, ella es sólo la novedad.—Intentó de nuevo abrazarse a él.

Esta vez Heinrich estaba prevenido, la frenó tomándola por los antebrazos y hábilmente la hizo girar.

—Ni lo sueñes.

—Te he dado una oportunidad, amor. La última.

—¿Más amenazas? —se movió rápido—Querida, gracias por tu visita y

por tus felicitaciones. —Se paró apenas para coger la documentación que arrojó en su bolso abierto y junto con la chaqueta en una mano y el antebrazo de Helga agarrado por una mano férrea la llevó hasta la salida. —Frieber te acompañará hasta la puerta. Le entregó todo a ella, y abrió la puerta.

—¡Frieber! Acompañe a Frau Von Richthofen hasta la salida. Haga de escolta, como un caballero, y suba enseguida.

Frieber se levantó presto a obedecer, pero ella alzó su orgullosa cabeza y ni miró atrás mientras salía de las oficinas poniéndose su chaqueta y contoneándose.

Heinrich cerró su puerta y se quedó mirando a la pintura gris que la cubría. Era la segunda vez que la mujer le lanzaba una velada amenaza. Y sabía lo peligrosa que podía llegar a ser cuando se la contrariaba.

Su tiempo seguramente se estaba acabando. En cualquier momento llegaría la orden a su despacho con su nuevo destino. Y apenas tendría unos días para dejar fuera de la ciudad a Dafne.

Se le encogió el estómago y el corazón. Le quedaba tan poco tiempo junto a ella, que dolía.

* * *

Dafne estaba sentada en el borde de su cama. Aquella noche se había puesto un delicioso camisón negro, pero si era posible, aún más transparente de los que le había enviado Madame *Merevilleux*. Éste estaba bordado en su borde con diminutas rositas en hilo negro. El corte era sencillo. El escote cuadrado con tirantes medianamente anchos. Toda la parte superior estaba bordada igual que el remate de abajo. Diminutos botoncitos cerraban su pecho y se abrían hasta casi su ombligo.

Tenía los pies descalzos, sobre la alfombra.

Él entró desde su dormitorio por la puerta que los comunicaba. Y ella le vio acercarse, reflejado en el espejo de la peinadora. Llevaba su batín burdeos. Sabía muy bien, que, después de la ducha, no solía ponerse nada debajo. Se arrodilló en la cama, y como un depredador, avanzó hasta ella, hasta que sus labios tocaron su hombro al lado del tirante del camisón.

Levantó después la cabeza, y la miró a través del espejo.

—Helga ha venido a verme al despacho. —Era una simple afirmación. Sin ningún otro matiz de voz.

Dafne le miró igualmente a través de la superficie refractante. Se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo tardó en desnudarse?

—No la dejé. Vino a darme la enhorabuena, y a decirme que “me amaba”.

—Tienes muchísima suerte.

—Lo dudo. —Enganchó los pulgares en los tirantes y los hizo descender muy despacio por los hombros femeninos. Luego, desde su espalda, la rodeó con los brazos, y cuidadosamente le quitó los botoncitos que sujetaban el escote. Uno a uno. —Lo dudo mucho... —besó el otro hombro.

Luego bajó el camisón suavemente, hasta exponer completamente su pecho. Dejó que la fina pieza cayera hasta la cintura de Dafne. Ella quiso volverse para abrazarle. Él sujetó con cuidado y firmeza sus hombros. —No te muevas, déjame hacer. Confía en mí.

Dafne se quedó quieta. Mirándole a través del espejo. Últimamente, él se tomaba su tiempo para hacerle el amor, muy lejos ya del “casi asalto” de su primera noche juntos. Acarició con sus manos grandes cada centímetro de su espalda y sus costados. Sus senos se encontraban ansiando su toque, pero él seguía, bajando un dedo por toda su columna vertebral, besando luego su

nuca.

Segundos después, pasó un brazo por su cintura y la arrastró contra sí hasta el centro de la cama. Luego la recostó, quedándose a su espalda, ambos de lado. Empujó con sus rodillas las de ella para que se flexionaran. Mientras besaba su cuello enviando diminutos remolinos de placer al mismo centro de su cuerpo. Dejó bajo ella su brazo ciñéndole bajo el pecho y mientras con los dedos de la otra, los bajó haciendo espirales por su costado, luego, por su vientre, hasta el mismo nido de suaves rizos oscuros de entre sus muslos.

Acarició allí suavemente el pequeño núcleo de placer, para luego ir descendiendo y ahondando en su vagina, notando la humedad que rezumaba. Ella se agitó bajo su mano, anhelante de más. Quería volverse y abrazarse a sus hombros, quería sentirse llena y colmada con su miembro, pero él, la sujetaba contra sí, su espalda contra el pecho masculino, sus muslos fuertes rozando los muslos tiernos de ella, Sintiendo como él estaba ya erecto y preparado, friccionando suavemente su trasero.

—Ssst, tranquila, déjame a mí. —Forzó la posición de sus caderas y la de sus muslos, para tener acceso a su sexo desde su espalda. La volvió a apretar contra sí con posesión, y dejando de acariciarla por unos momentos, tomó su duro miembro, e inició la invasión de su sexo desde atrás. La ajustó más a sí mismo, y se ayudó elevando el muslo de ella y sujetándolo. Dafne lo sintió entrar, suave, primero, duro y profundo después. Desde esa postura, era acariciada en puntos antes insondados de su interior. Soltó un delicioso quejido, de confirmación, de que aquello le estaba gustando mucho.

Heinrich se aferró a ella y empujó, besando y lamiendo sus hombros, su cuello, rozándolo, leve, con los dientes. En breve los sonidos que ella emitió, le dieron la pista que su sorpresiva invasión la estaba llevando poco a poco al borde del orgasmo.

Y Dafne, solo sintió, echó una de sus manos hacia atrás, hasta apretar la cadera y el trasero de Heinrich, su otra mano acariciaba el brazo que ceñía su cintura. El delicioso empuje llegaba a rozar su clítoris, elevándola más y más

fuerte. Un pensamiento fugaz cruzó su mente poco antes de llegar el orgasmo “*muérete de envidia, Helga*”.

Aunque aquel día Heinrich había decidido tomarse su tiempo en hacerle el amor, al final siempre le cedía la urgencia por estar dentro de ella, por derramarse y de gritar al unísono mientras ambos llegaban al orgasmo. Él era disciplinado en eso, como buen soldado. La sentía, la acariciaba, la hacía llegar justo antes que él mismo. Se complacía de hacerlo. Pero Dafne llegaba tan rápido, que no le dejaba mucho margen de maniobra. Ella estaba siempre tan deseosa como él mismo.

Saliendo al fin de su cuerpo, quedaron durante minutos en la misma posición. Ella, poco después, se volvió sonriente entre sus brazos y con los ojitos somnolientos, acariciándole el pecho y bajándole por el costado.

—¿No te duermes, preciosa?

—Quiero acariciarte un rato, antes no me has dejado.

—Si me acaricias demasiado...

—¿Amenaza o promesa?

—Ambas... —y ella rió, su mano bajó por el costado hacia una de las cicatrices aún rosadas que tenía en su piel.

—Nunca me dejas explorarte. —la mano descendió tentativa por el muslo del hombre. Otra cicatriz. Siguió tocándole y buscando, subió de nuevo hacia arriba y rozó centímetro a centímetro su espalda. Él gimió quedamente, cerrando los ojos. Le encantaba que le acariciase la espalda. Un punto para ella. Bajó delicadamente la mano, otra cicatriz más.

—¿Cuántas heridas tienes? —frunció el ceño. No podían ser de proyectiles, con las cuatro que había contado, debería de estar muerto. Nadie sobreviviría a esa cantidad.

—Ocho.

—¿Balas? —su voz tembló.

—Metralla de una explosión.

Ya había visto la de su pecho, tocado las dos de su costado, las dos de sus muslos, notaba tres en su espalda...

—Sólo cuento siete, —él le tomó la mano y la bajó por su espalda hasta su glúteo. — ¡ocho!

—Si, ésta fue la que más me dolió, —rió—en mi orgullo. Y porque tuve que enseñarle el trasero a toda la sección femenina de enfermería.

—Chicas afortunadas. —Dafne se rió con la broma, él la apretó contra si de nuevo, ella volvió a sentir como su virilidad se hinchaba tras sus recientes exploraciones. —Debieron de ser bastante dolorosas.

—Al principio nadie creyó que había sobrevivido. El jeeps que tomaba la delantera al que yo llevaba, cogió un camino de tierra dura. Por unos kilómetros penetramos en territorio enemigo que supusimos abandonado. Aquella zona de África era así. Podías dejar atrás dunas y encontrarte con paisajes de tierra árida y seca y caminos hechos de tierra apisonada. Mi jeep se quedó en un bache, se le pinchó una de las ruedas. Todos nos bajamos. Los soldados corrieron a preparar la de repuesto, apenas me retiré unos metros hacia el vehículo de suministros que nos seguía.

Se me había terminado el agua, y pensaba rellenar mi cantimplora. — respiró fuerte cerrando los ojos, recordando el infierno que vino después. — El conductor pidió a los otros que lo empujaran a salir del bache para cambiar la rueda con comodidad. Pero apenas medio metro más y una rueda, o alguien pisó la mina. Los chicos, ya no lo contaron. Cuando sentí la explosión, instintivamente me cubrí la cabeza con la mano y giré mi cuerpo. La metralla despedida impactó en mí, y la onda expansiva me hizo caer metros más allá, magullándome entero y haciéndome perder el sentido. Gracias al cielo, el

hospital más cercano estaba a cincuenta kilómetros por dunas. Me hicieron una cura de urgencia. Tuve suerte de resistir llegar allí y que me curasen.

—Pero estás vivo, y quieres volver allí.

Él la acariciaba despacio.

—Debo de hacerlo. —suspiró. —Lo mismo que tú vas a volver a Inglaterra.

Ella se aferró abrazando su cuello. Y él la besó con fiereza, cayendo sobre ella como un halcón hambriento.

Y volvieron a hacer el amor.

CAPÍTULO 27

—¡NO podéis hacerme esto!

El golpe sobre la destartalada mesa del rincón de la oscura taberna, hizo que no pocas miradas se giraran. Geüser respiraba aceleradamente, sus otros dos compañeros le miraron. Klaus le tomó del puño, asegurándolo contra la mesa. Ostén miró con disimulo alrededor, no iba a seguir hablando hasta que el personal allí reunido no volviese a sus asuntos. Los allí reunidos eran obreros de los de más baja cualificación, gente con ninguna o poca conexión, y menos cultura. La mayoría demasiado viejos o jóvenes para ir al frente. Se emborrachaban con vino o licor barato, charlaban a voces, y en ocasiones jugaban a las cartas o se peleaban.

Vestidos como estaban de simples trabajadores, mimetizados con el grupo que les rodeaba, éste era un lugar, aunque lleno de gente, era seguro para hablar de sus planes. Pero claro, si no seguía Geüser llamando la atención.

—He prometido sacar a la chica del país. —continuó a un tono más bajo, dando un tirón, para soltarse del puño de Klaus. —Y lo haré.

—No tenemos infraestructura preparada ahora mismo. Nuestros esfuerzos están centrados en sacar al último que nos trajiste. Si hubiera estado sano, estaría ya fuera. Pero con las costillas rotas y medio reventado. —Osten negó con la cabeza. —Y sabiendo quien es su amigo, menos.

—Ya os he explicado el asunto. El protector de la muchacha, nos ayudó a sacar a nuestro mutuo amigo.

—Aún así. Encima una chica. Tendremos ya complicaciones con un tipo. Tendremos que andar de noche, por montañas, descampados, con lo poco que podamos cargar para sobrevivir. Y llegar a una costa que cada doscientos metros hay un puesto de vigías armados hasta los dientes. Una mujer sólo será un retraso y nos pondrá en peligro la misión.

—Me niego a quedarme quieto. —bufó Geüser.

—Amigo, no sé lo que te ha dado. Pero por mi parte no puedo hacer nada. —metió la mano en el bolsillo y dejó un par de billetes bajo la botella que los tres apenas habían tocado. Osten se levantó de la silla y le hizo una señal a Klaus para que le siguiese. —lo siento.

Mientras Osten se alejaba Klaus le dio una palmada amistosa en el hombro. —Ten cuidado, amigo, no hagas locuras.

Geüser no pudo evitar reírse amargamente. —Me lo dice “el loco Klaus”.

Klaus se encogió de hombros.

—Ese soy yo. —se levantó. —Estate alerta. Esta vez yo no voy con Osten, me quedaré por aquí. —le hizo un guiño cómplice.

—Hasta luego.

Geüser contempló como sus compañeros se marchaban y salían de la taberna. Decidió tomarse otra copa. Tenía que hacer planes él solo. Los demás no le iban a ayudar. Tal vez Klaus podría darle alguna cobertura. Pero tampoco quería implicar demasiado a la organización. Ahora estaba fuera. Seguramente por un largo tiempo no recurrirían a él. Sobre todo porque Osten lo consideraría conflictivo, o quizás porque pensaría que estaba “quemado”.

Apuró de un trago la copa. Pero no se echó una segunda. Esta noche tendría mucho que pensar, y necesitaba estar despejado.

* * *

—No tenemos más remedio que asistir. —resopló Heinrich. Luego se acercó a Dafne que estaba terminando de vestirse, y besó su nuca. —Y yo que te quería esta noche para mí solo.

—Me tienes todas las noches, y algunas mañanas. —ella rió volviéndose a darle un corto beso en los labios mientras se ajustaba su falda. —Y alguna que otra tarde libre.

—Estamos de luna de miel.

—Llevamos un mes casados. Muy larga la luna de miel, ¿no?—refutó Dafne

—Mi luna de miel durará todo el tiempo que pueda. —su voz se quebró un poco al final. —Todo el tiempo que podamos estar juntos tenemos que aprovecharlo, al máximo.

—Bueno, Todavía me queda por estrenar un precioso vestido azul. —ella rió— ¡No me has sacado de casa en todo este tiempo!

—Mis tíos dicen que soy un maleducado, nos han invitado docenas de veces a cenar, y he declinado sus invitaciones. —La abrazó, luego su voz se apagó un tanto— Pero ellos no saben...

Ella asintió. Su alegría se enturbió un poco

—Si, ellos no lo saben...

—Aún no he recibido las noticias que esperaba, y ya me estoy preocupando. Los bombardeos se han multiplicado, y ya no me siento seguro, ni de dejarte aquí todo el día sola.

—Sabes que siempre bajamos al refugio a la primera sirena.

—Lo sé, pero estaría más tranquilo si ya estuvieras fuera de Berlín.

—Pero entonces... —Ella miró la cama deshecha.

—Tendremos que separarnos, ese era el trato. Y seremos fuertes. Tú eres fuerte. Tú volverás a Inglaterra, y procurarás ser feliz.

Ella se abrazó convulsivamente a su pecho. Heinrich le acarició el cabello rizado.

—Te esperaré. Lo sabes.

—Tendrás que rehacer tu vida, si yo no puedo, si yo... me lo tienes que prometer.

Ella dijo algo contra su pecho. Él la abrazó aún con más fuerza. Hundió la nariz en su cabello rizado, suave y perfumado, y aspiró su aroma.

—Me lo prometes. ¿Verdad?

No supo si era un sí o un no. Ella se retiró con los ojos a punto de inundarse de lágrimas.

Heinrich acarició su mentón y cambió de tema.

—Cenaremos con los tíos, y luego nos dirigiremos los cuatro a la fiesta de despedida a los oficiales que marchan a Kiev. ¿De acuerdo? Ponte guapa.

—Sonrió—Pero no demasiado, no quiero retar a duelo a cada uno de los “lobos” que asistan.

—Suenas demasiado “arcaico”.

Él se iba marchando por la puerta, eran ya las ocho. Su trabajo le esperaba.

—Soy un hombre muy tradicional. —Sonrió de medio lado, su malvada sonrisa... apenas volviéndose un segundo—Tomé tu “virtud” y, como un caballero que soy, me casé contigo.

Dafne hizo ademán de arrojar el cepillo que descansaba en la peinadora.

El agachándose como para esquivarlo, se fue riéndose.

Dafne, se quedó allí parada. Mirando la puerta por donde él había “escapado”. Dejó de nuevo el cepillo sobre la encerada superficie. Se volvió hacia el espejo. Y sólo entonces se permitió el lujo de dejar escapar alguna lágrima.

Llegaba a su fin.

Un mes casi completo en sus brazos. Cada segundo le había amado de todo corazón. Atesorando cada caricia, cada gesto, cada risa.

Una vez que se separasen, serían muchas noches a solas con sus recuerdos.

El incierto futuro se cernía sobre ella como una sombra fría y siniestra. Le prometió que haría todos los arreglos necesarios para que ella no tuviese que volver a trabajar. Aunque él no volviese nunca del frente. Eso la hizo temblar. De fría soledad, de miedo.

La tranquilidad económica no era todo lo que necesitaría en las oscuras noches que le aguardaban sin Heinrich.

Y aún cuando la guerra acabase, y él saliese con bien de ésta, sabía que quedaba algo más que él no le contaba. Llámalo intuición femenina. Heinrich ocultaba mucho más de lo que le había referido. Ella no era de las de

presionar a nadie. Si él se guardaba algo, ella esperaría pacientemente que, algún día se lo contase. Que confiase lo suficiente en ella para hacerlo.

Y si no, lo aceptaría. Ella no le juzgaría. No era juez de nada ni de nadie. Era sólo una mujer, perdida en un país extranjero, en medio de una guerra, y que había encontrado más que protección en los brazos de ese hombre. Y aunque él nunca le confiara sus más íntimos secretos, ella lo respetaría. Y si lo que él sintiese por ella no fuese más que pasión y lujuria, le correspondería con su amor incondicional hasta el último minuto que estuviesen juntos.

Para Dafne, eso era lo único justo.

* * *

—¿Periódico, señor?

Heinrich tomó con ademán despreocupado el ejemplar que le ofrecía Geüser. Acababa de cerrar la puerta de su coche, y éste había arrancado de vuelta a casa.

—¿Buenas noticias chico? —dijo, sacudiendo el periódico para abrirlo, y poniendo una moneda en la mano abierta del hombre que le sonreía.

—Pueden ser de su agrado las de la página ocho. —dijo Geüser

—La leeré la primera.

—Gracias Herr Coronel, buen día. —Geüser se tocó el filo de la gorra y salió caminando tranquilamente de allí. Esta vez no iba a rondar demasiado. Tenía que moverse rápido. Dejó pronto atrás la calle del cuartel y se perdió por las callejas adyacentes.

Heinrich lo miró marchar, unos segundos. Luego abrió la página ocho. En el lateral, escrito a lápiz. Día veintiuno. Hora nueve de la mañana. Salida

Oeste. Entrada de la Granja Nussbaum, a cinco Kilómetros. Lleve equipaje. No chófer.

Heinrich dobló el ejemplar y se lo guardó debajo del brazo, cruzó con tranquilidad la calle en dirección a sus oficinas. Una vez arriba cortó y destruyó el filo de la hoja, quemando los restos en el cenicero.

Apenas una semana más de estar con ella. Sentado ante su escritorio, y una vez apagada las brasas con un poco de agua de un vaso, hundió la cara entre las manos, y suspiró. Esta noche no le diría nada, esta noche haría que ella se divirtiese y disfrutase de la cena, y de la fiesta.

Quizás mañana tampoco. Esperaría apenas veinticuatro horas antes. Tiempo suficiente para que hiciese la maleta y se despidiesen.

A partir de allí, soledad. Debería de estar acostumbrado. Llevaba tantos años solo. Pero a lo bueno se acostumbraba uno demasiado pronto. Y tenía que pensar en ella. Dafne debía de volver a los suyos, y él, seguir su camino. Que ambos se volviesen a encontrar en un futuro, era tema incierto.

* * *

El joven cabo asomó su roja cara, tras dar tres golpes en su puerta.

—¿Qué ocurre Frieber? —Heinrich rogó interiormente que ese día no fuese Helga de nuevo. Era la hora de irse prácticamente, y tenía planes para aquella noche

—El Coronel Dietrich, está aquí, señor.

—Déjale pasar Frieber, y retírate, ya es la hora de salida.

—Sí, Si mi coronel. —Frieber se apartó y dejó pasar a un serio Dietrich.

Cerró la puerta tras de sí. Heinrich se había levantado y se acercaba a tenderle la mano. Le pareció extraño que no se colase en sus dominios con la confianza de siempre, y hubiese esperado a tan tarde para verle.

—Kurt, como por aquí a estas horas. —Dietrich estrechó su mano y le hizo una seña que callase. Escuchó los sonidos tras la puerta, y en breve se oyó los pasos de Frieber hacia la salida y el cerrar de la puerta principal de la oficina.

Heinrich se dirigió hacia la ventana y se dejó caer en el alfeizar.

Dietrich le miró con seriedad, camino apenas tres pasos, y encendió una pequeña radio que descansaba sobre un fichero metálico. La puso a todo volumen. Heinrich lo observaba con extrañeza. Su amigo al fin, metió las manos en los bolsillos de su uniforme negro. Miró al suelo. Parecía que no sabía cómo tomar el hilo de lo que hubiese venido a contarle.

Heinrich cruzó los brazos. — ¿Vienes a decirme que te tengo abandonado últimamente, amigo? Dafne ocupa todo mi tiempo.

—Lo de volver al frente, ¿aún lo quieres?

Heinrich resopló, tomó su papel de buen soldado alemán, y le sonrió con tranquilidad a su amigo.

—Estoy harto de estas cuatro paredes, un poco de acción no me vendrá mal. Llevo aquí varado casi dos meses. De todas maneras, no creo que me envíen a primera línea, Tío Rudolf, insistió en ello.

Kurt se acercó más a él.

—Sabes, estoy al corriente por mi puesto de muchas más cosas de las que sin duda, debería. Y una de ellas es que tu puesto no será en un sitio tranquilo, como la frontera Belga, ni la retaguardia.

Heinrich alzó una ceja, su semblante se volvió poco a poco de acero.

—Dime que sabes.

—Te vas a primera línea. Al frente Ruso. A principios del mes que viene.

—Atacaremos Rusia... —Heinrich negó con la cabeza. ¡Rusia! A miles de kilómetros de Inglaterra. Desde allí le iba a resultar difícil escapar. Si no, imposible.

—Vamos ganando la guerra. —Añadió Dietrich. —El Führer quiere anexionar más territorio, aprovechará el verano para la campaña. Y sabes que cuando lleguen las nieves primeras, ya no será posible allí ningún movimiento.

—Veo que nadie ha aprendido de Napoleón (18).

—Se está empezando a organizar todo lo necesario. Por los preparativos es por lo que indagué y, averigüé que vas a primera línea. Es más, te envían con un contingente de avanzadilla. —señaló el aparato de radio. —Esto es alto secreto. —señaló girando el dedo índice hacia arriba. —No sé hasta qué punto te encuentras vigilado, amigo.

Heinrich comprendió los cuidados puestos por Kurt, al encender el receptor, para anular posibles micrófonos. —No lo entiendo, mi tío el General, me insistió en que buscaría un puesto en la zona de Francia o de Bélgica. Al final claudiqué de no irme al frente, por él, y por mi mujer.

—No es su culpa, es alguien de muy arriba, el que te ha señalado para ese puesto. Sé que tus planes iniciales han cambiado desde que llegó Dafne, por eso me indigna este cambio.

—Saldré de ésta. — Se levantó y se irguió— Tengo ahora por lo que luchar.

Dietrich, aun parecía nervioso y eso no era común en su carácter extrovertido. Dio un paseo por la oficina. El suelo crujió un poco. Unas de las losas de mármol, estaba despegada. El suelo había temblado demasiado

últimamente con los ataques aéreos.

—No sólo eso ha llegado a mis oídos,—suspiró. —alguien ha señalado a tu mujer como posible informante.

Heinrich apretó los puños y dio dos pasos al frente.

—¿Quién?

—Denuncia anónima. Por suerte llegó a mis manos. La he desechado. Por el momento está a salvo. Pero si el que ha hecho esto, no ve resultados, insistirá y, seguramente en otros gabinetes con más poder que el mío. Y me temo que un día me llegue la orden, y tenga yo mismo que ir a tu casa a detener a Dafne. No puedes dejarla aquí.

—Ahora que me cuentas esto, ya tenía planes para sacarla de Berlín. En menos de una semana.

—Hazlo, intenta que sea en un lugar muy discreto. No le des a nadie su situación. Ocúltala donde sea. No quiero verme obligado a, cumplir con mi obligación. Ni siquiera confíes en mí. No se lo digas a nadie. Ni a tu familia.

—Te juegas mucho avisándome de ésta Kurt.

—Te aprecio, amigo, y a tu mujer también... —Ambos hombres se acercaron a un paso.—Esta guerra acabará por volvernos locos. Estoy por dejar mi puesto y solicitar también puesto en el frente. Odio cada día más lo que me veo obligado a hacer con este uniforme. — Sacudió con desprecio su insignia del brazo. —Entré en este cuerpo con mucha ilusión. Pero los ideales que abanderaban esta insignia, se han perdido, se han diluido, somos ahora perros de presa, sospechando de todo y de todos.

Heinrich asintió, y le dio la mano en un apretón firme a su amigo.

—Dafne saldrá en breve de Berlín. No te preocupes por eso. Yo tengo todo listo.

—No me digas nada más. No quiero saberlo. —apretó la mano de su amigo. —Buena suerte, supongo que recibirás en una semana tus nuevas órdenes.

—Para entonces todo estará arreglado. Ésta, entonces, es nuestra despedida.

—Si, no debo frecuentar tu compañía hasta que todo pase. Lo comprendes. — Heinrich asintió.

—Este sábado nos veremos en la fiesta del General Von Richter.

—No, estaré de servicio. Es mejor así. Despídeme de tu mujer. Dile que es tan encantadora, que si yo la hubiese conocido primero, no la hubiese dejado escapar con un lobo mal encarado como tú.

Heinrich rió, ambos rieron con un fondo de amargura. Dietrich saludó marcialmente a su amigo, cuadrándose ante él con admiración, y con pena en los ojos. Sus labios temblaron ligeramente. Ya no dijo una palabra más. Se colocó bien su gorra, y salió del despacho a grandes zancadas. Sus pesados pasos retumbaron por la desierta oficina y la escalera.

Heinrich esperó unos segundos. Respiró hondo. Aquello se acababa. Su pequeña burbuja de felicidad estaba a punto de romperse y quedarse en nada. Pero por suerte tenía en sus manos poner a salvo a su mujer. Aunque en contrapartida, él fuese mandado a la zona más peligrosa del conflicto. Por sus galones, no estaría en la primera trinchera. Pero balas perdidas, bombas, o una mina como la que había estado a punto de matarlo en África, se llevaba a cualquiera por delante, sin distinción de uniforme ni de grado.

Breves momentos después salía de la oficina. Una vez en el coche y a la vista de casa, pegó una sonrisa a su cara. Por ahora, por unas horas, por unos días, ella no tendría por qué enterarse de nada. Lo curioso era que iba a asistir a la fiesta de despedida a los oficiales asignados a Kiev, irónicamente el iría aún un poco más lejos, a Rusia. Y, seguramente, no habría fiesta de

despedida para él.

* * *

Se puso su traje azul, el que aún no había estrenado. Se miró de arriba a abajo en el espejo del vestidor. Ajustado, mucho. Le quedaba pegado al máximo. Tendría que dosificarse en la cena, pensó. ¿Había ganado peso? Se dio otra vuelta. No le quedaba mal. Solo que, ceñido en demasía. Se admiró en los diminutos bordados que cubrían todo el raso de seda azul real. El escote era cuadrado, los tirantes anchos. En sí era casi recatado, pero al abrazarla de esa manera. Tomó un chal plateado de gasa transparente. Se lo echó por los hombros, luego lo bajó dejando verlos. Los pliegues disimulaban con elegancia el que se adhiriera de tal manera a su cuerpo. Luego se puso los zapatos. Se retocó con un poco de colorete. Estaba un poco pálida. Pero nada que no pudiese arreglar algo de rubor.

Heinrich, completamente vestido y preparado apareció en la puerta del vestidor. Se cruzó de brazos y se dejó caer con el hombro contra la puerta. Sonrió a través del espejo, apreciando la figura voluptuosa de su esposa dentro del vestido.

—Bellísima. ¿Estás preparada?

Dafne ahuecó sus rizos. Tocó la cruz que llevaba al cuello, la misma que le dio Tony y que raramente se desprendía de ella. Luego se volvió sonriente y caminó hacia su esposo.

—¡Lista!—Heinrich bajaba su mirada a la cruz, como hacía siempre que la llevaba puesta. Acarició la pequeña piedra turquesa que la adornaba en el centro. Verla le recordaba a Tony, él mismo se la había dado a su hermano. Y al cabo de los años, ella misma volvió, en el cuello de la mujer que amaba. Besó con reverencia la frente de su esposa, y le ofreció el brazo.

La cena con sus tíos resultó entretenida. Dafne había hecho mella en la

pareja y ellos la apreciaban de verdad. Se habían alegrado de veras de su unión. Dafne estuvo algo incómoda por culpa del vestido. No comió apenas. Heinrich se apresuró a reñirle, ella adujo que la ropa se le ajustaba demasiado. Y que en el almuerzo había sido una golosa, acabando con las reservas de pastel de frutas de Gudrun. Heinrich sonrió, mientras acariciaba la mano de su mujer.

—No te preocupes, lo llevaremos al taller de Madame *Merevilleux* y le harán el arreglo que necesite. —Luego se dio una sacudida mental. La próxima semana ella viajaría fuera de Berlín. Y su equipaje, seguramente lo incluiría ese vestido tan hermoso, tenía que ser práctico.

Por unos segundos Dafne vio volver el duro semblante del Coronel Strieber que conoció al principio. Sus facciones antes relajadas, se volvieron en segundos como el acero. Su mirada se quedó estática, acariciaba su mano, pero sus ojos estaban vacíos. Se preocupó. Rudolf dijo algo a su sobrino y éste reaccionó tres segundos más tarde y pidiendo que le repitiese la pregunta. Su tía rió diciendo que estaba tan ensimismado mirando a su recién estrenada esposa que no estaba atento nada más que a la joven. Heinrich se rió y pareció relajarse y volver de ese lugar tan lejos. Dio la razón a Gertrud y al poco tiempo partieron todos para la fiesta del General Von Richter.

* * *

Helga se encontraba a pocos pasos de ellos dos. Demasiado tarde para escabullirse, pensó Dafne. Heinrich hablaba con un par de conocidos animadamente, y ella bebía de su copa de champán. Gertrud y Rudolf habían ido a la pista de baile hacía apenas unos minutos.

No le dio tiempo en poner en sobre aviso a su marido. Helga llegaba a su lado, con una sonrisa falsa en los labios pintado color coral intenso, y ponía una enguantada mano en su hombro.

—Querida Dafne. —le dio dos falsos besos sin rozarle la mejilla. —Venía

a darle la enhorabuena por su reciente matrimonio.

Dafne sonrió ampliamente. Ella también sabía jugar.

—Oh, no se preocupe, mi esposo, se encargó de trasmitirme sus parabienes. —Helga alzó una depilada y fina ceja rubia. —Frau Von Richthofen, recuerde, cuando fue a arreglar su documentación para su pequeño viaje. —que se diese por enterada que en su matrimonio no había secretos.

Esta rió como sin muchas ganas.

—Oh, pero quería hacerlo personalmente. Como lamentablemente cuando nos conocimos, bueno, no estuve muy amable con usted.

—No es necesaria ninguna disculpa, Frau Von Richthofen

Helga se colgó de su brazo y la apartó del grupo de hombres. Heinrich hablaba acaloradamente algún tema interesante, puesto que no había mirado para ella en el último minuto, ni siquiera se había percatado de la llegada de la bruja de Helga.

—Querida, y ¿cómo le va su reciente matrimonio con “corazón de hielo” Strieber?

Dafne sonrió, bebió otro pequeño sorbo de su copa y se acercó con cara de confidente.

—El corazón, es lo único que tiene de hielo, Frau Von Richthofen, por lo demás, es un hombre de lo más, ardiente. Pero qué le voy a contar a usted, que ya no sepa. ¿No? —Dafne consiguió controlar su rubor a tiempo. Ni en sueños ella hubiese sido tan atrevida para ese tipo de comentarios apenas un par de meses antes.

—Oh, querida. —La rubia mujer dio dos o tres toques en la mano de Dafne, —Pero por favor, llámeme Helga. Mi apellido suena tan frío y formal.

—Por supuesto Helga. —Bajo la luz directa, Dafne notó que el rostro afilado de Helga estaba demasiado artificialmente maquillado. Intentaba ocultar los estragos del tiempo. Mirándola bien de cerca, se dio cuenta que Helga pisaba, o sobrepasaba ya los cuarenta años, aunque lo disimulaba bien. Aunque su piel ya comenzaba a sufrir la pequeñas arrugas en sus ojos y en su frente, más dos que eran profundas en el entrecejo. Esta mujer estaba de mal humor siempre o casi siempre, cuando no estaba interpretando un papel, como ahora mismo.

—Querida Dafne, la veo, la veo muy segura de sí misma, ya no parece ese animalito asustado de cuando la conocí.

—Oh, ¿le di esa impresión?

—Ahora la veo radiante.

—Aún así, jamás sería tan atrevida de ponerme a su verdadera altura, querida Helga.

Helga alzó de nuevo esa rubia ceja y no sabía si tomárselo como cumplido o como insulto. Estaba perdiendo la partida. Eso no le gustó, por ahora se retiraría, pero juró para sí que borraría del mapa esa muchacha a las primeras de cambio.

—Bueno querida, he de seguir saludando a mis amigos.

—Por supuesto, Helga.

Helga se alejó de su brazo que no había soltado ni un instante, y Dafne sintió como si se despegara de ella una fría y viscosa serpiente.

—Disfruta de tu pequeña victoria querida. Heinrich siempre, al final, vuelve a mí.

Dafne alzó su copa a medio beber hacia ella. —Brindaré por ello. —añadió con sorna. —cuando ocurra.

Helga se encogió de hombros y se marchó con su contoneo de gata en celo. Los hombres se volvían y la miraban largamente, ella saludaba a unos y desdeñaba a otros. Dafne se sintió algo mareada y para no perder pie se agarró al brazo de su marido.

Él se volvió entonces. — ¿Te encuentras mal, Dafne?

—¿No la has visto?

—¿A quién?— giró la vista en derredor.

—A Frau Von Richthofen, ahora Helga para mí.

—Perdóname, estaba tan concentrado con la conversación que, ¿te encuentras mal por algo que te ha dicho? Sabes que no debes hacerle ningún caso.

Dafne rió, moviendo negativamente la cabeza.

—No, esta vez le he dado un sorbo de su propia medicina.

* * *

Se acostó junto a ella. Había caído en la cama rendida. Apenas se había deshecho de su precioso vestido azul y de sus zapatos y medias, y cayó en la cama. Mientras él había pasado hacia su propio dormitorio para dejar en las perchas su uniforme de gala, ella se había tapado y hecho un ovillo.

Estaba dormida. Su carita de ángel estaba pálida, una vez que se había deshecho del rubor artificial. Tenía ojeras oscuras. Heinrich se acercó a ella y la hizo volverse y que se recostara la cabeza sobre su pecho, Ella se removió ayudada por sus brazos, y se acurrucó contra él, murmurando palabras inteligibles. Su piel estaba caliente, aunque no tenía fiebre. Ahora era él el que tenía tanto frío dentro que la necesitaba envolverse a su alrededor. La

acomodó y ella siguió durmiendo.

Suspiró hondo. La dejaría descansar, aunque se moría por despertarla a besos y volver a hacer el amor con pasión, con locura. Con el desespero de saber que apenas les quedaban dos días juntos. Al menos tenerla abrazada tendría que bastarle esta noche. Dormida y ajena al peligro que se cernía sobre ambos. No la quería preocupar, ni que perdiese una hora de sueño. Hasta último momento esperaría a decirle que se iba.

Dentro de poco, si todo salía bien, ella estaría en Inglaterra y él, siguiendo su destino.

CAPÍTULO 28

QUIZÁS aquella profunda náusea fue lo que la hizo abrir definitivamente los ojos. Era aún muy temprano. La luz que se filtraba por las contraventanas era gris y lechosa. Con desespero se deshizo del abrazo en que la tenía atrapada su marido, y corrió descalza hasta el baño. Llegó justo a tiempo. Cayó de rodillas ante el W.C. Y de su garganta surgió gran parte de lo que había comido y bebido la noche anterior.

Heinrich saltó tras ella al escucharla. Se arrodilló a su lado y sujetó su frente. Poco a poco ella se calmó. La ayudó a levantarse. Y se cruzó de brazos sonriéndose de medio lado mientras ella se enjuagaba en el lavabo. La miró en el espejo. Seguía teniendo ojeras.

—¿Estás mejor?

—No... —Sintió otra nueva náusea enroscarse en el estómago, pero la contuvo a tiempo. Él le dio una palmada cariñosa en el trasero.

—Te dije que no debes beber tanto champán.

Ella asintió, tragándose la siguiente oleada. Ésta fue mucho más pequeña.

—Llenaré la bañera. —Se volvió y abrió los grifos. Regulando el calor del agua. Tomó uno de los frascos de gel perfumado y vertió cierta cantidad. El aire se inundó con perfume de violetas. Ella agradeció el gesto. Se empezó a sentir mejor.

Heinrich la ayudó a quitarse la ropa interior, y a meterse luego en el agua calentita. Una vez que la vio relajarse, le acarició los rizos mientras le ponía una toalla doblada bajo el cuello como cojín.

—Bajaré a que te preparen alguna infusión para la resaca.

Ella se arrellanó en la bañera llena de olorosa y deliciosa espuma. Su estómago, poco a poco se fue calmando. No recordaba haberse pasado con la bebida. Pero vamos, puede que el estómago lo hubiese tenido vacío después de apenas cenar, y el alcohol hacerle efecto. De la noche anterior lo que más recordaba era llegar muy cansada y dormirse casi al tocar su cabeza la almohada. Se había despertado de madrugada y se sintió rodeada por los brazos de Heinrich volviéndose a dormir en seguida.

Cuando al fin salió del baño se sentía francamente mejor. Se vistió con presteza, y bajó rápidamente las escaleras con el estómago vacío.

Nada más entrar en el comedor, Heinrich, como siempre, se levantó para retirar su silla.

—Tienes mucho mejor aspecto.

—Me encuentro hambrienta. —Heinrich le acercó una humeante taza de infusión. Ella la olió y arrugó un poco la nariz.

—Gudrun dice que te tomes esto inmediatamente. Luego sólo tostadas con mantequilla, pero muy ligeras. Es para que se asiente el estómago.

Ella aún frucía la nariz cuando bebió de la taza que le ofrecía Heinrich.

—Todo, Dafne.

Ella volvió a beber. “Ordeno y mando Strieber” estaba de vuelta.

Cuando ella dejó la taza completamente seca sobre el platillo, él asintió

complacido y le paso un panecillo untado en mantequilla.

—¡Come!

Dafne comió como una buena niña bajo la mirada aprobatoria de Heinrich. Éste se fue relajando dejándose caer en la silla.

—Hoy tenemos todo el día libre. Que te parece un paseo, un almuerzo en aquel pequeño restaurante de la puerta de Brathemburgo, y una tarde tranquila en casa, en la cama.

Dafne sonriendo, asintió.

—Excelente plan para un domingo.

—Pues cuando termines sube por una chaqueta y tu sombrero.

Dafne le miró, no llevaba su habitual uniforme.

—¿Y tú?

—Yo ya tengo aquí en el recibidor mi chaqueta, hoy quiero ser sólo Heinrich Strieber. Nada de uniformes, por un día, me permitiré el lujo.

—Buena idea. —Sonrió ella mientras se levantaba para marchar en dirección al dormitorio en busca de sus cosas.

Heinrich la observó marchar. Hoy haría que pasase un día inolvidable.

* * *

—¿G?

—Al teléfono.

—¿Sabes algo de mi hermano o de la chica?

Geüser suspiró, agarrado al teléfono desde el *atelier* de Madame *Merevilleux*. Como cada domingo se colaba entre las máquinas del luminoso taller, que estaba vacío siempre ese día. Madame le abría la puerta del callejón trasero, y luego subía de nuevo a sus quehaceres, su propia vivienda estaba sobre el taller.

—Si. Ella saldrá en dos días de aquí. Yo me haré cargo. Tengo donde esconderla hasta que consiga transporte.

—Gracias. La próxima semana te daré día y lugar donde podría tomar una embarcación que la llevaría de vuelta a casa. Sólo que, hay que llevarla hasta allí.

Geüser suspiró— Inglés, en esto estoy solo.

—¿Cómo dices?

—Los chicos, están ocupados con el otro asunto.

—¿El otro asunto aún no está zanjado?

—No. Las cosas se complicaron. También han de llegar a la costa, pero ellos tienen sus propios medios, pero no quieren llevar a la chica. Para ellos es un estorbo.

Tony pensó unos instantes.

—Averigua si puedes, que día tienen que llegar a la costa. Variaré mis planes en función a ellos. Puede que nos sirvan de distracción si son un grupo más numeroso.

—De acuerdo.

—Y con respecto a mi hermano.

—Él no quiso nada para sí. Lo único que quería es sacar a la mujer de aquí.

—Típico de él, —sonrió—te pido el favor de que le mantengas al corriente. Una vez que tenga fecha de embarque para ella, si de alguna manera él pudiese llegar a la costa, y unirse a nosotros...

—Me pones en riesgo amigo. Pero veré la forma de hacerle llegar el mensaje que pides.

—Gracias.

—Ya me debes dos, ingles.

* * *

Meré se deslizó luego de cerrar la puerta trasera del taller y de despedir a Geüser de nuevo entre sus perfumadas sábanas. A su lado su único amor, su único amante la esperaba, ansioso y desnudo.

Para ser una mujer de cincuenta años bien cumplidos *Adrienne Merevilleux Boucher* era aún una belleza. Su cuerpo era delgado y pequeño. Bien proporcionado. Ninguna marca de maternidad lo había hecho perder su gracia. Sus piernas eran firmes y su pecho pequeño y aún en su sitio.

Se abrió despacio la gruesa bata de seda japonesa y dejó ver cada centímetro de su blanca piel.

Ludwick se maravilló con ella. Llevaban juntos más de veinte años.

En uno de sus viajes a Francia la había conocido. Era una mujer en el auge de su belleza. Tenía a su cargo un mínimo taller de ropa femenina en una de las calles de París. Él entró allí de casualidad. Buscando unos regalos que llevar a su vuelta a Berlín a su madre y sus hermanas. Conocerse y

quedarse prendado de ella, fue una sola cosa.

Dos semanas después, ella abandonó todo lo que tenía en Francia, para seguirlo al corazón de Alemania.

Él le ofreció matrimonio.

Ella se negó rotundamente. Quería ser independiente, aunque lo amase.

Él tenía obligaciones con respecto a su familia. Una novia elegida por sus padres de estupenda familia adinerada. Y Meré no quiso que él perdiera posición ni fortuna por ella. Abrió un pequeño taller de costura, y él volvió a sus negocios. Viéndose ya siempre en secreto.

Él se casó, tuvo un par de hijos con su esposa. Luego el matrimonio fue más de nombre que de otra cosa. Y Meré siempre estaba allí, discreta, amándole en silencio, y entregándose mutuamente cuando tenían un minuto para ellos solos.

Y así llevaban más de veinte años.

Ella progresó. Los contactos de Ludwick Rankin hicieron el resto. Ahora Madame *Merevilleux* era una empresaria respetada y famosa en el mundo de la costura, seguía teniendo su independencia, y en secreto, Ludwick seguía siendo suyo.

—¿Ya se ha ido Geüser?

—Esta vez ha tardado ni tres minutos en llegar la conferencia.

—¿Y?

—*Mon petit* Dafne tiene billete de ida para fuera de Alemania en breve.

Ludwick suspiró aliviado.

—Bien. He visto con mis propios ojos como está mi joven amigo de

preocupado. Temía tener que tirar de algún hilo, que, a la larga nos hiciese más mal que bien, Si Geüser se ha hecho cargo, es uno de los hombres del grupo en que más confiaría una cosa tan delicada.

Meré se deslizó entre los brazos de su amante. Éste la abrazó y besó su frente Su semblante aún seguía con signos de preocupación. Aunque quisiese disimular, Meré lo conocía desde hace demasiado tiempo.

—Ludw, que te preocupa. *Mon petite* saldrá de esta seguro.

—Me preocupa Heinrich. La última noticia que me llegó no era muy halagüeña. Esa zorra de Helga Von Richthofen, ha hecho de las suyas con uno de sus recientes amantes, un viejo general muy bien situado. Mi amigo recibirá órdenes esta semana para incorporarse a un puesto de riesgo. Cuando su tío estaba haciendo lo posible por enviarlo a la frontera Franco-Belga. Desde allí le hubiese sido más fácil desaparecer.

—Oh, *Sacre Bleu* Ludw.

—Tengo que moverme rápido en esto. Si pudiese conseguir una contraorden y mandarle al norte de Francia, o a Bélgica al menos.

Meré se elevó sobre su amante y besó su boca, le miró con entusiasmo y sonrió.

—Tú eres Ludwick Rankin, siempre tienes quien te deba un favor, o dos.

Ludwick asintió y se maravilló de su confianza y de que estuviera tan enamorado de ella como el primer día.

—Hablando de favores, Meré. ¿Cuándo me harás el honor de tomarte en serio mi petición de matrimonio?

Ella rió cómo siempre. Y él la amó cómo nunca.

* * *

—Con su permiso mi coronel.—Frieber parecía últimamente más seguro en su presencia. El chico iba madurando poco a poco.

—Pase cabo. —Dejó la pluma sobre la mesa y se concentró en el joven.

—Señor, dos oficiales acaban de dejar este sobre para usted. —Se acercó al escritorio y se lo entregó en la mano. Heinrich sopesó el bulto, y miró los sellos oficiales y el lacre. Sonrió amargamente. —Creo que son las órdenes que usted esperaba, señor.

Aquí estaba, en sus manos, las malditas órdenes. Tomó el abrecartas y rasgó el papel. Trasladó al frente ruso central, directo para preparar la toma de Moscú. Su rostro se volvió de piedra. Se le relevaba de sus obligaciones en su puesto actual inmediatamente, y tenía una semana para incorporarse a su columna. Apenas le daría tiempo a trasladar a Dafne y a volver para ponerse al frente de su sección.

Miró el calendario de su mesa. Día diecinueve. Había retrasado al límite el comunicarle a Dafne que dentro de dos días estaría fuera de Berlín. Levantó la vista a Frieber, que seguía frente a él en posición de firmes.

—Puede retirarse Frieber.

—Señor, disculpe mi pregunta, ¿le trasladan al frente?

—Si cabo.

—Señor, permítame solicitar mi inmediato traslado para seguir a sus órdenes a su mismo destino.

Heinrich miró al muchacho rellenito y pelirrojo. Sus redondas gafas resbalaban un poco por su nariz. Ni siquiera empezaba a afeitarse. Negó con la cabeza.

—No voy a una oficina, muchacho. Voy al frente. Tú nunca has salido ni de Berlín ni de estas cuatro paredes.

—Señor, soy un hombre, y necesito probarme que soy útil a mi país, no nada más que para llevar documentación.

—Todo trabajo es importante, cabo. Aquí eres muy necesario. Mi sustituto llegará mañana mismo, y le tendrás que poner al día de la mecánica del trabajo que se lleva a cabo en este puesto. Aquí eres más necesario, que recibiendo una bala en medio de ningún sitio. Puedes retirarte.

Ciertamente desilusionado, Frieber no contestó. Sus labios temblaron ligeramente, se cuadró ante su superior, y prácticamente huyó del despacho de Heinrich.

* * *

Estaba aún abrazada a su cintura. Heinrich había llegado algo tarde después de su trabajo. Le dijo que se había acercado a hablar de un par de temas con su tío, pero nada más. Dafne no tenía la costumbre de insistir, aunque muriese de curiosidad. Si él quería contarle algo más, le escucharía. Cenaron algo tarde, y en cuanto se levantaron de la mesa, Heinrich ordenó que el personal podía retirarse.

Pronto estuvieron en el pequeño saloncillo. Ella se sentó en el sofá, esperando que él se sentara a su lado para acurrucarse un rato y relajarse. Pero él se sentó en su sillón, anduvo con la radio buscando entre una y otra emisora, y escuchando cada parte de guerra y cada noticia durante casi una hora. Dafne cogió un libro y había leído algo. Luego seguramente dio una cabezada, puesto que se encontró despertándose en brazos de Heinrich subiendo la escalera hacia su dormitorio.

Él había estado tan callado y taciturno las últimas dos horas. Ahora simplemente se desnudó y la ayudó a hacer lo propio. Luego la besó

alentadoramente y la empujó prácticamente hasta la cama, haciéndole el amor con una fiereza inusitada. Con urgencia la acarició, besó y penetró en su interior.

Sólo cuando estuvo bien enfundado en su acogedor cuerpo, tomó un ritmo más pausado. Hasta que ella arañó prácticamente su espalda para que se urgiera. Ella estaba en el borde, y él seguía con torturadoras y lentas embestidas. Él la miraba con fijeza y le repetía que le mirase, ella obedeció, hasta que un inmenso orgasmo barrió su cuerpo y el instinto tomó las riendas, haciéndola arquear su espalda, echar hacia atrás su cuello y cerrar automáticamente los ojos.

Tenía la cabeza sobre el pecho de Heinrich. Escuchaba el latir profundo y rítmico de su corazón. Aunque parecía acelerado. ¿Qué le ocurría?

Heinrich por fin suspiró y empezó a enredar sus largos dedos en los rizos de Dafne. ¿Cómo decirle que le quedaba esta noche y la siguiente, nada más?

¿Cómo separarse de ella, sin saber si volverían a reunirse? Tuvo que tomar dos o tres bocanadas de aire más.

—Dafne, mañana has de preparar el equipaje. Pasado saldremos de Berlín.

Ya estaba, llegaba la hora de decirle adiós. Dafne sintió un nudo en la garganta y un profundo desasosiego interior.

—¿Me escuchas? ¿Estás dormida?

Dafne negó con la cabeza contra el pecho masculino.

—Te entiendo, si— Consiguió articular después de tragar el nudo en la garganta.

—Bien, tendrás que ser juiciosa con el equipaje. No creo que te puedas llevar los trajes de fiesta, ni el maquillaje.

—Me llevaré lo verdaderamente necesario, no te preocupes por eso.

—Bien. Si te puedo hacer llegar el resto de tus cosas una vez que te asientes, en Inglaterra, no dudes que lo haré. Tengo que darte la dirección del abogado de Londres que se encargará de todo.

—Gracias, pero por los vestidos, no creo que allí vaya a asistir a demasiadas fiestas.

—Pero es tu ropa. Y si está en mi mano...

—Gracias Heinrich. —Ella se despegó un poco y se dio la vuelta en la cama, alejándose de él.

—No sé decirte adonde irás primero, seguramente a un lugar tranquilo, y discreto. Sabes, tendrás que salir de Alemania por algún sitio irregular, y es un riesgo.

—Ya lo hemos hablado. Asumiré lo que haga falta. Soy fuerte, lo sabes.

—La persona que te acompañará en esto es de total confianza de tu amigo Daylight— por primera vez usó el verdadero apellido de su hermano y de él mismo refiriéndose a Tony, normalmente lo llamaban Herr Müller, el nombre de su documentación falsa.

—Eso me tranquiliza, gracias Heinrich.

Heinrich se puso de costado, detrás de ella y la abrazó. Ella no hizo nada por rechazarle Pero notó la tensión dentro del cuerpo femenino.

—Debes de intentar relajarte y dormir, todo saldrá bien.

—Si tú lo dices.—Contra el marcado tono de desilusión de su esposa, se vio claramente impotente. Heinrich aspiró el perfume de sus rizados cabellos y cerró los ojos. No le diría nada de sus recientes órdenes. Si ya la separación era bastante mala, y ella parecía estar intentando levantar una barrera contra

el dolor, el decirle su verdadero y propio destino, sólo agravaría la situación. La apretó más contra sí, antes de relajarse junto ella.

—Duerme, pequeña.

Ella no dijo nada más. Por largo rato ambos estuvieron despiertos. En algún momento de la madrugada consiguieron ser vencidos por el sueño. Un sueño agitado, intranquilo, que no les dejó descansar tanto como ambos necesitaban, teniendo en cuenta lo que se cernía sobre sus cabezas.

CAPÍTULO 29

APENAS había amanecido cuando Heinrich agitó su hombro y Dafne despertó de un agobiante sueño de imágenes oscuras e inconexas.

—Dafne, debemos vestirnos.

Dafne se levantó despacio y con el estómago agitado. Dos noches durmiendo mal. La noche anterior, él se había limitado a besarla en la frente y a acomodarla contra sí. No le hizo el amor, y ella verdaderamente lo había necesitado. Pero él se limitó a ceñirla con sus brazos y a susurrarle que descansara.

La maleta estaba preparada. Había tomado lo estrictamente necesario. Incluso pensó que si tenían que tomar determinados caminos, hasta tendría que quedar atrás. Suspiró mientras se deslizaba para una ducha rápida. Se vistió con su elegante traje malva. El mismo que utilizó para su boda.

Cuando estuvo preparada, él entró en el dormitorio completamente vestido con su uniforme de campaña. Sus pantalones no eran los de pinza y ralla habitual, los había sustituido por unos de montar anchos y cómodos, pero de tela más áspera.

Él tomó el equipaje y puso su mano en su cintura, guiándola escaleras abajo. A pesar de ser tan temprano, Glöckmer tenía preparado el desayuno. Dafne apenas probó bocado. Heinrich dio cuenta de su café y llamó al criado

para darle algunas instrucciones mientras ella caminaba hacia el recibidor a solas.

Qué de cosas habían cambiado desde que entró aquella noche de hacía casi dos meses en aquella casa asustada y sin saber que iba a ocurrir en su vida. Dos meses que la habían hecho cambiar. No en el estricto sentido de la palabra, en realidad, no era eso, la habían hecho sacar afuera su verdadero yo, siempre encorsetado y constreñido por su trabajo de institutriz.

Ahora era ella misma. Se asentó firmemente en sus pies y miró en derredor, quería memorizar cada detalle. No volvería más allí. Lo sabía. Al lado de la puerta, su maleta, Sobre una silla, Glöckmer dejó una cesta de picnic y una manta gris con rallas beige y marrón formando cuadros grandes.

El día anterior se había despedido de la pequeña Inga, y de Gudrun la cocinera. A ambas se les había dicho que, como arreciaban los bombardeos, su esposo la enviaba con unos familiares a un sitio alejado del conflicto en la campiña.

Ambas le desearon un feliz viaje, y que esperaban sinceramente que volviese prontamente. Dafne agradeció sus palabras. Aunque sabía que ya no volvería a verlas.

Al fin escuchó a su espalda los pasos de Heinrich. Ella se volvió e intento sonreír.

Tomó la cesta y la manta antes que Heinrich y se dirigió hacia la puerta, decidida. Glöckmer se hizo cargo de la maleta, Heinrich salió tras ambos. El criado acomodó en el maletero el equipaje y lo cubrió con una manta, la rueda de repuesto y la caja de herramientas, a instancias de Heinrich. Ella depositó la cesta en el asiento trasero.

Heinrich tomó el asiento del conductor. Ella se montó a su lado, Glöckmer, tan adusto como siempre sostuvo su puerta.

—Frau Strieber, deseo que tenga un buen viaje y verla pronto de vuelta.

—A Dafne se le volvió a hacer un pequeño nudo en su garganta.

Su voz sonó un poco quebrada.

—Gracias Glöckmer, cuide que todo esté bien para el señor durante mi ausencia.

Glöckmer sonrió levemente, los ojos del hombre mayor verdaderamente se suavizaron. Ella nunca había visto ese gesto en ese serio rostro.

—Señora cuidaré de todo hasta su vuelta. —le cerró la puerta y dio un paso atrás.

Heinrich arrancó el motor y el coche se deslizó por la pequeña pendiente de entrada a la casa. Las cancelas de hierro estaban abiertas para dejarles pasar. El jardinero estaba sujetándolas y les saludó con marcialidad cuando salieron. Ella le sonrió. Y miró hacia atrás hasta que perdió de vista la mansión.

—Te van a echar mucho de menos. Todos te tienen alta estima. Y no sólo por ser mí esposa.

—Tienes a muy buenas personas trabajando en tu casa.

—¿Incluida la lechera de los Alpes?

—Incluida, pobrecita, se ha quedado sin trabajo.

—No te preocupes, la he recomendado. Pronto tendrá otro buen puesto.

—Gracias, eres un hombre muy considerado.

—Sabía que te haría feliz que dejara atadas todas las cosas.

Ella se relajó en su asiento. El conducía con tranquilidad. Iban hacía la carretera Oeste. En la guantera la documentación de ambos, con los oportunos permisos de salida.

Heinrich permaneció todo el trayecto hacia la puerta Oeste en silencio, concentrado en la conducción. Ella nunca lo había visto conducir. Siempre llevaban chófer cuando salían. Aunque él parecía más que acostumbrado a llevar un auto.

Los guardias de la barrera miraron con atención habitual la documentación, un par de ellos dieron un par de vueltas alrededor del coche, miraron en el asiento de atrás, donde descansaba la cesta de picnic, y tras un par de preguntas habituales, no tuvieron ningún problema en dejar pasar el coche.

Dafne suspirando, no quiso ni mirar hacia atrás. Él puso una mano brevemente sobre su rodilla.

—Tranquilízate. Todo estaba en orden. Tengo el permiso para sacarte, además en la documentación, eres Frau Dafne Strieber, no hay apellidos ingleses. Ni se han dado cuenta. Son simples soldados.

Dafne asintió. Él volvió a centrar su atención en la carretera, acelerando suavemente por la asfaltada carretera. Recordó las instrucciones de Geüser. A cinco kilómetros, Granja Nussbaum. Tardarían poco en llegar. La miró de reojo. Ella miraba por la ventanilla el paisaje. Verdaderamente se la veía tranquila. Admiró el aplomo de su mujer. Supo que, ocurriese lo que ocurriese, ella tenía agallas para luchar, sobrevivir y salir adelante, con o sin él. Eso lo admiraba en ella. Su vena terca la hacía ser una luchadora.

Se sintió orgulloso de ella. No sabía donde iba, no sabía que le deparaba el futuro, y miraba al mundo con tranquilidad a través de sus enormes ojos de gacela.

A la siguiente curva vio una delgada y alta figura en el camino. Justo al lado del cartel que indicaba el camino para la Granja Nussbaum. Bajo uno de los frondosos nogales estaba un hombre, vestido con un uniforme impoluto de chófer, con brillante botonadura doble, y una gorra de plato bajo el brazo. Su cabello rubio ceniza y sus rasgos afilados. Geüser.

Heinrich comprendió la insistencia que saliera sin Stags. Al principio pensó que por seguridad, mientras menos gente supiera el verdadero escondite se su mujer. Pero no, el muy ladino se disfrazaba de chófer para pasar inadvertido por los caminos. El coche frenó hasta llegar a su lado

—Es nuestro contacto. —Dafne miró curiosa al hombre que se acercaba y le abrió la puerta del coche a su marido. Heinrich bajó y le dio la mano al hombre.

—Muy puntual Herr Coronel.

—Igualmente.

El hombre se inclinó ante la puerta y se dirigió a ella mientras Heinrich daba la vuelta al coche y le abrió su portezuela.

—Fräulein. Encantado de conocerla y de servirla.

Dafne dijo un “gracias” quedamente mientras Heinrich la ayudaba a bajar y después se acomodaba con ella en el asiento trasero. Pasó la cesta de picnic al asiento vacío del copiloto.

—¿Puedo preguntarle a dónde nos lleva?

Geüser sonrió mientras le miraba a través del retrovisor.

—Naturalmente. Nos dirigimos hasta Dusseldorf. Estaremos allí a final del día. Dejaremos a Fräulein en una pequeña aldea, no muy lejos, pero bien escondida. Tengo allí familiares que se harán cargo de ella. Ya han anunciado a sus vecinos la llegada de una sobrina. Nadie sabrá quién es ella en realidad. Una vez que yo encuentre la forma segura, la llevaré hasta la misma costa. La embarcaré con destino a Inglaterra, y si los vientos son propicios...

Heinrich asintió. No era mal plan. Desde luego estaría bien oculta.

—¿Ha traído la documentación necesaria, no?

—Ella tiene dos documentaciones, una con sus apellidos ingleses, y otra con los míos.

—Bien, aunque hubiese sido mejor buscarle otros apellidos alemanes para falsificar.

—Su documentación no es falsa, ninguna de las dos. Ella ha tomado mi apellido al casarnos.

Geüser abrió la boca y respiró hondo. —No sé si darle mi enhorabuena en estos momentos.

—Se las aceptamos de todas maneras, ¿verdad Dafne? Le apretó la mano que descansaba a su lado sobre la piel del asiento.

—Si, gracias Herr Geüser, por todo lo que está haciendo por mí. —respondió Dafne suavemente.

—Geüser, señora, Geüser. No hay de qué. — le sonrió a ella también. — Ah, unas pequeñas instrucciones. Para mi familia yo trabajo para usted Herr Coronel, como ve, de chófer. Ellos no saben apenas de mi trabajo, simplemente les decía que trabajaba en diferentes cosas. Y con relación a la señora, ellos sólo saben que necesita pasar una temporada fuera de Berlín. Si quieren urdir una historia, estamos a tiempo.

—Diremos la “verdad” ¿no? Trabajas para mí. Yo estaba preocupado por la seguridad de mi esposa dentro de la capital por los recientes bombardeos. Puesto que me marché a un nuevo destino en el ejército, y ella no tiene parientes y se queda sola, has sido muy amable en sugerirnos este lugar para que esté segura y a salvo.

—Es factible. Muchos Berlineses con posibles, han sacado a sus familias de allí. Bien, Frau Strieber entonces, mi familia es sencilla. Son granjeros. Estará con mis padres, y mi hijo. En dos granjas cercanas viven mis hermanas, con sus familias respectivas.

—¿Y su esposa, Geüser?

—Señora, mi esposa, bueno, mi esposa está muerta hace tres años ya. Recién nacido mi hijo.

—Lo lamento. —Se sintió mal por haber preguntado.

Geüser por unos instantes permaneció en silencio. —No se preocupe Frau Strieber. No es algo que ocultemos en mi familia. Mis padres se han hecho cargo del niño, y se está criando feliz y fuerte en la granja.

Luego de esto, Geüser se encerró un rato en sí mismo mientras conducía hábilmente por carreteras secundarias. Heinrich tiró de Dafne hacia sí para que ella recostará su cabeza en su hombro. Necesitaba su proximidad.

Unas horas después pararon al borde del camino en una arboleda. Descansaron, comieron algo y estiraron las piernas.

Heinrich se montó en el asiento del copiloto para dejar que Dafne se recostara un rato en el asiento de atrás. Estaba algo pálida y apenas quiso comer. La preocupación debía ser. Su mujer era admirablemente fuerte. Pero su estómago se estaba resintiendo últimamente.

Arropada en la manta, observó como se iba durmiendo. Geüser sonrió a Heinrich, viéndole contemplar el sueño de su esposa.

Poco después Heinrich se estiró en su asiento.

—Si quiere que conduzca un rato.

—No se preocupe, la noche la haremos de vuelta. Entonces nos turnaremos, yo no veo bien de noche, muchos años trabajando como soldador. Ahora no sería propio que usted, todo un coronel, llevara un chófer de copiloto.

—Comprendo. —Heinrich dejó pasar unos minutos. La carretera se

volvía ahora llana y lisa. Dejaron atrás una zona de curvas bastante cerradas. Mejor que Dafne estuviese dormida en vez de sufriendo. —Geüser, ¿por qué hace esto?

—¿Perdón? —El hombre no supo en principio que preguntaba en realidad.

—¿Por qué nos ayuda? ¿Es usted alemán?

—Lo soy. Pero estoy en contra de todo esto. ¿Sabe? Hace tres años yo estaba felizmente casado. De joven, no me gustaba el trabajo de la granja y marché a la capital. Tuve suerte. Tenía un trabajo en una fábrica de soldador, una esposa preciosa. Un hijo en camino. Y empezó toda la barbarie. Mi esposa era de ascendencia judía. La conocí en Berlín. Aunque su familia no fuese verdaderamente practicante de su religión. Bueno, tenían negocios y los hacían con amigos y familiares judíos.

Yo alquilé un pequeño piso en una zona bastante agradable. Los que vivían por allí eran gente como nosotros, jóvenes, trabajadores con un puesto de trabajo mediano. No creí nunca que estuviésemos en peligro. —Geüser tomaba varias inspiraciones de aire seguida. Sus manos se aferraban al volante. La velocidad la mantenía constante y su vista en el camino. —Mi hijo nació. Fui el hombre más feliz de la tierra. Trabajo estable, una esposa maravillosa y al fin mi hijo. Todo lo que un hombre como yo pudo desear. Una madrugada que volví del turno de noche, me encontré la puerta abierta de mi apartamento. Al principio pensé en ladrones, pero con las patrullas que había por la zona, eso era improbable. Entré y les busqué desesperadamente. Todo estaba sin tocar. No había habido registro. Pensé que el crío se había enfermado y ella había salido por ayuda. Pero su abrigo y las llaves estaban en la puerta.

Alguien apareció en la entrada. Eran una pareja, vecina de mi rellano. Ellos lo habían oído todo. Aquella madrugada un pequeño pelotón subió a mi casa y se habían llevado a mi esposa. Ellos escucharon llamarla zorra judía. Me derrumbé, caí de rodillas. Ellos intentaron consolarme, pero les grité y les

eché de casa. Quería estar sólo. Mi hijo, la pareja no dijo nada de mi hijo. Me abalancé de nuevo hasta el dormitorio. La cuna estaba vacía.

Volví a caer desconsolado. Sabía qué hacía meses que habían empezado las deportaciones de familias judías. De alguna manera alguien denunció a la familia de mi mujer, y por añadidura a ella.

Durante un rato se me pasaron miles de cosas por la cabeza. Buscarla, donde, como y a quién preguntar. Ella había tenido el parto hacía pocos días. Sabía que un traslado en las condiciones que los hacían, no lo sobreviviría. De pronto escuché una especie de maullido. Me quedé atento, en silencio, escuchando. Volví a oír el diminuto gemido. Empujé hacia un lado la cama, y allí estaba, envuelto en una manta, mi hijo. Ella lo había ocultado allí antes de abrir la puerta. Seguramente escuchó la voz de la policía y tuvo ese momento de lucidez.

Tomé a mi hijo en brazos y lo dejé en la cuna el tiempo suficiente de preparar un morral con sus cosas y un par de las mías. Y aprovechar las primeras horas de la madrugada para salir de Berlín.

Ni siquiera recuerdo claramente como lo conseguí, pero después de varios días llegué a la granja de mis padres, Había andado a campo traviesa. Había robado leche para mi hijo de las vacas o cabras que había encontrado fuera de las granjas, y había conseguido alimentarlo dándole la leche de mi propia boca a la suya.

Una vez que mi hijo estuvo al cuidado de mis padres, apenas descansé unas horas y volví a Berlín. Cuando llegué me habían despedido de mi trabajo, por no presentarme en una semana. Aquella noche me emborraché.

Y luego noche tras noche volvía a beber hasta casi perder a consciencia, hasta que un día decidí acabar con todo y ahorcarme. Klaus “el loco” me encontró aquella noche bajo el puente de Jannowitz. Me dijo que si quería morir había formas más productivas. Había estado escuchándome en aquella asquerosa taberna contarle a todo el mundo lo de mi mujer, y luego me

siguió.

Después todo vino rodado. Dejé de hacer ruido, me concentré en ayudar a salir a los que podía, me integré en la organización. Y aunque aún me emborracho de vez en cuando, —sonrió. —estoy consiguiendo una especie de paz. Ayudarle a usted, también me ayuda a mí.

—¿Volvió a saber de su esposa?

—Murió en el tren que la llevaba a uno de los campos. Quizás, si tenía que morir, era mejor que lo hiciese antes de sufrir más.

Heinrich asintió. Si él perdiese a Dafne de esa manera. No sabía si pudiera ser tan fuerte como Geüser. Volvió a mirar hacia atrás. Ella seguía durmiendo.

—Pararemos de nuevo cuando Frau despierte. —dijo Geüser.

Heinrich volvió a recostarse en su asiento y a mirar a la carretera.

—Y qué hay de usted Coronel. —Sonrió Geüser, —aparte de lo que me contó su hermano, y ahora esta mujer. ¿Su matrimonio, es válido? Digo, ¿lo ha hecho por la documentación?

—Mi matrimonio es real. Ella es mi mujer.

—Y, ¿piensa usted escapar de esto de alguna manera?

Heinrich bajó la voz aún más.

—Mi destino es Rusia.

—No es ningún secreto, el movimiento que hay de tropas así lo indica.

—Ella no lo sabe. Cree que voy a la frontera Franco-Belga. A donde a mí me envían, no sé si se vuelve.

Geüser respiró hondamente. Pareció pensar un rato largo, mientras Heinrich se concentró en la carretera que se extendía ante ambos.

—Se supone que dentro de dos semanas o poco más podré sacarla. No tengo fecha ni lugar aún. Pero será algún lugar de la costa noreste.

—Hay controles de costa cada doscientos metros.

—Y maneras de evitarlos.

Heinrich asintió.

—Espero que sí.

—Si usted pudiese eludir las órdenes de alguna manera, retrasar su partida... un amigo podría dejarle un mensaje con el sitio, la hora, y estaría en su buena estrella o no llegar a tiempo y embarcar con ella.

—Si ha hablado con Tony sabrá mi historia, y a lo que me enfrento si vuelvo a Inglaterra.

—Miró de nuevo hacia atrás comprobando que ella estaba aún dormida. —No sé si será mejor el frente ruso o un Consejo de Guerra.

Geüser se encogió de hombros. —Ya le dije una vez que no me gustaría estar en su pellejo, Herr Coronel. —Sonrió entre dientes— Pero yo me enfrentaría antes al Consejo de Guerra. —le miró un instante. —Intente eludir lo de Rusia, y encargaré a un amigo que le haga llegar la información necesaria.

Heinrich miró al frente mientras su mente giraba una y otra vez. Volver a Inglaterra, era tan peligroso como el mismo Moscú en esos instantes para él. Su hermano estaría haciendo lo imposible por aclarar todo ese asunto, pero con tantas pruebas en contra, y con Durston, muerto y sin dejar nada aclarado sobre él, lo veía muy mal.

Y escapar a otro país, la soledad sería igual o peor. Desarraigado, sin familia. No. La verdad es que estaba hecho un verdadero lío.

—Gracias de todas formas Geüser.

—A mandar. —Dafne se removió un poco en el asiento y empezó a abrir los ojos. —Creo que pararemos un rato.

* * *

—El molino ahora está inservible, se necesitan suministros para arreglarlo, pero con la guerra, —El padre de Geüser era un hombre de casi sesenta años, pero aún fuerte como un roble, Alto y delgado como su hijo, pero su semblante era amable y no tan afilado como el del joven. Había sido combatiente en la Gran Guerra. Lo atestiguaba algo de cojera por una herida de bala, y la cicatriz de una bayoneta en la mano y el brazo. Permanecía tan firme como si estuviese pasando revista ante Heinrich. Habían paseado juntos por la propiedad, el buen hombre le enseñaba el lugar amablemente.

—Entonces éste es un sitio tranquilo.

—Los bombardeos no llegan hasta aquí, Herr Coronel. Pierda cuidado.

Heinrich caminaba junto al hombre de vuelta, llevaba sus manos enlazadas a la espalda.

—Para mí, la seguridad de mi esposa es lo primero.

—Defenderé a su esposa con mi propia vida si fuese necesario.

—Gracias Herr Geüser. Yo, bueno, no quiero que ella carezca de nada. —desligó sus manos y abrió dos botones de su guerrera, sacando un sobre marrón de su bolsillo interior. Se lo alargó al hombre. —Quiero que usted tome este sobre. En él hay efectivo por si necesita comprar algo, si necesitan

médico, en fin, cualquier eventualidad.

—Señor, mi hijo le ha ofrecido hospitalidad, y no, no podría aceptarlo.

Heinrich era un bien fisonomista, el hombre parecía aturdido, y decía francamente la verdad. Pero Heinrich insistió.

—Herr Geüser, es para mi propia tranquilidad.

—Pero Coronel, aquí somos auto suficientes. No necesitará nada.

—Insisto, no querrá que se lo ordene. —Heinrich le sonrió de medio lado.

—Señor, lo acepto, por su tranquilidad, no porque sea necesario.

—Bien, eso me alegra. —Le alargó por fin el sobre y el hombre lo tomó y lo guardó en su chaquetilla de mezclilla marrón. Entonces miró hacia la casa. Dafne hablaba animadamente con la madre de Geüser. En sus brazos tenía un guapo niño, bastante alto de cabello negro y ojos claros. El hijo de Geüser, tendría unos tres años, y jugaba con las plumitas del sombrero de Dafne, y ella reía.

Por unos segundos imaginó una escena similar, en Inglaterra, en el cotage familiar, ante la puerta ojival pintada de verde carruaje. La vio a ella, y en sus brazos un niño, con grandes ojos y cabello rizado dorado. Un hijo suyo, y un mundo sin guerra. Y él caminando hacia ellos para abrazarlos y no dejarlos nunca jamás.

El padre de Geüser seguía hablando, aunque en los últimos segundos no le había prestado oídos.

—...y por eso este lugar apenas recibe visitas desde la carretera general, por la ubicación estamos algo perdidos en el mapa. También tenemos en la aldea un médico bastante competente. Las granjas producen para auto abastecernos, en fin, es un buen lugar para estar. Si no fuese porque los jóvenes han partido a alistarse, y los partes de guerra en la radio, nadie diría

lo que ocurre en el mundo exterior.

—Magnífico. Pero ante todo, nadie debe saber quién es ella realmente.

—Ya he hecho correr la voz que recibiré en casa a una sobrina lejana que viene desde Dusseldorf a pasar una temporada con nosotros, poco más tienen que saber mis vecinos. Cuente con nuestra absoluta lealtad y discreción.

Llegaron hasta donde estaban las mujeres. Refrescaba ya, caía casi la noche sobre el campo.

—¿Te gusta esto, Dafne?

Ella le brindó la más dulce de las sonrisas. — Por supuesto. Siempre soñé con vivir en un lugar así de tranquilo.

—Bien, está todo hablado, aquí estarás segura y bien acompañada. Cuando puedas volver. —Le hizo un imperceptible gesto para que le siguiera la corriente, —Geüser vendrá a recogerte. —sonrió. — ¿Me acompañas un momento querida? me gustaría despedirme de ti.

Dafne entregó el crío a su abuela, que dijo algo sobre que refrescaba y que metería al niño ya en casa, y Geüser padre se sentó en el banco que se apoyaba bajo la ventana.

—Si nos disculpa, Herr Geüser. —Heinrich llevó a Dafne paseando hacia la arboleda que estaba al oeste de la casa y que casi les cubría de miradas curiosas desde la carretera sin asfaltar que iba a apenas cien metros más allá.

Ya lejos de los oídos de la familia, y en la penumbra de la arboleda, Heinrich atrajo contra su pecho a Dafne.

—Aquí tenemos que separarnos. —Notó como ella respiraba con cierta dificultad, como si quisiese ahogar un suspiro. —Estarás segura. Geüser no lo sabe con certeza pero en unas dos semanas, probablemente aprovechando la luna nueva, te llevará hasta la costa. Será algo difícil, pero no imposible,

Sigue todas sus indicaciones al pie de la letra. En un lugar señalado os espera un barco que te cruzará el canal hasta tu país. —ella levantó la cabeza y le miró con sus ojos muy abiertos mientras asentía.

—Cuando estés a salvo en Inglaterra haz el favor de ponerte en contacto en seguida con el abogado que te procurará lo que necesites, ¿de acuerdo? yo estaré más tranquilo y, aunque tendré que ir a donde me ordenen, esto acabará, algún día.

Ella volvió a asentir. Las palabras verdaderamente no salían de su garganta, tenía un nudo engrosado que le impedía hablar. Se estaba portando como una estúpida, en vez de reiterarle que le esperaría, que volverían a estar juntos, si él aún lo quería.

Él notaba su zozobra, y no queriendo romperse tampoco, bajó hasta sus labios con un beso profundo y duro, necesitado y rabioso, de pena, y de anhelo.

Luego la soltó, acarició su blando cabello rizado, se ajustó la gorra. Y se alejó de ella sin mirar atrás hasta montar en el auto. El joven Geüser ya se había despedido de sus padres y de su hijo, y estaba al volante, al mínimo gesto de Heinrich arrancó y el coche enfiló hacia la carretera. Dafne se quedó allí, viendo cómo se alejaba, Heinrich, que permaneció con su rostro sereno e inexpresivo hasta que lo perdió de vista. El sol se puso con una corona de nubes liliáceas. Sintió el frío y la humedad del campo, y se dirigió hacia la casa de los Geüser. Ahora sí se sintió sola.

CAPÍTULO 30

LA vuelta a Berlín de Heinrich y el joven Geüser fue de noche. Nada más entrar en la carretera general, Heinrich tomó el relevo en la conducción. Tenía una buena memoria, y salvo un par de indicaciones que necesitó, él mismo condujo con gusto el resto del camino hasta poco antes de entrar en la capital. Entonces despertó a Geüser y éste se volvió a poner al volante, entrando por otro de los controles de la capital sin el menor problema, salvo enseñar la documentación. La de Geüser, que permanecía tranquilo y con el uniforme y la gorra de chófer bien calada, ni se la pidieron.

Geüser se bajó en la misma calle donde estaba la casa de Heinrich.

—Quedamos en ello, Herr Coronel. Yo me haré cargo de su esposa y le prometo llevarla sana y salva al barco. Y con la fecha y el lugar de embarque, al quien le dejará un sobre en su buzón. Si usted puede acudir, hágalo, si no...

—Gracias.

—No hay de qué. Algún día esto acabará, o eso espero. Buenos días Coronel.

Heinrich lo vio marchar a buen paso por el espejo retrovisor. Aceleró y en unos minutos estuvo ascendiendo por el camino de entrada, dejando el coche en el garaje y entrando, en su ahora, de nuevo, vacía y solitaria casa.

Glöckmer le sirvió algo de comer, a caballo entre el desayuno y el

almuerzo que el tragó sin mas, después sin cambiarse de ropa, y sin dormir, se fue a la biblioteca, preparando la documentación para acercarse al registro notarial.

Volvió a salir un par de horas después a su cita con el registro, la había concertado días antes para arreglar todo lo necesario para que, si a él le ocurriese algo, a su esposa no le faltase nada. Además de disposiciones para su casa y servicio. Permaneció allí hasta casi terminada la tarde.

Aún así, después, decidió pasear un poco de vuelta, hasta cerca de la hora de la cena.

Como siempre, Glöckmer le tenía preparada la cena en el comedor. Comió en silencio, mirando hacia el lugar que ella había ocupado durante todo el tiempo que estuvo bajo su cuidado. Desechó el postre y cansado después de tres días de apenas dormir, subió a su dormitorio.

Una vez cerrada la puerta, se deshizo del arrugado uniforme que había estado usando todo aquel tiempo.

Ya metido bajo la ducha se dejó caer con sus manos sobre la pared, mientras el agua corría caliente por su espalda. Lo que otras veces le resultaba relajante, ahora ni siquiera le tranquilizaba.

Al fin salió, envuelta la toalla sobre su cadera, mientras se secaba el pelo, miró hacia el lecho, tenía que dormir, necesitaba dormir, pero su cama era tan solitaria. Instintivamente, abrió la puerta del dormitorio que había pertenecido a Dafne. La cama estaba hecha. Caminó hacia ella. Las sábanas habían sido cambiadas. Sin siquiera su aroma permaneciera en el cuarto, ya que había sido limpiado por los criados.

Fue hacia el vestidor de Dafne. Lo abrió. Allí estaban sus vestidos de fiesta. Y alguna ropa que, por demasiado elegante, había sido desechada. Alargó la mano y acercó a su cara el vestido rojo, el azul, apenas un retazo de su perfume había en ellos. Su mano llegó hasta uno de sus camisones. Estaba el que había usado el ultimo día. No se habían dado cuenta los del servicio de

retirarlo, y conservaba toda su esencia. Tiró de él, arrancándole casi de la percha, y se lo llevó consigo, pequeño consuelo para su solitaria noche.

Envolviendo la suave prenda en su almohada, dejó caer su cansada cabeza. Olía a ella. Por unos instantes cerró los ojos y la rememoró. No era posible que en tan poco tiempo, esa mujer le fuera imprescindible para vivir.

Lanzó las sábanas de su cama hacia un lado, mientras arrojaba al suelo la toalla húmeda que le había estado cubriendo. Repentinamente sentía demasiado calor.

Con las luces apagadas quedó mirando fijamente al techo. La luz de una luna decreciente iluminaba tenuemente. No se había molestado en cerrar las contraventanas, ni las cortinas. Al traspasar las ramas de los árboles, se creaban difusas sombras en el techo.

Aspirando una y otra vez el aroma de su mujer, se llevó la mano hasta su erección. Desde que había abierto el armario de ella, y su olor y sus recuerdos habían poblado vivamente su mente, su excitación había tomado el control de su cuerpo. Su cuerpo que tanto la añoraba.

La vio subirse a la cama y deslizarse, decidida, sobre sus propios muslos. Subiéndose despacio ese camisón color crema transparente que tenía ahora bajo su cabeza. Ella, arrojando la delicada prenda hacia él, juguetona. Quedándose gloriosamente desnuda sobre él, sus muslos abiertos montándose a horcajadas. Inclinandose, una sonrisa pícaro en sus boquita de labios rojos e hinchados por sus besos. Sus manos pequeñas y suaves recorriéndole el pecho y delineando los músculos de su estómago. Poco a poco, sencillamente, él movió su mano desde la base de su miembro hasta la cabeza, inspirando y expirando, primero suavemente. Ella se acariciaba sus redondos pechos, bajaba una mano por su vientre tenso hacia el nido suave y oscuro de su sexo. Vio como los dedos de ella acariciaban su mismo centro, preparándose para recibirle. Su respiración se aceleró, sus caderas intuitivas, empujaron hacia arriba.

Ella, despacio, sin dejar de mirarle a los ojos, enfundaba en su cuerpo caliente y húmedo, su miembro ansioso y duro. Se recreó en la curva de su cadera, en su ombligo redondo, en su propia verga hundiéndose en su acogedora suavidad. Entrar en ella era como volver al hogar. Ese hogar que se perdió a caballo entre su niñez y la adolescencia. Ella había rellenado los huecos solitarios de su alma como nunca nada ni nadie pudo conseguirlo.

Cerró fuertemente los ojos mientras la sintió cabalgarlo, con su boquita entreabierta, sus ojos de gacela mirándole primero, y luego cerrándose en éxtasis. Primero tentativamente, luego más rápido, al final casi salvaje.

Su vientre se encogió, su propia cadera volvió a embestir una y otra vez, buscando el calor que sólo ella podía proporcionarle. Llegó un punto en que todos sus músculos se tensaron y su cuerpo se arqueó. Apretando los dientes, se corrió largamente, con un gemido ahogado, contra los músculos tensos de su propio vientre. Sintió entre sus propios dedos la humedad de su semilla, saliendo bruscamente de su ensueño, quedándose aún más solo y vacío.

Poco a poco calmó su respiración, mientras alargaba la mano hacia el suelo y recogía la toalla desechada, para limpiar su esencia derramada sobre su cuerpo.

Se volvió de costado, aún aferrado al camisón de Dafne. Por unos minutos, le había parecido sentirla sobre él, la había sentido amando su cuerpo, incluso sintió sus caricias. Cerró los ojos con fuerza, deseando que, al abrirlos, ella estuviese de nuevo a su lado, y poder dormirse abrazado a su cuerpo suave y tibio.

Minutos después, con la relajación de su liberación, durmió unas cuantas horas, no las suficientes para perderse el nuevo amanecer. Harto de dar vueltas en su solitaria cama, se levantó y vio el despuntar del alba sentado en el alfeizar de la ventana.

Ese mismo día visitó a sus tíos para despedirse hasta su vuelta, y contarles que había sacado a Dafne de la Capital a sitio seguro, temiendo en

su ausencia, cualquier maniobra de Helga. Ambos aunque se sorprendieron, acabaron comprendiendo que era la mejor manera que la joven estuviese a salvo, siendo como era, inglesa, aunque se hubiese casado con un alemán.

Rudolf también se sorprendió que le envasen a Rusia. El general contaba con que el destino sería Francia o Bélgica. Dio un puñetazo en la mesa de café que hizo salir volando el servicio de porcelana, con el subsiguiente enfado de Gertrud.

—Esa maldita Helga, esa mujer habrá estado calentando la oreja del viejo Gerald. —luego señaló con el dedo a su sobrino. — ¿Y por qué no me lo avisaste hace una semana cuando recibiste la orden?

—No quería que Dafne se enterase. Ella cree que me envían a un puesto más tranquilo.

—Si me lo hubieses explicado a tiempo, por nosotros hubiéramos mantenido el secreto hasta ver si podíamos hacer algo al respecto, pero a estas horas. Vas a tener que incorporarte, y yo, voy a tener que deshacer desde mis propios medios, el enredo de esta mujer. Y no puedo garantizarte ningún resultado.

Heinrich no dijo nada. Quizás había guardado esto para sí, inconscientemente, creyéndose merecedor del peor de los destinos.

Se despidió de ellos, declinando su invitación a que se quedase con ellos al almuerzo, Gertrud estaba realmente afectada. Rudolf apretaba los puños, y antes de que él saliese de casa, ya se dirigía al teléfono para hablar con alguien que pudiese ayudarle.

Cuando partió, tomó el auto. Ese día había prescindido de su chófer. Deambuló por las calles de Berlín. Pasó por la Puerta de Brathenburgo, condujo dando la vuelta al parque y a los lugares en que había paseado con Dafne.

Horas más tarde, ya pasada incluso, la hora del almuerzo decidió volver.

Ahora que volvía a entrar en su casa, después de despedirse de sus tíos, sentía como una losa de miles de toneladas le estuviese aplastando. Tanto buscar la manera de acabar con todo, y ahora, que tenía por lo que luchar, su destino le estaba alcanzando.

Entró con su propia llave. Era extraño que Glöckmer no hubiese percibido su llegada y estuviese atento a la puerta. Se quitó la gorra y la dejó en el mueble al lado de la entrada. En el silencio escuchó a su criado hablando por el teléfono del salón.

—Si, señor, creo que acaba de llegar.

Heinrich ya se dirigía para el salón cuando Glöckmer asomó con cara de preocupación.

—Señor, menos mal que ha llegado, Herr Ludwick Rankin, lleva desde esta mañana intentando hablar con usted, dice que es urgente.

Heinrich tomó de manos de su criado el auricular,

—Gracias, puede retirarse— mientras veía cómo su criado salía y cerraba la puerta, Heinrich suspiró y se acercó el teléfono— Aquí Strieber.

—¿Heinrich? Maldita sea, llevo horas intentando hablar contigo. Al final he llamado a tu tío, pero ya habías salido.

—He estado paseando.

—Heinrich, un momento.—pareció que a la vez que con él estaba hablando con otra persona, escuchó la voz lejana y apagada. —De acuerdo, sólo dame un minuto... — su voz se volvió clara y cercana de nuevo. — Heinrich, ya se lo de Rusia. ¿Quieres ir allí o preferirías otro destino?

—¿Qué pregunta es esa Ludwick?

—Tu responde, estoy con un amigo, dime dónde quieres ir y ahora mismo firmará revocando tu orden anterior y emitiendo nuevas para ti. ¿Dónde?

Heinrich creyó estar entrando en shock. ¿Tanto poder tenía Ludwick en sus manos?

—Heinrich, mi amigo y yo estamos esperando a escribir esto para fumarnos un puro tranquilamente y terminarnos nuestro coñac. ¡Habla de una vez, muchacho!

—Frontera Franco-Belga.

—Muy bien, no sé si llegarán a tiempo hoy, ¿cuándo te vas?

—Mañana cojo un tren junto a mi unidad. A las doce, en el apeadero de *Shülth*.

—Bien muchacho, cuelgo. A unas malas tendrás un viaje gratis en ese tren de ida y vuelta. Espero que llegue antes la valija de que te embarques. Te dejo, mi puro me espera.

—Ludwick, gracias.

—No hay de qué. Saluda de mi parte a tu esposa, cuando vuelvas a reunirte con ella.

—Lo haré. —escuchó el clic del auricular de su amigo al volver a su sitio en el teléfono y cortar la comunicación.

Heinrich se quedó durante un par de minutos mirando a la pared. Ludwick, Ludwick le estaba sacando de aquello en ese mismo instante... ¿Cómo diablos se había enterado? ¿Con quién estaba reunido en esos instantes, capaz de revocar una orden, con una simple firma? Negando con la cabeza, sin apenas aclararse, marcó el teléfono de su tío Rudolf.

Cuando al fin le pasaron, éste se notaba alterado aún por teléfono.

—¿Qué ocurre sobrino?

—Tío, ¿has llamado a Ludwick en algún momento desde que yo salí de tu casa?

—No muchacho, él fue el que me llamó a mi hace cuestión de un par de horas quería hablar contigo y le dije que andarías de vuelta casa, Yo estoy intentando localizar a alguien que podría ayudarnos, pero no he podido encontrarle desde que nos dejaste.

—Pues, no sigas intentándolo, Ludwick acaba de llamarme, he tenido una rara conversación con él. Estaba con alguien con poder suficiente para revocar la orden anterior, y firmar nuevas para mí, solo necesitaba que le dijese a donde quería el nuevo traslado.

—¿Le dijiste a Ludwick antes que a mí, que te ibas a Rusia?

—No le veo desde el día de mi boda.

—Extraño.

—Ludwick es mucho más de lo que parece tío, no es un simple empresario bien situado y con buenos contactos.

—Si, lo supongo, pero...

—Hay que ser discretos.

—Bien, muy bien. — a voz del hombre parecía por momentos más animada. — ¿A dónde irás?

—A la frontera entre Bélgica y Francia.

—¡Bien! Bien escogido. Aquello sólo hay que mantener el orden. Ya arriesgaste demasiado en África muchacho. Además, ahora tienes que pensar que tienes una esposa.

—Por ella y por vosotros lo he hecho. Ya conocías mis planes anteriores.

—Y te agradezco que hayas pensado en nosotros. —Rudolf tomó el aire que parecía que le había faltado en las últimas horas. —Avísame cuando tengas las órdenes en la mano.

—Puede que lleguen a tiempo, como que no. A lo mejor tengo que embarcarme en el tren, y cuando lleguen, a donde esté, volverme de nuevo.

—No importa, lo que cuenta es que lleguen, tarde un día o tres. Voy ahora a decírselo a tu tía. Hasta luego hijo.

—Hasta luego.

* * *

Para Dafne, la compañía de la familia Geüser fue de lo más agradable. Eran personas sencillas, amables y que se desvivían por hacerla sentir como en casa y parte de ellos. La trataban como a una hija, aunque Bertha Geüser no quería que hiciese nada en casa, ella la convenció de adaptarse a las rutinas diarias juntas, aduciendo que estaría más entretenida, en vez de pasarse las horas muertas y esperando noticias de su marido.

Las noches eran lo peor. La habitación que tenía en casa de la familia Geüser era pequeña, con una cama pegada a la pared, con una colcha hecha a mano. Unas cortinas llenas de flores alegres, igual que el papel pintado que cubría las paredes. El mobiliario era rústico, antiguo, pero muy bien cuidado. Una estera hecha de lana gruesa servía de alfombra y aislaba del suelo. Un pequeño armario, donde había ubicado sus vestidos, y sobre éste había colocado su maleta vacía. Un arcón a los pies de la cama, donde había guardado los zapatos y un par de sombreros.

Acostada cada noche en la pequeña cama, echaba de menos el abrazo de Heinrich. Se intentaba hacer fuerte para los que tenía que venir, para su escape hacia Inglaterra. Sabía que el salir del país por las vías no usuales, conllevaba sus riesgos. A pesar de que su documentación estuviese en orden, las fronteras estaban irremediablemente cerradas, y la única forma de escapar, estaba en manos del joven Geüser, que había prometido venir a buscarla en una quincena.

Pero si Heinrich y anteriormente Tony, confiaban en ese hombre, ella también lo haría.

Aunque habiendo conocido a su familia, conviviendo con sus padres, y a su pequeño Joshep. Que se pusiese de nuevo en peligro, por ella, le reconcomía por dentro. Si algo le pasara al joven Geüser mientras la ayudaba a ella a escapar. Ese niño se quedaría sin padre, habiendo perdido a su madre tan chiquitín.

Se tapó la cabeza con la sábana y se hizo un ovillo. Dormir, necesitaba dormir.

* * *

Heinrich estaba en el andén, apenas quedaba un cuarto de hora para salir. Reunidos a su alrededor sus segundos al mando, algunos le eran conocidos. Tenían reservados para ellos uno de los mejores vagones. Ya había subido su equipaje a bordo, pero bajó de nuevo, con la secreta esperanza que las órdenes llegaran a tiempo.

El largo convoy de suministros y soldados estaba casi preparado. En los andenes adyacentes, familiares de los que se iban al frente despedían con mayor o menor grado de emoción a sus soldados.

Heinrich era uno de los pocos a los que nadie diría adiós, si ahora montase en ese tren.

Miró de nuevo hacia la bajada al andén. Quedaban diez minutos. La tensión emocional de los de su alrededor se hacía más patente. Algunos de sus colaboradores ya subían y se sentaban en el interior del vagón. La espera era insoportable. Sabía que Ludwick no le mentiría. Sabía que las órdenes estaban firmadas. Sólo tenía que recibirlas, ahora, o cientos de kilómetros más allá. El resultado sería el mismo. Él volvería sobre sus pasos y tomaría nuevo rumbo.

Cuatro minutos, los andenes estaban empezando a despejarse, los soldados estaban casi todos a bordo. Él subió el último a su vagón. Otros dos coroneles le hicieron señas para que tomase asiento junto a ellos. Charlaban animadamente y se reían. Como si en vez de al frente, fuesen a una excursión campestre. Parecía que el único taciturno en aquel lugar era él mismo. Avanzó por el pasillo, hacia sus compañeros. No le dio tiempo a sentarse, un par de soldados subían a bordo, preguntando por él en voz alta.

Heinrich se volvió y les hizo una señal. Uno de ellos se dio prisa en alargarle un sobre. Él ni siquiera le dio las gracias, sólo le hizo un gesto cuando éste se cuadró ante él.

Rasgó el sello y por fin, eran las órdenes, sin pensárselo agarró su petate y corrió por el pasillo, saltando con el tren empezando a marchar. Consiguió mantener el equilibrio, con la mochila al hombro y las ordenes estrujadas contra su pecho. Una vez puestos sus pies firmemente sobre tierra, no supo si llorar o reír como un loco. Sus compañeros miraron a través de las ventanillas sin entender. Verdaderamente su expresión debía de ser un poema.

Pero a él no le importaba. Estaba en pie, sobre el andén, y con su nuevo destino bien apretado en su mano. Contra su crazón que galopaba salvajemente.

* * *

El pequeño Joshep se había acostumbrado a ella en poco tiempo. Tan pronto le echaba los brazos, que se dormía apoyando la cabeza en su regazo, sentados juntos en el banco de la puerta de la casona mientras ella le contaba los mismos cuentos que a sus pupilos Hans e Ivette. Acariciaba su oscuro y suave cabello, y se imaginaba alguna vez poder tocar de esa manera un hijo suyo, y de Heinrich.

El matrimonio le había contado que su nuera había fallecido después del parto, y que antes incluso de recibir noticias, se había presentado tres días después del trágico suceso, su hijo con su nieto en la puerta de casa. El joven padre, parecía haber perdido el norte y la razón. Sin ayuda llegó a la casa de sus padres para derrumbarse justo en la puerta mientras Bertha recogía de sus brazos al bebé recién nacido. Después apenas habló, durmió unas pocas horas comió un poco y se fue tal como vino. Hasta meses después no recibieron noticias de su hijo. Y hasta casi un año pasó hasta que volvió para conocer a niño.

Dafne quedó impresionada. Geüser, parecía mucho mayor de lo que en realidad era. Seguramente debido al sufrimiento pasado, y a una vida de riesgo constante y de preocupaciones. Y ella era uno de los contratiempos con los que el hombre iba a tener que lidiar en esos próximos días.

Aquella mañana de su cuarto día viviendo con la familia Geüser amaneció de nuevo con el estómago mal. A pesar de que no había cenado demasiado fuerte, no pudo retener nada en el estómago hasta casi medio día.

Ahora descansaba sentada en una manta, leyendo un viejo libro de cuentos al pequeño Joshep, que mientras escuchaba, jugueteaba con un colorido camioncito de latón, y unos caballitos tallados en madera y pintados de colores imposibles.

Bertha caminaba hacia ella secándose las manos en su delantal.

—¿Se encuentra mejor, Dafne?

—Algo mejor, si, gracias. Aunque sigo algo mareada.

Bertha la observaba atentamente.

—¿Cuántos días lleva así?

Dafne pensó unos momentos.

—Hace diez días tuve unas náuseas parecidas, pero la noche anterior estuvimos en una fiesta y creo que bebí demasiado. Luego alguna que otra mañana suelta un poco el estómago revuelto. Tan fuerte como hoy, creo que es la primera vez, si no contamos el día de la resaca. —sonrió.

—¿Ha pensado en que puede estar embarazada?

Dafne abrió mucho los ojos, miró a Bertha, luego al pequeño, y luego de nuevo a la mujer que tenía ante ella.

—Yo, en realidad, no, no lo había pensado.

—¿Cuánto lleva casada?

—Pues, no llega a dos meses. — contando incluso lo acontecido entre ella y Heinrich antes de firmar ante el registro.

—¿Y su mes?

—Oh cielos, cielos, con todo lo que ha pasado estos últimos meses, estaba bastante irregular, pero, no lo he tenido, cielos. — Ahora el mundo si empezó a girar deprisa. Se dejó caer despacio sobre el tronco del árbol que le daba sombra, y cerró los ojos. — no puede ser.

—Vamos querida, no es el fin del mundo, imagínese lo feliz que hará esto a su marido.

—Pero él estará en el frente.

—Bueno, bueno, no se preocupe tan pronto, puede ser que tenga algún desarreglo por los cambios, los nervios, en fin, todo eso nos afecta a las mujeres. Antes de nada, visitaremos al doctor. ¿De acuerdo?

—Si, antes de nada, tengo que ver un doctor. ¿Hay alguno cerca? tengo entendido que nos lo contó Herr Geüser el primer día.

—En Grefrath. Allí vive. Aunque todos los días no tiene consulta. Atiende en dos aldeas vecinas más, los médicos jóvenes han marchado muchos al frente. Así que está dos días en cada sitio, a ver que recuerde, aquí estará lunes y jueves.

—Hoy estamos a viernes.

—Tendremos que esperar dos días, pero no se preocupe, el lunes bajaremos ambas al poblado y nos llevaremos a nuestro Joshep, pasaremos allí el día, iremos a su consulta y haremos alguna compra, y algunas visitas, ¿qué le parece?— Le acarició el hombro con ternura— Tengo que presentarla a todo el mundo la “sobrina” tan guapa que tengo.

Ambas mujeres rieron, Bertha caminó de nuevo hacia casa a echar un vistazo a la comida que tenía al fuego, y Dafne se quedó contemplando el juego del pequeño Joshep.

No iba a pensar en nada hasta que en realidad le confirmaran la noticia, o se la desmintieran.

Si le decían que sí, tendría que tomar la decisión de decírselo o no a Heinrich. Él había dispuesto que recibiría un dinero mensual para vivir en Inglaterra y algunas instrucciones más que tenía ya el abogado de Londres que la esperaba. Ella le había reiterado que volvería a trabajar, que ella no servía para estar mano sobre mano, le había insistido en ello, pero él se negaba. Le ordenó que obedeciese y que tomase el dinero y que rehiciese su vida en Inglaterra. Ahora, si en verdad esperaba un hijo, tendría que contar sin remilgos con el dinero. Con un bebé recién nacido, no podría tomar un

trabajo, ni nadie la aceptaría para ningún puesto.

Sacudió la cabeza, también podía ser una irregularidad en su periodo, los últimos dos meses de su vida, no habían sido un remanso de paz precisamente. Y sus nervios estaban a flor de piel.

Decidió que no pensaría más, ni se preocuparía hasta que realmente, tuviese una respuesta.

* * *

Tuvo que tomar un billete para Bélgica para dentro de tres días. No había manera de irse antes, a no ser que usara su propio coche. Las órdenes para su incorporación le daban suficiente margen de tiempo, para ir por ferrocarril. Así que, una vez con el pasaje en el bolsillo de su guerrera, se hecho el petate al hombro y con el corazón más ligero se encaminó en busca de un taxi.

Ya en casa hizo un par de llamadas. La primera a sus tíos, confirmando que no iría a Rusia, sino que viajaría a incorporarse a una pequeña dotación de la que estaría al mando, simplemente con instrucciones de vigilancia, y “limpieza” de soldados enemigos y cualquier tipo de resistencia en la zona.

La segunda llamada para Ludwick. No estaba en casa. Dejó recado de que quería hablar con él, y colgó.

Apenas una media hora después el mismo Ludwick le devolvió la llamada. Un Glöckmer, tan adusto como siempre, se lo anunció. Heinrich se apresuró a coger el auricular.

—¿Ludwick?

—El mismo. Veo que llegamos a tiempo.

—No sé cómo lo conseguiste, pero, gracias.

—Ah, siempre hay alguien que me deber un favor, o dos.

—Entonces cuéntame entre tus deudores.

—Esto no ha sido un favor, ha sido simple justicia, darle una lección a esa arpía de Helga, me causa un placer que me lo pagas con creces. —rió, y por detrás, Heinrich creyó escuchar una suave risa femenina.

—De todas formas, para lo que me necesites.

—Al contrario Heinrich, soy yo el que te estoy pagando un favor que hiciste hace unas semanas a otras personas. Permite dejar aquí el tema, hay una dama que me espera. — La risita suave otra vez mezclada con la ronca de Rankin.

—Gracias.

—Ah, Heinrich, si puedes, hazlo. — y colgó.

Heinrich se quedó con el auricular pegado a la oreja, escuchando el bip bip de línea cortada. Si puedes, hazlo. ¿Hacer qué? Pensamientos dispersos se cruzaron por su mente. Si puedes, hazlo.

Si era lo que estaba pensando, largarse de Alemania con Dafne. Verdaderamente, Rankin ocultaba más de lo que mostraba.

* * *

En el lujoso apartamento sobre el atelier de Madame *Merevilleux*, Rankin besaba la suave piel del hombro de su amada. Ella sonreía.

—Ves *cheré*, que fácil es hacer felices a los demás.

Ludwick sonrió.

—Ahora está en mano de los chicos poner tierra de por medio. —
continuó su tarea en el hombro desnudo de Meré

—*Evidenment*, avisaré a Geüser de inmediato. Tendrá que hacer dos
entregas, en vez de una.

—”*Evidenment*”, querida, y, ¿cuándo me vas a hacer feliz tú a mí?

Ella se echó hacia atrás el cabello suelto, y pasó sus brazos por el cuello
de Ludwick, mientras tiraba de él, tendiéndose sobre la *chasselonge*. — *En ce
momento cherie*.

—Sabes a lo que me refiero. —se dejó llevar por ella y quedaron sus
labios a menos de un centímetro. — ¿Cuándo te casarás conmigo Meré?

Ella rió y rompió la corta distancia. —*Montrez moi cuanto m’aimes*. Y me
lo pensaré. —luego le besó.

* * *

Dos días más tarde, Dafne montó en el asiento del pasajero de la vieja
camioneta de los Geüser. Verdaderamente estaba limpia, y una mano de
pintura con brocha de un color gris azulón indefinible la cubría la herrumbre.
El motor sonaba como una carraca. Abrazó contra sí al pequeño Joshep que
sonreía sin parar por la inesperada excursión. Bertha se había cubierto el
cabello entrecano con un colorido pañuelo. Se había puesto al volante de la
camioneta con gesto decidido.

—¿Lista muchacha?— Dafne asintió apretando contra sí al pequeño
Joshep.

—¿Estás segura de conducir?

—¿Lo dices por lo vieja de la camioneta, o porque no te fías de mi

capacidad conductora?

Dafne se agarró con una mano más firmemente al asiento y otra rodeando al niño.

—¿Ambas?

Bertha rió, relajó su postura, y sí, verdaderamente sabía conducir. Arrancó suavemente el motor del desvencijado camión, y éste se movió a buen paso y seguro por el camino de tierra.

—Querida, llevo años conduciendo. Mi marido ya no ve lo suficiente para hacerlo él. Lo hago desde que el doctor nos dijo era irreversible, y que cada día le sería más peligroso conducir. Por suerte su enfermedad avanza despacio, pero ya no se atreve a tomar el volante. Vivimos lejos y necesitamos subir suministros para la granja o bajar nuestra producción para la venta, o el trueque. — En el stop, se giró y le guiñó un ojo. — Sólo quería gastarte una broma. — la mujer rió, y Dafne poco a poco se fue relajando en su asiento.

—Iremos a ver primero al doctor, veremos si está, espero que sí.

Dafne también lo esperaba. Detrás de la camioneta llevaban una pequeña carga de verduras recién recolectadas para una de las tiendas de suministros. Tenían que hacer varias cosas esa tarde. Decidieron el bajar al pueblo después de comer, porque el doctor solía hacer visitas a domicilio por la mañana. También así el viejo Geüser había recogido parte de la cosecha para intercambiarla por otros suministros necesarios.

—Estate tranquila querida. Pase lo que pase. Si sólo es un desarreglo, necesitas tranquilizarte. Y si viene un bebé en camino, es una alegría, no un disgusto.

Dafne asintió, Joshep la miró con sus ojitos risueños. Verdaderamente, tener una cosita así, entre sus brazos, propia, era algo maravilloso. Lo malo sería no poder compartir eso con Heinrich. Él estaría a miles de kilómetros, y

no solo separados por tierra, si no por dos naciones en guerra.

Tendría que hacerse cargo de un bebé sola, aunque pudiese trasladarse cerca de Allison, si la asignación que le había dejado Heinrich se lo permitiese.

La vida de aquí en adelante, y según lo que le dijese el doctor, podría dar un giro enorme.

Llegaron a Grefrath en apenas cuarenta minutos. Dafne curiosa, admiró las calles amplias, las casitas con tejados a dos aguas, algunas de ladrillo visto, otras pintadas de blanco, con travesaños de madera envejecida barnizada adornando su fachada. Las de la entrada a la población, algunas conservaban el sabor más añejo de las casas de labor, de piedra y ladrillo rojo, con tejados de paja y barro.

Otras con jardines donde se balanceaban por la suave brisa de la primavera sauces llorones tras vallas de madera pintadas de blanco.

Dejaron la calle principal, y se perdieron por otras adyacentes. Aquella zona, todas las casas eran de ladrillo visto color rojizo, al igual que las vallas que las delimitaban. La camioneta frenó enfrente de la última de la calle.

La verja estaba abierta, al igual que la puerta principal. Bertha, con cierto trabajo, bajo de la camioneta y le hizo un gesto a Dafne para que la siguiera. Dafne abrió su portezuela y bajando del vehículo, dejó al niño en el suelo, y lo llevó de la mano a través del jardincillo de la casa del doctor.

Dafne entró en la casa después de Bertha, ésta saludaba a la esposa del doctor, una mujer poco mayor que su anfitriona, con el cabello castaño rojizo, plateado en las sienes, con un limpio y recogido moño y una bata de enfermera. Le dio la mano sonriente, mientras se interesaba por Dafne. Bertha se limitó a decirle que era su sobrina que había viajado por unos días junto a ellos porque su esposo estaba preocupado por los recientes bombardeos que habían sufrido en la ciudad.

La mujer le dio palmadas en la mano después de saludarla, y preguntó si era ella la que necesitaba ver al médico. Dafne asintió, y la mujer las llevó a una sala adyacente, empapelada en tonos de azul formando rallas verticales, y como mobiliario media docena de sillas todas blancas y un par de bancos largos, apoyados en contra de las ventanas, con cojines en tonos azul oscuro.

En la sala de espera no había nadie a esas horas.

Frau Richelle, les informó que su marido, el doctor estaba atendiendo otra visita, pero que en cuanto saliese, ellas eran las siguientes.

Dafne se sentó junto a Joshep en un banco, mientras las dos mujeres intercambiaban noticias del pueblo y de sus conocidos comunes. Dafne se aisló de ellas, dedicándose a jugar con el niño y con el caballito de madera que había traído con él, haciéndolo correr por el banco y saltar del alfeizar hasta el asiento una y otra vez.

Apenas diez minutos después estaba dándole la mano al Doctor Holtzman. Berner Holtzman ya habría alcanzado los sesenta, pero a pesar de su calvicie, y de un poco de sobrepeso, se veía fuerte, con una mirada de águila, y una sonrisa de hombre campechano y satisfecho con su vida, y por ende, con su trabajo.

Después de describirle los síntomas sufridos en los últimos días, Holtzman hizo el chequeo rutinario, unas cuantas preguntas más, y luego le dio un pequeño frasco con tapadera para que fuese al baño y recogiese una muestra de su orina.

Acompañada de Richelle, fue hasta la puerta de un pequeño aseo. Allí tomó la muestra y volvió rápidamente a la consulta. El doctor la tomó y la guardó en una pequeña nevera.

—Tiene síntomas suficientes, Frau Strieber, pero no podemos lanzar las campanas al vuelo, hasta que no se realice la prueba. Calculo que en una semana la tendré aquí. — Holtzman sonrió, y ella aguantó las ganas de

resoplar. Una semana más.

Ambas mujeres se levantaron, y le dieron la mano al buen doctor, que las emplazó para el siguiente lunes tarde para que recogiesen el resultado.

Un par de horas después, tras la visita al doctor, el paso por una de las tiendas, y el tomar un café en una pequeña pastelería en los bajos de una hermosa y antigua casa, volvieron hacia el hogar. Dafne seguía sosteniendo a Joshep, que con el estómago lleno con un tazón de leche caliente y un delicioso bollo relleno de mermelada, se durmió a pesar del traqueteo de la vieja camioneta.

—Una semana, — murmuró—cielos, aún una semana.

Bertha le sonreía mientras agarraba firmemente el volante y giraba, ascendiendo para llegar a casa.

—No es tanto Dafne, sólo hacer caso al doctor, alimentarse bien, un poco de ejercicio paseando, y descansar las horas necesarias. Es fácil. ¡Relájate!

Relajarse, eso era lo último que se le venía a la cabeza, ni siquiera sabía si iba estar allí la próxima semana para recoger resultados. El joven Geüser, no le había dado fecha de partida, pero suponían que en unas dos semanas desde su llegada, y el plazo se acercaba inexorable.

Tendrían que viajar hasta un lugar que ignoraba del mapa, sólo sabía que un pequeño barco pesquero los estaría esperando, y tendría que lidiar con lo que le trajera esa travesía, no exenta de peligro, cruzando un mar con patrulleras y submarinos, tanto de una facción como de otra. Dejó caer la cabeza hacia atrás. Quedaba mucho camino que recorrer para volver a casa. Si volvía. Heinrich se había mostrado implacable en lo de sacarla del país. Aducía que más peligro corría en Berlín que haciendo ese desesperado viaje de huida. Esperaba que estuviese en lo cierto y no salir del fuego para meterse en las brasas.

CAPÍTULO 31

TODAVÍA tardó Heinrich cuatro días en llegar a su destino. Dejar el tren y esperar un transporte militar que tardó horas en llegar a recogerle, hasta llevarle a esa zona remota y perdida de Bélgica. Aún así no era mal lugar. Estaba relativamente cerca del mar. Su acuartelamiento sólo tenía orden de mantener la paz en el lugar, y hacer rondas por los bosques adyacentes con regularidad, para buscar posibles soldados enemigos, huidos o escondidos.

Tenía una vivienda bastante agradable al lado del cuartel. Una antigua casa de dos plantas, pequeña y limpia. Un par de asistentes y una mujer del pueblo vecino estaban encargados de orden, limpieza y comidas. De eso no tenía que preocuparse. El ocupante anterior, otro coronel bastante mayor, había pedido retirarse por problemas de salud. Esa región era bastante húmeda, y a su antecesor, mejor dicho, a sus viejos y gastados huesos le habían hecho más mal que bien. Él y su esposa se habían marchado apenas hacía una semana.

El sitio estuvo a cargo de un Capitán mayor, y con muchísimos años de experiencia, que se extrañó de la juventud de Heinrich para ocupar un puesto tan lejos del frente. Pero cuidó mucho de hacérselo notar.

—Es un lugar agradable de vivir—adujo el capitán Lenz— ¿Está usted casado Herr Coronel?

Heinrich al que el capitán estaba acompañando en el primer día

enseñándole las instalaciones del acuartelamiento, asintió con la cabeza, mientras recordaba su reciente matrimonio.

—Hará unos dos meses.

—Pues puede traer aquí a su esposa. Es un lugar tranquilo, además, creo que su estancia aquí es indefinida. —Lenz le miró, por si al hacerle esa insinuación, el Coronel se decidía a abrir la boca y contarle porque a un hombre de su hoja de servicio era enviado a ese perdido lugar. Sonaba más como castigo que como recompensa a sus anteriores servicios. Pero el nuevo coronel no estaba por la labor. Permanecía atento a todo, pero con un semblante pétreo.

—Tendré que estudiarlo. Mi mujer está con unos parientes en el campo, necesitaba unos días de descanso, después de los bombardeos de la capital.

—Si, las mujeres y sus “nervios”. Quizás será mejor así, que ella se tranquilice, y luego la traiga a conocer este pequeño lugar. Por experiencia le digo que mi esposa está aquí encantada. Y si la suya se uniese a su pequeño grupo de damas, todas esposas de oficiales de la zona. Una mujer joven les daría vida a su pequeño club de costura, lectura, o en lo que anden metidas.

Heinrich volvió a asentir y se dedicó a hacer las preguntas pertinentes sobre las rutinas diarias, órdenes, etc. Lenz amablemente le informó de todo, incluso le invitó a cenar en compañía de él y su esposa. Heinrich declinó cortésmente aduciendo que necesitaba una noche de descanso después de varios días de viaje. Lenz no insistió más, y una vez concluido el horario, Heinrich se marchó a su nueva casa por esa noche.

El lugar estaba bien situado, pensó horas después despierto y en la amplia y solitaria cama. De allí a la costa, cuanto habría, ¿entre setenta y cinco o cien kilómetros? En un automóvil eso era cuestión de poco más de una hora.

La cuestión sería como contactar con su hermano desde aquel perdido lugar. Cosa imposible, puesto que Tony estaba en la clandestinidad

seguramente, y no tenía ninguna manera de localizarlo. Si salía de allí tendría que ser por sus propios medios, o bien, aguantar el tipo y esperar para que esa guerra acabase, para poder reunirse de nuevo con Dafne.

* * *

—¿Inglés?

—Hola G, hoy ha tardado más de lo normal la conferencia, y esta vez es importante. ¿Cómo están mi hermano y la joven inglesa?

—La chica está en sitio seguro. Su hermano en su nuevo destino en Bélgica, en la zona de Halzdorg.

—Si te dijera que tengo transporte para dentro de una semana, en los acantilados cercanos al mismo Halzdorg, ¿qué me dirías?

—Que tu hermano es un cabrón con suerte. O que ciertos "Hados" lo protegen.

—Podrías entregarme allí los dos paquetes en digamos ¿una semana? El próximo domingo... las coordenadas, apúntalas.

Geüser tomó nota sonriendo para sí.

—Al anochecer, cuidado con los cambios de guardias, aunque si mi hermano está a cargo de la zona...

—Lo dicho, cabronazo con suerte.

La risa de Tony llegó clara a través del hilo telefónico.

* * *

Una semana pasó relativamente volando. Después de cuatro días de lluvia primaveral, amaneció realmente espléndido. Salió a calentarse al exterior después del desayuno. Respiró hondo el aire limpio y puro del lugar. En las huertas, el viejo Herbert Geüser comprobaba los daños o necesidades de sus sembrados. En la cocina, Bertha estaba dándole el desayuno al pequeño Joshep.

El joven Geüser no había dado señales de vida. Ella esperaba en cualquier momento verlo aparecer y tener que preparar su equipaje a toda prisa para irse. Pero aunque llevaba allí unos doce días, no podía saber cuando se pasaría a buscarla para llevarla fuera del país.

Esta tarde volverían al pueblo, irían hasta la casa del Doctor Holzman, a recoger los resultados de su analítica. Se abrazó a sí misma mientras caminaba un rato por el suelo empedrado que llevaba al pozo. Sintió un ligero escalofrío. Su estómago estaba ahora bastante calmo. Las galletas que había tomado para el desayuno, verdaderamente se lo habían asentado. Era un truco que le había dado Bertha. Ante todo, tomar por la mañana recién levantada, unas dos o tres galletas secas. Aliviaba sobre manera las náuseas matutinas.

Si albergaba dudas sobre su posible embarazo, esta tarde las resolvería todas. A partir de ahí, tendría que tomar decisiones.

A pesar de todo, procuró pasar el día entretenida con los quehaceres diarios y con el nieto de Bertha. Poco antes del almuerzo pasaron por casa unos vecinos que venían de otro pueblo cercano, a los que Bertha invitó a comer en su compañía.

Mal que le pesara, la circunstancia hizo que cuando se montaron en la vieja camioneta para bajar al pueblo, ya era bien entrada la tarde. Sin duda, les cogería la noche de vuelta. Bertha hizo a Dafne coger su abrigo, y ella también se puso un calzado más grueso, la lluvia había enfriado muchísimo el

aire nocturno, y eso que el verano estaba sobre ellos. Tomaron también algo de comida para el niño por si se les hacía de noche y el pequeño tenía hambre, y un par de mantas por si se dormía mientras regresaban a casa.

La bajada hasta Grefrath, hoy, sabiendo a donde iba, le resultó más corta que la primera vez. Pero para su desasosiego, Holzman no estaba en su consulta aquella tarde. Había salido a atender una urgencia.

Bertha no se amilanó, propuso a Dafne darle un poco de tiempo para que el doctor volviese a casa, y ellas mientras harían algunas compras y tomarían un café. La esposa del doctor, Richelle, también las animó a esto, en vez de quedarse agobiadas dando vueltas dentro de la salita de espera.

Dos horas más tarde, oscurecido ya, volvieron sobre sus pasos, aparcando de nuevo la camioneta enfrente de la casa del doctor. Les volvió a recibir Frau Richelle, con una sonrisa, pero con malas noticias.

—Lo siento señoras, pero el doctor aún no ha vuelto. Si al menos hubiese dejado aquí el correo, pero recibió el aviso en la misma estafeta. Seguramente tomó los sobres, incluido sus análisis y los guardó en su maletín. ¡Hombre olvidadizo!, menos mal que el encargado de correos me mandó después del almuerzo a uno de sus hijos para decirme que mi marido había cogido el coche y fue a atender la urgencia del viejo Bachean. — Richelle negó con la cabeza. —Más de una vez se ha ido a una situación como esa y ¡yo me he vuelto loca sin saber donde estaba!

Bertha le dio las gracias, y que volvería el próximo día de consulta a recoger el resultado. Con los nervios a flor de piel, Dafne siguió a Bertha que llevaba de la mano al pequeño Joshep hasta la camioneta.

Una vez montadas, Bertha con las manos firmes en el volante, se volvió hacia ella.

—¿Te encuentras bien?

Dafne asintió con la cabeza.

—Sólo un poco agobiada, quisiera haber podido salir de dudas de una vez.

Bertha giró la llave del contacto.

—Acerquémonos hasta la granja de Bachmann. No nos coge tan lejos.

—Es tarde, y tampoco quiero ser una molestia.

—Tonterías. No creo que un pequeño desvío nos haga daño. De paso saludaré a los Bachmann, son parientes lejanos de mi madre. Son buenas personas, están mayores y achacosos ya, y viven solos desde que sus dos hijos marcharon a la guerra. Su hija vive lejos, en la zona de Colonia. Agradecerán nuestra visita, aunque sea a deshora, y tú podrás recoger el sobre con tu análisis.

Dafne alargó la mano y apretó el brazo de su reciente amiga. Se estaban portando tan bien con ella como si fuese su propia madre.

—Gracias Bertha. —Bertha sonrió y aceleró saliendo del pueblo, directamente hacia la granja de los Bachmann.

Prácticamente, la casa de los Bachmann estaba más alejada de lo que en principio pensó Dafne. Cuando fue a decírselo a Bertha, ésta sonrió y le dijo que la distancia verdaderamente no le importaba si era por verla descansar esta noche al fin. La había escuchado dar vueltas por su dormitorio todas las noches anteriores, y las ojeras se multiplicaban bajo los ojos de la joven.

Bien metida en el terreno boscoso, la camioneta se quejó ronroneando mientras subía la última cuesta. Al final del camino se apreciaban ya las luces de la casa, Ya era bien de noche. El niño se había dormido, y Dafne lo envolvía en una manta sobre su regazo. El automóvil del doctor estaba allí aparcado, para el alivio de ambas mujeres. Sólo había un camino para llegar a la granja, pero si el encargado de la oficina no hubiese entendido bien o no hubiesen dado bien el recado, podrían estar yendo hacia un sitio diferente de

dónde estuviese el doctor toda aquella tarde.

No bien hubo aparcado junto al coche, Anna Bachmann salió sorprendida a la puerta. No era muy común recibir visitas, tanto por donde se ubicaba su hogar, como por la tardía hora.

Bertha la saludó cariñosamente, ambas mujeres se abrazaron y besaron como parientes. Dafne bajó detrás, sosteniendo al pequeño que aún dormía. Fue presentada y enseguida la hicieron pasar a la casa. Pronto Dafne se vio instalada en una mecedora y el niño fue dejado bien tapado en un ancho banco acolchado, entre cojines y abrigado con la manta. Bendito ángel, seguía durmiendo.

Bertha y Anna hablaron de todo un poco, mientras el doctor aún se encontraba en la habitación. Había estado allí toda la tarde porque al viejo señor Bachmann había cogido una gripe debido a no querer dejar a los animales de su granja bajo la lluvia en los pastizales. El frío, la humedad y el resfrío que ya arrastraba, hizo que el hombre en apenas dos días le subiese enormemente la fiebre. Temiendo una neumonía, siendo tan mayor, el doctor no quiso retirarse hasta que no hubiese remitido un poco la fiebre.

Unos minutos después por el pasillo de la antigua pero acogedora casa de campo apareció el doctor secándose las manos en una toalla.

—Anna, su marido está durmiendo tranquilamente, le ha bajado la fiebre, apenas tiene unas décimas, yo... —levantó la vista de sus propias manos y notó entonces a las dos visitantes que había en el salón.

—Bertha, Frau Strieber, ¿ha ocurrido algo grave? —el hombre se acercó a ellas dándoles la mano con semblante preocupado.

—Oh, no doctor, no es grave. Esta tarde hemos estado buscándole un par de veces en su consulta, por lo del análisis de Frau Strieber.

Anna recogía la toalla de manos del doctor y murmuró una pequeña excusa, mientras enfilaba el pasillo para ver a su esposo.

El doctor Holtzman sonrió comprensivo.

—Este medio día antes de subir aquí recogí el sobre con los resultados. Tanteó la chaqueta de su traje, miró alrededor, y localizó su cartera. —Ah, lo metí en uno de los bolsillos de solapa. —se acercó y no bien hubo sacado el sobre color crema, cuando un fuerte golpe sonó en la puerta. Ésta cedió, puesto que no estaba cerrada con llave.

Un hombre con aspecto descuidado, con barba y un gorro de lana azul marino calado hasta las cejas apareció en la puerta mientras esta golpeaba con estruendo contra el muro. La mirada de todos se centró en el fusil con que les apuntaba. Otro hombre apareció tras él, igualmente, llevando una pistola. Este era rubio y llevaba una gorra de tweed hacia atrás y sostenía un cigarrillo a medio fumar y apagado en sus labios.

—¿El doctor? —El primer hombre avanzó dos pasos señalando con su arma a Holtzman. Los tres ocupantes del salón habían levantado las manos instintivamente. Anna, que entraba ahora de nuevo desde el pasillo hasta la sala. Ahogó un grito con su mano, cuando el segundo hombre avanzó hacia ella. — ¿Alguien más en casa? ¡Respondan!

Holtzman dio un paso valientemente hacia el hombre, intentando cubrir a las mujeres.

—Soy el doctor Holtzman. Aquí sólo estamos estas tres mujeres, el niño y un anciano enfermo en uno de los dormitorios.

Él que habló primero se dirigió en inglés a su acompañante,

—Compruébalo Cromwell— Éste se echó un poco más atrás la gorra y apuntó a Anna para que se apartara con un gesto del arma. La mujer se pegó a la pared mientras veía al hombre abrir una a una las puertas de la casa. Poco después la voz clara del inglés resonó por el pasillo. —Un anciano en la cama. Nadie más. —sus botas resonaron de vuelta al salón.

—¿Algún arma en la casa? —pregunto el jefe.

Anna que estaba aún en la esquina que daba al pasillo negó con la cabeza.

—No señor, la escopeta que está sobre la chimenea, pero es inservible—. Aun así, el hombre dio dos pasos hacía ella sin dejar de apuntarles y la tomó, pasándosela al llamado Cromwell que la comprobó

—Herrumbrosa, descargada..

El que parecía al mando se acercó caminando de espaldas hacia la puerta y gritó.

—¡Despejado!

Dos hombres más traían sujeto entre ambos a un tercero, que parecía muy joven, con una pierna manchada de sangre oscura y casi seca desde el muslo, donde le habían practicado un torniquete.

—Me ha costado trabajo encontrarle doctor, me he tenido que arriesgar a bajar al pueblo, para averiguar donde estaba. Su esposa fue muy amable. —Holztman cambió su expresión de tranquilo y conciliador, ha preocupado y agresivo. —Calma, doctor, su señora está en casa perfectamente. Me hice pasar por un buhonero de paso buscando medicinas para un amigo que viajaba conmigo, estese tranquilo.

Aún así el doctor permaneció más que alerta, miraba al que parecía al mando y al joven que estaban dejando caer en una de las sillas.

—Como ve, estamos de paso y necesitamos un poco de “ayuda médica”. —Señaló a las mujeres, —Señoras, las tres al banco donde está el crío. Y quietas. Las tres obedecieron despacio y sin dejar de mirar el arma que les apuntaba.

El doctor suspiró, se sacó la chaqueta con movimientos tranquilos y medidos. Subió hasta el codo las mangas de su blanca camisa.

—Tráiganlo a la mesa. —Holzman despejó el mantel que la cubría. Los dos hombres que acompañaban al herido lo elevaron con cuidado para tenderlo en la superficie.

—Señores. —Habló el doctor, —curaré a su amigo, pero no por que me estén apuntando con un arma, sino porque mi Juramento Hipocrático(19) y mi compasión así lo dicta. Una vez que lo haga, ustedes se marcharán. Y no harán daño a estas personas. ¿Es un pago justo, no?

El jefe sonrió y asintió.

—Tiene mi palabra.

—Pueden bajar sus armas. Estas mujeres no son una amenaza.

—Muy bien doctor, los tiene usted muy bien puestos. Hágalo rápido y bien, y nos iremos por donde vinimos.

El doctor asintió.

—Necesitaré ayuda, lo primero agua caliente para lavar al herido y alguien que me asista. —miró a las mujeres. — ¿Anna?

—Doctor hay agua caliente en un cacharro sobre el fogón, pero ayudarle, yo... — la mujer era demasiado mayor y verdaderamente temblaba. Holzman miró a Bertha, y ésta abrazaba contra sí a su nieto, luego su mirada se posó en la joven

—¿Frau Strieber?

Ella advirtió la mirada del doctor y se puso de pie con aplomo.

—Yo puedo ayudarle, tengo algunos conocimientos y experiencia. — Bastante experiencia, añadió para sí, acordándose de Tony. El chico que estaba sobre la mesa con el entrecejo fruncido por el dolor, era apenas más joven y tenía el cabello rubio trigo igual que él.

El que estaba al mando asintió. El doctor continuó con sus indicaciones.

—Gracias Frau Strieber. Vaya a la cocina y tráigame el agua caliente y que alguien la ayude a traer un cubo lleno hasta la mitad en agua limpia. Lávese allí las manos señora, y Anna, acerque toallas o sábanas viejas y limpias.

Dos hombres siguieron a las mujeres, uno de los que habían traído al chico siguió a Anna, el inglés siguió a Dafne, tras que el jefe tradujese su orden. Cromwell que al oír el apellido de Dafne se había erguido y puesto más alerta, sin que los otros se percatasen, la siguió a la cocina, apenas a un paso tras de ella, invadiendo casi, su espacio personal.

Dafne se lavó las manos y con unas agarraderas apartó el agua caliente que hervía en el fogón. Tomó un cubo de latón limpio y lo llenó hasta la mitad de agua. Lo empujó hacia Cromwell. No quiso hablarle en inglés, no sabía a qué atenerse, y mejor hacerse pasar por una lugareña más, a pesar que su vestimenta denotaba estilo. Cromwell lo agarró del asa y ella con unos paños llevó delante de él la olla hervida hasta el comedor. Lo dejó a instancias del doctor sobre los ladrillos de la chimenea, tras verter más de la mitad en el balde de agua. Luego, bajo las indicaciones del doctor le ayudo a romper el pantalón del herido, y limpiar la herida, comprobando que el torniquete estaba bien hecho y era efectivo durante la cura.

Durante la siguiente hora, Dafne, despojada de su chaqueta y vestida con una vieja camisa facilitada por Anna para que no se ensuciase, estuvo trabajando codo con codo con Holzman, hasta que éste dio la última puntada a la herida, y entre ambos pusieron una venda bien firme alrededor del muslo del chico.

Mientras el doctor enumeraba a los hombres como atender la herida del joven en los siguientes días y hurgaba en su maletín a por alguna medicación efectiva, Dafne se lavó las manos, se deshizo de la camisa sucia y se sentó pesadamente en una mecedora junto al banco donde permanecían las dos

mujeres con el pequeño, que empezaba a agitarse, pronto a despertar.

Cromwell la miraba de vez en cuando, aunque ella le hizo el mínimo caso. Lo único que quería es que aquello acabara y se marcharan, para poder volver a casa de los Geüser y abrir el sobre que había quedado olvidado en el banco de madera donde se acomodaban las otras dos mujeres.

Los hombres que habían acompañado al herido tomaban en su bolsillo las medicinas y le hacían preguntas al doctor pidiendo alguna aclaración. Cromwell, mientras tanto se acercó al jefe, hablándole en su idioma, en inglés.

—Osten, no dirías en serio lo de dejarles así por la buenas. —Miró con el ceño fruncido a las mujeres y al doctor—En cuanto nos alejemos saldrán a escape en busca del destacamento más cercano poniéndoles sobre nuestra pista. Además por mucho que corramos, ese camión que llevamos del ejército deja unas malditas huellas bien visibles por los caminos de tierra y puede que ya lo estén buscando. Podríamos abandonarlo, pero entonces tendríamos que dejar al chico también detrás.

Osten asintió. —Déjame pensar un instante Cromwell.

—No hay nada que pensar. Un disparo rápido y certero.

—Son civiles Cromwell, no mato a civiles indefensos. Eso descartado.

Cromwell resopló elevó un poco la voz.

—¡Pues algo habrá que hacer!, con Dick herido, no podemos irnos a campo traviesa.

Dafne estaba atenta a todo lo que hablaban. Bertha notó su nerviosismo y agarró su mano firmemente. Le susurró apenas.

—¿Entiendes lo que dicen? —Dafne asintió quedamente con la cabeza y le hizo una seña para que guardase silencio.

—Tenemos que llevarnos a uno de ellos. —Dijo al fin Cromwell—Así los demás tendrán por que callar.

Osten asintió. Pero, si se llevaban a alguno, más pronto o más tarde tendrían que “deshacerse del testigo”. Maldita sea, lo que había empezado siendo una simple operación de entrega de “paquete”, había resultado más peligrosa de lo que hubo previsto en un principio.

El camión que Cromwell, y los chicos habían usado para alejarse de la capital días antes, había quedado atascado en una de las pistas de tierra que usaban para alejarse de las carreteras más concurridas.

La mala suerte es que un par de soldados conduciendo otro camión de suministros de ejército se cruzara en su camino. Aunque al principio se habían ofrecido a ayudarles, luego sospecharon de los cinco hombres y acabaron en una corta refriega. Los soldados del camión de suministros acabaron muertos y arrojados a un barranco, igual que el viejo vehículo que llevaban ellos al principio. Se habían apropiado del nuevo, pero a resultas del fuego cruzado, el joven Dicker, resultó herido de una pierna.

La mirada de Osten paseó por los rehenes presentes. Era difícil poner la espada de Damocles (20) sobre alguno de aquellos civiles.

Llevarse al doctor, es un hombre, mayor, les podría resultar útil pero si tenían que deshacerse después de él, un varón siempre podía presentar batalla. Las dos mujeres mayores descartadas. El crío, menos, él no era un asesino de bebés. La joven Frau-algo, la que hizo de enfermera, era demasiado elegante para ser de ese pueblo. Había algo extraño en ella. Ahora les estaba mirando al igual que ellos. Maldita sea, ella les estaba entendiendo a la perfección a pesar de hablar en inglés. La miró directamente.

—Usted, señorita, la enfermera, levántese, y venga aquí.

Dafne obedeció después de apartar la mano de Bertha que hizo por retenerla agarrando con fuerza su brazo. Dafne caminó resuelta hacia ellos.

Por lo que había podido imaginar, esos no eran soldados alemanes, ni belgas. Y que con aquel inglés que les acompañaba. No podía ser, ¿estarían también intentando salir de Alemania? Si así fuera, podría ser su billete de salida del país, el ir de “rehén”, con ellos. Salvaría a la familia de Geüser, al doctor y a la pobre y anciana Anna. Además, el joven Geüser no tendría que exponer su pellejo por sacarla el mismo.

—Entiende lo que estamos diciendo, ¿verdad?

Ella asintió valientemente, tomó aire y decidió contarle parte de su historia habló en su idioma natal, así nadie de los presentes les entendería.

—Si señores, soy Dafne Sevenstons, soy inglesa. Necesito salir del país. Y por lo que adivino, ustedes van en ese camino.

Cromwell la miró de arriba abajo, Osten también, pero reconociendo el nombre que ella le daba, asintió

—Como habrá comprendido señorita, alguien ha de venir con nosotros.

—Me ofrezco a ello, si ustedes van hacia mi país, dijo mirando a Cromwell. Yo no puedo permanecer tampoco aquí. Aunque hasta ahora estaba escondida con esta familia, simplemente lléveme hasta Inglaterra, y por favor, no hagan daño a estas personas, ni a los Geüser, que tanto me han cuidado.

Osten miró hacia las mujeres y en especial al niño que había despertado y su abuela se esforzaba en mantenerlo tranquilo entre sus brazos. Maldita suerte la suya, ante él estaba la poca familia que su hombre en Berlín, Geüser tenía. El que la señorita inglesa estuviese con ellos, quería decir que la única manera que había encontrado de ocultar a la chica era llevándola con su propia gente.

Seguramente la escondía allí hasta encontrar la manera propicia de sacarla del país. No había querido hacerse cargo de ella unos días antes, y ahora la tenía ante si. Tomó una decisión rápida.

—Despídase de ellos, tome su abrigo y acompañenos. Le doy mi palabra de que nadie resultara dañado, y me comprometo personalmente en llevarla hasta un lugar desde donde podrá volver a su país. Los demás, afuera y a comprobar que no hay ojos curiosos cerca.—Cromwell y los otros dos hombres obedecieron rápidamente.

Dafne asintió agradecida. Se dio media vuelta y se dirigió hasta Bertha. El doctor había contemplado su conversación, no sabía si la había entendido o no.

—Bertha, necesitan un rehén que les acompañe. No confían en que no corramos a denunciarles en cuanto se vayan. —Bertha la vio ponerse el abrigo—Yo me he ofrecido.

—No por todos los Cielos, Dafne, no lo haga, su marido... —la voz de la mujer se quebró.

Dafne le dio unas palmadas cariñosas y se agachó a besar la frente de Joshep.

—Mi marido comprenderá.

Se volvió hacia Osten.

—Señor, ¿me permite escribir unas líneas para mi esposo?

Osten se tensó unos instantes. Ella sonrió.

—Usted podrá leerlas antes de dejarlas a mis amigos. Sólo deseo despedirme de él.

Osten asintió. Ella tomó papel que le ofreció el doctor, que había medio comprendido todo el asunto, y su propia estilográfica.

Escribió unas líneas y firmó con su nombre. Mientras Osten la leía, comprobando que no decía nada comprometedor, ella se sacó la cruz que

llevaba en el pecho desde que Tony le pidió que se la guardase. Cerró su mosquetón, y lo puso sobre el mensaje cuando el jefe se lo devolvió. Lo dejó en manos de Bertha bien doblado, con la pequeña joya dentro.

—Por favor. Bertha, que su hijo lo haga llegar a mi esposo. Él comprenderá, nada les pasará a ustedes.

Bertha temblorosa tomó el mensaje y la abrazó convulsivamente. Dafne tomó su bolso, donde llevaba su documentación y su dinero, y simplemente con lo puesto, salió de casa de los Bachmann, junto a aquellos disidentes, con dirección, esperaba, a Inglaterra.

Mientras se internaba en el oscuro bosque escoltado por Osten y Cromwell que cada uno le agarraba firmemente de los antebrazos, rezó para haber hecho lo correcto. Por haber salvado a aquellas personas que se quedaban en la casa, de cualquier problema, y de librar al joven Geüser de la responsabilidad de llevarla a la costa para embarcarla hasta Inglaterra.

Sólo esperaba tener suerte y que Osten fuese cumplidor con su palabra y la llevase hasta donde le había prometido. Si se había equivocado, su vida no valdría nada.

La sujeción de Osten era casi gentil, la llevaba con firmeza y suavemente para advertirle de cualquier tropiezo en la oscuridad. La de su compatriota, Cromwell era excesivamente fuerte. Milagro sería que ese brazo no acabase con los dedos del hombre marcándolo y formando moretones.

Los otros dos les seguían con un inconsciente Dicker, con su herida perfectamente vendada pero aún sin sentido.

Dafne se acordó del sobre, la última vez que se había acercado al banco donde estaban sentadas las mujeres, no lo había visto. ¿Se habría caído tras los cojines? Mala suerte, no sabría el resultado en días, o hasta que se le notase de alguna manera.

* * *

A kilómetros de distancia, metido en la ocupada Bélgica, Heinrich daba por concluido el día mientras miraba uno de los mapas de la región fronteriza con Alemania. Recorrió con los dedos las carreteras. Grefrath. Allí estaba, el diminuto punto en el mapa, apenas unos kilómetros al Este, la granja donde se ocultaba su mujer. Si tomara un simple automóvil, podría estar a verla media jornada. Sus entrañas se apretaron de deseo incontenible de volver a verla, de abrazarla, de confortarla, de protegerla y adorarla con cuerpo y mente. Maldita guerra.

CAPÍTULO 32

APENAS a diez minutos de la casa de los Bachmann, cuesta abajo y en un claro estaba aparcado el camión de suministros que aquellos hombres habían tomado. Osten hizo un gesto silencioso al resto de sus compañeros para que quedasen donde estaban. Él se aventuró solo caminando resuelto hasta el camión, con el arma preparada. Dio una vuelta completa a los alrededores, comprobando que nada había cambiado desde que lo dejaron atrás. Una vez terminada la inspección, les hizo una seña para que avanzasen.

Cromwell hundió los dedos en su brazo de nuevo para que anduviese más deprisa. A pesar de llevar sus botines más gruesos, sus tacones irremediablemente se hundían en la tierra esponjosa del umbrío bosque, haciéndola avanzar con más esfuerzo que a los hombres. Sin embargo, no se quejó. Intentó mantener el paso hasta llegar a la trasera del camión.

Osten había bajado el portalón trasero. La miró acercarse, mientras dejaba el arma con el seguro ya puesto sobre el camión.

—Venga aquí señorita. —Cromwell la soltó mientras ella caminaba hacia Osten. —Me permite,— El hombre se inclinó, la tomó de la cintura para sentarla en el suelo de la trasera del vehículo. —Sus zapatos, no resistirán esto si tenemos que caminar, y su ropa, menos

Los dos que sujetaban al herido se acercaron también a la trasera. Osten le hizo una seña que esperaran, mientras él mismo saltó adentro y pasó por el

lado de ella que permanecía sentada con los pies colgando. —Esperen un momento muchachos. Den un poco de privacidad a la señorita para cambiarse de ropa—Los de fuera obedecieron.

Osten anduvo en el interior del camión con una linterna encendida. Ella miró sobre su hombro y le vio abrir las cajas que guardaba. En pocos instantes se volvió hacia ella con algo de ropa y unas botas, las dejó sobre otra caja cerrada y la ayudó a levantarse.

—Ha sido una suerte “requisar” este camión, señorita. Haga el favor de cambiar ese llamativo vestido por el uniforme que le he dejado. Use dos o tres pares de calcetines si lo necesita, las botas más pequeñas que hay, aún le quedarán grandes. —Osten caminó hacia fuera y echando las cubiertas, dejando la linterna encendida en la esquina, subió también el portalón trasero, la dejó en completa intimidad. —Dése prisa, por favor.

Dafne corrió a obedecer. Se sacó su chaquetilla y el resto de su ropa mientras se enfundaba los pantalones de montar talla cadete, que se le ajustaban bastante bien a sus redondas caderas, la camisa y la guerrera de soldado raso eran gruesas y cómodas. Las botas necesitaron dos pares de calcetines para que anduviesen medianamente ajustadas. Recogida y doblada su ropa, y dejada oculta en un petate que estaba vacío, dejó allí también su bolso, cogiendo su documentación y su dinero, guardándolo en el bolsillo interior de la guerrera. Tras esto, corrió a levantar la cubierta.

Nada más verla aparecer cambiada, Osten le sonrió complacido que, de aquella manera, y ocultando esa maraña de rizos bajo una gorra militar, parecería más un joven soldado, que una mujer. Se apresuró a bajar el portalón trasero y a ayudar a subir al joven Dicker. Una vez acomodado en un camastro hecho con mantas del ejército, Dafne se sentó a su lado. Los dos hombres que lo habían transportado corrieron a la delantera del camión para conducirlo. Detrás quedaron Osten y Cromwell. Se quitaron parte de la ropa que llevaban y sustituyeron por uniformes alemanes de los que había de sobra en los suministros.

En los primeros baches, Dafne notó como la cabeza del herido estuvo un par de veces a punto de golpearse fuertemente. Se cambió de posición e hizo que el joven descansase sobre sus propios muslos. Quizás la postura fuese demasiado íntima, pero el chico no se merecía acabar más herido de lo que ya estaba. Tomó con cuidado su pulso y notó que era firme y casi normal. Dejó unos instantes la mano en su frente. Esta tampoco parecía excesivamente caliente. Si tenía suerte, y tal y como había visto, la herida era honda pero limpia y sin atravesar arterias, con la medicación y las vendas de compresión, en poco estaría de nuevo sobre sus pies.

—Es usted muy buena enfermera, señorita Sevenstons.

—Soy institutriz, pero con niños alrededor de una siempre hay que andar haciendo curas, y tratando con fiebre. —Ella le sonrió, Osten parecía un hombre serio y de palabra. Además de correcto y amable con ella. —Por favor, llámenme Dafne.

Osten asintió.

—De acuerdo, señorita, Dafne, puede llamarme Osten, todo el mundo lo hace, ese de ahí, —dijo dando una mirada corta a su compañero sentado en la esquina trasera y que repartía su atención en vigilar la retaguardia y en mirar a Dafne.—es Cromwell, él es compatriota suyo. El embarcará en breve hacia su país, y usted irá en el mismo barco. El chico herido es belga, aunque compañero nuestro desde hace un par de meses, es Dicker, un buen muchacho. Los dos que conducen son alemanes como yo, Becker y Klein.

Dafne asintió y se ajustó el cuello de su guerrera para acomodarse contra el lateral del camión.

—Nos dirigimos a la costa de Bélgica. Avanzamos más despacio porque tomamos pistas forestales, y hacemos casi todo nuestro camino de noche. Las patrullas que andan por aquí, están para limpiar la zona de posibles soldados huidos belgas. Las órdenes que lleva este camión y que requisamos a los soldados, simplemente ponen que es un transporte de suministros en ruta

hacia Bélgica. Pero aún así no quiero arriesgarme a un registro a fondo si algunos soldados más exaltados nos mandan parar en algún control de las carreteras principales o secundarias.

Dafne reprimió un bostezo, y Osten sonrió

—Si está cansada le pasaré unas mantas. Puede intentar dormir, nosotros lo hacemos de día cuando el camión está oculto. —El hombre alargó la mano y de echó casi encima tres mantas más.

—Gracias, sí, creo que intentaré cerrar los ojos un rato.

—Le vendrá bien. — Osten se deslizó hacia la parte trasera, para hacerle compañía a un huraño Cromwell.

Dafne usó las mantas para acomodarlas a su espalda y hacerse un pequeño nido, aunque permaneció sentada, no se sentía tan segura como para tenderse a dormir. Esa posición la hacía sentir más vulnerable. Aunque hasta el momento, salvo el mal encarado de su compatriota Cromwell, aquel equipo había sido de lo más correcto con ella.

Suspiró, medio aliviada de haber evitado a Geüser el tener que arriesgarse más por ella. En el fondo de su corazón esperaba que Heinrich comprendiese las razones por las que había tomado la decisión de unirse a ese grupo. Esperaba que, cuando le llegaran a él las noticias de su “huida”, estar ya a bordo del barco. Aún así, pensaba que, en cuanto pisase su país, y se pusiese en contacto con la persona que se encargaría de darle la cobertura económica prometida por Heinrich, éste se encargaría de decirle que ya estaba a salvo.

Con estos pensamientos, y entrando en calor con las ásperas pero calientes mantas, se adormeció suavemente, soñando con tiempos mejores, sin guerras, y si, con Heinrich a su lado, y quizás, un pequeño de gesto adusto y cabello dorado en brazos de los dos. Ella siempre había sido de las que mantenían la esperanza. Sin ella, toda su vida, se iría al traste. Lo mismo que había luchado desde muy jovencita por el sustento y por no separarse de su

hermana, ahora lucharía por su vida, por su futuro y el de su hijo, si al final estaba embarazada, y por volver, algún día, a los brazos de Heinrich.

* * *

Amanecía, cuando Geüser, vestido con ropas de trabajo y con su documentación habitual, pasaba los controles de salida de Berlín. Llevaba un petate, con algo de ropa y de comida. Esperaba tener suerte y que algún granjero le recogiera en su camino hacia Grefrath. De todas maneras si le paraba alguna patrulla podía aducir que andaba en busca de trabajo. Su documentación ponía sólo eso, peón de trabajo. Eso abarcaba bastante, lo suficiente para que lo tomaran por un vulgar bracero de los campos en busca de un jornal. En los primeros kilómetros, sabía a ciencia cierta que nadie pararía para llevarle, todo el mundo a aquella hora andaba con las prisas de los quehaceres, y los transportes de las mercancías hacia dentro de Berlín.

Resignado, ajustó su gorra, y caminó a buen paso. Sin embargo, no podía retrasarse demasiado en llegar a la granja de sus padres. Desde allí había su buen trecho hasta la costa Belga. Y sobre todo si se internaba en los bosques, que eso era lo que pensaba hacer. Lo que más le dolía era dejar sin transporte a sus padres, tendría que coger la vieja camioneta, aduciendo que el vehículo del Coronel Strieber había sufrido un percance en una rueda o algo y lo había dejado en un taller de algún pueblo cercano.

Strieber había sido previsor con eso. Palpó contra su pecho un buen fajo de billetes. Lo suficiente para que sus padres pudiesen adquirir otro vehículo si lo perdía de alguna manera. El coronel le había hecho tomarlo, igual que a su padre, aduciendo que todo era por la comodidad y la seguridad de su mujer. Geüser admiró en su interior al hombre. Le ayudaba, de verdad, después de conocerle, de buena fe. Si él tuviese una mujer por la que luchar... Bueno, tenía a su hijo, pero éste apenas le conocía.

Quizás cuando acabase esta misión, debería tomarse un tiempo de

tranquilidad. Volver a la granja, a cultivar la tierra. A su padre cada vez se le hacía más cuesta arriba, y el esplendor antiguo de las huertas de la familia Geüser, antes famosos en la región, entre la guerra y a falta de cuidado, decaían ostensiblemente.

De todas maneras, por mucho que avanzara la guerra, a él nunca lo alistarían, salvo ya un desastre total, después de trabajar como soldador durante su juventud, su vista era bastante deficiente. Aunque sabía como usar un arma, sobre todo de caza, por haber tenido siempre alguna en la granja, dudaba ya de su puntería a más de quince metros.

El ruido de una pequeña camioneta pintada de azul oscuro y medio herrumbrosa poniéndose a su altura y a su paso, le sacó de sus pensamientos.

Sin apenas curiosidad, sólo sorprendido por el hecho, miró instintivamente al conductor. Unos ojos saltones, un sombrero raído y una camisa de cuadros con un jersey de color indefinible. Klaus.

La camioneta paró justo a su lado. Geüser se levantó el borde de la gorra de la frente.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loco?

Klaus rió con carcajadas francas y fuertes.

—Así me llaman, Klaus “el loco”, eso ya lo sabes, anda sube, compañero.

Geüser abrió la portezuela y echó detrás entre los dos asientos su petate. Luego saltó dentro y cerró. Klaus sonrió.

—No iba a dejarte solo en esto.

Geüser se recostó contra el asiento lleno de lamparones sin importarle de donde lo habría sacado aquel vehículo. El olor que venía desde el cajón de la camioneta cubierto con una lona, le llegó hasta la nariz...

—¿Qué llevas ahí detrás? ¿Cebollas?

Klaus arrancó con más facilidad de lo que daba a entender el triste estado de la camioneta. El motor ronroneó como satisfecho de volver a caminar.

—¡Si! Un buen cargamento de cebollas, bien gordas, a puntito de pudrirse. Las llevo hasta una granja de Grefrath, que me las ha comprado, porque están todas germinadas, para la próxima siembra.

Geüser rió ante la loca idea de Klaus. Nadie en su sano juicio levantaría las cubiertas de la vieja y pequeña camioneta mucho rato, si no quería tener varias horas de náuseas. El mismo iba a contra viento y las olía perfectamente. Cualquiera que los parase, los instaría alejarse rápidamente para evitar el pútrido olor.

* * *

Heinrich se ajustó el casco, y arrancó de una patada la motocicleta Zündapp.

Otros dos soldados le acompañarían en otra motocicleta con sidecar. Aunque le ofrecieron ésta, para que el soldado le sirviera de conductor, Heinrich adujo que por su altura, se sentía incómodo en el lugar del sidecar. Así que tomó una de ellas, y dio orden de que le llevarán por el camino más corto hasta la zona de los acantilados. Quería conocer la zona que estaba bajo su mando. A nadie le pareció extraño que el nuevo Coronel quisiese conocer sus nuevos dominios. Su segundo, el capitán Lanz, se quedaría al mando del cuartel en su ausencia. Aún así llevaban la radio-transmisor en el sidecar para posibles incidencias.

Las motocicletas alcanzaban sus buenos noventa y cinco kilómetros a la hora. Pero las pistas que tomaba, guiado por sus soldados, apenas les dejaban avanzar a cuarenta kilómetros. El suelo, debido al último frente lluvioso, había dejado algunas zonas bastante embarradas, Y por otras, arroyuelos cruzaban los caminos naturales. Aun así, las máquinas eran bien capaces de

vadear hasta casi medio metro de agua, tampoco habían sido tan recientes como para que los desagües y neveros bajasen ya tan llenos.

Aun así, absorbió cada pista ofrecida por el paisaje. Tuvo bien a mano un pequeño mapa y una brújula ajustada sobre el manillar de su motocicleta. Él era bueno en eso. En África entrenó la mente para ello, para reconocer el territorio, y almacenar cada dato en su memoria como si fuese una fotografía.

La motocicleta era potente y cómoda de manejar. Si pudiese hacerse con una para su huida, le facilitaría mucho las cosas.

* * *

Dafne despertó bastante tarde, a pesar de su extraña posición, medio sentada y sosteniendo la cabeza del herido. Una combinación de circunstancias la sacó de su sueño. Una mezcla de que ya el camión no se movía, de voces de hombre desconocidas, y el que el joven Dicker removiéndose pronto a despertar, la hizo abrir casi de golpe los ojos.

Ni Osten ni Cromwell estaban allí. El portalón estaba bajado, aunque las cubiertas seguían en su sitio. Se estiró y miró hacia el chico que también abría sus ojos algo hinchados.

—*Vous êtes un ange...* —balbuceó apenas en francés. Dafne le despejó la frente mientras le tomaba la temperatura, y le respondió en su mismo idioma.

—*Je n'ai pas...*—sonrió al herido—*Je m'appelle Dafne. Comment êtes-vous? (21)*

Desde afuera asomó la cabeza sonriente de Osten, se había rasurado la descuidada barba, y con el uniforme alemán daba más el tipo.

—Eh, Dicker, *mon ami*—saltó hábilmente al interior, acuclillándose junto al chico. — ¿Ya has conocido a tu enfermera? Es una señorita Inglesa, y la

llevamos a casa.

Dicker la miro alternativamente al jefe y a ella y les sonrió.

—Creí que aún soñaba, y ella me contestó en francés.

Dafne sonrió también— No es tan difícil.

Dicker intentó levantarse, Osten le ayudó a incorporarse y quedar apoyado sobre el lateral del camión.

—Tranquilo muchacho despacio.

Dafne le acomodó tras la espalda una de las mantas y procuró que su pierna se estirase sin molestar las vendas.

—¿Es usted enfermera?

—No señor Dicker institutriz... —se puso de rodillas a su lado— ¿Me permite ver su herida?—Todavía algo atontado por la medicación, miró hacia su pierna como si fuese la primera vez que la veía.

—También es enfermera, no me lo niegue.

—En mis ratos libres, por lo visto.

Osten sonrió al ver tratar al chico con tanta paciencia. Empujó un cajón de madera con suministros hacia la entrada del camión.

—Chicos tomad y preparad un café. Luego volvió hasta donde Dafne comprobaba si la venda estaba bien ajustada. No se había empapado de sangre.

—¿Después del desayuno haremos la cura, no señorita?

—Si, tengo algo de náuseas, será mejor que tome algo ya.

—Sin ningún problema, me encargo de prepararle algo para ustedes dos, y señorita si desea salir un momento para, bueno, lo que necesite. —Osten se levantó y salió de un salto de la caja del camión.

Dafne sonrió al chico que descansaba relajado con la medicación dada por el doctor y siguió a Osten, que la estaba esperando para ayudarla a bajar.

—Si se sienta en el suelo del camión sólo tiene que echar fuera las piernas y usar el refuerzo trasversal del portalón como escalera. —Ella hizo lo sugerido, aunque él estuvo atento en todo momento.

—Para subir lo mismo, puede hacerlo poniéndose de espaldas, y poniendo ahí el tacón de la bota e impulsarse hasta ponerse sentada en el camión, o como escalera de gato. — El hombre sonrió, —lo que digo es para su comodidad, no me importa ayudarla cuando lo necesite.

—No se preocupe, le agradezco que me enseñe, valoro mi independencia, gracias. — ella le sonrió mientras pasaba a su alrededor para buscar un sitio privado entre el matorral que rodeaba la zona.

Saludó de paso a los dos chicos que se afanaban con el café. Y no vio a Cromwell por ningún sitio. Eso casi le produjo escalofríos, prefería tenerlo a la vista que no saber por dónde aparecería.

Cuando volvió agradeció que Osten le tuviera preparado un pequeño balde con agua limpia y tibia para lavarse la cara y las manos. Sabía que en un viaje así no podría haber comodidades, pero el jefe del grupo, se había tomado muy en serio su promesa de cuidar de ella.

Volvió al camión siguiendo a Osten, subió con algo de dificultad, pero lo hizo sola. Éste les acercó dos tazas de café de achicoria con leche en polvo, que sabía medio decente, y un platillo de latón con un puñado grande de galletas. Se acomodó al lado de Dicker, y le ayudó con el café mientras ella daba sorbitos al suyo. Entre ambos dieron buena cuenta de las galletas.

Después todo el mundo se acomodó para pasar la mañana allí, bien

oculto. Como le dijo Osten, preferían viajar de noche eludiendo así las patrullas diarias. Cromwell había tomado el primer turno de vigilancia.

Dafne se acomodó dejándose caer en el portalón trasero cuando lo subieron, y echaron las cubiertas. Dicker después del desayuno y la cura se había vuelto a dormir tras un par de pastillas y que otro de los chicos cuidara de ayudarle con sus necesidades.

Osten se echó a dormir allí también. Los otros dos subieron a la cabina y se recostaron en los asientos.

Dafne echó de menos no tener al menos un libro. Mirando hacia fuera se aprendió cada árbol casi de memoria, observó cada pájaro que pasaba y hasta un par de zorros que olisquearon el lugar pero que huyeron rápidamente de la presencia humana.

Hasta la hora de preparar algo de almuerzo todo el mundo permaneció inmóvil. Supuso que los días siguientes serían así. Por lo visto estarían en camino hasta la frontera Belga, que cruzarían con suerte esa misma noche. Luego se desviarían, siguiendo la línea boscosa hacia el norte, hasta los acantilados. Por lo visto con la próxima luna nueva le estaban esperando con un barco en un punto estipulado con anterioridad. Ella embarcaría junto a Cromwell, y los otros cuatro hombres se dispersarían hasta su próxima entrega de “paquete”.

* * *

Kurt se desperezó mientras Geüser apagaba el motor del pequeño camión a una distancia prudencial de casa, para no ofender más el olfato por su carga. Tenían la puerta cerrada aunque no era tarde y las luces del interior se veían encendidas. Bajándose y acercándose, vio el rostro de su padre a través de la ventana.

En breves momentos su madre abría la puerta, su padre detrás de ella, con

una vieja escopeta de caza en las manos. Las caras de ambos estaban alteradas. Su madre nada más verle le atrajo hacia sí, rompiendo a llorar.

—Que ocurre, ¿mi hijo?—acertó a preguntar nerviosamente Geüser.

Klaus apareció detrás de él, quedando sorprendido del recibimiento. El padre les indicó con señas que pasasen, mientras Bertha, seguía agarrada a su hijo llorando silenciosamente. Geüser miró a su padre, que, tras cerciorarse que no había más nadie fuera, cerró y atrancó la puerta.

—El pequeño está bien, hijo, el problema es Frau Strieber. Sentaos, Bertha, seca esas lágrimas y prepara de comer algo para estos hombres.

Klaus y Geüser obedecieron sentándose alrededor de la mesa, mientras Bertha permanecía silenciosa, poniendo un mantel y trayendo una botella de vino con tres vasos.

El viejo Geüser sin más dilación desgranó lo ocurrido la noche anterior. Su mujer puso pan y comida caliente sobre la mesa. Klaus fue dando buena cuenta de su ración mientras escuchaba con atención. Geüser apenas la tocó, con el semblante preocupado y serio.

—¿Qué pensará de nosotros el coronel Strieber?, prometí proteger a su esposa, y le he fallado miserablemente. —Geüser puso una mano en el hombro de su padre.

—No padre, esto no podíamos preverlo—bebió un vaso de vino. Su madre, que se había sentado también a la mesa después de poner la comida, agarró la mano del anciano también. Y contó retazos que su padre no había contado u olvidado mencionar. También describió a los hombres con detalle, incluido al que hablaba al parecer en inglés y le llamaban Cromwell. Geüser y Klaus se echaron una mirada cómplice.

—La idea de subir hasta la casa de los Bachmann fue mía. — suspiró Bertha.

Geüser miró a sus padres, y les tomó las manos a ambos.

—Nadie tiene la culpa aquí. ¿Tenéis la nota que os dio Frau Strieber? Bertha se levantó y se la dejó en las manos. Geüser la abrió con cierto malestar, puesto que no estaba dirigido a él, pero dentro podría haber alguna pista. La pequeña cruz de oro se deslizó sobre la mesa con un tintineo.

“Querido esposo. No me busques. Estaré bien. Han prometido que no harán daño a nadie si les acompañó. Me dejarán libre y de camino a casa. Tu mujer, que te quiere,

Dafne”

Geüser dobló la nota, introduciendo de nuevo dentro la pequeña joya. Luego la dejó sobre la mesa. Meditó unos instantes. Por todos los diablos, Dafne estaba en manos de Osten y su grupo. Al final su jefe se había hecho cargo, sin preverlo del segundo “paquete”. Ambos habían pasado unas cuantas veces muy cerca de Grefrath. Además datos como lo del inglés. ¿Cuántos ingleses podría haber correteando ahora por Alemania y por aquella zona y llamarse Cromwell? Miró a sus padres. Ellos necesitaban tranquilizarse, necesitaban que él fuese sincero. Teniéndolos aún de las manos, respiró hondo y comenzó a contarles su propia historia.

Les habló de cómo desapareció verdaderamente Raquel, de lo que sufrió mientras llevaba a su hijo recién nacido hasta ellos. Le contó como había perdido las ganas de vivir. Les contó como aquella noche había intentado suicidarse, ahorcándose desde el puente de hierro.

Luego miró a Klaus, les contó a sus padres como éste le había salvado la vida, y le había introducido en el grupo. Les contó por encima más bien a lo que se dedicaban. Al final lo de como conoció al coronel, el salvamento del inglés, y por último, que se había hecho cargo de Dafne para sacarla también del país.

Bertha y Joshep le contemplaban silenciosos, absorbiendo cada palabra

cada gesto. Su madre contuvo alguna lágrima rebelde. Su padre asentía con firmeza.

—Así, que Frau Strieber estará bien. Por lo que me habéis contado, esta al cuidado de uno de los mejores hombres que conozco.

Bertha dejó caer la cabeza en el hombro de su marido suspirando. Geüser guardó la nota en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Esta noche descansaremos aquí, padre. Mañana a primera hora partiremos. Le llevaré al coronel Strieber la nota. —sonrió a ambos— Tranquilizaos, Frau Strieber estará perfectamente cuidada. Ella va ahora camino de Inglaterra, como quería su marido. Aquí en Alemania no estaba segura. Prácticamente era lo planeado, simplemente no seré esta vez yo quien la acompañe.

Sus padres asintieron. Aunque la cena estaba fría, Geüser sintió ahora hambre, empezó a comer con apetito. La verdad, ahora que sus padres conocían su historia, tenía la sensación de ligereza en su corazón que hacía mucho tiempo que no sentía. Su madre quiso calentarle la comida, pero le dijo que no, que estaba buena incluso fría. Klaus se había sentado al lado de una de las ventanas, fumando un cigarrillo liado a mano. Su padre le acompañó, charlando de algo que él no prestó atención.

Su madre le miraba silenciosa. Aunque parecía estar digiriendo todo lo que le acababa de contar.

Una vez que terminó de comer se levantó. Caminó por el corto pasillo, necesitaba ver a su hijo. Abrió la puerta del dormitorio de sus padres, y allí estaba, en la antigua cuna que le había pertenecido a él y a sus dos hermanas. Se acercó silencioso. Dormía profundamente. Le recordaba sobremanera a su mujer, con el cabello oscuro ondulado, y sus ojos. Su madre entró tras él y abrazó la cintura de su hijo. Geüser le sonrió en la oscuridad.

—Madre, está será mi última misión. —Susurró apenas, para no perturbar

el sueño de Joshep—Tengo que llevar éste mensaje al coronel, y ofrecerme a llevarle hasta su esposa.

Su madre se sorprendió. —Pero...

—Hay más que no he contado ahí fuera, algo que no se debe saber, y que confié que no saldrá de nosotros—Bertha asintió—El coronel Strieber, él es medio alemán, su padre es inglés. Él estaba por diversas circunstancias que no puedo especificarte en el país cuando empezó esta guerra. Mis superiores quieren que él también salga de Alemania. Mi último trabajo será sacarle de ésta. Después, —besó la frente de su silenciosa madre, que continuaba abrazándole. —volveré aquí, con ustedes, con mi hijo, y labraré esta tierra. Mi alma estará en paz entonces, y podré continuar adelante sin lastre ninguno.

CAPÍTULO 33

LOS dos primeros días de viaje, Dafne había permanecido bien todo el tiempo dentro del camión. Saliendo sólo para estirar algo las piernas, atender sus necesidades y poco más. Vigilaba al herido, comía con él, le daba conversación cuando estaba despierto. Hablaba con Osten, cuando éste no dormía o le tocaba su rato de guardia. Y sobre todo, procuraba evitar a Cromwell y sus miradas incómodas.

No sabía o no distinguía a ciencia cierta, si la miraba de forma sospechosa, lasciva o interrogante. Lo cierto es que intentaba pasar el menor tiempo a su lado posible.

El tercer día de viaje, el joven Dicker se encontraba lo suficientemente fuerte para bajar de la trasera del camión. Mientras ella se internaba un poco en el bosque, y volvía, sus compañeros le ayudaron a salir y a sentarse ante la pequeña fogata en la que calentaban el café del desayuno.

Se sentó, luego a su lado, uno de los chicos que conducía el camión, le tocaba hacer la guardia primera. En el círculo alrededor del fuego, con Dicker a un lado y Osten a otro, agarró su jarrita de latón y le dio el primer sorbo a su café. A su frente, Cromwell parecía muy excitado mientras le contaba su historia al otro chico que usualmente siempre viajaba en la delantera del camión.

—...ese malnacido medio inglés, cuando lo volví a ver, fue el calabozo de

aquel pequeño cuartel donde me trasladaron. Por lo visto él iba a ser el encargado de interrogarme, y allí estaba, ante mí, con su uniforme de coronel del tercer Reich, nuevo y pulcro. Lo llamaban “Coronel Strieber”, el cabrón, cuando desertó de Inglaterra, para venirse a Alemania, utilizó el apellido de la zorra de su madre.

Dafne dejó de beber, manteniendo el jarro junto a sus labios, miró a Cromwell y éste justo entonces, le estaba lanzando una de sus extrañas miradas. Ella había reaccionado al escuchar el apellido de Heinrich. Y él parecía sopesar cada uno de sus gestos. Disimuló tomando otro sorbo, y miró hacia el lado, Acercándole el plato de galletas a Dicker que parecía bastante feliz de haber abandonado su encierro dentro del vehículo. Cromwell que se había interrumpido para beber también de su café, continuó su relato.

—...a saber lo que habrá vendido ese traidor de nosotros para conseguir ese grado tan alto de oficial. Yo me he matado a luchar y sólo soy Capitán.

Osten le miró algo molesto. Él, a pesar de estar ayudando a sacar gente de su país, que por diversos motivos se había quedado atrapada, era alemán. Que no comulgara con los mandatos del Führer, no quería decir que no quisiera a su país. Miró hacia Dafne y vio que estaba bastante pálida. Sabía de la enemistad que llevaba Cromwell como bandera, en particular con Strieber. Por Geüser sabía que ella había estado bajo la protección de ese hombre, y cuando la encontró estaba usando su apellido. Además de dejarle una nota y llamarle, su esposo.

—¿Se encuentra bien señorita?

—Tres días sin dormir bien solamente. Cansancio. Si me disculpan, volveré al camión a intentar relajarme un rato.

Se alejó del círculo de hombres y trepó con habilidad hasta la trasera del camión. Preparó un par de mantas y se acostó en el suelo en el rincón más alejado. Las palabras de Cromwell rebotaban en su mente cansada. “medio inglés”, “Coronel Strieber”, “desertor” “traidor...” ¿Cuántos coroneles

apellidados Strieber podría haber en Alemania? ¿Decenas? Podría Heinrich ser el mismo hombre del que despotricaba el Cromwell? Se tapó la cabeza impotente. ¿Se habría dado cuenta, que ella se paralizó cuando escuchó el apellido Strieber? ¿De alguna manera podría el inglés saber quién era ella y cómo de unida estaba a Heinrich?

El doctor la había llamado Frau Strieber delante de todos aquellos hombres. Se removió sobre su duro lecho, a pesar de estar cubierto por una gruesa manta militar, notaba hasta los remaches del suelo. Tendría que ser prudente, aguzar el oído, y no dar señales de que lo que escuchara, le afectase. De alguna manera no le gustaba Cromwell. Y si el Coronel Strieber, mencionado por Cromwell y al que parecía tener tan profundo odio y Heinrich eran la misma persona, no se imaginaba hasta qué punto ese hombre podría volcar su odio sobre ella.

No supo a ciencia cierta si se adormiló un rato o unas horas. Alguien la tocó en el hombro, y se sobresaltó. Era Osten, acucillado junto a ella. Estaban solos en el camión.

—Dafne, ¿cómo se encuentra? No se ha despertado para almorzar, y dentro de tres horas reiniciaremos el viaje.

—Sólo estoy cansada, no se preocupe, ¿dónde están los demás?

—He enviado a Cromwell y a los dos chicos a hacer un barrido a fondo por los alrededores. Estamos ya en Bélgica, y no quiero sorpresas. Dicker está afuera, despierto y bastante bien, haciendo guardia con su arma. Y pendiente de calentarle algo de comida.

—Bien. —ella se incorporó, Osten le dejó espacio.

—Señorita, no he podido hablar antes, siempre he tenido testigos. La he despertado, para aprovechar que no hay oídos cerca.

Dafne se sentó aun envuelta en la manta. Tenía escalofríos.

—Noté antes como reaccionó cuando escuchó el apellido Strieber, y a Cromwell tampoco le pasó desapercibido. Sé quién es usted señorita—Dafne instintivamente se encogió—No, tranquilícese, Geüser es uno de mis mejores hombres de Berlín. Él vino a mí para que la incluyese en este viaje desde el principio. —Notó como ella se relajaba apenas, pero mantenía toda su atención en él, mirándole con esos grandes ojos oscurecidos por el cansancio. — Fui un necio entonces y le dije que no podía arriesgarme arrastrando a una mujer con nosotros por estos caminos.

—Ah, no sé si darle las gracias o arrojarle un zapato. —dijo lacónicamente.

Osten sonrió.

—Me alegra que mantenga su sentido del humor después de tres días de viaje con nosotros. Lo que yo temía era que usted fuese una carga. Bien siento haber pensado así. La verdad es que no esperaba encontrármela en aquella granja cuando llevamos a Dicker herido. Pero por lo visto, estaba en nuestro destino que yo la llevase camino a su país. Y ahora me alegro.

Ella sonrió ante la sinceridad del hombre. Cuando él sonreía también parecía quitarse diez años de encima. Le pasaba igual que al joven Geüser. La guerra, las circunstancias. Todo había hecho estragos en el hombre que tenía ante sí. La mayoría de la gente tenía una historia a sus espaldas. Este hombre no era menos que otros.

—No se crea que estas misiones han resultado siempre tan fáciles. El conseguir este camión nos ha facilitado el cincuenta por ciento del trabajo. Pero le tengo que advertir que, cuando lleguemos a la línea de costa, tendremos que ocultar el vehículo, y cargar algo de comida y pertrechos y hacer más de quince kilómetros a pie a campo través. Y espero hacerlo en tres horas.

—Estaré a la altura. —asintió Dafne, y si no llego a estarlo, y tienen que dejarme atrás, no les culparé por ello.

—Estaré con usted, yo nunca he perdido “un paquete”, esta vez no será la primera, se lo prometo. —Osten levantó la vista a la salida del camión— Alguien regresa. Por favor, mantengamos en silencio que conoce usted al Coronel, ¿sí? Por su seguridad.

Dafne estuvo de acuerdo, aquel hombre era muy sagaz. Había advertido su malestar cuando escuchó a Cromwell hablar de su historia. Le miró bajar de camión con la agilidad de siempre y se levantó también, acomodándose el cabello. El estómago gruñía con hambre. Esperaba que lo que hubiese de almuerzo, aunque fuese lata de carne con guisantes del ejército, no la hiciese sentir las náuseas de la mañana.

* * *

Todas y cada uno de los días que llevaba en su nuevo puesto en la zona Belga había hecho la misma rutina.

Se levantaba apenas al alba, se vestía con su uniforme de campaña limpio, y desayunaba mientras escuchaba algunas noticias en Radio Belgrado.

Una hora antes de lo normal, solía entrar en su despacho para ver si había alguna orden especial, organizaba trabajo de oficina que pudiese hacer el capitán Lanz por él, y mantenerse ocupado, y a las nueve en punto de la mañana estaba en las cocheras. Los mecánicos se encargaban diariamente que estuviese a punto y limpia de barro su Zündapp favorita. No el último modelo, pero era grande y cómoda para un hombre de su envergadura. También tenían preparadas las otras dos, la más moderna y ligera y la del sidecar.

Tres hombres acostumbraban a patrullar junto a él, desde que había establecido esa rutina. El capitán Lanz no ponía ninguna pega, la verdad que el hombre era algo mayor y el trabajo de oficina era más que agradable para él. Que el joven Coronel le gustase patrullar junto a los soldados, habiendo

tan poca acción en el pequeño cuartel, casi no era de extrañar. Además, llevaban siempre consigo el equipo de radio-transmisor, en cualquier momento, salvo que viajasen por una hondonada, se podrían poner en contacto.

Los tres soldados llegaron después de Heinrich al garaje, reían entre bromas soeces, pero en cuanto le vieron recuperaron en un segundo la compostura y se apresuraron a ponerse bajo sus órdenes.

Heinrich se acomodaba el casco y arrancaba la motocicleta, los demás lo siguieron. En cuatro días había hecho cientos de kilómetros por aquellos bosques de árboles de troncos rectos y tupidos. Comenzaba verdaderamente a familiarizarse con rutas y senderos. Su brújula siempre a mano y su mapa con cientos de anotaciones. Hoy se dirigiría a la zona de acantilados de la costa. Quería revisar personalmente los lugares más recónditos. Nunca se sabía si en el futuro dicho conocimiento, podría resultar de utilidad.

* * *

Geüser y Klaus llegaron al fin a la zona de Halzdorg, el solitario cuartel donde había sido destinado el Coronel Strieber. El pequeño camión que conducían les había dado más de un problema en su camino hasta allí, además de haber querido evitar cualquier patrulla o control fronterizo, teniendo que recurrir a rutas alternativas y caminos francamente malos. Lo que cualquiera por buen camino haría en unas dieciocho o veinte horas, a ellos les había llevado cuatro veces más.

Hasta el olor a podrido de las cebollas ya no les afectaba.

Dejaron a una distancia prudencial del cuartel su vehículo. Klaus se quedó en él, sentado al volante, y Geüser se bajó, completamente decidido. Era un riesgo presentarse en el mismo cuartel, pero las noticias que llevaban eran perentorias, y el tiempo se les acababa. Rogó internamente a los cielos que, los guardias de la puerta no fuesen excesivamente celosos con su

cometido, y que no le pidiesen sus documentos, y si lo hiciesen, y lo encontrasen sospechosos, llamaran antes al Coronel que a cualquier sargento con ganas de colgarse una medalla en el pecho.

Apenas estuvo a cuatro pasos de la puerta los soldados se removieron inquietos, y uno de ellos le apuntó con el arma en medio del pecho.

—Alto, ¿que quiere!

—Discúlpenme, traigo una carta personal al Coronel Heinrich Strieber,— se quitó su gorra y la estrujó contra su corazón. —acaban de trasladarlo a este destacamento. Trabajo para él, soy uno de sus criados de su casa en Berlín.

—El Coronel ha salido de patrulla esta mañana. Tendrás que irte y volver a la tarde, o esperarle, pero aquí delante no. No creo que vuelva antes de las cinco. Nunca lo hace.

Geüser se deshizo en reverencias serviles y en darles las gracias apretando contra su pecho su gorra, como lo haría un criado vulgar.

Luego se volvió hasta la camioneta. No volvió a montar en ella, ni esperar allí cerca, a la vista de los soldados. No necesitaba que vieses demasiado tiempo su cara pudiera resultar fácilmente reconocible. Haciéndole un gesto a Klaus para que arrancara y se fuera, él siguió calle adelante hasta entrar en una lateral. Klaus le siguió por el mismo camino, minutos después.

Había andado hasta casi el límite del pequeño pueblo cuando la camioneta se puso a su altura y montó de nuevo. No era difícil llegar a las afueras, apenas había un centenar de casas vecinales. Sólo había una calle principal, donde se agolpaban comercios varios en los bajos, y las calles adyacentes eran de casas con jardines o pequeñas parcelas cultivadas con su casita de labor.

El cuartel estaba en uno de los extremos de la calle central. Eran tres edificios iguales y nuevos de ladrillo verdoso, molduras simples y ventanas estrechas y altas. Estaban simétricos, y rodeados por una valla de ladrillo y

hierro forjado. El primero era el destinado a oficinas, y supuestamente tendría que haber algún calabozo en sus bajos. El segundo, la planta baja era el garaje y taller de los vehículos del ejército, y la planta de arriba parecía zona de almacenaje. Éste tenía otra salida más cómoda por la otra parte del vallado. No tenía guardia igual que en la entrada, se hallaba cerrada con una gruesa cadena, y había una garita, supuestamente para uno o dos vigilantes. El tercer edificio, perpendicular a estos y de igual estilo, parecía contener las dependencias de la soldadesca, dormitorios, duchas, alguna zona de descanso, y por supuesto, las cocinas y el comedor en la zona baja.

Todo parecía tan limpio y pulcro como nuevo. Las banderas ondeaban suavemente mecidas por la brisa que les llegaba desde el mar, que estaba a pocos kilómetros, pues la fragancia de las algas y la salinidad llegaba a veces bastante clara.

Tenían aún siete largas horas por delante. Klaus aparcó junto a una granja bastante vieja. Pensaban descansar el resto del día. Todavía tenían víveres que les había proporcionado Bertha, aunque sería mejor que compraran algo de comer para la vuelta. Pero antes de nada necesitaba localizar al Coronel. Esperaría de nuevo a las cinco de la tarde, y se acercaría solo, de nuevo hasta el cuartel.

* * *

Heinrich se sentía plenamente satisfecho a la vuelta de su exploración de los acantilados. La zona era accesible por unos escalones labrados en la roca hasta la misma playa, ésta era de arena negra y grava basáltica en todos los matices de gris hasta el negro más absoluto.

Una desvencijada cabaña de pescadores, con redes tendidas alrededor, pequeñas boyas, remos, y demás pertrechos tanto para la pesca como para el arreglo y calafateado de pequeñas embarcaciones. Una chalupa al parecer desfondada, y marcas recientes en la arena de botar dos o tres embarcaciones

de pequeño calado habitualmente. No bajó, Solo, desde lo alto del acantilado y sin desmontar su motocicleta había cogido los prismáticos y había observado la zona. Sus soldados habían quedado retrasados por un pinchazo inoportuno en el sidecar.

Los soldados le indicaron anteriormente que la construcción pertenecía a unos pescadores viejos de la zona. De vez en cuando alguno de ellos bajaba para echar un vistazo de cerca, pero nunca habían hallado nada sospechoso en aquellos hombres. Se dedicaban a las labores de pesca y arreglo de sus barcas, y a poco más que sobrevivir.

Igualmente durante la mañana había llegado a observar cada punto de vigía de la zona costera. Los soldados de su unidad disparaban datos sin ningún problema, tanto de patrullas, como de horarios de vigía.

Su mente almacenaba cada uno de los informes recibidos. Había observado que la cabaña tenía un aspecto desvencijado exterior adrede, porque sus puertas y ventanas parecían fuertes y bien cerradas. La cercanía de los puestos armados de vigilancia de la costa era de algo más de doscientos metros. Seguramente por lo abrupto de la zona.

Debido a la peculiaridad de aquella zona, quedaban muchos puntos ciegos entre ambas vigías. Incluso desde los islotes que se alzaban frente a la costa. Todos eran verdaderamente abruptos. Le confirmaron que algunos tenían alguna que otra dotación que debían de rotar de un islote a otro. Pero habiendo algunos mejor pertrechados, normalmente la soldadesca prefería hacer vigilancias desde los más cómodos.

Y precisamente, los islotes que estaban ante aquella cala, eran los más pequeños y difíciles para la vigía, tanto que no contaban ni con una miserable garita. Aunque navegar entre ellos también era una tarea ingrata. Había poco fondo en algunas zonas, y las embarcaciones de algún calado estaban expuestas a embarrancar y hundirse. Solo pequeñas barcas, si el personal era curtido y conocía la zona, las podría rodear, hallar el canal y salir a mar abierto.

Justo en las calas, vivían los tres únicos hombres que podían hacerlo, pero eran tres viejos considerados inofensivos. Se dedicaban a malvivir de los frutos del mar, y del calafateo de pequeñas barcas. Heinrich sonrió para sí. Si. Inofensivos, poco visitados, difícil de navegar entre las rocas e isletas frente a la costa. Los mismos soldados y vigías evitaban la zona por incómoda. Almacenó en su memoria estratégica los detalles y dio la vuelta en busca de sus hombres y de nuevo hacia el cuartel.

* * *

Ante la cara de sorpresa de Geüser, Klaus el loco había hecho negocio y conseguido una excelente comida gratis.

Apenas una hora después de estar aparcados en las afueras del pueblecito junto a las granjas, uno de los propietarios volvía con una camioneta poco más o menos como la que ellos conducían, les había saludado con la cabeza, al pasar junto a ellos despacio, y aparcaba junto a la granja más cercana. Apenas minutos después el mismo hombre bajaba por el mismo sendero a pie con las manos enlazadas a la espalda.

Geüser se removi6o incomodo ante la cercanía del hombre mayor, pero Klaus le puso una ancha sonrisa a su rostro cuando éste lo saludó de nuevo, parándose junto a la camioneta.

Al principio, Geüser creyó que era cualquier entrometido y que sospechaba que estuviesen tanto rato allí parados, sin hacer nada, mano sobre mano. Se creyó morir, no sabía de risa o de qué cuando el loco Klaus le soltó al labrador el más peregrino de los embustes sobre la carga que llevaban, y que el comprador, después de hacerles viajar tan lejos no se había querido hacer cargo de la mercancía.

El paisano, que al pasar por el lado, había olido la carga, sonrió de inmediato, ofreciéndoles un trato, una buena comida casera, y quedarse con

la carga para su próxima siembra, a cambio de los excedentes que traía de vuelta del mercado.

Klaus le dio la mano vigorosamente cerrando el acuerdo. Geüser se vio arrastrado en la vorágine de otra de las locuras típicas de Klaus.

Horas después, se habían deshecho de su apestosa carga, habían lavado con agua el camión y lo tenían cargado de innumerables cajas con diferentes frutas y verduras. No en exceso, pero de buena calidad. Y con factura de venta. Además del estómago agradablemente lleno por un estupendo almuerzo casero.

Geüser meneaba la cabeza negativamente, las locuras de Klaus a veces eran proverbiales, mientras volvía sobre sus pasos hacia el cuartel, en busca de nuevo del coronel. Esta vez esperaría en la cercanía de la segunda puerta, la que daban a los garajes.

No tuvo que aguardar mucho. Dos motocicletas y un sidecar avanzaban por la misma calle, desde las afueras. Venían a buena velocidad. Las montaban tres soldados y un Coronel. El mismísimo Strieber.

Heinrich tuvo que mirar dos veces al delgado hombre que estaba sentado en una valla baja de piedra natural en la misma calle del cuartel. Tenía una gorra marrón calada, y lacio cabello rubio ceniza se escapaba de ella. Era Geüser. El corazón se le desbocó en un instante, sin pretenderlo. ¿Le habría ocurrido algo a su mujer? Le dio un gesto de reconocimiento y para que le esperase. Geüser asintió apenas perceptiblemente. No parecía excesivamente preocupado sin embargo. ¿Qué le habría traído hasta allí? ¿Y cómo diablos sabía dónde encontrarle? Precisamente, él no había dicho más que a dos personas su destino, su tío, y Ludwick.

Le llevó más de una hora poder salir del cuartel sin que nadie extrañara. El Capitán Lanz le estaba esperando con dos o tres cuestiones. Una de ellas era la de un camión de suministros desaparecido hacia unos cinco días que no había llegado a su destino. Y sin embargo, los dos soldados que lo conducía

habían sido encontrados en un barranco, bastante destrozados y muertos a balazos. Se había emitido la orden de búsqueda con la matrícula del camión, la marca y pocos más datos. El hecho no tenía testigos. Los únicos estaban en el fondo de aquella quebrada, junto a un vehículo que no conocían con matrícula falsa y completamente quemado.

Una vez que consiguió salir, Geüser estaba en el mismo sitio prácticamente, desde la calle principal le hizo una pequeña seña para que le siguiese. Este obedeció. Heinrich se dirigió a su casa. A esas horas estaría sola. Había hecho que la mujer del pueblo que hacía las comidas y atendía los quehaceres diarios, se fuese siempre antes que él volviese. Cuando llegaba sólo quería privacidad. Calentarse una cena no era tan difícil si estaba ya hecha al lado del fogón. Abrió la puerta de su ahora pequeña casa con Geüser pisándola los talones. Ambos hombres entraron, y Heinrich tomó aire mientras la cerraba, temiendo preguntar y sobre todo, temiendo la respuesta.

—¿Qué ha ocurrido Geüser?

—Un imprevisto Herr coronel, su mujer, va camino de su país, pero con uno de mis jefes.

Heinrich suspiró. Caminó alrededor de su invitado y entró en la cocina, éste le siguió. Tomó una botella de vidrio azul llena con vino de la zona, y le hizo una seña para que tomara asiento alrededor de la mesa de la cocina. Sirvió dos vasos.

—Cuéntemelo desde el principio.

Heinrich acariciaba en sus manos la pequeña cruz de oro con su gema turquesa. En la otra mano, sostenía la nota de su mujer, la había leído innumerables veces, en búsqueda de una pista, de algo, pero sólo su caligrafía redondilla y clara le devolvía la mirada.

Querido esposo. No me busques. Estaré bien. Han prometido que no harán daño a nadie si les acompañó. Me dejarán libre y de camino a casa.

Tu mujer, que te quiere,

Dafne”

“Querido esposo”... “*Tu mujer, que te quiere*”, dichas palabras resonaban en su cabeza una y otra vez. “*Tu mujer, que te quiere.*”. Te quiere.

Y él no le había dicho esas palabras ni una sola vez, sabiendo cuanto las necesitaba una mujer tan sensible como era ella. Se llamó imbécil, y se prometió que esas serían las primeras palabras que le diría al oído si alguna vez podía reencontrarse con ella.

—Hay un camión en busca y captura, desapareció a pocos kilómetros de Grefrath, Geüser. ¿Podrían haberlo cogido los de tu grupo?

Geüser apenas había probado el vino servido. Se entretenía dándole pensativo vueltas en el vaso.

—Puede ser, la zona es habitual en las huidas, es tranquila, vigilada pero no demasiado. Buenos bosques, caminos entrelazados.

—Tenemos orden de detenerlo a toda costa. Y eso es disparar y luego preguntar.

—Se dirigen hacia aquí, a los acantilados. No sé si ya lo estarán o no, no sé si los he adelantado, o ellos a nosotros. —suspiró, y ahora, sí necesitó darle un trago al vino. —Yo tenía la intención de llegar hasta aquí con ella, y luego conducirles a ambos hasta el punto de encuentro, dentro de dos días.

—Yo no puedo cruzar el canal.

—Mis órdenes eran llevarle hasta el transporte, lo que usted decida, es su vida, Coronel y la de su mujer.

—Geüser, allí soy un traidor.

—Su hermano me dijo que estaba encargándose del asunto, si le ofrecían llevarlo hasta Inglaterra, será porque hay algo más para usted de lo que espera.

—Sólo espero allí un Consejo de Guerra y el paredón.

—Si esa fuera la única opción, no creo que me hubiesen instado a llevarle a usted. Este lugar, aunque cercano, es un desvío para mí y “el paquete”— Heinrich alzó la ceja al escuchar la última palabra, Geüser le aclaró. — Llamamos “paquete” a la persona que debemos llevar de un punto a otro, y entregar a tiempo, por supuesto.

Heinrich se levantó a mirar por la ventana. La luz del día había desaparecido. Las luces de las casas se estaban encendiendo. Cerró las contraventanas, antes de hacer lo propio.

—Mañana daré la orden precisa de búsqueda del camión, pero sólo de detención, intentaré que mis unidades no disparen, únicamente de captura. Pero si ellos disparan, mis hombres se defenderán. Y no puedo garantizar lo que harán las dotaciones vecinas.

—Nosotros haremos lo posible para localizarlo, espero que no hayan entrado en su zona todavía, y poder sacar a la chica de allí, y advertirles que dejen el vehículo antes de que sean capturados.

—Lo mejor sería que hubiesen entrado. Las otras unidades y los otros cuarteles no serán tan benévolos, la orden es la de disparar a matar.

Geüser asintió. —Me tengo que poner en camino, ya. ¿Tiene una pluma?

Heinrich se tanteó el bolsillo superior de la camisa y sacó su pluma Roting.

—Escriba las coordenadas que le dé, búsquelas en el mapa. Sólo sé que es una zona de acantilados y que allí le recogerían dentro de cuarenta y ocho

horas, poco más.

—No me iré sin ella. —dijo mientras tomaba el mismo papel que ella escribió su nota de despedida. —lo sabe, ¿verdad Geüser?

Geüser asintió y le dio las coordenadas de memoria. —Lo sé, pero si usted no la consigue encontrar, quizás lo haga yo. Esa noche habrá dos embarques, el que espera a mi jefe con su “paquete”, y el que espera al mío. Si la encuentro la llevaré hasta su embarque, si mi grupo consigue embarcarla en el suyo, sin que yo pueda interceptarla, no nos enteraremos hasta que esté a salvo.

—Asumiré el riesgo de quedarme en tierra. Lo único importante es que ella pueda huir.

—De acuerdo, aquí nos despedimos, si es posible nos vemos dentro de dos días y si no...

Heinrich le acompañó hasta la salida, antes de abrir la puerta y que Geüser saliera en busca de su compañero, le hizo parar —Un par de preguntas, ¿Cómo averiguó que me destinaron aquí? Y ¿Puedo preguntar quién es el otro “paquete”?

Geüser no dudó en contestar. —Difícil y fácil. La primera. En mi grupo todos tenemos digamos “una letra” del abecedario asignada, si yo fuese “B”, conocería directamente a “A” y a “C”. “C”, conoce a “B” y a “D”, Pero “A” no conoce a “D”...y así sucesivamente, Si un eslabón cae, los otros dos que hay a su alrededor digamos, se sueldan de nuevo. ¿Lo coge?

—Si, tiene la información, pero en realidad no sabe quién es el origen.

—Correcto, y el “paquete” es el inglés que usted ayudo a sacar hace dos meses, Cromwell. Ha estado convaleciente hasta ahora. Los que le interrogaron le dieron de lo lindo.

Heinrich resopló. Esperaba que Dafne hubiese sido discreta y no hablase

de su relación, con el grupo, sobre todo con ese imbécil vengativo de Cromwell.

—Si tiene la mandíbula rota... *mea culpa*, el resto, no se decirle.

—Yo tampoco, pero seguro que se ganó cada uno de los golpes, su mismo hermano me advirtió sobre él. Adiós Coronel. —dicho esto desapareció por el sendero calle arriba. Heinrich cerró la puerta con doble giro de llave.

Volvió a la cocina. Allí en el centro de la mesa cuadrada de pino estaba la pequeña cruz latina. La misma que seis largos años antes había dejado al cuidado de Tony. Éste, a su vez, también la había dejado como protección a Dafne... Y ahora, ella la había enviado de vuelta a sus manos, cerrando el círculo. Abrió el pequeño cierre de la cadena. Luego despejó su cuello, abriendo dos botones de la camisa, y se la ciñó.

Esperaba poder volverla a poner alrededor de su fina garganta, pronto. No podía perder ahora la esperanza. Ya había sido el destino demasiado duro con él. Se merecía al menos eso... poder estar juntos, una última vez, aunque él se quedase en tierra, y tuviese que obligarla a subir a ese barco.

CAPÍTULO 34

HABÍAN aparcado el vehículo militar en una zona boscosa bastante tupida. Incluso un camión con ruedas anchas, y adaptado a casi todo terreno, tuvo dificultades para penetrar hasta allí. Luego los hombres empezaron a barrer las huellas de los neumáticos y a taparlas con la hojarasca.

Dicker estaba caminando ya casi a la perfección, sólo se cansaba algo si estaba mucho tiempo de pie, quieto. Prefería andar a permanecer parado. Pero sus compañeros, queriendo que ahorrara fuerzas, no le habían permitido hacer la tarea de ocultar las pistas de camión. Habían sido demasiado osados esta vez. Tuvieron suerte de no haber topado con ninguna patrulla. Y esa zona en donde pasarían el día estaba a unos veinte kilómetros escasos en línea recta hasta su punto de encuentro. Ya era imposible acercarse más. El resto del camino lo harían a pie la noche siguiente. Una vez en las cercanías, acamparían en unas cuevas durante el día, y al anochecer llegaría su transporte a la misma orilla de la playa.

Dicker sonreía, después de esta misión, se permitiría coger unos días de descanso. No sabía donde iría, seguramente se pegaría a Osten, que lo había casi adoptado. Hablaba de emborracharse y de ir a algún sitio a bailar con cada chica que se le cruzase en el camino. Dafne no se imaginaba al cauto Osten, bailando con cada chica que hubiese en la pista de baile, y haciéndose notar.

Osten volvía sobre sus pasos, los demás le seguían a corta distancia.

Mientras terminaban de ocultar el vehículo poniéndole ramas caídas o cortadas encima, discutían el siguiente paso.

—Después de comer, tenemos que dar una batida más lejos, al menos hasta el molino abandonado que dejamos atrás, y borrar nuestras huellas desde la carretera de grava a la última pista forestal. Y para eso os necesito a todos. Una vez hecho esto, dos tendrán que adelantarse a ver si el camino hasta la costa está debidamente despejado. Y por supuesto, no dejar huellas visibles por donde caminéis.

Dafne sintió un escalofrío en su columna vertebral. ¿La dejarían sola? ¿Sin un arma para defenderse? Ella no había disparado en su vida, aunque Dicker le había estado enseñando como quitar el seguro de una pistola, cargar y descargar, sabía dónde estaba el gatillo, por supuesto, pero no se le permitió practicar por temor a atraer con el ruido a algún pelotón de soldados que pasase cercano. Osten la debía haber observado su expresión de desasosiego, por lo que siguió con sus órdenes

—Dicker, tu te quedas con la señorita. Ahorrarás fuerzas para la noche y montarás guardia. ¿De acuerdo?

El joven la miró y le guiñó un ojo, cómplice. Luego se sentó junto a ella en un grueso tronco caído ante la fogata que habían hecho a la llegada. —Será divertido, esta noche haremos una excursión y un picnic en el bosque. Pero sin el toque romántico de la luna. —sonrió—Esta noche es luna nueva.

—Tendré a punto la cestita, no te preocupes. —rió.

—Pero también ha de dormir un buen rato, está pálida y no come bien señorita. —Se inclinó sobre el pequeño fuego donde había puesto a hervir al baño maría algunas latas de comida.

—Cuando esté en Inglaterra, en casa, todo será distinto. —Instintivamente se llevó la mano al vientre, Dicker malinterpretó el gesto.

—¿Tiene hambre? Puedo servirle ya la lata de sopa.

—Oh, no, no. Esperaré a los demás para el almuerzo. —disimuló como pudo, y sonrió al solícito chico.

Cromwell se bajó del lateral del camión, donde había estado haciendo equilibrio mientras tapaba con ramas lo más alto de las cubiertas. Nunca la dejaban sola, si no era Osten, era Dicker. Ambos la vigilaban y a la vez la “mimaban”, como a una niña consentida.

La zorrita no estaba nada mal. Ojos grandes, cabello rizado y corto, labios generosos en una boca pequeña. Si, buenas formas, a pesar de llevarlas ocultas en ese basto uniforme. El pantalón tensaba sobre su trasero de una forma deliciosa, cualquier hombre con ojos en la cara se pondría duro como una piedra ante esa curva.

Cromwell se sacudió las manos en su propio uniforme. Aunque ella ni lo miraba. La zorrita hacía todo lo posible por ignorarle.

Bueno, no importaba. En un par de días, estarían en un barco lleno de desconocidos. Sus protectores, Osten y Dicker, se quedaban allí, en tierra.

A lo mejor, cuando estuviese a solas, sin protección, se volvería, con su intervención claro, mucho más receptiva, y “cariñosa”. Pensaba aprovechar cada minuto a bordo.

Cuando terminaron de ocultar el vehículo, se reunieron alrededor del fuego para comer casi en silencio. Cada vez más cerca del final, se acumulaban las tensiones. Hasta ahora, les habían salido las cosas medianamente bien, a pesar del encuentro con aquellos dos soldados del camión de suministros. Pero eso, aunque Dicker recibiese un disparo, también les había proporcionado la ventaja de un vehículo oficial del ejército con ropa y comida, y sobre todo, salvoconductos y documentación real para moverse hasta la misma Francia ocupada si hiciese falta.

La zona costera era la más peligrosa. El resto del viaje debía de hacerse a pie y de noche. Luego evitar patrullas y puestos de vigilancia armados cada doscientos metros. No era tan fácil. Aunque Osten lo había hecho ya bastantes veces, dos de su equipo eran nuevos en esto. Y encima estaba Dafne con ellos. No sabía hasta qué punto podría resistir una caminata de noche y a buen ritmo. Sabía que Dicker, si lo tenía que dejar atrás no era un problema, el chico era belga, y conocía su país, y sabría como ocultarse. Pero la chica...

Comió la última cucharada de sopa de la misma lata. La dejó junto al fuego. Estos restos también habría que ocultarlos, y tapar bien la fogata.

Sus hombres terminaban poco después que él. Se fueron pertrechando con sus armas, y municiones. Cromwell añadió a sus bolsillos un par de granadas de mano. A Osten no le hizo gracia aquello. Pero no dijo nada. Esperaba de veras no toparse con nadie mientras borraban sus huellas.

Dio las últimas instrucciones a Dicker, se echó su fusil al hombro y junto al grupo se alejó en dirección a la carretera que les había llevado hacía allí.

Dafne se había quedado apagando los rescoldos de la fogata y ocultando las latas en un hoyo tras unas piedras y matorrales.

Dicker, con su fusil preparado, se sentó en el mismo tronco que habían compartido mientras comían.

—Señorita, ¿por qué no sube al camión y duerme un rato?

—No quiero dejarte solo.

—No pasará nada. — Acomodó su Gewehr 43 (22), en su regazo mientras metía munición en los bolsillos de la guerrera. Echó dos o tres petacas, y cerró la caja. Se la pasó a Dafne— Déjela en el camión, por favor, cerca.

Dafne tanteó la caja de madera, llena aun hasta la mitad, pequeña pero

pesada. — ¿Cuánto podrán tardar en volver?

—¿No se fía de mi para defenderla? —le sonrió divertido.

—De ninguna manera, es que, me preocupo también por ellos.

Dicker comprobó su arma y la dejó a su lado sobre el tronco, encendió un cigarrillo. — Llegarán hasta el viejo molino, unos seis o siete kilómetros. A paso normal ida y vuelta, tapando huellas., calculo unas tres horas. Antes de que oscurezca deberían de estar aquí. Ande, descanse un rato.

Subió al camión a instancias de su joven guardián, y cerró las cubiertas, aunque dejó abierto el portalón. Puso justo a su lado la caja de cartuchos, mientras se estiraba sobre las mantas. En realidad no tenía nada de sueño. Pero debería de aprovechar las horas de tranquilidad que le quedaban. En cuanto se pusiese el sol, caminaría unas cuantas horas por caminos apenas iluminados y campo través. Cargada con su parte de equipaje. Aún tenía su vestido malva. Y no pensaba presentarse ante su hermana vestida con aquel uniforme militar.

Se tapó, y se acomodó mejor. En breve estaría en un barco de vuelta a Inglaterra. Una mezcla de anhelo y de tristeza la embargaba. Quería volver a ver a Allison, deseaba abrazar a su hermana y conocer a su pequeña sobrina. ¡Tenían que contarse tantas cosas! Y sin embargo le dolía tanto dejar atrás a Heinrich. Si por ella fuese, le hubiese esperado en Berlín. ¿Estaría ya en su nuevo destino? La frontera Franco-Belga. Ella estaba ahora en Bélgica. ¿Cuántos kilómetros les separarían?

Y lo más importante, ¿acabaría algún día la guerra? Él le prometió buscarla entonces. ¿Qué sería de ellos en semanas, meses, o años? Si estaba embarazada, ¿debería comunicárselo? Cuando llegase a su país, se suponía que debía contactar con el abogado que le había indicado Heinrich. Su amigo Ludwick, en el que su marido confiaba plenamente, había hecho los arreglos internacionales pertinentes para pasar una cantidad mensual a su nombre. ¿Tendría que ver a menudo a dicho abogado? Si era así, no sería posible

ocultar su embarazo, o a su hijo.

Se dio media vuelta en su duro lecho. Demasiadas cosas en la cabeza. Y aún no había pasado lo peor, la caminata hasta los acantilados, el embarque, y cruzar el canal, entre patrulleras de ambos bandos, submarinos.

Y aun así, hacer ese viaje, era más seguro que permanecer en Berlín.

* * *

Heinrich fue preciso en las órdenes aquella mañana, repartió el terreno que les tocaba cubrir por sectores, pero mandó a sus vehículos más pesados camino al sur, él y tres soldados harían la ruta noroeste en las motocicletas. Se había quedado con el sector más probable de que se encontrase el camión a sabiendas. La zona boscosa era más cómoda para vigilar en las tres motos que disponía su pequeña unidad.

Los cuatro todo-terrenos fueron hacia las carreteras generales y secundarias en búsqueda del vehículo desaparecido. Todos tenían la orden de detener y preguntar antes de disparar. Y esperaba que respetaran su mandato. También dejó caer que podían llevar de rehén a algún civil, y que no quería limpiar daños colaterales si ocurría alguna negligencia.

La unidad había partido con las órdenes bien aprendidas y él había vuelto a tomar su motocicleta y tres soldados que no estaban muy familiarizados con la zona. Quería llevar en ello la ventaja. Si notaba algo sospechoso, alejaría a sus soldados de allí o los enviaría en dirección contraria. Al menos iba a hacer todo lo posible para que ella llegase a la costa sana y salva.

La humedad persistía en el bosque, a pesar de hacer varios días de las últimas lluvias. No se disiparía hasta casi media mañana, cuando la neblina arrastrada por la brisa del mar, se desvaneciese con los rayos de sol del mediodía.

Heinrich avanzaba el primero, el potente motor de su Zündapp vibraba, manteniendo una buena velocidad por la pista forestal, esquivando aquí y allá algún bache profundo con pericia. No es que hubiese sido muy aficionado a las motocicletas. Pero en los África Korps, aprendió a conducir las, incluso por dunas, con las dificultades que eso entrañaba. Rodar por las pistas aplanadas de los cortafuegos del bosque, era una tarea sencilla y hasta monótona. Pararon unos kilómetros atrás para comer algo, y quedaban unas pocas horas de sol. Se acercarían hasta las ruinas del molino y allí daría la vuelta.

Los restos ruinosos del molino debían de ser del siglo pasado. La rueda de madera, estaba medio rota. Parte de las paredes aun blanqueaban al sol poniente. El tejado de paja a dos aguas tenía más huecos que otra cosa. Un pequeño puentecillo de madera cruzaba la corriente de agua que una vez había aprovechado para su funcionamiento. Por detrás de él casi ocultas por la emergente vegetación, se veían restos de cabañas pequeñas y miserables, de lo que alguna vez fue un poblado.

—Soldados, aquí daremos la vuelta antes de que se nos haga de noche.

Heinrich frenó su motocicleta, sus soldados le adelantaron unos metros para tener sitio para dar la vuelta con comodidad. Uno de los chicos de la moto del sidecar bajó unos instantes y se estiró un poco, buscando con la mirada un lugar para aliviarse. Apenas había caminado un par de metros saliendo de la pista, se quedó inmóvil mirando al suelo, y se agachó, moviendo su mirada desde ese punto hasta un carril descuidado que parecía rodear el molino.

—Coronel Strieber, aquí hay huellas recientes de un camión, parece bastante pesado, se hunde en la tierra. En la pista no se puede ver un rastro así, pero al tomar este...

A Heinrich no le dio tiempo a acelerar su motocicleta, para acercarse rodando, cuando un par de disparos certeros, surgidos desde las ruinas, impactaron en el pecho del joven que había reconocido el rastro. Cayó hacia

atrás con la inercia, sin vida.

Y luego llegó el caos.

Más disparos volaron alrededor mientras Heinrich volcaba la moto para usarla de parapeto mientras gritaba orden de responder al fuego, casi sin pensar, los chicos del sidecar, se arrojaron fuera de él y se tiraron al suelo parapetándose igualmente tras el vehículo y respondiendo con sus armas.

Heinrich saco su pistola, quitó el seguro, y con verdadera agonía hizo fuego en dirección a donde venían los disparos. Los vio moverse, estaban vestidos con uniformes al igual que ellos, y ¡eran uniformes alemanes! ¿Serían los del grupo que acompañaba Dafne? ¡Maldita sea su suerte!

Si darle tiempo a pensar en más, una granada rodó delante del sidecar, Heinrich gritó a los dos soldados que se retirasen, pero no les dio tiempo a intentarlo siquiera. La onda expansiva empujó a su motocicleta que servía de salvaguarda a Heinrich, hacia atrás, golpeándole y arrastrándole a varios metros. Perdió el casco, y su arma. Intentó rehacerse, pero en su intento de mantener los ojos abiertos, escuchó sólo los gritos de euforia de sus atacantes, y luego, solo negrura.

* * *

Geüser desesperaba al volante del viejo camión. La zona no era segura. Había dado vueltas y más vueltas a ver si tuviesen la suerte de localizar al otro grupo. Había tenido la fortuna de pasar sin problemas el último control, pero ya no creía que su buena ventura les acompañase más tiempo. En menos de treinta horas un barco llegaría hasta las costas al amparo de una noche sin luna. Y se le había acabado el tiempo.

Si el coronel y su mujer no estaban allí, poco podría hacer. Al menos esperaba que cómo ella acompañaba al grupo de Osten, pudiese cruzar junto al otro “paquete” sin problemas. Paró en el pueblo siguiente, y buscó un

teléfono público. No sabía si era la mejor idea, pero necesitaba hablar a su contacto en Berlín, por si pudiera darle alguna directriz de que hacer o de como seguir.

En la estafeta de correos, encontró uno. Mientras Klaus compraba algo para comer, entró en el pequeño cubículo y marcó el teléfono de Meré.

Una vez que le dieron línea, suspiró. Tendría que tener cuidado con lo que decía. El mismo empleado que manejaba las clavijas, podría pegar la oreja y escuchar todo lo que hablasen. Sabía que Meré era más que hábil escondiendo su natural acento, pero aun así.

—¿Meré? Soy tu primo Gerb.

—Hola, no esperaba tu llamada. ¿Sigues de viaje? ¿Y el paquete?

—Mi hermano se ha hecho cargo de él, además del suyo.

—Oh, Gerb! ¿Cómo?

—Se adelantó en el punto de recogida.

—Entonces, ¿el otro encargo que te hice?

—Ya di el recado, pero no se decide si va a viajar aún o no.

—Pero lo estarán esperando.

—Por eso te llamo. Ya no puedo hacer nada más, he intentado localizar a mi hermano, pero me habrá tomado la delantera y no le he alcanzado.

—Vuelve a casa, entonces.

—Volveré a “mi” casa, sí, mi hijo me espera.

—Entonces, —Meré calló, unos instantes. —si primo, es lo mejor, vuelve a casa con tu hijo. —la voz de la francesa sonó dulce y comprensiva

—Adiós Meré.

—Adiós.

Escuchó el clic del teléfono, durante unos segundos oyó el zumbido de la línea.

Luego salió, y pagó la conferencia. Verdaderamente, ya no podía hacer nada más.

Klaus esperaba al lado de la puerta de la estafeta sonriente. Tenía en sus manos un paquete con pan fresco de centeno, jamón cocinado, queso fresco, y una pequeña botella de vino de la región.

Otra de las pequeñas locuras de Klaus, había cambiado alguna de las cajas de verduras por aquel banquete.

—¿Qué hacemos ahora Geüser?

Geüser, le echó el brazo por los hombros a su amigo, caminando ambos hacia el camión.

—Amigo, ¿qué te parece un trabajo en el campo, cultivando hortalizas y haciendo estos negocios que tanto parecen gustarte?

Klaus se paró casi en seco.

—¿Te retiras?

—Mi familia me necesita, mi hijo está creciendo sin su padre.

Klaus palmeó la espalda de su amigo, y luego se montaron en el camión.

—Te llevo a casa Geüser.

—Joshep, soy Joshep. A partir de ahora, sólo Joshep.

* * *

Cuando Heinrich volvió a la realidad, se encontró sentado en el suelo de losas de piedra, dentro del ruinoso molino, sus manos unidas, y atadas con una cuerda húmeda a una argolla de la pared.

Su guerrera estaba tirada un par de metros más allá. Lo peor fue ver a Cromwell mirarla con atención, mientras la empujaba con la punta de su fusil. Debió de darse cuenta de que había despertado porque desvió hacia él sus ojos oscuros.

—Bonita colección de medallas, quizás las arranque y me las lleve de trofeo, junto a tus brillantes galones. ¡Hola Henry! Al fin despiertas.

Heinrich sacudió la cabeza para despejarse, tironeó inútilmente de las ataduras.

—Creo que sí, Cromwell. —Hacía muchísimo tiempo que no usaba el inglés, sin embargo le salió natural.

—Me he quedado aquí contigo, para cerciorarme que no puedes escapar. Por mi parte hubiera preferido rematarte de un tiro en la nuca. Los chicos necesitan saber si hay más patrullas como la tuya dando vueltas por la zona, y se han dispersado, nos han dejado un ratito a solas. Además uno de tus soldaditos me ha rozado con un disparo. —Dejó la guerrera de Heinrich olvidada y paseó con gesto cansino hasta donde estaba atado.

—Muy amable, James, pero no tendrías que haberte tomado tanta molestia.

James rió con sorna.

—Muy gracioso Henry. Ellos no saben quién eres, pero yo te conocí de

inmediato. —Elevó su fusil hacia él y lo clavó dolorosamente bajo su mandíbula para que elevase más la cara hacía él. —Nos seguíais, ¿verdad?

—Ha sido casualidad James. Seguíamos las pistas de un camión de suministros perdidos. ¿Sabes algo de ello James?

Cromwell dio la vuelta a su fusil con rapidez y golpeó rápido y duro en la mejilla izquierda de Heinrich. — ¡Aquí hago yo las preguntas! Además, ¿no deberías estar en el frente? ¿Qué haces haciendo patrullas de poca monta? ¿Has perdido tu valor para combatir?

—Suéltame y te muestro todo mi valor.

Cromwell elevó de nuevo el fusil e impactó con fuerza con la culata entre las costillas de Heinrich.

—Contesta Henry, ¿Qué órdenes seguís?

Heinrich calló y miró hacia otro lado, hacia la puerta desvencijada del molino. Se ganó otro golpe semejante justo en el mismo sitio.

—Bien, Henry, ¿no me contestas? Puedo seguir golpeándote hasta matarte, nadie me lo impedirá.

Heinrich no iba a abrir la boca. Para qué, francamente estaba en desventaja. Y no iba a permitirle a Cromwell las más mínima victoria sobre él. Lo único que esperaba es que el resto del grupo volviese pronto y se largasen de allí. Y si con ellos estaba su mujer, que consiguieran sacarla de la zona antes que desde el cuartel, enviasen patrullas a buscarle porque no regresaban a su hora.

Un tercer golpe, en el bajo vientre hizo que Heinrich se encogiese de dolor. —Mátame, o déjame, pero no te voy a decir nada. —siseó.

—Muy valiente coronel, eres un maldito traidor a Inglaterra, pero guardas muy bien los secretos de tu querida Alemania. Matarte, sí, pero me gustaría

que sufrieses un poco más antes.

Elevó de nuevo la culata del fusil, pero una sombra en la puerta del molino llamó su atención antes de soltar el golpe.

—¡Cromwell! Déjalo ya, tenemos que marcharnos.

Cromwell dio de nuevo la vuelta a su fusil, quitó lentamente el seguro, apuntando a escasos centímetros entre los ojos de Heinrich.

—Adiós Coronel.

Vio el movimiento de Cromwell, había notado los ojos de odio del inglés, desde que fueron a comprobar que el pequeño grupo de soldados alemanes estaba muerto. Cuando reconoció al coronel alemán, murmuró algo en su idioma. Al parecer le conocía. Era el traidor, del que había hablado noches antes delante de la fogata. Osten notó al inglés quitar el seguro, se dio cuenta que quería acabar con el hombre atado. Instintivamente había dado tres pasos hacia ellos.

El sonido del disparo reverberó por todo el viejo edificio haciendo eco en sus rotas paredes. Una bandada de pájaros asustados emprendió el vuelo, lluvia de polvo y restos de material y pintura seca del techo, calló sobre los tres hombres.

Osten sujetaba el cañón del fusil señalando hacia arriba. Cromwell lo miraba entre confuso y enfadado. El coronel había cerrado los ojos ante la caída de la suciedad del techo.

—No matamos a hombres indefensos, Cromwell. Sal de aquí. —Le arrebató el arma. Cromwell resopló, miró primero a Osten y luego a Heinrich. Se agachó un poco y tiró de la barbilla de Heinrich hacia arriba.

—Tienes suerte, Henry, siempre la tuviste. —Algo que brillaba en el cuello bajo la camisa de Heinrich llamó la atención de Cromwell. Una finísima cadena de oro, tiró de ella y se la sacó junto a la pequeña cruz. —

Vaya, esto sí que es bonito, me lo llevaré como trofeo.

Osten estaba ya en la puerta, casi exasperado.

—¡Vamos Cromwell, tenemos que regresar al campamento y hacer otra ronda!

Cromwell asintió mientras comprobaba si su propio hombro sangraba más o menos. Aún así cerró su puño y lo estrelló contra la mandíbula de Heinrich. Su cabeza golpeó contra el muro.

—¡Cromwell! Maldita sea.

Cromwell siseó muy bajo sólo para el oído de Heinrich.

—Si te queda algo de consciencia Henry, quiero que sufras. Con nosotros viaja una tal señorita Sevenstons, y he atado cabos. A veces a los chicos se les escapa que aunque no hablo alemán, entiendo muchas cosas. Esta cruz que te he quitado seguro que le encantará a la zorrilla. Quizás se la dé, a cambio de sus favores. Porque si ha sido la puta de un traidor. No va a hacerle ascos a un compatriota. Seguro que es muy cariñosa conmigo una vez que vea el presente que le llevo. Y si no, yo sabré domarla. Tengo buenos puños.

Heinrich intentó otra vez abrir los ojos, gritar, tironear de sus ataduras, Dafne estaba con ese grupo, y a merced de ese maldito y vengativo hombre. Pero la oscuridad fue compasiva y le hizo deslizarse de nuevo en la inconsciencia.

* * *

Llevaba ya bastantes horas oculto en la vieja cabaña de pescadores de la pequeña cala. Desde que desembarcó de madrugada, apenas había

descansado. Sus dos compañeros tampoco. Aquello era húmedo y estrecho y debían de permanecer alertas por si alguna patrulla decidía bajar a la cala para echar un vistazo.

El viejo pescador que vivía allí les había garantizado que aquello era casi improbable. Rara vez se habían molestado los soldados alemanes que patrullaban la costa de bajar hasta allí. Para todo el mundo aquello estaba habitado por tres viejos medio locos, que pescaban frente a las isletas que salpicaban aquella zona de la costa, y vendían sus productos para sobrevivir más mal que bien.

Lo que nadie sabía es que bajo esa cabaña ruinoso, se hallaba un sótano cavado en sólida roca basáltica, y que no sólo se dedicaban a la “pesca”, si no al transporte de todo tipo de mercancía de contrabando.

Ni siquiera eran tan viejos, bueno, uno si, el verdadero dueño del lugar, los otros dos compañeros, rotaban a menudo, y usaban pelucas canosas bajo los gorros de pescador y las ropas harapientas.

La trampilla del sótano se hallaba abierta, por si ocurría algún problema, poder escabullirse en ella y cerrarla, de tal manera, que pareciese sólo el suelo de madera hecho de retazos de viejos barcos, sucio y polvoriento.

—Nos hemos adelantado demasiado Daylight. —Podíamos haber llegado esta misma noche y todavía nos sobraban veinticuatro horas.

Tony echó su gorra hacia atrás, sacándosela de la cabeza, peinó sus rizos rubios con los dedos para domarlos un poco. —Chicos, os dije que mi contacto traería aquí a la chica, pero igual podría adelantarse. No quería que ella se encontrase perdida entre desconocidos.

El que había hablado, un tipo alto y desgarrado, que fumaba en pipa y llevaba la peluca canosa mal puesta, sonrió.

—Vamos, Tony, aquí somos todos de confianza. ¿Qué te traes con la chica? ¿Es guapa?

Tony hizo un gesto con la mano para que se olvidaran del asunto.

Pero los otros volvieron a la carga, él que se encontraba repantigado sobre un banco tallando una figurita de madera con una navaja intervino. —Tiene que serlo, nunca he visto a nadie tan nervioso por una entrega de “paquete”.

Tony negó con la cabeza. —Chicos, no es solo la chica, la conozco sí, es una mujer guapa, y valiente—señaló a ambos con el dedo— ¡No quiero que la molestéis cuando esté con nosotros con vuestros galanteos!, habrá pasado lo suyo para llegar hasta aquí, y no os consentiré que la importunéis.

Los otros dos rieron y alzaron sus manos en señal de derrota. —Eh, —proclamó Davis, alzando su navaja en una mano y el caballito que estaba tallando en la otra— ¡los dos que estamos aquí estamos casados! felizmente, por mi parte y ¡esperando a mi segundo hijo!

Tony negó con la cabeza. —Ya lo sé muchachos, lo que verdaderamente me preocupa es si mi hermano conseguirá llegar aquí a tiempo.

—Si le hiciste llegar el mensaje... —Convino Jones, intentando recomponer su torcida peluca gris.

—Mi amigo G, se encargaba de ello. Espero sinceramente que consiguiese hacérselo llegar. Quiero llevármelo conmigo hasta Inglaterra.

—¿Estás seguro? Por lo que nos has contado, la tiene cruda.

—Tengo potenciales testigos, ya localizados, sólo espero que el abogado con el que he estado hablando, haya podido encontrar más pruebas.

—Si regresa contigo, ¿él sabe lo que le espera?

—Si, que tendrá que defenderse ante un consejo de guerra. Y también es mejor que se entregue voluntario a que lo capturen. Ballister me lo ha advertido ya. Tengo que convencerlo.

—Convencerlo para que se arroje a los lobos. —El de la peluca canosa meneó la cabeza. —Eso es duro, amigo. Sobre todo sin tener todas las pruebas a favor.

—Tengo fe, mantengo la esperanza. Sí le dejo aquí será muchísimo peor, nunca podría regresar a Inglaterra, ni cuando acabase la guerra. No nos tenemos más que uno al otro. Cuando hace seis años le animé para que aceptase esta misión, que inconsciente fui.

—Tu no podías adivinar lo que pasaría, ni siquiera la guerra, aunque todo estaba algo revuelto. Las dimensiones que ha tomado este conflicto, eran imprevisibles. —adujo Davis.

—Mi trabajo era ese, prever acontecimientos. —suspiró, fallé en eso, fallé a mi hermano. No voy a fallar ahora.

Tony miró de nuevo por la tronera de la ventana. Se sumergió en sus pensamientos. Tenía la esperanza que Dafne y su hermano llegasen a tiempo a la cala para poder embarcar los tres juntos de vuelta. Tenía una pequeña punzada nerviosa en el estómago por ver de nuevo a su institutriz. Iba a volver a verla incluso antes de lo que alguna vez hubo previsto. En principio, dos meses atrás, sólo iba a cerciorarse, y desde lejos, que llegaba sana y salva en el tren hasta Suiza. Pero el cierre de fronteras...

Lo que aún no llegaba a comprender, como había acabado bajo la protección de su hermano en Berlín.

CAPÍTULO 35

EL ruido y la vibración de los pasos de unas botas sobre el suelo metálico del camión la sacaron de su sueño rápidamente. Apenas había luz. Debía de haber casi anochecido. Quien había subido a la trasera del vehículo permanecía ahora inmóvil, estaría de pie como a un par de metros de ella. De momento no pudo adivinar si era Osten. No podía ser Dicker, el chico no era tan corpulento. Vio como apoyaba un arma contra el lateral del camión, al lado de las cajas. Una prenda calló al suelo. Una guerrera.

Se decidió a incorporarse y alargar la mano hacia la linterna que solía colgar de uno de los remaches laterales. Tanteó sobre el metal y sus dedos agarraron agradecidos el objeto.

La tomó en sus manos, y la encendió, enfocando al techo. La iluminación no dio de lleno en su acompañante, pero le reconoció. Cromwell. La miró después de sacarse la camisa. Su hombro se hallaba manchado de sangre.

—¿Está despierta señorita? —su voz sonó calmada. —necesito algo de ayuda con esto.

Dafne se incorporó y se levantó apartando las mantas. Empujó a un lado con el pie la caja de municiones para no tropezarse. Colgó de un gancho del techo la linterna y se acercó a Cromwell. Su hombro estaba sangrando profusamente por una herida en diagonal.

—¿Qué ha pasado Cromwell? ¿Dónde está Osten? ¿Y Dicker?

—Todos bien. Hemos tenido un encuentro con una pequeña patrulla, la escuchamos llegar con sus motocicletas, y nos escondimos en el viejo molino. Acabamos con todos, menos a uno, pero ese si lo encuentran puede ser que tampoco sobreviva a la noche o a los lobos. Y Osten ha pedido a Dicker que vaya con ellos a una batida hacia adelante. Volverán en un par de horas. Me ha dicho que me quede aquí para que usted pueda curarme, si es tan amable.

Dafne sonrió de forma forzada, no le hizo gracia tanta cortesía por parte de un hombre que llevaba casi cinco días viajando con ella, y siempre la había mirado de extraña manera y nunca le dirigía la palabra.

—Siéntese en el suelo, voy por el botiquín y más luz.

Cromwell no puso ninguna objeción, se dejó caer casi pesadamente, y cruzó las piernas. Se sacó la gorra militar. La camisa manchada calló junto a la guerrera. Sólo llevaba una camiseta de tirantes color verde militar de algodón aferrada al cuerpo. Era un hombre ancho y sólido. No tan alto como Heinrich, pero igualmente, si alguna vez quitaba esa mueca despectiva de su rostro, podía llegar a ser considerado atractivo. El hombre echó un mechón demasiado largo de cabello rubio oscuro hacia atrás.

Dafne acomodó otra segunda linterna enfocándole directamente en el brazo, y se arrodilló a su lado con el botiquín. Eso se estaba volviendo ya una costumbre. A lo mejor tendría que solicitar un puesto de enfermera en vez de institutriz. Experiencia estaba acumulando, desde luego.

Sacó unas gasas y el rollo de vendas lo dejó en su regazo. Primero limpiar la herida. Quitó el tapón de rosca de la botellita.

—Le tengo que desinfectar primero los alrededores. No parece un agujero de bala.

—No, no hay proyectil dentro, es un “arañazo”, me rozó solamente. Upss.

Ella había tocado el borde casi con un algodón empapado en agua oxigenada. Volvió a echar en una gasa limpia, y dejó la botellita a un lado sin cerrar.

—No se mueva, ya está casi limpia. Es verdad, es una rozadura que le ha roto la piel. Quizás debería de darle algunos puntos.

Cromwell echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Haga lo que crea conveniente. — Dafne sonrió huecamente. Seguía sin fiarse de un Cromwell tan sumiso.

Buscó la aguja y la desinfectó, pasando hábilmente una fina tranza por el ojo.

—Estese quieto, un instante, sólo serán cuatro o cinco puntos. Quiero hacerlos bien rectos para que no le quede cicatriz.

—Las cicatrices de un hombre son como las medallas de una guerra. — Cromwell seguía con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, reposando contra el frío metal.

Mientras cosía con rapidez y eficiencia recordó otras cicatrices, las de Tony, que ella misma curó. Y las de Heinrich, que eran estrellas oscuras sobre su cuerpo. Tembló un poco cuando dio la última puntada e hizo un pequeño nudo.

—Ya casi está. Volveré a limpiarle y le pondré una venda para evitar el roce y que se ensucie. — Limpió la aguja y la colocó en su pequeño estuche junto a unas cuantas más, tomó la tijera y cortó el hilo. Lo arrojó junto a las gasas ensangrentadas de haber limpiado la herida. Cogió el rollo de venda e hizo con unos cuantos giros de muñeca, un vendaje bastante aceptable, lo suficientemente apretado para la herida, pero lo cómodo para no interferir en la rotación del brazo.

Se dispuso a recoger las cosas esparcidas dentro de la caja de madera del botiquín.

Cromwell se llevó la mano al bolsillo del pantalón. Con el rabillo del ojo Dafne vio algo que brillaba bajo la luz de la linterna. El hombre dejó caer el fino objeto en su otra mano. Lo tomaba, y lo dejaba caer con un susurro tintineante. Su mirada se enfocó en el movimiento, sin querer, hasta que lo vio claro. Un destello dorado, y turquesa. Una diminuta cruz latina enganchada a una cadenita de eslabones redondos. Tembló. Se le cayó el rollo de vendas no usado de las manos.

Cromwell sonrió ante la reacción de la chica. Si, era la que había previsto. No se equivocaba en sus conjeturas. Ella y Henry habían estado juntos. Reconocía la pequeña joya.

—Bonita, ¿eh? —Dafne alternó su mirada entre la pequeña cruz y los ojos oscuros de Cromwell. —Se la arranqué del cuello al coronel alemán. Bueno, medio alemán que mandaba la patrulla que sorprendimos. El cabrón desertó del ejército inglés hace seis años para venir hasta aquí.

La voz de Dafne apenas fue un susurro.

—Está, ¿muerto?

La risa ronca de Cromwell llenó el silencio del vehículo.

—Podría ser que lo estuviese, o que pronto lo esté. Aún estaba vivo cuando le dejamos, pero la noche, las alimañas, o que no le encuentren a tiempo, puede hacer el resto. Yo quise acabar pronto con su sufrimiento. Quise dispararle entre las cejas. Pero Osten es demasiado compasivo. Dijo que él no mataba a hombres atados e indefensos. Puaj. —Hizo un gesto de asco— Ese hijo de mala madre de Henry Daylight no se merece más que la muerte por traidor.

Otra realidad paralela golpeó a Dafne. El pequeño objeto seguía subiendo y bajando en las manos de Cromwell, tintineante y reluciente. ¿Henry?

¿Henry Daylight? Ella conocía a un Daylight. Tony. ¿Podría ser que ambos fueran familia? ¿Hermanos? ¿Por eso había acudido en su ayuda Heinrich tan prontamente? ¿Por eso vigilaba que subía al tren ese mismo día?

¿Por eso estaba en el registro de la casa de los Colber? ¿Y la había alojado en su casa? ¿Y dado protección? Porque ella ayudó antes a su, ¿hermano?

—Te gusta ¿verdad?—Cromwell tomó la cadenita entre sus dedos, sujetándola por las puntas, la cruz osciló en su centro. —Podría ser tuya.

Es mía bastardo, pensó Dafne, es de Tony, es de Heinrich. Alzó sus ojos del objeto dorado hacia la mirada torva de Cromwell.

—Si la quieres, es tuya. —la alargó hacia ella. —Tiene el mosquetón roto, pero algún orfebre la arreglará en un instante. —En tu cuello luciría muy bonita, adornando esos preciosos pechos que ocultas bajo la camisa.

La cadenita cayó al suelo entre ellos, Dafne veía todo como a cámara lenta, la caída de la cruz, el breve tintineo, de nuevo los ojos de Cromwell tras sentir una mano ancha y fuerte en su nuca y otra cerrarse alrededor de su brazo haciéndola sentir su fuerza bruta. Él la acercó bruscamente hacia sí, su boca quedó a centímetros escasos de distancia. —No finjas Dafne, conoces esta cruz, te has acostado con su dueño, eras su puta.

Cromwell acortó la poca distancia hasta sus labios y pegó a ella su boca, hiriente, intentando acceder con su húmeda lengua dentro de ella, para poseer, para dañar su cuerpo.

Dafne abrió más los ojos y sus manos tantearon alrededor, cerrándose sobre la pequeña botellita que aún no había guardado ni cerrado. Tiró con toda su fuerza hacia atrás, ayudándose con la otra mano sobre la recién curada herida, consiguiendo que él se separase de su boca con un siseo de dolor.

—No te resistas zorra. —su risa grosera hizo eco bajo las cubiertas del camión. —Nadie va venir a ayudarte.

Dafne abrió la boca como si fuese a contestarle, pero lo que hizo fue tirar del carro y arrojar el agua oxigenada a la cara de Cromwell. Al sentir el escozor él la arrojó con furia al suelo mientras soltaba una sarta de maldiciones. Dafne resbaló hacia atrás sobre su trasero ,pataleó, intentando poner distancia, su mano cayó en la caja de municiones de madera que había quedado a su lado, Sin pensárselo la agarró y la elevó con ambas manos, dejándola caer sobre la cabeza de su atacante.

Cromwell cayó pesadamente hacia adelante, apenas le dio oportunidad de darse cuenta lo que le venía encima, cuando ya había perdido el conocimiento, con un segundo golpe de la pesada caja.

Dafne se limpió los labios con asco en la manga de la guerrera que llevaba. No lo pensó, tenía que ir a por Heinrich. Corrió hacia el petate donde había guardado su vestido, su ropa interior y sus zapatos. Desde hacía días cuando se aseaba sólo usaba la ropa limpia que llenaba un cajón de los suministros. Lo sacó y lo dejó a un lado. Buscó otro y metió apresuradamente unas latas de comida, otra con galletas, una cantimplora que comprobó llena. Tomó una de la navaja suiza que usaba Dicker y la había dejado allí encima. Metió una linterna y varias baterías. Con su carga pasó por el lado del inconsciente Cromwell, aliviada que aunque respirara, aunque no se movía. Tiró dentro del morral el agua oxigenada que quedaba aún, tapándola, y la cajita de agujas e hilo. También gasas y unos rollos de vendas. Enrolló una manta y la puso en los correajes.

Tanteó debajo del brazo de Cromwell, y tiró de la cruz que enganchaba. La guardó en su bolsillo. Por último metió la bolsa de tela de su ropa sobre los suministros que había cogido, y cerró la mochila. Usó sus correas para ponérsela a la espalda.

Miró hacia afuera moviendo apenas las cubiertas. Todavía quedaba algo de luz natural. Tendría que ser suficiente para llevarla hasta la pista de tierra por donde habían rodado en camión. Dos o tres horas a buen paso, ida y vuelta. Pero ella no iba a volver, tanto si encontraba a Heinrich vivo, como si

no.

Se deslizó del camión comprobando por si misma que no había nadie del grupo cerca. Caminó rápido el par de centenares de metros que le llevaron hasta la pista de tierra apelmazada que servía de cortafuegos y carretera a la vez. Se orientó y comenzó a seguirla a buen paso. Con los oídos atentos. Aguzando cada vez más la vista en los últimos resplandores del atardecer. Ni siquiera notaba el peso en su espalda. La adrenalina que corría por sus venas la hacía ser más rápida, y no cansarse del peso que llevaba en el morral.

Un par de veces se paró y escuchó los sonidos del bosque. Rumor del viento entre las ramas más altas. La carrera de algún pequeño depredador, el ulular de un búho. Miró con aprensión cuando le pareció escuchar un trotecillo entre las malezas que dejaba atrás. Ella había visto una vez zorros en la zona, pero no sabía si en realidad había animales más grandes, lobos u osos.

Redobló sus pasos. No llevaba reloj, no tenía noción de cuanto tiempo hubo transcurrido desde que dejó el camión atrás. Solo una débil franja de claridad iluminaba ya el camino. Pronto sería noche cerrada. Noche sin luna.

No tendría más remedio que usar una linterna para no salirse de la pista, con el riesgo de ser vista por algo más que por las criaturas del bosque. ¿Iría Osten o Dicker en su búsqueda? ¿Volverían sobre sus pasos para encontrarla? ¿Qué les diría Cromwell?

Paró de nuevo y se sacó la mochila, hurgó en su contenido hasta que agarró la linterna. Comprobó que encendía. Se volvió a poner al hombro su carga, y de nuevo al camino, Sólo la encendería cuando realmente no pudiera seguir la carretera.

* * *

—¡Cromwell! ¿Qué diablos?

La voz gutural de Osten hablando en su idioma sacó a Cromwell de su sueño. Osten le gritaba y le agitaba. Él sólo quería dormir y que se acabase ese dolor sordo en su cabeza.

—¡Cromwell!

—Sí, sí. —Abrió los ojos, Osten lo sostenía por los hombros, Dicker estaba acuclillado tras él sujetándole la espalda para incorporarle.

—¿Dónde está Dafne?

Se llevó las manos a los ojos, aún escocían, la herida tironeó en su brazo. La venda, la zorrita había curado su herida, le vendó, pero cuando le enseñó la cruz que arrebató a Henry...

—No sé, ella me golpeó con algo, cuando le conté lo de la patrulla del molino.

Dicker habló a su espalda.

—Se ha llevado su ropa, y creo que algo de comida.

—¿Qué le has hecho para que se vaya? ¿Qué le has dicho? Le sacudió por los hombros, algo más recuperado, Cromwell se zafó de él, dándole un torpe manotazo.

—Es la amante de un alemán, ¿no? Se habrá ido de vuelta con ellos. Por mí se la puede tirar el ejército entero.

—No. —Osten se incorporó. Habló a Dicker, —dile a los chicos que lo preparen todo para salir ya, acaba de ponerse el sol. —Luego miró de nuevo a Cromwell. —Aquí ha pasado algo y no me lo quieres contar. Está bien, tenemos que irnos ya a nuestra cita. He prometido que te llevaría al punto de encuentro con los que te van a sacar de aquí y lo haré. Pero luego volveré a por ella. Y reza porque nada le pase, o que yo no descubra que le has hecho algún daño. El mundo te va a parecer demasiado pequeño para huir de mi o

de uno de los míos.

Cromwell se encogió de hombros. Le daba igual. Él se iba para Inglaterra en pocas horas. Osten no era tan poderoso para cumplir su amenaza. De todas maneras, la zorra huyó por que quiso hacerlo. Él ya estaba K.O. Si hubiera querido se hubiese escondido cerca a esperar al grupo. Si se había largado, mucho mejor. Menos estorbo para el resto del camino.

* * *

Un haz de luz rompió su oscuridad. Sus sienes latían intensamente. El cuerpo se sentía pesado y dolorido. El hormigueo de sus brazos en una extraña postura le incomodó aún más. Quiso ponerlos bien, bajarlos. Tiró de sus manos, una cuerda hirió sus muñecas. Torció el gesto.

Una mano tibia se posó en su mejilla. Una voz de mujer. Alguien suavemente, intentaba despertarlo.

—Heinrich. —la voz tenía una nota de miedo y otra de pena. No, no sientas pena por mí, pensó, quizás hasta me lo merezco. Otra vez la caricia— Henry. —La voz había susurrado su nombre, su nombre en inglés, como hacía mucho tiempo que no había escuchado. —Henry despierta. —Si su mente o sus oídos no le engañaban conocía a la dueña de esa suave voz que le llamaba en inglés, pero ella nunca le había hablado en su idioma natal.

Notó una caricia suave y fresca en su frente, en sus pómulos, luego bajando por su mandíbula. Unas gotas de frescura aliviando la sequedad de su boca, y la tirantez de la sangre reseca. Parpadeó de nuevo. Tenía los ojos abiertos, pero apenas distinguía nada, o ¿era de noche? Se esforzó en enfocar. Si, había luz, un resplandor desde abajo, desde el suelo. El haz de luz de una linterna, rebotaba contra la pared.

Ante él, en penumbra un rostro suave, unos ojos grandes y suplicantes, no distinguió su color, pero eran unos preciosos ojos de gacela.

—Dafne.

—Estoy aquí Henry, estoy contigo, espera.—. La escuchó arrastrar algo algún objeto. Luego sintió como tironeaban de las amarras que le sujetaban a la argolla de la pared. Tras un minuto de ida y vuelta de dolor lacerante, sus brazos cayeron pesadamente. Pero ella no dejó que se golpeasen, se metió contra su pecho y le abrazó sujetándole en su caída.

—Despierta amor mío—un sollozo acallado, un intento de ser fuerte, ella era fuerte. Ella estaba allí, no era un sueño.

—Dafne, ¿nunca, obedeces, órdenes? ¿Nunca, te quedas, donde te dejan? —Quiso sonreír, pero su labio roto le dolió a rabiarse. Aspiró sobre su cabello ensortijado y éste le hizo cosquillas en la nariz.

—Oh Henry, estás despierto, gracias al cielo, creí que te había perdido.

Dejó que él se recostara sobre la pared. Tomó las gasas y curó sus muñecas con eficiencia, y limpió su rostro.

Él la miraba como de muy lejos. En silencio, como si se temiese que fuera una aparición y una simple palabra pudiera hacer que se volatilizase.

Luego desabotonó su camisa y tiró de su camiseta interior hacia arriba. No había sangre, pero palpó sus costillas y él hizo una mueca de dolor.

—Ssst, está bien, no sé si tienes algo roto. ¿Puedes respirar hondo?

Calladamente, Henry tomó una bocanada de aire frío nocturno. Consiguió llenar sus pulmones, aunque con algo de dolor e incomodidad, pero lo hizo. Inspiró y expiró tres o cuatro veces, eso le vino muy bien para despejarse y tomar consciencia de todo lo que le rodeaba. Dafne, colgó de la argolla que antes le sujetaba, la linterna.

—¿Respiras bien?

—Si, duele algo, pero bien, ¿me das agua? —ella acercó prontamente la cantimplora a sus labios, hizo una mueca dolorida cuando rozaron su herida, ella murmuró, —lo siento.

Le ayudó a beber. Dos o tres sorbos más.—Ya— dijo Henry elevando la cabeza. Ella retiró la cantimplora y la cerró, dejándola junto a la mochila.

Él se recuperaba por momentos, ahora sus ojos se estaban enfocando mejor, la miraban seriamente.

—Que haces aquí, tenías que estar a punto de embarcar.

—Supe que estabas aquí.

—¿Quién te trajo?

—Vine sola, me escapé cuando se fueron a dar una batida camino adelante.

—¿Quién te dijo que yo estaba aquí?

—Cromwell, él se jactó ante mí de que te había dejado herido y atado, dijo que Osten le impidió terminar de rematarte. Él llegó a donde permanecía escondida, con una herida en el hombro, me pidió que le curara y lo hice. Luego me mostró la cruz que te dejé, y supe que eras tú.

—¿Cómo escapaste?

—Le golpeé con una caja de municiones medio llena en la cabeza.

Henry rió bajito, le dolieron las costillas, su valiente mujercita. Se había deshecho de Cromwell y había caminado hasta donde él estaba. Abrió los ojos y la miró seriamente.

—¿Están muy lejos?

—De hora y media a dos horas. Ya no queda luz natural, no creo que me

sigan. — suspiró mientras volvía a buscar en su mochila. —Al que tienen que llevar hasta la costa es a Cromwell, yo, estaba con ellos por casualidad.

—Ya me contó Geüser, vino a buscarme y me lo dijo todo. Te pregunté antes. ¿Nunca acatas mis órdenes?

—Si lo hubiese hecho, no estaríamos aquí, juntos. —Ella se inclinó dejando lo que tenía entre las manos en el suelo, se abrazó a su cuello. La escuchó suspirar hondo, no iba a derrumbarse. Ella era una mujer fuerte, siempre lo supo. Pero no había tiempo para carantoñas. Su mente militar y estratega se puso en alerta.

—Tenemos que movernos Dafne. Tengo que llevarte a la costa otro barco te espera a ti, Geüser me dejó instrucciones. Además, tenemos que alejarnos de aquí, si no es tu grupo será alguna patrulla de mi acuartelamiento, buscándome. Y en cuanto encuentren los cuerpos.

—No hay nada ahí fuera, deben de haberlos ocultado, sólo un socavón en la carretera tapado ya con tierra, pero se nota blanda.

—¿Tampoco se ven motocicletas? —Dafne negó con la cabeza sobre su pecho.

De todas maneras, pensó Henry, no debía de quedar mucho de las que fueron afectadas por la explosión. Tendrían que andar, y hacerlo ya, antes del alba, poner distancia entre ellos, las patrullas de búsqueda, y aunque fuese improbable, del grupo que llevaba a Cromwell hasta la costa. Ellos tenían otro punto de encuentro distinto.

—Tenemos que irnos, —ella le miró con su ojos grandes desde el nido que se había construido en un momento entre sus brazos.

—¿Podrás moverte Henry?

—Tenemos que intentarlo, al menos unos kilómetros. —Palpó en su bolsillo. Sacó la brújula. La abrió, por suerte estaba intacta. Tanteó otro

bolsillo del pantalón. El mapa y las indicaciones de Geüser.

Ella se separó de él para mirar que estaba haciendo. Henry movió el mapa y lo abrió bajo la luz de la linterna, lo estudió unos instantes. —Aquí estamos —dijo señalado el molino y el poblado en ruinas dibujado sobre el papel. — Tendremos que salir de la pista de tierra, y coger un carril, supuestamente que está a unos cien metros más adelante. Tomándolo nos puede dejar muy cerca del punto de encuentro con la embarcación que te llevará a Inglaterra.

Dafne asintió. — ¿Podrás levantarte?

—Si, — ella se apartó y se levantó. Henry guardó el mapa y se colgó del cuello la brújula por el cordón que la sujetaba. Alargó su mano hasta la pared y se incorporó con cuidado, agarrándose a la argolla a la que antes estuvo atado. Parecía bastante mejor de lo que Dafne esperaba. Sujetándose las costillas se elevó por fin en toda su altura. Le sonrió. — ¿Ves?

Ella asintió, le señaló hacia el pilón del molino, donde se vertía antes el grano. —Antes de irnos, comamos algo.

—Si, pero démonos prisa. —Caminó hacia el sitio señalado y se sentó procurando no hacer ningún gesto de dolor. Ella se acercó con una lata de carne fría y la cantimplora. Sacó una navaja suiza y la abrió con habilidad. Luego, sacando el utensilio que servía de cuchillo, cortó un trozo y se lo ofreció, ella cortó otro luego para sí. Comieron en silencio y bebieron agua fresca. Cuando terminaron ella dejó a un lado la lata, y salió con la cantimplora para rellenarla en una fuente que fluía casi a la puerta.

Cuando volvió, tomó de su mochila un rollo grande de vendas.

—Te vendaré las costillas Henry.

Henry, ella le llamaba Henry. Mientras, le levantó la camisa y la camiseta y se afanó en hacerle un vendaje suficientemente cómodo y fuerte, él la miraba. Desde que llegó le hablaba en inglés y él le contestaba igualmente.

—¿Qué te ha contado Cromwell?

Dafne no dejó su tarea, ni siquiera alteró su ritmo.

—Dijo que hace seis años desertarse de ejército inglés, y que viniste para unirte al ejército alemán.

—¿No me juzgas por ello?

Ella se encogió de hombros. Continuó.

—También te llamó por tu nombre inglés Henry Daylight. Entonces Tony...

—Tony es mi hermano.

—Sospeché algo así cuando me lo dijo. —Levantó la cabeza hacía él. — Está terminado. ¿Nos vamos?

Henry se levantó sin apoyarse en nada. El vendaje aliviaba mucho cuando respiraba, y cuando se movía. Ella fue hasta su mochila y la cargó en sus hombros.

—Dafne, dámela a mí. —ella negó con la cabeza.

—Yo la traje hasta aquí y puedo continuar llevándola. Tú estás herido, además tienes que orientarte. Si vamos hasta los acantilados, salgamos ya.

Ella era una mujer fuerte y práctica. Tomó la linterna que colgaba del gancho y se la pasó a Henry, él la cogió. Salieron del molino. Una vez cruzado el puentecillo de acceso al pueblecito abandonado, tomaron la pista de tierra. Henry iba contando en silencio los pasos para llegar a calcular los cien metros, ella a su lado caminaba callada. Llegaron al punto que se vio claramente como se bifurcaban los caminos. Si seguían por la pista, en algún momento llegarían hasta donde estaba oculto el camión, si cogían por el de la izquierda, le llevaría hasta el sitio señalado como de encuentro.

Henry le dio la mano cuando guardó el mapa.

—Tenemos que seguirlo lo más recto posible. —Ella asintió. —Nos internaremos un buen rato y luego buscaremos donde descansar. Así estaremos lejos de la carretera y de donde suelen pasar las patrullas. Descansaremos hasta el alba y volveremos a adelantar. Calculo que no estamos tan lejos. Intentaremos movernos a primera hora y a última. Cuando anochezca quiero estar en la linde del bosque. Una vez que sea noche cerrada bajaremos al acantilado.

—Bien, —se aferró a su mano mientras caminaba guiada por el haz de luz de la linterna. Caminaron largo rato y en silencio. Llegaron a unas rocas que estaban bastante lejos del camino, y bien ocultas entre los matorrales. Henry salió del carril hacia ellas. —Descansaremos aquí.

La zona rocosa ofrecía poco abrigo, más bien era un refugio donde ocultarse por unas horas. Iluminó una roca plana baja, aunque ligeramente algo inclinada. Dos más grandes y más altas hacían como de pared o de cortavientos. Se sentaron. Henry se dejó caer la espalda contra una de ellas y Dafne desplegó la manta para envolverlos a los dos. Luego miró hacia arriba, hacia la cúpula de árboles. El cielo era de una negrura infinita, una vez que apagaron la linterna. Entre las copas se veían estrellas brillar aquí y allá.

—Henry.

—¿Si?

—¿Habrá lobos por esta zona?

—No, están exterminados por aquí. —ella suspiró aliviada. Luego volvió a elevar los ojos hacia él de nuevo.

—¿Osos?

—El único depredador que hay cerca soy yo, mujer, y estoy lo suficientemente herido y cansado para no ser una amenaza para ti.

Ambos rieron. Henry bajó la cabeza y suavemente rozó sus labios con los de ella, bebiendo a grandes sorbos de su dulzura.

Luego acarició su cabello para que ella descansara sobre su pecho la cabeza. —Pero en cuanto me recupere, prometo no tener piedad contigo mujer.

Con esa promesa, y rodeada por sus brazos, a pesar de su incierto futuro, y de tantas preguntas sin respuesta que tenía en la cabeza se durmió.

CAPÍTULO 36

HENRY también se durmió en algún punto de la noche, y se maldijo por ello. Por unas horas, aunque ocultos, habían estado completamente indefensos. Dafne se removió a su lado, y tan pronto como abrió los ojos, le miró, se deshizo de la manta que los cubría, y huyó a escape hacia detrás de las rocas.

—¡Dafne!

Ella no contestó, se ocultó de él tras los espesos helechos, Henry se levantó y enrolló la manta para dejarla en su lugar en las correas de la mochila.

Minutos después ella volvía a su lado.

—¿A dónde demonios...?—ella puso cara de mortificación. Él entendió— De acuerdo, comprendo que una mujer necesite privacidad, de vez en cuando. —El camino hasta su lado y besó con suavidad la mejilla. —No me alejaré mucho.

Ella asintió repetidamente. Y se fue hasta su morral. Mientras Henry volvía, tomó galletas, sacó cecina de una lata, pero a pesar de estar buena, la apartó de sí con gesto asqueado. Antes de empezar a sentir las náuseas, se metió un puñado de galletas en la boca y masticó. Cuando Henry volvió no le hizo remilgos a la cecina, la comió y cogió dos o tres galletas, Ella guardó la

lata, después de meterse unas cuantas en el bolsillo. Bebieron unos sorbos de agua y emprendieron el camino.

Caminando a ratos a su lado o tras de él dependiendo de las condiciones del terreno, y mientras él se orientaba con su brújula y su mapa, Dafne lo contemplaba con la cabeza llena de preguntas sin respuesta. Paraban unos instantes, comprobaba sus indicaciones, y volvía a emprender la marcha. En todo momento estaba atento a cualquier ruido. Por suerte por aquella zona más accidentada, no podían circular vehículos de cuatro ruedas. Y si usasen todo-terrenos, tendrían que ir a paso de tortuga. Por lo visto las únicas motocicletas de la unidad fueron inutilizadas tras la corta refriega. Eso no quitaba, que ante la desaparición de un pequeño grupo de soldados junto a un Coronel, no pidieran ayuda y medios a otros cuarteles adyacentes.

El sol fue ascendiendo poco a poco, las sombras de los árboles cambiaron gradualmente. Al fin Henry paró y señaló hacia un pequeño arroyuelo.

—Descansemos por aquí. —Con la mirada buscó un sitio propicio mientras Dafne se inclinaba sobre el agua y comprobaba que estaba limpia para beberla. Se enjuagó la cara y las manos. Luego se movió un poco hacia arriba de la corriente, y rellenó la ya vacía cantimplora. Henry había localizado un sitio entre dos tres árboles más juntos. Tiró de un tronco para hacer un asiento, al hacerlo sus costillas protestaron. Se irguió para mirarla llegar hasta él con gesto preocupado.

—¿Te duele?

—No demasiado. Sentémonos a descansar y a comer algo. Te quedan provisiones, ¿no?

—Si, bastante, si las administramos, para dos o tres días.

—No necesitamos tanto, ésta misma noche tienes que embarcar.

Dafne se sentó a su lado y comenzó el ritual de la comida, buscar las latas, abrirlas.

—¿y tú? Henry, dime ¿qué harás?

—Soy un traidor a mi patria, Dafne.

—Eso no me lo creo. Ayudaste a Tony.

—Tony es mi hermano. Traidor o no, su sangre es la mía.

—Me ayudaste a mí.

—Por interés, eres una mujer preciosa.

—Sigo sin creerte Henry, no pretendas hacerte el “malo” conmigo, quiero la verdad, y desde el principio, si yo alguna vez te he importado...

—Me importas mujer, tanto como para huir de la seguridad de mi puesto en el ejército alemán y meterme en estos bosque contigo con tal de saberte sana y salva en Inglaterra.

—Desde el principio, Henry. —la voz de institutriz de Dafne hizo sonreír de medio lado a Henry.

Mientras comían, Henry contó cada detalle que recordaba, desde su llamada a la presencia del General Durston hacía seis años, hasta el posterior encuentro con su hermano. Su viaje a través del canal, su llegada a Alemania. Su madre, su alegría al recibirle, su temprana muerte. Le habló de soledad. De que al principio, que nadie contactara con él no le pareció tan extraño. Le contó de su entrada en el ejército, de su rápida ascensión. De los África-Korps, de como por resultado de haber sido herido en el frente tuvo que volver a Berlín. Cada una de sus circunstancias fue saliendo de su boca, durante las horas que permanecieron a cubierto y en espera de las últimas luces del atardecer. Ella descansaba la cabeza en su hombro. Él hablaba y acariciaba, ahora su pelo, luego sus manos, después su espalda.

Le habló luego del pequeño cotagge que aún era propiedad de su familia.

Iba a llevarla allí, mejor que a Londres. Londres resultaba bombardeado casi sistemáticamente. Su cotagge estaba apartado y seguro. Ya desde Berlín y con la intermediación de Ludwick y el abogado proporcionado por éste, tenía hasta contratado algo de personal para que la sirviese y la protegiese. Allí recibiría una cantidad de dinero lo suficiente para administrar la pequeña propiedad con comodidad.

Dafne suspiró. Apenas le había interrumpido durante su relato para hacerle alguna pregunta. Él respondía y continuaba contándole los últimos seis años de su vida.

—Durston, el general que te introdujo en esto. ¿No tenía alguien que pudiera saber de sus decisiones? ¿Quién más te vio allí?

Henry pensó unos instantes.

—Su secretario. Un joven cabo. No sé su nombre.

—Pero tiene que haber un registro en algún sitio de las personas que trabajaban en el cuartel en esa época.

—Seguramente. Pero, puede que no le podamos localizar. Estamos en guerra, el cabo puede haber ascendido, o estar en el frente, o, haber muerto. Imagino que mi hermano habrá atado los mismos cabos que tú, en este instante.

—Si pudiésemos hablar con él.

—Seguramente, en cuanto pises Inglaterra se pondrá en contacto contigo. El cotagge donde vas a vivir, en realidad también le pertenece a él.

Dafne se quedó unos instantes sin palabras. Tony seguramente, si volvía a su país, iría a visitarla. Lo que llevaba al segundo problema, su posible embarazo.

—¿Qué harás cuando lleguemos a la costa?

—Sinceramente, si allí nadie me da nuevas instrucciones, no lo sé. —
miró el cielo y se levantó despacio. —Recojamos, aprovechemos la luz para
llegar a límite del bosque.

En silencio guardaron sus pertenencias, y Dafne insistió en volver a
cargar la mochila. Volvieron a orientarse por el mapa. El sol poco a poco iba
bajando en el cielo. La luz se iba tornando más difusa. Los arboles iban
perdiendo poco a poco su espesura. El aire salobre les llegaba cada vez más
nítido. Caminaron agarrados de la mano. Dándose uno al otro la fuerza que
necesitaban para continuar su camino.

* * *

Tony contempló la bajada de entrada a la cala, guarecido en las sombras
nocturnas. El rumor cansino de las olas del mar del norte era triste y
monótono.

En la próxima marea, tendría que montarse en la chalupa que le llevaría
tras los islotes que bordeaban la playa y servían de barrera natural a la cala,
ocultándola de mar abierto, y haciendo que las olas llegasen suavemente a su
orilla. Los farallones que la rodeaban, hacían imposible contemplarla desde
las garitas de vigilancia que estaban a un lado y a otro de la costa.

Davis salió de la cabaña. Se había quitado al fin la horrenda peluca que le
hacía parecer un anciano. Se había puesto en su lugar un gorro negro, bien
calado. Comprobaba la carga de su pistola. —Eh, Daylight, voy a hacer
compañía a Jones, que lleva apostado ya un buen rato en la escalera de
bajada, y seguro que es más animado que tú.

Tony sonrió.

—¿Le llevas algo de comer?

—Por supuesto, si está delgado, ¿no es por falta de comida! —Ambos

rieron, Jones comía por tres hombre y estaba más flaco que un lápiz.

—Tú tampoco te andas a la zaga.

Davis guardando la pistola en la trasera de su pantalón, tomó un pequeño paquete, con comida para su compañero. Se echó hacia atrás y exageró la curva de su vientre, palmeándose el mismo.

—¡Ah!, ¡la curva de la felicidad!—se rieron juntos—Mi esposa está desesperada con ello. Dice que no ve donde me meto todo lo que me hace para comer.

Con gesto sonriente, caminó hacia el acantilado, metiéndose en un amplio bolsillo el paquete para Jones, las manos a la espalda, y a paso tranquilo.

Tony se estiró casi tocando el techo del pequeño porche que guarecía del sol o de la lluvia. Luego volvió adentro. Tenía que comer algo también. Luego tomaría su puesto, junto al farallón, a la espera de que llegase Geüser y Dafne, y si era posible, su hermano.

* * *

La pista de tierra que debían cruzar estaba en un terreno despejado de al menos trescientos metros. De allí al borde del farallón donde Henry había localizado la entrada a la cala, estaba totalmente al descubierto. Incluso la zona boscosa que ahora los ocultaba era pobre y desprovista, comparada con la exuberancia de los bosques que acababan de dejar atrás.

Tendrían que esperar a la noche. Cruzar aunque fuesen esos trescientos metros, sin el amparo de la oscuridad era temerario. Desde los matorrales donde descansaban ocultos, incluso podía vislumbrar a lo lejos unas de las torres vigías de la costa. Desde allí, no podría llegar una ráfaga de ametralladora, pero si los veían cruzar, mandarían de inmediato a algún vehículo para registrar la zona.

Se volvió a agachar junto a Dafne. Las últimas horas habían redoblado el esfuerzo por estrechos carriles y terreno abrupto. Ella se veía cansada. Estaba pálida y tenía ojeras profundas en sus bellos ojos. Estaba estirada en el suelo, tendida de lado bocabajo, usando de apoyo la mochila. Parecía incluso más delgada. La redondez de su rostro se estaba perdiendo. Con un dedo, Henry siguió el surco que se había formado bajo su pómulo.

—Cuando estés en casa, tienes que alimentarte mejor. Y descansar. Ni se te pase por la cabeza volver a trabajar, ni a cuidar críos. Si alguna vez cuidas niños, quiero que sean los míos. —Henry se sorprendió a sí mismo con esta declaración dicha casi sin pensar. Ella levantó sus ojos grandes hacia él, que hasta hacía unos segundos estaban como perdidos en algún punto de la maleza que les cubría. Él tragó hondo. No debía decirle esas cosas a una mujer, sin saber realmente hasta donde le llevaría su destino.

—Lo siento, yo... —dejó de acariciar su rostro, y tendido a su lado se puso bocarriba mirando el cielo oscurecerse. —No debo pedirte cosas así, ni debería de hacer promesas que no sé si podré cumplir. —suspiró hondo, necesitaba aire. Cruzó sus brazos bajo la cabeza para que sirvieran de almohada sobre la hojarasca seca sobre la que estaban tendidos.

—No pasa nada Henry. —Su voz sonó triste, apagada.

—Si tú quieres... En fin, si me quedo aquí, y tú quieres ser libre, puedo disolver el matrimonio. Ir al registro, o algo, y quedes libre, para rehacer tu vida, con otra persona. — No quería ser egoísta con ella. Esa mujer le había dado todo a él. Su primera vez. Su entrega incondicional. Había abandonado la seguridad de un grupo que la llevaba fuera del país por ayudarle. Le había entregado su amor, incluso sabiendo, ahora quien era en realidad. No le había juzgado, permanecía firme a su lado, a pesar que él quería ser frío con ella, y darle ahora la oportunidad de ser libre y escoger a otro hombre para su vida.

—No. —susurró ella quedamente.

—No te preocupes por el dinero, aunque nos divorciemos, yo seguiré

dándotelos mientras lo necesites, hasta que puedas conseguir otra vida mejor.

—Si nos divorciamos, ¿tú buscarás otra mujer? ¿Buscarás a Helga?

—Ahora, yo no pienso en esas cosas, en mi cabeza y en mi vida no hay sitio para nadie.

Esas palabras dolieron a Dafne. En mi cabeza y en mi vida no hay sitio para nadie. Ella calló absorbiendo la realidad, en la vida de Henry, tampoco había sitio para ella.

—Yo, no creo que quiera volver a, bueno, no sé. Ahora yo tampoco pienso en encontrar a alguien. — tartamudeó Dafne

Henry se dio en ese momento cuenta de que la había herido. Se volvió hacia ella y sus manos envolvieron el rostro triste y pálido de su mujer.

—Dafne, te quiero sólo a ti. Aunque tú quisieras el divorcio, yo seguiría atado a ti el resto de lo que me quede de vida. Sólo quiero que tú seas feliz. Y darte esa oportunidad. Yo soy un hombre solitario, estoy acostumbrado a ello. Tú no, tú eres alegre, eres vital, necesitas dar y recibir amor. No quiero condenarte en la lejanía a permanecer fiel y llevar una existencia solitaria.

—No, yo soy feliz y vital a tu lado. ¿Crees que yo era así de feliz antes de conocerte? A pesar de nuestras circunstancias, de como nos encontramos, nos conocimos, y nos unimos, desde el primer momento supe que eras un hombre muy especial, tan igual a mí. Yo también he sido una mujer solitaria, a pesar de estar rodeada de niños y de tener trabajo, y gente alrededor. Tú me hiciste salir de mi caparazón. Tú sacaste a la verdadera Dafne de su solitaria existencia.

Él la atrajo junto a sí y la abrazó fuerte, le habló sumergido entre sus rizos enmarañados.

—Mujer, a pesar de que los dos hemos sido y seguiremos siendo unas almas solitarias, tú tienes algo que yo no tengo y nunca podré tener.

—Dime qué.

—Cuando te llevé a mi casa, esa primera noche, que me esperaste despierta con cientos de preguntas en tu cabeza, recuerdo de ti vivamente dos cosas. Tus pies descalzos, y la mirada que había en tus ojos. —suspiró y besó su frente. La miró a los ojos a apenas unos centímetros. —en ellos vi algo que yo nunca tendré, a pesar de ver tu miedo y tu soledad, vi esperanza.

Los ojos de ellas estaban húmedos de emoción, permanecían increíblemente abiertos, brillantes, sin dejar escapar esas lágrimas que estaban allí, pugnando por salir.

—Henry, ten esperanza, conmigo, por mí, hazlo por nosotros.

No supo darle otra respuesta. Ella era suya, seguiría siéndolo a pesar de todo. Bajó sus labios hacia ella y la besó hondo, pausado, profundo. Recorriendo cada centímetro de su boca, de sus labios. Intentando absorber su esencia en su interior. Ella respondía al beso con la misma ciega fiereza. No, ella no se separaría de él. A pesar de la distancia que pudiese alejarlos, a pesar de la guerra que pudiese dividirlos, ellos seguirían unidos.

* * *

—He escuchado ya pasar tres vehículos desde la puesta de sol. Parece que han redoblado la vigilancia de la zona... —susurró Davis, mientras bajaba los últimos tres escalones cavados en piedra que llevaban a lo alto del acantilado que les rodeaba.

—Que mala suerte, diablos. —dijo Jones tras él. — ¿Qué habrá pasado?

—Puede ser que el segundo grupo haya puesto en sobre aviso de alguna manera a las tropas de vigilancia. Eran más numerosos, cinco hombres, contando al “paquete”.

—O quizás tu amigo G no haya podido llegar lo suficientemente rápido, con una mujer.

Tony meneó la cabeza.

—No, G es un tipo muy previsor. Él está ahí fuera, esperando el momento propicio a bajar. Apenas hace una hora que se puso el sol. Estará aguardando a que las patrullas roten, y hagan la primera ronda.

—Admiro tu fe, Daylight. Aunque puede ser que tu hermano, no sé... Él pertenece al ejército alemán.

—¡Él no es un traidor! —siseó— Si por lo que sea, no puede venir, permanecerá tan callado como todos estos seis años transcurridos. Le conozco, sé hasta donde llega su honor. Aunque ahora mismo lo estuviesen interrogando, el moriría antes de delatarnos.

Jones le puso una mano en el hombro. —Está bien, perdona, amigo. Cuando uno espera, está tenso, alerta, y puede decir alguna tontería. No lo tomes a mal. También pueden estar buscando otra cosa. O ser coincidencia.

Tony se recostó contra la roca, sentándose en el suelo arenoso. Comprobó por enésima vez su arma.

—Aún quedan tres horas para que se acerque la chalupa. Ni siquiera estará frente a la costa el barco pesquero. Se cuidará mucho de acercarse hasta que sea noche cerrada. Están a tiempo de llegar. —O eso esperaba.

El barco no esperaría a nadie. Su capitán, un viejo lobo de mar, nativo de Islandia, al que llamaban Begur, sin apellido, puesto que el que tenía era un galimatías imposible de pronunciar, guardaba oculto, bajo sus artes de pesca y su barco roñoso, su verdadero negocio, el contrabando. Aunque también, dependiendo de los vientos, ayudaba, previo pago de una cantidad no desdeñable, a pasar otra clase de mercancías. Como la que estaba a punto de llevarse aquella misma noche.

Se volvieron a apostar en las rocas. Sus miradas iban desde la línea de la costa, esperando ver la chalupa, hasta lo alto del farallón, desde donde tendrían que acceder a la playa los que debían de viajar esta noche.

El tiempo pasaba a veces demasiado lento, pero hoy era interminable.

* * *

—Mantente a mi espalda. Agacha la cabeza, el color de la piel refleja la luz más que un espejo en la oscuridad. A la más mínima indicación, échate al suelo, cara abajo, esconde tus manos. —Eran las últimas instrucciones de Henry antes de cruzar los más de trescientos metros que le separaban de la bajada hacia la cala. —Recuerda, no hablaremos, ni un susurro. Tengo que estar atento al mínimo ruido. —apretó la mano de su mujer que asentía frenéticamente a cada instrucción disparada por él.

—Si tiro hacia abajo de tu mano, ya sabes, ¡al suelo! Si me alejo de ti, por lo que sea, permanece donde te deje. Si no volviera a buscarte y ves el alba cerca, vuelve sobre tus pasos. —Tomó la brújula y el mapa, y se lo metió en el bolsillo superior de la guerrera que ella llevaba puesta. —Sigue el camino de vuelta al molino. Cámbiate y ponte tu vestido. Si te intercepta una patrulla, levanta las manos y pregunta por mí. Siempre saca tu documentación con cuidado, dile que eres mi esposa, y que te han secuestrado, describe el grupo con todo detalle. Ellos están ya muy lejos y no importa. Cuéntales sobre el camión, ¿de acuerdo?

Dafne volvía a asentir, ni siquiera sabía si él la veía, rodeados como estaban de oscuridad.

—Ahora aprovecharemos que se ha alejado el último vehículo para cruzar. Tenemos quince minutos al menos. Caminaremos a buen paso. Pisa firme. No intentes correr. Asienta el pie antes de echar el siguiente paso. Una vez en el borde, tendremos que bajar los escalones de piedra casi a ciegas. Lo mismo, Un pie asentado, antes de bajar al siguiente. Siempre tras de mí.

¿Correcto?

—Si.

—Y por favor, esta vez obedece, ¿bien? —La volvió a estrechar unos segundos contra sí. —No sé quién o qué nos espera abajo en la cala. Sólo sé que es el transporte que Geüser tenía preparado para ti. Todo lo que te he dicho para cruzar ahora, vale para cuando estemos abajo. A la más mínima te quiero en el suelo. —La soltó y se alzó para ver que, realmente, el último jeep descubierto que hacía la ronda una torreta de vigilancia a otra se había perdido de vista. Susurró. —Ahora.

Ambos se levantaron a la vez, la iluminación era mínima en una noche sin luna. Sólo el brillo de las estrellas sobre sus cabezas, y a lo lejos, un haz de luz que emitían las torres vigías, normalmente enfocados hacia el mar. Muy de vez en cuando, se movían hacia tierra, aunque parecía que lo hacían solamente cuando el automóvil de su ronda estaba cerca, para cerciorarse que eran sus propios soldados los que venían.

Caminaron a paso vivo, él la llevaba de la mano, pero a su espalda. Henry había cargado ahora con el morral a su espalda, para darle a ella, que no tenía ningún entrenamiento militar, más soltura para moverse. Él recordaba marchas semejantes, de entrenamiento y en combate. Ella sólo era un civil, y temía que se cayese o hiriese de alguna manera.

Cien pasos hacia adelante, sus pies pisaron el firme de la carretera. Ahora si estaban verdaderamente expuestos. Cruzaron el asfalto. Una vez al otro lado, Henry la hizo parar al amparo de unos matorrales altos. Se tiraron ambos al suelo, para tomar aliento. No dijeron ni una palabra. Permanecieron un par de minutos con la cara pegada al suelo. Henry aguzando el oído, elevando su vista fugazmente para mirar a las torretas, y a un lado y a otro de la carretera.

De nuevo apretó su mano.

—Ahora. —susurró apenas.

Se levantaron y caminaron rápido hacia el borde del acantilado. Dafne respiraba agitadamente, se mantenían unidos por las manos, y ella se esforzaba por no ser un lastre.

Sólo podía pensar en llegar a aquella maldita escalera, y poder bajar un poco para estar de nuevo ocultos. Henry, sorprendentemente tiró de su mano hacia abajo. Ella obedeció sin dudarlo, en un segundo ambos estaban en el suelo. Henry la abrazó contra su pecho y hundió su cara entre los rizos de ella. El ruido de un motor se acercaba. Apenas le quedaban sesenta o setenta metros para el borde, pero la patrulla se había adelantado.

Henry la apretaba contra sí. El motor rugía cada vez más cercano. Por el rabillo del ojo vislumbró la luz de los faros. Avanzaba a ritmo rápido por el asfalto. Ahora debería estar en su perpendicular. Dafne casi dejó de respirar por unos segundos.

El vehículo, no cambió su ritmo, continuó con su velocidad, escucharon voces en alemán, alguna risa jocosa, cerca, luego alejándose en dirección contraria. Hacia el siguiente puesto.

Henry esperó hasta perder la mínima luz roja de la trasera del pequeño todo-terreno alejándose.

—Vamos, nos queda poco—la instó en un susurro.

Levantarse, volver a andar. Estaba agotándose. Demasiada tensión se acumulaba en sus miembros. Tomó aire y siguió firmemente asida a su mano. Queda poco, queda poco, se repetía, mientras pisaba tras él, intentando no perder su ritmo.

Metros más allá él frenó casi en seco, ella quedó a su espalda, caminaron por el borde cercano del acantilado, mientras localizaban los primeros escalones.

—Aquí— susurró cerca de su oído. Volvió a tirar de su mano. El bajó uno, dos escalones, a tientas, ella ciegamente le siguió. Despacio, uno a uno, un pie firme, otro paso. Bien pegados a la pared rocosa.

Los escalones eran desiguales, tallados a mano, algunos bastante gastados, Medían apenas cuarenta centímetros. Era una bajada peligrosa de día, de noche era un riesgo incalculable. Un paso tras otro, bajando. Despacio. Tanteando cada pie. Sus manos sobre la pared, agarrándose a la roca desnuda y a la nada.

Cuando Henry pisó al fin la arena de la playa largos minutos después, esperó a que ella bajase él último escalón. Sintió un escalofrío en la nuca. No estaban solos, lo presentía, desde los primeros escalones bajados estaban siendo observados. Una vez firmemente asentados, Henry la mantuvo a su espalda, mientras intentaba vislumbrar algo entre la negrura. Extendió la vista hacia el mar. La cabaña estaba a menos de cien metros, en sombras, se le antojaba casi fantasmagórica. Parecía desierta, ni un pequeño fanal en la ventana. Nada.

Pero notaba la presencia de alguien más allí. No podía haberse equivocado de sitio. Conocía aquello, había estado en su mismo borde días antes. Quien les esperaban, estaba oculto. Se decidió por arriesgarse y caminar hacia la cabaña, de nuevo silenciosamente.

Un arrastrar de pies se escuchó entonces a su alrededor, Henry se tensó de inmediato. Llevó la mano hacia la única y pobre arma que tenía encima, la navaja suiza que había traído Dafne. Ella se abrazó a su costado asustado.

Una voz en alemán surgió en la oscuridad. Con el ruido de las armas al quitar el seguro.

—¡Alto!! ¡Manos arriba!—Una linterna les enfocó directamente a la cara, como surgida de la nada. Al menos tres hombres les rodearon en breves instantes surgidos de las sombras.

Dafne ahogó un grito, mientras Henry levantó despacio las manos hacia arriba, parpadeando cegado por la luz.

—¡Quietos! —Otra voz, esta en inglés, y conocida, Henry suspiró aliviado al oírla. — ¡es mi hermano! ¡Y la chica!

Tony se adelantó hacia él. Al notar dos personas con uniforme alemán, habían optado por rodearles y darles el alto. Los otros dos que le acompañaban volvieron a asegurar sus fusiles.

Dafne enfocó también sus ojos hacia la voz que se acercaba.

—Maldita sea hombre, nos habéis asustado, creímos que erais soldados. ¿Dónde anda Geüser?

Henry abrazó la cintura de Dafne mientras alargaba la mano hacia su hermano, este tiró de él y le dio un corto y rápido abrazo.

—Vayamos a cubierto. Chicos, seguid vigilando.

—Geüser no vendrá. —dijo Henry.

Uno de los compañeros de Tony interrogó.

—¿Le ha ocurrido algo?

—No, que yo sepa. Me dejó el mensaje y se fue.

Con la mano en el hombro de su hermano le instó a caminar.

—Vamos vayamos a la cabaña, ¿cómo estás Dafne?

Dafne quiso contestarle y dar un paso más, pero por momentos no pudo. La tensión de ese último minuto agotó las fuerzas que le quedaban. Nunca fue una mujer propensa a vahídos, pero esta vez notó como sus rodillas no respondían y se doblaban. El brazo fuerte de Henry que la rodeaba, impidió que se golpease contra el suelo cuando perdió la noción de la realidad.

—¡Dafne! —Ambos hombres hablaron al unísono. Henry la ciñó contra sí, pero las costillas gimieron, cayendo de rodillas junto a ella, aún sujetándola.

—Diablos, se ha desmayado. —susurró Tony.

—Está agotada, hermano, ha sido muy valiente, pero ya no podrá más. —susurró besándola en la frente e intentando levantarse con ella en brazos, las costillas protestaron. Pero se alzó con ella.

—Déjame que yo la lleve— Dijo Tony poniéndose ante él.

—¡No! Yo llevaré a mi mujer, indícame por dónde.

Tony sorprendido por las palabras de Henry no dijo nada, indicó el camino hacia la cabaña. Cuando llegaron a ella, abrió la puerta y encendió presto uno de las lámparas de queroseno. Con cuidado Henry cruzaba la puerta con Dafne en brazos, para que no se golpease con los marcos.

—Tráela aquí—despejó un jergón que estaba en una esquina, Henry caminó hasta él, dejándola con cuidado acostada, luego cayó a su lado de rodillas.

—Dafne. —susurró mientras tomaba su pulso en el cuello. Era pausado pero firme. Ella suspirando, murmuró algo y acomodó hacia el otro lado la cabeza, para evitar la luz. Henry tiró de una manta que estaba doblada a los pies para cubrirla. Después besó su frente, mientras un sorprendido Tony aún no había podido articular palabra. —La dejaremos que descanse.

—Sí, es lo mejor—logró al fin decir Tony, mientras Henry se levantaba y sacaba de su espalda el morral con sus pocas pertenencias. Lo dejó en el suelo, al lado de la cama.

Tony se sentó pesadamente en el banco desde el cual, a través de la ventana, podía observar el mar, dejando su arma al lado. Henry caminó hacia

una de las sillas cercanas y se sentó también, estirándose con cuidado y palpando sus magulladas costillas.

—¿Estás herido?—preguntó Tony al observar el semblante dolorido y los hematomas que aún oscurecían el rostro de Henry, fruto de su encuentro con Cromwell.

—No es grave. Me han golpeado duro, y llevamos muchas horas sin apenas descansar.

—Está bien, tienes que contarme desde el principio. También lo de Geüser. Y, qué es esa marcada de territorio con, — imitó la voz más bronca de Henry y su deje gutural—“yo llevaré a mi mujer”.

Henry miró hacia ella, ahora estaba dormida, se había movido un poco y acomodado. Él se relajó, estiró las piernas. Iban a ser unas largas explicaciones.

—Nos hemos casado.

Tony abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla mientras asimilaba, luego riéndose se levantó, y caminó hacia el para darle unos golpecitos en la espalda.

—Enhorabuena, hermano. Te has dado prisa, ¿eh?

—Claro que sí, para que no me la quitaras, “niño bonito”. —Ambos hermanos por unos momentos intercambiaron risas y bromas juntos, a media voz, cómo cuando eran más jóvenes, y no había una guerra sobre sus cabezas.

CAPÍTULO 37

DAFNE abrió los ojos, y lo que vio fue un techo de tablas pintado de gris con vigas de madera a la vista. Estaba en una cama con una madera tallada sirviendo de barandal, como si se tratase de una cuna para adultos o un nido. El balanceo que sintió y el rumor del agua, le dio la pista de donde se hallaba. A bordo de un barco y ella no se había ni enterado. Miró en derredor. Si, de acuerdo, estaba en un camarote. Ahora aguzando un poco el oído y aún, si querer ni moverse observó el diminuto sitio. La cama donde ella estaba, una especie de mueble con dos puertas y varios cajones con seguros para que no se abrieran accidentalmente. Una mesa pequeña pegada a la pared más alejada, bajo un ojo de buey. Unos mapas enmarcados en las paredes. Una silla. Y un par de puertas, una de ellas parecía dar a abajo de una escalera, puesto que su esquina derecha estaba cortada en inglete.

La puerta más grande se abrió suavemente. Ella miró por encima de sus mantas. Ante ella la imagen de Henry.

Él sonrió— Estás despierta. —Venía vestido con unos pantalones marrones de sarga, un jersey amplio de ochos color gris abotonado delante con botones de madera, y una camisa beige, con dos botones sin prender. Su aspecto era informal, y parecía relajado.

Entró y cerrando la puerta caminó hacia ella.

—El capitán del *Seagull* (23), el señor Begur, ha sido de lo más amable,

te ha cedido su propio camarote. Es el único que tiene una especie de baño privado, dijo señalando hacia la puerta más pequeña. Desde luego, Tony se lo ha compensado con creces, el dinero es el verdadero capitán de este barco. —sonrió Henry. Se acuclilló a su lado y le acarició el pelo enmarañado. — ¿Cómo te encuentras?

—Descansada, pero algo mareada, ¿cuánto he dormido?

—Pues, unas doce horas. Si quieres asearte, puedes hacerlo, yo iré a la cocina por algo de comer. ¿qué te apetece?

—Sólo quiero algo de té o café, y galletas, por favor. Todavía quedan en el morral.

—Ssst, no te preocupes, venga incorpórate. —la ayudo quitando las mantas, sólo estaba vestida con la camisa y su ropa interior. La sujetó hasta que estuvo sobre sus pies— ¿Te sientes mareada?

—Un poco, pero no me caeré, —sonrió, —es imposible caerse, ¡no hay sitio!

—El camarote de la marinería es más grande, claro que lo comparto con cinco hombres más. El capitán se ha quedado con el banco grande del comedor para dormir. Tipo con suerte. Vosotros dos sois los únicos con privacidad aquí.

Dafne caminó sola hasta el aseo, lo abrió con cierta aprensión, pero no, estaba limpio. Un mínimo lavabo, un W.C. y un pequeño plato de ducha de porcelana. ¿Rosa? Inaudito. Con la grifería por fuera en cobre. Diminuto, pero muy aceptable.

—¿Todo bien? —A sus espaldas Henry parecía que ocupaba casi todo el espacio sobrante del camarote. Puesto de pie, su cabeza casi rozaba las vigas del techo.

—¿Puedo darme una ducha?

—Tienes unos tres minutos de agua caliente. —Sonrió, —El agua dulce esta racionada, haz como me enseñaron en África. Una ligera rociada, y cierra el grifo, enjabonarte, y abre de nuevo. Te aclaras el pelo bien, y que caiga el agua por el cuerpo. Yo ya he tomado una en el baño comunal. Saldré a buscarte ropa, y la comida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo— pasó al interior del baño. Henry cerró la puerta de la ducha y lo escuchó cerrar la otra puerta.

Se desnudó completamente dejando en el suelo el uniforme de soldado alemán, y se metió en el pequeño cubículo. Abrió el grifo e hizo como le indicó Henry, una rápida rociada de agua templada, para mojar su cabello y su cuerpo, y después tomó la pastilla de jabón que olía bastante bien a flores y estaba nueva. Se enjabonó entera. Una vez que volvió a abrir la ducha se dedicó a sacar todo el jabón de su corto cabello al principio y luego a dejar que el agua escurriese por su cuerpo hasta que el caudal decayó, y solo goteó débilmente sobre su cabeza. Cogió la toalla colgada tras la puerta, y se envolvió, raspaba un poco, no era de mucha calidad, pero olía a limpio. Aliviada por la ducha, se peinó el cabello con los dedos.

Abrió la puerta y asomó la cabeza hacia el camarote, sobre la mesa una bandeja ovalada, con una taza grande, de la que le llegó el aroma a café, y un plato de galletas de diferentes tamaños. En la silla encontró ropa. Henry no estaba por ningún sitio. Se sintió algo decepcionada de no verle. Parecía tan relajado, sin su uniforme, vestido con ropas de pescador vulgares, pero que le sentaban bastante bien y parecía cómodo con ellas. Al final, estaba con ella a bordo del barco.

Se empezó de vestir. Ropa interior masculina de algodón color gris, se rió al ponérsela, pero más o menos le iba, calcetines gruesos y luego parecido lo que llevaba Heinrich, pero pantalón azul oscuro, con el jersey gris y la camisa igual que él. Unos zapatos de cordones un poco grandes. Sobre la cama quedó un gorro de grumete. Luego se acercó a la mesa y bebió un auténtico café con leche.

* * *

Henry se asomó a la borda y se dejó caer con los codos sobre la madera, al lado de su hermano.

—¿Cómo está Dafne?

—Bien, la he dejado aseándose y con el desayuno sobre la mesa.

—¿Se ha extrañado al verte?

—No. —Miró hacia la lejanía, nada a la vista, solo mar azul y tranquilo— no se ha extrañado.

—Las mujeres tienen un sexto sentido. De alguna manera ella sabía que no la dejarías sola.

—Eso, y que me amenazaste tú y tus dos hombres con amarrarme como a una salchicha y traerme a la fuerza si yo me negaba.

—Si, como una salchicha Frankfurt. — se rió. —mejor, una de Viena. — siguió riendo. —Por lo del “tamaño”, digo. —Volvió a reírse en su cara.

Henry acabo igualmente riéndose. En las horas previas, mientras ella dormía habían pasado bastantes cosas. Mientras esperaban la llegada de la chalupa del *Seagull*, Tony le habló de Ballister, el abogado militar con quien había hablado en Inglaterra. Por casualidad, mientras buscaba a la hermana de Dafne para que cuando ella volviese pudiesen encontrarse, conoció a su marido. Este era capitán en el ejército, en la reserva, por ser herido en combate, y haber perdido parte de la movilidad de un brazo. Era abogado, y se dedicaba a ello dentro del ejército y con muy buena fama. Ambos estaban esperando ahora a Dafne y a Heinrich en el puerto de Dover.

Y sí, había amenazado a su propio hermano con atarlo y llevárselo a la

fuerza hasta Inglaterra, si no lo hacía voluntariamente.

—Bajaré a ver si ha desayunado, y luego la traeré arriba a que conozca el barco y salude al capitán.

—Si, el viejo vikingo estará encantado, es lo más bonito que ha llevado nunca a bordo.

Henry sonrió mientras bajaba por la escalera y enfilaba un corto pasillo para llegar al camarote.

* * *

Tony dirigió la vista hacia el puente, el viejo Begur usaba sus prismáticos para otear el horizonte. Estaba muy fijo en determinado punto hacia el suroeste. Los bajó con cara de preocupación, y le hizo una seña para que se acercase.

—¡Eh inglés! ¿Dónde está tu hermano y la chica?

—Abajo en el camarote.

—Baja y diles que tenemos compañía, es una patrullera alemana. Creo que los conozco, pero aún así. Que vengan ya y a sus puestos. —Se volvió hacia estribor— Henk, ve echando redes, Ólafur, ponte a remallar con la chica cuando suba. Ya sabéis lo que hay que decir si os preguntan.

* * *

Dafne se vio en medio de proa, sentada casi cubierta de redes, con una aguja regaladora en la mano y un gorro calado hasta las cejas, escondiendo todo su pelo. Ólafur la enseñaba a manejar la aguja. Henry, Tony y otro de los tripulantes tiraban las redes, trabajando en equipo. Otros dos hombres, que

ella no alcanzó escuchar el nombre se afanaban sacando cajas de la bodega y esparciendo sal en ellas.

En breve la patrullera, un largo torpedero Shenllboots se puso a estribor dándoles el alto.

—No hables, Henry. Tú no sabes islandés. Yo lo haré por ti. No hagas ningún gesto brusco, haz como si nada te importase. —Henry alzó una ceja bajo el grueso gorro de lana que ocultaba su corto cabello. Volvieron, bajo las órdenes de Henk a tirar las redes, otro de los compañeros se les unió en el esfuerzo.

El capitán Begur sonreía, mostrando que le faltaban un par de dientes, poniendo los brazos en jarras, haciendo que su barriga pareciese aún más pronunciada. Bajaba del puente en dirección al costado de estribor, donde se colocaba la patrullera. Seis soldados con fusiles les apuntaban desde la altura mayor de la torpedera.

El capitán alemán bajó igualmente del puente. No exhibió arma, al contrario, sonreía a Begur con evidente satisfacción.

—Begur, viejo pirata vikingo. Que haces por estas aguas, estás muy lejos de tu zona habitual, ¿no?

—Ah, Herr Capitán, —su voz sonaba extraña en un mal alemán— la pesca en esta luna es floja, buscábamos un mejor caladero.

El capitán de la torpedera hizo una señal a dos soldados y saltaron dentro del *Seagull*, él le siguió, era un joven de pelo castaño dorado, muy bien cortado, con un uniforme impecablemente blanco. Echó un vistazo alrededor. Los soldados anduvieron unos pasos en dirección al grupo de hombres más numeroso. El joven capitán alzó su barbilla en dirección al grupo donde se encontraba Tony y Henry.

—Veo que tienes tripulantes nuevos.

—Ah sí, dos de mis marineros quedaron en tierra, ¡demasiado bebidos para subir a bordo!— rió a carcajadas.

—Verdaderamente, no me lo creo de un islandés, te he visto borracho y llevando firme el timón de tu barco. —bromeó el alemán visiblemente divertido.

—¡Pero todos los islandeses no tienen mi estómago Herr Capitán!

—¿Quiénes son?—señaló hacia donde continuaban trabajando Tony y Henry —Muy jóvenes para no estar sirviendo en el ejército.

—Ah, sí, son Toniak y su hermano Gunn... ¡Toniak es uno de mis yernos!, ¡Ven aquí chico, que te presente al mejor capitán de patrullera del ejército del Führer!

Tony, quitándose su gorro de lana multicolor, camino con una ostensible cojera hasta el capitán, haciendo una reverencia algo burda, como de un hombre sin cultura y poco habituado a tratar con gente de cierto rango.

—Toniak es un buen chico, se acaba de casar con mi pequeña Basile. Es un hombre muy trabajador, aunque sea cojo.

—Ya veo, y el otro, ¿el más grande? —Señaló con el mentón a Henry que continuaba como ajeno a lo que estaban hablando.

—Es el hermano mayor de mi yerno, el pobre es mudo. ¿No Toniak?

Toniak aún con el gorro entre las manos como señal de respeto, asintió.

—El pobre no habla, también es un poco lento. —se señaló la cabeza. Haciendo un mohín—pero es un hombre muy fuerte y trabaja muy bien.

—Ya veo. —siguió mirando en derredor.

Begur le hizo un gesto a Tony para que volviese a su tarea. Éste miró

divertido la cara de Henry cuando se volvió de espaldas al capitán. Tenía el gesto de no entender nada de lo que decían cuatro metros más allá.

—Herr capitán, si me permite, tengo algo que le prometí la última vez que nos saludamos. — ¡Chico!— miró hacia Dafne, ésta entrecerró los ojos, entendía el islandés, por ser una especie de mezcla entre el inglés y el alemán. — baja a mi camarote, bajo mi cama en el cajón hay una caja de cartón atada con cordel, ¡súbela!

Dafne soltó la aguja y salió rápidamente de cubierta.

—¿Nuevo grumete?

—Si es el nieto mayor de Ólafur, el chico es mañoso como su abuelo para las redes, aunque algo flaco para las labores pesca, pero ya crecerá, no tiene ni catorce años. Cuando eche la barba será tan bueno como el que más.

Dafne trajo la caja y la dejó en manos del capitán con los ojos bajos, y se volvió de inmediato al lado del redero, sentándose en el suelo.

El capitán alemán alzó las cejas intrigado mientras Begur deshacía el nudo. Destapó la caja, y esta contenía medias de seda, perfumes, y pañuelos de hilo. También prendas femeninas interiores de encaje delicado.

—Su señora estará encantada con el regalo. ¿No Herr Capitán?

El Capitán sonrió satisfecho. —Por supuesto, yo aún disfruto del coñac de la última vez que nos vimos.

—Lo tendré en cuenta cuando coincidamos la próxima vez.

—La siguiente luna, quizás. Daré aviso de que te dejen paso franco. ¡Hasta la Vista!

El capitán hizo una seña y uno de los soldados que había permanecido en guardia en la cubierta del *Seagull*. Éste puso el seguro a su arma y se la echó

al hombro, y rápidamente se acercó a tomar la caja que Begur había vuelto a cerrar.

El capitán alemán se tocó el ala de su gorra para despedirse de Begur pero no le dio la mano, llevaba unos guantes impolutos, blancos. No quería ensuciarlos con las ennegrecidas manos el viejo lobo de mar. Luego se dio media vuelta y subió a su patrullera, dando las órdenes para separarse del *Seagull* y partir.

Henry aliviado vio como se alejaba el potente torpedero. Cuando casi se perdió de vista se dirigió a su hermano

—¿Mudo? ¿Algo lento?— pues sí que había entendido la mayoría de las palabras.

Tony se rió a su costa exagerando su cojera.

—Pero le dije que eras un hombre fuerte y trabajador, ¡no te quejes tanto!

Aún escuchando las risas del resto de a marinería incluido del capitán Begur por la excelente actuación dramática de Tony, Henry meneando negativamente la cabeza pero con ganas de reírse igualmente caminó hasta Dafne que seguía con la tarea de remendar las redes. Se inclinó para tomarla del brazo.

—Déjalo ya cariño.

Ólafur la contemplaba riéndose, ella también estalló en carcajadas.

—Algo lentito Henry, algo lentito. —dijo mientras se levantaba. —Señor Ólafur, si veo que me falla mi trabajo, ¿puedo venir a solicitar el puesto de redera a su lado?—el viejo sonrió, con dientes amarillos de mascar tabaco.

—Por supuesto señora, por supuesto.

Los siguientes dos días hicieron una ruta tranquila, mecidos por la brisa.

El capitán hizo un recorrido habitual de los barcos pesqueros, se cruzaron con otros barcos parecidos a *Seagull*. Por suerte ninguna otra patrullera les dio el alto. Dafne recuperó el apetito, el cocinero de a bordo era bastante bueno, y Henry y Tony la mimaban a la par.

Aunque todas las noches dormía sola en su pequeño camarote. La verdad es que la cama era ajustada para una persona, y compartirla con un hombre de la envergadura de Henry iba a ser apretado, pero a ella no le hubiese importado lo más mínimo. Pero cada noche, se despedía de ella con un largo beso y la empujaba adentro para cerrarle la puerta.

—Quédate. —dijo contra su boca. Miró sin disimulo a los dos lados del pasillo, y con una pícara sonrisa la mano que acariciaba el pecho de Henry, bajó por encima de la ropa tanteando sus músculos apretados, hasta llegar a su miembro endurecido. Henry siseó, y la apretó más contra sí, con ambas manos sobre su trasero vestido con pantalones de sarga.

—No me tientes pequeña.

—Y qué si lo hago. Estamos casados.

—Tus órdenes son dormir y descansar. Has pasado mucho estos días. Tienes que recuperarte. —bajó el tono y susurró en su oído. —Además lo que tengo planeado para ti cuando desembarquemos... las paredes de este barco son muy delgadas, y, lo que me propongo necesitará una cama grande, y un poco más de intimidad. —dicho esto le dio un beso corto y fuerte. La tomó de los hombros y le dio media vuelta. Dándole una palmada en el trasero, la dejó dentro de su pequeño camarote, y la encerró.

Escuchó su risa baja y profunda alejarse por el pasillo.

Dafne resopló mientras se dejaba caer en la puerta cerrada. Sólo una noche más. En veinticuatro horas estarían por fin en tierra. Aunque, y después, ¿qué? Henry había eludido en todo momento hablar de ello. Entretenida con la ayuda de su hermano, en cualquier cosa que la alejase de

esa preocupación.

Esa desinformación resultaba más inquietante que la propia realidad.

* * *

Cruzó de un barco a otro de un salto. Henry había cruzado primero al pequeño pesquero de bajura inglés “*The lady of Dover*” y luego había extendido los brazos hacia ella. Ella sólo saltó y él la recogió entre sus brazos. Luego fue el turno de Tony. Desde la cubierta de su último transporte que los llevaría al puerto inglés de Dover, vieron alejarse hacia aguas internacionales al *Seagull*. El capitán Begur hizo sonar la triste sirena de su barco en señal de despedida. Se alejó en la negrura de la noche. Y Henry la llevó hacia el interior de su nuevo transporte.

El *Seagull* no tenía permiso para atracar en Dover, el “*The lady of Dover*” les llevaría las escasas millas que les restaban hasta su tierra.

Avistadas las luces encendidas del puerto, ambos ascendieron a cubierta. Dafne se dejaba caer con la espalda sobre el pecho de Henry mientras contemplaba cada vez más cerca su patria. Hacía tantos años que no pisaba Inglaterra, Tony le dijo que ya se había encargado de avisar a su hermana. Estaba en todo, pensó. Y ahora que realmente no sabía lo que ocurriría con Henry cuando pisase tierra, necesitaba de veras tener a Allison al lado.

—Henry, dímelo. ¿Qué pasará ahora?

—Esta noche no tienes que preocuparte. Tenemos reserva en un pequeño hotel. —Le habló bajito al oído— me propongo hacerte el amor hasta que pierdas el conocimiento.

—No cambies de tema. — su voz sonó tensa. —No soy una niña pequeña. Para mí, el ignorar el próximo movimiento es peor que saberlo.

—Tranquila, esta noche es nuestra. —besó su coronilla y la abrazó más fuerte. —por favor, no hablemos de eso ahora. Dejemos esto hasta mañana. ¿Por favor? ¿Ves? Me estoy reformando, ya no te lo estoy ordenando.

Dafne suspiró ante la cerrazón de Henry. Mañana. Mañana hablarían de ello.

* * *

Aún húmedo su cabello por el rocío de la primera ducha verdadera en muchos días, Dafne cayó sobre la almohada de plumas de la enorme cama del hotel. Henry igualmente mojado que casi goteaba su cuerpo desnudo sobre ella, trepó por su cuerpo con ansia. Las pequeñas gotitas, producían pequeños escalofríos de placer sobre sus pechos desnudos y llenos, mientras él iba bajando su cabeza, desde sus apretados pezones, hasta rodear con su lengua la redondez de su ombligo.

Ella suspiró mientras metía sus dedos en el cabello crespo de Henry, y éste hundió su lengua en su vagina. Gritó, no le importó hacerlo. Él sabía exactamente como lamer cada centímetro de su centro. Buscó y raspó con cuidado con sus dientes el pequeño nudo nervioso de su clítoris, mientras hundía en su interior uno, dos dedos, extendiendo su humedad. Ella se retorció en la cama, sacudida como por descargas eléctricas que recorrían de abajo a arriba su columna vertebral.

Todavía no terminaban de producirse sus espasmos placenteros cuando él se elevó sujetándose a ambos lados de su cuerpo con sus brazos, y su miembro pulsante, erecto y hambriento, entró casi de un golpe, llenándola hasta su plenitud.

Ella ahogó su nuevo grito ladeando la cabeza contra la almohada de plumas, sus manos se elevaron para arañar su pecho y atraerlo más contra ella. Él la contemplaba, estocada tras estocada desde su altura, sin querer perderse detalle de sus gestos, de sus ojos, cerrándose y abriéndose, de su

boca pequeña y roja, jadeante.

—Heinrich. —Su nombre en alemán resonó en sus oídos, ella repitió dos o tres veces, —Henry. ¡Henry!, —notó como el segundo clímax se abría paso en ella. Los espasmos de su vagina apretaron su necesitado miembro y entonces, se abandonó con ella en el orgasmo. Su semilla llenándola, sus músculos tensándose y relajándose después. La descarga de sus nervios recorriéndole de arriba a abajo, como tanto había deseado.

Cayó sobre ella. Dejando su cabeza entre los pechos de su mujer. Los llenó de pequeños besos, mientras ella recuperaba su respiración, igual que él. Se movió un poco para dejar caer más peso en sus codos para no aplastar su cuerpo suave.

—Te he echado tanto de menos—Susurró Dafne contra su pelo aún húmedo que le hizo cosquillas.

—Yo he soñado contigo. — murmuró. — Una vez, me pareciste tan real, que...

—¿Qué?

—Acabé derramándome como un adolescente.

Ella rió contra su pelo.

—¿Qué hacía yo en tu sueño para provocarte así?

Él se levantó y se deslizó a su lado, quedando bocarriba y atrayéndola para que descansara la cabeza en el hueco de su brazo.

—Me montaste como una amazona.

Ella levantó picara la cabeza.

—Eso me lo tienes que contar con detalle. —su mano bajó acariciante por

el fino vello dorado del pecho de Henry. Enredó allí unos instantes. Luego siguió bajando por su tenso estómago y pasando la línea del ombligo. El respiraba y sentía sus caricias deliciosas. — ¿No vas a contármelo?

—No.

—Entre nosotros no debe de haber secretos. —ella bajo aún más su mano cerrándose sobre su miembro medio hinchado.

—No, no, te, lo, contaré.

—Mmm. —ella le acaricio bombeando suavemente. Él se tensó y arqueó un poco la espalda. Las caricias tentadoras, hicieron que su pelvis se adelantase casi involuntariamente. —Tendré que adivinarlo. Cabalgándote como, ¿una amazona?—Ella se elevó, luego apoyó una mano a cada lado del pecho de Henry.

—¿Dónde vas?—gimió el bajito. Su miembro creció mientras fijaba sus ojos en los llenos senos de su esposa. Ella se sentó sobre los muslos de él. Henry admiró la curva que hacían sus caderas y sus manos fueron hasta ellas, moldeándolas.

—Tengo mucha imaginación Henry. — Se acomodó sobre su marido y se elevó sobre su miembro ahora de nuevo erecto por sus tentadoras caricias. — Han sido muchos días solitarios. —sonrió mientras una de sus manos volvía hasta su pene y lo acariciaba embrujadoramente con un dedo. — Yo también he tenido tiempo de soñar.

Agarró con delicadeza la base de su carne dura y resbaladiza, y se posicionó sobre él, abriendo su cuerpo para su invasión. Bajó centímetro a centímetro, torturándole con su lentitud. El gimió y sus caderas se elevaron hasta chocar contra ella, cuando estuvo enterrado hasta el fondo. Ella también gimió suavemente. Una, dos, tres, cuatro veces ella se tomó todo su tiempo en subir y bajar lentamente.

—Me estás matando. — dijo Henry. Ella rió.

Henry apretó con sus dedos abiertos como garras las caderas femeninas para obligarla a aumentar el ritmo. Ella se dejó guiar.

Largo rato después, cansados y casi satisfechos, se durmieron abrazados. El alba estaba cerca.

CAPÍTULO 38

CON tanto cuidado como fue posible para Henry salió de la cama y tomando ropa que le había dejado su hermano dentro de una pequeña maleta, se deslizó en completo silencio hasta el baño. Cerró la puerta y abrió la ducha. Aún no eran las siete de la mañana, pero el sol había despuntado ya. Se duchó y afeitó. Luego tomó el traje de chaqueta color gris marengo, que a pesar de no ser a medida, era de su talla y le ajustaba bien. Enlazó su corbata gris a rallas diagonales más claras con un nudo windsor, a juego con los cuellos ingleses de la camisa crema. Sus zapatos también eran nuevos, brillantes y pulidos.

Un último vistazo, tomó su sombrero y metió su cartera con su documentación en el bolsillo interior de su chaqueta.

Todo estaba hecho. Ahora salir con el máximo cuidado. Rogaba que ella siguiese durmiendo. No quería ver sus lágrimas cuando llegasen los soldados con su orden de detención. Necesitaba recordar sus ojos nublados de placer, no llenos de angustia.

Sigilosamente, caminó hacia la puerta del dormitorio cuando salió del baño apagando las luces. Los primeros destellos del alba entraban por la ventana con calidez lechosa. Ella se removió un poco y tiró de las sábanas tapándose casi la cabeza.

Cuando salió al pasillo y cerró quedamente. Gracias a los cielos, ella no se había despertado.

No tenía valor de verla llorar. No quería verla sufrir. Si ella fuese testigo de lo que vendría ahora, sufriría. Tony se encargaría de ella, se lo prometió en una de sus largas charlas nocturnas, cuando ella se encerraba a dormir en el pequeño camarote del *Seagull*. No dormía con ella, no por falta de espacio, no le hubiese importado dormir a los pies de su cama en el mismo suelo, con tal de estar a su lado. Pero necesitaba planear con su hermano cada uno de los próximos movimientos a ejecutar.

Y de día, no quería hacerlo, eran escasas las horas de paz antes de desembarcar, y lo más importante era que ella se relajase, se alimentase y tuviese el descanso necesario para recuperarse completamente.

Bajó los escalones de la escalera principal, cubiertos por una gruesa alfombra verde musgo, no hizo apenas ruido. Tony se encontraba abajo, sentado en uno de los sillones del amplio recibidor. Ojeaba el periódico del día, y alzó sus ojos azules al sentirle. Se levantó, ajustándose su chaqueta. Apenas les quedaban unos minutos hasta que los soldados llegasen.

Tony había conseguido esas escasas horas de tranquilidad para su hermano y su esposa, haciéndose cargo personal de su custodia ante sus jefes. Nadie tenía que saber que no habían estado exactamente juntos o pared con pared. Tony había tenido el buen gusto de solicitar una habitación muy íntima para la pareja, y una para él lo suficientemente alejada para no coartarles.

Henry se plantó ante él. Vestido impecablemente. Su rostro serio e inmutable. Sus ojos grises estaban fríos y secos. Parecía que tenía el control absoluto de sus emociones.

—¿Duerme aún? —Preguntó Tony elevando un poco la cabeza para mirar a su hermano, Apenas era unos diez centímetros más bajo. Pero su hermano siempre le había parecido inmenso, tan fuerte.

—Si. He procurado no despertarla.

—Bien, yo me quedaré aquí, con ella hasta que llegue su hermana Allison. Ballister y yo esperaremos noticias desde aquí, hasta averiguar donde te trasladan, después, pediremos permiso para hacerte la primera visita.

—¿Te permitirán pasar? Eres un testigo.

—No lo sé. Pero al menos lo intentaré. Escucha a Ballister, hazle caso. Es un excelente abogado, tanto civil, como del ejército. Él ha solicitado tu defensa y no ha habido inconveniente, puesto que es tu cuñado.

—Bonita manera de conocer a mi familia.

—Él dijo lo mismo. —suspiró Tony. —A ambos os hubiese gustado conocerlos en mejores circunstancias. No te preocupes, es un hombre leal y amable. Conoce al detalle tu historia. Está de tu parte. Llegarás a apreciarlo como a un hermano.

Henry asintió, su vista se deslizó de los ojos azules de su hermano hasta la puerta de entrada del hotel, donde aparecieron tres hombres uniformados. Un sargento venía al frente de dos soldados. Caminó directamente hacia ellos, ignorando el mostrador de entrada del hotel.

—¿Henry Daylight Strieber?

* * *

Dafne abrió los ojos, y por un instante estuvo algo desorientada. Luego recordó la noche anterior. El desembarco en el puerto de Dover iluminado por farolas de luz amarillenta, el taxi que los llevó al hotel, casi ya en las afueras, la población había sido castigada duramente por los bombardeos alemanes, y la mayoría de los hoteles en ciudad, estaban inactivos o simplemente destruidos.

Henry la abrazaba en el asiento de atrás del auto y ambos contemplaron el edificio de ladrillo rojo de la antigua casona de campo rodeada por un jardincillo acotado por una valla pétreo. Parecía una antigua casa solariega de bajo y dos plantas, rehabilitado como hotel. A ella le pareció perfecto. Incluso su dormitorio, empapelado con rosas amarillas, y la cama de bronce amplia con intrincados dibujos de hojas, y la ventana que daba al jardincillo trasero con cortinas de tonos amarillos suaves.

Miró hacia el baño. La puerta estaba entreabierta. La luz apagada.

¿Dónde estaba Henry?

Seguramente ella se había despertado al cerrarse la puerta. Corrió al baño para adecentarse un poco. Había dejado su vestido malva tendido en el mismo baño, para con el vapor que emanaba quitase las arrugas de llevar días doblado en una bolsa. Lo estiró un poco y se vistió rápidamente. Se metió sus zapatos, y sin coger nada más que las llaves que colgaban de la cerradura, salió al pasillo. Se orientó hacia las escaleras.

Lo que vio al pie de ellas la dejó momentáneamente si habla. Había visto a Henry de espaldas a la escalera conversar con Tony, ambos hombres frente a frente. Ambos parecían demasiado serios y concentrados. Iba a empezar a bajar los escalones, cuando la puerta de entrada del hotel se abrió y entraron tres uniformados del ejército.

—¿Henry Daylight Strieber? —Sin dudarlo el primer hombre, un sargento, se había dirigido a Henry y a Tony, nada más entrar.

Henry apartó gentilmente a su hermano con una mano sobre el hombro, y daba un paso al frente.

—Soy yo.

—Henry. —La voz de Dafne aunque fue apenas un susurró, fue captada por ambos. Henry no quiso volverse. Tony caminó hacia la escalera mientras ella corría por ellas hacia abajo. — ¡Henry!

Nada más llegar abajo Tony la sujetó por los hombros contra sí. Su aparición, pálida y nerviosa, paralizó toda la escena. El sargento había dejado pasar a otro soldado que llevaba unas esposas en su mano. Pero igualmente todos miraron hacia ella.

La voz ronca y pausada de Henry resonó en el ominoso silencio que inundaba el recibidor, vacío de otros clientes a tan temprana hora.

—Tony, llévala arriba.

—No. — gimió Dafne contra el hombro de Tony, que se negaba a dejarla ir.

Tony volvió la cabeza y vio como el soldado reaccionaba y estaba a punto de colocar las esposas a Henry. Poniéndole una mano en el hombro para darle la vuelta y sujetárselas a la espalda.

La voz de Tony clara y vibrante resonó.

—Eso no es necesario. Se está entregando voluntariamente. —Se volvió hacia ellos, envolviendo a Dafne con un brazo sobre sus hombros temblorosos. —Al menos, no delante de su esposa. Dejen al menos que se despida de ella.

Los tres soldados asintieron. Las esposas fueron ocultadas y dieron varios pasos dejando espacio. Sólo entonces soltó Tony a Dafne. Ésta corrió hacia su marido, que continuaba dándole la espalda, sin moverse. Se puso ante él, rodeándolo, y se abrazó a su cuello.

—Pensabas irte sin despedirte.

—Estabas tan dormida.

—Deberías haberme despertado, yo, estoy contigo, estamos juntos en esto. Los dos tenemos miedo, pero, quedamos en que también tendríamos

esperanza.

Henry la tomó por los hombros para separarle unos segundos de su pecho y poner mirar en esos ojos que siempre le hablaban tan claramente.

Y vio exactamente lo mismo que aquella primera noche en su casa. Vio miedo, vio esperanza, pero no, algo había cambiado en ellos. Ya no había ese rastro de soledad que acompañaba a su alma. Porque ellos no estaban solos. Nunca más. Se tenían el uno al otro, pasase lo que pasase.

Por eso se había enamorado de ella. Porque era una mujer fuerte, era una mujer con la dulzura suficiente para entibiar su alma, y a pesar de todo lo que pasase, seguiría siendo suya.

La abrazó duro contra sí, la besó hondo. Y se la entregó a su hermano.

—Cuida de ella hasta que vuelva.

—Siempre hermano, —dijo Tony mientras la sujetaba con delicadeza, temeroso a que ella cayese.

Ella no cayó, permaneció firme, viéndole marchar escoltado por los tres militares. Vio como se cerraban las puertas sin una lágrima en los ojos. Con la cabeza alta. Luchadora. Incansable. Esperanzada.

Al otro lado, fuera ya de la vista de Dafne, Henry ofreció sus manos a la espalda al soldado. Este con una mirada de disculpa, le colocó las esposas.

—No se disculpe, soldado, usted, al igual que yo, sólo recibe y cumple órdenes. —El joven asintió y le ayudó a subir al todo-terreno de la policía del ejército. El ruido del motor sonó rico y vibrante, el olor a gasóleo inundó sus fosas nasales, alejando el frescor de la primera hora del verano en Inglaterra.

* * *

Dafne se sentó ante la mesa redonda junto a la ventana de su dormitorio. Desde allí, extendiendo la vista, tan claro y limpio como era el día, podía alcanzar hasta los mismos acantilados de Dover.

Ante ella una bandeja con dos tazas de té y tostadas con mantequilla y mermelada, que Tony se encargó de subir hasta su habitación, entendiendo que no estaba para bajar al comedor del Hotel.

Se sentaba frente a ella, untando con cuidado otra tostada.

—Come, Dafne, he prometido cuidarte, y así lo haré.

—No me apetece.

—Vamos, no seas niña, hasta ahora has sido una mujer muy valiente. No habiéndote derrumbado, has dado más fuerza a Henry, Él, lo único que temía de esto era ver tus lágrimas, y has sido lo suficientemente fuerte para no derramar ni una.

—Sólo lloraré cuando pierda la esperanza. Tony, ¿Qué le puede pasar?

—Según. —suspiró Tony. —Cuando supuestamente, mi hermano envió la carta de renuncia para trasladarse a Alemania, también firmó una carta renunciando a su nacionalidad inglesa. Por añadidura fue en periodo sin guerra, Él no ingresó en el ejército Alemán hasta dos años después. Entonces empezó la guerra. En realidad, mi hermano ahora mismo es un mando, un oficial capturado en terreno enemigo. Según la Convención de Ginebra de mil novecientos veinte y nueve, bajo la cual estamos, será detenido y privado de libertad. Pero ha de ser tratado con respeto. No se puede atentar contra su vida. Y deberá recibir un trato justo y humano. No puede ser obligado a declarar, mas que su nombre y número de identidad dado por su ejército. Será tratado también con relación a su grado en el ejército alemán siempre con la debida consideración.

Dafne asintió asimilando cada palabra.

—Pero, en el caso de que el tribunal opte por desestimar que Henry, antes de irse, renunció a su nacionalidad, entonces será juzgado por un tribunal en juicio sumarísimo, y de igual manera, la sentencia será aplicada de inmediato, si es culpable, y si es inocente será inmediatamente liberado.

—Pero, si le consideran culpable...

—No llegaremos a eso. Él es inocente.

—Por favor, no omitas la verdad, qué pasaría si le considerasen culpable.

Tony se levantó y miró por la ventana, mientras metía las manos en los bolsillos.

—Pena de muerte, ejecución inmediata, o cadena perpetua, según los cargos y el criterio de sus enjuiciadores, además de las pruebas que se presenten a su favor o en su contra.

Dafne respiró hondo dos o tres veces. Alguien llamó a la puerta, pero ella siguió asimilando cada palabra y respirando. No, por favor, pensó. Es demasiado duro pensar en ello. No prestó atención a las personas que entraban ahora mismo en la habitación, una mujer joven de cabellos castaños con ondas suaves y vestida de color azul claro, muy parecida a ella, solo sus ojos eran más pequeños, gatunos y de un tono verdoso, y un hombre alto y delgado, vestido de capitán del ejército, de cabello castaño oscuro ojos dorados con gafas y amplia sonrisa, que saludaba profusamente a Tony.

La mujer joven avanzó hacia ella, pero Dafne no la vio. Estaba ensimismada con cada palabra que le había dicho Tony. Ejecución, cadena perpetua, juicio sumarísimo.

—Dafne. —la joven avanzó hacia ella, y Dafne, sólo al sentirla apenas a medio metro alzó sus ojos llenos de lágrimas. —Dafne, hermana...

Dafne se levantó y se arrojó a los brazos de Allison temblando. Su hermana estaba allí ante ella, era una preciosa mujer, tan alta como ella. Con

una sonrisa en los labios, y sus ojos inundados de lágrimas de emoción.

Durante unos segundos ninguna pudo decir ni una palabra, sólo se abrazaron, tras años de separación volvían a verse, a estar juntas.

Tony hizo una seña a Ballister, el marido de Allison, para dejar a las mujeres solas, y que hablaran con tranquilidad. Ya habría tiempo para presentaciones, cuando estuvieran ambas más tranquilas. Además, tenía que discutir un par de cuestiones con él, como abogado de Henry, y tal como estaba Dafne, era mejor que fuese ajena a todas aquellas diatribas legales.

Allison escuchó cerrar la puerta. Agarró a su hermana de los hombros para controlar los temblores que notaba en su cuerpo.

—Cálmate querida, estoy aquí, contigo, no estás sola, tienes a tu familia.
— Dafne asintió y se dejó secar los ojos con una de las servilletas que había impolutas y blancas sobre la bandeja de desayuno. — ¿Has comido algo ya?

Dafne asintió. Llevó una mano a su estómago cuando tomó un par de bocanadas más de aire, volvió a sentir como se enroscaban las náuseas dentro de sí.

—Perdona, yo... —retuvo una arcada con la mano, y corrió hacia la puerta del baño.

Durante los siguientes minutos, Allison la asistió, la sujetó mientras las náuseas no se iban. Todo el alimento tomado en las últimas horas fue arrojado fuera, dejándola pálida y débil. Cuando consiguió calmarse, su hermana la ayudó a asearse y la llevó con cuidado hasta el sofá que adornaba uno de los laterales de la suite.

Allison la abrazó e hizo que Dafne se relajara contra sí. Acarició su pelo para tranquilizarla, tal y como hacía con su pequeña May Dafny, su niña de tres años, que aún no conocía a su tía Dafne.

—¿Estás mejor?— preguntó mientras no dejaba de abrazarla.

—Estoy... embarazada.

Allison la estrechó aún más. Comprensiva como solo una hermana podía serlo, y con un sexto sentido pregunto

—¿Él lo sabe?

—No se lo he dicho. —suspiró. —No me lo ha podido confirmar aún un médico, pero... — un corto silencio— Tampoco he querido preocuparle, con nuestra huida, y todo lo que está pasando.

—Iremos a un médico hoy mismo. Nos desharemos de los hombres un rato y diremos que nos vamos a comprarte algo de ropa, porque, no creo que hayas podido traer mucho equipaje.

—No, todo se quedó allá.

—Bien, ahora relájate un rato, si quieres comer algo, para asentar ese estómago.

—Galletas, galletas me sientan bien y me evitan las náuseas.

—Bien, hermanita, ahora yo estoy al cargo. Lo mismo que antes, cuando yo era pequeña tú lo estabas de mí. Ahora seré yo la que te cuide, y te mime. Bajaré por galletas y hablaré con los hombres, nos iremos en una hora a ver a un doctor. Preguntaré con discreción en recepción. Luego pediré un taxi y haremos nuestras cosas. ¿De acuerdo?

Dafne asintió. Allison se levantó arreglando su traje, y recolocando mejor su sombrerito discreto pero a la moda. La vio caminar con paso vivo hacia la puerta. Ahora ella parecía la hermana mayor. La maternidad había sentado bien a su hermana pequeña. Había madurado, estaba preciosa.

—Allison, —Su hermana se volvió a mirarla con el pomo de la puerta en la mano para salir— gracias.

—No seas boba. —sonrió. La miró mientras salía y dejaba encajada la puerta. Dafne recostada en el sofá apretó fuertemente los ojos. Los días venideros iban a ser duros. Tenía que ser fuerte, por Henry, por su familia, y si el doctor se lo confirmaba, por este hijo que había de nacer.

* * *

—Dafne me pidió la verdad y he tenido que decírsela.

Andrew asintió, ambos se habían sentado en un rincón de la salita del hotel con un par de tazas de café. Habían desplegado una gran cantidad de notas y documentos sobre la mesa que ocupaban.

—Todavía no sé qué pasará, en las próximas horas no ocurrirá demasiado. Lo detendrán aquí en prevención de Dover. Pero debido a sus especiales circunstancias, y que él no pertenece a esta región militar. Seguramente de veinticuatro a cuarenta y ocho horas le trasladarán hasta Londres. —Tomó un sorbo de su taza de café. —Allí seguirá en preventiva. Seguramente irán a interrogarle. Le diste instrucciones al respecto, ¿no?

—Si, prometió seguirlas estrictamente y al pie de la letra.

—Bien, no conviene que diga demasiado. Sería una bendición que lo tratasen como prisionero de guerra. Así solo tendría que preocuparse de mantenerse cuerdo y en forma hasta que la guerra acabase. Luego podría o volver a Alemania o iniciar el proceso para recuperar su nacionalidad inglesa.

—Eso sería demasiado fácil, ¿no?

—Si. —Suspiró—Un consejo de guerra, estaría constituido, si lo creen necesario de veinticuatro a setenta y dos horas, una vez que hayan resuelto si juzgarle de esa manera.

—Me llamarás a declarar.

—Si, y también me gustaría contar con dos o tres personas más, que conocieron a Henry antes de la guerra, para que dieran fe de su honestidad y de su apego a la patria inglesa. Si el general Durston no hubiese fallecido...

—Entonces no estaríamos aquí, ni con este problema. Si se hubiese convertido en... bueno, —miró de uno al otro lado por si alguien aguzaba el oído hasta ellos, pero el salón estaba bastante vacío a aquellas horas, — en informador, a la más mínima señal de que hubiese algún problema o peligro, hubiese sido sacado de Alemania hace años.

—Si, por supuesto. Lo cierto es que tendremos que pelear duro por él. Quiero que entiendas, Daylight, que si me he hecho cargo de este caso, no es sólo porque esté casado con la hermana de mi esposa, y sea considerado como familia mía. En realidad, eso lo he sabido hace diez horas, cuando me llamasteis que estabais ya en Dover. Sinceramente creo en su inocencia, y en que ha sido perseguido por la mala suerte hasta el día de hoy. Y lo defenderé pensando en ello, sabiéndole inocente. Y pelearé hasta el final.

Tony admiró al hombre que tenía enfrente. Era un buen abogado y mejor persona. Le vio manejar con cierta dificultad la documentación con el brazo derecho. Había sido llevado a la reserva por ello, por sufrir heridas en el campo de batalla que casi le inutilizaron ese brazo. Quemaduras rojizas y líneas blancas surcaban esa mano. Pero esa mano se movía más lenta, pero no dejaba de ser firme.

Allison apareció en la puerta del saloncillo, les localizó, dedicándoles una amplia sonrisa, muy parecida a la de Dafne. Se acercó a ellos con paso ligero.

—¿Cómo está Dafne?—Preguntó Tony, levantándose ambos hombres en su presencia.

—Mucho más tranquila, venía a preguntaros si vais a moveros de aquí hasta la hora del almuerzo.

—Estamos pendientes de recibir la llamada desde donde retienen a

Henry. Eso nos dirá si salimos esta tarde para Londres. O esperamos a mañana. Hemos dado esta ubicación para que nos avisen.

—Bien, porque Dafne viene con lo puesto, y no puedo consentir eso. Voy a pedir un taxi y nos iremos un par de horas o, tres, estaremos aquí, con vosotros a la hora del almuerzo.

—Bien, de acuerdo, pero tres horas como máximo, ¡que las chicas se ponéis a hablar de ropas y zapatos y perdéis la noción del tiempo! —Ballister sonrió a su esposa y ella besó la frente de su marido.

Tony se llevó las manos al pecho y sacó la cartera. Tomó un sobre y se lo dio a Allison.

—Toma, para lo que necesite comprarse Dafne.

Ballister levanto la mano.

—Oh, no Tony, ella es mi cuñada, la hermana de mi mujer, demasiado hizo por ella cuando eran pequeñas, para que yo acepte ese dinero para comprarle lo que necesite.

—Éste dinero me lo dejó Henry para ella. Henry habrá perdido lo que tenía en Alemania, pero aquí tampoco está desvalido, él se sentirá mejor si sabe que puede atender las necesidades de su esposa. ¿Bien?—Allison y Andrew asintieron, Ella tomó el sobre y se despidió de ellos caminando rápida hacia la habitación donde le esperaba su hermana. Tres horas y muchísimo que hacer.

Las tres horas siguientes pasaron rápidas y lentas a la vez. Después de comerse unas galletas se encontró francamente mejor. Más animada por la compañía de su hermana, y escuchando a ésta relatar las diabluras de su pequeña sobrina.

Un taxi las llevó hasta un doctor que relativamente vivía cerca del hotel, y desde la misma recepción le habían reservado la siguiente hora.

El reconocimiento le confirmó, a falta de una prueba que, si se iban a Londres, se la tendría que hacer allí, el embarazo de Dafne. El Doctor dio las recomendaciones pertinentes, dieta saludable, ejercicio moderado, tranquilidad y no hacer esfuerzos excesivos pues estaba algo delgada para el tiempo que calculó que llevaría de embarazo. Dafne suspiró y aceptó ya plenamente que iba a ser madre.

Camino de las tiendas donde adquirir algo de ropa indispensable por ahora para Dafne, ambas hermanas hablaron de la conveniencia o no de decirle a Henry que iban a ser padres. Dafne prefería no decírselo, hasta que no supieran a ciencia cierta qué iba a suceder. Allison estaba dividida, entre el derecho que tenía Henry de conocer la noticia, o el de, además, darle esa preocupación por la salud de Dafne, ahora que en los próximos días iban a estar tan ajetreados y ocupados.

Al final, mientras compraban los últimos complementos necesarios, además de una maleta de tela y piel donde llevar todo lo adquirido, tomaron la decisión de esperar los acontecimientos. Además de, en cuanto llegaran a Londres, ponerse en manos del doctor que llevó el embarazo de Allison, para que le hiciese la prueba pertinente y cuidase de sus siguientes etapas.

Una vez de vuelta y subida la maleta a la habitación, se reunieron en el comedor con Tony y Andrew, que ya miraba con cierto nerviosismo la hora. No sólo por la tardanza de su esposa y su cuñada, sino porque aún no habían recibido noticias con respecto a Henry. Por fin Dafne pudo conocer a su cuñado y también abogado de su marido.

La comida resultó sencilla pero agradable. Todo el mundo se esforzaba por estar relajado, y miraba a Dafne con o sin disimulo, por si la veían triste o cansada.

No bien se habían retirado hasta el saloncito del hotel para tomar un té de sobremesa, cuando avisaron de que había una llamada telefónica para Andrew Ballister. El abogado salió disparado a recepción, para tomar el teléfono.

En el salón, Allison abrazaba a Dafne y Tony le agarró con fuerza su mano.

—Tranquilas. —susurró a ambas mujeres, que volvían nerviosas su ojos hacia la puerta esperando ver volver a Andrew.

Minutos más tarde, Andrew Ballister, apareció en el umbral. Sus pasos eran firmes, pero su rostro preocupado. Llegó hasta ellos. Les miró a los tres. —Habrà consejo de guerra por delito de traición.

La voz de Tony tembló un poco.

—¿Alta traición?

—No, eso no pueden probarlo. Será enjuiciado, pero no puede ser ejecutado, si resulta culpable.

Dafne no sabía si suspirar aliviada o no. Ciertamente, la pena de ser encarcelado por vida, tampoco era una opción muy buena para Henry si no consiguiesen demostrar su inocencia.

—Nada sobre añadir otros delitos, ¿no?— Preguntó Tony.

—El espionaje no puede ser demostrado, no hay testigos por ningún sitio en el ejército. No ha contactado con nadie en seis años, nada más que contigo y ha sido para pedirte ayuda, y a la vez ayudarte a escapar de Alemania. Espero que eso también lo tomen como atenuante. Tampoco es demostrable el acto de favorecimiento al enemigo. Más bien al contrario. En fin, han tardado tantas horas porque no se ponían de acuerdo ni en qué acusarle.

Espero que sigan así de divididos, podremos vencerlos con más facilidad que si los designados para el consejo, estuviesen siempre de acuerdo. A nuestro favor, no hay pruebas ni evidencias físicas de delito. Él te ha buscado y se ha entregado voluntariamente sin oponer resistencia, y se ha puesto bajo la clemencia del tribunal.

—Bien. —Tony se sintió más animado.

—En nuestra contra, el General que será el juez del consejo. Es el mismo que tomó las riendas del despacho de Durston y leyó la carta de renuncia del ejército y de renuncia a la nacionalidad. Estoy más que seguro, que si haber sido otro, hubiese declarado a Henry prisionero de guerra, y lo hubiese internado hasta el final del conflicto. Pero este hombre quiere hurgar en la herida, y poner a Henry de ejemplo de lo que le puede pasar a cualquiera que traicione al ejército inglés. Aunque siempre tuvo fama de justo, si quiere poner a Henry de chivo expiatorio... —se dirigió a Dafne y a su esposa. — Señoras, perdonen mi sinceridad ante este asunto, creo que ambas, en especial usted, Dafne, querrá saber en todo momento como están las cosas con su marido.

Ambas mujeres asintieron.

—¿Para cuándo el juicio?

—Dentro de setenta y dos horas. Mañana partiremos hacia Londres, ¿os parece? — miró a las mujeres— Será mejor que os retiréis a descansar, Daylight y yo estaremos haciendo unas cuantas llamadas esta tarde y recopilando datos.

Dafne fue guiada por su hermana escaleras arriba. Allison consiguió que se desnudase y se acostase en la cama, cerró las contraventanas y las cortinas, luego se recostó en el mullido sofá.

Dafne pensó largo rato en Henry, en su adiós. En que si todo salía mal, nunca volverían a estar juntos. Las palabras “cadena perpetua” daban vueltas en su atribulada mente hora si hora también.

Era demasiado duro pensar en ello. Sin darse apenas cuenta estaba acariciando su vientre. Su hijo. El hijo de Henry. Si todo iba mal. Iba a ser su único consuelo en los tiempos venideros.

CAPÍTULO 39

—**D**IGA su nombre graduación y número identificativo.

—Henry Daylight Strieber Capitán del ejército británico, número 23/1887786/1925.

Ante él siete hombres. Al frente un general desconocido para él cuando aún militaba en el ejército inglés.

A su lado la presencia tranquila y eficiente de Andrew Ballister, su jurista, cuñado, y en las pocas horas que hacía que lo conocía, podría decirse que, también amigo.

En los minutos siguientes fue interrogado sobre las circunstancias que habían envuelto a su renuncia al ejército, y a su nacionalidad.

Henry, aconsejado por Ballister, desgranó pacientemente y con frases cortas y concisas sus últimos seis años de vida.

Ballister asentía cuando él le miraba ciertamente de reojo.

Los siete hombres que tenía al frente no mostraban si simpatía ni rencor, salvo el que tomaba el puesto de Juez. Su mirada era dura, en ocasiones desprovista de humanidad.

Le hicieron repetir la fecha en que había hablado con Durston, y Ballister

tomó luego la palabra para puntualizar lo de que el inesperado fallecimiento del general Durston había sido el detonante para la situación en que se encontraba ahora su defendido.

En consejo dijo que tomaría nota del dato y continuó el interrogatorio implacable. Apenas se hizo un receso de un par de horas para comer, cuando se reanudó el juicio, con la llamada de testigos.

Tony fue el primero de ellos.

Tras sentarse en el estrado frente al consejo, le fue preguntado igualmente nombre grado y matrícula. Tony los dio sin ningún problema. Ya estaba al descubierto. Era a partir de ahora un agente inservible. Pero le daba igual, si con eso sacaba a su hermano de todo aquello.

Sin ningún fallo en su memoria relató sus conversaciones con Durston cuando aún era su superior, y de como supo que su hermano, por su especial circunstancia de tener la doble nacionalidad, era un elemento valioso para los planes de buscar nuevos informadores para Alemania en el periodo convulso que hubo antes de que declarara la guerra invadiendo Polonia.

Relató su encuentro el mismo día de que a Henry se le dio la opción de entrar en el equipo de informadores. Y que desde ese día y en seis años, no había podido ponerse en contacto con él. Otro miembro del consejo le pidió que le relatará las circunstancias del primer encuentro que tuvieron después de ese largo periodo.

Tony, con tranquilidad para no olvidar ningún detalle relató su trabajo en Alemania para sacar a un capitán del ejército que estaba retenido. A lo que algún miembro del consejo levanto una ceja, no entendiendo como para un solo hombre retenido, se había hecho tal despliegue de medios.

Tony no dio inmediatamente su nombre aduciendo secreto de estado. Algún miembro protestó y otros se hicieron eco. El juez levantó dicho secreto y Tony habló directamente del rescate del Capitán James Cromwell en el

mismo centro de Berlín.

Después de una docena de preguntas, se le dijo que se retirase, quedando emplazado el juicio por lo tarde, ya para el día siguiente a primera hora.

Tony vio como se llevaban de nuevo a Henry hacia la puerta escoltado. Sus ojos permanecían serenos. Tony, que no pudo hablar con él, le miró y asintió, queriendo decirle que Dafne se encontraba bien. Henry comprendió la mirada de su hermano mientras lo acompañaban de nuevo a su celda.

Saliendo a las puertas de cuartel donde se celebraba la vista, Ballister cargaba con su brazo bueno el maletín bien cargado de notas y documentos.

—¿Cómo crees que ha ido?

Andrew metió la mano libre en el bolsillo del pantalón de raya diplomática marrón, y miró a lo lejos.

—Sinceramente, no lo sé. No tenemos nada concreto, salvo declaraciones. Ningún documento escrito. Nada sólido.

—Igualmente, ellos tampoco tienen nada salvo las dos cartas de Henry.

—Pero ellos están arriba.

—Y nosotros abajo. —suspiró Tony. Sacó las llaves del *Phanton* de Henry que había permanecido en la casa familiar de Londres y estaba en óptimas condiciones después de pasar por el taller. — ¿Te llevo a tu casa?

—Si no tienes cosa mejor que hacer, y si quieres quédate a cenar. Mi casa, sin mis chicas está demasiado vacía. No te he dado las gracias por ofrecer refugio a mis amores.

—No hay por qué darlas, sígueme. —Ambos caminaron dos calles más allá para coger el automóvil—aunque me disculparás de no acompañarte en la cena. Tengo algo que hacer.

—¿Una cita?

—Podría llamarse así. —sonrió mientras abría el coche y entraban ambos. Arrancó el motor, dejando atrás en pocos minutos la zona centro, hacia Russell Square, es sus alrededores se había construido una serie de casa pareadas, una de las cuales era propiedad de la familia Ballister. Una vez de dejar a su pasajero, Tony cambió de sentido y se dirigió hacia el Highgate, donde estaba enterrado su padre. Curiosamente, también fue enterrado allí unos años después su anterior jefe, y por el cual estaba Henry metido en un lío, el General Durston.

* * *

La pequeña May Dafny estaba más que encantada de estar en el cotagge. Había un pequeño gallinero, donde perseguir gallinas, además recoger sus huevos. Un huerto bien cuidado, donde recoger frescos los tomates veraniegos. Un mínimo estanque muy poco profundo, con un pato que comía encantado las migas que le echaba la niña. Para ella eran unas estupendas vacaciones. Aunque su casa pareada en Londres era amplia, el jardincillo delantero apenas cabían cuatro rosales, y el patio trasero, con los tendederos para la ropa, el pequeño lavadero y los nueve metros cuadrados de césped, medianamente cuidado, carecía de animales a los cuales jugar. No tenían perro, y en el cotagge había un par de mastines espléndidos para guardar la casa, que adoptaron de inmediato como buenos pastores a la niña y la acompañaban como guardaespaldas en cada una de sus incursiones y correrías.

Contemplarla y buscarla se repartía en cien por cien del tiempo de Dafne y de Allison.

Y cuando los cuatro ojos de ambas mujeres no eran suficientes, la cocinera y la mujer de uno de los guardas que también era ayuda en la casa, andaban como locas buscándola. Aunque que escapara de los muros del

cotagge de piedra era imposible, siempre encontraba nuevos recovecos donde jugar o esconderse.

Y mientras el día de Dafne se dedicaba a sobrevivir y a estar ocupada con su hermana y su sobrina, las noches eran largas y solitarias.

El precioso dormitorio tenía un balcón que daba a la campiña. Les rodeaban un pequeño bosque de álamos. Su cama la sentía inmensa y fría.

En una cómoda antigua, había encontrado fotos dentro de una cajita de metal decorada con una escena campestre. Pequeños retazos de la vida de Henry y Tony. Fotos de su padre junto a ellos en el cotagge, de caza, de pesca. Un Henry siempre con una mirada color acero, y un semblante de niño responsable y serio contrastaba con la eterna sonrisa de los labios de Tony.

Tony se pasaría a darle noticias al día siguiente, había pasado el primer día de juicio. No sabía cuánto se alargaría. De todas maneras no podían hacer otra cosa que esperar.

* * *

Ante la tumba de su padre, con las manos en los bolsillos, Tony reflexionaba sobre los últimos acontecimientos de su vida.

Después del juicio, no podría volver a su trabajo de agente encubierto. Por ser testigo y dar su testimonio, había quedado descubierto, quemado. Se acabaron los viajes al extranjero, los días de ser libre a la vez que esclavo de su trabajo quedarían atrás.

Tenía la opción de pedir su ingreso en el ejército, con su mismo grado de oficial. Debido a su experiencia entraría en departamentos de estrategia más que de combate. Oficina, documentación, reuniones. O a lo mejor aceptaba el puesto de profesor y entrenador de nuevos reclutas para ser informadores.

Pero eso ya no importaba, con treinta años a lo mejor era hora de asentar la cabeza. Y su hermano merecía esto y más.

Viendo que nada nuevo se le ocurría, caminó un rato entre las tumbas. Eran ya cerca de las seis de la tarde, y hacia más fresco. Algunos visitantes también paseaban entre las calles que formaban las tumbas y panteones.

Sus pasos le llevaron a otra tumba conocida. La de Damián Durston. Estaba bien cuidada. Aunque hoy no tenía flores frescas. El jarrón a sus pies, estaba vacío. El ángel que descansaba sobre la lápida le devolvía la mirada vacía y marmórea.

—¿Raymond Daylight?

A su lado una señora regordeta y bajita, vestida de gris claro con una camisa con un lazo complicado recogido con un costoso camafeo. Sostenía un ramo de flores multicolores en las manos. Había llegado a su lado, y él, sumergido en sus pensamientos, ni lo había notado.

Tony parpadeó un instante y luego la reconoció.

—Buenas tardes señora Durston. —le devolvió la sonrisa a la mujer, que llevaba gafas de montura de oro, sujeta con una cadenita. —Soy Tony Daylight. Raymond era mi padre.

Ella dio palmadas en su brazo.

—Ah, perdona hijo, esta cabeza, cada vez peor. — dejó cuidadosamente el ramo en el jarrón de mármol. —Voy a tener que hacer como mi difunto marido, apuntar en un diario hasta lo más mínimo.

Tony siguió contemplando el ramo de flores mientras ella lo retocaba hasta dejarlo a su gusto.

—Como está tu hermano. Ay, hijo ¿cómo se llama tu hermano mayor?

—Henry, señora Durston, se acaba de casar con una chica preciosa.

—Ah, ¡cuánto me alegro hijo!—le volvió a dar palmadas cariñosas en el brazo.

—Si. —pensó si contarle o no las vicisitudes de su hermano, pero la mujer no iba a poder solucionar nada, lo supiese o no.

—Lo dicho, hijo, cuando vaya de vuelta a casa me comprare un diario como los que usaba mi difunto Damian. ¡Él dependía de ellos a todas horas! Anotaba cada acontecimiento, cada reunión, cada decisión. Estaba obsesionado con eso, con no olvidar detalle. Creo que tengo en casa, ¡casi sesenta diarios! Por todos los cielos, él, los compraba siempre con el lomo de piel, forrados. Los tengo en una vitrina acristalada. Incluso tengo el último que escribió, aún envuelto en papel marrón y atado con un cordel. Me lo trajo en mano su secretario, ese cabo joven y serio, Francis no me acuerdo el apellido.

—Francis Tucker... — las ruedas de la mente de Tony giraron después del discurso de la anciana señora, que se había enganchado a su brazo y caminaba con él, camino a la salida del cementerio. —Señora Durston, me dice usted que, ¿su esposo anotaba todo en esos diarios? ¿Todo lo de su trabajo o sólo apuntaba las citas y las horas?

—¡Oh, no! Si solo fuera eso con una agenda hubiese tenido suficiente, y la hubiese tirado cuando acabase el año. Que va, él los usaba como si fuese un “cuaderno de bitácora”. Apuntaba la cita, el acontecimiento y un resumen de lo ocurrido. Lo hacía inmediatamente después de ocurrir. En casa tengo treinta años de su trabajo adornando mi sala. No me desharía de ellos por nada del mundo. Es media vida de mi esposo escrita de su puño y letra en papel encuadernado.

Tony paro en seco, agarró las manos de la anciana y las beso. Su encuentro con la señora Durston le había dado la clave.

—Señora. ¿Sabe que tiene usted en casa la posible salvación de la vida de un hombre? ¿Mi propio hermano?

Hellen Durston no comprendió al principio la emoción del joven Tony.

—Señora, si me permite acompañarla en coche a su casa, le contaré por el camino, como puede ayudarme.

Durante el trayecto Tony relató a la asombrada Hellen un resumen de lo ocurrido. Haciendo especial hincapié en que el inesperado fallecimiento de su marido, había dejado en tan mala situación a Henry sin querer.

La señora Durston abrió con todo su corazón su casa de Covern Garden a Tony y le llevó directamente a la sala, donde estaba la vitrina cargada por todos los tomos escritos de puño y letra, ordenados cronológicamente. Hellen abrió con la pequeña llavecita que tenía dentro de la cerradura adornada con un borlón dorado.

Tony recorrió con dedos temblorosos los lomos encuadernados en piel. Abajo del todo en el último estante, todavía envuelto en papel marrón, con su cordel intacto lacrado, y el nombre del general escrito en una esquina con caligrafía inclinada y nerviosa.

—Si quieres abrirlo.

—No, es una prueba, no debemos tocarlo, por favor, déjelo así, tal como está. Si no, pueden creerlo manipulado. Miraré el anterior, si me permite. — La señora con visible preocupación asintió.

—Por supuesto joven, no lo tocaré. Abra el que guste.

Tony alargó su mano hasta el inmediato anterior. Lo abrió por una fecha cualquiera, con letra redonda y clara ligeramente inclinada, encontró escrito, una fecha, una hora, una reunión, y un resumen de la misma.

3 de diciembre 11:00 horas

Reunión con Charles Wigges, coronel Thomas Wells y General Dominic Glaber.

Tema central: inclusión nuevo informador en la zona de Polonia.

Se ha propuesto tres nombres de informadores jóvenes con experiencia, Tim Clark, Tony Daylight y Frederick Norbuck. Vistos los pros y los contras y teniendo en cuenta que los dos primeros están integrados en comunidades estudiantiles de Francia y Suiza respectivamente, convenimos en sacar de la zona francesa al Joven Frederick Norbuck a esta misión. El correo habitual le hará saber el cambio de destino en 24 horas con órdenes de hacerse pasar por estudiante francés en la Universidad Central de Ciencias Económicas en Polonia. Estando todos de acuerdo, cerramos la reunión a las 12:40.

Tony, con los ojos como platos revisó dos o tres páginas hacia atrás y hacia adelante.

En junio de ese mismo año buscó, y encontró con todo lujo de detalles las órdenes dadas a él mismo y su última reunión con Durston.

Cerró el ejemplar y soltó un profundo suspiro...

—Señora Durston, no sabe usted el favor que nos puede estar ahora haciendo habiendo guardado esta documentación. —Colocó el ejemplar en su sitio. —Por favor, cierre de nuevo el mueble. Ahora iré a hablar con el jurista de ejército que defiende a mi hermano. Le comunicaré este hallazgo. Y, bueno, me temo que en un plazo no superior a veinticuatro horas, se pasará por aquí alguien del ejército autorizado para llevarse estos diarios. — tomó las manos de la señora después de que esta cerrase y guardase la llavecita en un cajoncito de un mueble adyacente. Besó sus nudillos. —Lo que lamento de veras, es que, el ejército no creo que se los devuelva. Contienen secretos muy valiosos para nuestro gobierno, y para el transcurso de esta guerra. Si cayese en malas manos...

—Comprendo, hijo, yo, hasta que no me lo has dicho, no he entendido el

verdadero alcance. Simplemente han estado aquí expuestos desde el fallecimiento de mi marido. Él los tenía guardados en una vieja caja fuerte enorme que había en el sótano. Yo, tonta de mí, los limpié, ordené y coloqué en este mueble para tenerlos como recuerdo. Por todos los cielos, y me dices que son secretos de estado.

—Señora mía, a veces, la mejor forma de ocultar algo, es dejarlo a la vista. Si me permite me voy ya.

—No te preocupes hijo, mañana, pasado, los días que sean estaré aquí aguardando hasta que vengan a por ellos. Ahora cerraré bien todo. Ay, ¡no sé si voy a poder dormir esta noche! —se abanicó con la mano. — Verdaderamente, ¿no podrías llevártelos ahora?

—No, señora, imposible, deben quedarse como están, incluso el último que le enviaron, así, en su envoltorio.

—Comprendo, comprendo.

Minutos después, cuando dejó a la buena señora, a su ama de llaves, y a su criada encerradas bajo llave, aceleró a fondo hacia casa de Ballister. No podía esperar a darle la noticia. Miró su reloj. Pasadas las nueve. Aunque tuviera que despertarlo echando la puerta abajo de su dúplex, esta noche hablaría con él y le contaría su hallazgo.

* * *

Cerrándose la puerta metálica que guardaba su celda de tres por dos metros, pintada de blanco con un pequeño baño de apenas tres metros cuadrados, sin puerta que le diese intimidad y una pequeña ventana. Una mera tronera con barrotes bastante alta que no le permitía más que ver un trozo de cielo.

Por lo demás, cabía casi a lo justo en su cama, le habían permitido tener un par de libros. Y su ropa estaba colgada en un pequeño cubículo de la pared

con una barra de madera empotrada y un par de perchas de plástico endeble. Todo a la vista.

Después de devolver la bandeja de la cena, se tendió mirando al techo. A esperar la hora en que se apagaban todas las luces. Mañana le aguardaba otra vez el tribunal. Por ahora nada podía augurar cual sería el resultado.

Pensando en el peor de los casos, ese era el destino que le esperaba el resto de su vida. Una celda parecida, en una penitenciaría militar. Triste existencia. Sobre todo sabiendo que al otro lado de la verja, estaba la mujer que amaba, y por la cual había roto con todo.

Si al menos hubieran tenido un poco más de tiempo. No había podido disfrutar de un domingo sin guerra, ni de ver el vientre de su mujer redondearse, con un hijo de ambos. Hoy no sabía si alguna vez leería el periódico en el jardín mientras ella se dedicaría a tejer un jersey pequeñito. Ni siquiera sabía si ella había aprendido a tejer. Desconocía tantas cosas de Dafne, tantas cosas que le hubiera gustado ir descubriendo poco a poco, con una vida a su lado.

* * *

Ballister bajó alarmado las escaleras de su solitaria casa, con un simple pantalón de pijama. Se había acostado pronto, después de picar algo en la cocina. Se acercó por la mirilla y vio a Daylight mesándose el cabello. Abrió la puerta y éste casi le empujó dentro.

—Traigo noticias ¡buenas noticias!

Andrew cerró la puerta para no alarmar a los vecinos, y no exhibirse medio vestido. Tomó una camisa que había dejado sobre el pomo de la escalera y se la colocó, siguiendo a Tony hasta la cocina, donde andaba trasteando buscando una copa.

—¿Tienes algo alcohólico por aquí o medio bebiblé? ¡Lo necesito!

Ballister asintió y se dio media vuelta, volviendo poco después con una botella de licor de moras.

Tony que ya estaba sentado a la mesa de la cocina, riéndose tomó la delicada botellita de color morado con estilizado cuello y se sirvió un trago, echándose de golpe a la garganta.

—Eres un tipo de gustos extraños Ballister.

—No suelo beber Daylight, esta botella la compró mi esposa, para cuando viene mi madre o alguna amiga de visita. —se encogió de hombros, mientras se sentaba frente a él. —Qué ocurre para que hayas irrumpido así, y a estas horas.

Tony se sirvió otra copa de licor empalagoso.

—Cuando termine de contarte lo que he descubierto, saldrás conmigo en busca de algo más fuerte que esto.

Una charla y media hora después, Tony y Andrew se habían bebido entre los dos el resto de la botella.

* * *

Gracias a los cielos que el licor de moras absorbido por su cuerpo aquella noche no tenía a suficiente graduación para producir resaca. Aún así, Ballister notaba la presión de los acontecimientos en su cabeza. El tribunal estaba entrando y sentándose en sus respectivos sitios, y él mientras, de pie, no pudo evitar pellizcarse el puente de la nariz para ver si así se le pasaba.

Se colocó de nuevo sus gafas. Tomó asiento. Y esperó a que se abriera la

sesión y se llamara a un par de testigos más. Un inmediato superior de Henry cuando estaba en el ejército británico, y un compañero de promoción, que siempre había sido amigo y compañero de armas.

Las preguntas usuales se fueron repitiendo, de que conocían a Henry Daylight, si sabían en que actividades estaba metido, si confiaban en su integridad, en su honor.

Ambos hombres no hablaron una mala palabra de él. De todos era conocido que era un hombre de gustos sencillos, trabajador, estudioso. No tenía vicios conocidos. Llevaba una vida ordenada.

Nada que le dañara, pero tampoco más que dos testimonios, conforme a lo poco que se conocía realmente a Henry, fuera del ámbito del ejército, y lo poco dado que era a frecuentar actos sociales, y que prefería su biblioteca a cualquier evento social.

El testimonio que esperaba con verdadero interés Andrew era el del cabo que había servido de secretario al difunto general, Francis Tucker.

Encontrarlo no había resultado difícil. Después de su estancia con Durston, el nuevo General había trasladado a su propio personal de confianza para que le ayudase. Y Tucker pidió traslado a las oficinas de intendencia. Su labor siempre había sido de secretario, y aún seguía siéndolo. Aunque ahora llevaba más galones y era jefe de su pequeña oficina.

—Sargento Tucker, ¿recuerda la semana antes del fallecimiento del general Damian Durston? ¿Recuerda algo de interés?

Tucker estaba muy envarado en su asiento. Parecía algo nervioso ante tantas miradas posadas en su persona.

—Señor, nuestra oficina era la verdad algo rutinaria, reuniones, citas, habituales.

—¿Alguna cita con algún personal no habitual en los días anteriores?

Digamos ¿sobre el ocho de octubre?

El cabo pensó unos momentos— Pues, si, al menos tres oficiales que no eran habituales.

—¿Reconoce entonces a el acusado, Henry Daylight? ¿Reconoce haberlo visto en los días previos en la oficina?

—Realmente señor, —Dijo tras echar una mirada a Henry. —hace de eso seis años. Debido a mi puesto cientos de personas entran y salen de mi presencia. Necesitaría llevar una agenda diaria y anotar todo para poder recordar cada detalle.

—¿Una agenda o diario como los que llevaba el general Durston? Tucker, ¿recuerda un diario en el que siempre anotaba el general y llevaba a todos lados consigo?

—Si, de eso si me acuerdo. Ponía especial interés en él. Lo llevaba consigo a todas partes. Lo traía a la oficina por la mañana y se lo llevaba por la tarde.

—Me confirma entonces, que, el general Durston llevaba un diario de sus actividades personales. ¿Anotando con precisión como en una especie de agenda?

—Más grande que una agenda señor. Un libro propiamente dicho. No tan grande como un cuaderno de bitácora, manejable. Lo solía comprar para él cuando me lo encargaba. Habitualmente lo encargaba en una imprenta. Era un tomo de un tamaño de veinte por veinticinco centímetros. Lo pedía siempre forrado de piel color marrón. Con punto de lectura. Papel de gramaje alto, con unas doscientas cincuenta hojas.

—Veo que lo recuerda muy bien.

—Si señor, durante años fui su secretario personal, antes de yo llegara, ya usaba ese tipo de diario. Yo mismo, a lo largo de mi trabajo junto a él,

innumerables veces fui a hacer el encargo de un diario de esas características y también lo recogía en la imprenta para mi General.

—¿Reconocería entonces esos diarios si los viese de nuevo?

—Por supuesto.

—¿Sabía exactamente qué escribía el general Durston en ellos?

—Yo, bueno, tenía orden expresa de no abrirlo.

—¿Pero los vio abiertos alguna vez?

—Pues— el hombre parecía algo azorado. —El General en sus últimos meses estaba algo olvidadizo. A veces lo dejaba abierto por el punto de escritura.

—Responda sargento, ¿vio en alguna ocasión lo escrito en esos diarios?, recuerde que está ante un tribunal.

El hombre asintió. —Si señor. Vi en ocasiones, aún sin querer, lo escrito. Solía cerrarlo para que el general no se pusiese nervioso, pues lo había oído maldecir, cuando lo olvidaba y lo dejaba abierto, o alguna vez se le quedaba en la oficina. En esos casos volvía sobre sus pasos a recogerlo.

—¿Recuerda algo en particular que soliese escribir?, por favor responda.

—Si, sí señor. Fechas de una reunión, asistentes, tema hablado, nombres propios, asuntos de estado. —el hombre se encogió de hombros. —Yo procuraba cerrarlo. Pero la vista es rápida, y aún sin querer...

—Bien Sargento, no se le va a juzgar a usted por ello. Todos somos humanos aquí.

El general Bossfield, que presidía en tribunal, levantó entonces la voz. —Capitán Ballister, ¿a dónde quiere llegar con este interrogatorio?

Andrews se dirigió al tribunal, —Señor, con su permiso, ahora mismo. —
Se volvió de nuevo hacia el sargento Tucker.

—¿Recuerda el día que falleció en General Durston, y las circunstancias?

—Si señor, el mismo catorce de octubre de mil novecientos treinta y cinco. Llegó muy temprano, a las siete cuarenta y cinco de la mañana. Entró en su despacho, le llevé el correo. Y él se quedó abriéndolo. Me llamó unos minutos después, estaba anotando en su diario. Me pidió que bajase a la cantina por un café y por aspirinas. Lo hice de inmediato, tardé unos diez minutos en llegar de nuevo. Llamé a su puerta, pero no me contestó. Insistí, y preocupado, temiendo una reprimenda, me aventuré a abrir la puerta. Me lo encontré echado sobre el escritorio. Me alarmé, fui hacia él y lo llamé, lo moví y comprobé que no respiraba. Salí del despacho pidiendo ayuda, y volví de inmediato junto a él. La tinta de su pluma estaba formando una mancha sobre su diario abierto. Se lo saqué de debajo, y sabiendo lo celoso que era de su contenido, eché sobre la tinta polvos secantes e inmediatamente lo cerré y lo dejé sobre la esquina del escritorio.

—Sargento Tucker, ¿qué pasó con ese diario?

—Cuando retiraron el cuerpo del General fallecido, esa misma tarde, se me ordenó recoger sus cosas, puesto que al día siguiente se haría cargo de la oficina un nuevo oficial. —Miró hacia el tribunal, sus ojos cayeron sobre el general Bossfield, que la presidía, el mismo que, seis años antes ocupó la plaza de Durston antes de declare la guerra. —Tomé el retrato de su esposa, su juego de estilográficas. Su bastón, Unos libros que le regalaron. Una copa de su equipo de polo, y, también su diario. Todo lo envolví en papel grueso, y puse el nombre del general. Lo metí en una caja y lo llevé personalmente a su casa.

—Me dice que envolvió su diario y lo llevó hasta la casa del general, donde lo recogió su esposa, ese mismo diario donde se anotaba cada actividad del general Durston. ¿Correcto?

—Si señor.

—Gracias sargento. Señores, —se volvió hacia el tribunal, —me gustaría presentar como prueba dicho diario, que, según mis últimas averiguaciones, aún se encuentra en poder de la Señora Hellen Durston, viuda del General.

El general Bossfield se volvió a uno y otro lado de la mesa que presidía para acallar los cuchicheos de los demás miembros del tribunal.

—Abogado, no sé hasta qué punto es relevante ese diario para el caso que estamos enjuiciando.

—Señor, es sencillo. En dicho diario, escrito por puño y letra del difunto General, posiblemente puede estar anotadas las reuniones que mi defendido llevó a cabo con el fallecido. Incluidos detalles sobre el mandato del General, de que se escribiesen las anteriormente citadas cartas de renuncia del ejército por parte de Henry Daylight, así como de su nacionalidad.

—No podemos perder el tiempo con “posibles”. Este caso, después de este testigo, está visto para sentencia.

Uno de los componentes que hasta el momento había estado callado, y completamente atento al desarrollo de los acontecimientos, intervino.

—General Bossfield, sin querer hacer menosprecio de su autoridad, ¿me permite comentar algo?

Bossfield, asintió, mientras jugueteaba con su pluma, presta a firmar el fin de la vista.

—Creo que hablo en mi nombre y en el de mis compañeros aquí presentes, y que hasta el momento no habíamos tenido la necesidad de intervenir en la marcha de este consejo, cuando, solicito, que, dichos diarios, sean traídos de inmediato ante este tribunal. Aunque no fuesen de utilidad para el caso que ahora nos concierne, A palabras del testigo, esos manuscritos, pueden contener información, hasta un punto vital, y por

supuesto secreta. —El general Bossfield, miró a un lado a otro y vio los gestos de asentimiento del resto del consejo.

—Bien, caballeros, si ustedes lo creen necesario, procederemos a enviar a alguien a recoger dicho material, y que sea traído ante este tribunal.

Ballister, que permaneció de pie, aunque al lado de Henry, puso una mano en el hombro de su defendido.

—Muchas gracias señores, General. Si me permiten solicitar que acudan a dicho traslado, y por el interés que puede tener en ello el proceso de enjuiciamiento de mi defendido, al menos tres testigos de este tribunal. Y por supuesto, con el permiso del general Bossfield, acudiese alguien investido con poderes notariales para constatar que dichos documentos se encuentran en casa del general Durston, están en poder de su viuda, la señora Hellen Durston, y que pasan bajo la custodia de este tribunal, con nombres y apellidos. Por supuesto y que constate que no han sido alterados de ninguna manera.

Bossfield, sobre el cual el resto del tribunal ponía sus ojos, asintió.

—Gracias por su aportación, Capitán Ballister. Por supuesto, dos miembros de este tribunal se desplazarán ahora mismo en busca de ese material, usted estará incluido entre los testigos de su recogida y custodia hasta aquí.

Ballister, no sonrió, pero suspiró agradecido. No quería lanzar las campanas al vuelo. Pero miró a Henry y asintió, mientras apretaba su hombro. Dos miembros del tribunal se presentaron de inmediato como voluntarios para desplazarse junto con él hasta el domicilio de la viuda del general, y Bossfield anunció un receso de tres horas para traer la documentación y el almuerzo.

Un poco más tarde que se llevaran a Henry de nuevo a su celda, Ballister salió acompañado de los otros dos miembros del tribunal y dos soldados más.

Alguna llamada telefónica de Bossfield, hizo que le anunciaran que el autorizado como notario, iría directamente a la dirección de los Durston.

Tony estaba esperando en la sala, cuando lo vio salir. Andrew se retrasó un poco. Disimulando saludarle, dándole la mano, le asintió con sus inteligentes ojos, y le sonrió. Tony respondió con otra sonrisa, y le vio marchar.

Si todo salía bien, Henry podría estar libre en cuestión de horas, o días.

CAPÍTULO 40

DAFNE salió de inmediato cuando escuchó el ruido del motor del Rolls Phantom que conducía Tony. El libro que tenía entre las manos cayó al suelo, y corrió hasta la puerta. Allison, que no se había dado cuenta y acunaba a su pequeña que se había dormido una siesta, tardó en seguirla mientras acomodaba en el sofá a la pequeña.

—Tony —Dafne se estrujó con nerviosismo las manos, mientras su cuñado bajaba del coche y se dirigía a ella. — ¿qué ha pasado?

—Aún nada, Dafne, tranquilízate, vengo a ver cómo estás primero que nada... —se acercó y dio un beso en la frente a su cuñada mientras le daba un corto abrazo.

Allison apareció detrás de su hermana. — ¿Cómo están nuestros hombres? —Tomó del brazo a su hermana para apartarla del vano de la puerta y permitir entrar al joven. —Pasa por favor, estás en tu casa, Dafne, ¿dónde están tus modales?

Mientras seguía a ambas mujeres al saloncito donde habían estado y se sentaban ante una mesa redonda donde estaba una tetera en un calentaplatos, Tony hizo balance del aspecto pálido de Dafne. A pesar de llevar unos pocos días con buen cuidado, alimento, y el amor de su hermana, no parecía verdaderamente notar una mejoría en su rostro. Tomó la mano de ella.

—Henry, dentro de lo posible, está bien. Bastante entero. Puesto que estoy como testigo en el juicio, no se me ha permitido una visita personal. Pero Andrew, — miró a Allison—, tu marido, me da noticias de él al medio día y por la tarde. Ballister también se encuentra bien, aunque os hecha mucho de menos. — Dijo mirando también a la pequeña cosita dormida en el sofá.

—¿Y cómo va todo?— preguntó Allison mientras servía tres tazas de té.

—Aún es pronto para saberlo. Se ha interrogado a Henry, a mí, a los otros tres testigos, y se van a añadir nuevas pruebas. Por eso he venido hoy aquí. Hay una documentación que estaba guardada en casa de Durston, yo mismo la encontré por casualidad, mientras hablaba ayer con su viuda. Bien, escuchad, en dichos documentos puede estar la clave para que exculpen a Henry. —Dafne agarró fuerte su mano mientras abría inmensos sus ojos color miel. —No podemos lanzar campanas al vuelo, ¿de acuerdo? Pero una vez que esta tarde han llegado al tribunal los documentos y los ha revisado el consejo, se ha suspendido por un par de días la vista, hasta revisarlos. Yo los he visto sacar de la casa de Durston y llegar sanos y salvos, y bajo firma notarial y tres testigos hasta el tribunal. Hasta ahora todo se está haciendo en la más absoluta de la legalidad.

Las dos mujeres asintieron mientras Allison abrazaba a su hermana y le acercaba la taza de té.

—Allison, tu marido no podrá acercarse, tiene que revisar también la documentación. Yo he venido para contaros las nuevas, y para quedarme con vosotras hasta pasado mañana. Entonces, Andrew me ha pedido que os lleve hasta el tribunal. Si la documentación tiene la clave para exculpar a Henry, será liberado de inmediato, y quiere que tú estés esperándole, Dafne. Y si no... También debes. El juicio, antes de este giro, estaba en su fin, a punto de dictar sentencia.

—Si la sentencia es...

—Lo que tenga que ocurrir ocurrirá Dafne, pero aunque sea lo peor, Andrew hará que puedas verle unos minutos. ¿De acuerdo?

Con lágrimas pugnando por salir de sus ojos, dejó caer la cabeza en el hombro de su hermana, que le susurró palabras de aliento y la besó. Durante un buen rato, Tony también sostuvo su mano temblorosa, entre las suyas. Contrastando las suyas grandes y cálidas la mano de ella parecía casi la de una muñeca de porcelana por su frialdad y blancura.

No quería derrumbarse, no lo haría. Pero ahora necesitaba el calor y el aliento de los suyos, de su familia. Henry estaría encerrado en una celda fría y gris, y ella se sentía miserable, Ella que tenía libertad, y mal que le pesara, gracias a los desvelos de su marido, no pasaría necesidades. Incluso podría tener el consuelo futuro de un hijo de ambos que ahora estaba en su vientre.

No, ella no se derrumbaría, no caería, sería fuerte, por ella, por Henry, por su hijo.

Si alguna vez lloraba, lo haría a su tiempo, cuando ya no fuese remediable el dolor. Y no sufriría por ella, si no por él, una persona que sabía inocente, víctima de las circunstancias. Él no era un traidor. Era sólo un hombre que había sido arrojado a otro país a una misión que nunca existió, que había actuado de buena fe para con su país de nacimiento. Él era inocente de todo lo que se le acusaba. Y si había tomado el uniforme de otro país, fue porque eran las órdenes, recibidas desde principio. En su trabajo como informador, mientras más cerca estuviese de los parámetros militares, más podría haber ayudado a los que allí le enviaron.

Y si había tenido que ir a la guerra, lo había hecho obligado por las circunstancias. Incluso recibió heridas casi mortales, antes de entrar en verdadero combate, no llegó siquiera a luchar en contra de Inglaterra. Apenas tuvo tiempo.

Era desesperante no poder hacer nada más que esperar noticias.

Si, levantó la cabeza y se quitó el amargor de lágrimas, miró a su hermana y a su cuñado, y sonrió.

—Ya me encuentro mejor. Si, estaré allí, esperándole, pase lo que pase.

* * *

Bossfield, personalmente, junto a los miembros del tribunal había ojeado los diarios en cuanto llegaron a sus manos. Abriéndolos al azar, por cualquier página, era un auténtico cuaderno de bitácora del trabajo del general Durston. No le extrañaba que el hombre los tuviese guardados en una caja fuerte, aunque su esposa, a su fallecimiento, los hubiese tratado como reliquia y recuerdo y expuesto en el saloncito de su casa, a vista de todos.

Negó con la cabeza. Los mayores secretos seis años hacia atrás, habían estado en una vitrina de una casa de una viuda en Covern Garden. Insólito, pero cierto. La letra era de Durston. La habían comparado con otros documentos en poder del ejército de su puño y letra. Además, era imposible que alguien hubiese imitado la letra durante sesenta interminables tomos.

Por último, estaba el que llevaba envuelto en papel marrón de correo y atado con un cordel y lacrado. El Sargento Tucker fue llamado al despacho donde estaban reunidos los siete hombres, y antes de que fuese abierto, constató que era el paquete en cuestión donde había guardado el último diario que tuvo Durston escribiendo hasta la última hora de su muerte.

Teniendo a todo el consejo de testigo, incluido el abogado defensor, Andrew Ballister se procedió a abrir el paquete, quitando el lacre que sujetaba el nudo.

Ante todos, Bossfield abrió la última página. Y leyó.

12 de octubre 1935.

7:45 Acabo de recibir el correo de la mañana, entre ella las esperadas cartas del Capitán Henry Daylight. Ha procedido como se le indicó en el caso que aceptara la misión como informador en Alemania, directamente en Berlín. Abiertas ambas, una de ellas es de renuncia a su grado y posición en el ejército Británico, que pasará a mis superiores para que hagan las oportunas gestiones de cara a la galería, y la segunda, de renuncia igualmente a su nacionalidad británica, quedando solo como ciudadano alemán.

Durante esta mañana procederemos al protocolo habitual en estos casos.

Permanecerá entre seis meses y un año aislado, para que no haya ninguna sospecha por parte de Alemania de su proceder y pasado el periodo inicial, uno de nuestros correos le hará entrega de órdenes a seguir. Se calcula que la fecha del contacto se ubicará entre los meses de mayo y octubre de 1936.

10:00 Reunión con el general Bossfield para confirmarle que Henry Daylight será nuestro infiltrado en Berlín, con órdenes expresas de ingresar en el ejército del Tercer Reich.

Las últimas anotaciones estaban hechas en letra más temblorosa. Luego una mancha de tinta donde había caído la estilográfica del General Durston, y había polvo secante apelmazado sobre ella.

Todos los presentes habían quedado mudos, mirando al general Bossfield. —Yo, ni siquiera recordaba después de seis años que tenía cita con el General aquella misma mañana. —dijo.

—Entonces, —Adujo otro de los reunidos. —Henry Daylight dice la verdad.

—Hay que seguir hacia atrás los diarios, tenemos que constatar lo de la primera reunión del ocho de octubre.

—Por supuesto, por supuesto. —Aquellos ocho hombres estaban de acuerdo en ello. Andrew se relajó unos segundos en la silla en la que se sentaba y miro alrededor. ¿Lo había conseguido? ¿Tendrían la libertad de Henry entre las manos?

* * *

Se había despertado con la primera luz. Se levantó del duro lecho de su celda. Metódicamente, había hecho sus rituales de la mañana, el aseo, la ducha, el pulcro afeitado. Entre medias habían dejado en la puerta de su celda el desayuno. Prácticamente salió a medio vestir y contemplando el haz de luz que se colaba hoy por la tronera que le hacía las veces de ventana y de aireación en los gruesos muros, bebió el mal café de dos o tres sorbos. Casi estaba frío. Ni siquiera miró el resto del plato. No sentía hambre ninguna.

Con el suspenso de la vista un día entero, tras el descubrimiento de aquellos diarios, Henry ya no sabía a lo que atenerse. Recordó vivamente su último encuentro con el viejo General. Lo vio con aspecto de cansado. Y sí, recordó que estaba escribiendo en un libro, probablemente el diario, cuando él salía tras su reunión con él.

En ese momento ni siquiera le había dado importancia.

¿Y si en ese simple gesto de escritura estuviese la diferencia entre su libertad o su encarcelamiento por el resto de su vida?

Por unos valiosos minutos, mientras se ponía sistemáticamente su camisa, abrochaba sus botones y ceñía sus puños con los pasadores, se atrevió a soñar.

A soñar con ella, en tenerla a su lado, aún medio dormida en la cama

mientras él se levantaba, se duchaba, se vestía. Se imaginaba luego besar su frente y escucharla refunfuñar camino del baño porque la había despertado y aún tenía sueño. Se la imaginó con el camisón y una bata de color rosa, con el cabello enredado, de haberla despertado a deshora para hacerle el amor, y verla caminar delante de él hacia la cocina. Hacer un café para los dos. Uno de verdad, no de achicoria de los de las restricciones de la guerra.

También pensó en lo bello que sería escuchar un llanto infantil desde otra habitación. Mientras ella se tomaba el último sorbo de su café, él iría a ver que pasaba en la cuna de su hijo. Un niño con el pelo ensortijado de Dafne, o el rubio dorado suyo, pero con rasgos de ambos juntos mezclados. Ella iría tras él y haría que el crío se durmiese de nuevo, meciendo la cuna. Él besaría la frente de su mujer y de su hijo, y marcharía a su trabajo.

Se terminó de ajustar la chaqueta. Salió bruscamente de su ensoñación mientras escuchaba el ruido de botas militares en el silencioso pasillo en el que estaba su celda. La única habitada en aquellos días.

La hora de la verdad había llegado.

O sus sueños, o una celda como aquella el resto de sus días, o como poco, de su juventud.

* * *

En la sala de espera, situada a pocos metros del salón de donde se celebraba el consejo de guerra de Henry, se sentaba Dafne junto a su hermana y a su cuñado Tony. Ambos la flanqueaban y le daban miradas y gestos de ánimo.

La vista hacía media hora que había comenzado. Esta vez con la documentación de que les habló Tony sobre la mesa. Andrew había llegado con prisas y apenas les había saludado, y besando a su mujer en la frente, entró rápido en la sala para reunirse con su defendido.

No sabían si tendrían mucho o poco tiempo que esperar. Ballister sólo les había instado a que estuviesen allí porque hoy, se resolvería todo, para bien o para mal.

Un reloj redondo, grande y blanco presidía la sala pintada de beige, enmarcado en color bronce liso una docena de sillas contra la pared, que sólo, por ahora, ocupaban ellos tres. Dos ventanas altas, por las que gradualmente iba entrando el sol.

Y un silencio inmenso entre ellos. Tenso, estático, mitad temeroso, mitad esperanzado.

Y el tic tac del reloj rellenando el tiempo inmisericorde.

* * *

Tendría la satisfacción de verlo esposado y llevado hacia la penitenciaría, sí, estaba más que seguro. Era un traidor. Nadie dudaría de eso, y menos un tribunal con Bossfield al mando como juez. A Bossfield nadie le andaba con tonterías y medias tintas. Tenía fama de que si no lo veía claro un caso, prefería pecar de estricto que hacerlo de benévolo.

Y con Henry Daylight Strieber, no haría ninguna excepción.

James Cromwell se atusó su recién estrenado bigote. Si, le daba un aire muy varonil e interesante pensó. A su lado un amigo suyo y compañero de armas, que estaba destinado al Cuartel donde se estaba juzgando en consejo de guerra a Henry. Este le había facilitado la entrada, y como era aún temprano y no se esperaba, o no creían que hubiese noticias del resultado del juicio, estaban en la cantina tomando el segundo café del día aderezado por un chorro de whisky.

Todavía debería estar de baja, después de apenas llevar tres o cuatro días en su país. Pero aquella mañana, tras recibir puntualmente cada tarde las

noticias a través de su amigo de lo que escapaba de la sala de juicios, decidió acercarse. Aquello había sido una verdadera sorpresa. Llegar a casa y encontrarse con que el traidor de Daylight había sido detenido y enjuiciado en menos de cuarenta y ocho horas.

Así daba gusto de la justicia del ejército y de Inglaterra.

En un rato se acercaría a la sala, quería darse el gusto de verlo salir esposado. ¿Estaría la zorrilla inglesa que casi le dejó ciego arrojándola agua oxigenada mientras se hacía la digna? Perkins no le había dicho nada, los días anteriores no había estado nadie en la sala de espera, nada más que un hermano que tenía Daylight.

En fin, que más daba, la satisfacción de verlo humillado y encerrado. Eso sí que alcanzaría todas sus expectativas.

* * *

Henry escuchaba como a través de un eco lejano. Muchas palabras técnicas, mucha palabrería judicial. Sus ojos estaban fijos en el general Bossfield, que les había hecho a todos levantarse para escuchar la sentencia. Después de más de una hora leyendo los antiguos diarios de Durston a los presentes, en que se hablaban punto por punto de todas las reuniones tenidas con él.

Después vino un corto receso. Después. Siempre después.

Andrew había casi tirado de él para que se levantara a oír la sentencia. La voz profunda y monótona de Bossfield resonaba ahora como un poco más cerca. Se dio una sacudida mental y escuchó más atentamente. El codazo disimulado de Ballister le obligó a ello.

—Henry Daylight Strieber, después de escuchar a los testigos y estudiar las pruebas presentadas en contra de su acusación con el cargo de traición a Inglaterra, este Consejo aquí reunido, después de deliberar, por unanimidad,

le declaramos INOCENTE, de todo cargo. —Bossfield lo miraba a los ojos atentamente.

Henry levantaba hacia él sus ojos tormentosos. Se había quedado paralizado... inocente, este consejo le declara inocente, respiró hondo dos o tres veces. Ballister le daba la mano, el tribunal reunido cuchicheaba entre ellos y también se daban la mano entre ellos.

—Silencio, señores. —Bossfield continuó. —Henry Daylight Strieber, lamentamos mucho lo ocurrido, es usted una víctima de las circunstancias, y le pedimos disculpas.

Henry asintió con la cabeza. No sabía lo que decir. En esos momentos, en su cabeza sólo estaba la imagen de ella, de Dafne, esperándole en el cotage. Sí, ahora mismo, en cuanto obtuviera la libertad, aunque tuviese que robar un coche, iría corriendo a sus brazos, la besaría, la abrazaría y le haría el amor el resto del día y la noche, hasta perder ambos la consciencia y la noción del tiempo. El rumor volvió a crecer a su alrededor.

—Silencio, por favor, continuó Bossfield. Señor Daylight, también lamento comunicarle que, no podemos readmitirle en el ejército. Aunque siempre demostró sus especiales actitudes para ello. Sus circunstancias personales y tememos que posibles secuelas psicológicas y emocionales no le hacen apto para servir a su patria, por lo que pasará a la reserva. También, este tribunal, no le puede obligar a declarar lo hecho durante los años que permaneció fuera de Inglaterra en el ejército alemán, puesto que le estaríamos obligando a cometer, el mismo delito, por el que esta vez está aquí siendo juzgado. Así que, Henry Daylight, es usted libre. ¡Se levanta la sesión!

El Consejo en pleno echándole apenas una mirada más, salió por la puerta trasera, Henry quedó de pie, volviendo a poner su mente en orden. Veía como a través de una nube, a Andrew recoger sus documentos en un maletín, mientras le decía algo, algo que sólo capturo una palabra, “Dafne”.

—¿Que dices?

—Henry, aterriza, te digo que vayámonos afuera, Dafne te está esperando en la sala contigua. Hice que tu hermano la trajera, junto a mi mujer.

—¿Tan seguro estabas de ganar, Ballister? —le puso una ancha mano en el hombro de su abogado y cuñado, sonriéndose de medio lado, ya más convencido que realmente estaba libre.

Éste le dio una palmada en la mano y sonrió ampliamente irguiéndose, era poco más bajo que Henry y más fibroso. Se ajustó sus gafas.

—Daylight, pasase lo que pasase, ella tenía que verte, si es como ahora, para llevarte a casa, y si era porque fueras declarado culpable amigo, ambos teníais derecho a unos minutos a solas.

—Gracias.

—Dáselas a Tony, es un chico con suerte, el encontró de casualidad a la viuda de Durston y de paso los diarios, yo solo he sido el vehículo legal. Vayámonos ya Henry, ¿qué diablos hacemos aquí? nuestras mujeres nos esperan. —La sala estaba ya verdaderamente vacía, ni los dos guardias que permanecían de cada puerta estaban ya. Nadie iba a volver a esposarle, nadie iba a llevarle por aquellos lúgubres pasillos hasta su celda.

Nunca más.

* * *

Estaba justo allí, y si eso era posible, aún más bonita. Vestida de color rosa oscuro. Una falda con una deliciosa raja que se abrió sobre su rodilla cuando caminó hacia él, y una camisa rosa más claro, con los primeros botones desabrochados, dejando ver la blancura de su piel. La chaquetilla que llevaba, había quedado hecha un charco en el suelo tras ella. Sus ojos grandes de gacela, llenos de una ternura infinita le miraron profundos y limpios.

—Henry.

Corrió hacia ella, abrazándola, aplastándola casi entre sus brazos, llenando de besos locos su cabello ensortijado, su frente pura, su pequeña nariz, sus labios dulces.

—Estoy aquí pequeña, estamos juntos, estoy libre. —repetía una y otra vez.

A su alrededor Andrew abrazó a su esposa igualmente y Tony a la mitad de la satisfacción y de la envidia sana y fraternal, alzó su voz entre los presentes.

—Señoras, ¿no os queda escondida por ahí alguna hermana soltera para mí?

Allison rió mientras negaba con la cabeza, Dafne, tan envuelta en el abrazo de Heinrich y en repetirle quedamente que lo quería cien veces, ni siquiera le oyó.

Tony se encogió de hombros y se metió descuidadamente las manos en los bolsillos. — ¿A qué estamos esperando para irnos? Fuera hace un día magnifico.

Henry por fin consiguió encontrar la fuerza suficiente para separarse un poco de su mujer y poder mirarla de nuevo de arriba a abajo.

—Dafne, estás demasiado pálida, y aún más delgada. Tienes que recuperarte, tienes que comer más, tienes que... — Ella reía y negaba con la cabeza. — ¿Qué?

Ella alzo su cabeza y besó fugazmente los labios de su marido.

—¿Es una orden?

—¡Por supuesto! Y esta vez espero que seas obediente. —La tomó de la cintura— ¡Vayámonos de aquí, señores!

Allison y Andrew les siguieron varios pasos por detrás, al igual que Tony que se había agachado a recoger la chaqueta que Dafne había dejado olvidada en el suelo tras ella.

Cromwell había escuchado algún revuelo en la cantina y junto con su amigo se dio prisa en subir hasta el primer piso. Si el Consejo estaba acabado, no quería perderse el espectáculo de ver salir esposado a Daylight. Resueltamente volvió la esquina y levantó la vista hacia el grupo que se acercaba treinta metros más allá. Las voces femeninas reían. Al frente del grupo, vestido con traje civil, se encontraba Henry Daylight Strieber mirando embelesado a su zorra. ¿Quién sería el imbécil que lo había dejado libre?

Sin pensarlo se llevó la mano a su cartuchera y sacó su arma, quitando el seguro con el dedo, mientras a la vez apuntaba hacia Henry, hacia su pecho.

—¡Daylight!— Su bronca voz resonó por todo el pasillo y se hizo eco en el vacío del corredor. Su amigo intentó detenerlo, agarrándole del otro brazo. El brusco movimiento hizo que el disparo, que reverberó en el largo pasillo, errara en el blanco, impactando en el cuerpo de Dafne.

CAPÍTULO 41

HENRICH la contemplaba caminar a su lado de su mano, ella sonreía, él también. Se decían tantas cosas sólo con la mirada, tantas promesas de futuro, tanto amor. Los demás habían quedado algo atrás. Ellos caminaban rápido, deseando estar en la calle y empezar a disfrutar su libertad.

Henry escuchó una voz que gritaba su nombre, al final del pasillo, unos pasos, un grito ahogado. Miró hacia los hombres que estaban allí apenas una décima de segundo de oír un disparo, haciéndose eco al su alrededor. Luego perdió la presión de la mano de su mujer.

Volvió apenas la cabeza de los dos hombres vestidos de militar que habían empezado a forcejear, para ver que ella caía y que apenas alcanzaba a sujetarla para que no se hiciese daño con la cabeza contra el suelo.

Durante algo de tiempo no se dio cuenta, su mente pareció embotada de ruido, del olor picante a pólvora. Sólo la sujetó para que no cayera, detrás escuchó más voces, la de Tony, la de Allison, sus ojos cayeron sobre la pechera de la camisa de Dafne, se estaba formando en ella una rosa de vivo color rojo. Rojo sangre.

En ese momento supo que el disparo iba dirigido a él, reconoció los gritos de Cromwell mientras era reducido por otros soldados que acudieron al oír la detonación. Mientras ponía su mano desnuda sobre mancha cada vez más grande sobre el pecho de su mujer, que estaba exánime entre sus brazos,

escuchó el llanto de Allison, y el grito de Tony pidiendo un médico.

Tony le tomaba el pulso en su blanco cuello caído hacia atrás.

—Está viva hermano, está viva. —Henry apretó aún más la herida para evitar la pérdida de más sangre y escuchó la voz serena y fuerte de su abogado.

—Cromwell, pídale a Dios que esta mujer viva, porque me encargaré personalmente de verlo encerrado de por vida.

Minutos después, los médicos casi tuvieron que arrancar de Henry el cuerpo inanimado de Dafne para ponerla en la camilla e iniciar los primeros auxilios. Allison corría al lado de los enfermeros mientras se la llevaban.

—Por todos los cielos, tengan cuidado, está embarazada.

Henry se quedó mirando correr a aquellos hombres por el pasillo, hacia la ambulancia que les esperaba después de estabilizar la herida. Embarazada, está embarazada. Una y otra vez sonó en su mente la voz rota de Allison. Su mujer estaba herida, y llevaba a su hijo en su seno.

Cromwell había sido detenido y llevado minutos antes.

Heinrich levantó la cabeza, cerró los puños y gritó.

—¿Dónde está ese malnacido?

Tony sujetó a su hermano cuando pidió verlo y partirle el alma allí misma. Entre Ballister y él, se lo llevaron a la fuerza, para seguir con su propio coche la ambulancia que llevaba a Dafne hasta el hospital.

* * *

Henry recorrió por enésima vez el pasillo del hospital donde habían trasladado a su mujer después de recibir el disparo. Después de las dos primeras horas, había prácticamente ordenado a Ballister que se llevara a Allison de allí, su hija había quedado en el cotage al cuidado de la cocinera, y era una cría demasiado pequeña para estar tantas horas sin su madre.

Tony les dejó el coche para que se marchasen. Ballister prometió volver de inmediato.

—¿Bajamos por un café, hermano? —Tony se sentaba en el alfeizar de una estrecha ventana. Miraba de vez en cuando a la calle, el sol aún estaba alto.

—Baja tú, yo no me muevo de aquí hasta que no me den noticias.

Tony se levantó de su improvisado asiento y caminó hasta su hermano, le puso una mano en el hombro.

—Ten esperanza, ella saldrá de ésta.

—Sí, en cuanto esté de pie, tenemos que casarnos, no sé hasta qué punto es válido mi matrimonio en Alemania.

—No lo sé, Ballister a lo mejor lo sabe. Pero si, una bonita boda, no somos muchos, pero prepararemos una buena fiesta, ¿de acuerdo?

—Si, una bonita boda para ella. Y le diré mil veces que la quiero, siempre se me olvida decírselo.

—Ella lo sabe. No te preocupes por eso.

—Cuando la vi por primera vez, bueno, apenas pude ver su rostro. Me llamaron sus ojos, tan grandes como los de una gacela, ligeramente almendrados, que te miran tan limpios. Ella estaba asustada, pero se hizo la

valiente conmigo. No, ella es valiente, sólo superó su miedo.

Tony se alejó un poco y se sentó en uno de los bancos, Henry caminó también para ponerse a su lado. Miró al infinito.

* * *

—Y aquella noche en que registraron la casa donde trabajaba, cuando la llevé a mi casa, después de sufrir el trauma de estar a punto de ser forzada por aquellos soldados, y de tener aquella arma apuntando entre sus ojos. Ella, mantuvo la cabeza en su sitio, horas después, hasta que estuvo segura y habló conmigo. Y sólo entonces lloró. La abracé entonces, por primera vez. Quise decirle cosas bonitas, quise decirle que nunca más nadie le haría daño mientras yo viviese.

El sonido de la puerta del quirófano abriéndose, hizo que ambos hombres se volviesen. Un joven doctor salía secándose las manos y quitándose la mascarilla de la cara. Entonces pudieron ver su sonrisa satisfecha.

—¿Señor Daylight?—ambos hombres respondieron al unísono, el doctor sonrió y miró a Henry que se adelantó a su hermano. —Su esposa se encuentra estable. El proyectil había impactado bajo la clavícula, en dirección al hombro y tenía salida por la espalda apenas ha rozado la escápula. No ha tocado nada vital. Hemos suturado arterias. Hemos intentado que la cicatriz quede lo más pequeña posible. Ya sabemos lo presumidas que son las mujeres. Y no se preocupe, su hijo está bien. El feto no ha sufrido daño. ¿De acuerdo?

—Si, gracias, ¿cuándo podré verla?

—Pasará a la sala de postoperatorio cuando terminen de limpiarla. —El doctor se echó al hombro la toalla y se cruzó de brazos. —Le permitiré estar con ella si se mantiene en silencio y no la molesta. ¿Bien?

Henry asintió.

—Le avisarán a donde se la han llevado en unos momentos, esperen aquí.

* * *

Cuando Dafne abrió por fin los ojos notó dos cosas, la extrema blancura del desconocido dormitorio iluminado por una bombilla dentro de un plafón, y que Henry estaba sentado a su lado sosteniendo su mano, y con tremendas ojeras.

—Dafne... —su voz sonó ansiosa y ronca.

—¿Mmm?

—Como te sientes pequeña.

—Estoy cansada, tengo la boca seca.

Henry solícito, acercó el vaso de agua que había sobre la mesilla, con cuidado para que bebiese, sujetándole la cabeza. —Despacio, un sorbo pequeño, órdenes de la enfermera.

Mientras la dejaba de nuevo descansar sobre la almohada, ella hizo un gesto de tirantez mientras se llevaba la mano al vendaje.

—No cariño, no te toques, te han herido de un disparo, pero estás bien.

Dafne abrió los ojos, ahora recordaba, el pasillo largo, la mirada de Henry, su sonrisa de felicidad, “al fin libres”. La mano de Henry envolviendo la suya. Después el revuelo, el calor y el lacerante dolor en el hueco del hombro. Asustada, se llevó instintivamente la mano a su aun pequeño vientre.

—Mi hijo.

—Nuestro hijo está bien Dafne. El médico dice que no ha sufrido ningún daño, es demasiado pequeño aún. Ni se habrá enterado de que su mamá está herida.

—Nuestro hijo. —susurró ella.

—¿Cuándo lo supiste? ¿Por qué no me lo dijiste? Hubiera intentado sacarte de Alemania o esconderte de otra manera para que no pasaras tanto peligro. He sido un inconsciente haciéndote huir de esa manera. Tendría que haber buscado otra salida. Soy un bárbaro, nunca te he tratado como te mere...

Ella alargó su mano y con un dedo acalló los labios de Henry.

—Cállate y bésame, a partir de ahora, yo doy las órdenes.

Henry rió, se arrodilló al lado de la cama y la abrazó con todo su amor y la besó a fondo.

—Desde luego, mi amor, y estaré encantado de obedecerlas.

Fin

Próximo trabajo: lanzamiento mayo/junio 2014



RESCATE EN BERLÍN. Serie Amor y Guerra Volumen 2

El estar “quemado” tampoco iba a resultar tan malo para el capitán en la reserva Anthony Daylight Strieber. Ser entrenador de futuros agentes británicos, era un trabajo agradable, le hacía compartir sus vastos conocimientos y se ejercitaba a diario físicamente con jóvenes con muchas ganas de luchar. A un hombre como él, acostumbrado al constante peligro, era un cambio refrescante. Seguía al pie del cañón. Tenía que hacer que aquellos chicos entraran en el mundo de “los informadores” con unos conocimientos que él tardó años y errores en adquirir.

Pero el día que perdió a uno de sus primeros reclutas, una joven con la que compartió algo más que su experiencia como "espía", le hizo plantearse muchas cosas, entre ellas, que no volvería a entrenar a una mujer.

Alexandra McKonky tenía un objetivo, una misión secreta y extraoficial que cumplir tras el último bastión alemán, el mismo Berlín. Necesitaba al mejor instructor para conseguir sobrevivir y volver del infierno en que se estaba convirtiendo la capital en los últimos días de la casi ya acabada Segunda Guerra Mundial. Con los rusos y los aliados cercándola, temiendo un final sangriento para la población civil, debía de darse prisa en su cometido y rescatar a una persona allí atrapada y sin posibilidades de huir si no fuese por ella. Lo que no esperaba era sentirse atraída tan profundamente

por el hombre que iba a ser su instructor.

Tony se ve obligado a entrenar a Alexandra en contra casi de su voluntad. Cuando la conoce, ve en ella material, es más que capaz de todo lo que se proponga, con la instrucción adecuada. Pero en su interior sólo desea disuadirla de su objetivo casi suicida, que ella mantiene obstinadamente en secreto. No quiere volver a perder a una buena recluta en una misión abocada al desastre. Tampoco quiere perderla. Una fuerte, espléndida y valiente mujer, dura como el acero de la que se siente atraído como un imán y se ha colado dentro de su corazón, aunque él la cree unida a otro. Cuando ella está preparada para asumir el trabajo, Tony se lanza tras ella para cubrirla en su Rescate en Berlín.

En preparación: Una Dama entre ruinas.

Lanzamiento Noviembre 2014



UNA DAMA ENTRE RUINAS: Serie Amor y Guerra volumen 3

Berlín está en sus últimas y agónicas horas, después de ayudar a escapar a

una joven pareja de ingleses, que se encontraban en un rescate a la desesperada en la capital alemana. Kurt Dietrich, ex-Coronel de las SS. degradado hacia tiempo. acusado de un delito semejante, y no ajusticiado por tener buenos contactos, intenta huir del infierno. No tiene nada, no le queda nadie. Pero aun así busca la manera de escapar de las ruinas de una nación, que hace años no reconoce como suya.

En su frenética huida se esconde en un sótano donde encuentra a una mujer en parecidas circunstancias. Americana de nacimiento, pero a día de hoy viuda de un componente del antiguo cuerpo diplomático alemán de antes de la Segunda Guerra Mundial. Bárbara, aislada, desprotegida, traumatizada por años de un matrimonio dañino y cruel, en principio solo desea que el hombre que ha irrumpido en su refugio se vaya y la deje en paz. Pero el insiste en resguardarse allí al menos durante un día. Ella claudica puesto que no puede hacer nada por evitarlo.

Juntos comenzarán una aventura peligrosa, y a la vez extraña. Les llevará a través de los ejércitos en conflicto, en busca de su ansiada libertad. Tambien aprenderán que "nada es lo que parece". Nadie ess el "bueno" ni el "malo" en un conflicto, simplemente todo el mundo intenta su supervivencia como puede. Incluidos ellos, que deján intentan dejar atrás, no sólo la guerra, si no su propio pasado.

GLOSARIO:

1.*Rolls Royce Phantom coche de la marca Rolls Royce, de lujo, en el mercado desde mil novecientos veinte y nueve, hasta mil novecientos treinta y seis. Varias versiones, pero todas con la más excelente calidad

2. *Gran Guerra. Se refiere a la Primera Guerra Mundial

3. *Elon College: Colegio privado, de máximo prestigio, para niños y jóvenes de 8 a 18 años. Situado en Berkshire, cerca del castillo de Windsor

4. *Cotagge: antigua casa de campo de labor, reconvertida en lugar de veraneo o vacaciones.

5. *Anton: Anthony en idioma alemán.

6. *Nazi: forma abreviada del alemán, *Nationlsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (NSDAP) correspondientes al Partido Nacional-socialista Obrero Alemán.

7. *Conflicto español: Se refiere a la guerra civil española (1936-1939)

8. * Estatua de sal: Ant. Testm. La mujer de Lot se convirtió en estatua de sal como castigo cuando al ser muy curiosa, se volvió en su huida junto a su esposo y familia para contemplar cómo Yahveh destruía Sodoma y Gomorra por sus pecados*

9. En estados de máximo estrés, en que la vida está en peligro o el cerebro lo cree así, sucede que la vista sólo distingue el entorno en tonos grises. No se sabe si es una respuesta de defensa, o de ahorro de energía cerebral para que la adrenalina fluya y sea la máxima prioridad, no los detalles, si no la supervivencia. También puede ser simplemente que la memoria solo adquiere esos tonos como queriendo retener detalles importantes y no los superfluos

10. *Teatro de Varietés: es un formato de espectáculo en el que se presentaban diversos números artísticos o performances. Los espectáculos de variedad frecuentemente incluían bailes, números musicales, magia, artes circenses...etc. Las intervenciones artísticas y espectáculos son presentados al público sin seguir una relación argumental, es decir, se presentan al público una serie de actos que no siguen un orden específico.

11. *El mito de Pigmalión: Mito relatado por el escritor griego Ovidio: El rey Pigmalión no encontraba a su perfecta reina en todo su reino. Mientras tanto se dedicó a crear estatuas. Creo una tan bella, Gatéa, la que una noche soñó que se convertía en real y la amaba. Al despertar, la diosa Afrodita conmovida, le dio la vida a la estatua, para que ambos se amasen de verdad, y

ella fuese la reina que él tanto ansiaba.

12. *Acceso prohibido a judíos.

13. * Taller, en este caso, de costura.

14. *Teatro de Berlín. Actualmente rebautizado como Konzerthaus Berlín (sala de conciertos de Berlín) ubicado en el centro de la ciudad, construido entre 1918 y 1921. Fue quemado a finales de la Segunda Guerra Mundial y vuelto a levantar entre 1979 y 1984.

15. * *Sala Pequeña*

16. * *Baco sobre una pantera*

17. **El Club Claro de Luna.*

18. **Napoleón Bonaparte, invadió Rusia el veintitrés de Junio de 1812. Aunque al principio fue ganando terreno y posiciones, e incluso ganaron la capital Moscow, pronto se volvieron las tornas, el invierno llegó y las bajas sufridas, el hambre, la falta de pertrechos, abrigo. Mas el despliegue ruso hicieron que tuvieron que el catorce de diciembre se diera por acabada la guerra con la derrota del ejército francés.*

19..**Juramento Hipocrático* es un juramento público que hacen los que van a empezar sus prácticas con pacientes o se gradúan en medicina, veterinaria, tecnología médica fisioterapia, logopedia, odontología o personal de enfermería, lo hacen igualmente otras personas del área de la salud. Se hace ante los otros médicos, doctores y ante la comunidad. Su contenido es de carácter ético, para orientar la práctica de su oficio, es también el juramento que se basa a partir de la responsabilidad del ser humano y conciencia de ella.

20. **Damocles* un personaje que aparece en una anécdota moral (referida como la espada de Damocles), una adición tardía a la cultura griega clásica. Damocles fue al parecer un cortesano excesivamente adulator en la corte de

Dionisio II, un tirano de Siracusa (Sicilia) del siglo IV A.C. Propagó que Dionisio era realmente afortunado al disponer de tan gran poder y riqueza. Dionisio, deseoso de escarmentar al adulator, se ofreció a intercambiarse con él por un día, de forma que pudiera disfrutar de primera mano su suerte. Esa misma tarde se celebró un opíparo banquete donde Damocles gozó siendo servido como un rey. Sólo al final de la comida miró hacia arriba y reparó en la afilada espada que colgaba atada por un único pelo de crin de caballo directamente sobre su cabeza. Inmediatamente se le quitaron las ganas de los apetitosos manjares que le sirvieron y las hermosas mujeres que había pedido, y pidió al tirano abandonar su puesto, diciendo que ya no quería seguir siendo tan afortunado. La **espada de Damocles** es una frase acuñada en alusión a este cuento para ejemplificar el peligro que se instala en aquellos que ostentan un gran poder, pues no sólo pueden perderlo de golpe, sino todo lo demás, incluida la vida.

21. * —*Eres un ángel-No lo soy, me llamo Dafne, ¿Cómo te encuentras? En Bélgica, dependiendo de la zona se maneja o el idioma Francés o el Alemán o una mezcla de ambos.*

22. ***Gewehr 43. Fusil semiautomático alemán 2ª G.M.*

23. **Seagull: gaviota en islandés.*

SOBRE LA AUTORA:

Alexis J. Regnat es un pseudónimo utilizado por una gaditana, nacida en mil novecientos setenta y dos. Tiene estudios de Administrativo y Comercial. Casada y residente en la provincia española. Casada, sin hijos. Trabaja para el sector servicios, y sus ratos libres los dedica para la escritura.

"Durante años he ido escribiendo guión y pequeñas novelas en múltiples libretas de espiral, de esas de cubiertas gruesas. Guardadas en un cajón, hasta que llegasen mejores circunstancias. Y el momento ha llegado. En este

aréntesis de mi vida, me siento preparada ara mostrar mi trabajo al mundo. Podrá ser considerado mejor o peor, ser del gusto de un@s y no de otr@s, eso lo asumo desde ya. Pero lo único que puedo asegurar, que son el fruto de un trabajo exhaustivo, investigación histórica en el caso de las enmarcadas en sucesos conocidos. Aunque como escritora, me he permitido ciertas licencias para adaptar la trama al marco histórico y social del momento."

Alexis J. Regnat

Para saber mas: Próximos trabajos, personal, vía de contacto, en su dirección de blog:

<http://alexisjregnat.blogspot.com.es/>